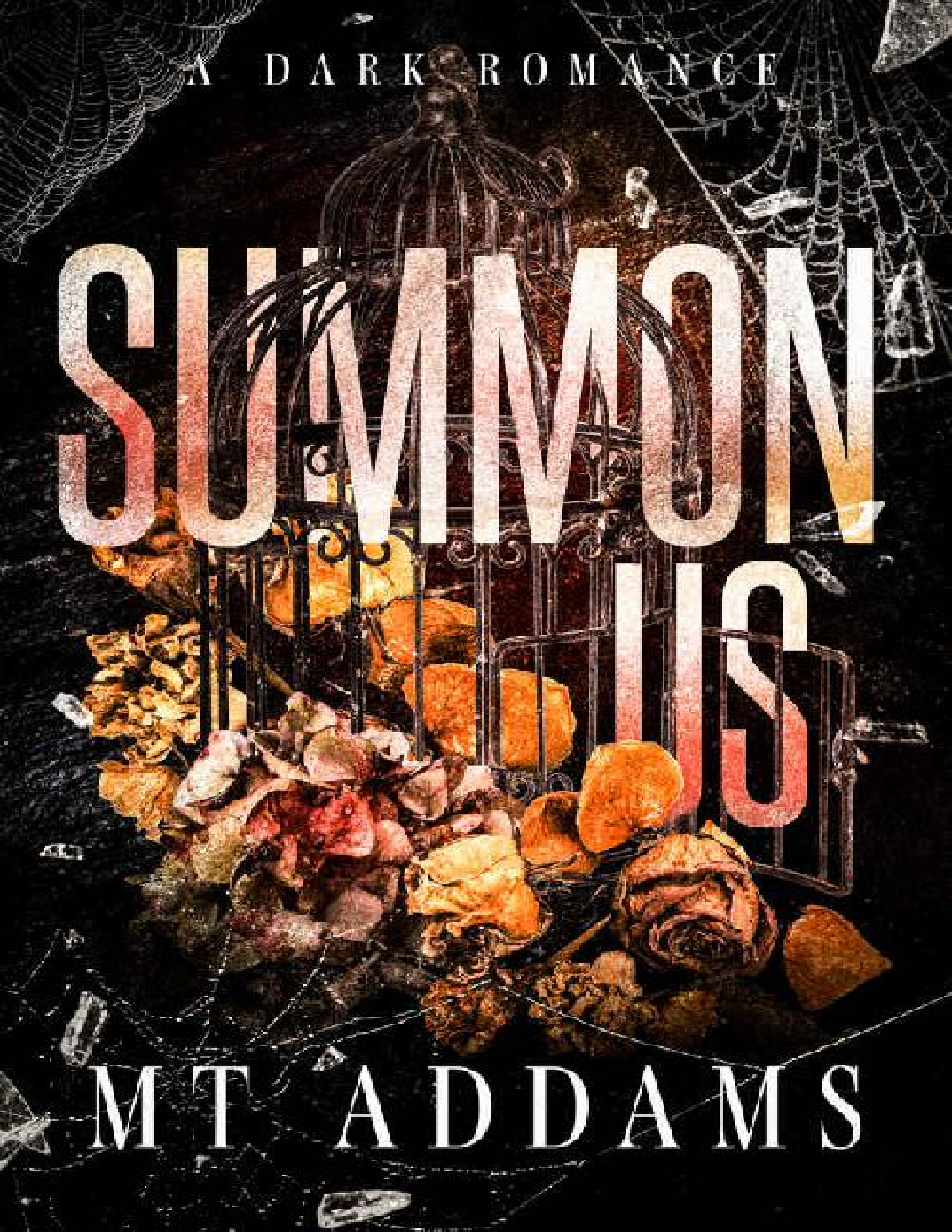
A DARK ROMANCE

SUMMON US



M T ADDAMS

SUMMON US

UNA NOVELA DE ROMANCE OSCURO

MT ADDAMS

OceanofPDF.com

Prohibida su Venta

Esta obra es sin fines de lucro, hecha especialmente de fans para fans y sin intención de afectar al autor.

Ningún miembro del staff recibe alguna retribución monetaria, por lo que te pedimos que no subas la siguiente historia a ninguna plataforma.

Si tienes la posibilidad te animamos a apoyar al escritor adquiriendo sus libros, ya sea en su idioma original o su versión en español; una vez llegados a sus respectivos países.

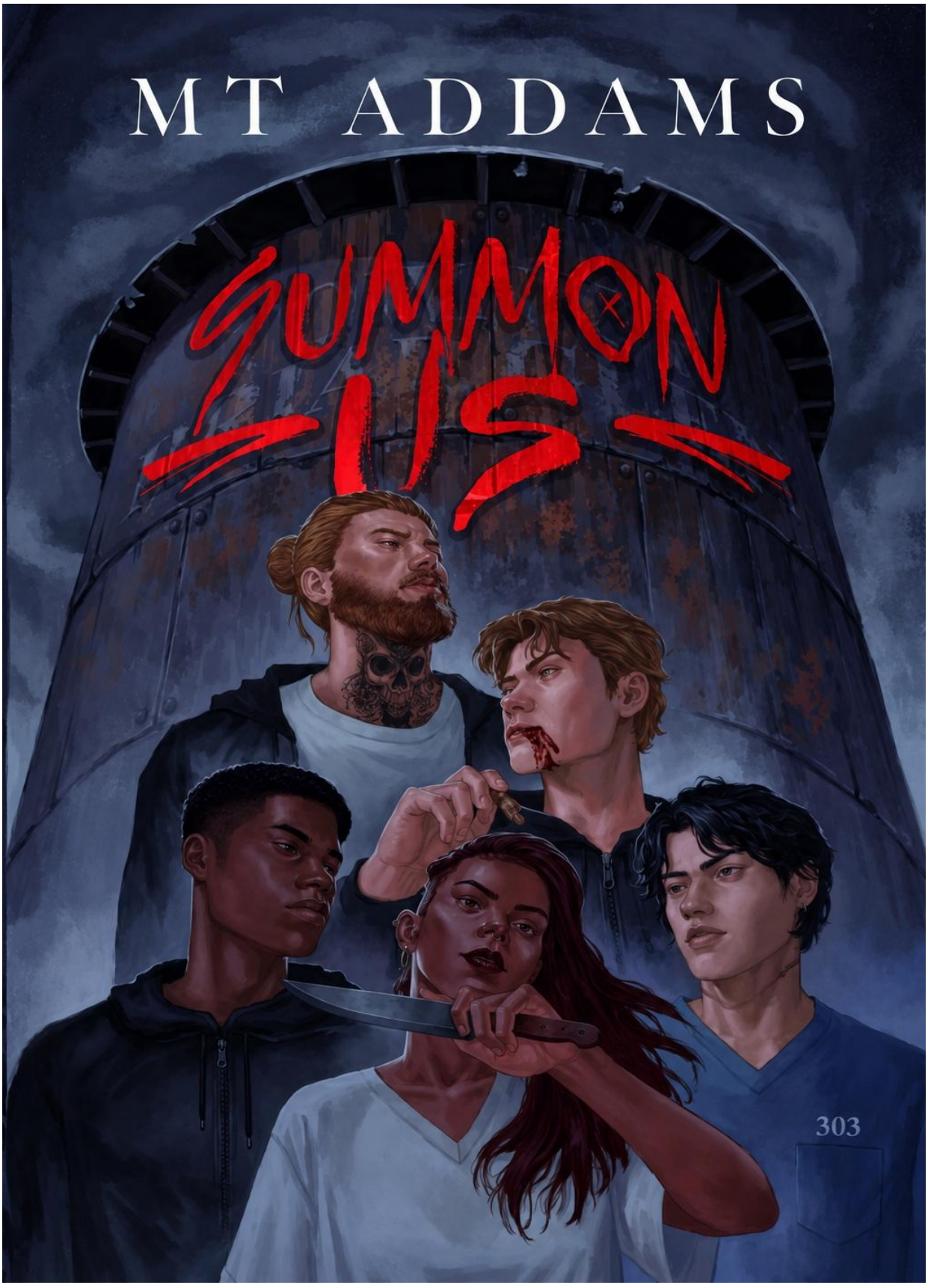
OceanofPDF.com

Índice

Prohibida su Venta
Índice
Advertencias
Sinopsis
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitres
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve

Treinta
Treinta y Uno
Treinta y Dos
Treinta y Tres
Treinta y Cuatro
Treinta y Cinco
Treinta y Seis
Treinta y Siete
Treinta y Ocho
Treinta y Nueve
Cuarenta
Cuarenta y Uno
Cuarenta y Dos
Cuarenta y Tres
Cuarenta y Cuatro
Cuarenta y Cinco
Cuarenta y Seis
Cuarenta y Siete
Cuarenta y Ocho
Cuarenta y Nueve
Cincuenta
Cincuenta y Uno
Cincuenta y Dos
Cincuenta y Tres
Cincuenta y Cuatro
Cincuenta y Cinco
Epílogo
Escena extra

OceanofPDF.com


MT ADDAMS
SUMMON US
303

OceanofPDF.com

Para los lectores a los que les gusta cuestionar su cordura cada vez que cogen un libro.

OceanofPDF.com

Advertencias

Queridos lectores:

Esta historia contiene ciertos temas que pueden resultar perturbadores para algunos lectores. **Se recomienda discreción**.

Summon Us contiene temas que incluyen (*entre otros*):

×Acoso

×Caza

×Violación de un personaje masculino (fuera del harén)

×Discusión/flashback de la violación de la protagonista femenina (fuera del harén)

×Discusión sobre un aborto espontáneo

×Mención de abuso sexual de un menor

×Mención de suicidio

×Ideas suicidas

×Cautiverio/secuestro

×Asesinato en la historia

×Tortura gráfica

×Desmembramiento

×Abandono parental

×Abuso (mental/emocional/físico)

×Dub-Con

×Non-Con

×Somnofilia

×Actividades de sectas/rituales

×Actividades extraescolares con un cadáver

×Lenguaje soez

×Violencia con cuchillos

×Muerte

×Sexo explícito

×Bondage ligero

×Lenguaje gráfico y agresión sexual.

×Todas las actividades sexuales dentro del harén tienen lugar una vez que todos los miembros son adultos.

Como recordatorio, se trata de un romance oscuro, lo que significa que la relación entre los personajes no se considera sana ni deben reproducirse las actividades en las que participan sin informarse adecuadamente de antemano. **Quedas advertido.**

OceanofPDF.com

Sinopsis

DAISY MURRAY era nuestra mejor amiga, la chica de nuestros sueños y el pegamento que nos mantenía unidos.

Pero nuestra ciudad albergaba una presencia maligna que quería a DAISY para ella sola.

Una noche, nos la arrebató y la borró de la historia.

En el décimo aniversario de su desaparición, el fantasma de la chica que todos amábamos nos llama a casa, de regreso a la ciudad contaminada. Debería ser imposible, pero no hay posibilidad de que ninguno de nosotros esté dispuesto a perder la oportunidad de volver a verla.

Los gritos de terror.

La sangre.

El dolor...

La chica que conocíamos se ha ido, pero la mujer que ha tomado su lugar es una diosa sedienta de sangre y llena de venganza que nos pone de rodillas a los cuatro. Le fallamos una vez, pero esta vez, fallar no es una opción. Juntos, quemaremos la ciudad de BRIAR GLEN hasta los cimientos y si eso nos envía al infierno...

Entonces el Diablo debería desplegar la alfombra roja.

OceanofPDF.com

Uno



La tranquila ciudad de Briar Glen es tan aburrida como una clase de matemáticas. Quizás incluso más.

Con una población en declive compuesta en su mayoría por personas mayores, tiendas que llevan vendiendo los mismos artículos desde los años ochenta y una falta de restaurantes nuevos o interesantes, no pasa gran cosa por aquí.

Al menos la mayor parte del tiempo.

Sentada en la pasarela metálica con los brazos cruzados y apoyada en la barandilla oxidada de la vieja torre de agua, puedo ver el pequeño pueblo con toda claridad. Las calles están relativamente concurridas este jueves por la tarde. El ajetreo parece fuera de lugar en un pueblo tan pequeño. Con el Festival de la Cosecha ya pasado y la feria del condado prácticamente terminada, no consigo entender a qué se debe toda esta energía tan emocionante.

¿Se jubila alguien? ¿Podría ser que viniera alguien importante al pueblo?

Reflexiono brevemente sobre las preguntas antes de dejarlas pasar. ¿A quién le importa? No tiene nada que ver conmigo y dudo que sea tan emocionante como los adultos de abajo lo están haciendo parecer. Cualquier cosa, aunque sea ligeramente nueva o diferente, puede hacer que el pueblo se vuelva loco.

Apartando la mirada del lugar donde he crecido, dirijo mi atención hacia el mundo fuera de Briar Glen.

Alrededor del pueblo hay kilómetros y kilómetros de árboles. Conozco bastante bien la mayor parte del terreno. Las aventuras que he vivido con mis amigos nos han llevado muchas veces por estos bosques. Estoy bastante segura de que conozco cada rincón de Briar Glen, tanto dentro como fuera del pueblo.

Mi profundo suspiro me envuelve. Al bajar la vista, veo cómo mis pies cuelgan del borde de la pasarela, balanceándose distraídamente.

A mi lado, mi amigo se aclara la garganta. Parpadeo rápidamente, despejando mis pensamientos dispersos. En lugar de enderezarme, simplemente me giro y apoyo la cabeza en los brazos para mirar a Owen Woodlock. Con una piel morena más oscura que la mía, un pelo espeso que deja crecer hasta formar un divertido afro rizado y gafas, Owen es absolutamente adorable. También es el más joven de mis amigos por un año entero. Mientras él acaba de empezar octavo, el resto de nosotros estamos en nuestro primer año de instituto. A pesar de su edad, es mucho *más inteligente* que el resto de nosotros. Casi cada vez que abre la boca, aprendo algo nuevo y fascinante.

—Deberíamos irnos —dice, cerrando el libro y dejándolo reposar en su regazo—. Oh, espera, déjame intentarlo así.

Sus manos se mueven, formando las señas que le he enseñado a lo largo de los años, indicándome que es hora de irse. Desde que se enteraron de que mi tía era sorda y de que yo sabía lenguaje de señas, la mayoría de los chicos han querido aprender a comunicarse así. Se ha convertido en un juego para ellos, ver si son capaces de hablar en nuestro «lenguaje secreto». Owen es el que lo ha aprendido más rápido, pero Drake no se queda atrás. En lugar de responderle en voz alta, le respondo con señas:

—Los demás deberían llegar en cualquier momento. Drake y Wyatt tuvieron que ir a recoger a Kingston.

—¿Pensaba que Kingston estaba castigado? —Owen frunce el ceño y, en lugar de usar el lenguaje de señas, esta vez expresa su preocupación en voz alta.

Intento no imitar su expresión a pesar del nudo que tengo en el estómago.

—Esta mañana, antes de ir al instituto, le he dejado los pasteles favoritos del señor Winslow; eso siempre lo conquista. Kingston debería poder salir esta tarde, al menos un rato.

La cara de Owen se torce con escepticismo.

—Sabes que ese truco no va a funcionar para siempre.

Lo sé. Francis Winslow es un hombre con muchas caras. Aunque en público se pone una máscara de amabilidad, me he colado antes en casa de Kingston y he podido escuchar al hombre que hay detrás de ella. Su actitud cruel hacia su mujer y su hijo es espantosa. No entiendo cómo Kingston mantiene la cordura. Quizá sea porque King puede ser tan cruel como su padre cuando se le presiona demasiado. Es el más intrépido de los cinco, eso está claro.

—Lo sé, pero esta vez funcionó.

Owen se ríe entre dientes.

—Eso es porque Daisy Murray no puede hacer nada mal. Te juro que todos nuestros padres te quieren más a ti que a nosotros.

Resoplo.

—Eso no es cierto y lo sabes.

Por suerte, parece que al Sr. Winslow le caigo bien. Su amabilidad conmigo a veces se le pega a Kingston, y le da un respiro de vez en cuando.

—En cualquier caso, no puedo quedarme fuera mucho tiempo. Mamá y papá dicen que tienen algo súper especial para mí esta noche y quieren que vuelva justo después de cenar en casa de Ma. Kingston no estará fuera el tiempo suficiente como para que su padre se enfade más con él de lo que ya está. —Echo la vista atrás hacia el pueblo, preguntándome a qué distancia estarán nuestros otros amigos.

Owen abre la boca para decir algo, pero un sonido llega desde los árboles que hay más abajo. Los dos nos enderezamos al oír la melodía silbada de *A Spoonful of Sugar* que nos llega. Se une un segundo silbido, y luego un tercero.

Me pongo de pie antes de que terminen la estrofa.

—¡Ves! Te dije que venían.

Owen tarda más en levantarse. Con una risita, coge su mochila y mete dentro el libro que estaba leyendo.

—Es ridículo cómo te las has apañado para que todos se aprendan esa estúpida canción y la usen como nuestra tarjeta de presentación.

Me río.

—Solo te molesta que tú no sepas silbar.

—¡Sí que puedo! Es solo que no suena tan fuerte.

Me acerco a la escalera.

—Ven, me muero de hambre.



Muevo las piernas hacia arriba y hacia abajo tan rápido como puedo. El sudor me brota por la frente, incluso con el viento en la cara. No tengo tiempo para secármelo. Si pierdo aunque sea un segundo de concentración, mi ventaja podría verse comprometida. Me inclino sobre el manillar, animando a mis piernas a moverse más rápido. Siento los pulmones como si fueran a explotar mientras me levanto sobre los pedales de la bicicleta y me inclino en la curva.

Es un movimiento en falso.

Kingston me adelanta con una risa maníaca. Las púas de silicona que cubren su casco se mueven frenéticamente mientras pasa a toda velocidad. Apretando los dientes, pedaleo más rápido. Al tomar otra curva, mi rueda delantera golpea una roca y pierdo el control de la bici. Justo antes de caerme, me recupero. Pero es tiempo perdido. Wyatt, Owen y Drake pasan tan rápido que son prácticamente un borrón.

—¡Adiós, *perdedora*! —grita Wyatt por encima del hombro.

Gruñendo, salgo en su persecución. Estamos a mediados de octubre, pero el calor es sofocante y la humedad lo hace aún peor. La camiseta se me pega al cuerpo. Es incómodo. Jadeando, intento con todas mis fuerzas superar la incomodidad. Pero mis piernas están agotadas. Tiemblan mientras las levanto y las bajo, empujando el peso de mi cuerpo cuesta

arriba por la última colina de Main Street. Los chicos ya la han coronado y han desaparecido al otro lado, dejándome atrás para sufrir yo sola esta inmensa tarea.

—¡Vamos, Daze!

Me sacudo el sudor de los ojos y veo a Wyatt reapareciendo y saludándome con la mano desde lo alto de la colina, donde está el semáforo. Con un gruñido, empujo hasta ponerme justo a su lado.

No le doy las gracias a Wyatt por esperarme, pero sí le lanzo una sonrisa antes de sacarle la lengua. Pasándolo a toda velocidad, aprovecho la bajada para alcanzar a los demás. Owen ni siquiera me ve venir, y Drake tampoco. Ambos tienden a reducir la velocidad aquí, asustados por la velocidad que cogemos y la curva cerrada al final.

Pero a mí nunca me da miedo.

Con los neumáticos chirriando, tomo la curva y aprovecho el impulso a mi favor. Kingston se está acercando. Desde aquí puedo ver que su pelo negro azabache se le pega al cuello. La parte trasera de su camiseta está empapada de sudor, pero en lugar de pegársele, la camiseta se hincha detrás de él. Estoy tan cerca de alcanzarlo, y de nuestro destino, que casi puedo saborear el éxito.

Pero está fuera de mi alcance.

Kingston cruza otra calle y por los pelos evita que lo alcance un camión de obras que toca el claxon mientras sigue su camino. Me veo obligada a reducir la velocidad para no chocar contra su parte trasera. Para cuando se ha apartado del camino, las ruedas de Kingston chirrían al detenerse en el aparcamiento de grava frente al Ma Diner.

Kings grita de alegría mientras se quita su casco y mira hacia atrás, hacia el resto de nosotros.

—¡*Otra* victoria!

—Nunca habías ganado tanto antes —le digo con mirada de reproche mientras me detengo a su lado y me bajo de la bici. Él se baja y se lleva la mano a la frente para secarse el sudor. Mi mirada se desvía hacia donde su camiseta se le ha levantado un poco, lo suficiente para que vea cómo empiezan a marcarse los músculos. Parece que los entrenamientos de fútbol

le están sentando muy bien. Avergonzada por mis pensamientos, aparto la mirada.

—Es la bicicleta nueva —se queja Drake mientras él y Owen se acercan. Los dos chicos están sudando a mares mientras miran de reojo a Kingston.

—¿Qué tiene que ver la bici? Es que soy *así de* bueno —protesta Kingston antes de burlarse—. Solo estás celoso.

Wyatt llega de los últimos, sin prisas, sin que le importe la derrota. Siempre ha sido más relajado que el resto de nosotros. Incluso más que Owen, nuestro ratón de biblioteca.

—La bici es más ligera, te da ventaja —señala Owen, secándose la frente. El resto de nosotros llevamos nuestras bicicletas hasta el aparcamiento.

Mientras las cerramos con candado, unos cuantos estudiantes de secundaria más mayores salen de Ma Diner, riéndose entre ellos. En cuanto veo quiénes son, me preparo para los problemas. Los de tercero nos ven y, en lugar de dirigirse a su coche, se acercan con aire despreocupado. La sonrisa pomposa de Chad se ensancha cuando su mirada se posa en Drake, que está de espaldas y no ve la amenaza. Los matones de Chad, Mitchel y Borus, se ríen por lo bajo detrás de él.

—Oye, gordito, ¿vas a arrasar la cocina de la señora Joanna esta noche? —pregunta Chad. Se dispone a empujar a Drake, pero me interpongo entre ellos, obligando a Chad a bajar sus manos.

Mirando con ira al quarterback del instituto, siseo:

—Deja a Drake en paz.

Su sonrisa cambia mientras sus ojos se deslizan por mi pecho.

—Oye, linda Daisy, ¿lista para que te recojan? Te trataré con cuidado si tú...

—Si terminas esa frase, te irás con un ojo morado, Chad —dice Kingston, con toda su alegría desaparecida mientras se coloca a mi lado.

—¡Eh, es Kingston! —dice Mitchel dando un paso al frente, con una mueca casi idéntica a la de su líder—. ¿Vas a salir esta noche?

Dejando que Kingston se encargue a partir de aquí, agarro a Drake por la parte trasera de la camiseta y lo alejo de los matones del instituto.

—Probablemente —responde Kingston.

Wyatt y Owen miran de Kingston a mí mientras me dirijo hacia la puerta de la cafetería. Sé lo que les preocupa. Desde que empezó el instituto hace dos meses, Kingston se ha ganado ser uno de los chicos más populares del instituto. No es de extrañar, dado que es de una de las familias más ricas de la ciudad, es guapo y se comporta con confianza, todos los estudiantes parecen sentirse atraídos por él. Todos, incluso Chad y sus matones. Cuando no está con nosotros, está con ellos, probablemente haciendo cosas que no debería. Normalmente, cuando Chad está metido en el asunto, Kingston parece meterse en más problemas de lo habitual con sus padres. He conseguido ayudarle a salir de algunas situaciones dudosas, pero Kingston no parece querer aprender de sus errores.

—Está bien —les aseguro a todos, apartando mis propias dudas.

Drake se adelanta, me sujeta la puerta y me la abre. Cuando le lanzo una sonrisa, noto el rubor en sus mejillas. Mi sonrisa se desvanece. Drake es increíblemente acomplejado por su peso. Al ser solo unos centímetros más bajo que yo, pero casi el triple de ancho que cualquiera de nosotros, sin duda destaca. No ayuda que su madre siempre le corte el pelo al estilo «tazón» y lo avergüence obligándolo a llevar camisetas dos tallas más pequeñas a propósito.

Odio la vergüenza que se refleja en sus ojos cuando baja la mirada, apartándola de mí. Por mucho que quiera asegurarle que no se preocupe, me quedo callada. Si hay algo que odia, es la atención o lo que él cree que es lástima.

—¿De verdad? —pregunta Wyatt en voz baja, acercándose por detrás de mí, aprovechando que la puerta está abierta.

—Claro que sí, es King —afirma Owen con amargura—. ¿Por qué se molesta siquiera en salir con nosotros si está claro que quiere estar con ellos?

Es un sentimiento que comparto, pero no lo digo en voz alta, porque odio la verdad que hay detrás. Por mucho que salgamos juntos, está claro, por las burlas incesantes que rozan la grosería y la necesidad constante de alardear, que Kingston se cree claramente mejor que nosotros.

—Es por Daisy. Tú eres la única que realmente le importa —murmura Drake mientras nos reunimos alrededor del mostrador de recepción.

—Nos quiere —les lanzo una mirada fulminante a los tres—. Solo porque pueda ser un idiota y se junte con un montón de idiotas, no significa que nos quiera menos. Por cierto, soy la primero en cruzar la puerta, lo que técnicamente significa que he ganado la carrera.

—¡Maldita sea, tienes razón! —Wyatt me da una palmada en la espalda mientras la señora Joanna, la camarera de mediana edad con demasiado maquillaje de colores, nos hace una seña con la cabeza para que nos sentemos en las mesas.

—Vayn a sentarse en sus sitio de siempre y no armen jaleo. ¡Ahora mismo voy! —nos grita desde detrás de la barra.

Unas manos se posan sobre mis hombros y me guían hacia nuestra mesa favorita, en la esquina más alejada. Al sentir ese contacto, mi corazón da un vuelco. Wyatt es guapo, de una forma muy natural. Sus cálidas sonrisas, sus brillantes ojos verdes y su actitud despreocupada hacen que sea muy fácil estar con él. Además, es bastante cariñoso, y ese contacto... Bueno, últimamente hace que mi corazón dé una pequeña voltereta.

Es un amigo. ¡Recuerda, un *amigo!*

Trago saliva con dificultad y dejo que Wyatt me guíe por la cafetería. Owen me roza al pasar, ansioso por conseguir un asiento junto a la ventana. Drake es el siguiente, dejándonos atrás a Wyatt y a mí. Bueno, solo a mí, porque Wyatt me suelta los hombros y sale corriendo tras él.

—¿No me vas a esperar? —grita la voz de Kingston a mis espaldas.

No le dedico ni una mirada, pero acelero el paso, sabiendo que me adelantará rápidamente si no me doy prisa. Tengo razón. Me adelanta sin siquiera ponerse a correr. Se me escapa una carcajada cuando King intenta empujar a Wyatt fuera del camino, pero no lo consigue. Se pelean ruidosamente, molestando a los clientes sentados en la mesa de al lado. Owen aprovecha y se cuela por un lado. Se desliza por el asiento de cuero desgastado para sentarse en el lado de la ventana. Drake ocupa el otro asiento de la ventana antes de que yo pueda pasar junto a Kingston y Wyatt.

—Tienes que ser más rápida que eso —me toma el pelo mientras me deslizo a su lado.

—*Soy* más rápida. Por eso hoy me debes un batido. —Pongo los ojos en blanco y cojo el enorme menú de plástico que hay sobre la mesa, como si

no fuera a pedir exactamente lo mismo de siempre.

—Ahora le toca a otro conseguir un batido gratis —se queja Wyatt, deslizándose a mi lado. Tanto él como Kingston son unos centímetros más bajos que yo, así que cuando me enderezo, puedo asomarme por encima de la cabeza de Wyatt para mirar la vitrina de pasteles del mostrador.

—Mmm, no creo que eso funcione así —lo provoco, mirando el muffin de arándanos—. *Pero,* si comparten la hamburguesa conmigo para que pueda meterme *eso* en el estómago, quizá los deje quedarse con mi batido.

—¡Lo compartiré contigo! —se ofrece Kingston, dando un golpe con su mano sobre la mesa, sobresaltando a los mayores que están detrás de nosotros, y luego lanzándome una sonrisa engreída. Escondo la cara detrás del menú antes de que se dé cuenta de cómo se me enrojecen las mejillas.

¡Siempre ha tenido esos hoyuelos*!* ¡Deja de dejar que te afecten ahora*!*

—De todas formas, ya sabes que ella siempre comparte su batido —señala Drake en voz baja, con la mirada fija en su propio menú.

Owen se sube las gafas por la nariz y nos mira a todos.

—Dejemos que Daisy se tome su batido. Prácticamente es su cumpleaños.

—Es *casi* su cumpleaños —dice Kingston poniendo los ojos en blanco—. No es hasta mañana.

—¡Ya está cerca! —Le lanzo una mirada fulminante por encima del menú.

—La verdad es que no. —King me lanza una mirada aburrida antes de arrancarme el menú de las manos para mirarlo él mismo—. ¿Qué vamos a hacer para celebrarlo, por cierto?

Me encojo de hombros, algo que él no ve.

—No lo sé. La verdad es que ni siquiera es gran cosa. Aunque tengo curiosidad por saber qué me tienen preparado mis padres para esta noche. Me han organizado algo, pero no me dicen qué es.

—Cumplir quince años *es* algo importante. ¡Este año podrás sacarte el carné de conducir! —dice Owen con una sonrisa emocionada—. Así podrás llevarnos en coche.

—Podré hacerlo dentro de unos meses —le espeta Kingston—. No será gran cosa cuando Daisy consiga el suyo.

Wyatt se burla.

—Sí, como si fuéramos a confiar *en ti* para que nos lleves en coche.

—Nos mataremos el primer día —coincide Drake—. No te confiaría mi vida, King.

—¿Pero sí se la confías a *Daisy?*

Ante el escepticismo de Kingston, todos responden al unísono:

—*Sí*.

Me río, encantada por la confianza que tienen en mí. Antes de que Kingston pueda responder, la señora Joanna aparece en nuestra mesa.

—Muy bien, pequeños paganos, ¿qué les traigo? —bromea con una sonrisa cálida y sincera—. ¿Has ganado la carrera hoy, Daisy?

Le sonrío radiante.

—Sí.

—Entonces, un batido de fresa y plátano está en la orden del día, ¿verdad?

—¡Oh, vamos, cambia un poco! —se queja Kingston.

Le lanzo una mirada fulminante.

—¿Sabes qué? No, creo que no lo haré. —Volviéndome hacia la señora Joanna, asiento con la cabeza.

—Sí, por favor.

Ella se ríe.

—Muy bien. Un batido de fresa y plátano para ti. ¿Lo de siempre para el resto?

En nuestra mesa estalla una oleada de risas y confirmaciones. La señora Joanna asiente, lo anota todo en su libreta y luego nos guiña un ojo.

—Son fáciles de atender. Me aseguraré de que les sirvan la cena enseguida.

Cuando se marcha, mis chicos se lanzan a la conversación. Me recuesto en la silla y sonrío, queriéndolos a todos y cada uno de ellos, incluso mientras discuten y se burlan unos de otros.

OceanofPDF.com

Dos



—Vamos, chicos, creo que es por aquí.

Drake suspira mientras se queda rezagado detrás del resto de nosotros.

—¿Por qué susurras, King? Aquí no hay nadie.

Aprieto los dientes mientras echo un vistazo al bosque. ¿Cuántas veces nos hemos escabullido por aquí en la oscuridad cuando no debíamos? El bosque es mi hogar tanto como la torre de agua, las vías del tren y el Ma Diner. Entonces, ¿por qué parece tan siniestro esta noche?

Porque viste ese cuchillo y los oíste decir su nombre. *Se me revuelve el estómago.*

Luchando contra la ansiedad que me invade, me giro y me aseguro de que Drake capte mi mirada.

—Es una fiesta, claro que va a haber gente allí. Vamos, ya casi hemos llegado.

—¿Por qué tendrías que susurrar si saben que vas a ir? —pregunta Wyatt, manteniéndose cerca.

—*A mí* me han invitado. A ustedes no. Voy a tener que colarlos a los tres en esta cosa, así que cállense y vamos. A este paso, ya habrá acabado para cuando lleguemos.

Mantener esta farsa es agotador. Si pudiera decirles por qué estamos realmente aquí, quizá se animarían un poco.

O quizá darían media vuelta y saldrían corriendo. Me humedezco los labios secos y respiro hondo para no marearme. Cuando no estoy animando a los demás a seguir adelante, estoy conteniendo la respiración, con la esperanza de que lo que había visto y oído antes no fuera más que un malentendido.

Es imposible que el cuchillo que sostenía papá tuviera algo que ver con Daisy.

Mi plan para esta noche era escabullirme para quedar con Chad y tomarnos unas cervezas junto a las vías del tren. Pero, al salir, mientras pasaba a hurtadillas por delante del despacho de mi padre, oí que me llamaban y me detuve.

«...Kingston va a ser un buen chico, va a mantener su boca cerrada y se va a olvidar de su novia en cuanto los Murray cumplan con su parte del trato».

Me había irritado el tono de papá. Últimamente, ha estado intentando controlar mi vida más de lo habitual. ¿Qué quería que hiciera, o que no hiciera, *ahora*? Me asomé al despacho justo cuando levantaba por encima de la cabeza el cuchillo más grande que había visto en mi vida. La punta era curva y, desde donde estaba, pude ver que el mango era de oro.

«Esta es la noche más importante de nuestras vidas, Georgia. Daisy Murray será nuestra salvación».

Tiemblo al recordar ese momento. El tono ferviente de la voz de mi padre, la mirada preocupada que le vi a mi madre… Todo era demasiado extraño y alarmante como para ignorarlo. Después de escuchar a escondidas para averiguar adónde ir, me escabullí y, en lugar de dirigirme a las vías del tren, reuní a los demás.

Así que aquí estoy, con el corazón en un puño en medio del bosque, deseando con todas mis fuerzas que lo que vi y escuché fuera un error y que no encontremos nada. Y menos aún a Daisy.

—... ¿King?

La voz de Owen me devuelve al presente.

—¿Qué? —pregunto, con evidente exasperación, mientras me doy la vuelta para mirarlo. El chico flacucho se sube las gafas por la nariz mientras se aleja de mí con un gesto de repulsión.

—Te he preguntado por qué nos has invitado si te da vergüenza que estemos aquí.

Oh, otra vez esta estúpida historia de la fiesta. Suspiro ruidosamente.

—Porque Daisy querría que lo hiciera, ¿vale?

—Solo lo haces porque la *quieres* —se burla Wyatt, pasando a mi lado en dirección a Solmer Rock.

Siento cómo se me enrojecen las mejillas.

—No, no la quiero.

—Sí, *claro*. No creas que no me he dado cuenta de que no dejas de mirarla.

—Con esa lógica, yo podría *acusarte* de que *te* gusto porque me estás mirando. Además, Daisy siempre está haciendo alguna tontería, claro que la estoy mirando.

Es una excusa plausible, ¿no? Porque admitir que estoy jodidamente *obsesionado* con nuestra amiga no es una opción. Ella es demasiado inocente e ingenua. Joder, se balancea en la frontera entre lo friki y lo normal, saltando de un lado a otro de esa línea cada vez que abre la boca. Y lo que es peor, le *gusta* salir con estos chicos. Estos *perdedores*. Quizá antes pudiera tolerarlos, cuando éramos más jóvenes, ¿pero ahora? Dios, qué pesados son. Lo único que me frena de dejarlos tirados es la chica que puede que esté o no en apuros esta noche.

Acelero el paso.

—Venga, chicos, son jodidamente lentos.

—Odio la oscuridad —refunfuña Owen.

Esta noche, a mí tampoco me gusta. La luna llena está tapada por densas nubes y la humedad se hace cada vez más pesada. ¿Se acerca una tormenta? Mierda, espero que no.

—Después de la fiesta, deberíamos bajar por el acantilado y bañarnos en el río —sugiere Drake.

—No creo que beber y nadar vayan de la mano. Y menos con lo fuerte que está la corriente. Papá intentó ir a pescar y dijo que casi se lo lleva la corriente cuando metió un pie en el agua —objeta Owen.

—¿De qué manera te vas a emborrachar? —responde Drake.

Dios, son tan novatos en todo esto. Al menos Daisy empezó a beber el verano pasado. Le robé un poco del mejor whisky de mi padre después de una noche dura en la que me echó una bronca de mierda y me escabullí a su casa, llamé a la ventana de su habitación y ella salió sin dudarlo ni un segundo. Esa noche hablamos durante horas, solo nosotros dos.

Nunca me había sentido tan comprendido. Tan escuchado. Tan querido.

Pero ese es el don de Daisy. Ella es capaz de querer a cualquiera. No importa lo imperfecto que seas por dentro o por fuera, ella está ahí para aceptarte sin juzgarte ni dudar. Quizá por eso la adoro tanto. Es muy fácil estar con ella y tiene la sonrisa más radiante. Cuando me la dedica, su sonrisa puede calentar hasta las partes más frías de mi alma. El resto de mi vida está envuelta en nubes oscuras. El resentimiento y la amargura son un hedor que no puedo quitarme de encima. Últimamente, me preocupa que mi creciente cinismo me convierta en mi padre.

¿Podría Daisy quererme si me convirtiera en su versión?

Aparto ese pensamiento de mi mente cuando Solmer Rock aparece ante mis ojos. La enorme roca, la única de la zona, es alta y estrecha. Un grafiti descolorido cubre su parte inferior. Ya no estamos muy lejos. No tardaremos mucho en llegar a nuestro destino. Solo estamos aquí para echar un vistazo, y si todo va bien, nos iremos. Los chicos se llevarán una decepción al ver que no hay fiesta, pero lo superarán. Me llamarán imbécil, como siempre, y luego seguirán con lo suyo.

Doy la vuelta a la roca, tratando de averiguar qué dirección es el este. Ahí es donde mi padre dijo que se reunirían, a un kilómetro y medio al este de Solmer Rock. En mi segunda vuelta, mis ojos se fijan en algo que hay en el suelo. Cuando me agacho para recogerlo, una mano se adelanta y agarra la frágil tarjeta de plástico antes de que yo pueda hacerlo.

—¿Qué es esto? —pregunta Wyatt, mostrando el carné de conducir. Frunce el ceño—. Espera, esto es de la señora Murray.

Por razones que no entiendo, siento que se me sube la bilis a la garganta. Le arranco el carné a Wyatt, que frunce el ceño con preocupación.

—¿Desde cuándo viene la madre de Daisy hasta aquí? —me pregunta. Debe de haber algo en mi cara, porque sus cejas, que ya estaban fruncidas, se arrugan aún más—. Kingston, ¿qué pasa? ¿Por qué estamos aquí realmente esta noche?

Un grito, procedente de algún lugar delante de nosotros, interrumpe mi respuesta poco convincente. Se cuela entre los árboles, nos envuelve y luego se dispersa en todas direcciones. En lugar de desvanecerse poco a poco, simplemente se detiene, dejando el bosque en silencio una vez más.

Los cuatro nos quedamos aquí, clavados en el sitio. El miedo me oprime la garganta como un tornillo de banco y me corta la respiración.

—¿Qué, qué ha sido eso? —pregunta Drake, rompiendo el silencio.

Owen se acerca más a mí.

—Un zorro, obviamente.

Wyatt me mira fijamente. Su pelo largo y revuelto, con raya en medio, me deja entrever lo suficiente de su cara como para ver que está atando cabos. Sabe que no hay ninguna fiesta, pero ¿qué más habrá deducido?

—Kingston, ¿de quién era ese grito? —pregunta, con voz tranquila pero firme.

Daisy. Su nombre en mi cabeza es la clave para liberarme del miedo que me paraliza. Sin tiempo que perder, salgo corriendo hacia las sombras más oscuras del bosque.

—¡Vamos, síganme!

No necesito saber dónde está el este. Ese grito me indicó exactamente en qué dirección ir. Mis pies vuelan sobre el suelo. Ni siquiera cuando la hierba espesa se vuelve menos densa y el terreno se vuelve rocoso, reduzco el paso. El terreno empieza a ascender. Mi respiración se vuelve entrecortada, pero no bajo el ritmo.

Al coronar la cima de una colina, tropiezo con mis propios pies al ver lo que hay abajo. Acurrucadas en un gran semicírculo hay al menos una docena de personas vestidas con túnicas de color rojo intenso. El color de la tela se refleja en la gran hoguera que arde detrás de ellos, haciendo que parezca sangre. Delante de ellos hay una gran piedra plana, y hay antorchas

tiki alineadas a lo largo del otro lado del grupo de personas, creando una pequeña barrera entre la persona que yace atada por las muñecas y los tobillos, y los árboles que la rodean.

Daisy.

En lugar de la camiseta y los pantalones cortos que llevaba antes, ahora luce una túnica blanca abierta, lo que permite a los cantores, y a mí, ver su cuerpo desnudo. ¿Cuántas noches he soñado con ver a Daisy tumbada ante mí, desnuda y deseosa? Demasiadas, eso es seguro. Tengo los calcetines duros y apelmazados metidos bajo el colchón para demostrarlo.

Pero esto es cosa de pesadillas.

Un gran símbolo sangriento está pintado en su pecho y se extiende hasta su pelvis. No se parece a nada que haya visto antes. ¿Qué significa? ¿Y de quién es esa sangre? ¿Suya?

Las piernas me fallan. Cuando mis rodillas golpean el suelo duro, apenas me doy cuenta. ¿Qué demonios es esto? ¿Qué está pasando? La sangre me late en los oídos, el rugido ahoga los cánticos que se oyen abajo. Mis *padres* están ahí abajo. ¿Y los de Daisy? No permitirían esto, ¿verdad?

Pero acabamos de encontrar el carné de conducir de la señora Murray…

Las figuras encapuchadas cantan en voz baja, ignorando los forcejeos, las súplicas y las lágrimas de mi mejor amiga. Están tan absortos en lo que están haciendo que no oyen a los chicos que se acercan detrás de mí, jadeando y resoplando ruidosamente.

—¿Qué demonios, King? —Wyatt se deja caer a mi lado, jadeando—. No puedes simplemente...

Me giro y le tapo la boca a Wyatt con la mano. Lucha contra mí un segundo antes de que me lleve un dedo de la mano libre a los labios y gire la cabeza bruscamente hacia la escena de abajo. Wyatt me empuja y mira hacia el pie de la colina. Su grito de horror va seguido de un retroceso a gatas para ponerse fuera de mi vista.

—¿Qué demonios es eso? ¡Kingston, ¿qué está pasando? —grita en un susurro.

Me quedo sin palabras. ¿Cómo demonios se supone que voy a saber qué hay ahí abajo? Owen sube la colina a continuación, seguido de Drake, cuyos jadeos suenan como si estuviera sufriendo un infarto.

—¿P-por qué. Estamos. Aquí? —jadea Owen.

—¡Cállate y agáchate! —le ordeno con brusquedad mientras el shock empieza a remitir—. Esa gente tiene a Daisy.

—Tenemos que hacer algo. ¡Encontrar a alguien que nos ayude o algo! —sisea Wyatt.

Por fin capaz de recuperar el aliento, Owen nos mira a los dos.

—¿Encontrar a alguien que nos ayude con qué?

Frunzo el ceño.

—Dios, claro, el ratón de biblioteca no puede entender lo que está pasando en la realidad. ¡Mira ahí abajo, idiota!

Owen frunce el ceño y abre la boca, pero Wyatt lo hace callar y señala con el pulgar hacia abajo, hacia la colina. Murmurando entre dientes, Owen se asoma por el borde que tenemos delante. Veo el momento en que le invade el pánico. Tiro a Owen al suelo y le tapo la boca con la mano. Detrás de mi palma, Owen grita.

—¿Qué? ¡Quiero ver! —Drake se acerca a nosotros, se arrodilla y mira. Su grito ahogado queda amortiguado por su propia mano, y se le llenan los ojos de lágrimas.

—No te atrevas a llorar —le gruño, manteniendo la mano firmemente pegada a la boca de Owen. Cabrón sentimental—. Daisy no tiene tiempo para tus malditas lágrimas, Dre.

Él sorbe por la nariz y asiente, apartando las manos de la boca.

—¿Qué vamos a hacer?

¿Nosotros? *¿Nosotros?* ¿Qué *podemos* hacer? Suelto a Owen y me incorporo para mirar hacia la colina. Por Dios...

—¡Tengo una idea! —dice Wyatt de repente—. Drake, ¿llevas tu navaja? —Al ver que Drake asiente, Wyatt aprieta los labios antes de suspirar y decir—: Esto es lo que vamos a hacer.

Un tipo solitario con capucha está gritando alguna mierda sin sentido sobre un dios. Los demás le prestan mucha atención, balanceándose y cantando en voz baja. En el altar de piedra, Daisy hace todo lo posible por liberarse de sus ataduras, pero debe de estar atada a algo en la piedra porque no lo consigue. Sus súplicas se han convertido en sollozos desgarradores.

El miedo hace que me tiemblen las manos, incluso mientras las aprieto en puños a los costados. Por suerte, un deseo ardiente de salvar a mi chica, sin importar el precio, evita que el miedo me abrume. Y la rabia, tanta rabia, se acumula en mi pecho. Esto es obra de mi padre. De alguna manera, él ha puesto esto en marcha. Lo voy a joder después de esto.

Mientras bajo la colina, justo fuera de la vista de la pequeña multitud, uso las sombras como cobertura. No me molesto en comprobar si los demás intentan pasar desapercibidos, sé que lo hacen. Están tan decididos como yo a poner a Daisy a salvo. Y es gracias a su determinación que confío en que este plan funcionará.

Al colocarme en posición, me agacho y recojo un puñado de piedras pesadas. Cuando me enderezo, fijo la mirada en mis objetivos. El aire que tenía contenido sale en un silbido tembloroso. La determinación me endereza la espalda y aprieto la mandíbula mientras espero la señal.

No tengo que esperar mucho.

A Spoonful of Sugar rompe el silencio del bosque, interrumpiendo la ceremonia de la secta. Mi alivio es una ráfaga de frío placer en el pecho antes de que se bloquee y vuelva el miedo. Es la hora. Un segundo silbido atraviesa el aire, procedente de otra dirección. Entonces me uno, sabiendo que Owen no sabe silbar ni una mierda, así que probablemente ni siquiera lo iba a intentar. Frunzo los labios y la melodía aguda sale de la sombra.

Daisy deja de moverse de inmediato y levanta su cabeza.

Así es, ya vamos, Daisy.

Echo el brazo hacia atrás y lanzo la primera piedra. Vuela por el aire y golpea al imbécil de túnica roja más cercano. Su grito de alarma es imitado por otro cuando una segunda piedra atraviesa la oscuridad desde otra dirección. Cojo otra piedra y la lanzo hacia delante, apuntando directamente al tipo encapuchado que está al lado de Daisy, el que tiene un cuchillo familiar en la mano. Se oye un grito de dolor mientras tropieza hacia atrás.

Te lo mereces, imbécil.

Me agacho, agarro dos piedras a la vez y las lanzo con toda la fuerza que puedo contra la multitud. Los demás hacen lo mismo, manteniendo el intenso bombardeo. Cada vez que una piedra sale de mi mano y golpea a alguien, me río. Es un sonido frío que no llega muy lejos.

No tarda mucho en que los adultos empiecen a retroceder. Incluso su líder, que maldice en voz alta, se ve obligado a retroceder. En lugar de ceder, redoblo mis esfuerzos, lanzando tantas piedras como puedo en su dirección. Mientras lo hago, veo a Drake corriendo hacia Daisy tan rápido como puede... que no es que sea muy rápido. Cuando decidimos que sería Drake quien salvara a Daisy, fue solo porque sabíamos que su puntería era la peor de los cuatro. En lugar de gritarle que se dé prisa, me centro en mantener a raya a los adultos. Él sabe que la vida de nuestra amiga está en juego. Correrá con todas sus fuerzas.

Wyatt y Owen deben de estar esforzándose tanto como yo, porque los gritos de dolor se hacen más frecuentes y empieza a cundir el pánico. Algunos de los adultos intentan cubrirse la cabeza con los brazos, otros tropiezan hacia atrás y echan a correr. La mayoría de los que corren tropiezan inmediatamente con el terreno irregular y caen de bruces. Dos individuos más atrevidos empiezan a avanzar hacia las piedras que vuelan. Uno viene directamente hacia mí. El corazón me da un vuelco. En lugar de dar un paso atrás y tratar de huir, aprieto con más fuerza la piedra que tengo en la mano. La levanto por detrás de la cabeza y se la lanzo al tipo que se abalanza sobre mí. Le da de lleno en la cara y lo derriba.

—¡Corre, corre, corre!

La voz de Drake me sobresalta. Miro más allá de la persona tirada en el suelo, a solo unos metros de mí, y veo a Drake y a Daisy corriendo hacia el bosque.

—¡No! ¡Ve por ella! —grita alguien enfurecido.

Mientras los dos corren hacia la línea de árboles, me concentro en lanzar más piedras a cualquiera que intente perseguirlos. Wyatt y Owen también deben de estar concentrados en eso, porque las piedras caen con fuerza y rapidez, pasando por encima de Drake y Daisy mientras se sumergen en las

sombras. En cuanto desaparecen de la vista, dejan de lanzar piedras por ese lado.

Mierda. Hora de irse.

Con dos piedras en la mano, salgo corriendo, atravesando el bosque tras los demás. Mientras corro, los adultos empiezan a gritar. Alguien está dando órdenes de ir tras Daisy. Se me sube el corazón a la garganta. No habíamos planeado esto con tanta antelación. Aunque tengo una idea general de hacia dónde corren, no habíamos hablado de un punto de encuentro. Alargo la zancada, con la esperanza de alcanzarlos antes que los adultos. Al salir del claro desde las sombras, balanceo los brazos con fuerza e intento controlar la respiración.

De alguna manera, consigo alcanzarlos.

Oigo los sollozos entrecortados de Daisy mientras corre. Entonces diviso la túnica blanca. Desaparece y reaparece mientras ella y los demás se abren paso entre los árboles.

—¡Dense prisa! —grita Daisy—. Espera, ¿dónde está King?

—¡Ya viene! —promete Owen.

Antes de que pueda gritar, un ruido a mis espaldas me pilla desprevenido. Algo pesado me golpea la espalda y me tira al suelo. Me quedo sin aliento mientras ruedo, con otro cuerpo sujetándome con fuerza.

—Te pillé, maldito idiota —me gruñe mi padre al oído.

Jadeo, tratando de recuperar el aliento que he perdido.

—¡Suéltame!

—¡Yo la atraparé! —grita alguien con una túnica, pasando corriendo a nuestro lado. Alargo la mano para agarrarle el dobladillo de la túnica, pero nos esquiva y se pierde en la noche. Otros tres pasan corriendo a toda velocidad junto a nosotros.

—¡No! —jadeo, forcejeando contra el peso que me clava al suelo.

—¡No vas a arruinar esto, *chico*! ¡Es el destino! ¡Es su *destino*!

Un puño me golpea en la cara. Mi cabeza golpea el suelo mientras las estrellas me ciegan la vista y el dolor se extiende por mi mandíbula.

Mi padre gruñe antes de ponerse en pie.

—Ya me ocuparé de ti más tarde.

Dicho esto, sale corriendo tras mis amigos.

—¡No!

Con un gemido, me giro boca abajo y me levanto a duras penas. Tropiezo. Tras respirar hondo varias veces, el mundo deja de dar vueltas lo suficiente como para que pueda avanzar. Corro tras todos. Más adentro del bosque, se oye un grito. Le siguen más gritos. Alguien suelta una maldición a voz en grito. A medida que acorto la distancia que nos separa, oigo la lucha. Los gritos de dolor y sorpresa llenan la oscuridad. Empujo mis piernas con más fuerte que nunca hasta que encuentro a mis amigos forcejeando con cuatro personas encapuchadas. Uno tiene el pie sobre la cara de Drake, que yace en el suelo. Una rodilla golpea el estómago de Owen, dejándolo fuera de combate, y Wyatt... Bueno, a él le va un poco mejor. Se aparta de uno de ellos y luego se lanza contra la persona que sujeta a Daisy. El movimiento libera a Daisy y derriba a su agresor al suelo.

—¡Corre, Daisy! —grita Wyatt.

—¡Vuelve aquí! —grita mi padre mientras la persigue. Su orden la sigue en la oscuridad mientras corre tras Daisy. Me abro paso entre todos, decidido a llegar antes que él.

—¡Atrápala, King! —grita Drake con voz débil mientras paso a su lado.

No le respondo, concentrado en las siluetas de las túnicas rojas y blancas que veo delante de mí. Los sollozos entrecortados de Daisy flotan por el bosque y se me clavan en el corazón. Pase lo que pase después de esto, juro que ella nunca volverá a llorar. Que nunca volverá a sentir este tipo de miedo. Huiremos si es lo que hace falta.

Su túnica desaparece mientras ella y mi padre aceleran el paso.

—¡Daisy! —grito mientras el sonido del agua corriendo llega a mis oídos —. ¡Daisy, ten cuidado! ¡Ve hacia el sur!

Se oye un chirrido. El corazón se me sube a la garganta y me ahoga. El grito de angustia de Daisy se corta de repente.

—¿Daisy? —grito—. ¡Daisy!

—Estoy aquí. —Su débil voz no llega muy lejos cuando irrumpo en la escena.

Allí, de pie al borde de un precipicio escarpado, está Daisy, temblando violentamente. Se abraza el abdomen con los brazos y me mira con los ojos

muy abiertos mientras me acerco a ella. Delante de ella está mi padre, con los brazos extendidos para que ella no pueda ir a ninguna parte. El sonido del río, muy abajo, es alarmante. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Y por qué está tan cerca del borde? Su labio inferior tiembla mientras me mira.

—Kingston…—Sus manos se separan de su cintura y una se levanta para señalar detrás de mí, con los ojos muy abiertos—. ¡King!

Algo afilado y duro me golpea en la nuca. Lo siguiente que sé es que mi cara está chocando contra el suelo. La nariz es lo primero en golpearse. El dolor me explota en la cara y jadeo buscando aire. Aun así, me esfuerzo por ponerme a cuatro patas.

—Oh, no, ni lo sueñes —sisea la voz de un desconocido. Un pie me golpea las costillas y doy una vuelta, cayendo de espaldas. Levanto la vista hacia la capucha oscura de la figura que tengo encima.

—¡Kingston! —grita Daisy con una mezcla de miedo e indignación—. ¡No vuelvas a tocarlo!

—Ven aquí y acepta tu destino, Daisy —ordena mi padre—. No vas a salir de este bosque. Nuestro Señor te ha elegido y te irás...

Mi padre se calla de golpe.

—¡Corre, Daisy! —grita Owen.

Me cuesta ponerme en pie. Al hacerlo, veo a Owen allí de pie, respirando con dificultad, sosteniendo una gran rama. La levanta y la baja de golpe, golpeando a mi padre justo en la cara. Papá ruge, agarra la rama la siguiente vez que Owen la levanta y se la arranca de las manos al chico flacucho. Justo cuando Owen se ve despojado de su arma, Wyatt y dos figuras encapuchadas irrumpen en escena. Wyatt le da un codazo a una de ellas inmediatamente, haciendo que esa persona caiga de rodillas. La segunda logra pasar junto a él, hacia Daisy.

No llegan hasta ella. Una piedra sale volando por los aires y les da en la cabeza.

—¡Toma eso! —grita Drake al aparecer, con la cara roja y sudando.

Tiene sangre en la cara y en la camiseta. Sus vaqueros están rotos y le falta una zapatilla, pero el brillo de determinación en su rostro dice que nada de eso importa. Su ataque derriba a la figura.

—¡No! —grita Daisy—. ¡No voy a hacer esto!

Me doy la vuelta para ver cómo mi padre intenta alcanzarla. Mientras Daisy se escabulle fuera de su alcance, su pie también se mueve, dando un paso atrás. No encuentra un punto de apoyo detrás de ella. El tiempo se ralentiza mientras mi corazón se detiene de golpe.

Extiendo la mano, como si pudiera detener lo que está por venir. Como si no estuviera de rodillas, sin aliento y agonizando. Como si pudiera salvarla. Ignoro el frío glacial que recorre mis venas y me revuelve el estómago. Solo veo a Daisy. Nuestros ojos se cruzan antes de que los suyos se abran de par en par por el terror. Abre la boca mientras extiende los brazos a los lados para recuperar el equilibrio.

Su grito, tan lleno de terror que sé que nunca se me borrará de la cabeza, la acompaña mientras cae hacia atrás, por el borde del acantilado y fuera de mi vista. No soy el único que grita su nombre. El nombre de Daisy resuena en el aire mientras el tiempo vuelve a acelerarse. Me pongo en pie a toda prisa, ignorando el dolor en el pecho y la cara mientras vuelvo a gritar su nombre.

Antes de que pueda llegar al borde del acantilado, mi padre ya está allí, mirando hacia abajo y maldiciendo con furia.

Me acerco a él y miro hacia abajo. La caída debe de ser de más de treinta metros y el agua de abajo, crecida por la lluvia del día anterior, ruge con fuerza.

No hay ni rastro de Daisy.

No... ¡no, no, no! Mi cerebro se niega a asimilar lo que estoy viendo. O a quien *no* estoy viendo.

—¡Daisy! —grito mientras una grieta se abre y se extiende en mi pecho—. ¡*Daisy*!

No hay respuesta.

OceanofPDF.com

Tres



(CINCO AÑOS DESPUÉS)

Amigo mío,

Estoy viva, pero no me encuentro nada bien. Por suerte, me estoy recuperando. Espero que tú estés bien y disfrutando al máximo de la vida. Quizás algún día volvamos a vernos.

Hasta entonces, cuídate.

Con cariño,

D. M.

OceanofPDF.com

Cuatro



(CINCO AÑOS MÁS TARDE)

Amigo mío,

Dentro de dos semanas, Briar Glen empezará a arder mientras me vengo. Será horrible, habrá sangre, y espero que tenga un sabor tan dulce como el batido de fresa y plátano de la señora Joanna.

Si estás viviendo tu mejor vida, asómate a la ventana, estés donde estés, y quizá veas las llamas si consigo que ardan lo suficientemente alto.

Pero si te interesa hacer algo más que mirar, te he enviado unos regalos especiales hechos con mucho cariño. También encontrarás la hora y el lugar donde podría estar.

¿Quizás te unas a mí?

Decidas lo que decidas, que sepas que te quiero con todo mi corazón y te deseo lo mejor.

Con cariño,

D.M.

OceanofPDF.com

Cinco



DOS SEMANAS DESPUÉS

Las columnas de humo denso y negro que cubren el cielo nocturno dejan caer cenizas que caen como nieve. Incluso después de dos días completos de trabajo sin descanso por parte del cuerpo de bomberos de Briar Glen, el enorme incendio que rodea la ciudad sigue arrasando el bosque sin que se vislumbre un final.

La mayoría de las casas están ahora cubiertas de hollín, al igual que los coches que no están aparcados en un garaje, las carreteras y todas las señales de tráfico. Motas de ceniza grises y negras caen sobre el parabrisas de mi coche, solo para ser barridas por los limpiaparabrisas. Con una visibilidad casi nula, mi trayecto por la ciudad hasta la comisaría es lento y frustrante.

E innecesario.

Cuando Brett me mandó un mensaje diciendo que tenía que hablar de algo urgente, casi lo mandé a la mierda. Es que no se da cuenta de que ya no «hay nada» entre nosotros. Nunca llegué a ponerle nombre a lo que era ese «algo». Pero el breve interludio que tuvimos juntos claramente significó mucho para Brett. Ha estado haciendo todo lo posible por volver conmigo. Se está volviendo pesado *muy rápido*.

—Maldita sea, Brett, más vale que sea algo importante —refunfuño mientras cruzo la calle vacía, o lo que espero que sea una calle vacía, antes de girar hacia la comisaría.

El humo es más denso en esta parte de la ciudad, sin duda.

Con suerte, no serán solo los bosques que rodean la ciudad los que sigan ardiendo por mucho más tiempo.

Briar Glen empezará a arder.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro al pensar en la nota que recibí hace dos semanas. Entonces no sabía lo que significaba, pero ahora sí, y no podría estar más emocionado.

Daisy ha vuelto y está cumpliendo su promesa.

Mi corazón se acelera mientras aprieto con fuerza el volante. No sabía qué creer cuando recibí la primera carta. Muy desconcertado, casi la tiro a la basura.

Sin embargo, por alguna razón, la guardé. La releí una y otra vez hasta que podía cerrar los ojos y ver esa letra familiar detrás de mis párpados. No pasó mucho tiempo antes de que la esperanza empezara a derretir mi recelo y se colara en mi mente. *Podría* ser su letra. Dios sabe que deseaba con todas mis fuerzas que lo fuera.

Entonces, Drake y Owen se pusieron en contacto conmigo unos días después, de la nada, tras años sin saber nada de ninguno de los dos, preguntándome si había recibido una carta extraña.

¿Cómo sabían que había recibido una carta de Daisy?

Tras la muerte de Daisy, los cuatro nos separamos. Empezó con la familia de Owen, que se lo llevó muy lejos y cortó toda comunicación con nosotros. Luego sacaron a Drake del instituto y prácticamente desapareció durante unos años, antes de reaparecer en el tiempo justo para terminar el bachillerato. Apenas terminó de cruzar el escenario para recoger su diploma antes de largarse de Briar Glen en el primer boleto que salió de allí. Durante un tiempo, solo quedamos King y yo. Pero eso solo duró un año, hasta que Francis Winslow se cansó de que Kingston le contara a todo el mundo en la ciudad que su padre estaba metido en el asesinato de Daisy. Hizo callar a Kingston de una forma que nunca hubiera imaginado.

¿Recibió King alguna vez una carta? Lo dudo, teniendo en cuenta dónde está. Las cartas que le envié siempre me las devolvían al remitente.

Durante un tiempo, me pregunté si la carta era de alguien del pueblo, como Francis, que nos estaba tomando el pelo. Pero ¿por qué haría eso? ¿Por qué alguien lo haría? Después de que ella cayera por el acantilado al río embravecido que había abajo, el pueblo había hecho todo lo posible por borrarla de su historia. Desde la desaparición de sus padres dos días después y el derribo de su casa natal poco después, hasta la desaparición de todas y cada una de las fotos de ella por el pueblo, incluidas las de nuestras habitaciones. Luego estaban las constantes manipulaciones a las que nos sometían los adultos que nos rodeaban cuando intentábamos contarles lo que había pasado. Todo ello para asegurarse de que pareciera que Daisy nunca había estado allí.

Y lo consiguieron. No pasaron ni seis meses antes de que no quedara ni rastro de Daisy.

Entonces, ¿por qué alguien se pondría en contacto con cada uno de nosotros, desenterrando el pasado, después de haber trabajado tan duro para borrarlo? A mi mente le encantaba y le repugnaba ese misterio. Durante cinco años me pregunté si podía tomarme en serio la nota. Tenía esperanzas, incluso intenté rezar. Cuando no llegó nada más por correo, casi me había rendido.

Entonces llegó la segunda carta. Junto con ella, un paquete enorme lleno de regalos inquietantes. Desde entonces, todas mis dudas se han esfumado. Daisy va a volver a casa y, pronto, la volveré a ver.

Esta vez, no voy a reprimir mis sentimientos por ella. Al crecer, mantuve en secreto mi adoración por nuestra chica. Ahora, lo voy a gritar a los cuatro vientos, joder. El innegable anhelo de estar simplemente en su presencia hace que se me revuelva el estómago de emoción y nervios.

Pronto. La veré pronto…

Mientras tanto, tengo a otra persona con la que lidiar.

El coche patrulla de Brett es el único que hay en el aparcamiento frente a la pequeña comisaría de ladrillo rojo. Frunciendo el ceño, aparco, me subo el cuello de la camiseta para que me cubra la boca y la nariz, y empujo la

puerta para abrirla. Subo corriendo los escalones y abro de un tirón las puertas de cristal antes de entrar en la comisaría.

—¡Wy!

Dejo caer la camiseta para que vuelva a su sitio y miro al otro lado de la pequeña zona abierta que Brett llama «el corral» para ver a mi exnovio corriendo hacia mí. Tengo que admitir que, de uniforme, Brett Runner es un hombre atractivo. Alto, moreno y bien formado, probablemente sería mejor modelo que policía.

—Gracias por venir. Sé que dijiste que necesitabas un poco de espacio, pero lo que tengo que enseñarte... —Niega con la cabeza mientras se detiene ante mí. Una sonrisa cómplice se dibuja en su rostro—. Es algo que solo tú sabrías apreciar. Esto es *gordo*, Wyatt.

¿De verdad? ¿O es solo una treta para llamar mi atención? Brett sabe que me encantan las historias de crímenes reales.

Antes de que pueda preguntarle qué es, Brett me agarra de la mano y me lleva hacia atrás. Aprieto los dientes y siento cómo la tensión se acumula en mis hombros. Quizás «espacio» no era la palabra adecuada para usar con Brett.

«Romper» debería haber sido la frase correcta. Aunque en realidad nunca *salimos.*

Intento soltarme discretamente, pero Brett me sujeta con firmeza.

—No tenemos mucho tiempo, pero tendrás tiempo de sobra para *admirar* la escena del crimen —dice.

—¿Escena del crimen? —Mi frustración con mi exnovio se desvanece y la curiosidad toma su lugar—. ¿De qué estás hablando?

Brett se detiene frente a una puerta y teclea un código en el teclado. Se oye un zumbido antes de que Brett empuje la puerta y entre. Me empuja dentro con él y dejo que la puerta se cierre detrás de nosotros.

Lo que normalmente es una habitación relativamente vacía ahora está llena de cajas con pruebas, fotos pegadas en pizarras blancas, recortes de periódico y mesas largas cubiertas de cosas. Me quedo boquiabierto ante la transformación de la que, de otro modo, sería una habitación estéril.

—Pero qué demonios...

—Te dije que esto era gordo —confirma Brett, casi eufórico—. Ahora, antes de contarte en qué te has metido, tienes que jurar que no se lo dirás a nadie. No debería poner en peligro mi trabajo así. ¡Pero sé que te encantan los buenos misterios y ahora Briar Glen tiene su primer caso!

Sin duda, *no* es el único misterio de Briar Glen. Aquí hay una secta bien escondida de la que los habitantes del pueblo fingen no saber nada. Aun así, me interesa lo que sea que sea esto. Aparto la mirada de todo para volver a mirar a Brett.

—Sabes que nunca diría nada.

Al principio de nuestra floreciente aventura, Brett se enteró de mi obsesión por los crímenes reales y de cómo mi interés iba mucho más allá de lo normal. Tengo algunas fantasías retorcidas. Probablemente se deban a mi trauma infantil, aunque no he indagado demasiado en el porqué de algunas de ellas. Por suerte, alguien en este pequeño pueblo perdido está dispuesto a alimentarlas. Probablemente por eso dejé que lo que Brett y yo teníamos durara tanto tiempo. Nadie más estaría dispuesto a llevarme a la oficina del forense un sábado por la noche para que pudiera tener sexo cerca de alguien que acababa de fallecer.

—Lo sé, solo necesitaba repetirlo porque esto es...

—... importante, sí, ya lo has dicho. Ahora suelta la lengua. ¿Qué es todo esto? —Hago un gesto con las manos por la habitación.

Brett me da un golpecito y me lleva hasta la primera mesa a nuestra izquierda. Sobre ella hay cinco bolsas de pruebas esparcidas junto a cinco cajas de cartón llenas. Una bolsa con un cuchillo carnicero ensangrentado y otra con un mazo ensangrentado me llaman la atención primero.

Miro de ellas a Brett, incapaz de evitar que se me dibuje una sonrisa.

*B*rett se ríe entre dientes.

—Sabía que te gustaría esto. Son posibles armas del crimen.

Se me revuelve el estómago, ¿a quién más han asesinado en Briar Glen aparte de a Daisy?

—¿Ha habido un asesinato?

El joven policía asiente.

—Sí. Alguien ha matado a un chico y ha dejado todas las armas aquí.

Santa mierda.

—Este sería el primer asesinato en Briar Glen en...

—Más de cinco décadas —añade Brett.

Por supuesto, se equivoca. Aprieto los dientes con fuerza. No tiene sentido recordarle lo de Daisy Murray. De todos modos, él era demasiado joven para saber nada de todo eso. Además, su existencia se ha considerado falsa. No hay ni una sola persona en el pueblo dispuesta a hablar de la joven cuya sonrisa podía sacar a cualquiera de su mal humor o cuyo corazón era más grande que Solmer Rock.

Vuelvo a centrar mi atención en los objetos que hay sobre la mesa. A juzgar por lo seca que parece la sangre del cuchillo, no se trata de un ataque reciente.

Me atraganto de sorpresa cuando mis ojos se posan en la foto de un cadáver. Quienquiera que fuera, perdió la cabeza de una forma espantosa. El cráneo está hecho pedazos, y los dientes y fragmentos de hueso salpican la alfombra de pelo largo que hay debajo. Del pecho del esqueleto sobresale el cuchillo que está en la bolsa de pruebas junto a la foto. Un mazo yace en medio de los fragmentos del cráneo.

Gruño mientras mi polla se pone dura rápidamente. Extiendo la mano y me agarro al borde de la mesa para mantener el equilibrio. La respiración que tomo es temblorosa mientras la sangre me calienta las mejillas. Brett me advirtió que me preparara, y sin embargo aquí estoy, con las rodillas temblando y el corazón latiendo a mil por hora como un hombre enamorado.

—¿Te gusta eso? —pregunta Brett, acercándose y bajando la voz una octava. Trago saliva con dificultad y asiento—. Sabía que te gustaría.

—¿Quién es ese?

—¿Importa? —replica en voz baja. A continuación, se ríe entre dientes—. ¿A quién quiero engañar? Claro que te importa. Eso es parte de la diversión. Te *gustan* los detalles.

Claro que sí.

—Su nombre es, o *era* Oliver Grayman. Calculamos que murió hace unos cinco años. Lo sabremos con certeza en unos días.

Respiro con dificultad. Mi mano libre baja para acariciar mi erección a través de los pantalones. Si hubiera sabido que Brett quería enseñarme *esto*, probablemente habría venido un poco más rápido para llegar aquí.

—Ahora tendría unos setenta y dos años si no lo hubieran asesinado —continúa Brett—. Vivía en el pueblo de al lado, en Chasm, pero al parecer era dueño de unas diez hectáreas aquí, en Briar Glen. En algún momento, Oliver se construyó una cabaña aislada de la red eléctrica y llevaba décadas pasando allí sus vacaciones. ¿El incendio que empezó hace dos días en el bosque? Empezó en su propiedad, pero fíjate: la hierba estaba empapada y había dos mangueras todavía en marcha cuando los bomberos se toparon con su casa. Quienquiera que provocara el incendio, se aseguró a propósito de que la casa quedara intacta.

Hay tanto que asimilar que ni siquiera sé por dónde empezar. Mientras proceso la información, me aprieto la polla, intentando aliviar un poco la presión. Intento sofocar la creciente ola de deseo preguntándome qué pensaría Daisy de mi reacción ante una mierda como esta, pero ni siquiera eso enfría el calor de mi sangre. Un escalofrío me recorre la espalda.

—Esto es solo la punta del iceberg, Wy. Déjame mostrarte la pieza estrella.

Brett me hace señas para que me acerque a la mesa de al lado, donde hay cientos de fotos esparcidas por todas partes. ¿Qué hay en ellas? Cuerpos. Un montón de jodidos cuerpos. Sin embargo, mi grito de deleite se ahoga cuando los examino más de cerca.

—¿QUÉ DEMONIOS ES ESTO, BRETT?

Brett parpadea sorprendido, dando un paso atrás mientras levanta las manos en señal de rendición.

—¿Qué? ¿No quieres...?

—¡Son niñas pequeñas! —gruño—. No soy un pedófilo.

La confusión hace que Brett frunza el ceño.

—Solo pensé...

—¿Qué? ¿Que un cadáver era solo un cadáver? Por Dios...

Me paso una mano temblorosa por mi mata de pelo y vuelvo la vista hacia la mesa. El asco que me invade el pecho me deja la polla flácida. Mirar

cadáveres es una cosa. Mirar escenas de tortura de chicas jóvenes es otra historia. Una que definitivamente no me interesa.

—¿Quiénes son esas personas, por cierto?

—Las víctimas de Oliver —refunfuña Brett—. Aquí hay treinta y siete chicas. Parecen muchas más porque hay varias fotos de las mismas chicas.

Como si treinta y siete no fueran ya muchas chicas muertas.

—¿Víctimas? —repito.

—Resulta que Oliver Grayman era un asesino en serie. ¿Te lo puedes creer? Justo aquí, en Briar Glen, y nadie lo sabía. —Brett se ríe, pero la risa se le apaga mientras niega con la cabeza—. No sé muy bien por qué estoy tan emocionado, sobre todo teniendo en cuenta que soy policía y debería haberme dado cuenta de que algo pasaba.

Mientras miro las fotos, me doy cuenta de que las mujeres y las chicas están *pintadas* con sangre, no solo cubiertas de ella. Al cabo de un momento, me doy cuenta de que hay un patrón. Me inclino para empezar a barajar las fotos, pero Brett me detiene.

—¡No toques nada! Mira, esto es lo que probablemente has descubierto. —Señala una foto al otro lado de la mesa.

Me acerco para verlo más de cerca. En esta fotografía, veo que todas estas fotos que hay sobre la mesa ante mí formaban parte de un gran collage colgado en la pared de alguna habitación. Así se ve claramente lo que Oliver Grayman pintó sobre todas las chicas. Usando los cuerpos y la sangre, había creado un gran símbolo para exhibirlo con orgullo. La forma de V con un arco y una línea que se cruza en la parte superior no me resulta familiar, pero está claro que era importante para ese bastardo enfermo.

Me quedo mirando el símbolo, sabiendo que no es solo un símbolo cualquiera. Mi conocimiento sobre crímenes y sectas es casi aterrador, teniendo en cuenta todo el tiempo y la energía que he dedicado a estudiarlos. Y ahora mismo, mi intuición me grita que esto es importante. ¿Un símbolo como este, en un pueblo con una secta? No es una coincidencia.

—¿Qué significa esto?

Brett tararea pensativo.

—Aún no lo sabemos, pero lo buscaremos en la base de datos a ver qué sale.

No sé si le creo. Desde *aquella* noche, he aprendido que no puedo confiar en nadie. Ni en los otros chicos del colegio, que fingían no conocer a Daisy a pesar de su popularidad, que no era tan impresionante como la de King, pero se le acercaba. Ni en ningún adulto, especialmente en aquellos a quienes creíamos adorar, como la señora de Joanna en Ma Diner, o nuestros padres y profesores, que actuaban como si nunca hubieran oído el nombre de Daisy en su vida.

El símbolo parece casi demoníaco. A medida que lo estudio más detenidamente, me doy cuenta de que faltan tres fotos en el collage. Las imágenes que faltan no le quitan importancia a la sangrienta obra del asesino en serie, pero es extraño. A juzgar por su ubicación, habrían estado justo en el centro del símbolo. Una pieza importante. La *pieza central* de la obsesión de este asesino en serie.

—¿Qué ha pasado con estas tres fotos?

Brett se acerca para mirar las fotos conmigo.

—¿Quién sabe? Los demás creen que quien provocó el incendio fue una de sus víctimas. Alguien que quizá escapó y nunca se atrevió a denunciarlo, pero que quería que supiéramos lo que había hecho, así que volvió. ¿Quizá se las llevó? Dios, si era una víctima, no puedo imaginar por lo que pasó. Si hubieras visto lo que había en la habitación donde estaban estas fotos, lo entenderías. Era una pesadilla. Me refiero a sillas médicas, instrumentos ensangrentados, un colchón sucio, un desagüe lleno de...

—¡Bien, bien! ¡Ya lo entiendo! —Se me revuelve el estómago. Normalmente no me importa escuchar, o incluso ver, cosas así. Debe de ser porque no estoy en mi mejor momento que la imagen que tengo delante me está incomodando.

Brett suspira.

—Mira, si no vamos a...

—Agente Runner, ¿cuál es tu 10-20?

Me sobresalto al oír la llamada de la central en la radio de Brett. Brett suelta una maldición y responde de inmediato.

—Estoy en la comisaría, Pam, ¿qué pasa?

—Se necesitan todas las unidades disponibles en el 236 de Greenville Avenue. Hay un 10-39 y un 10-12.

Brett suelta una maldición en voz alta y sale corriendo hacia la puerta.

—Voy para allá. Estaré allí en diez minutos.

Me hace señas frenéticamente para que lo siga. Lo hago, manteniéndome cerca mientras salimos disparados de la habitación para correr por el pasillo.

—¿Qué es un 10-39 y un 10-12? —le pregunto.

Corremos por la comisaría hacia la salida. ¿Qué está pasando? ¿Ha habido un accidente? ¿Un ladrón? ¿Qué puede tener a Brett tan alterado...

—Un 10-39 es un cadáver y un 10-12 es vandalismo. ¿Y esa dirección? —Brett reduce el paso y se detiene para abrirme la puerta principal. Salgo y él me sigue, cerrando la puerta tras nosotros—. Esa dirección resulta ser la casa del alcalde —afirma Brett con aire sombrío.



Sé que no debería, pero sigo a Brett hasta la residencia del alcalde Tobias de todos modos.

El alcalde vive en la zona más elegante de la ciudad. Aquí, las casas antiguas están bien cuidadas, los jardines están impecables y las propiedades son al menos el doble de grandes que las de mi barrio. King solía vivir por aquí. Ahora solo queda Francis Winslow viviendo en esa gran casa a unas cuantas manzanas de distancia.

Aunque nunca he estado en la casa del alcalde, es fácil de reconocer al acercarme. Si los coches de policía con las luces encendidas que rodean el edificio no fueran pista suficiente, el mero tamaño de la casa lo es. Es bien sabido que a Tobias le gusta vivir a lo grande, así que no me sorprende que tenga la casa más bonita y grande de su manzana. Aparco a una calle de distancia y salgo a toda prisa del coche, cubriéndome la cara con la camiseta para no inhalar demasiado humo.

Me empiezan a temblar las manos al acercarme a la escena del crimen. Me las meto en el bolsillo, avergonzado de que sean mi delator. La mayoría de la gente probablemente pensaría que es por miedo o nervios, pero se equivocarían.

Me *encanta*, joder, el lado más depravado y oscuro de este mundo. Odio que me guste tanto. Teniendo en cuenta dónde empezó mi obsesión por la muerte, no debería tener este tipo de reacción visceral. Algún día iré a terapia.

A medida que me acerco, oigo a los policías gritando órdenes y despejando el lugar. Pero los ignoro al ver el 10-39.

—Santa mierda.

Con todas las luces intermitentes iluminando el edificio de ladrillo, tengo una vista despejada del cuerpo inerte del alcalde Tobias, que cuelga del cuello por la ventana del segundo piso. La espeluznante forma en que tiene el cuello doblado me revuelve el estómago y me hace sentir la polla apretada contra la cremallera. El largo camisón que lleva puesto está cubierto de sangre, con un agujero enorme en el pecho.

Creo que se puede decir sin miedo a equivocarse que esto no es, ni mucho menos, un suicidio.

Con todos los policías de Briar Glen revoloteando por ahí, desesperados por acordonar la escena del crimen, me detengo al otro lado de la calle y me quedo mirando boquiabierto. Alguien llama a otra persona y luego empiezan a señalar. Mi atención se dirige hacia la entrada, donde la policía está empezando a reunirse. No puedo ver qué es lo que están mirando.

Con toda la discreción posible, cruzo la calle y me acerco lo más que puedo sin llamar demasiado la atención.

Allí, en letras grandes y sangrientas en medio de la entrada del alcalde Tobias, están las palabras: HE VUELTO.

Mi grito ahogado se ve interrumpido por una carcajada de asombro que se me escapa de los labios. ¿Primero el incendio y ahora esto? Me tapo la boca para amortiguar el sonido mientras mi risa se vuelve más fuerte y más histérica.

Prometió fuego y sangre, y ya ha cumplido.

Daisy Murray ha vuelto.

OceanofPDF.com

Seis



Unos labios secos y agrietados se presionan contra mi mandíbula mientras un coño húmedo se aprieta alrededor de mi polla. El jadeo sin aliento de la enfermera en mi oído mientras se corre a mi alrededor es un eco de todos los anteriores que me he visto obligado a escuchar.

A juzgar por lo desesperada que está por correrse, supongo que la luna de miel con su segundo marido no fue muy bien.

—*Dios* —jadea la enfermera Jenn mientras se calma el aleteo de su coño asqueroso. Al menos uno de nosotros se irá realmente satisfecha esta noche.

Me muerdo los labios para no hacer una mueca, aunque su cara sigue hundida en mi cuello. La única satisfacción que siento ahora mismo es la de sentirme superior. No he terminado dentro de su cuerpo. *Otra vez*. Después de que me obligaran a convertirme en el puto de todas las enfermeras, he aprendido que no correrme las cabrea muchísimo. Por mucho que mi cuerpo *ansíe* un poco de alivio, siempre lucho contra ello. Es la única forma en que puedo vengarme sin acabar en aislamiento o sin que me den ese sedante fuerte que me dejaría inconsciente durante días, solo para despertarme sintiéndome violado.

Tal y como están las cosas, ponerme a tono es una tarea ardua para ellas. Por eso han llegado al extremo de echarme esa maldita pastilla azul en la

comida y la bebida para tenerme listo para sus escapadas nocturnas. El odio hacia mí mismo y el asco me corroen por dentro tras años de esta mierda.

Pero se acabó. Mi estancia en el infierno está llegando a su fin.

—¿Te gusta eso, King? —pregunta la enfermera Jenn, confundiendo mi sonrisa con placer mientras se empuja hacia arriba y se sienta a horcajadas sobre mi cintura. Su mano se extiende hacia delante para poder rozar con las yemas de los dedos la gruesa y retorcida cicatriz que tengo en la garganta.

Aunque quisiera joderla, físicamente no puedo. Cuando mi querido papá intentó callarme tras un año de mis insistentes súplicas al pueblo para que hicieran algo con la gente implicada en la muerte de Daisy, se aseguró de que nunca volviera a pronunciar el nombre de Daisy. No es que ese fuera su objetivo final. Él quería matarme. Cuando se dio cuenta de su error, hizo que el juez me metiera aquí.

Por suerte, las clases diarias de lenguaje de señas de Daisy se me quedaron un poco grabadas. Me ayudaron a salir del paso al principio, mientras la administración se apresuraba a encontrar a alguien que pudiera comunicarse de la misma manera aquí, en el manicomio de Riverbend. Por desgracia, tampoco puedo usar las manos para joder a la enfermera Jenn ahora mismo. Con ellas actualmente por encima de mi cabeza, sé que en cuanto las mueva, la enfermera Jenn gritará y hará que venga seguridad corriendo. *Eso* lo aprendí por las malas hace mucho tiempo.

Miro fijamente a la mujer mayor, imaginándome mis manos bajando hacia su cuello. Se envolverían alrededor de su gruesa y flácida columna de piel y apretarían hasta que la vida se apagara en esos insulsos ojos marrones. Pero, aparte de mis deseos, no le presto atención a la enfermera Jenn.

Ella no espera que lo haga.

La mujer se baja de encima de mí y, con un tirón brusco, se quita el condón vacío con un bufido de enfado. Sin embargo, no dice nada sobre mi falta de orgasmo. Simplemente coge la parte de abajo de su bata del suelo de linóleo y se la vuelve a poner. No miro. En cambio, mi mirada se posa en las baldosas del techo y se fija en ellas. El suave sonido de los pasos me dice que por fin me van a dejar solo por esta noche. Espero el familiar clic al abrirse la puerta, pero no llega.

—¿Te has enterado del asesinato del alcalde Tobias? —pregunta la enfermera Jenn.

¿*Asesinato*? Parpadeo sorprendido antes de que una pizca de alegría recorra mi cuerpo. Aparto la vista del techo y miro a la enfermera Jenn.

—El sheriff Ronney y tu padre lo están manteniendo en secreto mientras siguen intentando apagar ese incendio en el bosque, pero lo vi de camino a casa anoche. Fue espantoso. Es algo *que tú* harías.

Claro que ella se lo cree. Todo Briar Glen cree que soy un asesino psicópata. Mi padre hizo un buen trabajo tendiéndome una trampa para que cargara con la culpa por él después de que matara a mi madre. Ahora ese bastardo está libre, mientras yo me pudro en un manicomio.

Ignoro su pulla.

—Pensé que quizá podrías masturbarte con *esa* información, ya que esta noche me has sido de gran ayuda. —La mujer se burla—. Buenas noches, paciente tres-cero-tres.

Dicho esto, se apresura a salir de mi habitación y a encerrarme dentro. La puerta apenas se cierra cuando la risa se escapa de mis labios. Si pudiera emitir algún sonido, mi risa sería un estruendo, estoy seguro de ello. Tal y como están las cosas, el débil ruido apenas llena el espacio a mi alrededor.

Sin dejar de reír, meto la mano entre el colchón y la pared. Levanto la sábana bajera, meto dos dedos en el pequeño agujero que hice hace cinco años y saco el pequeño trozo de papel enrollado. Mi risa se apaga mientras lo saco y lo desenrollo.

Un día, iré por ti.
Está atento a las llamas.
Con amor,
- D.M.

Mi pulgar recorre la letra. Lo he hecho tantas veces que la tinta ha empezado a desvanecerse. Esa sencilla nota, que me pasó un guardia de seguridad con una herida abierta, los ojos desorbitados y el miedo pintado en el rostro, ha sido la única razón por la que nunca sucumbí a la locura de la que el pueblo de Briar Glen creía que era tan capaz.

La señal que he estado esperando todos estos años, las llamas que me prometieron, llevan ardiendo en la distancia desde hace tres días.

¿Pero un asesinato?

Qué deliciosamente perverso. Si fue Daisy quien mató al alcalde, parece que las llamas solo fueron el comienzo de lo que sea que tenga planeado.

Sonrío. Vamos, Daisy. Déjame ayudarte a pintar esta ciudad de rojo.

OceanofPDF.com

Siete



—... con la desafortunada muerte del alcalde Tobias Bower surge una maravillosa oportunidad para la gente de Briar Glen. Tobias fue alcalde durante mucho tiempo y era muy querido, pero ahora otra persona tiene la oportunidad de dar un paso al frente y dirigir Briar Glen como mejor le parezca. Celebraremos elecciones este noviembre. —El hombre de la pantalla está bien afeitado, va muy bien vestido y sonríe cálidamente a la cámara. Esos ojos azules me resultan tan dolorosamente familiares a los de un viejo amigo que tengo que apartar la mirada un momento para recuperar el aliento.

Cuando vuelvo a mirar, se me revuelve el estómago.

Odio a Francis Winslow, joder. El padre de Kingston inclina la cabeza para prestarle atención al reportero local del pueblo. La amabilidad de su expresión parece tan *real*. Quizás si no conociera tan bien al verdadero monstruo que se esconde bajo la máscara, me creería la farsa que está montando ahora para el pueblo.

De pequeño, creía que era un buen hombre, a pesar de lo mucho que Kingston se quejaba de lo estricto que era.

—¿Te lo puedes creer? —murmura el hombre que está tres asientos más allá en la barra al chico más bajito que tiene al lado—. Ronney le está

diciendo a todo el mundo que Tobias murió de un infarto. Si es así, ¿por qué estaban fregando su entrada con tanta fuerza la noche que pasó?

El hombre bajito gruñe.

—La pregunta más importante es por qué no nos dijeron nada de su muerte hasta unos días *después* de que pasara. El tipo lleva muerto cinco días y ¿nos enteramos esta misma mañana? Raro, ¿no? ¿Y por qué está Winslow haciendo el trabajo del sheriff ahora mismo?

—Ronney es un buen hombre, pero te juro que se está volviendo más vago con la edad.

—Seguramente está deseando jubilarse.

En la pantalla, Francis dice:

—¿Quién? ¿Yo? No, nunca podría presentarme a alcalde. Todo el mundo sabe lo mucho que me encanta Briar Glen, pero estoy demasiado ocupado para dedicarle al cargo la atención que se merece. Aunque estoy seguro que hay un montón de gente con muchas ganas de conseguirlo.

—Sería un buen alcalde —dice el primer hombre—. Es el único al que realmente le importa este jodido sitio.

El segundo hombre no responde de inmediato. En lugar de eso, se termina la bebida y eructa ruidosamente.

—Joder, quién sea el alcalde no me importa. Mientras no me afecte a mí ni a mi sueldo, me vale. Ahora volvamos al trabajo.

Con eso, los dos hombres se levantan, dejan el dinero en efectivo junto a sus platos vacíos y se van. Con su marcha, parece que se ha acabado la hora punta del almuerzo. Ahora solo quedo yo y una pareja sentada en una mesa.

La puerta de la cocina se abre de par en par y casi espero que aparezca la señora Joanna. Al fin y al cabo, este es su restaurante. Pero no es ella. La joven camarera pelirroja que aparece va toda arreglada, masticando ruidosamente su chicle. Su uniforme le queda un poco ajustado, pero apostaría lo que fuera a que es a propósito.

—¿Quieres algo más que agua? —me pregunta mientras se detiene justo al otro lado de la barra.

—No, estoy bien. Solo estoy esperando a un amigo, luego me iré y no te molestaré más. —Cuando sonrío, me guiña un ojo y me devuelve la sonrisa

antes de alejarse para atender a la pareja sentada en una mesa.

Me retuerzo de un lado a otro en mi taburete, sin saber muy bien qué más hacer. La mayoría de la gente saca el móvil cuando tiene un momento para sí misma. ¿Yo? No me fío de ellos. Por eso el mío está en el coche, a pesar de haber borrado por completo el firmware con el que venía y haber configurado el mío propio para proteger mi ubicación, la escasa información que metí en él y la falta de aplicaciones. Así que aprovecho para echar un vistazo a mi alrededor.

Mi atención se fija en las fotos pegadas alrededor de la ventana que da a la cocina.

Algunas llevan aquí mucho tiempo. Esas están descoloridas y en blanco y negro. Otras son a todo color y claramente se han añadido hace poco. Mis ojos se fijan en la foto justo en el centro. Ahí está una foto de nosotros cuatro, sentados en nuestra mesa. Solíamos ser cinco en esa foto. Es decir, hasta que alguien borró a Daisy con Photoshop.

Un amargo resentimiento me inunda la boca. No puedo creer que haya vuelto a Briar Glen.

A diferencia de los padres de los demás, mi madre y mi padre me creyeron cuando les conté lo que le pasó a Daisy. Cuando el pueblo intentó manipularlos para que creyeran que los Murray nunca habían existido, mis padres decidieron que era hora de largarnos de aquí. Cuando nos fuimos seis meses después de la muerte de Daisy, juré que nunca volvería. ¿Qué le pasó a Daisy y cómo este lugar la borró tan fácilmente? Me cagó de miedo. Lo único que quería era olvidarme de este lugar. Pero olvidarlo era imposible.

Así que hice lo mejor que pude: corté los lazos con todo el mundo y con todo lo que me recordara a Daisy. Eso significaba no volver a tener contacto con Wyatt, Drake o Kingston. No volver a leer los libros que a Daisy y a mí nos encantaban, y desde luego no parar en cafeterías ni siquiera en pueblos con menos de mil habitantes. ¿Quién sabe cuántos pueblos pequeños como Briar Glen hay, escondidos a plena vista? No quería saberlo. Dejé que el miedo me impidiera hacer muchas cosas.

Pensaba que me parecía bien lo que me estaba perdiendo.

Pero entonces recibí la primera carta.

Al descubrir que Daisy seguía viva, toda mi filosofía cambió. Se acabó esconderme o huir de las cosas que me daban miedo. Se acabó levantar muros entre mi futuro y mi pasado. Hace cinco años, abrí las líneas de comunicación con los demás y fue la mejor decisión de mi vida. Ahora Drake y Wyatt vuelven a formar parte de mi vida. Puede que no seamos *tan* cercanos como antes, pero poco a poco hemos reconstruido una amistad que nos funciona.

A mis espaldas suena el timbre, lo que indica que acaba de entrar alguien. Al mismo tiempo, se abre la puerta de la cocina y la camarera asoma la cabeza para dedicarle una sonrisa al recién llegado.

—Hola, cariño, siéntate donde quieras, ahora mismo voy contigo.

Detrás de mí, unos pasos pesados se acercan. El asiento a mi lado lo ocupa un chico corpulento, cuya sombra casi me envuelve. Le echo un vistazo rápido al chico, pero aparto la mirada. Parece que Briar Glen ha atraído a unos cabrones de mala pinta.

—¿Owen?

Giro la cabeza de golpe hacia el hombre que tengo al lado. Me mira con curiosidad, como si no se creyera lo que está viendo.

—¿Owen Woodlock? —Esta vez usa mi nombre completo, con voz ronca.

—¿Sí...? —No es hasta que la palabra sale de mi boca que me doy cuenta de quién está sentado a mi lado.

Santa mierda.

El chico gordito que conocí hace tiempo ya no existe. Drake ha crecido unos treinta metros, ha perdido la grasa y la ha sustituido por músculos potentes. Luce una espesa barba rubia y se ha dejado crecer el pelo lo suficiente como para recogérselo en un moño desordenado. Los tatuajes de sus brazos desaparecen bajo su camiseta ajustada y luego reaparecen, trepando por su cuello. En la muñeca lleva una de esas pulseras de paracord de supervivencia, y de su cinturón cuelga un mosquetón con un juego de llaves.

—¡Dios mío, Drake, nunca te habría reconocido! Estaba esperando a que apareciera el de antes.

Puede que nos mandemos algún mensaje de vez en cuando, pero la verdad es que no he *visto* a Drake desde que éramos niños.

Drake gruñe y asiente a medias.

—Bien, si tú no te acuerdas de un viejo amigo, quizá la gente de aquí tampoco me reconozca.

Me deslizo hasta la mitad del taburete para pasarle el brazo por los hombros.

—Dios, qué alegría volver a verte.

—Sí, ha pasado demasiado tiempo, supongo —coincide mientras vuelvo a sentarme—. ¿Wyatt va a reunirse con nosotros aquí?

Niego con la cabeza.

—No, no le he dicho ni fecha ni hora. Pensé que podríamos darle una sorpresa. Por si no lo sabes, todo lo que tengamos que decir, lo decimos en la seguridad de una zona libre de micrófonos ocultos. —Drake arquea una ceja con curiosidad. Hago un gesto con la cabeza hacia la vieja cámara de seguridad que hay en la esquina del restaurante.

—Esas no son tan viejas como los dueños quieren hacernos creer y estoy *seguro* de que captan más de lo que pensamos.

—¿Por qué lo crees?

—*Es solo una corazonada.* —Y el hecho de que logré escanear la cafetería con el dispositivo de mi mochila y encontré algunos artilugios de alta tecnología escondidos dentro de las paredes.

Me lanza una mirada de curiosidad.

—Ya sabes que tengo una pequeña empresa de ciberseguridad. Se me da bien la tecnología y sé cuándo algo no va bien. —Sonrío tímidamente—. En cualquier caso, ten cuidado con lo que dices en público o dentro de *cualquier* edificio de por aquí.

Drake asiente.

—¿Quieres pedir algo ya que estamos aquí? —le pregunto, echando un vistazo a mi reloj para calcular cuánto tiempo nos queda.

—No, estoy bien. —Se baja del taburete—. Vamos.

OceanofPDF.com

Ocho



No he podido dormir desde la noche en que murió el alcalde Tobias.

No porque su muerte fuera espantosa. Ni siquiera porque esté emocionado ante la posibilidad de que Daisy esté cerca, aunque seguro que eso también influye. No, mis noches han sido de insomnio y duras porque mi mente, que siempre está buscando formas de atar cabos, ha reconstruido el peor de los escenarios posibles sobre el paradero de Daisy durante estos últimos diez años.

Bueno, al menos durante los primeros cinco años de su desaparición.

Y no pinta bien.

Hace cinco años fue cuando recibí la primera carta de Daisy. En ella, mencionaba que no estaba bien. Que te capture un cabrón sádico probablemente entraría en la categoría de «no estar bien» ¿no? Teniendo en cuenta que Oliver lleva muerto casi cinco años y que el incendio, *prometido por Daisy*, era una forma de llamar la atención sobre la cabaña de Oliver, me parece demasiado raro como para ser una coincidencia.

¿Podría ser que Daisy fuera rescatada hace tantos años, tras caer por ese acantilado, por un psicópata?

La negación y la lógica no me sentaban nada bien. La primera noche, cuando todas las piezas encajaron, vomité violentamente. Esas fotos de las víctimas… Daisy podría haber sido una de ellas. Una vez que terminé de

vomitar, cogí mi teléfono y abrí el mapa. La única forma en que Oliver podría haber salvado a Daisy era si vivía lo suficientemente cerca del río como para ver su cuerpo flotando en el agua o si la encontró a lo largo de la orilla.

Y, por si fuera poco, su cabaña está a menos de treinta metros de la orilla del río.

Él la tenía. Mi amiga. Mi chica… Oliver *encontró* a Daisy y luego él… Dios, las cosas que le podría haber hecho.

Es *ese* pensamiento el que me mantiene despierto durante las siguientes cinco noches.

Emborracharme hasta casi perder el sentido no me ha ayudado. Solo acabo vomitando y desenterrando recuerdos que había enterrado tan profundamente que los había olvidado.

—¿Sr. Challahan?

Parpadeo y el mundo vuelve a enfocarse. A mi alrededor, los alumnos se apresuran a subir a los autobuses para llegar a casa a tiempo y los padres están sentados en sus coches, esperando a que deje ir a sus hijos de la fila en la que todos han salido del edificio. Al bajar la vista, veo a Poppy mirándome fijamente, esperando con expectación.

Joder, ¿ha dicho algo? Me aclaro la garganta.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¿Ya me puedo ir a casa?

Ah, eso.

—Sí, claro. Vayan —les digo a mis catorce alumnos, despidiéndolos y liberándome de mi responsabilidad.

Los veo correr hacia sus padres o el autobús escolar. Algunos cruzan el césped verde de la entrada de la escuela primaria hacia las aceras por las que caminarán a casa. Obligándome a prestar atención, me quedo allí de pie y observo a cada alumno hasta que lo único que queda delante de la escuela somos yo y un puñado de profesores más.

Estoy a punto de dar media vuelta para volver dentro a recoger mis cosas cuando mis ojos se posan en dos personas apoyadas contra uno de los altos pinos del recinto escolar. Casi las confundo con padres o hermanos

mayores, pero hay algo en ellas que me hace quedarme mirándolas más tiempo.

Y mientras los miro, me doy cuenta de que los *conozco*.

La risita de incredulidad que se me escapa de los labios va seguida de una sonrisa tan grande que juraría que me va a partir la cara en dos. Levanto una mano y les saludo.

Los dos hombres se apartan del árbol y se dirigen hacia mí. En cuanto salen de la sombra del árbol, parpadeo sorprendido. Owen ha crecido. Su piel morena y suave ha perdido todo rastro de acné, se ha deshecho de las gafas y se ha cortado el pelo afro. El chico nerd que llevaba gafas bifocales y camisetas que le quedaban grandes se ha transformado en un chico guapo.

Mis ojos saltan de Owen al chico que está a su lado. Santa mierda. Drake sin duda ha estado yendo al gimnasio. ¿Qué ha sido del chico gordito? Este bruto parece listo para dar una paliza y romper huesos.

Me acerco a ellos. Sin dudarlo, cuando Owen se detiene, le echo los brazos al cuello y lo atraigo hacia mí para darle un abrazo. Él se ríe mientras me devuelve el abrazo con un brazo alrededor de mi espalda.

—Han venido. —Las emociones se amontonan hasta formar un nudo en la garganta, lo que me impide decir nada más.

Owen me dedica una sonrisa despreocupada.

—Por supuesto que sí. No nos lo perderíamos por nada del mundo. ¿Verdad, Drake?

Al ver que el hombre corpulento asiente, se me saltan las lágrimas.

Llevábamos años hablando de este reencuentro en plan hipotético, pero ninguno de los dos mencionó que realmente iban a aparecer.

—Vamos, vámonos a mi casa. Allí nos pondremos al día y luego... —Respiro hondo—. Tengo que contarles lo que he descubierto sobre el pasado de Daisy.

OceanofPDF.com

Nueve



Mientras conduzco mi camioneta de alquiler detrás de Owen, que va detrás de Wyatt, la inquietud me mantiene tenso. Odio este lugar. Pasamos por calles que antes albergaban recuerdos entrañables. Ahora esos mismos recuerdos se mezclan con pesadillas devastadoras. Nuestras vidas se construyeron sobre mentiras.

Esta ciudad nunca fue segura. La gente que nos vio crecer era también la misma que estaba dispuesta a torturarnos.

Giramos por una calle, luego por otra, hasta que llegamos a una calle tan dolorosamente familiar que me quedo sin aliento. Al reducir la velocidad para respetar el límite legal de este barrio residencial, me obligo a no mirar a la derecha. Ignoro esa estructura con cuatro paredes exteriores, un tejado de pendiente pronunciada y un jardín inmaculado en el que nunca hay ni una sola mala hierba ni una flor marchita.

Mi familia murió para mí en el momento en que me di cuenta de que eran unos mentirosos. Ocultaron la verdad, ayudaron a borrar el pasado e intentaron volverme loco. En esto último, lo consiguieron. Hay algo que no va bien en mí. Algo jodido en mi cabeza.

Recorremos unos kilómetros más hasta llegar a una pequeña casa, en una calle llena de pequeñas casas. Wyatt aparca en la entrada, mientras que

Owen y yo aparcamos en la calle. Los coches llamarán la atención. No me sorprendería que en los próximos veinte minutos viniera un vecino a llamar a la puerta para ver a quién había invitado Wyatt.

La gente de los pueblos pequeños es así de entrometida.

Cojo mi bolsa de viaje y salgo del coche, dando un portazo detrás de mí. La casa de Wyatt es probablemente la más pequeña de la calle. El tejado parece que necesita un cambio pronto, con musgo creciendo en algunos sitios. Su jardín también necesita un corte. No es una selva, todavía no, pero lo será. Me sorprende que la gente no se haya quejado. Hay unos arbustos desaliñados y crecidos a lo largo del lateral y árboles viejos que crecen sobre la casa. Una tormenta fuerte y una rama podrían derribar la mitad del edificio.

—Bonita casa —comenta Owen cuando nos encontramos con Wyatt en la puerta principal.

Casi puedo sentir la mirada de los vecinos clavada en mi espalda. Luchando contra las ganas de encoger los hombros, me obligo a quedarme de pie y esperar pacientemente mientras Wyatt busca a tientas su llave.

Cuando encuentra la correcta, la introduce en la cerradura y mira por encima del hombro.

—Sí, cuando volví después de la universidad, conseguí ese trabajo de profesor en la escuela primaria Sparkford. El sueldo me alcanzaba para comprar algo modesto. Necesita algunas reformas, pero todavía no tengo ni las habilidades ni el dinero para eso.

—Me impresiona —murmura Owen mientras Wyatt empuja la puerta para abrirla—. Yo sigo alquilando, y mi piso es del tamaño de una lata de atún.

Le pregunto:

—¿Dónde vives ahora?

Hemos estado en contacto desde la primera carta de Daisy, pero a instancias de Owen, hemos mantenido las respuestas y los detalles personales al mínimo y con poca frecuencia. *Alguien* se ha vuelto un poco paranoico.

—En Greenwich, Connecticut —responde Owen mientras entramos todos en la casa.

Al cerrar la puerta detrás de mí, me golpea y casi me abruma el hedor a cerveza. Dejo caer mi bolso junto a la puerta mientras hago una mueca.

Owen silba.

—Joder, Wy. ¿Tienes algún problema?

Lo esquivo para entrar en lo que debe de ser el salón y me encuentro con botellas de cerveza por todas partes. Hay botellas en el suelo, en la mesita auxiliar, en la mesa de centro, y se extienden desde la habitación hasta la pequeña cocina que parece sacada de mediados de los setenta.

—Ah, no, no pasa nada. —Wyatt se pone en marcha de inmediato, revoloteando por la habitación como un colibrí, intentando arreglar el desastre que ha montado. Se las arregla para despejar el sofá, el sillón reclinable y la mesita de centro casi de un solo tirón.

Me meto las manos en los bolsillos y echo un vistazo a mi alrededor, fijándome en la falta de fotos en las paredes o de cualquier tipo de toque personal. Hay un montón de libros en la estantería, aunque parecen viejos y gastados. ¿Son suyos? Leer era más bien lo de Owen. Me acerco sin rumbo fijo, buscando algo que hacer. Mis ojos recorren los lomos, sin prestar apenas atención a lo que dicen las palabras. Al cabo de un momento, deduzco que son libros de medicina. Muchos de anatomía, algunos de biología y unas cuantas historias de crímenes reales.

Vaya, qué mezcla más rara.

Wyatt sigue moviéndose mientras recoge y tira todas las botellas.

—Sé que no lo parece, pero de verdad no bebo tan a menudo. Es solo que ha sido, ya sabes, una semana de locos con lo de Dais...

Owen carraspea, llamando mi atención de nuevo hacia él. Se lleva un dedo a los labios para pedir silencio y luego deja su mochila en el suelo. Observo cómo saca un pequeño dispositivo negro y lo coloca en la mesita de Wyatt. Al pulsar un botón, se enciende una pequeña luz roja, parpadea un par de veces y luego se apaga.

—Ya está, ahora tu casa está a salvo. —Owen mira a Wy y añade—: Nunca se puede ser demasiado precavido con respecto a quién puede estar escuchando. Especialmente aquí, ya que tus correos electrónicos están siendo vigilados y rastreados. Por eso quería enviarte un mensaje. No me sorprendería que tuvieran un micrófono oculto en tu casa.

Wyatt abre y cierra la boca, sorprendido.

—Vaya, mierda, es bueno saberlo.

—En cualquier caso, deberíamos evitar mencionar su nombre fuera de estas paredes —señalo—. No hay necesidad de alertar a la secta de que creemos que está viva y ha vuelto.

Los otros dos asienten con la cabeza.

—Vale, bueno, siéntense. Tengo mucho que contarles y no es nada bueno. —Wyatt me hace señas para que me acerque al sofá, pero yo me siento en el sillón reclinable.

El sillón cruje bajo mi peso.

—Dijiste que se trata del pasado de Daisy, ¿verdad? —intento ponerme cómodo, pero el sillón reclinable es viejo y está muy gastado. Siento cómo los muelles se me clavan en el culo.

Wyatt se deja caer sobre un cojín del sofá al mismo tiempo que Owen. A pesar de lo inquietante que me resulta este pueblo, aquí me siento extrañamente a gusto con ellos dos. Es raro no tener a los otros dos cerca.

Tiemblo mientras mi mente se desvía hacia pensamientos sobre Kingston.

Me pregunto cómo estará ahora. Incapaz de recibir visitas o cartas, Kingston lleva casi nueve años pudriéndose en el manicomio situado a las afueras de la ciudad, completamente solo. La culpa me revuelve las tripas. No pude hacer nada por él entonces, y no puedo hacer nada por él ahora. Con el poder que tiene su padre en esta ciudad, se ha lastrado un lugar para Kingston en el infierno él solo.

Supongo que su crueldad es la razón por la que es el líder de la secta aquí. O, al menos, lo fue en su momento. ¿Lo sigue siendo?

—Sí... Creo que sé lo que le pasó y todo tiene que ver con Oliver Grayman.

Owen frunce el ceño.

—¿Quién?

Wyatt hace una mueca. Endereza los hombros mientras su expresión se aclara y nos mira a ambos.

—El asesino en serie de Briar Glen.



—Así que a Daisy la tenía cautiva Oliver, que dibujaba runas en sus víctimas, lo que te lleva a suponer...

—No es una suposición, *lo* sé —corrige Wyatt a Owen—. *Sé* que eso significa que forma parte de la secta. Es la misma que vimos dibujada en el cuerpo de Daisy aquella noche. Me llevó un rato recordar dónde la había visto, pero luego lo recordé todo. No me equivoco.

Niego con la cabeza, tratando de encajar las piezas. La memoria de Wyatt debe de ser mejor que la mía. Recuerdo sangre, ¿pero una runa? No recuerdo si la tenían pintada en su cuerpo o no.

—Vale, supongamos que eso es cierto y que aquí es donde ha estado. —Me froto la barba pensativo—. ¿Crees que usó las técnicas que Oliver usaba con sus víctimas con el alcalde Tobias? ¿Con *Daisy*? ¿La que no haría daño ni a una mosca?

Wyatt resopla. Es un sonido seco y oscuro, y cuando cruzo mi mirada con la suya, esa misma oscuridad se ha filtrado en sus ojos.

—A juzgar por sus cartas y nuestros *regalos*, tengo la sensación de que la Daisy que conocíamos y la Daisy que ha vuelto en busca de venganza son dos personas muy diferentes.

Sí, no tengo ninguna duda de eso. Mi mirada se desvía hacia mi bolsa de viaje junto a la puerta. Sus regalos están ahí dentro, listos para ser usados.

—Es difícil de creer, ¿sabes?, que esta sea ella —susurra Owen.

Le echo un vistazo. Está mirando fijamente la mesita de centro. Parece que a Owen le está sentando mal la noticia de que Daisy ha estado con un asesino en serie. Quiero decir, todos estamos horrorizados, ¿pero Owen? Tiene la boca ligeramente entreabierta y su respiración parece superficial.

—¿Estás bien? —le pregunto. *¿Debería ir por una papelera*...?

—Sí, sí... Yo, eh, solo... Solo lo estoy asimilando.

Wyatt y yo nos miramos con escepticismo. Un segundo después, se levanta, coge una bolsa de la compra de debajo del fregadero de su cocina y

se la lleva a Owen.

—Si vas a vomitar, por favor, hazlo aquí. —Owen coge la bolsa sin mirar, con su vista clavada en la mesa—. Ahora entiendo todo ese alcohol.

Cuando Wyatt se sienta, Owen por fin nos mira a los dos y dice:

—Si es ella, ya sabes que probablemente esperará que la ayudemos a vengarse.

Esa es la misma conclusión a la que llegué hace dos semanas. Desde que recibí su carta y sus regalos, supe que esto no iba a ser un intento cutre de asustar al pueblo. Y ahora que sé por lo que ha pasado, al menos en parte, no tengo ninguna duda de que esto va a ser sangriento.

—Ya he matado antes —admito, pensando en toda la gente que encontró su destino en el punto de mira de mi rifle durante mi época como marine. Una sonrisa se dibuja en mi rostro, tan fría que casi me entumece las mejillas—. ¿Sinceramente? Espero que sea precisamente por eso por lo que nos ha llamado.

Owen me echa un vistazo, con su boca temblando como si quisiera sonreír. Parece que a él tampoco le desagrada tanto la idea. Los dos miramos a Wyatt, que se recuesta contra el sofá y pasa un brazo por encima del cojín del respaldo. La oscuridad de sus ojos no ha disminuido. De hecho, estoy casi seguro de que se vuelve más oscura.

—Me habría cabreado si no nos hubiera invitado a esta fiesta de venganza. —Echa un vistazo a su reloj—. Se supone que tenemos que reunirnos con ella dentro de unas horas. Mientras tanto, ¿quieres que pida pizza?

Me río entre dientes. El sonido carece de diversión.

—Más vale que recarguemos energías. Parece que las vamos a necesitar.

OceanofPDF.com

Diez



—Vuelve a casa sana y salva, ¿Me oyes? Ha habido problemas por la zona, ¡y no me gustaría nada que una chica joven como tú se viera en medio de todo esto!

La diversión me hace cosquillas por dentro, y mi boca se curva hacia arriba en una sonrisa inesperada. Como le doy la espalda, el hombre detrás del mostrador no la ve. Sabiendo que no hay nada de calidez en ella, dudo que él se sintiera tan inclinado a compartir ese sentimiento si la viera.

Sin decir nada, empujo la puerta y salgo con mi bolsa de patatas fritas y mi nuevo mechero. Fuera, levanto la vista hacia las estrellas. Esta noche brillan con fuerza. Estos últimos días han estado cubiertas por el humo, pero esta noche, por fin, están libres.

No son las únicas que estarán libres esta noche. La idea hace que mi sonrisa se amplíe.

Mi viejo sedán negro pintado a mano está aparcado junto a uno de los únicos surtidores que funcionan, con un aspecto tan patéticamente maltrecho y destartalado como me siento yo. Antes de agarrar la manilla, le doy una palmadita de agradecimiento al techo y luego me deslizo en el asiento del conductor. Tiro mi bolsa de patatas fritas al suelo del lado del copiloto. El asiento lo ocupa un bidón rojo lleno de gasolina.

Me cuesta un par de intentos arrancar el coche, pero una vez en marcha, salgo lentamente de la gasolinera y me dirijo de vuelta hacia Briar Glen. El trayecto es silencioso, al igual que mis pensamientos. Saber lo que hay que hacer y haber completado ya el noventa por ciento del trabajo hace que sea fácil poner el piloto automático. Es mi modo favorito, y al que recurro a menudo cuando no estoy tramando algo o durmiendo. Agradecida por la facilidad con la que puedo desconectar de todo. Volver a Briar Glen ha hecho que el sueño sea inexistente, y con la planificación ya hecha, o apago mi mente o sufro el resurgimiento de viejos recuerdos.

Tras un tranquilo trayecto en coche, me encuentro entrando en Main Street.

Ni siquiera estaría aquí de nuevo si hubiera hecho bien los cálculos desde el principio. Por supuesto, solo me faltaba un galón. Las matemáticas nunca han sido mi fuerte. Con un bufido de enfado dirigido a mí misma, quito el pie del acelerador. Dejo que el coche se deslice por la calle desierta, me inclino, cojo el recipiente de plástico rojo y lo pongo en mi regazo, y le quito la tapa. La ventanilla del lado del conductor se baja y, justo cuando mi coche cruza el cruce de Main Street y Cedar Lane, vierto el contenido por la ventanilla a la carretera.

El olor a gasolina me quema la nariz y me marea, pero me obligo a inhalarlo profundamente. Voy a grabar este momento en mi memoria. Encender el fuego en el bosque no tenía que ser el comienzo de mi venganza, ¿pero el hecho de que nadie hubiera encontrado a Oliver después de todos estos años? ¿O las pruebas de su depravación? Bueno, eso no me lo iba a tragar.

Pero ahora mi plan vuelve a estar en marcha. *Así* es como se suponía que iba a empezar, y ahora lo estoy arreglando.

Con la rodilla, giro el coche a la izquierda para subir por First Street. La gasolina sigue salpicando por la calle. Cuando llego al último cruce de esta carretera, se acaba la gasolina.

Perfecto. *Aquí* es donde se suponía que se acabaría la gasolina la última vez. Aparco el coche a un lado de la carretera. Cuando salgo, tiro el bidón a la acera y saco el mechero nuevo del bolsillo. No hay nadie por ahí para presenciar mi crimen, ni habrá nadie que me vea marcharme. Porque todos están profundamente dormidos en sus camas, sin una sola preocupación en

el mundo. La espantosa muerte del alcalde Tobias ha sido encubierta, tal y como sospechaba que harían Francis y los demás Sacerdotes Benditos. No importa, ellos eran los que tenían que verlo. ¿De qué otra forma iban a saber qué esperar cuando fuera por ellos?

En cualquier caso, no podrán encubrir *esta* parte de mi plan.

Otra sonrisa se dibuja en mis labios.

Este pueblo adormilado nunca volverá a dormir cuando haya acabado con él.

Tiro el mechero al suelo. Inmediatamente, la gasolina reacciona a la llama titilante. Se enciende y estalla. La línea de fuego recorre la calle por donde he venido y luego gira hacia Main Street.

Despierta, despierta, Briar Glen.

OceanofPDF.com

Once



—¿Seguro que podemos quedarnos? No quería dar nada por sentado, pero no he hecho otros planes.

Mi madre me inculcó suficientes modales como para que tenga el nombre y la dirección de un motel en la ciudad de al lado, en Chasm, pero pensé que, ya que Daisy nos pidió que fuéramos esta noche, a Wyatt no le importaría que nos quedáramos aquí.

—Me cabrearía mucho si no se quedan. —Wyatt abre la puerta de un armario en el pasillo y saca una manta extra—. Pensé que, si iban a venir, al menos aparecerían en la fecha que ella nos dio. Así que hice las camas de las habitaciones de invitados con la esperanza de que nos quedáramos *todos* aquí.

El corazón se me oprime dolorosamente en el pecho. ¿Es demasiado esperar que «todos» incluya también a Daisy? Cuando era más joven, daba por sentada nuestra amistad. Cuando ella me acogió bajo su protección y me dejó salir con ella y el resto de los chicos, yo era tan terriblemente tímido que apenas podía articular más de unas pocas palabras.

Creo que por eso me gustó tanto leer. Primero, porque no me fijaba *tanto* en la chica cuya sonrisa podía encender un fuego en mis entrañas y que tenía un carácter compasivo, lo que hacía que fuera fácil quererla. Pero, en

segundo lugar, porque leer fue lo que nos unió. Su sonrisa nunca se burló de los libros que leía, como hacían casi todos los demás. Se sentaba conmigo dondequiera que estuviéramos y leía conmigo. Compartíamos nuestras opiniones sobre lo que estábamos leyendo, lo malo que era un libro o lo fantástico que era. Lo que no supe hasta mucho más tarde, cuando estaba desempaquetando mis libros tras la mudanza de mis padres, fue que Daisy se había acostumbrado a escribirme pequeñas notas en la contraportada de mis libros para que las encontrara. Siempre eran cosas dulces y alentadoras.

Daisy era la única persona que parecía entenderme. Incluso ahora, me cuesta relacionarme con la gente. ¿Seguirá ahí lo que tenía con ella después de todos estos años?

Espero que sí.

—Tenía pensado acampar, pero me quedaré encantado con una cama aquí. —La voz ronca de Drake llega desde el salón por el pasillo.

Frunciendo el ceño, Wyatt y yo volvemos a esa habitación y lo encontramos de pie, estirándose.

—¿Acampar? —Sacudo la cabeza—. ¿En septiembre? Haría demasiado frío por la noche.

Se da la vuelta para mirarme antes de encogerse de hombros.

—El frío aquí no es nada comparado con donde vivo ahora.

—Sí, ya me imagino. En Anchorage, Alaska, hace un frío de muerte. ¿Por eso pareces un Fabio con barba? —pregunta Wyatt.

El sonido que hace Drake es más un ladrido que una risa, pero es la mayor muestra de emoción que le he visto desde que nos encontramos esta tarde. Nunca ha sido muy hablador, pero bueno, yo tampoco. Sin embargo, hay algo diferente en Drake y no tiene nada que ver con los músculos que ha ganado o el pelo que se ha dejado crecer. Ahora tiene un aire un poco rudo. No se me ha pasado por alto cómo ha seguido nuestros movimientos ni cómo se mueve en silencio a pesar de su tamaño. Su silencio no se debe a que no tenga nada que decir. Está escuchando, teniendo en cuenta todo lo que se dice y lo que no se dice.

Drake se aclara la garganta.

—La barba me ayuda a mantener el calor mientras trabajo en una plataforma petrolífera. Aunque no me desagrada que me dé un aire apuesto.

La risa que se me escapa de los labios es sonora.

—Te has vuelto un poco creído después de todos estos años, ¿eh? —Se ríe Wyatt.

Drake esboza una pequeña sonrisa antes de poner sus ojos en blanco.

—Vamos a prepararnos.

—Voy a coger mis cosas y las llevaré dentro. —Me dirijo hacia la puerta —. Se supone que tenemos que encontrarnos con Daisy dentro de poco más de una hora y media.

Abro la puerta, listo para salir, pero mi pie se detiene justo en el umbral cuando el ulular de las sirenas de los camiones de bomberos invade la casa de Wyatt. Una luz naranja tenue inunda el salón a mi alrededor mientras contemplo las altas llamas que se elevan hacia el cielo nocturno.

—¿Qué demonios? —sisea Wyatt, empujándome para salir corriendo.

Drake y yo lo seguimos, y nos reunimos en su jardín para mirar la oscura nube de humo que se eleva en la distancia. El sonido de las alarmas de incendio resuena tan fuerte que pronto se despertará todo el pueblo, si es que no lo ha hecho ya.

—¡Por el aspecto de esas llamas, todo el pueblo está en llamas! —exclamo boquiabierto.

Drake corre hacia su camioneta.

—Vamos a ver qué pasa. ¡A la torre de agua! —grita por encima del hombro.

Wyatt y yo nos miramos antes de correr tras él. La camioneta de Drake arranca con un rugido. En lugar de abrir la puerta del pasajero, Wyatt y yo nos subimos a la caja. Le doy un golpe al techo de la cabina.

—¡Vamos, Drake!

Con cuidado, Drake se aleja de la acera. Se asegura de ir justo por encima del límite de velocidad sin volverse loco. Es una decisión inteligente. La gente asoma la cabeza por las ventanas y puertas, tratando de averiguar qué está pasando. Algunos miran en nuestra dirección, pero la mayoría tiene los ojos clavados en el cielo.

El trayecto desde casa de Wyatt hasta la vieja torre de agua me resulta repugnantemente familiar. ¿Cuántas veces hemos recorrimos está carretera

en bicicleta? Probablemente hemos recorrido más kilómetros con esas viejas ruedas de bici que los que tiene ahora mi propio coche. Me dan náuseas para cuando llegamos al borde de la carretera donde empieza la colina cubierta de hierba. Hay una delgada hilera de árboles a mitad de la colina que nos tapa la vista de la torre, pero sé que, en cuanto los pasemos y subamos por esa vieja escalera oxidada para llegar a lo alto de la torre, podremos ver casi todo Briar Glen.

En cuanto Drake apaga el motor, Wyatt y yo saltamos de la caja de su camioneta y subimos corriendo la colina. Para mi sorpresa, Drake nos adelanta.

—¿Desde cuándo corres más rápido que yo? —grita Wyatt.

Drake no responde, ya está demasiado lejos como para oír nada de lo que decimos. No tardamos tanto como recuerdo en llegar a la cima de la colina. ¿No nos parecían dos, quizá incluso tres kilómetros cuando éramos más jóvenes? Drake ya está a mitad de la escalera cuando Wyatt y yo llegamos a la base.

—Hace años que no subo aquí —dice Wyatt mirando hacia arriba—. ¿Siempre han estado tan oxidadas estas barras?

Resoplo, pero no respondo mientras empiezo a subir. Para cuando llego a la pasarela de rejilla, estoy sin aliento y sudando. Me aparto para dejar pasar a Wyatt, me giro y contemplo el pueblo.

Y me quedo sin aliento.

—Ni de puta broma… —Me quedo mirando el patrón que han creado las llamas en las calles del pueblo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Wyatt se une a Drake y a mí, asomándose por la barandilla para echar un vistazo al pueblo—. *Joder, santa mierda*.

De alguna manera, alguien ha colocado estratégicamente algo inflamable en calles concretas, les ha prendido fuego y la palabra «LILITH» ilumina la noche.

¿Qué significa eso?

Siento que se me queda la boca abierta, pero no soy capaz de cerrarla en este momento.

Daisy realmente iba en serio cuando dijo que iba a prender fuego a esta ciudad. Bueno, supongo que esperaba *algo*, pero ¿esto? ¿Una interpretación

literal? No sé si ahora mismo estoy impresionado o un poco asustado de esa mujer. A mi lado, Drake gruñe. Cuando lo miro, me *parece* ver una sonrisa. No estoy seguro, con todo ese vello que tiene alrededor de la boca. ¿Está disfrutando de la escena que tiene ante él? ¿No lo pone ni un poco nervioso pensar de lo qué es capaz Daisy? La Daisy que conocíamos no haría...

No. Niego con la cabeza lentamente, tratando de disipar la idea de que esta Daisy y aquella sean la misma persona. *Esa* Daisy, la que todos conocíamos, está muerta. Quienquiera que haya ocupado su lugar tiene claramente una inclinación por la destrucción. Y ahora, teniendo en cuenta lo que Wyatt nos contó sobre Oliver y su teoría de que Daisy había estado con él, puedo entender un cambio tan drástico en su forma de pensar.

Pero, ¿hasta dónde está dispuesta a llegar?

Ha matado al alcalde Tobias y ha provocado dos incendios, pero ¿qué más tiene entre manos? Me quedo ahí, apoyado en la barandilla y mirando fijamente la ciudad en llamas. Los tres estamos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. El olor a humo nos llega por fin tras unos minutos, haciendo que resulte incómodo respirar.

Wyatt rompe el silencio primero.

—Tenemos que ponernos en marcha. Tengo que recoger mis regalos de Daisy antes de irnos a Solmer Rock.

Yo también. Nos habíamos marchado sin pensarlo dos veces, pero ahora tendremos que dar la vuelta hasta la casa de Wyatt para coger lo que nos ha preparado.

Drake asiente y, al unísono, nos damos la vuelta y nos dirigimos hacia la escalera.

OceanofPDF.com

Doce



Daisy está cerca, siento su presencia.

Tan cerca, de hecho, que no puedo dormir por miedo a perderme cualquier señal que se supone que debo esperar.

La falta de sueño no es nada nuevo. Todos los pensamientos en mi cabeza son siempre un lío confuso. Los recuerdos oscuros y los pensamientos peligrosos se entrelazan con emociones densas y pesadas, lo que hace que sea fácil no encontrar nunca la paz.

Pero esta noche, mis pensamientos están en mi chica. Está aquí, acechando en las sombras de Briar Glen. Un secreto más entre todos los que esconde el pueblo. Respiro hondo. Aunque mis pulmones se expanden, juro que desde *aquella* noche no he sido capaz de respirar de verdad. Una parte de mí cree que es porque la culpa se ha instalado en mis pulmones. Le fallé a Daisy hace tantos años. No merezco respirar tranquilo. Pero aunque le fallé la primera vez, si ella me libera, nunca volveré a fallarle.

Vamos, Daisy. Mis párpados se cierran por voluntad propia, mi cerebro intenta apagarse de golpe tras tantas noches sin dormir.

¿Y si esta noche es la noche*?*

Con ese pensamiento, mis párpados se vuelven a abrir de golpe.

El tintineo del llavero del guardia de seguridad me indica que debe de ser casi medianoche. Es el único ruido, aparte del traqueteo del aire acondicionado que va a fallar. El silencio en el manicomio es raro. Normalmente hay uno o dos pacientes en algún lugar de estas paredes gritando. Dado que esta noche no es el caso, estoy seguro de que el personal de noche les ha dado a todos una ayudita extra para dormir.

Como sigo despierto, supongo que mis demonios son más fuertes que lo que sea que nos hayan dado.

Ojalá mi mente se calmara. Aunque no pueda dormir, estaría bien tener un respiro de los recuerdos de mi padre abalanzándose sobre mí con un cuchillo. El mismo cuchillo que acababa de usar para destripar a mi madre. O el recuerdo de Daisy cayendo por el borde de un acantilado. En este recuerdo, puedo ver la acusación en sus ojos cuando nuestras miradas se cruzaron. La condena. Dejé que mi familia le hiciera esto. Si hubiera sido más rápido… Si me hubiera levantado y hubiera empujado a mi padre fuera del camino, todo esto podría haber acabado de otra manera...

Una vez más, mis párpados intentan cerrarse y, de nuevo, mi cerebro se despierta de golpe. Esta vez, al abrir los ojos, veo un movimiento en el techo. Fijo la mirada en él y es entonces cuando me doy cuenta de que entra una suave luz anaranjada por la estrecha ventana, proyectando un resplandor inquietante y sombras en mi habitación. Qué curioso...

El silencio en Riverbend se rompe cuando empiezan a sonar las alarmas de incendio.

No me sobresalto al oír el sonido. Pero mi atención se centra en la luz de emergencia que parpadea en mi habitación. Se oyen gritos y luego el fuerte estruendo de pasos cuando los guardias de seguridad y las enfermeras empiezan a moverse. Las puertas se abren y se cierran, y las voces que instan a los pacientes a moverse llenan el silencio que queda.

—¡Levántate! Levántate, rápido. ¡Ponte en la fila y sigue a los demás hacia la parte de atrás! —ordena alguien. Uf, es el enfermero Matthew. El chico anda por ahí como si tuviera una polla enorme. Al menos me deja en paz, a diferencia de sus compañeras.

Mi puerta se desbloquea y se abre de golpe, con la barrera metálica golpeando las duras paredes.

—¡Paciente tres-cero-tres, levántate! —ordena el enfermero Matthew, acercándose a mí con paso firme—. Hay un incendio en el edificio y tenemos que sacarte de aquí ahora mismo.

¿Un incendio?

Así que así es como lo vas a hacer.

Una sonrisa se dibuja en mi cara, más amplia que nunca, mientras me levanto de la cama y salgo al pasillo descalzo. Sigo la fila de los otros internos «*pacientes*» aquí en Riverbend por el pasillo y la escalera hasta la primera planta. El olor a humo me llega a la nariz mientras nos conducen por el pasillo hacia las puertas traseras. También noto que hace más calor en la primera planta.

Nos sacan por la parte trasera del edificio y nos acompañan al espacio común al aire libre. Tanto delante como detrás de mí, los pacientes lloran, gimen, sollozan y gritan. En cuanto salimos, algunos intentan salir corriendo. Es una huida presa del pánico. Nada planeado ni remotamente meditado. La mayoría ni siquiera puede pensar en escapar en ese sentido, de todos modos. En cualquier caso, la valla de alambre de púas de tres metros de altura los mantendrá dentro.

—¡Trevor, necesito tu ayuda aquí! —Creo que es la voz de la enfermera Kerri la que nos llega desde la parte delantera de la fila, pero no estoy seguro.

Un guardia de seguridad sale corriendo tras dos pacientes que se han escapado en la misma dirección. Otro guardia persigue al tercero, que va en dirección totalmente opuesta.

—¡Todos en fila india! —ordena la enfermera Kerri—. Cuidado, manténganse juntos. ¡No queremos que nadie resulte herido!

Nos reunimos alrededor de las losas de cemento antes de que nos digan que nos detengamos. La enfermera Kerri nos revisa rápidamente para ver si hay algún herido antes de alejarse para ayudar a localizar a los rezagados o a los pacientes mayores que están saliendo ahora mismo del edificio en llamas. Desde aquí atrás, puedo ver que el ala izquierda del edificio está totalmente envuelta en llamas. Esa sería el ala de administración.

Ahí se van todos nuestros expedientes.

Joder. Esto es precioso. El infierno está en llamas y es tan poético que me dan ganas de llorar. En lugar de eso, me río. El sonido sibilante se pierde en la locura. Pero lo que no se pierde es la señal que he estado esperando.

Llega en forma de silbido.

La melodía aguda y clara de *A Spoonful of Sugar* resuena como un pájaro volando sobre mi cabeza. Es como si me hubieran inyectado una dosis de adrenalina y esperanza directamente en el corazón.

Apartando la mirada del edificio, con el fuego y el caos ya olvidados, dirijo mi atención a la oscuridad que rodea el manicomio. Justo al otro lado de la valla hay unas cuantas hectáreas de colinas onduladas y luego árboles. Mi mirada recorre lentamente la valla metálica, fijándose en cada sombra y en cualquier movimiento. El silbido continúa. No es hasta la tercera vez que recorro la valla con la mirada cuando mis ojos se posan en la silueta de una persona justo al lado del pino blanco, al otro lado de la valla. Apenas distingo un ligero movimiento de cabeza antes de que se esconda detrás del árbol.

El silbido se corta cuando desaparece.

Se me corta la respiración mientras algo oscuro y hambriento se desata en mi pecho. Se retuerce con un delirio perverso.

Daisy.

Mirando por encima del hombro, veo cómo el personal de Riverbend corre de un lado a otro, tratando de mantener algún tipo de orden. Nadie me está mirando.

Sin dudarlo, me escondo detrás de la fila de pacientes, antes de lanzarme a toda velocidad hacia el árbol. Mis pies vuelan sobre la losa de cemento donde hay mesas de picnic, tableros de rayuela y un poste de tetherball. Cuando mis pies descalzos tocan la hierba, mis piernas se mueven más rápido que nunca. Todas esas sentadillas, flexiones y abdominales cada noche en mi habitación me han mantenido fuerte. Sabía que había una razón por la que necesitaba mantener la mente despierta y estar en forma físicamente.

Bajo las profundas sombras del pino, la veo. O mejor dicho, veo su silueta. A su lado, un agujero en la valla. Mis pies se mueven más rápido, pero su velocidad no es nada comparada con la forma en que mi corazón está

volando. No hay nada que pueda impedirme ahora llegar hasta allí. Estoy a punto de llegar al agujero de la valla cuando oigo a alguien gritar:

—¡Paciente tres-cero-tres! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Ese chillido agudo me rasga los tímpanos.

Jodete, enfermera Kerri.

—¡Matthew! ¡Está intentando escapar!

Me río otra vez. ¿Esperan que *Matthew* llegue a tiempo? Ese gigante estúpido no podría atraparme ni aunque lo intentara. Al acercarme al agujero de la valla, me doy cuenta de que es un sumamente pequeño. *Muy* pequeño. ¿Será lo suficientemente grande como para que pueda pasar por él? No tengo tiempo para valorar si esa idea tiene sentido. Oigo las botas de Matthew detrás de mí.

—¡Vuelve aquí!

Dando tres zancadas largas, acorto la distancia entre la valla y yo, y luego me lanzo por el agujero. Mi bata se engancha y se rasga por varios sitios, y siento un pinchazo de dolor en el costado cuando los bordes metálicos afilados de la valla cortada me arañan. Me giro y caigo sobre el hombro.

—¡Tres-cero-tres! —ruge Matthew—. ¡*Winslow*!

Me pongo en pie a toda prisa, mirando atrás mientras lo hago, y veo que el enfermero Matthew ha llegado a la valla. Nuestras miradas se cruzan y él suelta un gruñido antes de agacharse y tratar de pasar por el agujero.

Un silbido agudo y singular atraviesa el aire. Me giro y veo a la figura en la sombra esperando al pie de la colina cubierta de hierba, al borde de la carretera junto a un pequeño sedán.

Libertad. Daisy.

Mis pies apenas tocan el suelo mientras corro, como si mi vida estuviera en juego. Porque lo está. Si me atrapan, mi padre se asegurará de que nunca pueda escapar de nuevo. Encontraría la manera. Igual que encontró la manera de silenciarme.

La persona que me ha rescatado no espera a que llegue para subirse al coche. Abre la puerta al lado del conductor y, un segundo después, el coche petardea, gruñe y el motor arranca. Doy la vuelta por detrás y abro de un tirón la puerta del copiloto.

—¡No te subas ahí! —grita el enfermero Matthew.

Me detengo para mirar por encima del techo del coche y veo que corre hacia mí. Me sorprende ver que incluso ha conseguido atravesar el agujero. Con una risa ahogada, le hago un corte de mangas. Me subo al coche y cierro la puerta de un portazo. Los neumáticos chirrían al arrancar. Me empuja hacia atrás en el asiento, todavía riéndome, mientras tomamos la carretera de dos carriles en dirección opuesta a Briar Glen.

Cuando se me pasa la risa, me giro en el asiento para mirar bien a mi salvador, que lleva una chaqueta negra con cremallera, vaqueros negros rotos y una máscara extraña. Tiene unos cuernos metálicos raros que se curvan hacia arriba y recortes de periódico adornando las superficies lisas. Podría ser cualquiera a mi lado.

Pero no es *cualquiera.*

Reconozco a Daisy aunque lo tenga todo tapado. Es mucho más pequeña de lo que esperaba. ¿Siempre ha sido tan bajita y delgada? Con el asiento totalmente levantado, su cuerpo está prácticamente pegado al volante. Lleva las uñas pintadas de negro, pero están descascarilladas, y tiene moratones en el dorso de las manos.

El corazón me late tan fuerte en el pecho que las costillas amenazan con romperse bajo la presión. Cualquier posibilidad de respirar se queda en el polvo que el coche levanta detrás de nosotros. Tiemblo por todas partes. Dios, cómo me gustaría abrazarla.

Entonces me dan ganas de estrangularla. ¿Es que no sabe lo peligroso que es Briar Glen para ella? Ya intentaron matarla una vez. No me cabe ninguna duda de que, si se enteran de que ha vuelto, lo volverán a intentar.

—*Has vuelto* —le digo. No es hasta que termino cuando me doy cuenta de que no tiene ni idea de lo que he dicho. La última vez que estuvimos juntos, podía usar mi laringe.

Inclina la cabeza hacia mí. Pasa un segundo antes de que su mano se aleje del volante y se dirija hacia su cara. Lentamente, la máscara se desliza hacia arriba para descubrir su rostro.

No sé qué esperaba después de todos estos años cuando la miro a la cara. Quizá a la misma Daisy Murray de quince años en la que había pensado

cada minuto de cada hora de cada maldito día desde que nos hicimos amigos en cuarto de primaria.

Pero esa no es la que me mira ahora.

En su lugar, hay una mujer de labios carnosos, grandes ojos marrones y una nariz pequeña y puntiaguda. La suave redondez de su rostro ha desaparecido, endurecida por la vida. Tiene las mejillas hundidas y ojeras bajo los ojos, como si llevara demasiado tiempo sin dormir bien. Una melena larga, oscura y rizada le cae sobre un hombro. El otro lado de la cabeza lo lleva rapado. Ese pelo que le falta, junto con las joyas que adornan ambas orejas, le dan un aire atrevido.

Durante todos estos años, pensé que Daisy Murray era preciosa. Los recuerdos que tengo de ella tienen un halo sobre su cabeza, iluminando a la chica que amé.

Me estaba engañando a mí mismo, joder. A pesar de la evidente falta de sueño y de haberse saltado demasiadas comidas, la mujer que tengo a mi lado es una súcubo cuyo trabajo es robarme el alma y el corazón. Bueno, puede quedarse con lo que queda de ambos, porque es todo lo que tengo.

Pero encontraré la manera de darle más.

—*Estoy aquí* —señala ella—. *Me alegro de volver a verte, Kingston.*

Se acuerda del lenguaje de señas. Mis hombros se relajan aliviados.

Mientras contemplo su rostro, me doy cuenta de que tengo mucho tiempo que recuperar. Tengo cientos de preguntas, miles de declaraciones que hacer y un millón de disculpas que confesar. Todas las cosas que hay que decir se amontonan en mi cabeza y me dejan paralizado. Me lleva un minuto, pero decido abordar una pregunta cada vez.

—*¿Dónde has estado, Daisy?*

—Por ahí. —Traga saliva, y su sonrisa se desvanece—. Habría venido antes si hubiera podido.

Niego con la cabeza rápidamente.

—*Te habría esperado siglos. El simple hecho de saber que estabas viva me dio fuerzas para seguir viviendo.*

Hay más que decir, pero mirarla me despierta tantas emociones que mis pensamientos se enredan en un lío. Entrelazo las manos en mi regazo

mientras me humedezco los labios secos. Siento un nudo en el pecho y el corazón me late con fuerza contra las costillas.

Estamos juntos de nuevo.

Daisy rompe el silencio mientras la distancia se alarga entre nosotros y el manicomio.

—Hay tantas cosas que tengo que hacer en los próximos días, King. Muchas de ellas serán… desagradables. —Sus labios se curvan hacia arriba de nuevo. Su sonrisa carece de la calidez y la diversión que tenía cuando éramos niños. La que luce ahora es fría, casi una mueca de desprecio—. En cualquier caso, no estaba segura de qué querías hacer una vez libre, así que tengo dos opciones que ofrecerte. La primera es llevarte a la camioneta que he robado para ti. Le han borrado el número de chasis, la han repintado y tiene matrículas legales. Dentro hay una bolsa con ropa, zapatos, un carné de conducir que robé y que podrías hacer pasar por tuyo y...

—*No.* —Me inclino hacia delante para que no tenga que apartar la vista de la carretera durante mucho tiempo y repito lo que he dicho para que entienda lo serio que hablo—. *No*.

Me mira a los ojos.

—¿Estás seguro de que no quieres la libertad? ¿Una oportunidad de llevar una vida normal?

¿Libertad? Echo un vistazo por el parabrisas. ¿No ve que ya la tengo?

—*¿Cuál es la segunda opción?*

Ella tararea pensativa, con su mirada fija en la carretera que tenemos delante. Los dos carriles están a oscuras, los árboles que nos rodean son frondosos y parecen cerrarse a ambos lados.

—La opción dos es que matemos a tu padre y a todos los Sacerdotes Benditos de la secta de Briar Glen. Después nos aseguraremos de que el pueblo nunca pueda reconstruirse.

Mi corazón se infla de alegría demencial.

—*No me tientes con algo tan divertido, Daisy.*

—Lo digo en serio, King.

Extiendo la mano y la poso sobre su hombro. Ella me mira con curiosidad. Odiando tener que dejar de tocarla para hablar, digo lo que tengo que decir

rápidamente.

—*Mientras haya un "nosotros", mataré hasta que las calles se inunden con la sangre de los culpables.* —No puedo evitar inclinarme sobre la consola central y besarle la mejilla. Daisy se sobresalta antes de lanzarme una mirada confusa. Sonrío y me recuesto en mi asiento—. *Desde ahora hasta la muerte, no me separaré de tu lado. Matemos a la gente que intentó destruirnos.*

Ella intenta ocultar su sonrisa, dejando que el pelo le caiga por delante. Pero yo la veo y mi sonrisa se hace más amplia.

—Muy bien, entonces. Tenemos que hacer una parada rápida antes de la siguiente parte de mi plan —hace una pausa antes de añadir—: Hay una mochila en el asiento trasero. Coge la ropa y cámbiate, y nos desharemos de tu bata o la quemaremos. Y también hay un pequeño extra ahí dentro… Póntelo. Lo vas a necesitar.

OceanofPDF.com

Trece



Los regalos que Daisy nos envió a cada uno fueron una máscara, un enorme cuchillo de caza enfundado en una elegante funda de cuero y una chaqueta negra con cremallera que nos queda perfecta a todos.

La chaqueta y el cuchillo están bien, pero es la máscara lo que realmente me llama la atención.

Es impresionante y aterradora. Cuando abrí el paquete, casi se me cae. La máscara, hecha a mano con papel maché, tiene un rostro humanoide, pero alrededor de la frente hay unos cuernos cortos, creados con púas metálicas que sobresalen y se curvan hacia arriba. Donde deberían estar los ojos hay un material plástico negro y fino que me recuerda a la máscara de un esgrimista. Está claro que la intención es poder ver a través de ella sin mostrar nada de la cara. El resto de la máscara está hecha con recortes de periódicos viejos. La mayoría son avisos de personas desaparecidas. Otros son obituarios. Cogí los nombres de cada historia, los metí en el buscador de Internet y descubrí que todas esas mujeres habían vivido en Briar Glen o sus alrededores.

Ahora, mientras me pongo la máscara mientras los tres caminamos por el bosque, me siento tan extraordinario y aterrador como el objeto que me cubre la cara. Es extraño el poder que siento al llevarla puesta. Podría ser cualquiera, hacer cualquier cosa, y el mundo solo vería una máscara

aterradora. Es una sensación embriagadora. A mi lado, Drake y Owen se ponen sus propias máscaras. Son idénticas a la mía, salvo por los artículos. En las suyas aparecen personas diferentes mencionadas en las historias pegadas en sus caras.

Ninguno de nosotros dice ni una palabra mientras caminamos por el bosque oscuro.

Mi corazón late con fuerza y se me revuelve el estómago. No sé si estoy ansioso, emocionado o asustado. ¿Y si nada de esto fuera cosa de Daisy? ¿Y si fuera la secta la que nos está atrayendo a algún sitio? Desde que volví de la universidad, he investigado todos los ángulos posibles sobre la secta. ¿Quién más, aparte del padre de Kingston, formaba parte de ella? Aquella noche solo le vi su rostro, pero había al menos una docena de personas más allí. Estaba seguro de que podría averiguar *algo*.

Pero nunca lo hice.

Lo único que pude deducir es que debían de ser gente con mucho dinero, con poder, o ambas cosas, los que dirigían todo esto. Es la única forma en que podrían mantener sus actividades tan en secreto como lo han hecho.

Mi corazón se acelera cuando, entre los árboles, diviso nuestro lugar de encuentro. Solmer Rock tiene exactamente el mismo aspecto que recordaba de *aquella* noche: desprevenida. Pero no es la roca lo que hemos venido a ver. Mis ojos buscan cualquier señal de movimiento mientras salimos del bosque y llegamos al pequeño claro.

¿Podrán los demás oír el sonido de mi corazón mientras late con fuerza contra mi pecho? Si lo hacen, ninguno de los dos dice nada.

Nos detenemos y miramos a nuestro alrededor. No hay nadie. El bosque está relativamente tranquilo, salvo por los sonidos de las cigarras y las ranas. En lo alto, las estrellas titilan, aunque su resplandor luminoso empieza a atenuarse a medida que el humo del centro del pueblo se desplaza en esta dirección.

No llevamos mucho tiempo aquí cuando se produce un cambio. Poco a poco, el aire parece espesarse. Es como si el tiempo empezara a ralentizarse. La naturaleza contiene la respiración, acallando a los insectos y deteniendo la ligera brisa que se mueve entre las hojas.

Rompiendo el silencio, alguien sale de detrás de Solmer Rock. Me sobresalto. El suave jadeo de Owen, amortiguado por su máscara, pasa desapercibido mientras mis ojos se clavan en ella.

Vestida con una chaqueta negra con cremallera y unos vaqueros negros rotos, la persona casi se confunde con la densa sombra que proyecta la roca. Pero puedo ver la máscara. Es igual que la mía. Igual que *las nuestras*. Estoy bastante seguro de que dejo de respirar. Mi corazón, por otro lado, empieza a latir a toda velocidad. ¿Es...? ¿Puede ser...? Me tiemblan las manos a los lados y el bosque a mi alrededor empieza a tambalearse.

Nos quedamos todos aquí de pie un momento, mirándonos fijamente.

Entonces mis piernas se ponen en marcha. Tropiezo, pero me recupero antes de echar a correr. Recorrer esa corta distancia de repente me parece una eternidad. Pero entonces llego hasta la recién llegada. Antes de poder pensarlo bien, la rodeo con los brazos, la levanto y la hago girar. Se oye un grito ahogado, seguido de una suave risita.

Una risita *femenina*. La pongo de pie y luego alzo la mano para quitarme la máscara.

—¿Daze? ¿D-Daisy? ¿De verdad eres tú?

Se oye otra risita antes de que la persona que tengo delante se suba su propia máscara. Todo el aire del claro se evapora mientras contemplo el rostro de la hermosa mujer que tengo delante. Me tiemblan las rodillas y se me suben los colores a las mejillas. Ha vuelto, está aquí, está viva y está... está *preciosa*.

—Hola, Wy.

Sus grandes ojos me miran fijamente mientras sus mejillas se hinchan por sonreír tan ampliamente. Me hundo en su profundidad, incapaz de respirar bien bajo su mirada. Alzo la mano, sin poder evitarlo, y toco su mejilla. Al principio, solo son mis yemas las que rozan su piel, pero luego me encuentro acariciándole la mejilla. Ella se inclina hacia mi mano, sin apartar los ojos de mí. Tomo un respiro entrecortado mientras las lágrimas me pican en los ojos.

Antes de que pueda responder, Drake aparece, apartándome de un empujón y apretando el cuerpo de Daisy contra su amplio pecho. Veo cómo

Daisy se estremece ligeramente antes de echarse a reír suavemente mientras le devuelve el abrazo.

—Drake, has crecido un poco.

Esta vez, cuando el bruto se ríe, no es un sonido extraño como el de mi casa. Es una carcajada estruendosa, mezclada con un suspiro de alivio, que flota a nuestro alrededor.

—¡Suéltala, Drake! Me toca a mí.

Drake suspira, pero suelta a Daisy. No lleva ni un segundo libre cuando los brazos de Owen la rodean.

—Dios, Daisy, no me lo puedo creer. De verdad que eres tú. —Sus palabras suenan ahogadas mientras hunde la cara en su cuello. No es hasta que me doy cuenta de que se está agachando cuando me percato de lo bajita que es Daisy.

¿No ha sido siempre más alta que yo?

—Créetelo —bromea ella, devolviéndole brevemente el abrazo.

Cuando él la suelta, ninguno de nosotros da realmente un paso atrás para dejarle espacio. Creamos un muro entre ella y el resto del mundo. Con la espalda casi pegada a Solmer Rock, Daisy queda prácticamente encerrada.

Nos mira a todos, con los ojos muy abiertos y una sonrisa aún más amplia. Aunque a primera vista parece feliz, cuanto más la miro, más empiezo a darme cuenta de que hay algo un poco *raro* en Daisy. Se ve diferente, sí. Pero no son los piercings que le adornan ambas orejas ni el afeitado deliberado de un lado de la cabeza «que le da un aspecto más duro» lo que me inquieta. No acabo de saber qué es, y por ahora, la verdad es que no me importa. Está aquí... eso es lo único que importa.

—Dios, no me puedo creer que volvamos a estar todos juntos. Llevaba tanto tiempo soñando con este día —admite con un profundo suspiro.

—Bueno —respondo con cautela—. No estamos todos aquí. Kingston sigue encerrado. ¿Te... te has enterado de lo que le ha pasado?

Su gesto de incredulidad me resulta tan familiar que tengo que contener las lágrimas de alivio.

—¿Que mató a su madre en un ataque de ira y luego fue por Francis, quien casualmente le arrebató el cuchillo y logró degollar a su hijo para

protegerse? Sí, lo he oído.

Vaya, me pregunto cómo.

—Pero no me lo creo. Además, Kingston está aquí.

Su palabras no me llegan de inmediato. Parpadeo, intentando asimilarlo.

—Espera, ¿qué? —balbucea Owen.

Antes de que ella pueda responder, un silbido atraviesa el aire nocturno. Drake, Owen y yo nos giramos al unísono mientras el número musical favorito de Daisy resuena en el aire. Cuando termina, Kingston rodea Solmer Rock y nos dedica una sonrisa.

Joder.

—King... —Mi voz se apaga mientras se acerca holgadamente hacia nosotros.

Dios mío. Nueve años han cambiado mucho al chico que conocía. Cuando se detiene a nuestro lado, me quedo boquiabierto ante su atractivo. Antes teníamos la misma altura. Ahora probablemente me saca unos centímetros, lo que le hace más alto que mis 1,85. Su piel se ha vuelto mucho más pálida. King prácticamente brilla bajo la luz de la luna ahora. Tiene una mandíbula marcada, nariz larga y es delgado. Su pelo oscuro, más largo de lo que esperaba en un paciente psiquiátrico, contrasta mucho con su piel.

Owen, que es el que está más cerca de King, lo abraza.

—¿Cómo demonios has llegado hasta aquí, hombre? ¡Esto es jodidamente increíble!

Yo me acerco a continuación, sintiéndome un poco desorientado. Cuando le rodeo los hombros con los brazos, no se me escapa que sigue teniendo músculos bajo la camiseta. ¿Le dejaron hacer ejercicio en Riverbend?

—Creo que estoy soñando. ¿Cómo es posible? —pregunto mientras doy un paso atrás y miro entre él y Daisy.

La sonrisa de Daisy se vuelve de satisfacción.

—Mientras el pueblo estaba ocupado intentando apagar las llamas en el centro, yo saqué a King de Riverbend.

Cuando vuelvo a mirar a Kingston, está mirando fijamente a Daisy. ¿Sigue sin poder creer que su presencia también esté aquí? Es tan surrealista. Dado el sombrío telón de fondo y cómo hemos acabado todos aquí esta noche,

este momento roza lo onírico. Con miedo a parpadear y que todos desaparezcan, alargo la mano y cojo la de Daisy. Ella baja la mirada y observa cómo entrelazo mis dedos con los suyos. No me importa lo íntimo que pueda ser el gesto, necesito tocarla.

—Gracias por organizar esto. Te he echado de menos. Los he echado de menos a todos. —Miro a mi alrededor, cruzando la mirada con todos antes de volver a mirar a Daisy—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Ahora que estamos aquí, supongo que tienes algo que hacer —pregunta Drake, acaparando toda la atención.

Daisy le sonríe.

—Sí. Pero solo si están seguros.

—¿Seguros de qué? ¿De la venganza? —dice Drake levantando una ceja —. Por supuesto.

Daisy suspira.

—Les agradezco a todos que hayan venido. Significa más de lo que pueden imaginar. No estaba segura de si... —Niega con la cabeza.

—En fin, debo advertirles de que lo que quiero hacer no es legal. Si nos atrapan...

—Daisy —digo, dando un paso al frente—. Te vi caer hacia tu muerte después de que la gente en la que confiábamos en este pueblo intentara matarte. Te borraron de su historia como si no fueras más que tiza en la acera. Desde entonces, he estado esperando una oportunidad para vengarme. Estoy dispuesto a arriesgar mi libertad y mi vida para destruir este lugar. Solo dime qué quieres que haga. Haré lo que sea.

*O*wen carraspea.

—Haremos lo que sea.

Kingston y Drake asienten. Daisy no responde de inmediato. No sé si está evaluando lo serios que somos o si simplemente está pensando en qué decir a continuación. La oscuridad no ayuda a descifrar su expresión.

—¿Y si les pidiera ayuda para mover un cadáver?

Esto es una prueba. Observo cómo Daisy nos mira, primero a mí y luego al resto de los chicos, con recelo.

Aunque no fuera Daisy quien lo pidiera, tengo la sospecha de que la palabra «cadáver» me pondría a mil en cualquier situación.

Sonrío mientras Drake le responde:

—Mataría por ti, Daisy. Solo tienes que decirlo.

—Creo que todos estamos dispuestos a hacer lo que quieras que hagamos —dice Owen en voz baja, un poco menos intenso que Drake, pero igual de seguro—. Nos preguntaste si queríamos hacer algo más que quedarnos sentados, y aquí estamos, listos para hacer lo que necesites que hagamos. Briar Glen se merece lo que sea que estés planeando. Nos destrozaron.

Daisy asiente.

—Han hecho mucho más que eso.

—¿De quién es el cuerpo que vamos a trasladar? —¿Cómo es posible que esas palabras salgan de mi boca con tanta facilidad?

Daisy nos sonríe radiante. Respiro con dificultad. Daisy había sido mi amor platónico de la infancia, pero al mirarla ahora, sé que siempre estaré locamente enamorado de ella. Hay algo en ella que me atrae. ¿Saber que está viva, que podré volver a verla todos los días? Carajo, las cosas que *no* haría por ella son prácticamente inexistentes. Mataría solo por ver su sonrisa. Lo sé.

—No es solo un cuerpo —empieza, ladeando la cabeza mientras me mira —. Son varios. Y en realidad no son cuerpos. Ya no.

Parpadeo, confundido.

—¿Qué?

Kingston se acerca a Daisy, bajando la mirada hacia donde le estoy cogiendo la mano y luego volviendo a su cara. Levanta las manos y las mueve por el aire deliberadamente. Me lleva un segundo darme cuenta de que está usando el lenguaje de señas. Mierda, se me había olvidado que no puede hablar. Hace tiempo que no lo uso ni lo veo. Parpadeando rápidamente, intento procesar los signos que recuerdo y reconstruir la frase.

Algo sobre tener ganas de lo que sea que hagamos esta noche. Joder, soy un amigo de mierda. Me apunto mentalmente empezar a ver vídeos y refrescarme la memoria.

—Sí, seguro que a estas alturas te apetece cualquier cosa. —Se ríe Owen —. Estar en cualquier sitio que no sea Riverbend te va a parecer un maldito parque de atracciones.

Me quedo boquiabierto mirando a Owen. ¿Cómo es que *lo* recuerda tan bien? Cierro la boca rápidamente y me limito a asentir.

Daisy nos dedica otra sonrisa.

—Si están seguros...

Le aprieto la mano.

—Guíanos, Daisy. Dondequiera que vayas, te seguiremos.

OceanofPDF.com

Catorce

Me pican los dedos por tocar a Daisy.

No solo tocarla, sino abrazarla. Quiero rodear con mis dedos la columna de su cuello, atraerla contra mi pecho y sentir su pulso bajo el mío. Necesito una prueba de que está viva. De que esto no es una especie de alucinación.

Varias veces me sorprendo a mí mismo cuando levanto el brazo y mi mano se extiende para hacer precisamente eso. Por suerte, con Daisy al frente y los demás desplegándose a su lado, me toca vigilar su espalda, lo que me da tiempo para controlarme.

Es difícil.

El deseo de abrazarla surge a raíz de las emociones que ella ha despertado en mí. Es como experimentar el primer amor y el dolor de la primera pérdida mezclados, estrangulándome. Mi respiración es entrecortada mientras avanzamos con dificultad.

—... ¿dónde has estado? Cinco años es mucho tiempo sin dar señales de vida, Daisy —pregunta Wyatt, devolviendo mi atención al momento presente.

—Han sido diez años, Wy.

—Sé por qué no te pusiste en contacto los primeros cinco años. Quiero saber qué has estado haciendo estos *últimos* cinco.

Veo cómo Daisy retira bruscamente la mano de la de Wyatt. Sus pasos vacilan. Ajusto los míos para no tropezar con ella. Rápidamente, Daisy recupera la compostura y le lanza a Wyatt una mirada que no puedo ver desde aquí.

—¿Cómo?

—¿Cómo qué? ¿Cómo sé por lo que has pasado? Bueno, no lo sé *exactamente,* pero sí sé que Oliver Grayman te tenía, y vi de lo que era capaz —dice Wyatt, volviendo a buscar su mano. Veo cómo ella se aparta de nuevo—. Tengo un amigo en la policía que me enseñó las pruebas que recogieron en su casa. Era una locura. Vi las fotos, Daisy, y oí hablar de esa habitación del horror...

—Las fotos que viste ni siquiera eran la punta del iceberg de lo que el Carnicero de Briar Glen era capaz de hacer.

Su siseo es suave, pero tan lleno de veneno que deja a Wyatt completamente paralizado. Ella también se detiene, volviéndose hacia él, lo que nos hace parar a todos. El aire a su alrededor cambia. La tensión se acumula como una tormenta que se avecina. El resto observamos cómo ella mira fijamente a Wyatt.

—Sí, estuve atrapada con *él*. Pero no estaba sola. El Carnicero de Briar Glen tuvo muchas víctimas durante el tiempo que me retuvo. Mujeres adultas, chicas jóvenes, no tenía ninguna preferencia especial a la hora de secuestrar a alguien, siempre y cuando no tuvieran a nadie que fuera a buscarlas. Sabía sus nombres, hablaba con ellas, las consolaba… ¿Qué quieres saber, Wyatt? Sé que los misterios siempre te han intrigado.

Juro que el aire que respiramos está contaminado con veneno, que gotea de cada palabra que sale de los labios de Daisy. Nunca había oído a nadie hablar con una calma tan letal. Se me hiela la sangre.

—Mira, Daisy, no era mi intención entrometerme —balbucea Wyatt tras recuperar la compostura—. Solo estaba… Solo quería saber… —Se rinde con un suspiro, bajando los hombros y dejando caer la cabeza sobre su pecho.

Daisy se encoge de hombros antes de soltar un profundo suspiro. A nuestro alrededor, la tensión se disipa.

—Tienes preguntas, lo entiendo. —Asiente con la cabeza una vez—. Mi tiempo con El Carnicero no es una conversación breve ni agradable. Quizá algún día te lo cuente. Pero no esta noche. No ahora que tenemos que ir a algún sitio. En resumen, antes de escapar de su casa, me aseguré de que El Carnicero de Briar Glen dejara de existir. ¿Y después? —Se encoge de hombros—. Los últimos cinco años los pasé aprendiendo a controlar y comprender al monstruo en el que él me convirtió.

Se me eriza el vello de la nuca y se me revuelve el estómago. Esta mujer no es nuestra Daisy. Sea quien sea, lleva puesta la piel de una asesina. Debería preocuparme, al menos un poco. En cambio, la parte jodida de mí se siente atraída por ella incluso más que antes. Cuando nos mira a todos, su mirada se detiene en la mía un poco más que en la del resto. ¿Puede ver cómo nuestras almas encajan ahora más que nunca? Sea cual sea el monstruo que dice ser, yo seré el suyo, más grande y más cruel. Yo ya no soy el niño tierno de nuestro pasado, igual que ella ya no es la chica de arcoíris y mariposas.

—Bien, vamos. —Se da la vuelta y sigue avanzando. Kingston la sigue pegado a ella, cogiéndole la mano derecha. Yo voy justo detrás de ella.

Su mano libre se extiende como si quisiera agarrar a alguien a su lado. Me acerco para cogerla, pero Wyatt se me adelanta, empujándome con el hombro para apartarme. Su mano agarra la de ella y yo capto la breve sonrisa que ella le dedica.

—No volveré a presionarte. —Su promesa es solemne—. Puedes contarnos todo lo que quieras cuando estés lista. Lo siento.

—No lo sientas.

Todos guardamos silencio durante el resto del camino de vuelta a la carretera. Todos le lanzamos miradas furtivas. Si esa conversación la ha alterado, ¿qué más podría molestarla? La Daisy que recuerdo rara vez se enfadaba. Cuando conseguíamos molestarla, su enfado nunca duraba mucho. Caminamos por la carretera solo unos minutos antes de que Daisy vuelva a adentrarse en el bosque, solo para detenerse y arrancar la malla de camuflaje de un coche que la esperaba.

—¿Adónde vamos? —tengo que preguntar, solo porque necesito saber en qué problema nos vamos a meter. Prefiero que no me pille por sorpresa.

Me dedica una sonrisa mientras saca las llaves de su bolsillo. Supongo que ya no está enfadada. Hay cosas que nunca cambian, supongo.

O quizá simplemente se ha vuelto tan buena como yo para callarse las cosas. *Aparto ese pensamiento de mi mente. Daisy no es como yo.*

—Nosotros, amigo mío, nos vamos al cementerio.



Para cuando llegamos al cementerio, los demás están tensos como cuerdas. Durante el trayecto, Daisy se ha negado a responder a ninguna pregunta sobre cuál es el plan, pero sí nos cuenta que no hemos venido por cadáveres, sino por una urna.

—¿Las cenizas de quién? —pregunta Wyatt. Puedo notar la vacilación en su pregunta, claramente temeroso de molestarla de nuevo.

—De todas las víctimas de un amigo del Carnicero de Briar Glen.

—¿Oliver Grayman tenía un cómplice?

—No, en realidad no. Este hombre era su propio tipo retorcido y enfermo. Simplemente trabajaba bajo la protección de las cuatro paredes del Carnicero para que no lo pillaran.

Owen tararea pensativo.

—¿Quién era?

—¿Quién *es*? —corrige Daisy con severidad—. Por ahora sigue vivo. Lo conocerás muy pronto. Como hijo de uno de los líderes de la ciudad, este hombre sabe que puede enterrar aquí las cenizas de sus víctimas y que nunca las encontrarán. Una vez me dijo que guardaba a sus chicas en una caja, separadas de los sacrificios de los Zarzuzian, para poder saborear sus muertes cada vez que volvía a enterrar a otra.

Owen frunce el ceño.

—¿Los de Zarzuz?

—Oh —Daisy niega con la cabeza divertida—. Los seguidores de Zarzuz: la secta de Briar Glen.

Zarzuzian... Es un nombre largo y feo. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Hubo muchas víctimas de la secta?

—¿Mi estimación? Habría unas ciento veinte. —Aparca el coche en una calle lateral no muy lejos de la entrada y lo apaga.

Gruño, ahogándome en mi propia sorpresa. Owen jadea suavemente a mi lado y Wyatt se estremece visiblemente. Ciento veinte víctimas... Joder.

Salimos rápidamente. Suspiro aliviado mientras me estiro. Estar sentado en el asiento trasero de ese pequeño coche, apretujado contra la puerta con Wyatt y Owen detrás de mí, era asfixiante. Daisy se dirige hacia el maletero y lo abre. Saca una pala, varias bolsas de basura grandes y resistentes, y una linterna eléctrica. Me acerco a ella.

—Toma, dame eso.

—No, coge las bolsas de basura. —Niega con la cabeza y me mete las bolsas en la mano—. No toques nada donde puedas dejar huellas. No quiero que Briar Glen tenga nada contra ti.

—No llevas guantes —señala Wyatt, frunciendo el ceño.

Ella le dedica una media sonrisa apenada.

—No tengo huellas que dejar.

—¿Qué? —Mi pregunta sale más cortante de lo que pretendía.

—Se me quemaron hace años.

Siento que la bilis me sube por la garganta. Wyatt y Owen se miran horrorizados. Kingston se limita a mirar fijamente la espalda de Daisy, con su rostro impasible. ¿Qué pensará él de todo esto?

—Ponte la máscara y no digas nada. Hay un conserje que pasa por aquí de vez en cuando. No dejemos que nos pillen antes de que consiga esa caja.

Todos hacemos lo que nos dice, nos ponemos las máscaras y nos quedamos en silencio. Kingston y yo somos los primeros en seguir a Daisy mientras ella se da la vuelta y nos guía, con Wyatt y Owen pisándonos los talones.

En lugar de entrar en el cementerio por la puerta principal, Daisy nos lleva rodeando el muro de piedra que lo rodea hasta llegar a una sección

desgastada, lo suficientemente ancha como para que podamos colarnos. Mientras la seguimos por ese lugar lúgubre y espeluznante, me esfuerzo por ignorar los nombres de las lápidas. La mayoría de ellos están descoloridos de todos modos. A mi lado, Owen se estremece. No sé si es por el frío o por estar rodeado de gente muerta. Espero que no sea lo segundo. Dadas las últimas acciones de Daisy, se avecina mucha violencia y, posiblemente, la muerte.

Mi boca esboza una sonrisa detrás de la máscara.

Caminamos hasta llegar a la parte del cementerio más alejada de la entrada, cerca de un árbol que parece tan muerto como los que descansan bajo tierra. Aquí no hay nada, salvo una pequeña lápida sin nombre. Espera... Cuando nos detenemos ante ella, me doy cuenta de que *sí tiene* nombre.

—Conozco ese símbolo. Ol..., quiero decir, *él* lo pintó en, eh, ah, algunas personas —tartamudea Wyatt.

Daisy deja la linterna eléctrica a su lado y luego clava la pala en el suelo, donde se queda clavada, en posición vertical. La miro, pero con la máscara puesta no tengo ni idea de lo que está pensando.

—No pasa nada, Wy. No es su nombre lo que me está afectando. Es solo que ahora mismo no quiero pensar en él. Pero sí, el Carnicero de Briar Glen pintaba a las mujeres que capturaba con esta runa. Es el símbolo de Zarzuz, el dios que, según la secta, les trae prosperidad y salud. —Me mira—. Abre las bolsas. La caja no debería estar muy abajo. Chicos... —echa un vistazo a los demás a su alrededor—... estén atentos a Marty.

—¿Llegará siquiera hasta aquí? Esto está desierto —pregunta Owen, ya mirando a su alrededor.

—Los miembros más importantes del culto le pagan para que haga la vista gorda cuando tienen a alguien a quien enterrar. También lo utilizan para evitar que la gente descubra este lugar. Sin duda se asegurará de que esta zona permanezca a salvo. Marty aparecerá tarde o temprano.

Dicho esto, empieza a cavar. Abro la bolsa de basura con un suspiro y me quedo mirando. Los demás se dispersan, manteniéndose cerca y pegados a las sombras. Supongo que esto llevará tiempo, así que me preparo para una larga noche.

Pero solo pasan unos minutos antes de que su pala golpee algo. Un momento después, desentierra una urna. Se arrodilla, la lleva a la altura de los ojos y le quita la tierra.

Cuando el tiempo se hace eterno y ella sigue sin moverse, resoplo.

—¿Daisy?

Se sobresalta. Su máscara se gira para mirarme, pero enseguida vuelve a la urna. La deja a un lado y sigue cavando. Cuando empieza a respirar con dificultad y su ritmo se ralentiza, me ofrezco a ayudarla de nuevo.

—No, estoy bien.

Cuando empieza a temblar de cansancio, casi la empujo y me pongo yo mismo a cavar. Justo cuando me dispongo a hacerlo, su pala golpea algo. Con renovado esfuerzo, Daisy cava más rápido. Un momento después, saca una caja de madera.

—¿Es eso lo que buscabas? —le pregunto, incapaz de contener mi curiosidad.

—Sí.

Ella saca la caja del agujero con un bufido de enfado. La cojo y la meto en la bolsa de basura, dándome cuenta de por qué trajo varias. Justo cuando empiezo a meterla en una segunda bolsa, se oye un silbido breve y agudo cerca de nosotros. Tanto Daisy como yo nos quedamos paralizados.

—¡Ya viene! —Creo que es el susurro frenético de Wyatt, pero no estoy seguro.

—¿Hola? ¿Quién está ahí? —Una voz ronca nos llega.

Daisy se endereza y me mira. Dejo la bolsa en el suelo, listo para luchar, pero ella mueve la cabeza. Siguiendo la dirección, diviso una pared. ¿Quiere que me esconda detrás? Resoplo. Fuertemente. Sí, claro. Eso no va a pasar.

—¿Hola? —La pregunta va seguida inmediatamente de un grito ahogado —. ¿Qué demonios? ¡No deberían estar aquí!

Me giro a medias y veo a un anciano delgado con el pelo blanco y esponjoso y un bigote blanco que parece sacado de un dibujo animado, vestido con un mono gris. Lleva una linterna en su mano, que le tiembla, haciendo que el haz de luz apunte a casi todas partes *menos* a mí y a Daisy.

Tarda un segundo en darse cuenta de que no nos está mirando a nosotros.

A su alrededor, los demás dan un paso adelante y forman un semicírculo, bloqueándole el camino de escape. Bajo la luz de la luna y las estrellas, las máscaras que llevamos nos dan un aspecto demoníaco. El metal de nuestros cuernos capta la luz y la refleja, haciendo que parezcan brillar.

—Buenas noches, Marty —dice Daisy, con su voz ligeramente amortiguada por la máscara. Deja caer la pala y sale del agujero.

El hombre se da la vuelta de un salto y le apunta con la linterna a su cara.

—¿Quién eres?

—¿Acaso importa?

—Estás entrando sin permiso en una propiedad privada. ¡Voy a llamar a la policía!

La risita con la que responde Daisy no tiene nada de divertida.

—Están un poco ocupados esta noche. Además, ¿qué les vas a decir? ¿Que la tumba en la que has estado permitiendo que los líderes de Zarzuzian arrojen sus sacrificios ya consumados está siendo profanada?

Marty balbucea, buscando las palabras. Sacudiendo su cabeza, finalmente consigue decir:

—N-no sé de qué estás hablando.

Frunzo el ceño mientras el hombre jadea repetidamente. Su miedo parece bastante genuino. ¿Se equivoca Daisy?

—Oh, Marty, no te hagas el tonto. —Daisy se acerca un poco más—. Sé todo sobre ese pequeño nido de jubilación que guardas bajo las tablas del suelo, debajo de tu cama. También sé que los Zarzuzian no siempre queman a sus víctimas. Algunos de los lacayos de los miembros más altos de la secta te dejan quedarte con algunos de los cadáveres durante un tiempo. Sé cómo solías disecarlos y guardarlos en tu sótano hasta que los cuerpos estaban demasiado descompuestos para aguantar tu pobre intento de taxidermia.

Las cejas blancas del hombre se disparan hacia arriba mientras su mandíbula se cae.

—¿Cómo sabes eso? —jadea, con su rostro contorsionado por el dolor mientras sigue jadeando—. ¡¿Cómo?!

Mis manos se cierran a los lados mientras la conmoción y la rabia se acumulan en mi sangre. ¿*Qué* hizo?

El conserje mete la mano en el bolsillo y saca su móvil. Uno de los chicos, creo que es Kingston, da un paso adelante y se lo arranca de las manos con un manotazo. El móvil golpea la grava rocosa y la pantalla se rompe.

Marty da un salto para alejarse de él, con la boca abriéndose y cerrándose. No creo que le entre ni le salga aire esta vez. Se lleva la mano derecha al pecho y, de repente, cae de rodillas. Mierda… Abre mucho los ojos mientras mira a Daisy.

—Por favor, no me hagas daño. Llama a una ambulancia… —jadea—. Aún no estoy listo para morir.

—Tampoco lo estaban las personas de esta tumba —sisea ella, acortando la distancia entre ellos. Me muevo con ella, pegándome a su lado por si esto se tuerce de alguna manera.

Marty abre la boca, pero no le salen las palabras. Los ojos se le ponen en blanco y la parte superior de su cuerpo se desploma hacia delante, con la cara cayendo a los pies de ella. Hay una breve pausa. Marty no se mueve y nosotros tampoco.

—Mierda, ¿está muerto? —dice Owen levantándose la máscara y acercándose.

Daisy se agacha y se inclina para presionarle el cuello con los dedos. Tras unos instantes de tenso silencio, asiente con la cabeza.

—Sí. Muerto. —Frunce el ceño—. Qué decepción.

Bueno, eso ha sido bastante fácil. Me subo la máscara y miro al hombre muerto.

Owen mira del cuerpo de Marty a ella.

—¿Decepcionante?

—Quería que fuera sangriento. Estoy aquí para deleitarme con el caos y la destrucción, no para ver cómo mueren los viejos por causas naturales.

Mi corazón da un vuelco en el pecho. ¿Por qué esa respuesta despierta en mis venas un deseo como ningún otro? Un movimiento por el rabillo del ojo me llama la atención. Wyatt se está bajando el dobladillo de la camiseta, en un intento fallido de ocultar las pruebas de su propia erección. Me dan

ganas de reír. No por diversión, sino por incredulidad. ¿Cómo es posible que los dos nos hayamos jodido tanto?

Kingston se sube su máscara, hace un gesto con la mano para llamar la atención de Daisy y dice:

—*Siempre queda la próxima vez.*

—Tienes razón. —Se levanta y se acerca para ponerse junto a los pies de Marty.

—¿Qué estás haciendo ahora? —pregunta Wyatt, acercándose a su lado al mismo tiempo que yo.

Daisy le agarra los tobillos y empieza a tirar.

—Tirando su cuerpo a la fosa.

—Deja que te ayude...

—No llevas guantes, Wy. Lo vas a llenar de ADN.

Owen suspira.

—Aunque lo hiciera, me encargaré de borrar cualquier rastro de él, o de nosotros, de cualquier base de datos en la que lo metan. —Todos lo miramos. Owen sonríe.

—Oye, ser un nerd viene bien en un apuro como este, ¿no?

Wyatt se agacha, le da un golpecito en el hombro a Daisy para apartarla del camino y luego agarra a Marty por los tobillos. Me acerco y le paso las manos por debajo de las axilas. Juntos, levantamos al conserje y lo llevamos hasta el hoyo de Daisy. No tenemos ningún cuidado ni consideración al tirar su cuerpo dentro.

Kingston agarra la pala antes de que Daisy pueda hacerlo y empieza a echar la tierra, cubriendo el cadáver de Marty.

—Los animales lo desenterrarán —señala Owen.

La única respuesta de Daisy es encogerse de hombros.

Owen observa a King desde la distancia mientras le pregunta a Daisy:

—¿Qué vamos a hacer con la caja que desenterraste?

Hay una breve pausa antes de que Daisy responda.

—Voy a convertirla en una bomba.

Mi sorpresa ante su respuesta se traduce en una carcajada.

—¿En serio?

—¿Vas a fabricar una *bomba*? —Owen niega con la cabeza como si no pudiera creer lo que acaba de oír—. ¿Cómo? No, espera, *¿por qué*?

Observo atentamente el lenguaje corporal de Daisy, ya que su rostro sigue cubierto. Cruza los brazos sobre el pecho y se le tensan los hombros. Separa ligeramente los pies, en posición defensiva.

—¿Cómo? Bueno, no es que sea difícil. Aprendí a hacerlo en Internet. Esta será discreta. Nada demasiado destructivo. ¿Y por qué? Quiero usarla para llamar la atención.

Wyatt se ríe a carcajadas.

—Parece que lo has pensado *muy* bien. ¿Nos vas a contar algo más de lo que tienes pensado hacer?

Daisy lo mira lentamente.

—¿Por qué? ¿Para que puedas decidir si hay algún límite que no vas a cruzar?

—Para saber cómo ayudarte, Daisy.

Su hombros se hunden. No sé si es por sorpresa o por alivio.

—Bueno, ¿por qué no te lo cuento todo mañana? El sol saldrá en unas horas y todavía tengo cosas que hacer.

Wyatt asiente con la cabeza.

—Me parece bien. Podemos ir por mi coche y quedarnos todos en mi casa. Ya tengo camas...

—No. —Niega con la cabeza—. Kingston y yo nos esconderemos en otro sitio.

Kingston se apoya en la pala, mirando fijamente a Daisy, mientras los demás expresan su indignación. Me burlo de su descaro.

—No nos vamos a separar.

—Tenemos que hacerlo. —Mira de mí a todos los demás—. Lo más probable es que la policía se pase por casa de Wyatt para decirle que Kingston se ha escapado. Seguramente vigilarán tu casa durante el día para ver si es ahí donde intenta ir Kingston. Así que tengo que mantenerlo lo más lejos posible de tu casa. Al menos durante las próximas veinticuatro horas.

Por mucho que odie la idea de separarnos, es difícil negar que tiene sentido.

Wyatt abre la boca para objetar, pero lo interrumpo.

—Tiene razón. Eso es exactamente lo que harían, dada nuestra amistad con él. Dicho esto, Owen y Wyatt pueden volver. Yo me quedo contigo.

—No hay duda de que se ha corrido la voz de que tú y yo estamos aquí de visita —objeta Owen—. Tienes que quedarte con nosotros, o puede parecer sospechoso. Todos vamos a seguir el juego. Podemos fingir que estamos sorprendidos y preocupados por el incendio en el centro. Si viene la policía, incluso podemos ofrecerles nuestra ayuda en lo que podamos. —Owen aparta la mirada de mí y mira a nuestra chica—. Todos volvemos, pero Daisy… No estarás pensando en largarte con Kingston, ¿verdad?

Daisy se sube su máscara para mirarlo y sonríe.

—No, no te voy a dejar atrás.

Mis manos se cierran a los lados. No quiero hacer esto. Daisy es mi media naranja. Ahora que está aquí, me siento completo por primera vez en años. La idea de que se escabulla en la noche, sin saber dónde está, hace que todo mi ser se rebele contra esa idea. Daisy no está muerta, así que no hay razón para que me quede sin ella. Nunca.

¿Es la locura la que habla? Probablemente. Pero me jode su presencia.

—¿Y si te pasa algo entre ahora y la próxima vez que intentemos vernos? —le pregunto—. No puedo… *No voy* a dejar que te hagan daño esta vez.

La sonrisa de Daisy es tan dulce como la que le dedicó a Owen, pero es Kingston quien responde.

—*Estará a salvo conmigo.* —Miro fijamente a Kingston, incapaz de tranquilizarme con su promesa. Su boca se aprieta en una línea tensa, leyendo claramente mi inquietud—. *La muerte tendrá que pasar primero por mí antes de poder llegar a Daisy*.

—Son adorables los dos, pero hasta ahora me las he apañado muy bien sola. —La sonrisa de Daisy no se tambalea; más bien al contrario, se amplía mientras nos mira a los dos—. Tengo varios escondites entre los que he estado alternando, todos ellos seguros y protegidos. Kingston y yo nos quedaremos en uno de ellos un rato para descansar un poco antes de salir a

completar la siguiente fase de mi plan. Podemos reunirnos todos en el altar de Zarzuz mañana por la noche a las once.

Frunzo el ceño.

—¿Dónde...?

—¿Es ahí donde casi te sacrifican? —pregunta Wyatt, interrumpiéndome —. ¿Así es como llaman a ese lugar?

Al ver que suelta una sonrisa, hago una mueca.

—Deberíamos quemarlo.

La sonrisa de Daisy se tuerce hasta convertirse en una mueca de desprecio.

—Vamos a hacer algo mucho mejor que quemarlo, Dre.

—¿Ah, sí? —Me acerco, como si me atrajera la oscuridad que emana de esa expresión fría de su rostro—. ¿Como qué?

Con una risita oscura y hermosa, Daisy responde:

—Ya lo verás.

OceanofPDF.com

Quince



Pude dormir bajo las estrellas.

Poco a poco, me despierto con el canto de los pájaros y la suave caricia de la niebla rozándome las mejillas. Al abrir los ojos, veo a una ardilla mirándome desde una rama unos metros más arriba que el puesto del cazador. Me chilla desde arriba, claramente desconcertada por mi presencia. Hace mucho que no veía una ardilla. *Demasiado* tiempo. El corazón se me oprime dolorosamente en el pecho mientras respiro con un estremecimiento.

Soy libre.

Las lágrimas empiezan a brotar, nublando mi visión de la criatura que tengo encima. Pero no puedo evitarlo. El alivio que siento es abrumador. Daisy lo ha conseguido. Ha vuelto por mí. Mi corazón se desata para poder hincharse. Ella nunca se olvidó de mí, igual que yo nunca me olvidé de ella. Ahora que volvemos a estar juntos, a partir de hoy, seremos nosotros contra el mundo.

¿Y cualquiera que se interponga en nuestro camino? Los mataremos juntos, joder.

Suspiro, satisfecho.

Mi cuerpo todavía me duele un poco por la larga caminata hasta aquí. Después de dejar a los demás en su coche, conducir otra media hora y luego desviarnos por un camino de tierra, ayudé a Daisy a cubrir su coche con maleza y una red de camuflaje. Luego hicimos la larga caminata hasta este puesto de caza. Intenté hablar con Daisy, pero se quedó en silencio en cuanto nos separamos de los demás. Era como si su mente se hubiera apagado. Pero, por muy ausente que estuviera, Daisy se esforzó mucho para asegurarse de que llegáramos aquí sanos y salvos. Durante todo el camino, no dejó de borrar nuestras huellas, usando spray para ciervos de su mochila y hojas para ocultar nuestras pisadas en el barro blando. Cuando intentaba ayudarla, ella simplemente deshacía lo que yo hacía. Así que, obediente, llevé la bolsa de basura doblada con la caja de cenizas.

Para cuando por fin subimos por la escalera de cuerda hasta nuestro actual escondite, estábamos agotados. Pero su sinfín de sorpresas no se acabaron al llegar. Daisy tenía un saco de dormir grueso, una segunda mochila llena de ropa de recambio, un par de botas de trabajo y material de acampada extra, todo preparado pensando en mí.

Lo tenía todo planeado.

Y lo mejor de todo, Daisy había planeado que me quedara con ella. En cierto modo, debía de saber lo mucho que la adoraba.

Sonrío entre lágrimas y me giro hacia un lado. Para mi sorpresa, Daisy está despierta. Está sentada de espaldas a mí, en el borde del viejo y abandonado puesto de caza, con una pierna metida debajo de ella mientras la otra cuelga por el borde. Se ha quitado la chaqueta y la ha tirado a un lado, pero sigue vestida con una camiseta blanca sucia que se le pega a su cuerpo demasiado delgado, una camisa de franela envuelta alrededor de la cintura, vaqueros y botas. Mientras se encorva, puedo ver los huesos de su columna. Anoche me di cuenta de que estaba delgada, pero no me di cuenta de lo frágil que era. Frunciendo el ceño, me incorporo.

Antes de que pueda hacer nada más, Daisy se endereza, levanta algo de su regazo y se lo lleva a la sien. Apenas alcanzo a ver el destello metálico del cañón del revólver. Mi corazón se detiene en seco incluso mientras alargo la mano y grito. El sonido amortiguado no sirve de nada.

El clic del gatillo bien podría ser el beso de mi propia muerte.

Espero el estruendo y la salpicadura de sangre. No llega. Cuando me doy cuenta de que no está muerta y el alivio me invade, mis extremidades se desbloquean. Me quito el saco de dormir de un puntapié y me arrastro a gatas por la corta distancia que nos separa.

Debe de oírme porque empieza a girarse, pero antes de que pueda terminar el movimiento, la derribo hacia un lado. Su pistola cae al suelo de la plataforma y se desliza lejos.

¿Qué estás haciendo? ¿Por qué harías eso? ¿Qué demonios, Daisy? ¿Me dejarías? ¿Ahora? ¿Justo cuando nos hemos vuelto a juntar?

Quiero gritarlo todo mientras Daisy empieza a forcejear conmigo. Agita los brazos, da patadas y se sacude con fuerza de un lado a otro.

—¡Para, para! —Su súplica es temblorosa mientras un fuerte sollozo sacude su cuerpo—. ¡No me toques, no me toques, no *me toques*!

En lugar de parar, le agarro las manos con las que intenta empujarme, las uno con una de las mías y luego se las inmovilizo contra el suelo de madera, por encima de su cabeza, mientras me coloco a horcajadas sobre su cintura. Debajo de mí, noto cómo le tiembla todo el cuerpo. Es una vibración intensa y, junto con la visión de sus lágrimas, me oprime el pecho de desesperación. Al igual que esa mirada totalmente ausente tras esas lágrimas. Ella no me ve. Daisy no sabe que soy yo quien la sujeta. Esta resistencia es una reacción a otra cosa.

He visto a algunos pacientes comportarse así cuando los tocaban. Pero en su caso, se debe a un trauma pasado... De repente lo entiendo, y la bilis me sube por la garganta. *Maldita sea*. *¿Quién ha tocado a mi chica?*

¿Ha sido ese tal Oliver, el Carnicero? Tendré que preguntarle a alguno de los demás quién era y qué le habrá hecho a nuestra Daisy. Mientras tanto, tengo que conseguir que me vea.

Incapaz de llamarla para sacarla de su pánico, me inclino y le agarro la mandíbula con la mano libre. Mi agarre es fuerte, casi doloroso, y la obligo a mirarme directamente a los ojos. Daisy se resiste un poco más durante unos segundos, pero luego parpadea. Es un parpadeo lento, y sus ojos vuelven a enfocar.

Pero no lo suficientemente rápido para mi gusto.

Con cuidado, acerco la cabeza a su cara hasta que puedo apoyar mi frente contra la suya. Exagerando a propósito, inspiro profundamente por la nariz antes de soltar el aire lentamente por la boca. Lo hago varias veces. Al cabo de un minuto más o menos, Daisy empieza a seguir mi ejemplo.

Una inhalación profunda. Una exhalación larga.

Respiramos juntos, al unísono. Poco a poco, la tensión de su cuerpo se va disipando. Aflojo el agarre de su mandíbula y le suelto las muñecas. Con cuidado, giro la cara para que mi nariz roce la de Daisy. Cuando sus ojos están cristalinos y respira por sí misma, me incorporo.

—¿King? —Cierra los ojos con fuerza y luego los vuelve a abrir—. Oh. Kingston. ¿Qué...?

No me relajo. Todavía no. Puede que *ella* esté más tranquila, pero mi corazón sigue latiendo a toda velocidad y un frío pánico me mantiene las extremidades rígidas.

—¿En qué jodida mierda estabas pensando, Daisy? ¿Quieres suicidarte? ¿Ahora? ¿Por qué? ¿Por qué me harías eso?

—¿Suicidarme? —Daisy frunce el ceño y junta las cejas.

Le doy un golpecito con la cabeza hacia la pistola que hay en el suelo. Ella sigue mi mirada.

—Ah, eso. No, no iba a… Sí, probablemente lo pareciera, pero no era así. Te lo prometo, Kingston. No pensaba pegarme un tiro. —Cuando me mira, me dedica una suave sonrisa.

—La pistola está descargada.

—No te creo.

—¿Acaso he apretado el gatillo y sigo teniendo la cabeza en su sitio?

La miro fijamente, odiando esa dulce sonrisa que se dibuja en sus labios.

—¿Crees que esto es una broma? —le pregunto, mostrando los dientes en un gruñido.

Su sonrisa se desvanece, pero sus ojos brillan con algo salvaje y oscuro.

—No bromeo con la muerte, King. —Vuelve a mirar la pistola—. Solía guardar una bala ahí dentro. Cada mañana, me levantaba, giraba el tambor y apretaba el gatillo. Lo hice durante un año. Después… Después de todo lo que pasó, no estaba segura de lo que quería. La muerte, la venganza o una

vida tranquila. Así que dejé que el destino decidiera. Me dije a mí misma que si no estaba muerta en un año, descartaría esa opción. —Daisy vuelve a mirarme, con los ojos endurecidos—. Ahora solo lo hago para *sentir* algo. Una breve descarga que me despierte cuando sigo atrapada en mis pesadillas. Solo necesito *despertar*.

Un año de ruleta rusa. Jugó con su vida *cada maldito día* durante un año. Una rabia venenosa se gesta en mi corazón. Qué terriblemente le he fallado. Debería haberla protegido aquella noche que la encontré en el bosque, y todas las noches posteriores. Entonces nunca habría jugado a este juego. La protegeré ahora. La protegeré de cualquiera y de cualquier cosa. Incluso de ella misma.

—Desde ahora hasta que los dos estemos enterrados y fríos bajo tierra, te despertaré de tus pesadillas. —La miro fijamente, deseando que vea dentro de mi alma—. *No hay nada que necesite más en este mundo que a ti, y no dejaré que nadie ni nada te aleje de mí nunca más. Te he amado desde el momento en que te vi por primera vez en cuarto curso. No sé cómo no me di cuenta entonces, pero no fue hasta que te vi desaparecer por el borde del acantilado cuando reconocí ese sentimiento por lo que era.*

Los ojos de Daisy se abren como platos.

—Kingston...

—No, espera. Tengo que decirte esto. Cuando recibí tu carta, decidí que si venías, si podía volver a verte, te diría esto porque saber que nunca supiste lo mucho que me importabas me estaba devorando por dentro. No importaba si tú sentías lo mismo o no. Necesito que entiendas hasta dónde estoy dispuesto a llegar para no volver a sentirme tan jodidamente perdido nunca más. Esta vez, sabrás lo que siento y que nunca volveré a cagarla y perderte. Lucharé por quedarme a tu lado hasta mi último aliento, Daisy.

Antes incluso de que termine de hablar, se le llenan los ojos de lágrimas otra vez, pero a continuación esboza una pequeña sonrisa que le levanta las comisuras de los labios.

—Yo también te amaba. —Su pequeña confesión va seguida de un fruncimiento de ceño—. Y todavía te amo. Por eso volví por ti. Pero hay algo que no va bien en mí, King. Estoy hecha un lío aquí —señala su corazón y luego su sien—. Y aquí.

Niego con la cabeza.

—*No te pasa nada*.

—Sí que me pasa. Por eso quiero hacer las cosas horribles que tengo planeadas y por eso no me importa quién resulte herido con tal de verlas cumplirse. —Frunce el ceño—. He matado a gente, Kingston. Habría matado a Marty si su estúpido corazón no le hubiera fallado. ¿Quieres formar parte de eso?

¿Asesinar a la gente que no tuvo ningún problema en sacrificar a una niña a un dios de mierda? No hay que pensárselo dos veces. Mi sonrisa la sorprende. Rápidamente se convierte en recelo cuando se da cuenta de que no es por diversión.

—He estado ansiando venganza, casi tanto como me moría de ganas de verte y abrazarte. Juntos, inundaremos las calles de Briar Glen con la sangre de nuestros enemigos.

Su mirada se desvía. La sutil mirada hacia mis labios no pasa desapercibida. Joder… Un beso. Daisy quiere un *beso*. Una fuerte oleada de deseo me recorre el cuerpo. Al instante, me empalmo. Cómo he ansiado saborear los labios de Daisy. Puedo contar con los dedos de una mano a las chicas a las que besé en la escuela, deseando que fueran ella. Solo hay un segundo de vacilación, un momento de rechazo mental. La última vez que los labios de alguien se presionaron contra los míos, fue repulsivo. Se me revuelve el estómago.

No dejes que eso arruine lo que *podría* ser*, me digo a mí mismo.*

Cuando su mirada se posa en mí, respiro hondo para tranquilizarme.

—*Quiero besarte*.

A Daisy se le sonrojan un poco las mejillas.

—No tienes que preguntarlo, King.

Me encojo.

—Sí que tengo que hacerlo. Joder, sí que tengo que hacerlo. No me han dado a elegir en este asunto durante los últimos años. No quiero ponerte en una situación en la que sientas que no puedes decir que no.

El rubor que se le había subido a las mejillas se desvanece mientras sus ojos se abren con horror. No, no, no... Joder, espero no haber fastidiado el

momento.

—King...

—No, no quiero hablar de eso. Solo te quiero a ti; siempre te he querido, Daisy. El tiempo no ha disminuido mi deseo por ti.

Me mira fijamente. Al hacerlo, la sorpresa se desvanece.

—Bésame, Kingston. ¿Por favor?

Un fuerte escalofrío me recorre el cuerpo. No hay duda de que Daisy lo nota, pero no dice nada. Me inclino lentamente, sin apartar la mirada de ella y conteniendo la respiración. En mi pecho, el corazón me late con fuerza. Cuando mis labios se posan suavemente sobre los suyos, el tiempo se detiene. Los pájaros dejan de cantar, la niebla deja de moverse, incluso los bichos que corretean por ahí se han quedado quietos, dándome este momento para grabar este beso en mi memoria para toda la eternidad. Daisy inclina ligeramente la cabeza, profundizando aún más el beso. El deseo que siento en mi cuerpo hace que me entre calor. Demasiado calor. Siento como si mi piel estuviera en llamas.

Es demasiado y no es suficiente.

Me aparto, estremeciéndome una vez más.

—Pensé que un beso bastaría. Que ayudaría a calmar la necesidad obsesiva de tenerte, de poseerte. Pero creo que solo lo he empeorado mucho más.

Daisy traga saliva visiblemente, moviendo las caderas contra las mías. Me inclino hacia delante, presionando mi erección contra su vientre, deseando que sienta lo mucho que la deseo.

—¿Qué crees que te ayudará? —pregunta, con una voz que no es más que un susurro.

Como si tuviera miedo de romper el hechizo que nos rodea.

—Nada.

Sus ojos se abren de par en par mientras sus labios se curvan en las comisuras. La sonrisa es pícara y sensual, y no hace nada por apagar el fuego que arde bajo mi piel.

—¿Quizá si lo intentamos otra vez…?

Cuando me inclino para besarla de nuevo, esta vez no hay vacilación. Nuestros labios se funden el uno contra el otro. Daisy abre la boca, guiándome sin decir una palabra. Sigo su ejemplo y dejo que mi lengua se deslice dentro. Maldita sea. ¿De verdad creía que un beso bastaría para satisfacer mi obsesión? Esto lo está empeorando todo mucho más.

Mi polla se tensa contra la cremallera de mis pantalones.

Una de sus manos me agarra la muñeca y la lleva hasta su pecho. Aunque es pequeño, es justo lo suficiente para llenarme la mano. A través de la camiseta, se le marca el pezón. Mientras mi pulgar acaricia la punta, Daisy jadea y se retuerce debajo de mí. Dios mío, estoy hambriento de más. Interrumpo el beso, pero no le suelto el pecho.

—No pares, por favor, King.

Si tengo una debilidad, es, sin lugar a dudas, Daisy. Haré lo que ella quiera, cuando quiera, y más. Me inclino y vuelvo por más, pero ella aparta la cabeza de mí y dice:

—Quiero tus manos sobre mí. ¿Te parece bien, King? Si no...

Mi mano se desliza desde su pecho hasta rodearle el cuello. No se me escapa cómo ese gesto hace que sus pupilas se dilaten ni su suave jadeo de placer. Le gusta esto. Guardo esa información para más tarde.

—*Puedes tener de mí lo que quieras.* —Es un poco más difícil hacer señas con una sola mano, pero no imposible—. *Solo dime lo que quieres, Daisy. Sé explícita. Necesito saber qué quieres que le haga a tu bonito cuerpecito y cómo te gusta. ¿Qué te hace retorcerte?*

Ella respira con dificultad.

—¿Decirte lo que quiero?

—*Hasta el más mínimo detalle*.

—Tu boca... en mis pechos, King. Por favor.

Con mucho gusto. Me inclino para besar sus labios una vez más antes de deslizarme por su cuello. Mi mano libre le levanta la camiseta. No llego muy lejos.

Una de sus manos se lanza a mi pelo mientras la otra me agarra la muñeca. Me quedo paralizado. ¿He hecho algo mal? Joder, espero que no. Daisy no me está agarrando el pelo con fuerza, su mano prácticamente solo está ahí

apoyada, pero levanto la cabeza lentamente, asegurándome de que no sea ella intentando mantenerme en mi sitio.

—Yo, eh, me olvidé de… —No puede sostener mi mirada. La parte de atrás de su cabeza golpea suavemente el suelo con un ruido sordo mientras mira hacia los árboles. Sus manos caen de nuevo al suelo—. El Carnicero de Briar Glen me marcó. Solo que… si es demasiado para mirar, puedes parar. Lo entenderé.

Frunzo el ceño, esperando más explicaciones. Pero ella no dice nada más. Curioso y cauteloso, sigo con lo que he empezado, subiéndole la camiseta. A medida que se levanta, veo la cicatriz. Cuanto más se sube la camiseta, más se nota la cicatriz. Cuando la camiseta llega hasta el cuello, tengo una vista completa de la espeluznante marca sobre su piel.

Mis ojos se deslizan primero por la V. Cada punta parte de ambos lados de su clavícula y traza una línea diagonal perfecta que baja por cada pecho, cruza su estómago y se une justo por encima del ombligo. Cuando vuelvo a levantar la vista, es para recorrer con la mirada el suave arco que corta la parte superior de la V. Por fin, mis ojos se deslizan por la línea recta, justo debajo del arco, que se encuentra bajo su clavícula.

Cierro los ojos para concentrarme en contener el inútil rugido de desesperación y furia. No me extraña que no quisiera que la tocara. Estas cicatrices no solo son deliberadas, casi quirúrgicas, sino que son tan profundas que no me cabe duda de que la cortaron varias veces exactamente en el mismo sitio. Esto solo confirma lo que pensaba antes sobre por qué se asustó tanto cuando la derribé.

Cuando abro los ojos, levanto la vista y veo que Daisy sigue mirando hacia los árboles. ¿Está esperando que la rechace?

Pues lo estará esperando para siempre.

Soltándole el cuello, alargo la mano para agarrarle un pecho y apoyo la otra mano en el suelo. Cuando mi boca encuentra su otro pezón, Daisy aspira aire bruscamente y se arquea hacia mi boca. Rodeando y chupando el duro botón, la provoco, lo que, a su vez, le arranca suaves gemidos y suspiros a mi chica.

—Tócame el otro pezón, King.

Dios, tengo la polla tan dura que me duele. Pero hago lo que me pide, encantado con el sonido entrecortado que deja escapar.

—¡Sí! —Su cuerpo se estremece mientras juego con ella.

—¿Lo harás...? ¿Podemos...? —pregunta entre jadeos, levantando las caderas con fuerza.

Joder… ¿Cómo voy a decir que no?

OceanofPDF.com

Dieciséis



Besos. Caricias intensas. Sexo.

Nunca antes había disfrutado realmente de nada de eso. Correrme era solo un picor que había que rascarse de vez en cuando. A veces ese picor era más difícil de alcanzar que otras. Por lo general, hacerlo yo misma era mejor que cualquier cosa que pudiera lograr cualquier pareja que hubiera tenido. Pero incluso cuando el picor se sentía como una erupción en toda regla, en la que necesitaba *algo* de interacción humana, nunca sentí nada parecido a esto.

Pero Kingston no es solo una interacción *cualquiera*. Es uno de los cuatro chicos por los que he estado loca en secreto desde hace más tiempo del que puedo recordar.

Kingston me chupa el pezón con fuerza.

El fuego recorre mis venas, con la misión de derretir el hielo que me ha adormecido durante demasiado tiempo. Mi corazón late con fuerza contra mi pecho y me arden las mejillas. King me chupa el pezón más suavemente antes de levantar su cabeza.

Nuestras miradas se cruzan.

En la tenue luz de la mañana, puedo ver a Kingston en todo su esplendor frío y peligroso.

Quedan algunos rastros del chico que conocí, pero ha cambiado tanto que tengo que esforzarme por reconocerlo. Ya no está bronceado por el sol del

verano, ni se comporta con la misma arrogancia de antes. Su boca ya no esboza esa sonrisa pretenciosa que me resultaba tan familiar, ni pone los ojos en blanco constantemente con aire de exasperación. El hombre que tengo encima me observa con la mirada de un depredador y se mantiene completamente inmóvil. La gruesa cicatriz que le cruza el cuello, casi tan profunda como la mía, se suma a la energía peligrosa que lo rodea. Esos ojos azules gélidos contrastan con su piel pálida y se acentúan aún más cuando su flequillo oscuro los cubre.

—*¿Qué quieres, Daisy? Cuéntame todos tus deseos más sucios.* —Espera expectante mientras la vergüenza y la excitación se enredan en mi pecho. Nunca he sido muy expresiva con mis deseos. Simplemente hacía lo que mi pareja quería. Pero aquí está Kingston, exigiéndome que se lo cuente todo.

Por mucho que quiera que me tome aquí mismo, en el suelo de la percha, después de la confesión de Kingston, no me siento cómoda pidiéndoselo. Pero mi cuerpo lo ansía. Es más, King *quiere* hacerlo. Este chico «*este hombre*» dice que me ama. Corresponde a unos sentimientos que nunca pensé que sentiría por mí. Voy a aprovechar este momento y sacarle el máximo partido.

—Tus dedos. Quiero tus dedos dentro de mí.

Sus labios se curvan. Es como ver cómo se talla una obra maestra en piedra, por la forma en que su sonrisa tarda en aparecer. Dios mío, es impresionante incluso con esa oscuridad arremolinándose en lo profundo de sus ojos. Quizás incluso más. Kingston se desplaza hacia atrás, alejándose de mis caderas, para sentarse junto a mis muslos. Sus ojos se posan en mis pantalones, y sus manos los siguen. Levanto las caderas mientras él me los baja hasta los tobillos.

Con mucho cuidado, se agacha y me acaricia el monte de Venus. Me muerdo el labio inferior mientras mi coño se contrae, hambriento de contacto. Kingston levanta la vista y hace unas señas.

—*Ahora puedo decir que he tenido el mundo en la palma de mi mano.*

Antes de que pueda responder, su mano se desliza más abajo y dos dedos se deslizan dentro de mí sin ninguna resistencia. Mi fuerte gemido resuena por el bosque mientras mi cuerpo se aprieta alrededor de sus dedos. La

sonrisa de Kingston se amplía poco a poco mientras repito el gemido cuando él entra y sale de mí.

—Más profundo, Kingston, por favor.

Hace lo que le pido. Sus dedos se hunden más mientras sigue moviéndose dentro de mí de forma lenta y constante. Cuando creo que ya no puede llegar más lejos, sigue adelante. Oh, cielo e infierno... *joder*. Me arqueo contra su mano, jadeando mientras el placer empieza a crecer.

—Kingston, King... —trago saliva, sin saber muy bien qué quiero mientras aprieto los ojos con fuerza.

No sé si es un instinto natural o si se lo han enseñado, pero su pulgar baja y juega suavemente con mi clítoris. Mi espalda se despega del suelo de golpe ante ese toque inesperado y placentero.

—¡Sí!

Mi siseo se topa con una risita aireada. Kingston cambia de postura encima de mí. No abro los ojos, demasiado absorta en la tensión creciente que se acumula entre mis piernas. Mi cuerpo se aprieta con más fuerza alrededor de sus dedos, listo para caer en el olvido. Justo cuando estoy a punto de llegar al punto de no retorno, Kingston retira los dedos.

Abro la boca y los ojos para protestar, solo para sentir «y ver» cómo Kingston se abalanza sobre mi clítoris con la boca mientras vuelve a meterme los dedos. Todas las palabras mueren en la punta de mi lengua y mis pensamientos se dispersan. Su boca cálida y húmeda es un paraíso. La lengua de Kingston gira con curiosidad alrededor de mi clítoris, ganando confianza poco a poco con cada giro y cada succión.

Cuando me corro, es con una fuerza que nunca antes había sentido. Me tapo la boca con el dorso de la mano, sabiendo que tenemos que hacer silencio, pero no sirve de mucho. Mis caderas se frotan contra su mano y su cara mientras mi orgasmo me inunda de placer.

Cuando por fin me quedo sin fuerzas, mi cuerpo se relaja.

Kingston retira la cara y se incorpora. Su mirada penetrante se desplaza de mi rostro a la mano que levanta hasta la altura de sus ojos. Brilla con mi excitación. La gira de izquierda a derecha, estudiando la prueba de su éxito. Cuando termina, nuestras miradas se cruzan. Sin romper el contacto visual, King se lleva los dedos a los labios y abre la boca. Su dedo medio y su

anular desaparecen dentro, y los chupa. Sin ninguna prisa, se limpia los dedos.

Oh. Mientras me subo los pantalones, observo fascinada cómo termina y vuelve esa pequeña sonrisa. No es *del todo* de satisfacción, pero hay un atisbo del antiguo Kingston en ella.

—*Ahora que ya he desayunado, ¿qué hay en la agenda de hoy?*

Me incorporo, me bajo la camiseta y alargo la mano para coger la suya.

—Antes de hablar de eso, quiero devolverte el favor.

Las fosas nasales de King se dilatan y aprieta su mandíbula con fuerza. No responde de inmediato y, a juzgar por la tensión que se acumula en su cuerpo, estoy segura de que está librando algún tipo de batalla interna. ¿Cuántas veces habrá soportado ese tipo de agresiones? Nunca pensé que, de todos los lugares donde podría pasar, fuera a ser en Riverbend.

Supongo que hay monstruos por todas partes.

—No tiene por qué ser ahora. De hecho, no tiene por qué ser nunca —me arrodillo ante él—. *Sé* lo que ese tipo de contacto puede hacerle a la mente y al cuerpo, y lo difícil que es superarlo. —Si cabe, sus gélidos ojos azules se endurecen como diamantes al comprenderlo. No entro en detalles ni pienso demasiado en esos momentos de mi vida. En cambio, sigo adelante —. Mataré a esas enfermeras una por una. Sin duda, eso ayuda al proceso de curación.

Él niega con su cabeza una vez.

—*Yo las mataré.*

—¿Alguna vez has matado a alguien?

Kingston podría estar hecho de piedra, de lo inmóvil que se mantiene. Cuando responde, lo hace de forma seca y desdeñosa.

—*Lo intenté. Acabé pasando un año en aislamiento.*

Una ola alta y pesada de ira y asco se levanta en mi pecho, y cuando rompe, se derrama por cada recoveco de mi cuerpo.

—Quiero sus nombres, King.

Kingston aparta la mirada mientras lo piensa. Pero su pausa es breve. Cuando vuelve a mirarme, sugiere:

—*Lo haremos juntos. Tendrás que enseñarme a matar.*

—Con mucho gusto. —La adrenalina que te da matar es adictiva, estoy deseando compartir esta droga tan especial con él.

Y con los demás.

Empiezo a levantarme, pero Kingston me agarra la muñeca. Volviendo a relajarme en mi posición de rodillas, espero expectante.

King me suelta y me estudia la cara.

—Quiero quitarme el hedor de ese lugar, para que no te afecte. Luego me enterraré tan profundamente dentro de ti que no habrá un tú sin mí. Esa es la única razón que me impide hacerlo ahora mismo.

Dios mío, qué intenso es. Me encanta. Alzo la mano, le acaricio la mejilla y me inclino hacia delante. Él viene a mi encuentro y me besa con ansia. Cuando me separo de él, me quedo sin aliento.

—En cuanto a eso —señala con la cabeza la pistola que yace en el suelo *—. Si decides cambiar de opinión, nos vamos juntos. Eso no es negociable.*

Parpadeo sorprendida antes de retroceder ante la idea. ¿Kingston *muerto*? Siento que se me sube la bilis a la garganta.

—Es la única forma en que te permitiré siquiera plantearte algo así —añade cuando no respondo.

Hay muchas formas en que todo esto podría acabar para cuando termine con Briar Glen. Una bala en la cabeza por mi propia mano no tiene por qué ser una de ellas.

—De acuerdo. —La boca de King se contrae, como si fuera a sonreír—. Ven, deberíamos comer algo. Tengo barritas de cereales en nuestras mochilas.

Una vez más, empiezo a levantarme, pero, justo entonces, el crujido de una ramita en el bosque y el suave murmullo de unas voces me hacen detenerme. Giro la cabeza rápidamente hacia donde viene la conversación.

—... deberías estar con el grupo de búsqueda. No aquí fuera cazando ciervos, Ed. Además, sabes que no suelen pasar por aquí hasta más adelante en la temporada.

Mierda. Esperaba encontrar cazadores, pero no tan lejos. Esta zona lleva años sin ser pisada.

—Deja de quejarte. Hay un ciervo por aquí y voy a cazarlo. —Esa voz grave y ronca debe de ser la de Ed. A juzgar por la forma en que escupe y trata de aclararse la garganta, podría ser fumador.

—Hay un loco suelto y ¿tú solo quieres ir deambulando por ahí? —vuelve a decir la primera voz.

Kingston y yo nos miramos. Un lado de su boca se curva hacia arriba en una media sonrisa áspera. No puedo evitar sonreírle a mi vez.

Se oye una risa burlona.

—Tranquilo, Harry. Si yo fuera ese chico, ahora mismo estaría a medio camino de cruzar el país.

—¿Crees que se ha ido de verdad? —pregunta Harry.

Ed responde sin dudar.

—Sí, y pronto también se habrán ido sus viejos amigos que han venido a visitar al chico Callahan. Se aburrirán de este lugar y se largarán.

—He oído rumores, ya sabes. Hay quien dice que dejarlos irse es una mala idea. Que están aquí tramando algo y hay que detenerlos antes de que puedan llevarse lo que hayan averiguado de vuelta al lugar de donde vinieron.

—Bah, no son nadie.

Hay una pausa. Debajo de nosotros se oye un fuerte crujir de pasos. Si estos tipos están buscando ciervos, no encontrarán ninguno haciendo todo este ruido.

—Estoy de acuerdo con los demás en eso. Yo digo que nos ocupemos de ellos —murmura Harry al cabo de un momento—. Es sospechoso que aparezcan justo cuando están pasando todas estas mierdas en el pueblo.

Sabía que, con mi regreso, el pueblo centraría su atención en los chicos. Fue un riesgo pedirles que volvieran a casa, sabiendo que el pueblo se daría cuenta de su llegada enseguida. Pero también fue un riesgo contactar con ellos en general. ¿Quién puede asegurar que no les habían lavado el cerebro para que participaran en la locura de la secta? Especialmente Wyatt, que ha seguido viviendo aquí *por voluntad propia*. Aun así, me arriesgué. Ahora mis chicos podrían estar en apuros.

Mejor eliminar la amenaza antes de que se convierta en una fuerza demasiado grande a la que enfrentarse, ¿no? Una sonrisa fría se dibuja en mi rostro.

Kingston se da cuenta. Sus pupilas se estrechan al fijarse en mí mientras empieza a moverse, pero levanto una mano para detenerlo. A pesar del ligero movimiento, las tablas del suelo crujen.

—¿Has oído eso? —exclama Harry alarmado.

—¡Mira! ¡Allí arriba!

Bueno, parece que se ha descubierto el pastel. Me pongo a cuatro patas, me arrastro hacia la entrada de la percha y asomo la cabeza.

—Hola, chicos.

Me ven al mismo tiempo y ambos dan un respingo, alarmados.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces ahí arriba? —Este debe de ser Harry. Su bigote tupido y canoso se mueve como la nariz de un ratón. El sudor de su camiseta, que le queda pequeña para esa barriga enorme que tiene, parece como si se hubiera ido a nadar.

Les dedico una sonrisa.

—Solo quería acampar bajo las estrellas. ¿Alguno de ustedes sabe la hora? Se me ha quedado sin batería el móvil.

—¡Baja ya! ¡Esa cosa es vieja como el mundo! ¡Podría caerse del árbol en cualquier momento! —exige Harry, frunciendo el ceño con preocupación, o quizá con algo de recelo. No sabría decirlo.

A su lado, el hombre más joven, delgado como un palo y con la mirada un poco perdida, se limita a mirarme fijamente. No sé si sabe quién soy o si simplemente lo he sobresaltado. Da igual, no me importa.

—Está bien, un segundo. Voy a bajar la escalera. Ten cuidado —me aparto de su vista, me giro hacia Kingston y le hago un gesto para que guarde silencio. No parece que la situación le inquiete y se muestra conforme con dejar que yo me encargue de esto. Cojo la escalera y le tiro un extremo—. ¡Ya voy bajando!

—¡Está bien!

Bajo rápidamente, saltándome los dos últimos peldaños y aterrizando en cuclillas. En cuanto mis botas tocan el suelo, Harry da un paso adelante.

—Sabes que no es seguro estar aquí fuera, acampando sola. Hay un psicópata suelto.

Sin decir nada, saco el cuchillo de la bota y me muevo. Me enderezo, me giro, levanto el cuchillo y ataco. La forma en que la hoja se clava en su pecho hace que la sangre salpique hacia arriba, como una fuente. Sus ojos se abren como platos antes de mirar hacia abajo, donde la hoja ha penetrado en su cuerpo, justo al lado del esternón.

Intenta hablar, pero lo único que sale es sangre. Siento cómo cambia la tensión en la hoja cuando sus piernas empiezan a fallarle. Con un tirón fuerte, saco la hoja y dejo que el tipo se desplome. No le dedico ni un pensamiento más mientras me doy la vuelta.

Una sonrisa fría vuelve a mi rostro mientras el otro hombre, que debe de ser Ed, mira a su amigo con la boca abierta. Su pelo corto y pelirrojo se le pega a la frente mientras le brota el sudor y empieza a jadear con respiraciones cortas y pesadas. Doy un paso hacia él. El hombre no parece darse cuenta.

—¿Qué... qué has hecho? —chilla Ed, alarmado. ¿Se ha olvidado de que tiene un rifle para protegerse? Supongo que sí, porque no lo levanta mientras me acerco sigilosamente.

En lugar de responder, mi cuchillo corta el aire, atravesándole el pecho. Es una herida superficial, pero basta para que se ponga en movimiento. Ed grita, tambaleándose hacia atrás, alejándose de mí. Es entonces cuando se acuerda de su arma. Mientras da unos cuantos pasos tambaleantes hacia atrás, forcejea con el rifle, intentando levantarlo mientras le tiemblan las manos. Me lanzo hacia delante con mi cuchillo, obligándolo a centrarse en mí en lugar de en su arma.

Detrás de él, algo grande y pesado cae de la cornisa. Kingston aterriza de pie, detrás de Ed, y se yergue en toda su estatura. Ed no tiene tiempo de reaccionar. Kingston le rodea el cuello con un brazo y le da una patada en las piernas, haciendo que el tipo caiga de rodillas. Patéticamente, el rifle se le cae de las manos.

—¡No! ¡Para! *¡Por favor!*

Mi cuchillo vuelve a moverse. El hombre se ahoga con un grito. Justo antes de que mi hoja toque su mejilla, Kingston empuja a Ed fuera del

camino. Me quedo paralizada. Mis ojos se dirigen a los de King.

—*Enséñame cómo se hace* —logra decir con señas mientras lucha por mantener al hombre que se retuerce bajo su control.

Oh. Ahora quiere su primera víctima. Mi corazón se infla con una retorcida sensación de orgullo.

—Bien. —Asiento con la cabeza, enderezándome. Mis ojos se posan en Ed, que se le empieza a poner roja la cara mientras Kingston no afloja la presión alrededor de su cuello. Da patadas con las piernas, intentando mantenerme alejada, mientras sus dedos intentan zafarse del brazo de Kingston que le rodea el cuello.

—Ponlo boca abajo.

Mientras observo, Kingston derriba al desconocido al suelo con facilidad. La primera chispa de duda se abre paso en mi mente. ¿De verdad voy a dejar que Kingston mate a este hombre? Matar se ha vuelto tan fácil que no pienso en las consecuencias a las que mi propia alma podría enfrentarse después de que mi cuerpo perezca. Pase lo que pase a continuación, no puede ser peor de lo que ya he pasado. ¿Pero Kingston? Ahora estoy jugando con *su* alma.

King presiona su rodilla en medio de la espalda del hombre y me mira, expectante. Su expresión es tan imperturbable que bien podríamos estar disfrutando de un agradable pícnic matutino en lugar de una lección sobre cómo matar correctamente.

Es su indiferencia lo que me ayuda a apartar la duda. Si no quisiera tener nada que ver con esto, probablemente no habría ayudado a enterrar el cuerpo de Marty en una tumba poco profunda y, sin duda, se habría largado después de eso. Le doy la vuelta al cuchillo y le ofrezco el mango a King. Él se inclina hacia delante sin dudar y lo coge.

—¡Por favor, no! —grita Ed con voz ronca, pero sus gritos y su resistencia son inútiles. Kingston puede que sea delgado, pero está claro que es fuerte —. Por favor, por favor, por favor, por favor… ¿Por qué estás haciendo esto?

Veo cómo las lágrimas resbalan por su cara, sin que me importen lo más mínimo. Nadie se ha detenido nunca porque *yo* llorara. ¿Por qué iba a

concederle esa piedad esta vez? Me agacho y señalo un punto en la espalda de Ed.

—Para llegar a su corazón, tendrás que ser lo bastante fuerte como para atravesar las costillas. —Señalo otro sitio—. Lo mismo pasa con los pulmones. El bazo y los riñones serían más fáciles. Están aquí. Si eliges esos puntos, tendrás que apuñalar varias veces por si acaso. Bueno, en realidad… —Dudo un momento y vuelvo a mirar a Kingston a la cara para asegurarme de que entiende por dónde va esto—. No tiene que quedar perfecto. Vamos a descuartizar a los dos hombres. Es más fácil esconder trozos de un cuerpo que uno entero.

Ed aúlla, redoblando sus esfuerzos por escapar.

Kingston asiente y yo retrocedo sobre mis talones para dejarle espacio. Él no duda. King simplemente levanta la hoja por encima de su cabeza y luego la deja caer. El sonido del cuchillo desgarrando la carne y golpeando los órganos, y la visión de la sangre, han dejado de molestarme. Así que, mientras mi cuchillo desgarra al hombre en el suelo del bosque, observo con fascinación y orgullo cómo Kingston comete su primer asesinato.

Ed jadea. Como estoy frente a él, veo cómo se le salen los ojos de las órbitas y su cara se pone de un rojo intenso al levantarse del suelo, con el cuerpo retorciéndose de dolor. Cuando su cabeza cae de nuevo al suelo del bosque, la vida en sus ojos también se apaga.

Me pongo de pie al mismo tiempo que Kingston. Me devuelve la hoja y la cojo, enfundándola antes de levantar la vista para estudiar su rostro en busca de cualquier signo de angustia. King sonríe. Es una sonrisa maravillosamente fría y mi corazón se acelera al verla.

—*Uno menos, quedan cientos más* —declara con orgullo—. *Ha sido una primera cita genial. Nunca se me habría ocurrido a mí.*

¿Esto? ¿Una cita? La risa que brota de mi pecho es una reacción inesperada al alivio y la alegría que florecen en mi pecho.

—Vamos. Déjame enseñarte cómo descuartizar a un hombre como es debido. —Cuando me alejo, Kingston se coloca delante de mí.

—*¿Quién te enseñó a matar?* —Su mirada baja hacia mi pecho y luego vuelve a mi cara—. *¿Fue este Carnicero?*

Toda mi diversión se esfuma. Joder, *no* quiero hablar de Oliver. Sabiendo que eso es exactamente lo que tendré que hacer tarde o temprano, decido posponer la conversación hasta que los demás estén con nosotros.

—Sí. —Trago el escalofrío que parece persistir en mis entrañas—. Pero eso no importa ahora. Tenemos que ponernos en marcha. En cuanto acabemos con estos dos, tenemos que ir a Chasm a recoger algo para esta noche.

Empiezo a rodear a King, pero él se interpone ante mí una vez más. Resoplando de enfado, vuelvo a mirarlo. Su cabeza se inclina y me roba un beso. Es tan rápido que no tengo tiempo de reaccionar antes de que se aparte.

Sonríe.

—*Empecemos*.

OceanofPDF.com

Diecisiete



Aprieto los dientes contra el mango del destornillador mientras uso las manos para ajustar el ángulo de la cámara.

—Sigo sin poder creer que hayas traído todo esto contigo —dice Wyatt desde la puerta de la habitación de invitados—. Pero te agradezco que lo hayas instalado. Con nuestra chica por aquí, cuantos más ojos y oídos tengamos para estar atentos a cualquier problema, mejor.

Exactamente lo mismo pienso yo.

—No salgo de casa sin equipo extra —consigo decir con la herramienta en la boca. Cuando estoy seguro de que la cámara tiene la puerta y la ventana en su campo de visión, me saco el destornillador de la boca y lo tiro sobre la cama, y luego me bajo del taburete.

—¿Por qué?

Cojo mi portátil y abro la transmisión de la cámara en la pantalla para comprobar que la he instalado bien.

—Yo, eh, tengo una especie de paranoia de que la gente me esté mirando. Así que, para asegurarme de que nadie lo hace, yo los vigilo a ellos. Me llevo cámaras a todas partes.

Echo un vistazo a las cinco pequeñas ventanas de la parte superior de mi pantalla. Son tan pequeñas que no me estorban mientras hago lo mío, pero

lo suficientemente grandes como para ver a cinco mujeres moviéndose por sus casas sin problemas. Probablemente ya pueda desactivar mi acceso a sus cámaras. Después de pasar los últimos años viendo a chicas que se parecían a Daisy, ahora tengo a la auténtica.

Lo haré más tarde, me lo apunto mentalmente y aparto esa preocupación por el momento.

Wyatt se burla.

—No me digas que te has convertido en uno de esos conspiranoicos con gorros de papel de aluminio.

Siento cómo me suben los colores a las mejillas, pero mis ojos siguen pegados a la pantalla.

—¡*No*! ¡Owen, eres mucho más inteligente que eso!

Tragándome la vergüenza, levanto la vista del ordenador para mirarlo con ira.

—Todo un pueblo borró a Daisy del mapa. En cuanto pude, busqué su número de la seguridad social, su partida de nacimiento, su partida *de defunción* y todo lo demás para encontrar *algo* que demostrara que existió. No hay ni un solo rastro de evidencia de su existencia, Wy. *Ninguno*. ¿Cuánto apuestas a que todos los que estaban en esa tumba en la que Daisy estaba hurgando anoche también han sido borrados? Si todo un pueblo puede salirse con la suya con esta mierda, ¿qué puede hacer un gobierno con recursos infinitos?

Wyatt abre y cierra la boca antes de fruncir el ceño mientras lo piensa. Mientras reflexiona sobre mi explicación, cojo mi portátil y me levanto.

—Me muero de hambre. Creo que tenemos tiempo para comer antes de que te vayas a trabajar. Vamos a desayunar a Ma Diner. Creo que mostrar nuestras caras y parecer tan atónitos como todos los demás por el incendio en el pueblo y en Riverbend podría hacernos bien. Esta noche revisaré los teléfonos de todos y los dejaré a salvo para que podamos guardarlos, luego instalaré el software de la cámara en ellos para que todos tengamos acceso.

—¿Revisar mi teléfono, eh? Supongo que debería borrar algunas fotos —bromea mientras me sigue por el pasillo de vuelta al salón.

Resoplo.

—Sí, por favor, hazlo. No necesito ver ninguna foto de pollas que hayas podido enviar o cualquier otra cosa que hayas guardado...

—¡NO! —Wyatt me empuja y sale corriendo hacia la cocina.

Lo miro sorprendido mientras se acerca a una puerta abierta. Cuando desaparece en la otra habitación, lo sigo con curiosidad. Justo cuando salgo al garaje, Wyatt gruñe.

—Dre, ¿qué estás haciendo? ¿Cómo has entrado aquí? ¡La puerta estaba cerrada con llave!

Mis ojos se posan primero en Drake, que está de pie en medio del espacio con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. Delante de él hay tres enormes pizarras blancas. En cada una hay diferentes recortes de periódico, retratos, fotos espontáneas de grupos de personas, cadáveres y un hilo rojo que une toda la información recopilada. La pizarra del medio tiene bastante menos que las otras dos.

Apartando la vista de las pizarras, mi mirada se posa en un rincón del garaje donde hay un maniquí. Sobre él cuelga una capa roja que me resulta repugnantemente familiar. Todo mi cuerpo se tensa al verla. Se me acelera el corazón mientras doy un paso atrás hacia la puerta. Mis ojos terminan de recorrer la habitación posándose en la pared del garaje. Allí encuentro un collage de fotos que muestran cadáveres.

—Wyatt… ¿qué *demo*nios es esto? —Mi voz suena tensa mientras doy otro paso atrás. Mi atención vuelve a la capa roja.

¿Está del lado del enemigo? No… No, eso no puede ser. Vio lo que le hicieron a Daisy. ¿Por qué querría formar parte de eso? ¡Pero la capa! *Tiene* que estar metido en esto. La prueba está ahí mismo. Mi mente se niega a aceptar esa posibilidad. Me cuesta mucho asimilarlo. Ni de puta broma Wy...

—¡No es lo que parece, te lo juro! —exclama Wyatt, girándose de golpe, con los ojos muy abiertos y su rostro pálido—. No soy miembro de la secta. ¡Esa capa no es mía y esas no son, como, mis víctimas, ni nada por el estilo!

Quiero creerle. Su reacción parece bastante sincera, pero no consigo pasar por alto el rojo en la esquina de la habitación. Empiezo a negar con la cabeza, pero Wyatt agita las manos frenéticamente.

—Me quedé en Briar Glen todos estos años para ver si podía averiguar quién estuvo involucrado esa noche. —Nos mira a los dos con ansiedad—. ¡Necesitaba respuestas! Owen, dijiste que revisaste la documentación legal de Daisy en busca de información, buscando pistas. Esa era *tu* forma de investigar, y *esta* es la mía. ¡Es lo mismo!

Niego con la cabeza de inmediato.

—Creo que *esto* es totalmente diferente.

Drake gruñe. No estoy seguro de si es en acuerdo o no, pero Wyatt lo interpreta así.

—Mira, ya sabes lo mucho que me gustan los buenos misterios. Esto no es más que eso. ¿Esos tableros? Los dos de los extremos se centran en dos pueblos diferentes situados en cada extremo del país. Tenían una secta y al final la desmantelaron. Intenté usar esos dos lugares como guía para averiguar cómo el culto de Briar Glen lleva las cosas tan bien. Como puedes ver en el tablero del medio, no he sacado prácticamente nada en claro.

Me acerco un poco más para estudiar lo que hay en la pizarra. Pero esa capa en la esquina no me deja prestar demasiada atención a nada más.

—¿Y eso qué es?

Wyatt traga saliva, y su rostro palidece aún más.

—Es una réplica que mandé hacer de memoria mientras estaba en la universidad. Pensé que quizá verla me ayudaría a recordar algo de aquella noche. Sé que Francis Winslow estaba allí, todos lo sabemos. ¿Pero los demás? Recuerdo vagamente haber vislumbrado algunas caras, pero todo lo demás de aquella noche, excepto la muerte de Daisy, es una nebulosa.

Toda aquella noche fue como una pesadilla en la que ciertos monstruos y escenas destacaban más que otros. No recuerdo haber visto caras. Pero si Wyatt dice que sí, ¿quién soy yo para cuestionar cómo intenta desenterrar detalles de lo que vio?

—En fin, ahora que Daisy ha vuelto, quizá ella pueda darnos pistas sobre todos los detalles que faltan. —Wyatt traga saliva—. Puedo enseñarle lo que tengo y partimos de ahí. Mira, sé que esto parece raro, pero es cómo lo he superado, ¿vale?

Drake por fin aparta la vista de las pizarras. Me echa un vistazo a mí, luego a Wyatt, con una expresión indescifrable. Es raro mirar a la cara a un desconocido. No hay similitudes, aparte del pelo rubio, que indiquen que este era uno de mis amigos íntimos de la infancia. Las líneas marcadas y la mirada aún más acerada no dan ninguna pista sobre qué le pasó al chico sensible que yo conocía.

—Por favor, tienen que creerme —suplica Wyatt en voz baja, con los hombros caídos y el ceño fruncido—. *Nunca* participaría en una secta, y mucho menos en una que mató a la chica que amaba.

Todo mi cuerpo se sacude como si me hubieran electrocutado. ¿Amaba? ¿*Amaba* a Daisy?

Pero *yo* amaba a Daisy. Y todavía la amo. Por eso estoy aquí, en Briar Glen, dispuesto a hacer solo Dios sabe qué por su bien.

¿Siente él lo mismo después de haberla visto anoche? Su apariencia es diferente, y no me refiero solo físicamente, aunque era imposible no darse cuenta de que ahora es una mujer en lugar de la chica que conocíamos. Todo su aura parecía un cable con corriente, palpitando de energía y peligro. Cuando se reía y sonreía, ambas cosas tenían un toque que antes no estaba ahí. ¿Y esa indiferencia frívola por la vida de Marty? La Daisy que yo conocía nunca habría sido capaz de soportar ver sufrir a otra persona. Esta nueva Daisy es magníficamente aterradora.

Nunca pensé que pudiera amar nada más que el recuerdo de la chica que conocía, pero anoche me volví a enamorar de Daisy con más fuerza de la que jamás creí posible.

Sacudiendo la cabeza, señalo las fotos de la pared.

—¿Y las fotos? ¿Qué tienen que ver con el resto de estas cosas?

A Wyatt se le sonrojan las mejillas mientras desvía su mirada de mí hacia el suelo.

—Yo, eh, no. Esas no tienen nada que ver con nada de lo que hay aquí. Son solo… fotos que encontré en Internet.

No estoy seguro de entenderlo.

—Entonces, ¿qué hacen ahí colgadas? ¡Por Dios, deben de haber más de dos docenas!

—Hay unas cincuenta.

Lo miro boquiabierto.

—¿Para qué tienes fotos de cincuenta personas muertas colgadas en la pared?

Wyatt no levanta la vista y no responde de inmediato. Con la punta de un pie, empuja el polvo del suelo.

—Bueno, verás, yo, eh, tengo esta, ah, manía...

—*Una* perversión —interrumpe Drake.

Parpadeo, sin estar seguro de haberlo oído bien. Aparto la mirada de Wyatt y veo cómo Drake señala con la cabeza hacia la esquina de la habitación. Sigo la dirección de su mirada y veo una botella grande de loción y unos cuantos calcetines viejos amontonados.

No hace falta ser un genio para deducir lo que ha estado pasando aquí. Sin embargo, me lleva un momento procesar en qué exactamente ha estado encontrando placer. Mis ojos van del rincón del material de masturbación a la pared, y luego vuelven de nuevo. Entonces añado la palabra de Drake: perversión.

Cuando caigo en la cuenta, ojalá no lo hubiera hecho.

—Oh, *oh*... ¡Oh! —Creo que me voy a poner mala.

Wyatt se aclara la garganta.

—Todos tenemos nuestras cosas. No hay por qué avergonzarse...

—Ahora tiene sentido que pudieras ver a todas las víctimas de Oliver —reflexiona Drake en voz alta, interrumpiéndolo—. Ese amigo policía tuyo, ¿sabe tu pequeño y sucio secreto?

Aunque su expresión no cambia, juraría que la voz de Drake es un poco más alegre, como si todo esto le pareciera bastante divertido.

—Ah… —La cara de Wyatt se pone roja como un tomate.

—¿Sabe que eso te excita? —insiste Drake. ¿Se le están moviendo las comisuras de los labios? ¡Sí que sí! El muy cabrón *está* disfrutando de la vergüenza de Wyatt mientras este se retuerce—. Supongo que, en cierto modo, tiene que saberlo.

Antes de que Wyatt pueda responder, suena el timbre. Todos nos quedamos paralizados, intercambiando miradas recelosas. No puede ser

Daisy. Ella no se plantaría así en la puerta principal a plena luz del día. Entonces, ¿quién...?

—¿Esperas visita? —pregunta Drake.

Wyatt niega con su cabeza.

—No.

Mierda, ¿esto podría ser un problema? Decidido a afrontarlo de frente, enderezo los hombros y vuelvo a la parte principal de la casa. Llego a la puerta principal justo cuando suena el timbre otra vez. La abro de un tirón y me encuentro a un policía joven esperando al otro lado. De aspecto pulcro y cara de niño, la expresión del agente pasa de la sorpresa a una sospecha apenas disimulada.

—¿Puedo ayudarte? —No quiero parecer grosero, pero no me gusta nada cómo su mirada ha recorrido mi pecho.

Debería haberme puesto una camiseta esta mañana. En cuanto se me metió en la cabeza proteger este lugar y prepararlo para la llegada de Daisy, simplemente me levanté de la cama con solo los pantalones del pijama puestos.

—¿Quién demonios eres? —pregunta el policía.

Parpadeo, sorprendido. Vaya*, qué* forma tan interesante de saludar a alguien. Abro la boca para mandarlo a la mierda, pero entonces Wyatt aparece a mi lado, con su mano en mi hombro, riéndose un poco sin aliento.

—Brett, ¿qué haces aquí?

Ah, este debe de ser el amigo policía. El mismo que le enseñó a Wyatt las pruebas de la escena del crimen de Oliver Grayman y que probablemente sabe lo de la especial fijación de Wyatt por la carne en descomposición. Me muerdo la lengua para no poner cara de asco.

Brett nos mira a los dos, frunciendo su ceño con fuerza y ahondando su expresión de disgusto. De repente, la mano de Wyatt se aparta de mi hombro.

—Ah, Brett, este es, eh, Owen Woodlock. Owen, este...

—He venido por un asunto oficial de la policía, Wyatt —interrumpe Brett, enderezando la espalda mientras sus manos se posan en su cinturón de servicio—. ¿Te has enterado de lo de anoche?

Wyatt frunce el ceño:

—He oído a los vecinos hablar de un incendio en el centro. Íbamos a ir en coche a Ma Diner a desayunar y ver los daños. ¿Están todos bien?

El policía niega con su cabeza.

—En la ciudad están todos bien. Me refería al incendio de Riverbend.

Me apoyo en el marco de la puerta y cruzo los brazos sobre el pecho, fingiendo interés.

—Eso es el manicomio, ¿no?

Mi pregunta queda sin respuesta, ya que el policía mira fijamente a Wyatt.

—¿Un incendio en Riverbend? ¿Anoche? —Wyatt niega con la cabeza lentamente—. No, no lo sabía. ¿Han salido todos bien?

—Sí. Todos están bien, pero se escapó un paciente. Estamos pasando por aquí para asegurarnos de que todo el mundo esté al tanto y le eche un ojo. —Brett me lanza una mirada recelosa antes de volver a mirar a Wyatt—. El paciente era Kingston Winslow. ¿Se rumorea que ustedes eran amigos en su día?

Wyatt se encoge de hombros.

—De pequeños, sí. ¿Por qué?

—Bueno, puede que te busque. Ya sabes, una cara conocida y todo eso. Pero es peligroso, así que si aparece, llámame inmediatamente.

Eh.

«*a él*» no *«a nosotros»* como en la policía. Frunciendo el ceño, miro a los dos, fijándome en cómo Brett se acerca al espacio personal de Wyatt y en cómo se suaviza su expresión mientras habla.

Wyatt se burla.

—Kingston no sabría dónde vivo ahora, y aunque lo supiera, dudo que se pasara por Briar Glen después de lo que le hizo su padre.

—Lo que hizo el señor Winslow fue en defensa propia —le recuerda Brett.

Aunque mi familia y yo no estábamos en Briar Glen cuando pasó todo esto, sé que King no habría matado a su madre. Sin embargo, Francis Winslow es más que capaz de matar a una persona. Lo he visto con mis propios ojos.

Le lanzo una mirada de enfado al policía.

—*Supuestamente*. La única persona que estaba allí para señalar a King fue también la misma que le cortó el cuello y lo encerró en un manicomio para que no pudiera contar su versión de la historia.

—El tribunal no lo ve así —responde Brett, sin apartar la mirada de Wyatt —. ¿Y quién sabe lo que le pueden hacer a un chico nueve años en un manicomio? He oído que estuvo en aislamiento durante todo un año después de atacar a una enfermera que venía a hacer sus visitas nocturnas. ¿Te suena ese chico?

Wyatt me mira, frunciendo el ceño. Yo hago lo mismo.

Si King se enfadara lo suficiente, probablemente sería capaz de cualquier cosa. Pero tiene que tener una razón y no es impulsivo. Además, no iría por alguien que fuera inocente. King era un imbécil a veces, pero tenía límites.

—¿Ves? Peligroso —dice Brett, interpretando nuestro silencio como preocupación.

Estoy harto de esta conversación. Nada de lo que digamos va a hacer que este chico cambie de opinión. Pongo los ojos en blanco, me aparto del marco de la puerta y entro. Drake está apoyado contra la encimera de la cocina, comiéndose una manzana. Me acerco a él, listo para buscar algo que picar. Wyatt entra un momento después. Me doy la vuelta cuando cierra la puerta y se apoya contra ella con un suspiro.

—¿Puede este día ir a peor? —pregunta, más para sí mismo que para nosotros.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —Drake se ríe con ironía—. ¿Te molesta que hayamos descubierto en qué andas metido? ¿O es que tu novio está celoso de que tengas a dos amigos alojados en tu casa?

—¡Ya no es mi novio! —espeta Wyatt rápidamente.

Tanto Drake como yo nos quedamos quietos.

Parpadeo.

—¿Perdona? *¿Ya no*?

Wyatt se pasa la mano por su cara.

—Brett y yo solíamos ser, eh, bueno, algo. Pero rompí con él cuando se volvió demasiado pegajoso.

—Ah. —Vaya, no me lo esperaba. Ahora entiendo por qué el policía no parecía muy contento de verme—. ¿Entonces eres gay?

¿No acababa de decir que amaba a Daisy?

—*Bisexual* —corrige Wyatt sin mirarnos a ninguno de los dos. Su rostro se sonroja mientras pasa junto a nosotros, hacia el garaje—. Creo que voy a quitar esas fotos de la pared ahora mismo. Así podremos prepararnos para salir y dejarnos ver por la ciudad.

Cuando se acerca a la puerta, me echo a reír a carcajadas. Se detiene para mirarme, con su cara aún más sonrojada.

—Bueno, eso explica por qué el policía me lanzaba miradas asesinas. Tu ex estaba *celoso.* ¿Pensaba que nos habíamos enrollado anoche? ¡Dios, si las miradas mataran, estaría en el porche de tu casa en un charco de mi propia sangre! ¡JA! Debería haberte besado o algo así para joderle bien la cabeza. —Por alguna razón, esto me hace aún más gracia, y me río más fuerte—. Mejor aún, Drake debería haber salido solo en bóxers, *eso* le habría hecho estallar la cabeza a ese chico.

Drake se ríe entre dientes y a Wyatt se le tuerce la boca como si quisiera sonreír.

—¿No te parece… no les parece raro a ustedes?

Mi diversión se desvanece.

—No, ¿por qué iba a parecerme?

Wyatt se aclara la garganta.

—Fue un poco difícil, eh, salir del armario en un sitio como este.

—Eso es porque esto es un puto agujero perdido en Indiana. A la sociedad civilizada le importa una mierda esas cosas. —Pongo los ojos en blanco—. No me importa con quién folles.

—A mí sí que me importa *con quién* folles —señala Drake—. Si tienes un cadáver en esta propiedad con el que follas habitualmente, por favor, hazlo fuera de nuestro horario de visitas.

Hago una mueca mientras intento no darle demasiadas vueltas a eso. Wyatt esboza una sonrisa esta vez.

—Reduciré al mínimo el sexo con cadáveres mientras estén aquí.

Drake niega con la cabeza, pero no se me escapa su sonrisa cuando se da la vuelta.

—Vaya, gracias.

OceanofPDF.com

Dieciocho



—Bien, ¿te acuerdas de lo que te dije?

No puedo dejar de mirar la propiedad de enfrente. El aburrido edificio de cemento, en medio de un aparcamiento vacío, alberga la pequeña oficina del forense. Ahora solo hay un coche allí, dos menos de los tres habituales.

Por el rabillo del ojo, veo que Kingston asiente con la cabeza.

Me trago mis dudas. Es hora de confiar en alguien que no sea yo misma por primera vez en mucho tiempo. Si fuera cualquier otra persona, no estaría tan segura mientras salgo del asiento del conductor y cierro la puerta de un portazo.

Pero esta mañana Kingston ha descuartizado dos cadáveres y me ha ayudado a enterrar los trozos sin ningún problema. Ni una sola vez se ha puesto verde, ha vomitado o se ha quejado. Simplemente ha hecho lo que se le ha ordenado y, cada vez que terminaba una tarea, pedía más. Luego nos hemos bañado en el río y nos hemos zampado unas barritas de muesli como si nada hubiera pasado.

Hacemos un buen equipo. Me lo recuerdo a mí misma mientras cruzo la carretera desierta y entro trotando en el aparcamiento. En lugar de dirigirme directamente a la puerta principal, doy la vuelta por el lateral del edificio hasta la parte de atrás. Una vez en la puerta trasera, saco un imán grueso y resistente que robé hace mucho tiempo y lo acerco al teclado. Solo tarda

unos segundos en desactivar el viejo mecanismo. La cerradura se desbloquea y puedo abrir la puerta sin problemas.

Me agacho, recojo una piedra y la meto entre el marco y la puerta antes de colarme dentro. Por un segundo, me quedo completamente quieta. El pasillo aséptico está vacío, las luces fluorescentes brillan con una intensidad incómoda. El único ruido viene del otro extremo del pasillo. Por lo que parece, mi víctima está disfrutando de un podcast.

Mis pies empiezan a moverse en esa dirección.

No lo hago a propósito, pero mis pies no hacen ruido mientras me acerco a la habitación donde suena la radio. Cuando llego, veo que la puerta está entreabierta. Me detengo justo fuera y vuelvo a escuchar.

—... el calentamiento global. Es jodidamente ridículo. Los profesores y esas grandes empresas les están metiendo a nuestros hijos esa mierda de que tienen que ser ecológicos. Uf, ¿qué significa eso siquiera? ¿Ser ecológicos? Bo, ¿qué opinas?

—Tienes razón, Sean. La Tierra se calienta y se enfría de forma natural. Que ahora haga más calor que hace uno o dos años no significa que nuestro planeta se esté muriendo.

Se oye un murmullo de aprobación de alguien que no habla por la radio.

—Mira, en octubre nevó treinta centímetros en la casa de mis padres en Vermont. Si eso no es prueba de que el calentamiento global no es real, entonces no sé qué lo es.

—¿Verdad? Muy bien, chicos, volvemos enseguida. Ahora, unas palabras de nuestros patrocinadores.

Cuando empieza a sonar el anuncio, oigo a alguien suspirar. Me inclino hacia delante, empujo la puerta y entro.

El hombre que está en la habitación levanta la vista cuando entro. De pie detrás de su escritorio, medio encorvado, consigo verlo bien. Es un hombre de unos cuarenta y cinco años. Su pelo rubio está perdiendo brillo y empiezan a notarse arrugas en su rostro. Es alto, probablemente mide algo más de 1,80, y está bien formado.

Jeff Herring no parece muy diferente de la última vez que lo vi. El único cambio es que no está cubierto de la sangre de otra persona.

—¿Quién eres? No deberías estar aquí —pregunta, frunciendo el ceño—. Si necesitas algo, tendrás que esperar en la entrada hasta que Rita o Tonya vuelvan de comer.

Sonrío. Me sale de forma natural en situaciones como esta.

—¿De verdad no te acuerdas de mi cara, Jeff?

El hombre se endereza sorprendido al oírme llamarlo por su nombre de forma tan desenfadada. Da la vuelta a su escritorio con el ceño fruncido, arreglándose las mangas mientras lo hace.

—No, no me suenas.... —Frunce el ceño mientras me estudia bien la cara.

Le doy un minuto. A pesar de lo importante que fui para sus planes hace tantos años, sé que el tiempo confunde los recuerdos. Al menos algunos de ellos. Ojalá el tiempo borrara algunos más que otros para mí.

—Sí que me resultas familiar. —Da otro paso hacia mí.

Mi sonrisa se convierte en una amplia mueca. La emoción me recorre las venas mientras mi presa se acerca.

—Déjame refrescarte la memoria —le ofrezco, manteniendo un tono dulce —. La primera vez que te vi, irrumpiste en la habitación donde me tenían cautiva, me echaste un vistazo desnuda y encadenada a un colchón, y *te reíste*.

Jeff abre la boca, con su rostro retorcido por la confusión, pero entonces lo veo.

—¡Oh… *Oh*!

La comprensión inunda sus rasgos, seguida de una oleada de conmoción. La cara de Jeff se relaja. Se le cae la mandíbula, se le salen los ojos de las órbitas y extiende una mano hacia atrás para agarrarse al borde del escritorio mientras se aleja tambaleándose de mí.

—¿Ahora te acuerdas de mí, Jeff?

El hombre tiene la osadía de burlarse de mí. Tras un segundo de desconcierto, su boca se curva en una sonrisa pícara y un brillo familiar ilumina sus ojos.

—Claro que sí, Daisy Murray. Qué sorpresa que por fin hayas vuelto a casa.

A casa. Esa palabra no significa nada para mí. El hogar es donde uno pertenece, donde uno encuentra consuelo. Pero hace demasiado tiempo que no conozco la paz. No hay ningún lugar al que pueda huir para escapar de las horribles pesadillas que habitan en lo más profundo de mi ser.

—Lo he hecho. —La sonrisa se me borra de la cara—. Aunque tengo la sensación de que esta vez no me recibirán con los brazos abiertos.

Jeff chasquea la lengua.

—Tonterías. Todos estarán encantados de saber que has vuelto de entre los muertos para cumplir tu propósito.

Me río, aunque no me hace ninguna gracia.

—Sabías que estaba viva todo este tiempo.

Jeff niega con la cabeza:

—No después de que Tobias y yo encontráramos el cuerpo de Oliver en su casa. Fue muy mala suerte por tu parte irte ese día. Había traído a Tobias, sabiendo que a él tampoco le caía bien mi padre. Quería que viera cómo se desarrollaba todo. Estaba *tan cerca* de conseguir todo lo que quería.

—Siento que entregarme a Francis para que me matara no saliera bien. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Qué te hizo pensar que estaba muerta si sabías que había escapado?

—Tobias y yo contratamos a un rastreador para ver si habías sobrevivido sola en el bosque, pero fue un mal momento por tu parte, irte ese día. Ese bosque se extiende por kilómetros, ¿y los osos y coyotes que se esconden en él? Dado el mal estado en el que te encontrabas, no tenía ninguna duda de que te habrían devorado o habrías muerto de frío. Me alegra ver que me equivoqué. —Da una palmada—. Bueno, ¿por qué no te sientas? Tengo que hacer una llamada.

—¿A Francis o a tu padre?

—A Francis, por supuesto. —Jeff pone los ojos en blanco—. Que mi padre se joda. Cuando te lleve a la puerta de Francis, él estará *encantado* de echar a mi padre a la calle para dejarme ocupar su sitio en la mesa. Pensaba que este sueño se había perdido, pero supongo que Zarzuz tiene un plan para todos nosotros y este era su plan para mí.

Doy una vuelta alrededor de la primera mesa de operaciones, pasando los dedos por encima, dejando marcas pero sin huellas. *Eso* fue cosa de Jeff.

Oliver nunca se planteó quitar nada que pudiera identificarme.

—¿Tú o Tobias le acabaron contando a Francis que me tenías? —le pregunto con curiosidad mientras me acerco a él. Levanto la vista de la mesa y veo que está sacando su móvil.

Jeff se detiene para mirarme.

—¡Por supuesto que no! ¿Te imaginas lo que me haría si se enterara de que sabía dónde estabas todos estos años? ¿Sabes cuánto dinero me costó sobornar a Tobias para que no se lo contara a Francis? Aunque valió la pena pagarlo. Cualquier cosa con tal de evitar la ira de Francis.

Jeff da la vuelta a su escritorio, con el teléfono en la mano. Se detiene a unos metros de distancia para seguir con lo que sea que esté haciendo.

—No tendrás que pagarme para que no diga nada de tu jodida metedura de pata —le aseguro a Jeff mientras empiezo a acercarme lentamente a él. No le diré nada a Francis. Ni ahora, ni más adelante. Lo único que Francis oirá de mí será el silbido de mi navaja al clavársela en su corazón.

Me dedica una sonrisa de satisfacción.

—Sé que no lo harás.

Jeff debe de tener algún tipo de plan para someterme. Casi me dan ganas de dejar que lo lleve a cabo para demostrarle lo mucho que he cambiado desde la última vez que me vio. Ya no soy una jovencita débil y llorona.

—Antes de que hagas esa llamada, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Te acuerdas de Abigail Wellstone, Marie Chavares o Jessica Blakely?

Jeff frunce el ceño mientras lo piensa. Al cabo de un momento, niega con la cabeza.

—No, no, no creo que conozca a ninguna de ellas. ¿Quiénes son?

—Eran solo algunas de las mujeres a las que violaste y torturaste en la habitación de los horrores de Oliver. Hay más, por supuesto. Pero creo que, como no te molestaste en aprenderte los nombres de las mujeres a las que atormentaste, sería una pérdida de tiempo. —Meto la mano en el bolsillo de la chaqueta y agarro el objeto delgado que hay allí.

—No merecía la pena conocerlas. —Jeff se encoge de hombros—. Ahora siéntate. Preferiría hacer esto de la manera fácil, si no te importa.

Me río a carcajadas, lo que me vale una mirada de enfado. Jeff se acerca a mí dando zancadas, acortando la distancia entre nosotros hasta quedar justo delante de mí.

—¿Qué te hace tanta gracia, *Elegida*?

—Nunca te ha gustado lo fácil, ¿por qué empezar ahora? Te gusta un poco de lucha. Recuerdo lo mucho que disfrutabas metiéndole la polla a chicas que gritaban.

Los gritos aún me persiguen. Su trauma se me metió dentro, y llevo esa pesada carga allá donde voy.

—Joder, claro que sí. —Se ríe Jeff mientras extiende la mano para agarrarme del brazo.

Era de esperar. Agarro su muñeca, la tiro hacia delante para desequilibrarlo y saco el objeto de mi bolsillo. La jeringuilla se clava en su cuello. Vuelco el contenido con el mismo movimiento. Jeff jadea, con los ojos muy abiertos. Suelto su muñeca y dejo que se tambalee hacia atrás. Intenta alcanzar la jeringuilla que le sobresale del cuello.

Su dedo apenas rozan la jeringuilla de plástico antes de caer de rodillas.

—¿Qué... qué está pasando? —jadea, con su parte superior del cuerpo tambaleándose—. ¿Qué has hecho?

—Esto, Jeff, es el principio del fin para ti. —Me enderezo justo cuando la puerta se abre de golpe de forma inesperada. Me quedo paralizada, con la respiración atascada en la garganta.

No debería haber nadie aquí.

Exhalo el aire que tenía contenido cuando mi mirada se posa en Kingston. Tranquila de saber que estoy a salvo, me vuelvo hacia Jeff justo a tiempo para ver cómo se le ponen los ojos en blanco y cae de bruces sobre el suelo de linóleo y no se mueve.

—No deberías estar aquí dentro, King. —Empiezo a moverme, sacando las bridas de mis bolsillos y atando las muñecas de Jeff.

Kingston se adelanta. Me arrebata las bridas de repuesto de la mano y se pone manos a la obra sacando los pies de Jeff y atándolos juntos. Cuando me levanto, King termina y me mira desde el suelo.

—*No soporto estar lejos de ti*.

Aunque su expresión se oculta tras una mirada de fría indiferencia, son sus ojos los que brillan con sinceridad. Siento un nudo de ansiedad en el estómago.

Me ama, y ese pensamiento me provoca una oleada de inquietud, incluso mientras mi corazón se acelera.

¿Es esto el amor? ¿Preocuparse por otra persona hasta el punto de tirar la precaución por la borda? ¿Una impaciencia por volver a estar juntos tras solo un breve periodo de separación? ¿La disposición a cruzar líneas oscuras sin pensarlo dos veces?

¿O es esto solo una locura?

Tragándome el nudo que se me forma en la garganta, suspiro.

—Está bien, bueno, ya que estás aquí, puedes ayudarme a meterlo en el maletero —hago una pausa—. Por favor, dime que se te ocurrió mover el coche como se suponía que debías hacer.

Kingston asiente. Empiezo a agacharme para coger a Jeff por los brazos, pero me detengo de nuevo.

—¿Cuánto has oído de todo eso?

La mirada de Kingston no vacila mientras responde.

—*Todo*.

Claro que sí. Me preparo para las preguntas, la lástima o la preocupación. Kingston se limita a mirarme fijamente, con una mirada penetrante. Como no dice nada más, me relajo. Supongo que King no me presionará para que le dé respuestas. Bien, porque ahora no es el momento. Las tendrá muy pronto.

Enderezo los hombros y me obligo a centrarme en lo que tenemos entre manos.

—Bien, saquemos a este bastardo de aquí.

OceanofPDF.com

Diecinueve



Drake y Owen me están esperando fuera del colegio mientras salgo por la puerta, tras haber cerrado mi aula con llave y haber dejado marchar a mis alumnos. Cruzo corriendo el aparcamiento y me subo a la parte trasera de la camioneta de Drake. Owen abre la ventanilla que me separa de la cabina mientras Drake sale del aparcamiento, que se está quedando vacío.

—Te hemos traído tus cosas. Están en la bolsa de viaje. —Señala con la cabeza a la bolsa que hay detrás, junto a mí, antes de preguntar—: ¿Te has tomado unos días libres?

Le dedico una sonrisa.

—Me he tomado dos semanas completas de vacaciones. Estas van a ser las mejores vacaciones de mi vida.

—Deberías haber dimitido directamente. Yo lo hice —dice Drake por encima del hombro—. Tenía la sensación de que no iba a volver.

—Eso habría parecido muy sospechoso. —Puede que Daisy aún no haya dicho abiertamente lo que estamos haciendo, pero tengo la sensación de que, para cuando termine aquí en Briar Glen, no podremos quedarnos. Cuanto menos llame la atención ahora, más tiempo estaremos a salvo aquí.

—Probablemente sea una buena idea, ya que nos están vigilando —señala Owen—. En lugar de ir directamente a nuestro punto de encuentro y

quedarnos esperando a que anochezca, nos vamos a Chasm a comer algo. Cuando oscurezca, iremos a reunirnos con Daisy.

¿Nos están vigilando? Miro a mi alrededor mientras Drake conduce por la ciudad. Al principio, no veo nada. Pero cuanto más miro, más me fijo en las miradas fijas de los peatones que caminan por las calles por las que pasamos. Algunos levantan sus teléfonos para hacer fotos, intentando parecer despreocupados. El coche que viene detrás de nosotros nos pisa los talones, y su conductor ni se molesta en alejarse cuando cruzo la mirada con él.

Joder. ¿Qué pasa aquí?

—¿Han tenido algún problema hoy? —¿Cómo es posible que el pueblo sospeche de nosotros si aún no hemos hecho nada?

—La verdad es que no. —Owen niega con la cabeza—. Fuimos y fingimos ayudar en la búsqueda de Kingston. Cuando se disolvió después de comer, dimos una vuelta en coche para ver los daños. Nadie nos dijo nada. Hubo algunos cuchicheos a nuestras espaldas, pero todo el mundo fue bastante amable.

—Entonces, ¿por qué crees que nos están vigilando tan de cerca?

Drake resopla.

—Técnicamente, ahora somos forasteros, Wy, y a los forasteros nunca les han dado la bienvenida en Briar Glen.

Es verdad. Cuando llega alguien nuevo al pueblo, ya sea de paso o para quedarse un tiempo, todo el mundo se empeña en meterse en sus asuntos, y si no les gusta lo que hacen... Bueno, Briar Glen es muy bueno dejando de lado a la gente.

Daisy nos invitó a formar parte de su plan, sea cual sea, pero ¿pensó en cuánta atención llamaríamos, teniendo en cuenta que dos de los tres ya estamos en el punto de mira del pueblo? Aprieto la mandíbula y cierro los puños. No importa. Que nos miren todo lo que quieran. Haremos lo que Daisy quiera. Después de lo que me hizo pasar este pueblo, de lo que me hicieron pasar mis propios *padres*, después de su desaparición, los habitantes del pueblo se merecen todo lo que ella les tiene preparado. Sostendré sus miradas cuando encienda la cerilla que reducirá este lugar a cenizas.

Mientras pasamos por mi antiguo barrio, me invaden recuerdos no deseados.

—¿Ves? Son escombros. Siempre ha sido así —dijo mi padre, obligándome a salir del coche para mirar el solar vacío donde antes estaba la casa de Daisy. Durante una semana, intenté que investigaran la muerte de Daisy, pero no me escuchaban.

No, era peor que eso, no me *creían*. No creían ni siquiera que Daisy existiera. Lo cual es inconcebible, ya que ella estaba por aquí todo el tiempo. Pero donde antes estaba su casa, ya no hay nada. Contemplo con horror la escena que tengo ante mí.

—N-no, solíamos pasar el rato en el porche delantero y columpiarnos en el columpio de atrás… —Mis ojos recorren la propiedad, pero no encuentran ni rastro del columpio doble que antes había en su patio trasero—. ¡E-esto, esto no está bien! ¡Daisy nos obligaba a ver Mary Poppins en su habitación todo el tiempo, y solía escondernos notas en ese árbol! —Señalo el roble que se yergue imponente en lo que debería haber sido el jardín delantero.

Pero ¿dónde estaba la casa? Parece que hace siglos que no hay nada aquí. ¿C-cómo ha podido pasar esto? ¡Estaba aquí hace *solo* unos días! *Daisy* había estado aquí hace solo unos días.

—Estás confundido, hijo, nunca hubo ninguna Daisy. Vieron esa película en el colegio y los cuatro se obsesionaron con ella. —La forma en que las manos de mi padre me apretaban los hombros me dolía.

—¡Esta locura tiene que acabar! —lloraba mi madre detrás de nosotros—. ¿Por qué no ves que todo estaba en tu cabeza, Wy? Pensábamos que esto era una fase, pero… ¿figuras con capuchas rojas? ¿Un cuchillo ceremonial? ¡Nada de eso tiene sentido!

Negué con la cabeza, convencido de que sabía de lo que estaba hablando.

—¡Pues explícame mis moratones! —Me di la vuelta para mirarlos, y ambos fruncieron el ceño.

Mi padre resopló, puso los ojos en blanco y luego me clavó una mirada de acero.

—Kingston siempre ha tenido mal genio. Debe de estar obligándote a contarnos esto para encubrir su propia obra.

—¡Kingston es un idiota, pero nunca nos habría dado una paliza a todos! —protesté.

Incluso tres años después de que mis padres murieran y se fueran, sigo aferrándome al odio que les tenía. No fue hasta después de su muerte cuando me di cuenta de por qué se habían empeñado tanto en manipularme para que creyera que Daisy no era real.

Estaban metidos en ello. Mis padres formaban parte de la secta que acecha en las sombras de Briar Glen.

Todavía me duele el estómago al pensar en la verdad de esa revelación. ¿Cómo no me di cuenta de eso cuando era más joven? No es que hubiera pruebas que encontrar tras su muerte, pero es tan obvio que me siento tonto por no haber llegado a esa conclusión antes.

Con un suspiro, me recuesto contra la cabina y veo pasar Briar Glen; por suerte, mis padres ya no están aquí para ayudar al pueblo a manipularme y hacerme creer que me había vuelto loco.



—Tengo que decir algo —digo mientras avanzamos con dificultad por la espesa maleza.

El sol se puso hace un rato. Después de comer algo rápido en Chasm en una tienda de delicatessen, echar un vistazo a algunas tiendas y llenar el depósito del coche para matar el tiempo, nos dirigimos a toda prisa a nuestro punto de encuentro. El camino de tierra del que nos había hablado Daisy había sido difícil de encontrar, incluso con sus detalles específicos sobre los puntos de referencia. Dimos más de una docena de vueltas antes de encontrarlo por fin. Tras aparcar, nos apresuramos a ocultar el coche con cualquier matorral que encontramos, tal y como nos había indicado Daisy.

Ahora vamos a pie, casi llegando a nuestro destino. Sin embargo, mientras caminamos, siento que algo cada vez más importante me oprime el pecho. Hay algo que me ha estado molestando desde que salimos de Briar Glen, y necesito sacármelo de encima.

—¿Por qué lo estás anunciando? Solo dínoslo —resopla Owen detrás de mí.

Claro, por supuesto.

—Solo quiero decir que siento no haberme esforzado más por acercarme a ustedes antes de que Daisy nos escribiera por primera vez.

Ninguno de los dos dice nada al respecto. No sé si están reprimiendo sus sentimientos, si me guardan rencor o si simplemente no les importa lo suficiente como para responder. Con un suspiro, lo dejo pasar.

El tiempo pasa mientras caminamos. Es Owen quien finalmente rompe el silencio.

—Mi familia y yo nos fuimos, Wy. —Se aclara la garganta—. En cualquier caso, habría sido natural que nos distanciáramos en esa situación. Pero ¿después de lo que pasó? No quería saber nada de Briar Glen ni de la gente que vivía aquí. Si hubieras llamado o escrito, lo habría ignorado.

Ouch. Su confesión me duele.

—Eso no significa *que* no pudiera haberme esforzado más —murmuro—. Y Drake, tú seguías viviendo aquí. Podría haber hecho más por verte.

—Habrías estado perdiendo el tiempo. —La respuesta de Drake llega desde más adelante, donde se mueve con facilidad por el bosque a pesar de su gran corpulencia.

—Intentar mantener lo que teníamos no habría sido una pérdida de tiempo, Dre. —Frunzo el ceño—. Fuimos inseparables durante años y, sin embargo, de repente, ya no éramos amigos.

Drake no dice nada al respecto. Detrás de mí, Owen suspira.

—Lo haremos mejor de ahora en adelante.

Creo que no damos ni cien pasos más cuando Drake acelera el paso.

—¡Pónganse las máscaras! —ordena por encima del hombro.

Había dejado que mi máscara colgara del cuello, balanceándose detrás de mí, pero ahora me la coloco de un tirón. Acelero el paso para alcanzar a Drake y casi tropiezo cuando llegamos al claro.

Un claro *que me resulta familiar*.

Se me revuelve el estómago y se me paralizan las extremidades. A menos de veinte metros está la plataforma de piedra a la que habían atado a Daisy.

A su alrededor hay antorchas tiki oscuras. Delante de la piedra hay varias filas de asientos hechos con troncos de árbol cortados, y en medio de ellos, un fogón en el que ahora arde una pequeña llama.

Se me va la sangre de la cara mientras los sollozos fantasmales de miedo de Daisy resuenan en mi mente.

—Mierda —susurra Owen detrás de mí al entrar en el claro. Se detiene a mi lado—. Buscamos este lugar con tantas ganas, ¿te acuerdas?

Sí. Estábamos seguros de que si podíamos mostrarles a nuestros padres dónde había pasado, tendrían que creernos. El problema era que intentar encontrar el camino de vuelta a este lugar había sido imposible. Estaba oscuro cuando lo descubrimos por casualidad, y nadie sabía exactamente a qué distancia ni en qué dirección nos habíamos desviado de Solmer Rock.

—P-por favor, no lo hagas.

Un débil gemido rompe mi aturdimiento. Sigo a Drake hacia delante, hacia la losa. Se aparta al rodearla, y allí están Daisy y Kingston, vestidos con sus chaquetas negras y sus máscaras.

—Buenas noches, chicos —nos saluda Daisy con calidez, sin quitarse la máscara—. Me alegro de que hayan encontrado el lugar.

Mi corazón se llena de alegría al oír su voz. Sigue aquí, no se ha ido. No me había dado cuenta de que estaba preocupado hasta este momento, cuando la tensión se disipa de mi pecho.

—¿Cómo lo *has* encontrado? Lo buscamos por todas partes después de aquella noche —le pregunto, acercándome rápidamente a su lado.

Me detengo justo antes de llegar, cuando mis ojos se posan en el hombre atado con bridas a sus pies. Su ojo está entreabierto y su boca es floja, con baba saliéndole por una comisura. Es obvio que lo han drogado.

—Llevo mucho tiempo acechando Briar Glen.

La respuesta de Daisy vuelve a centrar mi atención en ella. Me olvido al instante del hombre que yace a sus pies. Ya nos ocuparemos de él en un momento.

—¿*Qué*? ¿Y no se te ocurrió pasar por aquí? —No puedo ocultar el dolor en mi voz.

—Sí que lo hice. Muchas veces. —Ante mi grito de sorpresa, ella se ríe—. Me quedé en tu patio trasero muchas veces, solo para verte prepararte para irte a la cama o al trabajo.

Creo que no la he oído bien.

—¿De verdad? —Todos estos años preguntándome dónde estaba, ¿y Daisy ha estado aquí, conmigo, todo este tiempo? No sé si estoy enfadado o conmovido.

—Entonces debes de haber visto al novio de Wyatt un par de veces —bromea Owen mientras él y Drake se unen a nosotros. Echa un vistazo al desconocido que está a nuestros pies, pero lo ignora rápidamente.

Daisy asiente.

—Lo vi.

Siento cómo se me enrojecen las mejillas mientras intento recordar todas las veces que Brett y yo nos hemos enrollado en mi habitación. ¿Cuántas veces ha estado Daisy allí, mirando?

—No era mi novio. Solo un… ah, amigo. En todo caso, es un *exnovio* —corrijo apresuradamente—. Sabes que es de mala educación acosar a la gente, Daze.

Ella se ríe, imperturbable.

—Podrías haberme acosado a mí, Daisy, no me habría importado —le asegura Owen mientras se agacha junto a este tipo—. De todos modos, ¿quién...?

—Los he estado observando *a todos* desde lejos durante un tiempo.

Todos se vuelven para mirarla. Owen se pone de pie lentamente, sacudiendo su cabeza de un lado a otro.

—¿Qué? —pregunta.

Daisy se ríe.

—Sí. Los he estado observando a todos. —Mira a Kingston, que está tan cerca que prácticamente parece una extensión de ella.

—Me quedaba bajo la sombra de ese roble mientras a ti y a los demás pacientes los dejaban salir al aire libre. —Echa un vistazo a Owen.

—Hace poco has abierto una pequeña empresa tecnológica en Greenwich, llamada Bitez, justo enfrente de una panadería que hace los croissants de

chocolate más apetitosos. —Por fin, mira a Drake.

—Y tú… tú vives en una pequeña cabaña a las afueras de Anchorage. A una pequeña manada de alces les gusta cruzar por tu patio trasero. No son muy amigables. Y hay una preciosa colcha con un estampado de margaritas sobre el sillón reclinable.

Ninguno de nosotros dice nada. Todos nos limitamos a mirarla fijamente. La chica a la que queríamos, a la que todos creíamos muerta, había estado viva todo este tiempo y simplemente nos había estado observando desde la distancia.

Drake se atraganta e intenta aclarar su voz, pero tarda un minuto en poder articular palabra.

—¿Por qué no…? —No consigue terminar la pregunta que todos queremos saber.

—No pude, Dre. —La alegría en la voz de Daisy se desvanece—. No estaba… No estaba preparada.

Kingston levanta su mano y la agarra por la nuca. El gesto parece tranquilizarla, porque respira hondo y continúa:

—Cuando escapé del Carnicero, no estaba en un buen momento. Esas primeras cartas que les envié podrían haber sido un galimatías, por lo que sé. Ni siquiera sé cómo conseguí localízarlos cuando estaba tan... —Niega con la cabeza y se encoge de hombros—... perdida. Cuando las cosas mejoraron, aquí arriba... —se da un golpecito en la cabeza—. … y necesitaba un respiro de tanto planear, venía a ver a alguno de ustedes. Los observaba desde lejos, viviendo a través de ustedes. O, en tu caso… —se vuelve hacia Kingston—… enviándote toda la esperanza que podía reunir.

Rodeo al hombre que yace en el suelo, que empieza a retorcerse, para acercarme a Daisy. Cuando me detengo ante ella, le cojo la mano y la miro fijamente a los ojos ocultos tras la máscara. La marea creciente de emociones, ardiendo en mi pecho más caliente que la roca fundida, me dificulta encontrar las palabras que quiero, pero al final caen en mi lengua y les doy vida.

—Lo entiendo. Me alegro de que pudieras encontrar consuelo cerca de nosotros, si no con nosotros. Quizá fue tu presencia la que mantuvo vivos tu recuerdo y mi amor por ti. —Me subo la máscara y luego le subo la suya

también para poder verla—. Porque te he amado todo este tiempo y seguiré haciéndolo hasta que mi corazón no sea más que cenizas y mi alma se haya marchitado.

Me inclino y la beso. Es un beso rápido. Sé que si me dejo llevar, si cedo al hambre, la desesperación, el dolor y la alegría que se retuercen en mi pecho, no podré parar hasta haberme hundido profundamente en su interior. Por desgracia, ahora mismo no tenemos tiempo para eso. Con un suspiro a regañadientes, me aparto.

Daisy parpadea. El color se acumula bajo su bonita piel morena. Joder, parece casi aturdida. Mi agarre se tensa mientras le cojo la mano y me obligo a centrarme en lo que tenemos entre manos.

Mirando al hombre a nuestros pies, pregunto:

—Bueno, ¿qué hacemos con este chico?

Daisy sigue mi mirada. Hay una breve pausa antes de que responda:

—Vamos a sacrificarlo a Lilith.

OceanofPDF.com

Veinte



—Lo siento, creo que te he entendido mal —dice Owen, sacudiendo su cabeza—. ¿Has dicho *sacrifico*?

Daisy asiente.

—Llévenlo al altar mientras yo preparo todo lo demás. Se los explicaré mientras trabajo.

Veo cómo Kingston y Wyatt sueltan a Daisy, a quien sujetaban con fuerza, dispuestos a hacer lo que ella les pide. Una punzada de celos me retuerce el pecho antes de que la acalle. Wyatt y Kingston nunca han sido de los que se resisten a ir por lo que quieren. Por supuesto que van a reclamar lo que les corresponde ahora que Daisy ha vuelto. No era ciego ante lo enamorados que estaban de ella cuando éramos más jóvenes. ¿Cómo podría culparlos cuando yo mismo estaba, y sigo estando, completamente obsesionado con Daisy?

Pero ella dijo que nos quería a todos, y que me parta un rayo si no le demuestro a Daisy que es mía tanto como lo es de ellos.

Me acerco y agarro al hombre por las axilas. Mientras yo me encargo de la parte de arriba, Wyatt y Kingston se hacen cargo de la de abajo. El chico pesa una tonelada. ¿Cómo se las arreglaron Daisy y Kingston para traerlo

hasta aquí ellos solos? Supongo que arrastrándolo, pero eso les habría llevado todo el día.

Supongo que tenían tiempo.

Los tres juntos tumbamos al hombre sobre el altar de piedra. La víctima de Daisy parece haberse recuperado lo suficiente como para darse cuenta de que está en peligro, porque en cuanto su espalda toca la piedra fría, empieza a forcejear. Es un forcejeo desordenado de sus brazos y piernas atados, y resulta patéticamente lento.

—Como les dije anoche, la secta de Briar Glen adora a lo que ellos creen que es una deidad llamada Zarzuz. —Daisy se acerca a una mochila y empieza a sacar cosas de ella—. Cuenta la historia que Zarzuz era un dios en ascenso que cayó de los cielos junto a Lucifer. Lucifer borró a Zarzuz de la historia, sabiendo que si tenía adoradores, Zarzuz podría hacerse lo suficientemente fuerte como para arrebatarle su trono en el infierno. Utilizo a Lilith para vigilar a Zarzuz, otorgándole poderes que le ayudan a someter al semidiós incomprendido.

—Bueno, hace un siglo, una luna de sangre se alzó en el cielo justo cuando un hombre buscaba respuestas de un ser divino. Se adentró en el universo, ofreciendo su alma a cambio de guía y poder. De alguna manera, la luna de sangre llevó su súplica al inframundo, donde Zarzuz escuchó y respondió a la llamada. Ese hombre resultó ser Lionel Winslow.

Trago saliva y aparto la mirada de su rostro. La vergüenza y el arrepentimiento son como un yeso duro que me aprieta el corazón. No debería conocer esta historia. Si mis padres hubieran sido *normales,* todo esto sería nuevo para mí.

Pero no lo eran y esto no lo es.

—*No* —gime el hombre en el altar—. ¡No se merecen saber nada de nuestro Señor! Zorra. El Carnicero debería haberte matado.

Aprieto los puños a los lados.

—Cállate.

—A Lionel se le concedieron riquezas y longevidad —continúa Daisy, ignorando la breve interrupción mientras se acerca a nosotros con los brazos cargados de objetos. Con cuidado, coloca un cuenco, un molinillo y unas hierbas sobre la superficie plana de piedra y se pone manos a la obra

echando las hojas secas en el cuenco—. A cambio de concederle tales dones, Zarzuz le dijo a Lionel que debía difundir la palabra de su existencia. Con el poder de la oración otorgándole fuerza, Zarzuz prometió que podría hacer mucho por aquellos que lo amaban. Lionel accedió encantado, difundiendo la noticia de este nuevo dios por todo Briar Glen. Así comenzó la historia de los Zarazuzians.

—¡No, no, no! —gritó el hombre.

Daisy saca unas cerillas de su bolsillo trasero y se las da a Owen.

—Enciende las antorchas tiki, por favor.

Owen las coge sin decir nada y se dispone a hacer lo que le han pedido.

—Como sumo sacerdote, o la voz de Zarzuz, Lionel transmitió muchos mensajes de su amado dios. Uno de ellos era que Zarzuz quería más de sus seguidores. Otro era que las oraciones y las donaciones estaban bien, pero que si querían ser verdaderamente bendecidos, debían ofrecer a Zarzuz algo mucho más valioso que su tiempo o sus ahorros. A aquellos que deseaban bendiciones eternas se les exigía ofrecer sangre. Así comenzó la práctica de los sacrificios humanos en Briar Glen.

—¡Cállate! ¡Zorra, zorra, zorra! —grita el hombre. Sus movimientos se vuelven cada vez más fuertes. Sea lo que sea con lo que Daisy lo haya drogado, sin duda está dejando de hacer efecto.

Daisy se quita sus vaqueros.

—¡Daisy! ¿Qué estás haciendo? —jadea Owen.

Ella le guiña un ojo mientras los deja en un montón a los pies de sus botas. Devoro con la mirada sus piernas desnudas y su tanga de algodón como un hombre hambriento.

Daisy se sube al altar de piedra plana y luego se quita su camiseta. Todo mi cuerpo se paraliza de horror al ver las gruesas cicatrices que desfiguran su piel. Es el mismo símbolo que el de la lápida de anoche. El signo de Zarzuz. Mientras lo miro fijamente, Daisy lanza la camiseta hacia atrás, donde cae al suelo y queda inmediatamente olvidada. Erguida, vestida solo con el tanga y un sujetador fino, mira fijamente al hombre que tiene delante.

—¿Estás listo, Jeff?

El hombre, Jeff, intenta escupirle. Su escupitajo sale disparado, pero vuelve a caer y le da en la cara. Con una risa, Daisy se arrodilla y se sienta a

horcajadas sobre él. Jeff se resiste con más fuerza. Cuando casi la tira de encima, doy un paso adelante y le doy un puñetazo en la mejilla.

—*Oh* —gime, desplomándose.

Superando mi sorpresa por la runa que tiene en su piel, alargo la mano y ayudo a Daisy a mantenerse firme, mientras ella se acomoda en su regazo.

—Gracias. —Daisy coge su cuenco y se vuelve hacia Owen—. Enciende una cerilla y tírala aquí, por favor. Kingston, ¿tienes la cámara?

Echo un vistazo a King y veo cómo se acerca, levantando una Polaroid. Dios, ¿dónde se encuentran esas cosas hoy en día? Se ha subido la máscara hasta que le queda sobre la cabeza y tiene los ojos fijos en Daisy. Su mirada no se ha apartado de su cara ni una sola vez esta noche, ni siquiera cuando salimos del bosque. Y se queda aún más cerca que el resto de nosotros.

El chico está muy enamorado.

Al otro lado de Daisy, Owen se acerca y enciende las hierbas de su cuenco. No tarda mucho en llenar nuestro pequeño espacio el olor a salvia, lavanda y otras hierbas que no sé identificar.

—Los sacrificios de niños continuaron hasta que yo nací —continúa Daisy tras un momento.

—¿Por qué pararon? —pregunta Wyatt en voz baja, absorto en la historia.

No quiero oírla decirlo. Esas palabras no deberían salir de su boca.

—Porque había surgido un sacrificio mayor —respondo, sorprendiendo a todos—. Zarzuz había predicho que su novia llegaría la noche de la luna de sangre, el decimotercer día del mes de la cosecha, cien años después de su primer contacto con Lionel. Y cuando Daisy nació...

—... nació un viernes 13 de octubre —termina Wyatt, atando cabos él mismo.

Asintiendo, añado:

—Daisy era la Elegida de Zarzuz.

Los ojos de Daisy se posan en mí, y la sorpresa ilumina su rostro.

—¿Cómo demonios lo sabes, Dre? —pregunta Wyatt con brusquedad.

No puedo apartar la mirada del rostro de Daisy mientras la luz empieza a atenuarse y la desconfianza se apodera de su hermoso rostro. Para que no se quede con esa sensación, respondo rápidamente.

—Mis padres formaban parte de la secta. Cuando me enfrenté a ellos aquella noche después de que te cayeras, mi madre me lo contó todo. —Reprimo un sobresalto mientras los gritos de sorpresa salpican el claro.

Daisy no se sorprende. Mantiene mi mirada, con una expresión que se apaga por completo. Se me sube el corazón a la garganta.

¡No! No puede alejarse de mí. No ahora que acabo de recuperarla. *Nunca*.

—No lo sabía hasta entonces, te lo juro. —Dios, espero que pueda sentir mi sinceridad. Me subo la máscara y la miro fijamente a la cara—. Mis padres no estaban allí esa noche, pero sabían lo que iba a pasar. Se enfadaron porque interrumpí la ceremonia. Juntos, mi madre y mi padre me pegaron durante días, y esos golpes empeoraron cuando intenté contarles a otros adultos lo que había pasado. Los cuatro acudimos a todo el mundo a quien pudimos, pero nadie nos escuchó...

—Eso es porque todos lo sabían —interviene Jeff con voz ronca, interrumpiéndome—. Más de la mitad del pueblo son seguidores del Poderoso Zarzuz. Nadie debía hablar de la Elegida.

Eso explica muchas cosas. Wyatt y Owen miran a Jeff con ira, pero Kingston y Daisy mantienen su atención en mí.

—Intenté luchar por la justicia, Daisy. De verdad que lo intenté. Y nunca habría parado, pero mis padres decidieron callarme. No fue tan dramático como lo que Francis le hizo a King, pero fue efectivo. Me sacaron del colegio, me metieron en ese estúpido armario debajo de las escaleras y me tuvieron allí encerrado durante un año. —Trago saliva con dificultad al recordar el miedo y la soledad que sentí en ese espacio minúsculo—. Cuando digo que no me dejaban salir, lo digo en serio. Me dieron un cubo para mear, me daban gachas cuando les apetecía y siguieron pegándome hasta que *al final* cedí y prometí no decir nada de nada. Probablemente me habrían tenido allí hasta los dieciocho, pero entonces murió mi padre y creo que mi madre estaba lista para centrarse en otras cosas.

Wyatt y Owen se quedan boquiabiertos. Kingston no dice nada y Daisy… Frunce el ceño.

—Debería haber seguido luchando, pero tú te habías ido y yo… Lo único que quería era salir de ese maldito armario y, con el tiempo, de Briar Glen. —La vergüenza hace que mis palabras salgan entrecortadas. Siento un

cosquilleo de tensión en el pecho mientras las emociones de mi pasado intentan aflorar.

Daisy asiente lentamente, apartando por fin la mirada de mi rostro. Aunque no lleva puesta su máscara, no consigo descifrar lo que está pensando. Eso me deja inquieto y desorientado.

—Bien, creo que lo entiendo todo —dice Owen con cautela tras un tenso silencio—. ¿Y qué hacemos aquí esta noche? ¿Sacrificar a este chico en nombre de Zarzuz en tu lugar o algo así?

Daisy no responde de inmediato. Su mirada está fija en Jeff, que gime y llora en voz baja. Kingston le da un apretón en la pierna. Ella se estremece al sentirlo. Kingston no la suelta y, al cabo de un segundo, Daisy se relaja.

Se lame su labio inferior antes de responder.

—Jeff será sacrificado a la enemiga de Zarzuz: Lilith.

Jeff jadea horrorizado. El sonido hace que Daisy se ría entre dientes.

—Los Zarzuzians creen que ella es su enemiga mortal. Que lo único que se interpone entre Zarzuz y ellos es ella. Así que pensé: ¿por qué no seguirles el juego con su estúpida ideología?

Wyatt suelta una risa de sorpresa.

—Ahora entiendo por qué grabaste su nombre en el centro de la ciudad. El enemigo de los Zarzuzians está entre ellos.

—Pero eso no explica quién es este —digo señalando con la cabeza al hombre que está debajo de ella y que vuelve a forcejear frenéticamente.

—El Sumo Sacerdote tiene cuatro Sacerdotes Benditos a sus órdenes que le ayudan a dirigir la secta. Jeff Herring, este de aquí, es el hijo de George Herring, uno de los líderes designados. Sin que nadie más lo supiera, Jeff también era amigo del Carnicero de Briar Glen. Venía de visita de vez en cuando y usaba la casa del Carnicero como su propio patio de recreo para juegos dementes. —Levantándose su máscara para que él pueda verla, le pregunta—: ¿Reconoces alguno de los nombres de estas mujeres? Deberías, ya que les ayudaste *a seguir* desaparecidas.

—No eran nadie...

—No, no —le interrumpe ella—. No malgastes tus últimas palabras en menospreciar a estas mujeres. —Sacudiendo la cabeza, nos mira a todos y

continúa—. Lo que tengo planeado para Briar Glen es a la vez peligroso y hermoso. Se derrumbará sobre sí mismo para cuando haya terminado. Para asegurarme de que Briar Glen no pueda reconstruirse, iré por todos y cada uno de los Sacerdotes Benditos hasta que solo quede su Sumo Sacerdote, y entonces también lo mataré. El alcalde Tobias fue el primero, George es el siguiente. Usar a Jeff tiene un doble objetivo: me vengo de las mujeres a las que él hizo daño, *y* a George Herring le arrebatara su único hijo el propio enemigo de Zarzuz.

Kingston niega con su cabeza una vez.

—*Quieres decir nosotros*.

—King tiene razón. Ahora nos tienes a nosotros. —Asiento con la cabeza.

—Mi padre te matará —gruñe Jeff.

—Lo dudo mucho —dice Daisy encogiéndose de hombros—. Él es el siguiente, así que no estarás solo en el infierno por mucho tiempo.

—¡Que te jodan!

—¿Cortarle la cabeza a la serpiente y armar un poco de jaleo en Briar Glen? Creo que es factible —dice Wyatt, llamando su atención—. Es lo justo, ya que intentaron separarnos.

Owen suelta una risa temblorosa.

—Justo, y un poco loco. Lo que necesites, Daisy, solo tienes que pedirlo.

Daisy asiente antes de volver a colocarse la máscara. Gira la cabeza hacia mí y levanta su mano para alcanzarme.

—Ven a ayudarme, entonces.

Me pongo en marcha antes de que termine de hablar. Su mano me ayuda a subir al altar.

—Siéntate detrás de mí y ayúdame a enviar un mensaje. Quizá, si tenemos suerte y ella existe, Lilith nos bendiga con la fuerza necesaria para llevar a cabo mi plan —dice mientras me coloco a horcajadas sobre las piernas de Jeff, justo detrás de ella. Respiro temblorosamente al darme cuenta de lo perfectamente que encajan sus caderas contra mi pelvis. Con ambas manos, levanta el cuchillo de caza por encima de su cabeza—. Drake, pon tus manos sobre las mías, por favor. Vamos a apuntar directamente al corazón. Necesitaremos bastante fuerza.

Hace unos años que no mato a nadie. Mi corazón late con fuerza contra mi caja torácica mientras una excitación enfermiza recorre mis venas. El placer absoluto que ilumina mi interior no es bueno para nadie. Me cuesta apagar esta parte peligrosa de mí cuando estoy solo. Pero ¿tener a Daisy, la mujer que he deseado durante todos estos años, incitándome mientras está en mis brazos? Oh, a este paso podría convertirme en un hombre muy trastornado, pero feliz.

Alzo la mano, lo cual no es muy difícil teniendo en cuenta lo bajita que es ella, y dejo que mis manos cubran las suyas y la empuñadura del cuchillo por completo.

—No te saldrás con la tuya. ¡Te matarán! Te van a matar, joder —gime Jeff, con lágrimas resbalando por su cara hinchada.

—Jeff, si pudieras mirar a la cámara y decir "patata", te lo agradecería. —El cuerpo de Daisy tiembla mientras se ríe—. Para el resto de ustedes, vuelvan a ponerse las máscaras.

Rápidamente, me vuelvo a poner la máscara mientras Kingston levanta la cámara. Justo cuando mis manos vuelven a envolver las de Daisy, se oye el flash de la Polaroid. Debe de ser la señal de Daisy, porque se mueve.

Siento el tirón cuando sus manos se mueven para clavar el cuchillo hacia abajo. Moviéndome con ella, juntos hundimos el cuchillo profundamente en el pecho de Jeff. Su grito de dolor se apaga en un jadeo. Se retuerce un par de veces debajo de nosotros mientras se ahoga con la sangre. Miro fijamente el rostro de Jeff con asombro por encima del hombro de Daisy. Una sonrisa enfermiza me dibuja una curva en los labios. Este hombre hizo daño a otros... ¿cómo podría siquiera plantearme sentir pena por él?

Hay dos destellos más de luz mientras Kingston saca fotos.

Contra mí, la espalda de Daisy vuelve a temblar mientras se ríe a carcajadas. Sonrío ante su crueldad. Se ha vuelto loca en su ausencia. Pero supongo que si vamos a detener a todo un pueblo, un poco de locura es justo lo que vamos a necesitar.

—¿Sabes una cosa? —pregunta Owen, observando de cerca—. Se supone que Lilith es la Madre de los Demonios, lo que significa que ella los gobierna. Acuden en masa a ella cuando los llama y hacen lo que ella les ordena.

Wyatt no aparta la mirada del hombre que está debajo de nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Daisy es *nuestra* Lilith. Nosotros somos tus demonios, Daisy. —Se ríe Owen—. Nos has invocado para que te ayudemos y aquí estamos, listos para hacer lo que necesites de nosotros.

En mis brazos, el cuerpo de Daisy se relaja.

—¿Mis demonios? —pregunta ella, ladeando la cabeza mientras lo piensa. Al cabo de un momento, su cuerpo vuelve a temblar y una sonrisa se dibuja en sus labios—. Me encanta eso.

—Seremos los peores —le susurro al oído. Sin soltar sus manos, giro la hoja en el pecho de Jeff. El flash de la cámara se dispara una vez más—. Asegúrate siempre de que estén muertos.

—Por supuesto. —No puedo ver sus ojos, pero sé que los está poniendo en blanco.

Mi sonrisa surge con facilidad. Aflojando el agarre sobre la hoja, miro a los demás. Mis ojos se detienen en Wyatt, que se está acercando poco a poco a Jeff. Está mirando el cadáver con intensidad y claramente con una erección. Mi sonrisa se convierte en una mueca:

—Owen, mantén a Wyatt alejado.

Wyatt me mira y ladea la cabeza enmascarada:

—¿Qué? ¿Por qué?

Owen lo agarra por la espalda de la chaqueta y se lo lleva tirando de él, riéndose.

—¿De verdad tienes que preguntarlo?

—¿Qué pasa? ¿Es que Wy es aprensivo? —pregunta Daisy, volviéndose para mirarme por encima del hombro.

Sonrío detrás de mi máscara.

—Hace poco hemos descubierto que a Wyatt le gustan *demasiado* los cadáveres.

—No hay nada de malo en interesarse por la muerte.

—No, no hay nada de malo en ello. —Asiento con la cabeza, aunque ella no pueda verlo—. Pero si no quieres que su ADN se esparza por todo ese cadáver, mantenerlo alejado de los muertos debería ser tu prioridad.

—¿De qué estás hablando, Dre?

—A ese demonio en concreto le excitan los muertos.

Hay una pausa mientras Daisy procesa esta información. Es breve. Echa su cabeza hacia atrás, golpeándome el pecho, mientras estalla en una carcajada desenfrenada.

—Wyatt, te conseguiré un cadáver para que te lo folles. ¡Pero no puede ser este! —grita mientras Owen se lo lleva más lejos.

Wyatt balbucea tan descontroladamente como lo hizo esta mañana cuando descubrimos su pequeño fetiche, lo que solo me hace reír aún más.

—Bien, terminemos aquí. Drake, Kingston, ¿me ayudan a pintarme el cuerpo con la sangre de Jeff?

No hay nada que pudiera prepararme para la reacción de mi cuerpo ante sus palabras. Mi polla se pone dura más rápido de lo que jamás creí posible, mientras el aire se me escapa de golpe. Me echo hacia atrás, deseando con todas mis fuerzas que Daisy no se haya dado cuenta de cómo mi polla intentaba clavarse en su culo. Tragando saliva con dificultad, consigo soltar con un gruñido:

—No hace falta que me lo repitas.

OceanofPDF.com

Veintiuno



Esconder mi coche y volver a Briar Glen en la parte trasera de la pequeña camioneta de Drake lleva tiempo. Mucho tiempo.

Sin embargo, con la adrenalina de una presa recién cazada, el cansancio no me pilla hasta que llegamos a la casa de Wyatt varias horas después. Tras una breve pelea sobre quién se asearía primero, me empujan al baño de invitados y a King lo llevan, supongo, al de la habitación de Wyatt. Sé que debería sentirme aliviada al ver la ducha. Podré quitarme la sangre de Jeff junto con todo el sudor y la suciedad del día. ¿Jabón, agua caliente y una presión de agua más fuerte que un desagüe? Debería estar encantada.

Sin embargo, me quedo simplemente mirándola.

Supongo que tardo demasiado en moverme porque sigo de pie al otro lado de la puerta cuando llaman. Como no respondo, la abren un poco.

—¿Daisy?

—¿Sí? —La única palabra me sale temblorosa. Wyatt debe de haberlo oído, porque hay un momento de vacilación antes de que la puerta se abra del todo y se cuele en el baño para reunirse conmigo. La puerta se cierra con un clic detrás de él. Wyatt me echa un vistazo antes de dirigirse hacia la cabina de ducha. Se inclina, abre el grifo y luego se gira a medias.

—Te tengo, Daisy. Ven aquí.

Me tiembla el labio inferior mientras la tensión en mi pecho se alivia. Es una reacción tan estúpida, pero el hecho de que otra persona haya dado el primer paso hace que el resto del proceso sea más factible. Apretando la mandíbula para contener las emociones, doy un paso adelante. La mano de Wyatt me rodea la muñeca, deteniendo de hecho mi breve camino hacia su ducha, y me atrae hacia su pecho. Cuando levanto la vista, lo veo frunciendo el ceño mientras me mira.

—¿Estás bien? —Sus ojos verde musgo me escudriñan el rostro mientras frunce el ceño.

¿Que si estoy *bien*? ¿Estoy *bien*? Claro, supongo, físicamente. ¿Pero mentalmente? ¿Emocionalmente? No, no, no estoy *bien*. Estar rodeada de mis chicos otra vez ha hecho que respirar sea, de alguna manera, más fácil y más difícil a la vez.

—Ya no estoy sola —susurro, sabiendo que él no lo entenderá—. Y me alegro. Pero no estoy acostumbrada a… a *esto.* —Acaricio su camiseta con la cara—. Es demasiado. Es abrumador.

Hay una pausa antes de que, de repente, Wyatt me apriete contra su cuerpo. Cualquier respiración, ya sea difícil o fácil, se detiene por completo.

—Dios, no puedo *imaginar* lo sola que has estado todos estos años ni cómo debe de ser estar rodeada de gente durante un tiempo, pero, Dios, Daisy. Tendrás que acostumbrarte a esto, a nosotros. No nos vamos a ir a ninguna parte —me dice al oído antes de darme un beso en la coronilla.

Envuelvo mis brazos alrededor de su cuerpo y le devuelvo el abrazo a Wyatt, sin importarme que me esté aplastando hasta matarme. Mi aislamiento fue esencial no solo para mi supervivencia, sino también para la de los demás, después de escapar del Carnicero. Incluso cuando las cosas empezaron a mejorar, no me quedé con demasiada gente. El aislamiento era a la vez necesario y deprimente.

Wyatt afloja el abrazo con un suspiro y da un paso atrás para poder mirarme de nuevo.

—¿Cómo es posible que alguien pueda estar aún más guapa con la cara manchada de sangre? —pregunta, esbozando una media sonrisa.

Resoplo, sintiendo cómo se me calienta la cara mientras aparto la mirada.

—Te estoy gastando el agua caliente.

Wyatt resopla.

—Sobreviviré, y los demás también.

Da un paso hacia un lado, dirigiéndose a la puerta. En cuanto lo hace, siento que la inquietud vuelve a invadirme en oleadas abrumadoras.

—¡Espera! —Extiendo la mano a medias para agarrarlo, pero me detengo y dejo caer la mano y la mirada. Me arde la cara de vergüenza. ¿Por qué me cuesta tanto algo tan sencillo?

Hay una pausa antes de que sus pies aparezcan en mi campo de visión.

—Daisy, ¿quieres que me quede?

Tragándome lo estúpida que me siento, asiento con la cabeza.

—Sí, por favor.

—De acuerdo, estaré aquí mismo. —La paciencia en su voz me hace llorar —. Me daré la vuelta para que puedas...

Suelto una risa cansada, mirándolo.

—Wy, me has visto prácticamente desnuda antes de que matara a alguien esta noche. No me he vuelto más pudorosa desde entonces.

Él sonríe antes de recostarse contra la encimera. Respiro hondo y empiezo a desvestirme. No llego muy lejos. Al quitarme la camiseta, tropiezo porque el cansancio me marea.

—Eh, espera. —Wyatt me agarra del codo—. Ven, déjame a mí.

Agarra el dobladillo de mi camiseta y me la quita por la cabeza con un tirón suave. Agradezco que no mencione la gran cicatriz que tengo en el cuerpo. Ni siquiera la mira. Debe de haberla visto bien antes. Me relajo mientras me quita el bralette. Wyatt se arrodilla y agarra el botón de mis vaqueros. Verlo de rodillas me hace algo. Un escalofrío de conciencia atraviesa mi fatiga. En lugar de usar sus hombros para mantener el equilibrio, mis dedos se dirigen a su pelo, donde se hunden.

Las manos de Wyatt se detienen y mis vaqueros quedan suspendidos a la altura de mis rodillas. Me mira lentamente, con la mandíbula apretada y sus ojos verdes en llamas, parece tan hambriento como me siento yo. Joder, esto no es lo que deberíamos estar haciendo. Por mucho que quiera explorar esta posibilidad con Wyatt, no quiero aprovecharme. Él solo está intentando ayudarme, no seducirme.

Me chupo los labios nerviosamente y aparto las manos.

—Lo siento.

Su nariz se dilata antes de volver a la tarea que tiene entre manos y bajarme los pantalones hasta el suelo. Salgo de ellos y luego me quito la ropa interior.

—Vamos —me ordena, tirándome de la mano hacia el agua humeante. Me ayuda a entrar y luego suelta mi mano para cerrar la puerta.

En cuanto me golpea el agua caliente, gimo. ¿Cómo he podido vivir sin esto durante tanto tiempo? La presión del agua de Wyatt está ajustada de tal manera que parece que estoy bajo una cascada. ¿Y el calor? Es abrasador. ¿Podrá quemar el pasado? ¿Borrar las pesadillas entretejidas en mi psique? Cierro los ojos e inclino la cabeza hacia el agua.

Un segundo después, la puerta de cristal se abre y me golpea una ráfaga de aire frío. Cuando saco la cabeza de debajo del chorro de agua, Wyatt entra en la ducha conmigo. Me muerdo el labio inferior para no soltar un grito ahogado. Wyatt siempre ha sido delgado, pero su cuerpo está más musculoso de lo que pensaba. Tiene los brazos tonificados, al igual que las piernas. Su pecho está bien definido y hay un fino rastro de vello castaño claro que parte de su ombligo y baja hasta unirse al vello que rodea su erección, pero, aparte de eso, su cuerpo es liso y sin vello.

Y esa erección… Su polla está llena de venas, roja y apuntando hacia mí. Me muero de ganas de alargar la mano y rodearla con ella. En lugar de eso, levanto la vista y me encuentro con su mirada.

—Por si no te lo han dicho últimamente, estás guapísimo, Wy.

Wyatt se ríe entre dientes.

—Date la vuelta, Daisy, antes de que se me suba a la cabeza.

Hago lo que me dice con una risita.

—Voy a empezar por tu pelo, ¿vale? —dice, y se oye el sonido de una botella al abrirse. Asiento con la cabeza.

Sus dedos se sumergen en mi pelo, empezando por el cuero cabelludo. Gimo cuando sus uñas cortas me rozan suavemente la raíz del pelo. Wyatt se toma su tiempo lavándome el pelo con champú y acondicionador. O estoy muy sucia, o simplemente está disfrutando con la tarea. No sabría

decirlo. No importa. Me encanta la magia que está creando, y no quiero que se acabe nunca.

Mientras me desenreda el pelo, los músculos de mi cuerpo empiezan a relajarse. Alzo las manos y las apoyo en la pared de la ducha mientras los nudos que ni siquiera sabía que tenía por todo el cuerpo empiezan a aflojarse. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí lo suficientemente segura como para relajarme? No es que esté necesariamente a salvo aquí, en casa de Wyatt. Estoy segura de que hay vecinos observando cada uno de sus movimientos, pero aquí, en la intimidad de su ducha, en presencia de uno de los hombres a los que adoro, me siento segura.

¿Cómo sería estar en los brazos de Wyatt?

Cuando Wyatt termina de enjuagarme el pelo, me lo recoge en un moño y se dispone a coger la esponja. Respiro hondo y me arriesgo a averiguarlo. Me recuesto contra el pecho de Wyatt y le cojo la mano antes de que llegue a la esponja.

—¿Daisy?

Wyatt me deja guiar su mano hacia abajo para que descanse sobre mi bajo vientre.

—¿Me tocarás?

Me falta experiencia en seducción. No ha habido muchos motivos para desarrollar esa habilidad en particular. No ha habido necesidad. Para cuando me apetece tontear, estoy borracha, al igual que mi posible pareja.

Ahora me gustaría haber aprendido un poco. Sobre todo cuando todo el cuerpo de Wyatt se pone rígido y su mano se queda paralizada contra mí.

—*Daisy* —gime Wyatt. Intenta apartarse, pero yo lo abrazo con más fuerza.

—¿Por favor, Wyatt? —Mientras me aprieto contra su pecho, su erección se apoya con firmeza contra mi espalda baja.

Hay una larga pausa. Eso no parece una buena señal. Me muerdo el labio inferior y le aprieto la mano con fuerza.

—Me estás haciendo difícil ser un caballero, Daisy —resopla Wyatt, y de repente su mano se aprieta contra mí por sí sola, en lugar de que sea yo quien lo sujete ahí.

No voy a volver a preguntarlo. Por muy desesperada que esté por saciar el hambre primitiva que se retuerce dentro de mí con uno de los chicos a los que he amado durante tanto tiempo, no quiero arruinar lo que tenemos. Si la amistad es todo lo que puede ofrecerme, lo aceptaré encantada.

—Tengo un apetito voraz, Daisy —me susurra Wyatt al oído antes de darme un pequeño mordisco en la punta, lo que me sobresalta—. Quiero ciertas cosas y… no quiero hacerte daño.

¿Ciertas cosas? Frunzo el ceño, recordando la conversación de antes.

—Ah, ya veo. ¿Quieres que me haga la muerta o algo así? ¿Eso ayudaría?

Wyatt aspira aire bruscamente.

—¡No! No es eso. *Ese* interés en particular es algo puntual. En realidad nunca he hecho nada con una, eh, bueno, ya sabes. —Su suave risa tiene un toque de ironía.

—Es solo que… —Su mano se desliza por su cuenta y me acaricia el monte de Venus—. Te he deseado durante tanto tiempo y hay tantas cosas que quiero hacer, pero estás cansada, Daisy. ¿Te das cuenta siquiera de que estás temblando?

—No es por estar cansada.

La mano de Wyatt se desliza más entre mis piernas, sus dedos se mueven por mis pliegues. Ambos jadeamos.

—Joder, Daisy, estás tan resbaladiza. Tan mojada —su boca se desliza lentamente arriba y abajo por mi cuello. Abro más las piernas para él. Él se ríe entre dientes, su pecho temblando contra mi espalda—. Mírate, abriéndote para mí como una flor. ¿Estás segura de que quieres esto? He *soñado* con esto desde que éramos jóvenes... tú temblando contra mí.

Dos de sus dedos se deslizan dentro de mi coño mientras su palma presiona mi clítoris. Gimo. Un fuerte escalofrío me recorre el cuerpo a pesar del agua caliente que cae sobre mí.

—Dímelo, Daisy. Necesito oír que estás absolutamente segura —insiste Wyatt, con su mano paralizada—. Porque si hacemos esto, no habrá fin a la vista. Nunca terminaré contigo. ¿Me oyes?

Aprieto los ojos con fuerza, apagando con cuidado la salvaje ráfaga de esperanza de un futuro feliz que estalla en mi pecho. Habrá un final, tarde o temprano. ¿Pero hasta entonces? Puedo darle eso a Wyatt.

—Sí, te oigo. Por favor, Wy, tócame.

Él gime en mi oído.

—Por favor, ¿eh?

Sus dedos empiezan a entrar y salir de mí, con la palma presionando contra mi clítoris mientras lo hace. Suelto un suspiro entrecortado que enseguida me trago cuando su otra mano sube para acariciar y pellizcar mi pezón izquierdo. Al mismo tiempo, Wyatt me va dando besos delicados por el cuello. Me apoyo más contra él. No parece importarle. Estiro un brazo hacia atrás, lo enrosco alrededor de su cuello y suspiro mientras me folla con los dedos.

—¿Puedes abrir un poco más las piernas, florecita? —Lo hago y él murmura de aprobación—. Buena chica.

Como recompensa, introduce un tercer dedo. Incapaz de contenerme, mis caderas se mueven al ritmo de su mano.

—Sabía que te mojarías por mí si alguna vez tenía esta oportunidad contigo —murmura entre besos—. Pero apenas te he tocado y tu cuerpo se derrite alrededor de mi mano. Es mejor que cualquier fantasía que solía tener de nosotros dos solos.

Reuniendo fuerzas para hablar, susurro:

—¿Pensabas en mí así a menudo?

Puedo sentir su murmullo mientras sus labios vibran suavemente contra mi piel a lo largo de mi hombro.

—Todo el tiempo. En mis sueños, eras mía para hacer lo que quisiera contigo, y eras una florecita buena, aceptándolo con naturalidad. —Me pellizca el pezón con fuerza, haciéndome jadear—. Me pregunto si serás igual de dócil en la vida real. ¿Me dejarías jugar con tus pétalos, arrancarlos hasta que grites? ¿Hasta dónde me dejarías llegar, florecita bonita?

—Tan lejos como tú quisieras —susurro mientras la tensión se acumula entre mis piernas.

—¿De verdad? ¿O solo me estás diciendo lo que quiero oír?

—Sí, lo que tú quisieras, Wy.

Su murmullo de aprobación vibra por su brazo.

—Qué flor tan generosa.

El pulgar de Wyatt roza mi clítoris, rodeándolo suavemente. Esa estimulación es todo lo que necesito para que mi cuerpo se derrumbe. Grito suavemente mientras una corriente eléctrica recorre mis venas. No hay quien pare mis caderas, que se sacuden contra la mano de Wyatt. Mi brazo, que rodea su cuello, se estira para volver a apoyarme contra la pared mientras jadeo tras el orgasmo.

—G-gracias —balbuceo.

Wyatt retira la mano de entre mis piernas, solo para poder apoyar ambas en mis caderas y girarme para que lo mire.

—¿Gracias? ¿Por qué? ¿Por cuidar de mi flor? —Antes de que pueda responder, los labios de Wyatt se estrellan contra los míos. Gimo mientras froto mis caderas contra su erección. Rompe el beso y dice—: ¿Quién dice que hemos terminado?

Se pone de rodillas, sin apartar los ojos de mi cara.

—Necesito saborearte, Daisy. —Acerca mis caderas a su cara y presiona su nariz justo contra mi clítoris. Jadeo cuando inspira profundamente—. Dios mío… —Su voz se apaga mientras inclina la cabeza hacia delante y lame mi excitación. Grito cuando su lengua lame mi centro y luego se desliza hacia arriba para provocar mi clítoris hipersensible.

—¡Wyatt!

Una mano se desliza entre mis piernas y sus dedos se adentran profundamente en mi coño para bombear vigorosamente dentro y fuera de mí. Me recuesto contra la pared y miro al chico convertido en hombre, memorizando este nuevo rostro. Este rostro *guapo* mientras me devora apasionadamente. Lo he observado desde lejos durante años, pero ¿verlo de cerca? Es una experiencia totalmente diferente.

Mi cuerpo tiembla y mis pezones se endurecen mientras el placer vuelve a crecer.

Bajo la mano para pasar mis dedos por su pelo, saboreando la sensación de la lenta ola que se acumula en mi bajo vientre. Tan concentrada estoy en su cara, que no me doy cuenta de dónde ha ido a parar su otra mano hasta que un dedo me penetra el ano.

Todo mi cuerpo se tensa de sorpresa. Wyatt se aparta de mi clítoris, pero sigue metiendo y sacando los dedos dentro de mí.

—Vamos, florecita, ábrete para mí —dice con voz entrecortada—. Sé que puedes hacerlo. Solo respira y relájate. —De rodillas, levanta la vista para mirarme a la cara—. Te quiero toda.

Su dedo sigue acariciándome y explorándome hasta que me relajo lo suficiente como para dejarlo entrar. Cuando por fin se desliza dentro, es… extraño. No es desagradable, pero sí muy diferente.

—Así se hace. Qué buena chica eres, Daisy, obedeciendo tan bien —me elogia Wyatt con una sonrisa sensual—. Ahora necesito que te corras para mí. ¿Puedes hacerlo por mí? Dios, estoy deseando sentir cómo te derrites de nuevo. Cuando te corres, irradias luz, ¿lo sabías? Es como mirar al sol, brillas con tanta intensidad. Estás hecha para que te usen así, ¿lo sabes?

¿De verdad? No estoy tan segura, pero dejo que sus palabras me envuelvan en un capullo de placer y fantasía mientras su boca vuelve a chuparme y a provocarme el clítoris. Con sus dedos entrando y saliendo de mi coño y mi culo, y su boca pegada a mí mientras me lame, no tardo mucho en alcanzar mi segundo orgasmo.

Mis caderas se frotan contra la cara de Wyatt mientras gimo fuerte durante mi orgasmo. Al correrme, miro hacia abajo y veo a Wyatt mirándome fijamente, con sus ojos verdes observando cómo me derrito.

Oh, joder… Un escalofrío recorre todo mi cuerpo y me deja sin la poca energía que me queda. Cuando mis piernas ceden, Wyatt se aparta, me sujeta mientras se pone de pie y me levanta. Instintivamente, enrosco mis piernas alrededor de su cintura. Con un suspiro de satisfacción, me desplomo contra él.

—No, no, no, nada de eso, florecita. Necesito que te corras otra vez para mí —dice Wyatt antes de besarme con pasión.

¿Otra vez? No puedo. Se me cierran los párpados y mi cuerpo está agotado. Wyatt se aparta.

—Puedes darme uno más, sé que puedes. Dime que te vas a correr otra vez, Daisy —insiste mientras me besa el pecho y me mordisquea el pezón.

—Wy, no sé. No creo que...

—Sí que puedes, Daisy. Déjame descubrir tus límites por ti. Déjame deleitarme con tu cuerpo hasta que estés tan abrumada que no sepas ni tu nombre, que solo puedas gritar el mío —me suplica—. Déjame disfrutar de

esos bonitos sonidos que haces. Aún no los he grabado del todo en mi memoria.

Su boca vuelve a mi pezón. Lo provoca con la lengua y lo chupa con fuerza. Se me corta la respiración. Sin darme cuenta, mis caderas se posan sobre su erección y se balancean, provocando la punta de su miembro en mi entrada. Wyatt gime.

—¿Eso es un sí? —insiste, apartando la boca de mi pecho para mirarme con seriedad—. Dime que confías en mí.

Mi respuesta sale sin dudar.

—Sí, confío en ti, Wy.

—Ahí lo tienes, buena chica.

Con un rápido movimiento de caderas, la erección de Wyatt se desliza directamente dentro de mí y sigue entrando. Me pongo rígida de sorpresa mientras se adentra profundamente en mi cuerpo. Mi coño se aprieta con avidez a su alrededor, encantado con esta fricción y la sensación de plenitud que me ha provocado.

—*Wy*.

—Joder, Daisy. Eres jodidamente perfecta. Puedo sentir cómo tu cuerpo me retiene aquí, como si este fuera mi lugar —sisea entre dientes apretados —. Esto siempre tuvo que ser así.

Quizá o quizá no. No soy romántica en absoluto, pero sus palabras me calientan desde dentro y empujan a mi cuerpo a la acción. Wyatt me empuja contra la pared de la ducha, sus caderas embistiendo hacia arriba, volviéndome loca con su follada hambrienta y animal. Mi respiración se vuelve irregular y mi corazón late a mil por hora mientras Wy me lleva a nuevas alturas. Puedo sentir la tensión acumulándose entre mis piernas.

Aprieto los ojos con fuerza, bloqueando la ola de felicidad que amenaza con abrumarme en este momento. Esto no puede durar, y no durará, pero mientras esté con mis chicos, voy a saborear cada momento, cada caricia y cada palabra que compartamos.

—Vamos, florecita —murmura Wyatt, deslizando la boca por mi cuello hasta besarme la mandíbula. Me inclino y busco sus labios con avidez.

Cuando nos besamos, mi cuerpo se derrite de nuevo. Me clavo en la polla de Wyatt mientras grito en su boca. Él se traga el sonido antes de apartar los

labios.

—Sabía que te quedaba otro, Daze. Lo has hecho muy bien esta noche —me elogia entre dientes. Se retira de mí justo antes de llegar al clímax. Su semen salpica mi vientre—. Ahora eres mía, Daisy. —Al terminar, inclina la cabeza hacia delante hasta que nuestras frentes se tocan—. Nunca dejé de amarte. Nunca lo haré.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Esto es demasiado. Estoy cansada, agotada y emocionalmente exhausta, lo único que puedo hacer es hundir la cara en el cuello de Wyatt, esperando que entienda que lo que siento por él va más allá de las palabras. Lo mismo ocurre con todos ellos. King, Owen y Drake también.

—Vamos, florecita —dice Wyatt al cabo de un momento, abrazándome con fuerza, ya que he gastado toda mi energía y ahora solo cuelgo sin fuerzas entre él y la pared de la ducha—. Vamos a limpiarte.

Resulta que la versión de Wyatt de «limpiarme» implica dos orgasmos más, una esponja enjabonada que me frota hasta que prácticamente brillo, y una sesión de secado con toalla maravillosamente suave. Apenas estoy despierta cuando me escurre el agua del pelo y me lleva a la habitación de invitados. Creo que me ayuda a ponerme una camiseta, pero estoy tan cansada que ni siquiera me doy cuenta. Cuando Wy me acuesta en el colchón más mullido del mundo, estoy lista para caer en el olvido.

—Ya está, Daisy. —Sus labios rozan mi sien—. Traeré tu mochila y tus cosas aquí para que tengas todo lo que necesitas. Duerme bien.

Murmuro, pero no respondo.

Justo cuando estoy a punto de sucumbir a la oscuridad detrás de mis párpados y quedarme dormida, la cama se hunde de repente.

Abro los ojos a medias y veo a Kingston deslizarse en la cama conmigo. Se acerca por detrás y se acuesta de lado antes de atraerme hacia su pecho. Me acurruco más cerca de él, sintiéndome más segura de lo que me he sentido en mucho tiempo.

OceanofPDF.com

Veintidós



No pegué ojo en toda la noche.

No es que quedara mucha noche cuando mi cabeza tocó la almohada. Debería al menos intentar cerrar los ojos. ¿Quién sabe qué nos hará hacer Daisy ahora? Sin embargo, el sueño se me resiste. Ver cómo mataban a un hombre, abrirle el cuerpo y luego pintar el cuerpo de mi chica con su sangre no me ayuda precisamente a conciliar el sueño. Era la primera vez que me encontraba tan cerca de algo así. Aunque se lo merecía, siento cómo la culpa intenta rozar los límites de mi conciencia.

Pero esa no es la única razón por la que no puedo dormir.

Daisy está aquí. Bajo *este* techo, a menos de seis metros de mí. Me cuesta mucho creerlo. Tanto, de hecho, que no puedo quitarme de la cabeza la necesidad de vigilarla. Está durmiendo plácidamente en la otra habitación, y lo único que tengo que hacer es echar un vistazo para verla. Pero, ¿por qué hacerlo si tengo una cámara instalada ahí? Abrir esa transmisión y tenerla a mano para mirarla es mucho más fácil y discreto.

Es esa lógica la que se impone a la de descansar. Así que me quedo despierto, viendo a Kingston con Daisy en brazos mientras los dos duermen.

Probablemente esté mal. No, espera, borra eso. *Sé* que está mal. De la misma forma que sabía que estaba mal mirar a esas otras mujeres durante

todos esos años. Es una invasión de la privacidad. Debería haberle dicho a Daisy lo de las cámaras antes de que se quedara dormida. O, como mínimo, debería habérselo mencionado a Kingston mientras él estaba allí tumbado un rato, simplemente mirando a nuestra chica antes de quedarse dormido.

Probablemente a ninguno de los dos les importaran las cámaras.

Es decir, está claro que a Wyatt no le importa. Sabe lo que hay, y aun así decidió follar a Daisy en la ducha. Sabía que yo acabaría viendo estas retransmisiones en algún momento. ¿Lo hizo para complacerme? Probablemente no, pero… ¿y si lo hizo? Abro *ese* vídeo por enésima vez y lo vuelvo a ver. Tengo la polla casi en carne viva de tantas veces que me he corrido con ellos dos. Pero eso no me detiene ahora, mientras acaricio mi erección con la mano.

Con el volumen apagado, no puedo oír lo que él le dice a ella, pero puedo ver cómo la toca y cómo se le ilumina la cara cada vez que él la ayuda a alcanzar el clímax. Para cuando ella llega a su tercer orgasmo, mis pelotas se tensan y me corro con Daisy y Wyatt.

Con un suspiro, limpio mi desastre con mi camiseta y la tiro al suelo.

Esa fue la última vez. Es una promesa que tengo que cumplir. Si quiero a Daisy, no puedo seguir escondiéndome detrás de los libros o del ordenador.

Por muy jodidamente excitante que sea.

Empujo mi portátil al otro lado de la cama y me obligo a cerrar los ojos.

—Maldito pervertido.

Abro los ojos de golpe al oír la voz de Drake. Al incorporarme, veo al grandote mirándome con el ceño fruncido, con los brazos cruzados sobre el pecho. ¿Cuánto tiempo he estado dormido? No pueden haber pasado más que unos minutos.

—¿Qué? —parpadeo para despejarme y bostezo.

—¿Te has estado pajeando con King y Daisy toda la noche? Joder, hombre, ¿qué te pasa? —me pregunta. Me giro y veo que mi portátil sigue abierto, con la transmisión de King y Daisy aún en pantalla y, para mi horror, mi polla todavía asomando por los pantalones.

—¡No! Yo no...

—Da igual —me interrumpe Drake—. Wy y yo necesitamos tu ayuda con algo.

—Sí, claro, bien —asiento con la cabeza y me levanto de la cama.

Mientras Drake se dirige con paso firme hacia la puerta, refunfuña:

—Voy a despertar a Kingston.

En cuanto se va, me meto la polla flácida de nuevo en los pantalones y cojo una camiseta limpia de mi bolsa. Drake sale de la otra habitación de invitados con Kingston a cuestas justo cuando me escabullo al pasillo. Me trago la vergüenza de que me hayan pillado y le lanzo una sonrisa a Kingston. Con suerte, Drake se guardará para él lo que ha visto.

Teniendo en cuenta que la única vez que abre la boca es para fastidiar a Wyatt, no tengo muchas esperanzas de que sea así.

Kingston no me devuelve la sonrisa, aunque sí me hace una especie de medio gesto con la cabeza antes de seguir a Drake. Me estremezco mientras lo sigo. Este nuevo Kingston es tan diferente del chico que conocía. Tengo la sensación de que el que tengo delante es capaz de cualquier cosa. Buena o mala.

La pareja perfecta para Daisy, teniendo en cuenta lo salvaje que parece haberse vuelto.

¿Yo? Haré lo que Daisy quiera que haga. Incluso si eso significa subirme a un altar y apuñalar a un chico. Pero si puedo evitarlo, lo haré. Drake, por otro lado... no dudó anoche. Miro más allá de King para fijarme en la nuca de Drake. Él también está diferente. Callado y vigilante. Su comportamiento me recuerda a un depredador a la espera de atacar.

Nos movemos por la casa y entramos en el garaje, donde Wyatt nos está esperando. Aparta la vista de su pizarra, con el ceño fruncido, pensativo.

—Bien, ya están todos despiertos. Quería ocuparme de esto mientras Daisy aún dormía —dice y vuelve a mirar su pizarra. Me acerco a él y me fijo en la información antigua y la nueva que ha añadido.

El nombre de Francis Winslow está en la parte superior, escrito todo en letras rojas. Su nombre ya estaba ahí antes, pero ahora, debajo de su nombre hay cuatro líneas que lo conectan con otros miembros de la secta Zarzuzians. Se han añadido los nombres de Tobias Bower y George Herring, junto con dos signos de interrogación que representan a los

Sacerdotes Benditos desconocidos. En la parte más baja de la pizarra, apartado de todo lo demás, está el nombre de Oliver Grayman.

—Sabemos que estos tres forman parte del club de fans de Zarzuz —dice Wyatt, señalando—. No he incluido el nombre de Jeff porque solo era una extensión del grupo principal. Me gustaría ver si Daisy nos da los nombres de los otros dos, pero por ahora, trabajemos con ellos.

—¿Trabajar con ellos cómo? —frunzo el ceño.

Wyatt se pasa los dedos por su pelo revuelto.

—Daisy quiere masacrar al pueblo, y a mí me parece bien...

Drake resopla.

—Claro que te parece bien.

Me río, pero entonces Drake me lanza una mirada sombría.

—No te diviertas demasiado con su perversión. Tú también tienes tu propia mierda.

Wyatt arquea una ceja con curiosidad, pero vuelvo a la conversación inicial antes de que nos desviemos por ahí.

—¿Qué tienes en mente, Wy?

Drake sonríe con aire burlón mientras Wyatt vuelve a centrar su atención en el tablero.

—Quiero ver si podemos usar tus habilidades, Owen, para meternos en sus asuntos personales, encontrar pruebas contundentes de su implicación y empezar a recopilarlas. Cuando terminemos aquí en Briar Glen, se las enviaremos a las autoridades competentes.

Asiento con la cabeza, aunque frunzo el ceño.

—Puedo hacerlo, pero sabes que eso no la exculpará a ella, ni a nosotros, si nos pillan, ¿verdad?

—No se trata de eso —dice Wyatt con el ceño fruncido—. Se trata de asegurarnos de que el mundo *sepa* lo que se ha estado haciendo en este lugar.

King asiente con la cabeza antes de añadir:

—*Y no nos van a pillar.*

Wyatt parpadea, confundido. Frustrado, sacudo la cabeza.

—Ha dicho que nadie va a ser arrestado. —Miro a Wyatt con ira—. ¿Te has olvidado por completo de todo lo que nos enseñó Daisy?

La cara de Wyatt se pone roja como un tomate.

—Me acuerdo un poco, pero anoche me quedé despierto un rato y vi unos cuantos vídeos para refrescar la memoria. —Se aclara la garganta.

—¿Cómo es que *tú lo recuerdas*?

—Lo cursé como asignatura optativa en la universidad. —Para poder mantener vivos esos momentos en solitario en los que Daisy me enseñaba el lenguaje de señas—. Y me aseguré de practicarlo después de graduarme. Tienes que volver a aprender esta mierda y rápido —le espeto—. No es justo para Kingston.

Drake no dice nada, pero asiente con la cabeza enérgicamente.

—Ya te he dicho que estoy en ello, Owen —Wyatt pone los ojos en blanco, pero luego se vuelve hacia Kingston—. Si no te importa ir un poco más despacio hasta que mejore, te lo agradecería.

Kingston pone los ojos en blanco, pero asiente. Una vez aclarado eso, Wyatt vuelve a centrar su atención en la pizarra.

—De acuerdo, así que no dejar que nos pillen y desenterrar secretos, eso lo puedo hacer. —Inclino la cabeza mientras repaso rápidamente las diferentes formas en que puedo buscar datos—. Lo segundo dependerá de si guardan sus secretos en formato digital. Te lo puedo decir ya mismo, Francis Winslow no lleva nada encima. He intentado investigarlo durante los últimos años. El tipo parece estar limpio como una patena.

La expresión de Kingston se convierte en una mueca de desprecio, dirigida a un hombre que no está presente.

—Mi padre es de la vieja escuela. Todo lo que tiene algún valor lo guarda en una caja fuerte en su despacho. Dudo que eso haya cambiado desde que me echó hace tantos años.

Empiezo a traducirle a Wyatt, pero me interrumpe con una mirada fulminante.

—Ya he entendido lo esencial. Su padre tiene una caja fuerte llena de información, gracias.

—¿Crees que podríamos colarnos en su casa y llegar hasta la caja fuerte? —me pregunta Drake.

Me burlo.

—¿Coger qué? ¿Lo que hay dentro de la caja fuerte? Lo dudo. Soy un chico, no un espía entrenado capaz de descifrar códigos de cajas fuertes. ¿Por casualidad sabes la combinación, King?

Kingston niega con su cabeza.

—Bien, tacha a Francis de nuestra lista. Por ahora, Owen, ¿puedes investigar a George Herring y Tobias Bower? —pregunta Wyatt, cambiando de tema—. Con uno muerto y el otro a punto de morirse, deberíamos reunir lo que podamos antes de que la policía borre las pruebas de sus fechorías... si es que no lo han hecho ya con Tobias. Empezaremos a recopilar lo que podamos en nuestro tiempo libre.

Asiento.

—No hay problema.

—¿Por qué aparece ahí el nombre de Oliver Grayman? —pregunta Drake, llamando mi atención de nuevo hacia el tablero de teorías de Wyatt. El nombre del Carnicero de Briar Glen está en la parte inferior del tablero con un signo de interrogación al lado.

—Porque no sé qué papel juega él en todo esto. —Wyatt se cruza de brazos—. La única conexión con la secta es la que hay entre él y Jeff, el hijo de George Herring. ¿Qué importancia tiene él en todo esto?

—No tiene ninguna otra relación con los Zarzuzians aparte del hecho de que creó al monstruo que acabaría destruyendo la secta de la que tanto deseaba formar parte.

Me sobresalto al oír la voz de Daisy. Me doy la vuelta y la veo caminando hacia nosotros, con el mismo aspecto cansado que tenía anoche.

—Deberías estar durmiendo, aún es temprano —le digo, preocupado por las ojeras que tiene y esforzándome a más no poder por no mirarle las piernas desnudas, ya que lo único que lleva puesto es mi camiseta, que le regalé encantado la noche anterior.

Me dedica una pequeña sonrisa al colocarse a mi lado.

—No suelo dormir durante mucho tiempo.

Eso ya está claro.

—¿Por qué no?

—Porque —se encoge de hombros— si me permito dormir de verdad, tengo pesadillas. De todos modos, me siento bastante descansada.

Kingston se agacha y le coge la mano. La naturalidad de ese gesto hace que los celos me opriman el pecho. Quiero coger la mano de Daisy y abrazarla. Mi mano se estremece como si quisiera coger la suya, que está libre.

—Las pesadillas no son excusa. Necesitas dormir para tener la mente despejada —espeta Drake mientras la mira con el ceño fruncido.

—No le hagas caso, está de mal humor esta mañana —murmuro en voz baja. Drake abre la boca, pero lo que sea que quiera decir se ve interrumpido cuando Wyatt pregunta:

—Entonces, ¿Oliver no tuvo nada que ver con la secta?

Daisy aprieta los labios mientras lo mira fijamente. Sus hombros se tensan lentamente, incluso mientras suelta un profundo suspiro.

—Oliver sabía de los Zarzuzians y quería entrar a toda costa. Por desgracia para él, como no era de Briar Glen, no lo dejaron unirse. Cuando me encontró tirada en la orilla, Oliver sabía quién era yo, ya que seguía de cerca la actividad de la secta, y se emocionó —continúa Daisy—. Yo era su oportunidad de suerte. Oliver pensó que si me devolvía a los Zarzuzians, lo recibirían en su grupo con los brazos abiertos. En lugar de decírselo al culto de inmediato, Oliver se ocupó de mi recuperación y se regodeaba pensando que algún día llevaría a los Zarzuzians a la gloria.

Tirada en la orilla… Me estremezco. Por esa caída, las lesiones que debió de sufrir debieron de ser muy graves. Probablemente no tuvo oportunidad de huir ni de defenderse cuando descubrió que el hombre que la había salvado era en realidad un monstruo.

Se me revuelve el estómago.

—¿Cuánto tiempo tardaste en recuperarte? —pregunta Wyatt, frunciendo el ceño mientras se sumerge en sus pensamientos—. Seguro que no fueron cinco años, ¿verdad?

Daisy niega con la cabeza.

—No. En algún momento, Oliver se dio cuenta del poder que tenía. Le encantaba saber que llevaba ventaja al culto. —Su mirada se desvía de nosotros y se vuelve ausente.

—También le encantaba tener público para su locura y un juguete con el que jugar constantemente.

Todo su cuerpo se estremece mientras toma aire bruscamente.

Joder, ¿cómo no voy a tocarla ahora mismo? Le rodeo los hombros con el brazo. Daisy apoya la cabeza en mí, en silencio mientras ordena sus pensamientos.

O lucha por escapar de ellos.

—Oye, si te cuesta demasiado hablar de esto, no hace falta que nos lo cuentes —le aseguro—. Lo único que me importa es el futuro.

Daisy parpadea rápidamente, volviendo a centrar su mirada en nosotros.

—Es el pasado lo que determina lo que va a pasar en el futuro.

Quiero decirle que no tiene por qué ser así. Que podríamos parar y empezar de nuevo en otro sitio. Pero debe de haber una parte sanguinaria en lo más profundo de mi ser, porque esas palabras nunca salen de mi boca.

—Fue más o menos en el cuarto año cuando salió una noche y se emborrachó en un bar. Allí, proclamó con orgullo que tenía a la Elegida bajo su techo. Jeff Herring estaba allí por casualidad esa misma noche, sintió curiosidad y, de alguna manera, consiguió convencer a Oliver para que lo llevara a la cabaña. Cuando Jeff me vio, vio su propio sustento. Quería el puesto de su padre, así que pensó que si él y Oliver me presentaban a Francis unos días antes de mi vigésimo cumpleaños, exactamente cinco años después del sacrificio fallido, Francis los bendeciría a ambos en nombre de Zarzuz, dándoles todo lo que siempre habían querido.

—Joder, qué asco… —murmuro.

—¿Oliver accedió a entregarte junto con Jeff? —pregunta Kingston.

Daisy asiente.

—Sí. A lo largo de ese último año, los dos se hicieron buenos amigos. Oliver dejaba que Jeff fuera a su casa todo el tiempo para jugar en esa

habitación con sus propias víctimas, o para que Jeff lo viera mientras él hacía alarde de su habilidades.

Todo ello mientras ella estaba en esa misma habitación.

Se me revuelve el estómago al imaginar a Daisy en esa situación. ¿Cómo consiguió mantener la cordura? La impotencia y el miedo que debió de sentir debieron de ser aplastantes. Además, probablemente sabía que todos pensábamos que estaba muerta. Nadie la estaba buscando. Sabía que nadie iba a salvarla. Esa última parte es un puñetazo en el estómago. La acerco más a mí y la abrazo, con la esperanza de poder protegerla para que no vuelva a pasar por algo así.

—En fin, al final, escapé antes de que eso pudiera pasar.

A nuestro alrededor, los demás tienen expresiones sombrías mientras reflexionan sobre lo que nos ha contado.

—¿Crees que Jeff le contó a su padre de ti? —pregunta Drake tras un largo rato de silencio.

Daisy se encoge de hombros.

—Dado que quería el puesto de George, dudo que le hubiera contado sus planes a su padre.

Drake frunce el ceño mientras asiente.

—Si nadie sabe que estás viva, quizá podamos mantener el factor sorpresa durante un tiempo más.

—No por mucho tiempo. No con las fotos que Kingston sacó anoche. Puede que no se vea la cara de Daisy, pero casi desnuda, no sería tan difícil adivinar quién es —señala Wyatt—. Tengo la sensación de que las vamos a usar para George, ¿verdad?

Daisy asiente con la cabeza.

—Al principio sí, aunque las dejaremos ahí para que las vean los demás. Y no estoy tratando necesariamente de ocultar que soy yo quien está haciendo todo esto. —Una media sonrisa se dibuja en sus labios.

—Si lo descubren, mi venganza será aún más dulce. Mientras no me pillen, estoy a salvo.

Con la cara y casi todo el cuerpo cubiertos, probablemente no podrán deducir quiénes están en el claro. Aun así, la idea de dejar pruebas de un

crimen horrible no me gusta nada. Pero bueno, nada de lo que ha pasado en Briar Glen me ha gustado. ¿Qué más da una piedra más en el estómago a estas alturas?

—Si te capturan, Daisy, te das cuenta de que pueden intentar sacrificarte de nuevo, ¿verdad? Solo faltan dos semanas para tu cumpleaños. Sería el momento ideal para atraparte. —Niego con la cabeza mientras el terror intenta abrirse paso dentro de mí—. Tenemos que asegurarnos de conseguir tu venganza y luego largarnos de aquí...

El cuerpo de Daisy se estremece con tanta violencia que hace que levite unos centímetros por encima del suelo. Es tan inesperado que consigue zafarse de debajo de mi brazo y arrancar su mano de la de Kingston antes de que sus pies toquen el suelo.

Wyatt y Drake dan un paso hacia ella, sorprendidos.

—Daisy —miro hacia abajo y veo que ella está mirando más allá de Drake, con los ojos muy abiertos por el horror. Sigo su mirada y veo exactamente lo que la ha sobresaltado—. ¡No, no, no! No te preocupes por la capa, Daisy.

Wyatt abre mucho los ojos y su cara se pone pálida.

—¡No es real, Daisy, te lo juro! —dice, dando un paso hacia ella con una mano extendida—. La mandé hacer cuando...

Daisy no se lo traga. Tanto Kingston como yo extendemos la mano para agarrarla mientras retrocede, pero se mueve demasiado rápido. Su cabeza se balancea violentamente de un lado a otro mientras su cuerpo tiembla. Con un sonido ahogado, se da la vuelta y corre de vuelta a la casa.

Creo que ninguno de nosotros duda en seguirla. Kingston llega a la casa antes que yo, pero le piso los talones mientras corremos por el salón. Doblamos la esquina hacia el pasillo justo a tiempo para ver cómo se cierra de golpe la puerta de la habitación de invitados. Nos detenemos delante de ella y yo empiezo a golpear la puerta de inmediato.

—¿Daisy? ¡Daisy, vamos, abre la puerta! —grito.

No hay respuesta. Kingston da un puñetazo a la puerta, con su boca torcida en un gruñido ahogado mientras mira con ira la barrera.

—¿Está ahí dentro? ¿Daisy? —pregunta Wyatt, uniéndose a nosotros. Nos aparta a Kingston y a mí de un empujón y prueba el pomo de la puerta. Está

cerrada con llave—. Daisy, lo siento. Me desharé de eso. ¡Es una réplica, no es real! Solo quería tenerlo todo en orden mientras intentaba reconstruir lo que pasó esa noche. ¡La quemaré ahora mismo! Solo tienes que salir. ¡Por favor! ¡Lo siento!

Todos esperamos, pero Daisy no responde. Wyatt suelta una maldición y da un paso atrás. Se vuelve hacia nosotros y murmura:

—Se autolesiona. Anoche vi las marcas que tiene en las piernas. No deberíamos dejarla sola mientras está alterada.

¿Marcas en las piernas? Me trago un gemido. Dios, Daisy… ¿*Por qué*?

Kingston le lanza una mirada fulminante.

—*No va a hacer nada*.

Abro la boca para traducir, pero Wyatt parece entenderlo.

—Aun así, tenemos que vigilarla. No sabemos por qué mierda ha pasado y qué podría llevarla al límite.

—La cámara —le recuerdo, bajando la voz al mínimo—. Podemos echarle un vistazo a través de las cámaras.

Drake me lanza una mirada fulminante, pero no dice nada. Probablemente porque ahora hay una razón para espiar a nuestra chica.

—Vale, bueno, voy a ocuparme de la capa. —Wyatt resopla mientras se aleja dando pisotones.

OceanofPDF.com

Veintitrés



Se oyen gritos. Gritos de rabia, de miedo y luego los de agonía. Es lo único que oigo. Aunque me tape los oídos con las manos, sigo oyéndolos.

Quiero gritar junto con los lamentos que resuenan en mi cabeza. Hace tiempo que no los oía, pero ahora que han vuelto son tan fuertes que ya no parecen recuerdos. Los dueños de esos gritos bien podrían estar ahí mismo, delante de mí.

Aunque no estoy segura de que me diera cuenta.

No sé cuánto tiempo duran, pero en un momento estoy reviviendo pesadillas y, al siguiente... unas manos reales, grandes y cálidas me rodean las muñecas. El contacto es tan inesperado que enseguida empiezo a luchar. Arremeto con fuerza, mis uñas se convierten en garras y mis dientes en armas. Atrapada en mi cabeza, no sé contra quién estoy luchando, pero ni loca voy a rendirme sin oponer resistencia.

Por mucho que lo intento, no consigo avanzar mucho. Unos brazos me rodean por detrás, inmovilizando los míos a los costados, y me empujan hacia algo cálido y duro. Lucho con más fuerza, sabiendo que si no lo hago, podría acabar encadenada a un colchón durante otros cinco años.

No puedo hacerlo. Otra vez no.

El suelo bajo mis pies desaparece mientras me levantan y me llevan a algún sitio. Lucho con más fuerza mientras el pánico me ahoga. No puedo

respirar. Me va a llevar de vuelta a *esa* habitación, con *esos* gritos que han manchado el aire.

—El diablo no puede alcanzarte aquí, en mis brazos, cariño —me susurra una voz grave al oído desde atrás—. Estás a salvo.

¿A salvo? No, no puedo estar a salvo. Nunca estoy a salvo. Nunca lo *estaré*. Pero justo cuando pienso eso y el pánico intenta apoderarse de mí, sentir el latido tranquilo de alguien contra mi espalda me saca de mis pesadillas despierta. Dejo de forcejear y respiro hondo.

—Ya está. Vuelve conmigo.

Aprieto los ojos con fuerza, intentando concentrarme en la respiración que hay detrás de mí. Cuando abro los ojos, la habitación se vuelve nítida. ¿Cuándo volví aquí? La habitación de invitados de Wyatt es sencilla. Hay una cama, una mesita de noche, una cómoda larga y un armario relativamente vacío. Wyatt trajo nuestras mochilas, la mía y la de Kingston, anoche y las dejó junto a la puerta, pero aparte de eso, esto está vacía.

Tras otra respiración profunda, miro hacia abajo y me doy cuenta de que estoy sentada en el regazo de alguien que está sentado en la cama. Unos brazos fuertes me abrazan con fuerza. A juzgar por el vello rubio de esos brazos, solo puede ser una persona.

—¿Drake?

—Sí, cariño, aquí estoy. —Afloja el abrazo, pero no retira los brazos. Su boca roza el lóbulo de mi oreja mientras me pregunta—: ¿Te encuentras mejor?

¿Lo estoy? No lo sé. Ni siquiera sé cómo he llegado aquí. Repaso mis recuerdos hasta que recuerdo lo que vi en la esquina del garaje. La capa roja. El pecho se me oprime mientras tomo aire con fuerza. Me había entrado un ataque. La idea es desalentadora. Estaba segura de que estaba mejorando. Antes de que Kingston me derribara el otro día en el mirador de los cazadores, llevaba más de un año sin tener un colapso. Ahora ya van dos en veinticuatro horas.

No puedo seguir así. Reacciones como esta me matarán.

—Sí, ya estoy bien —murmuro, aunque me siento lejos de estar *bien*. De hecho, estoy agotada. Me recuesto contra el pecho firme de Drake con un profundo suspiro—. No te hice daño, ¿verdad?

—No.

No le creo, así que me giro y lo miro. Mirar a Drake es como mirar a la cara a un completo desconocido, pero con esa sensación molesta en el fondo de mi mente que me dice que lo conozco. No queda nada de mi chico tierno y emocional. Al menos no por fuera.

Por curiosidad, alargo la mano y le toco la barba de su rostro.

—Nunca en mi vida te habría imaginado con barba. —Sonrío.

—Cuando llegué a tu casa en Anchorage, pensé que me había equivocado de dirección.

Drake resopla, con sus labios retorciéndose de diversión.

—Cuando dejé los marines, quería alejarme lo más posible de ellos.

Ah, ahora el pelo largo y la barba tienen sentido.

Drake me baja de su regazo para sentarme en el colchón. Mientras se inclina por algo en la mesita de noche, me fijo en las marcas finas y ligeramente ensangrentadas de las uñas alrededor de mis muñecas. Me miro las uñas para confirmar lo que ya sé... He vuelto a caer en viejos hábitos. En mi estado de pánico, intenté rasgarme la piel para llegar a las venas.

No me capturarán viva. El pensamiento está impregnado de determinación y desolación.

Apartando ese pensamiento y bajando las manos para que no se vean, observo cómo Drake coge una bandeja de comida que no había visto hasta ahora. Frunzo el ceño, confundida. Drake la coloca entre nosotros en la cama. Hay panqueques, fruta, patatas fritas, salchichas y tocino crujiente, todo emplatado y listo para comer.

Mi estómago gruñe con ganas, pero el resto de mí se resiste.

—¿Va a entrar todo el mundo a comer algo? —Echo un vistazo hacia la puerta—. ¿Por qué está la puerta fuera de sus bisagras? —*¿Y cómo es que no me había dado cuenta?*

—No ibas a abrir la puerta. —Coge un tenedor y pincha un trozo de patata. Mientras se lo lleva a la boca, añade—: Los demás están comiendo ahora mismo. Probablemente irrumpirán en cualquier momento en cuanto se den cuenta de que me he tomado la libertad de quitar la barrera que pusiste entre nosotros.

¿Los he dejado fuera?

—Lo siento. —Mis ojos se posan en el tenedor y dejo que Drake me dé de comer.

Cuando el tenedor llega a mis labios, nuestras miradas se cruzan. Observo cómo la dureza de su mirada se suaviza un poco. Cuando me aparto para masticar, pincha una salchicha y me la acerca a continuación.

—No te disculpes. Sea lo que sea por lo que hayas pasado, estoy seguro de que hay heridas emocionales que aún no han sanado.

Muerdo la salchicha por la mitad.

Ojalá Drake supiera qué heridas tengo y lo profundas que son. Me pregunto si él y los demás me volverían a aceptar tan fácilmente si supieran de lo que soy capaz.

Ya te han visto matar a alguien. Kingston y Drake incluso te ayudaron sin dudarlo. Tienen heridas que coinciden con las tuyas.

Por alguna razón, eso calma algunas de mis preocupaciones.

—Sin embargo, hay algo que no harás —dice Drake cuando termino la salchicha tras una breve pausa. Levanto la vista hacia su rostro. Me mira con ira—. No huirás de mí, Daisy. De ninguno de nosotros, en realidad, pero *sobre todo* de mí.

A medida que su voz se endurece, una oscuridad se acumula en sus ojos. Le habla a mi alma carbonizada.

—No era mi intención —admito, pero me trago las palabras cuando esa oscuridad vuelve a volverse absoluta.

—No. Huiras. De. Mí. —Drake casi gruñe las palabras entre sus dientes.

—¿Y si no puedo evitarlo?

—Entonces no podré evitar perseguirte. —Su voz se vuelve más grave—. Y si te atrapo, habrá consecuencias para las que ninguno de los dos estamos preparados.

La forma en que me mira me dice que debería tener miedo. Sus palabras están impregnadas de una promesa mortal, pero lo único que veo y oigo es un delicioso desafío. El peligro es una droga que ahora busco con alegría. Mis pezones se endurecen y rozan la suave tela de una camiseta que no es

mía. El aire que aspiro se me atraganta en la garganta al pensar en este hombre gigantesco persiguiéndome.

—No me mires así, Daisy. Esto no es un juego.

Drake frunce el ceño. Pero si pretende intimidarme con esa mirada, está fracasando estrepitosamente. Las capas, ante esas si que tiemblo. ¿Un hombre peligroso con un gran corazón que posee un alma tan oscura como la mía? Bueno, está claro que mi cuerpo temblará por una razón totalmente diferente en esa situación.

—¿Qué pasará si vuelvo a huir, Drake? —lo desafío en voz baja, disfrutando de este lado suyo.

Drake resopla, rompiendo el contacto visual para negar con la cabeza.

—Todos tenemos nuestros propios demonios, Daisy. En lo que a ti respecta, mis demonios…

Su voz se apaga mientras se le dilatan las fosas nasales. Drake intenta pinchar una uva, pero esta solo da vueltas de un lado a otro antes de salir disparada del plato.

—¿Qué les pasa a tus demonios cuando se trata de mí, Drake?

—Tú los inspiras, y por eso, podría acabar tomando lo que quiero como un animal si dejo que se apoderen de mí. —Su voz es firme mientras corta los panqueques—. Tú los despiertas cuando huyes.

Dios mío, ¿quién es este hombre y qué le ha pasado a mi dulce Drake? ¿Y por qué la idea de que este gigante me inmovilice me excita tanto que sé que ahora mismo hay una mancha húmeda en el edredón? Con toda la discreción que puedo, aprieto los muslos para aliviar la tensión que se acumula entre ellos.

—¿Y si no quiero eso? —Observo su rostro mientras acerca un bocado de panqueque a mis labios.

—Pues no huyas, joder.

Aspiro aire bruscamente, atónita ante sus palabras. Pero, aunque la advertencia está ahí, sigo sin encontrar motivos para preocuparme. Dejo que Drake me dé unos bocados más de desayuno antes de apartarme.

—No puedo comer más.

Drake se burla.

—Te vas a comer hasta la última migaja de este plato.

—¡Voy a reventar antes de llegar a la mitad de lo que hay ahí! —Miro fijamente el plato que hay entre nosotros, dándome cuenta de que ni siquiera hemos hecho mella en lo que hay ahí.

—Te lo vas a comer, Daisy. No eres más que piel y huesos.

Niego con la cabeza.

—¡Voy a *reventar*, Dre!

La mirada fulminante que suelta casi me hace dar marcha atrás. Pero me muerdo el labio inferior y me mantengo firme en mi decisión.

—Vas a comer, y vas a dormir mientras yo esté por aquí… mientras *estemos* por aquí —se corrige, aunque suena un poco a regañadientes—. No te has estado cuidando.

Me burlo.

—Estoy perfectamente.

—Tus huesos salientes dicen lo contrario. —Me pone un trozo de tocino delante de la cara—. Ahora come.

Mirándolo con ira, cojo el tocino con la mano y lo tiro al suelo.

—Llevo años cuidándome sola, Drake. No necesito que me mimes.

Drake me lanza una mirada fulminante antes de dirigirla hacia el trozo de tocino que yace en el suelo. Sus hombros se tensan. Tras un momento, vuelve a mirarme, y toda la tensión se desvanece de su cuerpo con un profundo suspiro.

—*Quiero* cuidar de ti, Daisy. —Me tranquiliza, admite con el ceño fruncido—. No tienes buen aspecto. Si quieres sobrevivir estas próximas semanas, tienes que estar en plena forma. ¿Crees que ahora mismo podrías correr más rápido *que nadie*? Hace unos minutos no pudiste defenderte de mí. Joder, estoy bastante seguro de que podría levantarte con el meñique, Daisy. ¿Cómo vas a hacer nada de lo que quieras, incluso con nosotros a tu lado, si estás demasiado cansada y débil para terminar una tarea? La comida te ayudará. Dormir te ayudará. *Yo* te ayudaré con todo lo que quieras y más. Seré tu soldado, Daisy, pero necesito que seas una líder fuerte, ¿vale?

Esta es la segunda vez en menos de doce horas que oigo a Drake encadenar más de unas pocas palabras. Cada vez que abre la boca, juro que

es solo para decir algo importante.

—Oye, Drake.

Levanta una ceja con expectación.

—Sabes que te adoro, ¿verdad? Siempre lo he hecho y siempre lo haré. —Mientras la sorpresa se refleja en el rostro de mi gigante, me inclino hacia delante y reclamo sus labios.

Drake se queda rígido durante un segundo entero antes de aplastar sus labios contra los míos. Su mano se dirige a mi pelo y lo agarra con fuerza. Me muerde el labio inferior y, cuando jadeo, su lengua se adentra y saluda a la mía con una cálida bienvenida.

Gimo. Mi corazón late con fuerza contra mi pecho y mi sangre empieza a hervir. Antes de que pueda sumergirme demasiado en el beso, Drake lo interrumpe. Abro los ojos y lo veo sonriendo.

—Yo también te amo. —Su voz es ronca, y juraría que veo un ligero rubor en sus mejillas—. Ahora déjame darte de comer.

Mi corazón se infla. Si quiere cuidar de mí, dejaré que lo haga. Es lo menos que puedo hacer, ya que lo estoy arrastrando por este oscuro camino que he tomado. Además, no está pidiendo mucho. Sin responder, abro la boca y espero el siguiente bocado.

Una pequeña sonrisa se dibuja en los labios de Drake mientras pincha un trozo de melón con el tenedor y me lo acerca. Su sonrisa es tímida y me recuerda al Drake de antes. No sé a cuál de los dos quiero más, ni siquiera si tengo que elegir.

Mientras me trago la fruta, nos interrumpen.

—¡Oye! ¿Por qué no dijiste que habías abierto la puerta? —pregunta Wyatt, apareciendo en la puerta y mirando a Drake con el ceño fruncido.

—No creí que tuviera que contarte cada pequeña cosa que hago —responde Drake encogiéndose de hombros a medias mientras me da otro bocado de panqueque.

Wyatt le lanza una mirada fulminante a Drake antes de suavizar la expresión al mirarme.

—¿Estás bien? Lo siento por lo de...

—No te preocupes, es que me pilló por sorpresa. —No quiero hablar de eso. Mirando a Drake, añado—: Y lo de tocarme… si no me lo *espero*, reacciono igual. De ahí la pelea.

Drake se encoge de hombros.

—Solo espera que te toque de ahora en adelante y no habrá ningún problema.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al imaginar el tacto de Drake y dónde pondría sus manos.

—Me desharé de ella —continúa Wyatt—. Mientras tanto, ¿tienes algún plan para ir a por George Herring?

¿Que si tengo un plan? Por dentro, me burlo y pongo los ojos en blanco. Siempre tengo un plan.

—Es sábado por la noche, George estará en casa bebiendo y viendo las noticias de la noche hasta las nueve y media o las diez, luego se irá a la cama, así que debería ser relativamente fácil. ¿Esa caja que desenterré? Está llena de las cenizas de las víctimas de su hijo. Quiero que sus cenizas sean liberadas, así que crearé una bomba que detonaremos. La usaremos como tarjeta de visita cuando hayamos terminado con la noche, para que la policía pueda encontrar su cuerpo. —Me inclino hacia delante, emocionada por lo que va a pasar esta noche—. ¿Puedo repasar todo en detalle si quieres antes de que nos vayamos? Podemos repartir las tareas para asegurarnos de que todo salga bien.

Drake asiente de inmediato.

—Ajustaremos tu plan para adaptarlo a algunas de nuestras fortalezas y debilidades, y luego lo repasaremos una y otra vez hasta que todos podamos recitarlo de memoria. Si alguien tiene siquiera un momento de duda, un plan bien elaborado puede salir mal.

Le sonrío, contenta de que se lo esté tomando en serio. Cuando decidí reunir a todo el mundo, sabía que existía la posibilidad de que no todos estuvieran dispuestos a participar en una matanza. Pero mis hombres aún no se han echado atrás.

—De acuerdo, les diré a los demás lo que pasa y que se preparen para esta noche. —Wyatt empieza a darse la vuelta, pero se detiene y mira hacia mí —. ¿Te importaría decirnos quiénes son los demás, por casualidad?

Ahora que sé que están totalmente de acuerdo, no me importa en absoluto.

—Los dos últimos sacerdotes benditos, después de George, son Vincent Callaway y Ronney Maxwell. Luego, por supuesto, está el propio sumo sacerdote, Francis Winslow.

Wyatt parpadea sorprendido.

—Espera, ¿Ronney Maxwell? ¿El *sheriff* de Briar Glen?

Al ver que asiento, Drake resopla.

—¿Quién más estaría ahí para arreglar el desastre de Francis sino el maldito sheriff? Tu amigo probablemente también esté metido en esto.

Frunzo el ceño mientras veo a Wyatt abrir y cerrar la boca. Su ceño se frunce y niega con la cabeza.

—Ni de puta broma está metido Brett. —Me mira como si esperara que estuviera de acuerdo con él, pero si eso es lo que espera, se va a llevar una decepción.

—No sé quiénes son los peces pequeños de la secta. Solo los más grandes.

Drake gruñe.

—Mientras no menciones los nombres de Daisy y King, Wy, todos estaremos a salvo.

Wyatt se queda desanimado.

—Nunca le diría ni una palabra sobre ellos, pase lo que pase.

Tiendo la mano hacia Wyatt, odiando la expresión abatida que se le ha quedado grabada en la cara. Él se adentra inmediatamente en la habitación para cogerla. Entrelazamos los dedos y le aprieto la mano.

—Puede que él no tenga nada que ver, Wy.

—Si lo está, entonces tengo un radar de mierda a la hora de confiar en la gente. —Me aprieta la mano—. De todos modos, voy a contarles a los demás lo que está pasando.

Me da un beso en la coronilla antes de dejarnos solos a Drake y a mí. Me arden las mejillas ante un gesto tan dulce e inesperado.

—No sé por qué te sorprendes tanto —murmura Drake, devolviendo mi atención hacia él. Pincha un trozo de sandía y me lo lleva a la boca. Lo cojo, observando el destello de diversión que baila en sus ojos—. Deberías

saber que todos estamos obsesionados contigo. Siempre lo hemos estado. Siempre lo estaremos.

Mis mejillas se calientan aún más. No estoy segura de hasta qué punto es cierto, pero están aquí conmigo y eso es todo lo que podría pedir. Cualquier otra cosa sería ser codiciosa.

—Entonces deberías saber que los amo a todos —confieso. Me sale con facilidad porque no solo es verdad, sino que con los años he aprendido lo rápido que se puede perder la oportunidad de decírselo a alguien.

Ahora que volvemos a estar todos juntos, empezaré a decirles lo que siento más a menudo. No siempre nos tendremos los unos a los otros. Pero cuando me haya ido, quiero que sepan que, hasta el final, siempre tuvieron mi corazón.

OceanofPDF.com

Veinticuatro



—... pido a la gente de Briar Glen que no se alarme. Encontraremos a ambos hombres, pero llevará tiempo —dice el sheriff Maxwell en la pantalla.

De pie detrás de un atril frente al ayuntamiento, él y mi padre miran fijamente a la cámara mientras los periodistas locales los bombardean con preguntas. El sheriff tiene una mirada decidida; la expresión de mi padre es de cortés preocupación. Juntos, los dos hombres más poderosos de Briar Glen crean una imagen casi perfecta de solidaridad. Su capacidad para hacer creer a la gente que les importa alguien más que ellos mismos es un talento que podría poner celoso hasta al mismísimo diablo.

No me extraña que no supiera lo monstruoso que podía llegar a ser hasta que fue demasiado tarde.

—Ed Fisherman y Harry Kramer son buenos cazadores. Saben qué hacer en caso de emergencia. No tengo ninguna duda de que nuestros equipos de búsqueda los encontrarán en breve —añade el sheriff Maxwell—. No creemos que su desaparición y los incendios que han ocurrido en los alrededores de la ciudad estén relacionados.

—¿Hay algún detalle sobre Kingston Winslow? —pregunta un periodista.

Mi padre tiene la osadía de parecer desanimado mientras junta las manos delante de él y baja la cabeza.

Lanzo el mando a distancia contra la pantalla mientras el sheriff Maxwell se aclara la garganta.

—Tenemos motivos para creer que ha abandonado Briar Glen y que se dirige hacia la libertad. Dada la eficiencia de nuestro departamento de policía, lo más probable es que quiera alejarse de nosotros. Hemos alertado a los departamentos de policía de las zonas circundantes sobre su fuga y les hemos indicado que, si lo ven, se acerquen con precaución.

¿Que se acerquen con precaución? Me río por lo bajo. Más les vale acercarse con la intención de matar, porque yo *no* voy a volver.

—Bien, Daisy ya está lista y está fabricando una, eh, *bomba* en mi garaje —anuncia Wyatt al entrar en la cocina por la puerta lateral. La cierra y luego se apoya contra ella—. No sé si asustarme o excitarme por el hecho de que sepa hacer eso.

La diversión me revolotea en el pecho. La nueva habilidad de Daisy es impresionante. Después de que nos explicara cómo iba a hacerlo, Drake y Owen reunieron todo el material que no tenía en su mochila, y le hemos dado espacio para trabajar. El hecho de que se pueda fabricar una bomba con cosas que hay en casa es asombroso.

—Tendré que pedirle que me enseñe a hacer una alguna vez. Quiero esa habilidad en mi currículum —le digo.

Wyatt frunce el ceño, concentrado. Ah, es verdad. El muy cabrón no se acuerda del lenguaje de señas. Justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, su cara se tuerce de horror y gruñe.

—Primero, no sé qué tipo de trabajo, aparte del militar, requiere saber cómo fabricar una bomba, y segundo —se despega de la puerta y se une a mí en el salón— no sé si quiero que ella te enseñe a hacer eso bajo este techo. Sé que la casa no es gran cosa, pero es algo por ahora.

Vaya, quizá realmente solo necesitaba un pequeño repaso en lo que respecta al lenguaje de señas. Se me curva la boca hacia arriba, divertido. Es extraño sonreír después de tanto tiempo sin hacerlo.

—Ahora que tengo un momento contigo, solo quiero decirte que lo siento. —Wyatt se deja caer en el sillón reclinable—. Cuando enviaba cartas a

Riverbend, siempre me las devolvían sin abrir y a ti no te dejaban recibir visitas, pero debería haberme esforzado más por ponerme en contacto contigo. No puedo imaginar cómo deben de haber sido esos nueve años en Riverbend, pensando que no nos importabas lo suficiente como para intentar localizarte. Solo quiero que sepas que no dejé de pensar en ti. Todos estamos aliviados de que Daisy esté viva, pero al menos para mí, es como si tú también hubieras resucitado.

Desvío la mirada de su rostro. No necesito una disculpa. No hay nada que él pudiera haber hecho para cambiar mi situación. Mi padre se encargó de ello. El poder que tiene Francis Winslow en esta ciudad es imposible de combatir.

O lo *era*.

Daisy está aquí ahora, desmantelando su trono justo debajo de él. Estoy deseando ver su maldita cara cuando todo esto haya terminado. Con suerte, cuando lo mire a los ojos, estarán sin vida.

Con un suspiro, me vuelvo hacia Wyatt y veo que sigue mirándome. Pongo los ojos en blanco.

—No te pongas sentimental conmigo. No es que a todos ustedes les cayera bien.

De nuevo, Wyatt tarda un minuto en procesar lo que he dicho, pero cuando lo hace, resopla.

—Bueno, *eras* un idiota. No creo que echara tanto de menos el acoso, pero aún así me caías bien. Eras uno de mis mejores amigos.

—¿Quién era el idiota? —pregunta Owen, entrando en la habitación desde el pasillo.

—King, cuando éramos niños.

Owen se ríe.

—Eso es decirlo suavemente. Eras una cabrón, hombre. —Me hace un corte de mangas mientras se dirige a la nevera.

—¿Te acuerdas de cuando le robó la camiseta a Drake, aquel día en el río? —le pregunta Wyatt—. A Drake *le fastidiaba* mucho no llevar camiseta cuando íbamos a nadar, y King se la arrancó y se la tiró. Oh, Drake se enfadó muchísimo.

Me lleva un minuto que ese recuerdo resurja, pero cuando lo hace, sonrío un poco. Drake se había enfadado muchísimo y lloró como un maldito bebé.

—Daisy te obligó a quitarte la camiseta y dársela a Drake —dice Owen mientras se deja caer en el sofá con un refresco en su mano.

Wyatt se ríe.

—¡Me había olvidado de eso! Era tu camiseta favorita, ¿no? Ella te exigió que se la dieras a Drake, sabiendo que no le valdría, pero para ponerte en tu sitio.

Siento cómo me suben los colores a las mejillas. Sí, eso sí que lo recuerdo. Aunque no recuerdo exactamente lo que dijo, sí recuerdo que su reprimenda me sentó un poco mal.

—*Aprendí la lección, eso está claro* —admito al cabo de un minuto—. *Aquel día en el río fue un asco*.

—No para todos —declara Wyatt, con una sonrisa de satisfacción—. Drake tuvo su primer beso.

¿Su primer beso? ¿*Ese* día? No me lo creo.

—*¿Con quién, joder? ¿Contigo?*

El rubio bruto entra en la habitación al oír su nombre. Se detiene frente a todos nosotros y, cuando se da cuenta de que lo estamos mirando, frunce el ceño.

—¿De qué estaban hablando, chicos?

La sonrisa de Wyatt se hace aún más pronunciada.

—Ah, ese día en el río, Daisy te llevó aparte y te besó.

Todos vemos cómo las líneas tensas del rostro de Drake se relajan por la sorpresa. Intenta disimularlo rápidamente, un ceño fruncido más profundo de lo que jamás creí posible casi le une las cejas.

—¿Cómo sabes eso?

Wyatt se encoge de hombros.

—Puede que haya fingido irme a mear y los haya seguido a los dos, o puede que no.

—Espera, ¿ese fue también el primer beso de Daisy? —pregunta Owen, enderezándose—. Ustedes todavía estaban en el escuela cuando pasó eso.

Miro a Wyatt, que se encoge de hombros.

—No, ya la habían besado antes —gruñe Drake—. Ese tal Chad la acorraló en la sala de música del colegio y la besó.

¿En serio? Me pongo tenso mientras los celos se imponen a la razón. Fue hace años, así que no debería importarme. ¿Pero *ese* chico probó a mi chica antes que yo? ¡Joder!

—¿A Daisy le gustaba Chad? —pregunta Wyatt, negando con la cabeza—. No me acuerdo de eso.

Ahora que lo pienso, no recuerdo que Daisy hablara nunca de sus enamoramientos. Ni siquiera cuando se trataba de famosos. ¿Era porque no le gustaba nadie? ¿O era porque, incluso entonces, nos quería a todos y no quería que se creara un ambiente incómodo entre nosotros?

—He dicho que él la *acorraló*... no que a ella le gustara.

La comprensión se extiende entre el resto de nosotros. Se me encoge el corazón.

—¿*Interviniste*? —le pregunto. *¿Dónde demonios está Chad ahora? Me pregunto cuánto nos costaría convencer a Daisy para que lo añadiera a su lista negra.*

—No tuve que hacerlo. —Sonríe Drake entonces. Es una sonrisa fugaz, pero cálida al fin y al cabo—. Ella lo empujó y le dio un puñetazo en la nariz. Tuvo dos ojos morados durante una semana y media.

Owen y Wyatt se ríen mientras yo me quedo boquiabierto.

—*Espera, me acuerdo de esos moratones* —digo con una sonrisa, divertida—. *Él dijo que le había dado una pelota en la cara durante el entrenamiento de béisbol.*

Drake niega con la cabeza.

—No, esos se los hizo Daisy.

—Bien por ella —dice Owen entre risas—. ¿Qué fue de ese matón? Era una idiota aún mayor que Kingston.

Le lanzo una mirada fulminante, pero Owen solo me dedica una sonrisa.

—Murió hace unos dos años. Un accidente de moto —dice Wyatt con una sonrisa—. El karma le pasó factura a ese chico.

—Menos mal que no te convertiste en *ese* chico, King —dice Owen con un suspiro—. En fin, quiero que nos cuentes lo del beso con Daisy. ¿Por qué no nos lo dijiste, Drake?

Drake se pone rojo mientras todos lo miramos.

Durante la siguiente hora, los cuatro nos burlamos y recordamos viejos tiempos. Mientras estoy aquí sentado charlando, noto cómo la tensión de mis hombros y mi espalda se va disipando. Durante nueve años, me habían arrancado de estos chicos. Antes de que me encerraran, pensaba que era mejor que ellos. Me mantenía a un brazo de distancia, y claramente se nota mientras recordamos nuestra infancia.

El hecho de que ahora estemos aquí, juntos, y de que me hayan recibido con los brazos abiertos a pesar de lo mal que los trataba a veces, me dice que no era mejor que nadie. En todo caso, ellos eran mejores personas que yo.

Me siento bien al volver con mi verdadera familia.

OceanofPDF.com

Veinticinco



—¡King, me estás abrazando demasiado fuerte! —Daisy tiembla de risa contenida, que puedo sentir a través de mi cuerpo, que está pegado al suyo.

En lugar de soltarla, presiono mi pecho con más fuerza contra su espalda, lo que la empuja aún más contra el árbol mientras los faros del coche que acaba de salir de la casa de George Herring nos iluminan.

—Te prometo que no pueden vernos desde aquí —susurra.

También prometió que George estaría solo esta noche, pero acabamos de ver a una mujer salir sigilosamente por su puerta principal después de que se dieran un beso apasionado. No estoy dispuesto a arriesgarme a que Daisy quede al descubierto. Aunque estemos donde estamos, al otro lado de la calle en el jardín de un vecino, escondidos entre unos árboles más frondosos, vestidos con ropa oscura, con las caras ocultas tras nuestras máscaras y las capuchas subidas, voy a ser más que un poco protector para mantenerla alejada de miradas indiscretas.

—Vale, el coche se ha ido. Es hora de darle la señal a Owen —murmura Wyatt detrás de mí.

Me llevo los dedos a la boca y lanzo un silbido corto y agudo. Los tres esperamos, observando la casa de George con el aliento contenido. El

tiempo pasa. No sé si esperamos aquí solo unos segundos o unos minutos, pero de repente se apagan las luces de la casa.

Una oleada de sorpresa me invade el pecho. Vaya, cuando Owen mencionó que podía cortar el suministro eléctrico y manipular cualquier configuración de wifi desde lejos, tenía mis dudas. Esas dudas, sin embargo, se han disipado por completo. Supongo que el chico sabe lo que hace.

Daisy se pone tensa contra mí. La mantengo pegada al árbol. No nos movemos sin su señal. Llega quizá un minuto después. Una linterna parpadea tres veces desde el otro lado de la calle, en el jardín de un vecino, desde lo alto de un árbol, indicándonos que incluso las luces con sensor de movimiento de la casa de George han sido desactivadas.

Doy un paso atrás y dejo que Daisy se enderece.

—¿Listos? —pregunta, mirándome por encima del hombro y luego a Wyatt. Con la máscara puesta, no puedo leer su expresión, pero a juzgar por su tono, está emocionada.

Recojo su mochila del suelo. Mientras se la entrego, y asiento con la cabeza.

—Más que nunca —responde Wyatt, con su voz amortiguada y un poco tensa.

Espero que no sean los nervios los que provocan su ansiedad. No puede haber ni un momento de duda en todo esto, o pondremos a Daisy en peligro.

—Pues vamos. —Daisy ya está saliendo de la protección de las sombras oscuras mientras habla, encajándose su mochila a medida que avanza.

Wyatt y yo nos colocamos a ambos lados de ella mientras nos apresuramos a seguirla. Al cruzar la calle, usando los arbustos y árboles que bordean la acera como cobertura, y al acercarnos a la casa, busco a Drake. Siendo tan grande como es, esconderse debería ser difícil, pero mientras nos arrastramos por el camino de entrada de hacia el garaje y el lateral de la casa, no lo veo.

Llegamos al lateral de la casa y nos pegamos a la pared mientras seguimos adelante. Nos deslizamos hasta la parte trasera de la casa, cruzamos a toda prisa un espacio abierto y luego nos detenemos bajo el pequeño sauce llorón. La parte trasera de la casa de George es toda de cristal, incluida la

enorme terraza acristalada. Por eso, podemos ver la pálida figura de George moviéndose a ciegas por la casa mientras pasa.

Ninguno de nosotros hace ruido mientras vemos al hombre muerto caminando.

Mi mano se desliza en el bolsillo donde se esconde el cuchillo de caza que Daisy me regaló. Daisy quiere matar a George y, si todo sale según lo planeado, lo hará. Pero después de ese primer asesinato en el bosque, quiero volver a hacerlo. Quiero oír el jadeo de la muerte y sentir cómo su sangre se enfría mientras deja de fluir lentamente por mis manos. Anoche soñé con descuartizar a ese cazador, y cuando me desperté esta mañana con Daisy en mis brazos, estaba sonriendo.

No hay mejor regalo que el de una muerte violenta, estoy seguro de ello.

Cuando ya no hay movimiento en la casa, Daisy nos hace señas para que avancemos. Esta vez corremos a toda velocidad hacia la única parte de la casa que no es de cristal. El espacio mide tal vez un metro y medio de ancho, justo donde está la unidad de aire acondicionado. Detrás hay una celosía cubierta de vegetación que se extiende hacia arriba por la pared de la casa, llegando casi hasta el segundo piso.

Nos acurrucamos detrás de la unidad lo mejor que podemos y esperamos de nuevo. Cuando Daisy está lista, respira hondo y me mira.

—¿Listo para trepar?

Estoy listo para matar. Cualquier amigo de mi padre es mi enemigo. La hora de George Herring se acerca.

Asiento con la cabeza antes de girarme y estirar los brazos hacia arriba. Agarrándome a la celosía, me impulso para subir. La celosía cruje bajo mi peso y tiembla. Me detengo, esperando a ver si aguanta. Cuando estoy seguro de que sí, empiezo a subir. Es un avance lento, ya que me aseguro de que no golpee demasiado fuerte contra la casa mientras me muevo. Cuando llego a la cima, hay unos sesenta centímetros entre el borde del tejado y yo. Por eso tenía que ir primero. Yo era el más alto de los tres. Drake quería estar aquí, pero teniendo en cuenta lo que teníamos que hacer, los tres pesábamos menos.

Alargando el brazo, agarro el borde y subo el resto del camino. Cuando llego arriba, me giro enseguida y me inclino para ayudar a los demás. Wyatt

es el siguiente, trepando por la celosía un poco más rápido que yo, pero aún así con cuidado en sus movimientos. Me agacho y le tiendo la mano a Wyatt. Él la coge y, con un leve gruñido, lo subo. Daisy es la siguiente, más rápida que cualquiera de nosotros, y trepa por la celosía con más agilidad.

Está a mitad de camino cuando un silbido, corto y suave, atraviesa la noche. Todos nos quedamos paralizados. Un segundo después, los faros de un coche que entra en el camino de acceso iluminan el patio trasero.

—¡Vamos! —le susurra Wyatt a Daisy.

Me dan ganas de empujarlo del tejado por romper el silencio aquí atrás. En vez de eso, lo miro con ira y luego me agacho para coger a Daisy. Ella empieza a trepar de nuevo, pero solo sube treinta centímetros cuando una voz y la luz de una linterna se acercan hacia nosotros.

—... dije que estaba aquí, ¿no? Daré una vuelta rápida por la parte de atrás y luego entraré. Te lo digo, solo estás siendo paranoico —dice una voz de hombre—. Sí, bueno, tu hijo es un idiota. Probablemente esté metido hasta las pelotas con una puta en Chasm. Sabes que no puede resistirse a un coño húmedo o a una mamada.

La voz se acerca a nosotros mientras quienquiera que sea registra la propiedad. Le hago señas a Daisy para que suba mientras mi corazón empieza a latir con fuerza en el pecho. Daisy asiente y trepa por la celosía más rápido que nunca para llegar a la cima. Cuando la celosía se acaba, se estira hacia nosotros.

Mierda. Sabía que era bajita, pero sus brazos no llegan ni de lejos tan lejos como los de Wyatt. Wyatt suelta una suave maldición a mi lado mientras se pone boca abajo. Los dos nos asomamos a medias por el borde del tejado, estirando los brazos hacia nuestra chica. Ella me coge la mano primero. La agarro por la muñeca y la tiro hacia arriba. Wyatt le coge la otra mano y, al unísono, la subimos.

No me sorprende mucho que sea tan fácil subirla. Es prácticamente una pluma. Pero tomo nota mentalmente de que estaré del lado de Drake a la hora de atiborrarla de comida en cada comida.

Justo cuando la subimos al tejado, un hombre dobla la esquina de la casa donde acabábamos de estar. Con el teléfono pegado a la oreja, pasa perezosamente la linterna de un lado a otro. Los tres lo miramos, inmóviles.

—Sí, sí, te oigo. Ahora mismo voy a pulsar el interruptor. —El hombre niega con la cabeza y cuelga, metiéndose el teléfono en su bolsillo—. Viejo bastardo… No me pagan lo suficiente para esta mierda.

Se dirige al centro del patio, da una vuelta completa de 360 grados y luego suspira.

—Le dije al cabrón que no era nada —refunfuña mientras sigue avanzando hacia el otro lado de la casa. Cuando se pierde de vista, todos soltamos un suspiro al unísono.

—Vamos —susurra Daisy.

—Espera, no habíamos previsto que hubiera una segunda persona aquí —sisea Wyatt, agarrándola del brazo—. ¿Qué hacemos ahora?

—Lo que vinimos a hacer. —La respuesta de Daisy es seca y fría mientras libera su brazo.

Vuelvo a sonreír mientras mi polla se remueve. Su naturaleza sanguinaria es absolutamente deliciosa. Y contagiosa.

—*Yo me encargo del recién llegado, tú y Wyatt sigan con el plan* —me ofrezco alegremente, encantado de poder ensuciarme las manos una vez más.

Daisy asiente, pero noto que Wyatt duda. Tanto Daisy como yo suspiramos al unísono.

—King se encargará del problema. Tú y yo vamos a deshacernos de George.

Wyatt asiente rápidamente.

—Ah, claro, vale.

Los tres nos ponemos de pie y nos arrastramos por el tejado hasta la pequeña ventana que, según Daisy, da al baño de invitados. Agachada junto a ella, Daisy se inclina y la levanta. Tal y como había prometido, no está cerrada con llave.

La miro fijamente un momento, maravillándome de lo detallista que es. ¿Cuánto tiempo estuvo fuera de esta casa en diferentes posiciones, planeando su intento de entrar? ¿Cuándo se enteró de que *esta* ventana en concreto siempre está abierta? Debe de haberle llevado una eternidad.

Es absolutamente increíble.

Daisy se cuela en la casa primero. Wyatt me hace un gesto para que entre yo, y no lo dudo. Me abro paso a través de la pequeña ventana y me encuentro en un baño sin nada especial. Daisy está de pie junto a la puerta, entreabierta, con la cabeza ladeada para oír mejor lo que pasa en el resto de la casa. Wyatt se cuela a continuación y cierra la ventana tras de él. Daisy levanta un dedo y yo contengo la respiración.

—... ¿qué quería? —pregunta el hombre que estaba fuera mientras se mueve por la casa. Parece que sigue en la planta baja.

—¿Qué te hace pensar que no estaba aquí solo por mí? —Ese debe de ser George.

—Porque Terra Miller no se acuesta con nadie sin tener algo a cambio. Todo el mundo lo sabe.

Me pongo tenso, al igual que Daisy y Wyatt. ¿Terra Miller? ¿La madre de Drake? ¿Era ella la que se había ido antes?

—No es asunto tuyo.

Se oye una risa burlona de incredulidad y un crujido de un tablón del suelo.

—Está intentando ascender... ¿Me vas a decir que no lo sabes?

—¡Claro que lo sé! Ahora deja de quejarte y ve a echar un vistazo arriba. Nadie te paga por tus consejos, solo por tu arma, Cam —sisea George.

Daisy se aleja de la puerta. El sonido de unos pasos subiendo las escaleras a zancadas me dice que, sea quien sea Cam, no le preocupa que haya alguien en la casa. Si no, intentaría que su llegada fuera un poco menos obvia. Tiro de Daisy hacia atrás y la empujo hacia Wyatt, que la arrastra bajo su brazo para protegerla.

Desplazo el peso hacia la punta de los pies.

Mi ritmo cardíaco se acelera mientras la emoción y los nervios hierven bajo mi piel. Flexiono los dedos a los lados. El matón a sueldo abre una puerta cercana. Sus pesados pasos me indican que está registrando la habitación de al lado de forma rápida y descuidada. Murmura algo entre dientes mientras se mueve. Abro la puerta lo suficiente para que los demás salgan y les hago un gesto con la cabeza.

Daisy asiente y se escabulle rápidamente de debajo del brazo de Wyatt y sale del baño. Wyatt la sigue de cerca, posando brevemente su mano en mi

hombro. Veo cómo los dos se cuelan en otra habitación, y luego cierro la puerta del baño hasta que queda casi cerrada de nuevo.

El guardaespaldas de George sale al pasillo. Sigo sus pasos a medida que se acerca. Cuando llega a la puerta del baño, vuelvo a meter la mano en el bolsillo. Sin apartar la vista de la puerta, saco el cuchillo de la funda. En cuanto empujan la puerta, agarro el pomo y la abro de un tirón. El movimiento sobresalta a Cam y le hace perder el equilibrio.

El hombre de pelo ralo peinado sobre una cabeza calva y brillante solo tiene tiempo de jadear. Mis músculos se tensan antes de que entre en acción. Saltando hacia delante, le tapo la boca con una mano mientras lo empujo contra el marco de la puerta. Atrapado entre el marco y yo, Cam no puede reaccionar lo suficientemente rápido mientras mi otra mano le clava la hoja de mi cuchillo en el cuello.

Mantengo la mirada de Cam. El miedo y el dolor hacen que sus ojos se agranden y se humedezcan. Doy un paso adelante, clavando la hoja más profundamente. La diversión brota en mi pecho. ¿Este hombre cree que está sufriendo? No sabe lo que significa esa palabra.

Por el rabillo del ojo, percibo un movimiento. Me arriesgo a echar un vistazo y veo a Daisy y Wyatt bajando las escaleras de puntillas.

Cam gruñe y me empuja, pillándome desprevenido. Tropiezo hacia atrás, y el cuchillo sale disparado conmigo. Con la boca libre, la abre para gritar una advertencia. Solo sale sangre. Una de sus manos busca frenéticamente la pistola que lleva en la cintura, mientras la otra presiona la herida del cuello. Una emoción salvaje me recorre el cuerpo. Cuando respiro hondo, me siento más vivo que nunca.

Dando un salto hacia delante, me río.

Mi cuchillo se clava en su pecho y, mientras él se estremece, le aparto la mano de la funda. Me empuja, gruñendo de dolor. La sangre brota de la herida de su cuello, creando un desastre. Me encanta todo esto.

Sonriendo tras mi máscara, ajusto el cuchillo en mi mano y vuelvo a lanzarme sobre él.

OceanofPDF.com

Veintiséis



Los gruñidos de dolor que llegan de arriba se desvanecen mientras Daisy y yo avanzamos por la casa a oscuras. Mi corazón late con nerviosismo mientras nos movemos. Dejo que Daisy vaya delante. Me impresiona cómo se mueve con confianza por la casa como si fuera suya, incluso con las luces apagadas.

Atravesamos el gran comedor, luego una sala de estar que es casi del tamaño de mi casa, y bajamos por un pasillo antes de que los sonidos de alguien moviéndose lleguen a mis oídos. Sin detener su paso, Daisy se abalanza hacia abajo mientras levanta el pie y saca su enorme cuchillo de caza de la bota.

La imito, sacando mi cuchillo del bolsillo trasero. Mi mano se aprieta alrededor de la empuñadura mientras la sangre me ruge en los oídos. El silencio de la casa, mezclado con la tarea que tenemos entre manos, hace que mi corazón se acelere. El sudor se acumula en mi frente. Por mucho que quiera secármelo, mi máscara me lo impide.

Los dos nos detenemos justo fuera de lo que debe de ser su despacho. Puedo oír el ruido de papeles moviéndose y a George murmurando para sí mismo. Daisy respira hondo. Puedo oír cómo inspira suavemente. Al exhalar, abre la puerta de una patada y se lanza.

Yo voy justo detrás de ella.

George da un respingo en su asiento al oír el fuerte golpe de la puerta contra la pared. No está tan sorprendido como pensaba. Nos lanza una mirada fulminante mientras saca una pistola de debajo de su escritorio. Sin dudarlo, apunta a Daisy mientras ella se abalanza hacia él.

Extiendo la mano, la agarro por la parte trasera de su chaqueta y la aparto de un tirón. La primera bala pasa de largo sin causar daño. La suelto, y los dos nos giramos y nos agachamos. Mientras salto hacia un lado y Daisy se mueve en la dirección opuesta, la segunda bala impacta en el suelo junto a mis pies. Veo a Daisy lanzando su cuchillo. Falla por menos de dos centímetros de la cabeza. George se pone en pie, apunta con la pistola a Daisy y gruñe.

El tiempo se ralentiza mientras el pánico dispara mis instintos a toda velocidad. Mis pies se mueven por su cuenta mientras recorro la corta distancia que me separa de George. El arma se dispara al mismo tiempo que le clavo el cuchillo en las entrañas.

George ruge de agonía, su cuerpo se paraliza mientras intenta respirar a pesar del dolor. La pistola que tiene en la mano cae con un ruido sordo sobre su escritorio. El croar que brota y se derrama por sus labios me recuerda a una rana. Su cuerpo se estremece antes de desplomarse en la silla.

Algo se desata dentro de mí. Es una alegría perezosa mezclada con hambre. Se extiende, haciendo que mis extremidades hormigueen con una energía renovada. Mi boca se abre en una sonrisa que sé que me asustaría si pudiera verla.

He apuñalado a alguien. He *apuñalado* a un ser humano vivo. Sé que debería estar asustado, o tal vez incluso en estado de shock, pero no siento nada de eso mientras me enderezo lentamente. Una voz tranquila me susurra en la cabeza:

«*Acaba con él*».

Cuando respiro hondo, una ansiosa expectación me llena los pulmones. Me inclino hacia delante, listo para agarrar el mango.

—¿Por qué? —jadea George, mirándome.

Hago una pausa mientras miro fijamente el rostro del hombre mayor que está sentado frente a mí. El odio inunda mi sistema nervioso, a punto de

arruinar el subidón que me hace ansiar más dolor.

—Porque me quitaste a mi chica —siseo.

La confusión se refleja por un instante en su rostro.

—¿Q-quién?

—Yo, George. —Daisy da un paso adelante y se sube la máscara—. Pero el hecho de que necesites detalles para averiguar de quién podría estar hablando me dice que has destrozado más de una relación.

George mira a mi chica y se queda boquiabierto.

—No… Francis dijo que eras tú, pero yo no… No le creí. ¿Has vuelto?

Daisy deja caer su mochila y abre la cremallera.

—Bueno, Francis tenía razón.

—Se supone que deberías estar... —George jadea antes de continuar—. Muerta. Briar Glen se está desmoronando porque no... moriste. Zarzuz te necesita para enviarnos... su fuerza.

Me burlo.

—Tu dios no existe.

—Sí que existe. Z-Zarzuz espera a su novia.

Sus palabras me cabrean. Me repugna la forma en que mira tan intensamente a Daisy mientras ella saca una bolsa llena de fotos polaroid. Es como si estuviera deseando que ella cayera muerta ante él. Me inclino hacia delante y agarro el mango del cuchillo. Antes de que pueda sacarlo y apuñalarlo de nuevo, Daisy me detiene.

—Espera, mi impaciente demonio. —De alguna manera, Daisy es capaz de reírse. Mientras lo hace, abre la bolsa y tira las fotos delante de George. Su mirada se desvía de ella hacia ellas.

—¿J-Jeff? ¿Mataste a mi hijo? —Las palabras de George se rompen en un sollozo. Intenta alargar la mano para coger una foto, pero su brazo solo llega hasta la mitad antes de caer, y se recuesta en su asiento—. ¡*No*! Ya le entregué a Zarzuz a mi primer hijo. ¡Jeff se merecía vivir!

¿Su primer hijo? ¿George era una de las personas que había sacrificado a alguien? No sé por qué me sorprende. Dada su posición dentro de la secta, es lógico que lo diera todo por su amado dios.

Daisy se ríe.

—No te preocupes, George, su muerte no fue en vano. Le entregué su vida a Lilith, pidiéndole que me diera fuerzas para destruirte a ti y a los demás.

Se sienta en el borde del escritorio mientras George grita horrorizado. Lo miro, preguntándome por qué no siento remordimiento ni repugnancia. ¿Será porque sé qué tipo de persona es? ¿O porque soy un psicópata?

—Dime una cosa, George —continúa Daisy—. ¿Qué se siente al saber que tu muerte se acerca?

George niega con su cabeza, con lágrimas corriendo por su rostro.

Me acerco a él.

—Respóndele.

Él solloza:

—Me... me siento impotente.

Daisy asiente.

—Tiene sentido. Recuerdo cuando me ataron a una roca con un cuchillo sobre mi pecho. Me sentí igual. ¿Quieres defender tu caso? ¿Pedirme que te perdone? ¿O podemos saltarnos esa parte, sabiendo *que tú* no tenías intención de perdonarme mientras yo lloraba bajo la hoja de Francis?

—Zarzuz… —jadea George—. Él… te espera. Para darte… —hace una mueca de dolor—. Una buena vida en el más allá a su lado. Nunca se supuso que debieras vivir….

Tiemblo. Quizá en *su* mundo Daisy no debía estar viva, pero en el futuro que imaginaba de niño, ella estaba allí conmigo.

—Él no es real.

—¡Sí que lo es! Él espera con los brazos abiertos… a todos sus seguidores.

Daisy se ríe entre dientes mientras yo me burlo.

—Solo te espera una fría nada al otro lado, George.

El hombre llora con más fuerza, negando con su cabeza.

—Quiero que sepas, George... —Daisy se acerca un poco más a él—... que un pajarito ha desenterrado todos tus historiales de pacientes; incluidos aquellos en los que encubriste un embarazo que habría acabado en un sacrificio. Eras médico, George. Tu trabajo era ayudar a la gente, ¿y qué hiciste en tu vida? Robaste innumerables vidas.

Por «pajarito» se refiere a Owen, quien desenterró todos y cada uno de los expedientes que George guardaba. El número de nombres en esa lista era espantoso. Al ser el único médico de la ciudad, George Herring cometió crímenes horribles en nombre de Zarzuz y no tuvo a nadie que lo detuviera.

Daisy sonríe dulcemente al hombre moribundo.

—He guardado estos registros. Los combinaré con todo lo demás que he descubierto sobre los Zarzuzians y lo enviaré a los periódicos, a los funcionarios del gobierno y a todo el mundo que se me ocurra. Serás recordado como un monstruo.

—T-tú eres el monstruo —jadea él.

—Por suerte para mí, ya me han borrado y olvidado. Monstruo o no, nadie sabrá jamás de mi participación en el caos que se desatará aquí, en Briar Glen.

Cuando su sonrisa se desvanece, se me parte el corazón.

Tiene razón. Incluso después de todo esto, Daisy seguirá siendo un fantasma para el mundo. La inquietud me oprime el pecho. Se nos ocurrirá algo. Una vez que se haya vengado, empezará una nueva vida conmigo... con *nosotros*. En algún momento tendremos que sentarnos todos y hablar del futuro.

Veo cómo Daisy se desliza alrededor del escritorio para colocarse junto a George. Él la mira, con lágrimas corriendo por su rostro, su boca abriéndose y cerrándose como un pez dorado.

—Sabe que estás aquí. Sabe que eres tú quien está causando estragos. Zarzuz se lo ha dicho. F-Francis te encontrará y terminará lo que empezó.

—Francis puede intentarlo. —Daisy se inclina hacia delante y envuelve con los dedos el mango de la hoja que sobresale del pecho de George—. Dile a tu hijo: «Te lo dije» cuando lo veas.

Antes de que pueda responder, Daisy saca la hoja y se la clava de nuevo en el cuerpo. George grita de dolor. Su cuerpo se sacude violentamente mientras tose sangre. El gorgoteo del líquido acumulándose en sus pulmones… Trago saliva con dificultad al darme cuenta de lo mágico que es ese sonido. Al igual que la forma en que la vida se va apagando del rostro de George. Ella repite este movimiento de apuñalarlo una y otra vez. La sangre salpica por todas partes. Los débiles gritos de George se desvanecen

hasta que lo único que queda es el golpe sordo de la hoja atravesando la piel, un músculo y el cartílago, y el ruido de succión al sacarla.

Lo observo con asombro. Siento calor en las mejillas y mi corazón se acelera por una razón totalmente nueva. Se me marca la tela de los pantalones mientras mi polla se pone dura ante la visión de un cuerpo fresco expuesto ante mis ojos. Me lamo los labios, me acerco y simplemente… me quedo mirando.

No es que George sea atractivo. No, no es por eso por lo que de repente estoy más duro que una roca. Es la falta de vida, el caparazón de un ser humano. Es tan embriagador saber que yo estoy vivo y él, bueno, está lejos de estarlo. Intento respirar para superar esta reacción inapropiada, pero no sirve de nada para calmar el deseo enfermizo que me agita.

Tengo que salir de aquí antes de hacer el ridículo.

Parpadeo para salir de ese momento y levanto la vista hacia Daisy. Su expresión es totalmente inexpresiva mientras levanta el brazo y sigue apuñalando. Tiene la cara y las manos cubiertas de sangre, pero no parece darse cuenta.

—Daisy.

No reacciona. Lo intento de nuevo.

—¡Daisy*!*

De nuevo, no responde. Simplemente sigue apuñalando. Maldiciendo para mis adentros, me acerco a ella hasta quedar justo detrás.

—¡Oye, Daisy! —Le agarro el brazo justo cuando lo levanta de nuevo. Su cuerpo se estremece y deja escapar un suave jadeo—. Oye, estás a salvo. Ya está muerto. Puedes relajarte.

Su cuerpo se relaja y el cuchillo que tiene en la mano cae al suelo. No se mueve ni habla. Daisy se queda ahí de pie, con la mirada fija en George. Le echo otro vistazo y me trago un gemido mientras mi polla se pone aún más dura.

¿Qué me pasa*?*

—Nunca me recuperaré.

Las palabras de Daisy alejan mis pensamientos de mi polla palpitante y del hombre muerto que tengo delante. La rodeo con mis brazos y la atraigo

hacia mi pecho.

—No digas eso. Eres perfecta tal y como eres.

—Estoy destrozada, Wy. —Su admisión se hace en voz baja, pero percibo el matiz de dolor que o bien intenta ocultar o bien no se da cuenta de que está ahí—. Él me destrozó. El *pueblo* me destrozó. No puedo confiar, no puedo vivir sin odiar, y…—Traga saliva con tanta fuerza que puedo sentirlo a través de su cuerpo—. Quiero que esto… —señala con la mano a George —… me complete, pero no siento absolutamente nada.

Aprieto los ojos con fuerza, odiándome a mí mismo por no poder volver al pasado y deshacerlo todo. Si había alguien capaz de vivir la vida al máximo, esa era Daisy. Sé que la antigua Daisy está aquí, simplemente lo sé. Solo está un poco deslustrada. Después de todo esto, me aseguraré de que algún día vuelva a brillar. Con un suspiro, me levanto la máscara.

La giro entre mis brazos, le agarro la barbilla y la obligo a levantar la cara. Su mirada está perdida, sus cejas están fruncidas por la incertidumbre.

—Por ahora, yo sentiré todo lo que tú no puedas, ¿vale? —le prometo—. Cuando estés en mis brazos, puedes relajarte y encontrar consuelo.

Daisy parpadea. Veo cómo lucha por volver al presente. Mi pulgar, apoyado en su barbilla, deja un rastro de sangre al deslizarse por su piel. Está impresionante cubierta de la sangre de otra persona. ¿Y esa vulnerabilidad en su rostro? Mi corazón se infla, a punto de salir de mi pecho solo para envolverla. Incapaz de contenerme, me inclino y capturo sus labios con los míos.

Cuando me aparto para mirarla a la cara, veo que la vida vuelve rápidamente a ella. Me dedica una sonrisa suave y tímida antes de ponerse de puntillas para alargar el cuello y besarme de nuevo. Me acerco a ella. Sus manos se levantan para sujetarme la cara y abre la boca para deslizar la lengua por mi labio inferior. Abro la boca, aceptando con ganas su invitación.

Daisy deja escapar un suave gemido, y mi polla, que ya estaba dura, se pone aún más dura. Sus caderas se inclinan hacia delante y se presionan contra las mías. Su suave risita al separarse me hace sonrojar.

—Mmm, parece que este tipo de ambiente te va bien —me provoca. Al mirar a George, se ríe más fuerte—. Quizá no sea yo, quizá sea algo

completamente distinto.

—Definitivamente eres tú —le aseguro—. Pero tengo que admitir… que esto es, eh, una experiencia nueva para mí y no me desagrada que haya un espectador con nosotros —respondo apresuradamente—. Además, por lo que parece, puede que haya nacido para ser un asesino. No estoy tan asustado como debería.

Su mano baja y me agarra la polla. Me sobresalto, pero luego me acerco a su cálida palma.

—La muerte es algo natural. No hay nada que temer ni por lo que asustarse —me asegura—. Está claro que te excita.

No es tan natural cuando te asesinan brutalmente en tu propia casa, como le pasó a George, pero no se lo digo. No con su mano apretándome suavemente.

—Deberíamos ir a ver cómo está Kingston. —Suspira y se aleja de mí.

La pérdida de su mano en mi polla me hace estirar el brazo y agarrarla de nuevo, esta vez por la cintura. Ella jadea mientras la levanto y la coloco en el borde del escritorio de George.

—En un segundo —le susurro contra los labios justo antes de besarla de nuevo. Mi corazón late con alegría en mi pecho con Daisy en mis brazos y la sangre cubriéndonos a los dos.

Ella alarga la mano y me acaricia la cara, untándomela con la sangre de George. Gimo, acercándome más a su cuerpo. Mis caderas se frotan contra su pelvis. Dios, podría correrme solo con esto. Daisy se aparta al cabo de un momento. Cuando nuestras miradas se cruzan, veo sus ojos brillando en la escasa luz que se cuela en la habitación.

—Tengo una idea.

Sonrío.

—Sea lo que sea, seguro que es creativo.

Guiñándome un ojo, salta del escritorio, me agarra de la mano y me acerca a George, que está encorvado hacia delante en su silla. Le agarra un puñado de pelo y tira de él hacia atrás para que se incline hacia atrás. Sin soltarlo, usa la otra mano para dar unas palmaditas en el escritorio justo delante de él.

—Sube y siéntate frente a George.

Frunzo el ceño.

—Daisy, yo...

—Confía en mí.

Mi vacilación es breve antes de hacer lo que me pide. Cuando estoy sentada, de cara a George, miro a Daisy, confundido. Su sonrisa se vuelve pícara.

—Desabrochate los pantalones.

Tardo en abrir la cremallera, con las manos temblando de excitación. Normalmente *soy* yo quien da las órdenes, pero que Daisy me diga lo que tenemos que hacer me pone mucho, y en ese momento estoy seguro de que haría cualquier cosa que me pidiera.

Cuando mi polla queda al aire, se inclina y me acaricia una vez, dos veces, y luego me da un apretón fuerte. Gimo. Apoyando las manos hacia atrás, me sostengo en el escritorio y miro a Daisy mientras me lanza otra sonrisa pícara.

—Dime si esto es demasiado, ¿vale? —me pregunta.

Resoplo.

—No te preocupes, aún no he encontrado mis límites... ¡DIOS MÍO, *DAISY*!

De repente, mi chica tira de George hacia delante. Su boca abierta se cierra alrededor de mi polla y, de repente, me llega hasta el fondo de la garganta. La saliva y la sangre de George se acumulan sobre mi polla, que sigue estando sorprendentemente caliente. Su lengua se mueve contra mi polla y yo aspiro aire bruscamente, horrorizado y absolutamente alucinado por lo excitado que estoy.

—¿Estás bien? —La pregunta de Daisy es casi un ronroneo, como si supiera *exactamente* cómo me siento y solo estuviera burlándose de mí.

Sé que tengo la boca abierta, pero parece que no encuentro fuerzas para cerrarla. Mirando de George a Daisy, sé en ese momento que moriría por esta mujer. Desmembraría cuerpos, arrancaría globos oculares, iría a la cárcel, joder, haría *cualquier cosa* por ella. Estoy tan jodidamente

enamorado de Daisy Murray que mi corazón parece no poder dejar de latir a mil por hora mientras la miro.

—Yo... yo... sí, sí. Estoy bien —logro decir con voz ronca.

Su sonrisa se convierte en una amplia mueca mientras levanta la cabeza de George casi por completo antes de volver a hundírselo. Se me cruzan los ojos mientras gimo ante la extraña y enfermiza visión de un hombre muerto sobre mi polla. Sin chupadas, es sobre todo la sensación de fluidos goteando sobre mí, pero ¿ver a mi chica dándome placer con un cadáver? Es más allá de lo que he llegado incluso en mis fantasías. Cuando estaba con Brett, jodíamos *cerca* de un cadáver... ¿pero encima o *dentro* de uno? Nunca. Ese era el límite infranqueable de Brett.

Debería ser el mío. Joder, debería ser *el de todo el mundo.*

Pero no lo es. Soy una persona jodida con una perversión que nadie, salvo alguien tan jodido como yo, entendería.

Daisy es mi alma gemela. Lo sé.

No puedo evitar que otro gemido profundo se me escape de los labios ni que mis caderas se estiren hacia arriba, hacia la boca del cabrón muerto. Daisy se detiene un momento para trepar al escritorio a mi lado. Vuelve a bajar la cabeza de George, pero esta vez inclina su cabeza hacia mí. Yo accedo de inmediato, bajándome para besar a la mujer de mis sueños.

Su suave gemido en mi boca casi me lleva al límite.

Arriba y abajo, la lengua y los fluidos de George se mueven sobre mi polla mientras la lengua de Daisy explora perezosamente mi boca. ¿Podría esta noche ser aún mejor?

Cuando algo aterriza en mi hombro, viniendo de un ángulo diferente al que Daisy podría alcanzar, me aparto bruscamente de la boca de Daisy, con el corazón en un puño. Se me corta la respiración al ver a Kingston allí de pie, con su máscara levantada, mirándonos. Joder… Se debe de estar preguntando en qué coño se ha metido. Sobre todo porque Daisy no deja de masturbarme con la cabeza de un muerto. Para mi sorpresa, me sonríe con aire burlón.

—King —le llama Daisy.

Sus ojos se desvían hacia su amiga por un instante antes de volver a mirarme. Poco a poco, levanta algo hasta que lo veo. Me quedo

boquiabierta mientras me muestra una mano cortada. Se inclina hacia delante y deja que las yemas de los dedos me rocen la mejilla. Joder, ¿por qué coño me hace esto latir el corazón? Kingston se ríe entre dientes mientras deja caer la mano a mi lado, sobre el escritorio.

—¿*Necesitas una mano aquí*? —pregunta Kingston.

O algo por el estilo. Suelto una risa temblorosa. ¿Cómo es *que* no se está volviendo loco por lo que Daisy y yo estamos haciendo? Todos debemos de estar completamente jodidos.

Kingston rodea el cuerpo de George para colocarse frente a Daisy. La cabeza de George se detiene, con los labios rodeando la base de mi polla mientras la punta de mi miembro se asoma justo más allá de sus amígdalas.

—Ha sido muy amable por tu parte pensar en Wyatt. Creo que tengo todo bajo control en este aspecto, pero me vendría bien un poco de atención. ¿Te unes a nosotros?

Le lanza una sonrisa. Tiene sangre en los labios y los dientes... ¿Ha mordido a alguien? Ella se inclina hacia delante y él va a su encuentro, besándola con ansia. Sus manos ensangrentadas se hunden en su pelo y él se inclina hacia ella.

Mi polla se estremece en la boca de George.

Aunque nunca lo admitió, ni siquiera después de su desaparición, siempre pensé que Kingston estaba enamorado de Daisy. A pesar de lo mucho que se burlaba de ella y se reía de algunas de las cosas que hacía, siempre tenía ese brillo codicioso en los ojos cada vez que la miraba fijamente y ella no se daba cuenta. Ahora, no hay duda de dónde está su corazón.

Sin interrumpir el beso con Kingston, Daisy vuelve a mover la cabeza de George. Gimo, con los párpados entreabiertos. Joder, esto tiene que ser un delirio febril de proporciones épicas. Deberíamos salir corriendo de aquí, ir a buscar a Owen y Drake, que probablemente estén enloqueciendo preguntándose por qué tardamos tanto.

Pero no soy capaz de detener esta locura.

Dejo que me consuma, disfrutando de la extraña sensación que envuelve mi polla y viendo a dos de las personas más atractivas que he conocido besándose mientras están cubiertas de una cantidad alarmante de sangre.

No tardo mucho. Mi espalda se encorva hacia delante mientras mi mano se posa sobre la de Daisy, donde ella sujeta la cabeza de George. Mis pelotas se tensan justo cuando la tensión de mi cuerpo se rompe. Cuando me corro, no puedo contener el grito de éxtasis que llena la habitación. Daisy se separa de Kingston, que simplemente se inclina hacia delante para besarle el cuello, y me sonríe.

—Vas a ser mi perdición, mujer —digo con voz ronca mientras intento recuperar el aliento.

Su única respuesta es reírse.

OceanofPDF.com

Veintiséis



Aparte de Kingston escabulléndose en la oscuridad hace unos minutos, no hay movimiento en la casa de George Herring. Apretando los dientes, registro cada rincón que veo en busca de cualquier señal de vida.

Pero no hay ninguna.

Casi apuñalo al hombre que apareció hace veinte minutos mientras merodeaba por el patio trasero. La única razón por la que dudé fue porque no quería que un vecino me viera arrastrando un cadáver. Con mi sudadera con capucha y la máscara puesta, probablemente no me reconocerían. Aun así, cuanto menos alboroto haga mientras Daisy y los chicos están dentro, mejor.

Me reconforta un poco saber que si el recién llegado hubiera visto a Wyatt, Daisy y Kingston, habría habido algún tipo de alboroto. Lo suficiente como para avisarme de que necesitaban ayuda. Así que, por ahora, me quedo quieto, conteniendo la respiración.

¿Dónde está ese hombre ahora? ¿Y George sigue vivo?

Tengo todo el cuerpo tenso, listo para moverme si hace falta. Les daré solo unos minutos más. Si para entonces no aparecen, yo...

¡Ahí! Tres sombras se mueven por la casa. Mi mirada se dirige hacia el movimiento. Suelto un suspiro de alivio. Observo cómo se acercan a la

puerta trasera. Justo cuando la más bajita, Daisy, va a agarrar el pomo, los faros de un coche iluminan el camino de entrada. Deben de haber visto la luz también, porque los tres se quedan quietos.

Maldiciendo, me deslizo en la oscuridad, de vuelta hacia el camino de entrada. El sonido de una puerta de coche cerrándose resuena fuerte en la noche. Le sigue el sonido de unos tacones golpeando el pavimento. Mis pasos vacilan. Mierda.

Ha vuelto.

¿Los otros reconocieron a mi madre cuando se fue la primera vez? ¿O había sido yo el único con la suerte de ver a esa zorra traidora moverse por territorio enemigo como si fuera su casa? Avanzando entre las sombras hasta que la parte delantera de la casa que queda a la vista, veo a Terra Miller mientras se dirige con paso firme hacia la puerta.

Busco el cuchillo que me regaló Daisy, que está en su funda, en mi cinturón.

Parece más mayor. El pelo rubio que heredé de ella ahora está descolorido y canoso. También parece más fino. Su cara tiene más arrugas de las que recuerdo, sobre todo entre las cejas y alrededor de la boca. Pero a pesar de los signos de la edad, va arreglada como si tuviera veinte años y su maquillaje es exagerado.

Un resentimiento amargo se acumula en mi lengua. Esta mujer me tuvo encerrado durante meses, dándome la mínima cantidad de comida posible, obligándome a cagar en un cubo en el mismo lugar donde tenía que dormir, todo mientras pregonaba que lo hacía para que viera las cosas con mejor perspectiva. Como si *alguna vez* quisiera formar parte de su secta de locos. Estaba dispuesta a atormentarme, a permitir la muerte espantosa e injusta de Daisy, ¿y para qué?

Mis dedos se cierran sobre la empuñadura del cuchillo. Terra golpea la puerta principal, claramente cabreada por algo. No se daría cuenta de su propia muerte si me acercara sigilosamente y le cortara el cuello ahora mismo. Mi mano se aprieta alrededor de la empuñadura.

¿Y qué hay de Bethany y Caroline? ¿Puedo quitarles a su madre*?*

Mis hermanas se aferraban a cada palabra que mi madre les decía. No tengo ninguna duda de que las han iniciado en la secta de Briar Glen. No

dijeron nada para impedir que Terra y mi padre me castigaran, ni parecieron preocuparse cuando estaba haciendo las maletas para irme al entrenamiento básico. No tengo ningún vínculo con ellas.

Sin embargo, aprieto los dientes al pensar en hacerles daño de esta manera.

Dejo caer la mano del cuchillo y exhalo. Veo cómo Terra mete su mano en el bolsillo y saca un juego de llaves.

¡Maldita sea, no puede entrar!

Miro hacia el coche de George. La caja de cenizas que Daisy desenterró la otra noche está justo debajo, a la vista. La bomba que preparó es rudimentaria, pero me sorprendió que Daisy supiera fabricarla sin buscar instrucciones en Internet *y* que tuviera casi todo lo que pudiera necesitar para ella y para otras similares. Además de sus conocimientos sobre fabricación de bombas, Daisy consiguió montar un detonador con ella en solo unos minutos.

Parece que es una mujer con muchos talentos. Y peligrosos, además.

Se supone que debo esperar a activarla cuando el camino esté despejado y los demás hayan salido del edificio. Pero cuando mi madre introduce la llave en la cerradura, tomo la decisión definitiva. Mi mano se desliza en el bolsillo y mi dedo presiona el pequeño botón. La explosión que sigue es instantánea. El coche de George sale disparado unos cuantos metros por los aires y estalla en llamas. El ruido es ensordecedor, y la fuerza de la bomba me hace tambalearme hacia atrás.

El grito de mi madre se oye por encima del rugido de las llamas.

Me preparo y vuelvo a salir corriendo hacia el patio trasero, agachándome y manteniéndome en las sombras. Justo cuando doblo la esquina trasera, veo a Wyatt, Kingston y Daisy corriendo a toda velocidad hacia el otro lado de la casa, donde Owen espera en un árbol. Los sigo, silbando suavemente para que sepan que soy yo quien se acerca.

Daisy reduce la velocidad y se da media vuelta.

—¡Corre, corre, corre! —siseo al acercarme a ella. En lugar de esperar a que se dé la vuelta, la cojo en brazos y me la echo al hombro. Su peso no se nota. Es como si fuera una mochila.

La risa de Daisy es suave y entrecortada mientras la sacudo de un lado a otro. Delante de nosotros, Owen salta del árbol y se une a nosotros. Mientras nos dirigimos al coche de Daisy que recogimos antes, el sonido de las sirenas empieza a resonar en la distancia. Saltamos setos, atravesamos propiedades mientras las luces parpadean y recorremos las calles a toda velocidad.

Llegamos al coche solo unos minutos después. Está aparcado en un callejón entre una antigua heladería que lleva cerrada desde antes de que naciéramos y una lavandería que ya ha cerrado por la noche. Apenas reduzco la marcha mientras ajusto a Daisy en el suelo.

Ella abre el coche y nos metemos todos dentro.

—¡Vaya, qué divertido! —tararea Daisy alegremente mientras sale a toda velocidad del callejón.

Wyatt resopla y se quita su máscara a mi lado.

—Ha sido *una locura*.

—Dios, estaba tan nervioso —admite Owen, aplastado contra la puerta de enfrente—. No sabía si debía volver a encender las luces cuando no salieron enseguida.

—Lo hiciste bien, Owen —le asegura ella—. Drake, tengo que contarte lo que he oído sobre tu madre...

—Sigue metida en esto, lo sé. —Trago saliva para contener la bilis que me sube por la garganta—. Era ella la que se marchaba mientras vigilábamos la casa, y volvió con cara de enfado. Si no hubiera volado el coche, los habría pillado.

—Mierda —susurra Owen—. Esto es complicado.

—No complica nada. Estaba saliendo con George, pero ahora que él está muerto... —Miro a Wyatt, que asiente con la cabeza—. ... no tiene ninguna conexión con los altos mandos. La dejamos en paz a menos que demuestre que es una amenaza.

Se hace un breve silencio.

Daisy es la primera en romperlo.

—De acuerdo, Dre. Lo que tú quieras.

No estoy seguro de lo que quiero en lo que respecta a Terra Miller. Por ahora, no es importante.

Daisy se lleva la mano a la cara y se quita su propia máscara. Si no hubiera estado justo detrás de ella y observando el movimiento, no habría notado el pequeño estremecimiento que sigue al gesto.

—¿Qué ha sido eso?

Los ojos de Daisy se posan en los míos por el espejo retrovisor.

—¿Qué ha sido qué?

—Estás herida, ¿verdad?

En el asiento del copiloto, Kingston gira la cabeza de golpe para mirar a Daisy y Wyatt se asoma entre los dos asientos con un grito ahogado.

—¿Qué? ¿Dónde? —pregunta él.

Kingston extiende la mano y la agarra por la muñeca.

—¡No es nada! ¡Estoy bien!

—Es su brazo —gruño, apartando a Wyatt de un empujón. Él me devuelve el empujón.

—Joder, tiene razón —jadea Wyatt—. Te han disparado.

Se me va todo el color de la cara. ¿*Le han disparado*?

—¡Daisy! ¿Estás bien? ¿Por qué no has dicho nada? —pregunta Owen—. ¿Deberíamos ir al hospital del pueblo de al lado?

Daisy suspira.

—No es nada. La bala me ha rozado. Solo necesitaré una tirita...

—Al hospital no. Nos vamos directamente a casa de Wyatt para que pueda echarle un vistazo —espeto, cortándola en seco—. Yo decidiré lo que necesitas. Si son puntos, yo te los puedo poner. Por ahora, aparca y deja que conduzca uno de nosotros.

Debería haber sido yo quien entrara con ella. Esto nunca habría pasado si hubiera estado dentro. Una rabia sin igual me invade. ¿Por qué pensé que podía confiar en Wyatt y Kingston, dos personas sin experiencia en peleas ni en matar, con la vida de Daisy? Aprieto los puños mientras la miro con ira por el retrovisor.

—Eh, no. —Su respuesta seca va acompañada de un gesto de incredulidad con los ojos que se asegura de que vea—. Este es mi coche, yo conduzco.

Además, no me estoy desangrando y no me impide moverme. Te lo digo, estoy bien.

—Y *yo te* digo que, si no paras al menos para que lo vea ahora mismo, me aseguraré de que te quedes fuera mientras *nos* ocupamos de los demás —le digo.

Daisy no dice nada y, por un segundo, el motor del coche ruge desafiante.

—Vamos, Daisy, déjanos ver —suplica Owen en voz baja—. Danos un poco de tranquilidad.

El silencio se hace pesado.

—Dre, te dejaré que lo compruebes en casa de Wyatt, ¿vale? —pregunta Daisy al cabo de un momento, con voz tensa—. Ahora mismo no tenemos tiempo para esto. Tenemos que esconder este coche, ir a por el tuyo y volver a escondidas a casa de Wyatt.

Mientras los demás acceden, yo hiervo de rabia en silencio.



En cuanto Daisy apaga el motor y aparca en el camino de tierra escondido donde está mi camioneta, a las afueras del pueblo, abro mi puerta de un golpe y me acerco con paso firme para abrir la suya de un tirón.

—¡Drake! —Daisy me lanza una mirada fulminante mientras invado su espacio.

Su incredulidad solo me cabrea más. ¿No he dejado clara mi postura en lo que respecta a su bienestar? Supongo que no.

Me agacho, tiro de Daisy para sacarla del coche agarrándola por el brazo sano y la pongo de pie. El grito ahogado que suelta hace que Kingston me lance una mirada fulminante por encima del capó del coche. Lo ignoro.

—Con cuidado, Dre —me advierte Wyatt mientras sale del coche a continuación.

¿Con cuidado? *¿Con cuidado?* ¿Dónde estaba su *cuidado* con nuestra chica mientras estaban en casa de George? Ni le dedico una mirada, sabiendo que ya me encargaré de él más tarde.

Daisy me empuja en el pecho, gruñendo mientras intenta apartarme.

—Drake, cálmate.

Sin esperar, le abro la cremallera de la chaqueta y se la quito. Cuando cae al suelo, le agarro el brazo y se lo levanto. Ahí, justo debajo de la manga corta de su camiseta, hay una herida de bala sangrante. Se me corta la respiración. *Le han disparado…* Verlo lo hace real. Me recuerda que solo somos humanos y que nos estamos arriesgando a algo más que una simple amonestación de las autoridades. Existe una posibilidad real de que alguno de nosotros muera.

Respiro hondo y examino la herida.

Daisy tiene razón. Probablemente no necesite más que una limpieza a fondo y una tirita, pero aun así. Solo ver cómo le gotea la sangre por el brazo me ahoga tanto que no puedo evitar que un escalofrío horrible me recorra el cuerpo ni calmar los latidos acelerados de mi corazón.

Ni la rabia que me da que Daisy haya intentado ocultarnos la herida a todos.

—Me lo dirás cada vez que te hagas daño —le digo con los dientes apretados mientras la miro con ira.

Daisy suelta una risita breve y aguda, incrédula.

—No seas ridículo.

—Lo digo en serio. —La atraigo hacia mí con un tirón, haciéndola jadear —. Ya sea que te golpees el dedo del pie o te cortes con un papel, quiero saberlo.

—Te comportas como una vieja gallina clueca. —Intenta soltar su brazo. No la suelto.

—No voy a repetirlo. —No puede hacerse daño. Si le vuelve a pasar algo porque yo no estaba allí o no pude evitarlo, no podré vivir en paz conmigo mismo. La sangre me late con fuerza en los oídos.

A nuestro alrededor, los demás se mueven, abriendo el maletero y pasando mochilas y armas del coche de Daisy al mío, preparándose para marcharse. Pero puedo sentir sus miradas y la tensión que crece entre todos nosotros.

Con un profundo suspiro, Daisy pregunta:

—¿Se trata de lo que hablamos antes? ¿De que quieres cuidar de mí?

Mi cuerpo, plagado de demasiadas emociones y sin una salida razonable, tiembla ligeramente. Incapaz de hablar, simplemente asiento con la cabeza.

Hay una breve pausa. Daisy gira los hombros antes de dejarlos caer, y luego asiente.

—Está bien, Drake.

Suelto un suspiro de alivio que permite que algunas de las emociones se disipen.

—Gracias. Ahora volvamos a casa de Wyatt.

OceanofPDF.com

Veintiocho



Es tarde cuando llegamos a la casa de Wyatt.

Al igual que la noche anterior, después de cambiar de coche y volver al pueblo en la camioneta de Drake, a Daisy y a mí nos dejan en la casa de atrás de la de Wyatt para que podamos colarnos sin que nos vean mientras los demás entran por la puerta principal.

—No me había dado cuenta antes, King, pero estás asqueroso —dice Daisy mientras empezamos a encender las luces de la casa.

Me miro. Mi chaqueta y mi camiseta están completamente cubiertas de sangre seca.

—No estás herido, ¿verdad? —pregunta justo cuando Drake la agarra de la mano y la arrastra al salón. Los sigo, sacudiendo la cabeza.

—*Nada de esto es mío.* —Le dedico una sonrisa y ella me la devuelve.

—King, puedes darte una ducha primero —le ofrece Wyatt, quitándose su chaqueta y su máscara—. Owen, el baño de invitados...

—Puedes ir. Tú también estás cubierto de sangre. —Hay algo raro en la voz de Owen. Cuando me giro, lo veo con su mano en el estómago, como si fuera a vomitar—. ¿Qué te ha pasado en los pantalones, Wy?

Me río por lo bajo de Wyatt, cuyo rostro se pone de un rojo intenso mientras se mete en su dormitorio.

—¡Las cosas se han complicado! —grita.

Owen asiente débilmente:

—Complicado. Claro. Sea lo que sea que eso signifique… —Sacudiendo la cabeza, me mira.

—Solo voy a cambiarme de ropa. Si tiras la tuya junto a la lavadora, King, me encargaré de ella en un momento.

Sin decir nada más, se mete en su habitación. Me burlo mientras lo miro alejarse. ¿Limpiar de mi ropa las pruebas de mi pintoresco asesinato? Una blasfemia.

No había bastado con matarlo en la casa de George. Le mordí la carne, le arranqué los órganos y le corté los dedos. La emoción de la experiencia aún recorre mis venas, amplificada por la imagen de Daisy usando un cadáver para excitar a Wyatt.

Puedo verlos a los dos tan claros como el agua incluso ahora. Se me pone dura la polla. Jodidos. Eso es lo que somos. ¡Y *joder*, qué emoción es estar tan jodidos de la cabeza!

El deseo me recorre las venas mientras me uno a los demás en el salón. Veo a Drake tirar de Daisy hacia la mesa de centro y colocar el botiquín de primeros auxilios a su lado. Se arrodilla ante ella y abre la caja. Sin decir una palabra, ella se quita la chaqueta y le ofrece el brazo. Mientras él empieza a vendarla, observo a Daisy. Con los labios fruncidos, el ceño ligeramente fruncido y los ojos oscuros, parece recelosa de Drake. Pero el resto de su cuerpo parece relajado, así que eso no puede ser cierto.

¿En qué estará pensando?

—Ya está, listo —murmura Drake, después de limpiar y vendar el corte.

—¿Te sientes mejor? —le pregunta ella, lo cual resulta extraño teniendo en cuenta que *él* es quien *la* está ayudando.

—Sí.

Su extraña expresión se desvanece cuando le dedica una sonrisa. Alza la mano, le acaricia la cara con dulzura y tararea alegremente.

—Bien. —Se levanta y se vuelve hacia mí—. Voy a darme una ducha, ¿te parece bien esperar tu turno?

Niego con la cabeza.

—*Ve*.

Ella extiende la mano, me coge la mía y me la aprieta antes de desaparecer tras la esquina. En cuanto se pierde de vista, Drake se levanta. Se mueve tan rápido que no estoy preparado para su ataque. Sus manos se lanzan hacia mí y me empuja hacia atrás. Tropiezo y casi me caigo de culo. En el último momento, consigo mantener el equilibrio. Miro a Drake con ira mientras me enderezo.

—¡Se suponía que ustedes dos estaban ahí para *proteger* a Daisy! ¿Cómo demonios ha acabado con una herida de bala? —exige.

¿Por qué se pone Drake tan *dramático?* Pongo los ojos en blanco.

—*Nos estábamos divirtiendo un poco*.

—¿Divirtiéndose? —Me agarra por el cuello de la camiseta y me tira hacia él—. ¿Crees que esto es un *juego*?

—¿*Y no lo es*? —le respondo, sonriendo—. *Esto es como el ajedrez. Briar Glen ha hecho su jugada, ahora nos toca a nosotros*.

—¿Te has vuelto loco? —Drake me sacude—. ¡Está en juego *la vida* de Daisy! ¿Estás dispuesto a arriesgar que le pase algo por *divertirte* un rato? ¿Y si no hubiera sido en el brazo? ¡Podría haber recibido una bala justo entre los ojos, King!

Mi diversión se desvanece cuando sus palabras dan en el clavo. Tiene razón. Debería haber estado abajo con ella y Wyatt, no mutilando un cadáver.

Drake me suelta, con el ceño aún más fruncido.

—Si tú no puedes protegerla, lo haré yo, y *tú* puedes quedarte fuera conteniendo la respiración y preguntándote qué demonios está pasando.

La rabia me invade el pecho. Joder, *ni* hablar.

Empujando a Drake por el pecho, me doy la vuelta y me dirijo hacia el pasillo. De camino a la habitación de invitados en la que pasé la noche anterior, me detengo junto a la puerta del baño. Oigo a Daisy moviéndose por ahí, tarareando en voz baja mientras corre el agua. El vapor se cuela por

debajo de la puerta. Podría haber resultado muy herida esta noche. Aprieto los puños a los lados mientras me alejo.

No voy a dejarme llevar otra vez.

Justo cuando llego a la habitación de invitados, Wyatt sale de su habitación, limpio y vestido solo con unos bóxers.

—La ducha está libre si quieres.

El orgullo de llevar la sangre de otro hombre en mi camiseta se ha desvanecido bastante. Asiento con la cabeza y paso a su lado.

—¡Hay toallas de repuesto detrás de la puerta! —me grita Wyatt.

Me enjuago rápidamente. Pero cuando vuelvo a la habitación de invitados, Daisy ya se me ha adelantado. Levanta la vista desde el borde de la cama cuando entro, con los dedos ocupados trenzándose el pelo.

—Hubiera jurado que te ibas a acostar con toda esa sangre —murmura con una media sonrisa mientras cierro la puerta detrás de mí.

No se me escapa cómo sus ojos recorren mi torso desnudo. Mi polla cobra vida ante la mirada ardiente que me lanza cuando nuestras miradas se cruzan de nuevo.

—*En otra ocasión.* —Atravieso la habitación hasta quedarme de pie frente a ella—. *Debería haber estado allí, ayudando a Wyatt a cuidarte. Lo siento.*

La expresión de Daisy se endurece, ocultando todo aquello que no quiere que vea.

—Llevo mucho tiempo sola, King. Aunque agradezco la ayuda y la preocupación de todos, sé que, si llega el momento, soy más que capaz de salir airosa de situaciones complicadas por mi cuenta.

—*Pero no estás sola y deberías poder confiar en mí tanto como confías en ti misma.* —Me agacho frente a ella, entre sus piernas—. *No podría vivir en paz conmigo mismo si te pasara algo porque me dejé llevar un poco. ¿Sabes cuánto te amo?*

Su rostro se suaviza.

—Ya me lo has dicho.

—*¿Pero sabes lo profundo que es mi amor por ti?* —insisto. Vestida solo con una camiseta blanca larga que Owen le regaló la noche anterior, sus piernas están desnudas ante mí. ¿Lleva ropa interior debajo? Si es así,

pronto me encargaré de remediarlo—. Si pudiera, desharía el tejido mismo del tiempo y el espacio, y luego entretejería las fibras de mi ser con las tuyas para que, cuando respire, tú también lo hagas. Así, cuando mi amor por ti me ahogue, también te ahogará a ti. Sentirías lo profundo que tu nombre está grabado en mi alma, y cómo estar lejos de ti ha marcado mi corazón.

Daisy jadea cuando mis manos caen sobre sus muslos. Mis palmas se deslizan hacia arriba, empujando su camiseta desde las piernas hasta las caderas. No hay nada entre su intimidad y yo. Mi polla se estremece, necesitando urgentemente sentir los latidos de su corazón a su alrededor.

Mis labios siguen a mis manos, depositando besos en sus muslos. Con cada beso, chupo suavemente, dejando una marca rosa pálida en su piel marrón claro. Sin que tenga que decir una palabra, las piernas de Daisy se abren más, permitiéndome acercarme. A medida que mis besos suben, me fijo en las cicatrices finas y cortas alineadas como marcas de conteo en la parte interior de su pierna. ¿Cómo no las había visto antes?

«Se autolesiona. Vi las marcas en sus piernas». Las palabras de Wyatt de hace un rato resuenan en mi cabeza.

¿Primero la pistola en su cabeza y ahora esto? ¿Qué más ha estado haciendo que yo no haya notado? Se me hace un nudo en el estómago.

Cuidaré de ella, me prometo a mí mismo mientras mis labios llegan a su entrepierna. Allí me recibe el brillo de su excitación.

Apartando la mirada de ese paraíso, levanto la vista hacia su rostro.

—Te necesito esta noche, Daisy. Dime que puedo saborearte, que puedo cubrir tu interior con todo lo que he guardado para ti.

Cuando empezaron a venir a mi habitación por las noches, las enfermeras de Riverbend se enorgullecían de hacer que me corriera, creyendo que era gracias a ellas. Pero era por Daisy, *siempre* por Daisy, a quien imaginaba cuando ya no podía contener mi orgasmo. Eso fue antes de que me volviera bueno negándoles esa satisfacción. Todo lo que soy, todo lo que hay dentro de mí, pertenece a la mujer que tengo ahora delante.

—Tómame como quieras, King. —Sus palabras son deliberadas. Me da rienda suelta sobre su cuerpo. Trago saliva mientras me inclino hacia

delante, con las manos agarrándole los muslos con fuerza mientras hundo la cara entre sus piernas.

El aroma de su excitación llega a mi nariz y aspiro ese embriagador olor. Gimiendo, paso la lengua por sus húmedos pliegues, desde su centro hasta su clítoris. Daisy jadea suavemente, echándose hacia atrás sobre sus manos y relajándose. Repito el movimiento, esta vez rodeando su clítoris con la lengua hasta que la oigo soltar un largo y profundo gemido. Sus caderas se empujan hacia mí, animándome a continuar. Levantando una mano, mojo un dedo con su excitación antes de hundirlo en su coño.

El bonito sonido que deja escapar me hace sonreír. Muevo el dedo dentro y fuera de ella con lentitud, mientras mi lengua aviva su placer. Al cabo de un momento, meto un segundo dedo, y luego un tercero, en su estrecho coño. Los muslos de Daisy se deslizan hacia mis orejas hasta convertirse en mis orejeras. Aun así, no paro. Alterno entre mis dedos y mi lengua en su estrecho agujero, saboreando todo lo que su cuerpo me ofrece.

Sus caderas empiezan a frotarse contra mi cara. Aunque amortiguada, puedo oír cómo su respiración se convierte en jadeos agudos. No tarda nada en que su cuerpo se apriete alrededor de mis dedos. Cuando se corre, todo su cuerpo tiembla. Sus muslos me agarran la cara mientras cabalga su orgasmo. Mi corazón se aprieta en mi pecho con la misma fuerza.

Cuando sus piernas me liberan, me pongo de pie rápidamente, lamiéndome los dedos mientras lo hago. Dejo caer la toalla y doy un paso hacia Daisy, pero ella extiende la mano para detenerme. Al instante, me quedo paralizado.

—Déjame echarte un vistazo —murmura, recorriendo mi cuerpo con la mirada.

—*Tómate tu tiempo.* —Sonrío con aire burlón cuando me pone los ojos en blanco. Pero la sonrisa se desvanece cuando añado—: *Soy todo tuyo, Daisy*.

Se inclina hacia delante hasta ponerse de pie. Levantando las manos, Daisy las coloca sobre mi pecho antes de deslizarlas hacia abajo, por mi abdomen, mis costados, de vuelta hacia mis hombros y luego por mis brazos. Cuando nuestras miradas se cruzan, juraría que puedo ver el resplandor de las llamas del infierno en lo más profundo de sus ojos.

—Eres mío —confirma con tono sombrío—. No dejaré que nadie más te toque.

Mi corazón se acelera.

—*Tuyo*.

Me agacho y le subo la camiseta por su cuerpo. Mientras la tiro, me doy un segundo para contemplarla por completo. Ignoro las gruesas cicatrices, sin permitir que el momento se vea empañado por la rabia dirigida hacia un grupo al que nos hemos propuesto destruir.

Me inclino, mucho, le tomo la cara entre las manos y capturo su boca con la mía. Sus manos se apoyan contra mi pecho mientras doy un paso adelante y deslizo mi lengua entre sus labios. Sabe a pasta de dientes. Debe de haber cogido lo que haya encontrado en el baño de invitados. El frescor mentolado contrasta con el sabor a cobre de la sangre de antes. Mis manos se deslizan por su cara, cuello y costados, y se detienen en su cadera.

La atraigo hacia mí, dejando que mi polla se acurruque entre nosotros, para que se caliente con el calor de su cuerpo. Cuando eso no es suficiente, la levanto por las caderas y la llevo unos pasos hacia la cama. Allí, caemos juntos sobre el colchón, sin romper nuestro beso. Las manos de Daisy se posan en mi pelo mientras sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, instando a mi polla a penetrarla.

El calor de su intimidad rozando la punta de mi polla me provoca un breve momento de conmoción y horror. *No, no, no…*

Debí de reaccionar sin darme cuenta, porque las piernas de Daisy bajan y ella rompe nuestro beso rápidamente. Le agarro las manos antes de que pueda retirarlas también.

—¿Estás bien? ¿Voy demasiado rápido? —pregunta, con los ojos fijos en mi rostro.

Voy a negar con la cabeza, pero me detengo, preguntándome por mi reacción. ¿Por qué me he asustado? Deseo a Daisy tanto que mi polla palpita por meterse dentro de ella. Incluso ahora, mientras reflexiono sobre la situación, una gota de líquido preseminal gotea de mi cuerpo. Entonces, ¿por qué se me ha cortado la respiración? Y aunque mi corazón late con fuerza por la excitación, también hay un poco de miedo ahí.

—Oye, mírame, Kingston.

Parpadeo, dándome cuenta de que me he perdido en mis propios pensamientos.

—Si esto es demasiado, no pasa nada. —Daisy sonríe para tranquilizarme.

Me aparto lo justo para tener espacio y poder hacerle señas:

—*Quiero hacerlo. Te deseo tanto que juro que podría morirme si no puedo estar dentro de ti justo en este preciso instante.*

Es la verdad. Sin embargo, sigue habiendo un cosquilleo de confusión y vacilación en los confines de mi mente.

Su sonrisa nunca se desvanece.

—Entonces, ¿qué te parece esto? Tú tienes todo el control. Tú decides cuándo estás listo, el ritmo y la intensidad. Estoy aquí para ti, King. Úsame como quieras. O, si no estás listo, podemos quedarnos aquí tumbados y quedarnos dormidos juntos. Tener sexo por primera vez, *de mutuo acuerdo*, es algo embriagador, pero también es estresante. Si no estás listo, no pasa nada.

Veo la comprensión en sus ojos. Se mezcla con lo que no está diciendo. Gimo, odiando nuestros pasados. Me inclino y vuelvo a tomar su boca. Esta vez el beso es menos hambriento y más ardiente. No me canso de Daisy.

Daisy abre más las piernas para mí mientras vuelvo a presionar mi cuerpo contra el suyo. El contacto piel con piel parece ir bien. Mis manos encuentran sus caderas y la atraigo hacia mí. La punta de mi polla roza su clítoris. Daisy se estremece y se inclina hacia mí, devolviéndome el beso con la misma intensidad. Sus manos son más cautelosas al recorrer mi cuerpo, lo que me permite respirar más tranquilo. Vuelvo a tantear el terreno, rozando mi polla contra su caliente entrada. La excitación de ese lugar me envuelve al instante. Esta vez, hay menos pánico. Aun así, me aparto para simplemente disfrutar de cómo mi polla se desliza por sus húmedos pliegues.

Cuando esa sensación empieza a disipar las dudas y reservas que aún persisten, me coloco en su entrada y empujo hacia dentro. En cuanto la punta de mi polla es absorbida por el cuerpo perfecto de Daisy, sé al instante que esto es diferente a cualquier otra experiencia que haya tenido.

Los dos interrumpimos el beso para jadear.

Dios mío, el control que tiene sobre mí es casi suficiente para llevarme al límite en este mismo instante. Aguanto la respiración, quedándome quieto mientras intento no arruinar el momento corriéndome demasiado pronto. Debajo de mí, Daisy respira con dificultad. Tal y como prometió, no se mueve, permitiéndome controlar este momento. Pero puedo sentir cómo tiembla su cuerpo mientras espera. Su coño me aprieta como un tornillo de banco. Su excitación resbala por mi polla mientras su cuerpo intenta succionarme.

Me necesita tanto como yo a ella. Saberlo es embriagador.

Cuando estoy seguro de que puedo seguir sin correrme de inmediato, me hundo más profundamente en su cuerpo. Echo la cabeza hacia atrás y aprieto los ojos con fuerza mientras su cuerpo me envuelve. Está resbaladiza con sus propios fluidos, más caliente de lo que jamás hubiera imaginado. Respiro a través de la intensidad. Probando el terreno, muevo las caderas hacia adelante y hacia atrás.

Daisy gime mientras su cuerpo se estira a mi alrededor y, al mismo tiempo, intenta retenerme dentro.

Podría quedarme así con ella el resto de mi vida.

—Oh, Dios, Kingston, yo... —Daisy traga saliva, con los párpados entrecerrados mientras sus manos caen sobre el colchón y se aferran a las sábanas—. Te sientes increíble.

Me estremezco ante sus palabras. Me inclino, agarro uno de sus pezones entre mis labios y lo chupo mientras empiezo a mover las caderas con más intensidad. Su cuerpo se derrite a mi alrededor, facilitando el movimiento. Le agarro las piernas y las subo a mis costados, haciendo que su cuerpo se levante y se incline. Cuando me hundo hasta el fondo en este ángulo, Daisy grita de éxtasis.

—Sí, sí, sí… —Sus palabras son suaves gemidos de afirmación que siguen el ritmo de mis embestidas dentro y fuera de ella.

Le chupo el pezón con más fuerza, mordisqueándolo. Ella grita y yo me río antes de lamer el duro botón.

Te amo*, le susurro en mi mente.* Siempre te he amado. Lo siento por todo. Por no haberte protegido, por no haberme dado cuenta del ataque de mi padre antes de que fuera demasiado tarde. Por dejar que me capturara y

permitirle alejarme de ti. A pesar de mis fracasos, estoy desesperado por tu amor, Daisy.

Mi garganta se contrae mientras mi conciencia culpable me retuerce el corazón y hace que mis caderas se claven con más fuerza en su cuerpo.

Me aparto de su pecho y miro hacia abajo, a la cara de Daisy. Al apretar las piernas de Daisy más fuerte contra mí, ella sabe inmediatamente lo que quiero y las bloquea en su sitio. Con las manos libres, le digo:

—*Pégame*.

Daisy abre mucho los ojos.

—¿Que te *pegue*?

—*Por favor, Daisy.* —Ralentizo el movimiento de mis caderas—. *No te merezco. Sé que no te merezco, pero necesito oírlo de ti. Dime que no te merezco. Pégame, estrangúlame. Golpéame. No soporto todo este… este sufrimiento. Todo lo que has pasado estos años ha sido por mi culpa. Debería haber podido salvarte aquella noche. No merezco sentirme tan bien a tu lado.*

Se me hace un nudo en la garganta mientras mis manos no logran expresar lo mucho que ansío algún tipo de castigo por su parte. Quiero que descargue su ira sobre mí. Si hubiera sido más rápido, podríamos haberla salvado. Si hubiera prestado más atención a la vida de mis padres, quizá habría podido evitar que *aquella* noche llegara a suceder. Si yo...

Una mano me golpea la mejilla, sacándome de mi espiral de pensamientos.

—No te atrevas a culparte por lo que pasó, Kingston Winslow —sisea Daisy debajo de mí. Su mano vuelve a golpearme la mejilla, moviéndose tan rápido que no la veo venir. El agudo estallido de dolor llega y se va rápidamente—. ¿Crees que no sabía que algo estaba pasando esa noche? ¿Que mis padres no estaban actuando de forma extraña? No te atrevas a intentar cargar con toda la culpa.

Alza la mano y me agarra por el cuello con una fuerza sorprendente.

—Dices que me amas, pero ¿estás seguro? ¿O es a la chica que solía ser a quien amas? ¿Estás tratando de aferrarte a la esperanza de que ella siga aquí? Si es así, lamento decirte que ella murió esa noche —me asegura con los dientes apretados. Gruño mientras me corta el paso del aire—. Joder,

Kingston. Demuéstrame que quieres *esta* versión de mí, con mis pedazos irregulares y todo.

Mis caderas se lanzan hacia delante con fuerza, haciéndola jadear. Repito el movimiento. No hay nada dulce ni suave en la forma en que la embisto. El cuerpo de Daisy se abalanza sobre mí. Gruño mientras lucho por respirar. Daisy suelta mi cuello solo para abofetearme de nuevo. El dolor y la conmoción se mezclan con el placer que se acumula dentro de mí.

Levanta sus manos y me araña el pecho con las uñas. El pinchazo de dolor ahuyenta la culpa que amenaza con consumirme.

¡Sí*!*

El dolor es exquisito. Mis pelotas se tensan a medida que se acerca mi orgasmo. La mano de Daisy vuelve a rodear mi garganta, cortándome el paso del aire. Sus caderas empiezan a moverse, respondiendo a mis fuertes embestidas con las suyas, pero entonces se queda paralizada a mitad del movimiento al darse cuenta de lo que está haciendo.

Sigue, quiero animarla. Ya no hay necesidad de que sea cautelosa. Toda mi vacilación se ha desvanecido. Yo he tenido el control, ahora se lo puede quedar ella. *La próxima vez*, me prometo mentalmente. Me inclino y capturo su boca mientras mi cuerpo tiembla en señal de advertencia. Mi mano derecha desciende entre nosotros para acariciar su clítoris, con la esperanza de que esté tan cerca como yo.

Su coño se cierra a mi alrededor. Me ahogo en mi propio placer mientras el orgasmo de Daisy la inunda. Su coño me exprime, inundándome de calor y suplicando mi liberación.

—*Kingston.* —Mi nombre, pronunciado como una suave plegaria en sus labios, me lleva al límite. Justo cuando me corro, ella suelta mi cuello.

La entrada de aire en mis pulmones intensifica el orgasmo que me embarga, que me deja sin sentido y me libera el alma. Mi cuerpo se encorva hacia delante, mis caderas se sacuden al ritmo de mi polla mientras pinto su interior con mi semen. Me apoyo con el antebrazo en el colchón antes de aplastar a Daisy con mi peso.

Cuando siento que me han dado la vuelta y estoy completamente agotado, respiro hondo y uso ambas manos para mantener el equilibrio a ambos

lados de su cara. Daisy me sonríe. Su rostro se ha suavizado tanto que juraría *que* veo destellos de la antigua Daisy ahí.

—No te hice daño, ¿verdad? —murmura, deslizando la mirada hacia mi pecho. Sigo su mirada y veo las marcas rojas que ha dejado. Cuando su mano se posa en mi mejilla, esta vez es para dejarla allí con suavidad—. Los demás van a pensar que hemos tenido una pelea.

Me muevo, llevándome a Daisy conmigo. Al caer a mi lado, Daisy se gira hacia mí. Levanto su pierna para apoyarla sobre mi muslo. Mi polla está empezando a ablandarse, pero me niego a salir de su cálido abrazo. El suave aleteo de su coño por las réplicas del orgasmo se siente increíble.

—Quiero que me tatúen estás marcas.

—Seguro que Drake conoce a un tatuador al que podríamos ir.

La cama tiembla con mi risa silenciosa. Cuando se apaga, Daisy roza mis labios con los suyos en un beso ligero como una pluma. Cuando se separa, me pregunta:

—¿Cómo te sientes?

La pregunta es absurda. Me siento como si estuviera flotando por encima de mi cuerpo, sumergido en un mar de felicidad. Siento que mi corazón ahora late como debe.

—*Libre* —confieso, sintiendo cómo algo salvaje y frenético se calma en mi pecho—. *Esas mujeres… no son dueñas de ninguna parte de mí. Ya no.*

Daisy se inclina hacia delante y me besa en la nariz.

—Bien. —Cierra los ojos—. Me alegro.

La atraigo hacia mi pecho. Cuando estoy cómodo, hundo la cara en su cabello húmedo y dejo que el sueño me arrastre también.

OceanofPDF.com

Veintinueve



—Owen, ¿qué haces levantado tan temprano?

Me sobresalto al oír la voz de Daisy. Parpadeando rápidamente mientras aparto la vista de la pantalla del ordenador, veo a Daisy de pie en el umbral entre el pasillo y el salón. Mierda, estaba tan concentrado en lo que hacía que no me había dado cuenta de que se movía en la pequeña ventana de la esquina de mi pantalla. Tan discretamente como puedo, pulso unas teclas y la ventanita de su dormitorio desaparece.

Vestida con una camiseta sencilla, vaqueros rotos y una camisa de franela atada a la cintura, parece lista para empezar el día.

—Solo estoy trabajando un poco.

Se acerca a mí.

—¿En qué estás trabajando?

Como no sabía cuánto tiempo iba a estar despierto, anoche dejé que Drake se quedara en la segunda habitación de invitados mientras yo trabajaba en el sofá. Ahora me arrepiento. Me duele la espalda de estar sentado en la misma posición durante horas. Giro la cabeza para liberar la tensión del cuello mientras ella se sienta a mi lado.

—Wyatt me pidió que investigara a la gente a la que quieres, eh, eliminar, así que lo he hecho.

—Ah, ¿como lo que hiciste con George Herring?

Asiento con la cabeza, aunque se me revuelve el estómago. Antes de ir por él para matarlo, me puse a investigar el rastro digital de George Herring y descubrí lo retorcido que era ese hombre. Pensé que esconder bebés del gobierno tras su nacimiento, ayudar a matarlos a sangre fría por un dios que ni siquiera existe, y luego realizarles operaciones quirúrgicas en sus cuerpos sería lo más repugnante que encontraría.

Resulta que nuestro próximo objetivo, Vincent Callaway, es tan despiadado y repugnante como lo era George.

—Deberías haber dormido un poco —murmura, apoyando la cabeza en mi hombro. Mi corazón da un vuelco—. Ayer hicimos muchas cosas.

—Solo quería adelantarnos un poco al trabajo que nos espera.

Daisy tararea, sin comprometerse.

Le rodeo los hombros con el brazo y la acerco más a mí.

—¿Qué haces levantada a...

—Echo un vistazo a la hora en la pantalla de mi portátil —las seis y media de la mañana?

—Pesadillas.

La abrazo más fuerte.

—¿Sobre lo de anoche?

—No.

Espero un momento, pero Daisy no da más detalles.

—Ya sabes —digo con cautela—. Hablar de las cosas a veces ayuda. Sé que puede ser doloroso, pero si alguna vez necesitas alguien que te escuche...

Daisy se incorpora y me mira fijamente con una mirada dura.

—No necesito que me escuches, necesito venganza.

—Estamos en ello. —Le quito el brazo de los hombros para cogerle una mano—. ¿Te gustaría ver lo que he descubierto sobre Vincent Callaway? Es bastante importante.

La sonrisa de Daisy ilumina su rostro.

—Enséñamelo.

Giro la pantalla hacia ella y señalo las hojas de Excel que tengo abiertas.

—Anoche conseguí burlar todas las medidas de seguridad que Vincent tiene para proteger sus archivos financieros. Tiene un montón, pero logré revisar las cuentas de Eveningstar, ya sabes, el banco que dirige aquí en Briar Glen, y sus cuentas personales.

—¿Has encontrado algo interesante ahí?

Niego con la cabeza.

—No había nada especialmente destacable en ellas, salvo que gana mucho dinero. Pero luego encontré *la* cuenta. ¿Ves todos estos números? —Ella asiente.

—Estos números simplemente no tenían sentido. He estado intentando rastrear de dónde proceden, o más bien de *quién* proceden, y he encontrado una cuenta etiquetada como *Z*.

Sonrío mientras Daisy contiene el aliento. Se inclina hacia delante mientras pulso unas teclas y aparece una enorme hoja de cálculo de Excel.

—Estas son todas las donaciones realizadas por los miembros de la secta durante las últimas cinco décadas. Parece que Vincent ha ido retrocediendo poco a poco y añadiendo cifras, probablemente a partir de libros de contabilidad escritos a mano. Son donaciones mensuales, Daisy, y algunas de las cantidades son alucinantes. No habría sospechado que la mayoría de la gente de este pueblo tuviera tanto dinero para tirar.

Niego con la cabeza mientras Daisy recorre la información con la mirada.

—Y no estoy segura de que lo tengan. —Vuelvo a pulsar el teclado y algunos números se vuelven rojos, mientras que otros se vuelven verdes—. El verde es el flujo positivo de dinero que entra en la cuenta de donaciones y el rojo es lo que sale de ella. Si miras las fechas, desde que desapareciste, las donaciones han bajado significativamente.

Daisy frunce el ceño.

—Me pregunto por qué.

—Bueno, no sería descabellado pensar que, como tu sacrificio no salió bien, algunos de los miembros se dieron cuenta de que esto podría ser una gran estafa. ¿Una ceremonia importante que salió mal? Eso podría mostrar un liderazgo débil, hacer que la gente se cuestione todo el proceso y, oye, quizá algunas personas tuvieron un momento de lucidez y se dieron cuenta

de que quizá no deberían haber intentado matar a una chica joven. Aunque todo el mundo se mostró jodidamente complaciente a la hora de encubrir tu desaparición, es posible que algunos de ellos ya hubieran terminado con su participación después. —Me encojo de hombros.

—Mmm, podría ser. —El escepticismo se le nota en toda su cara.

Yo tampoco estoy seguro de creerlo, pero es plausible.

—Pero lo más interesante es esto. —Recorro las teclas con los dedos cuando aparece otra pantalla—. Esta es la cuenta principal donde se guardan todas las donaciones.

Daisy se inclina hacia delante, frunciendo el ceño.

—Setenta y ocho millones de dólares… ¿Por qué pensé que sería más?

—Porque así *debería* ser. —Estoy cambiando y dividiendo las pantallas para que pueda ver todo lo que he descubierto en las últimas horas—. No debería sorprenderte que todas las donaciones acabaran en los bolsillos de los de arriba. He encontrado rastros de dinero que conducen a las cuentas en el extranjero de Francis, George, Ronney, Tobias y Vincent. Han estado repartiéndose discretamente sus ganancias, mientras reservaban una parte del bote para destinarlo a las «bendiciones».

—¿Bendiciones?

Asiento con la cabeza.

—Sí, parece que de vez en cuando han destinado dinero a conceder a los miembros de la secta lo que ellos llaman "bendiciones". Han sido cosas como un techo nuevo para alguien de aquí, pagar la deuda universitaria del hijo de un miembro allá, y otras mierdas al azar entre medias.

—Actúan en nombre de su dios... —Daisy niega con la cabeza mientras una mueca de disgusto se dibuja en su bonito rostro—. Encantador.

Su sarcasmo me hace sonreír.

—Sí, bueno, el dinero también ayudaba a mantener a flote Briar Glen. Los de arriba tienen una cuenta a la que transfirieron algo de dinero para ayudar a mantener los negocios en marcha, las carreteras en buen estado y cosas por el estilo. Y aunque eso pueda parecer una buena acción, ¿entiendes por qué no lo sería?

Daisy reflexiona profundamente sobre mi pregunta. Frunce el ceño mientras se muerde el labio inferior.

—Bueno, sin Briar Glen, ninguno de esos hombres tiene poder real. Si se hunde, lo pierden todo, ¿no?

—Exacto. Pero con menos donaciones, hay menos dinero para esa cuenta. Los de arriba prefieren seguir llenándose los bolsillos antes que destinar un poco más a ayudar a la gente a la que están robando. Con menos donaciones entrando y menos dinero volviendo a la comunidad, Briar Glen está condenado.

—Es increíble ver en qué se gastan el dinero estos tipos. Tobias tenía una aventura con una mujer en Michigan y le financiaba su lujoso estilo de vida. El fondo de jubilación de Ronney es escandaloso. George Herring estaba en proceso de abrir dos consultas en la costa oeste. Vincent tiene una mansión en México, ¿y Francis? Literalmente se compró un pueblo entero en Irlanda, sin duda ese es su plan de escape.

Daisy respira hondo mientras su cuerpo se tensa de golpe. Una nube oscura parece cruzar su rostro y, por un segundo, juraría que veo un destello de rabia y locura, como un rayo, en sus ojos antes de que su expresión se aclare de repente.

—No dejaré que ninguno de ellos disfrute del dinero que se han embolsado —jura en voz baja—. ¿Puedes copiar todos estos archivos y añadirlos a lo que ya tenemos?

—Ya está en marcha —hago una pausa, evaluando su expresión antes de preguntar—: ¿Qué quieres que haga con el dinero que queda en esta cuenta?

Aparta la vista de la pantalla y me mira. Sus cejas se levantan de sorpresa.

—¿Puedes mover este dinero?

Sonrío.

—Por supuesto.

Daisy niega con su cabeza y se ríe entre dientes.

—Dios, si fuera tan lista y talentosa como tú… serías un genio malvado, Owen.

—¿Quién dice que no lo soy?

—No hay nada malvado en ti. —La sonrisa de Daisy cambia mientras sus pupilas se estrechan y se fijan en mi rostro—. Tu único problema es que te juntas con las personas equivocadas. Si no tienes cuidado, te corromperé.

Reprimo un escalofrío intenso. Anoche, antes de irme a trabajar, los vi a ella y a Kingston tener sexo en la otra habitación. Con Kingston es tan diferente de como es con Wyatt, pero siempre ha sido observadora, sabiendo que tenemos necesidades diferentes. ¿Cómo seríamos los dos juntos? Si lo que ella considera corrupción es amor, lo acepto con gusto.

—Soy tu demonio, Daisy, ¿te acuerdas? No puedes corromper a los demonios más de lo que ya están. —Mantengo su mirada—. Briar Glen tiene un dios ficticio al que adorar, pero yo tengo algo mejor, alguien real a quien entregar mi alma. O debería decir a quien le *entregué* mi alma. Me has poseído desde el momento en que te vi en el patio, y te he guardado en mi corazón desde que nos dejaste. No hay nada malo en ti. Eres exactamente lo que necesito.

La sonrisa de Daisy se desvanece mientras la incertidumbre se refleja en su rostro.

—No es sano estar enamorado de una mujer muerta, Owen.

—No estás muerta, y nunca lo estuviste. —Me inclino hacia ella, le tomo la barbilla con la mano y me acerco—. Aunque en aquel momento no lo sabía. De una forma enfermiza y retorcida, te obligué a seguir viviendo y creé un mundo en el que no morías. Cinco mundos, para ser exactos.

—¿Qué quieres decir?

Siento cómo se me enrojecen las mejillas mientras me alejo de ella y dirijo mi atención al portátil.

—Cuando estaba en la universidad, nos enseñaron a buscar pistas y descifrar códigos, a crear cortafuegos y proteger datos digitales. Usando esos conocimientos, le di la vuelta a esa habilidad y aprendí por mi cuenta a destruir e infiltrarme. Un día, cuando estaba en mi último año de carrera, estaba jugando un poco, intentando entrar en un sistema de seguridad doméstico para poner a prueba lo que ya sabía, y en plena clase, lo conseguí. Encontré un punto débil, me colé y conseguí ver el interior de varias habitaciones de la casa de una joven. Iba a salir a hurtadillas y fingir que no había pasado nada, mi intención no era acosarla, pero entonces la vi

preparando café y… —Abro la red de seguridad doméstica de Sophia y le devuelvo el portátil a Daisy, que me mira a mí y luego a la mujer que se mueve por la pantalla.

Sophia Veros tararea mientras abre y cierra su nevera y se mueve por la habitación. Daisy la observa, con el ceño fruncido y los labios hacia abajo.

—Espera, ¿esto es en directo?

Trago saliva nerviosamente.

—Sí.

—No lo entiendo. —Daisy me mira, confundida.

—¿No lo entiendes? Bueno, supongo que, para mí, se parece a ti… en cierto modo. Sin la cabeza rapada y los piercings. Pero esta fue mi Daisy durante mucho tiempo. Mi primera Daisy que no era Daisy. —Mantengo su mirada—. Después de encontrar a alguien que se parecía un poco a ti, empecé a buscar más mujeres que pudieran ser tú.

Daisy parpadea.

—¿Hay más?

—Encontré a otras cuatro mujeres a las que podía amar desde la distancia, fingiendo que eras tú. En mi pantalla, tú seguías viviendo más allá de esa noche y crecías, te casabas y formabas una familia. O te convertías en abogada y volvías a casa tras un largo día y extendías tus expedientes sobre la encimera. En una vida diferente, corres maratones, sales con un bombero, pero tienes una aventura con el vecino. Lo vi todo. Esta mujer que ves ahora, esa es Sophia. Está esperando gemelos. Para mí, esa es *Daisy* esperando gemelos. Es un universo alternativo en el que nunca te hicieron daño.

A Daisy se le queda la boca abierta. Me mira fijamente a la cara mientras la vergüenza y el remordimiento me hacen sonrojar. ¿En qué estará pensando? ¿Le repugno? ¿Está horrorizada? Teniendo en cuenta que acabo de admitir que he estado acosando a mujeres, esas son probablemente las únicas reacciones *correctas*. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, la expresión de Daisy pasa de la sorpresa al asombro y luego al deleite absoluto. La sonrisa que se dibuja en su rostro me hace sentir un nudo en el corazón, aunque no tengo ni idea de por qué me está sonriendo.

Pero junto con la sonrisa llegan las lágrimas que se acumulan en sus ojos. Se me revuelve el estómago de horror.

—¡Mierda, no debería haber dicho nada! —Aparto el portátil a un lado y alargo la mano hacia Daisy, subiéndola a mi regazo. Envuelvo con mis brazos su delgado cuerpo y la abrazo fuerte mientras ella hunde la cara en mi cuello—. Lo siento. Ha sido raro, ¿verdad?

Daisy niega con la cabeza, riendo suavemente.

—No estoy llorando porque esté triste. Estoy llorando porque te amo muchísimo. —Aparta la cara de mi cuello para mirarme a los ojos.

—¡Mira cuánto me has amado! Esto es lo más dulce y extraño que he visto u oído en mi vida.

Controlo el aliento al oír sus palabras. ¿Me ama? La duda debe de reflejarse en mi rostro, porque ella suelta una risa forzada antes de tomarme la cara entre las manos y besarme profundamente en los labios.

Mi corazón se detiene por completo. El aire en mis pulmones se paraliza y mi cuerpo empieza a arder desde dentro. Daisy, *mi* Daisy, me está besando. Su manos en mi cara me mantienen quieto, como si se me pudiera ocurrir siquiera alejarme.

¡*Devuélvele el beso*! El grito en mi cabeza me empuja a actuar. Me inclino hacia el beso de Daisy, rodeándola con mis brazos y atrayéndola hacia mí una vez más. Ella se inclina hacia mí y siento como si estuviera en la cima del mundo. ¿Es así como se siente Superman cuando aterriza en lo alto de los rascacielos y mira a todos los que están en la calle?

Pero hay algo en sus palabras que por fin me llega más allá del hecho de que me quiere. Me alejo unos centímetros de su cara.

—No es «me *has* amado» *sino «me* amas»... es tiempo presente —la corrijo—. ¿No me has oído? Nunca he dejado de hacerlo.

Daisy sonríe.

—Tengo a los mejores demonios del mundo a mi lado.

Me río.

—Sí, bueno, para que lo sepas, voy a borrar el acceso a sus cámaras. Tengo lo auténtico y ya no las necesito.

—Tienes razón, ya no lo necesitas. —Daisy se inclina hacia delante para besarme el cuello. Me chupa la piel sensible de ahí, provocándome un escalofrío intenso. Respiro hondo rápidamente. Giro la cabeza, listo para capturar su boca de nuevo, pero ella se aleja unos centímetros, con una extraña sonrisa dibujada en el rostro—. ¿Estabas mirando mientras sus maridos follaban a tu Daisy?

A mi jadeo le sigue un intenso calor que se acumula en mis mejillas.

—Ah, quizá unas cuantas veces…

—¿Te tocaste mientras las Daisy de esas pantallas se corrían?

Cierro los ojos mientras mi polla se endurece y la humillación se mezcla con mi deseo. Cuando abro los ojos, lo confieso todo:

—Sí. Cada maldita vez. Me imaginaba a mí mismo en su lugar. Me imaginaba a ti retorciéndote debajo de mí. Incluso… —Trago saliva con dificultad, pero mantengo su mirada mientras añado:

—A veces, contrataba a mujeres que se parecían a ti y me las follaba. La verdad es que no conseguía encontrar una doble *perfecta*, pero era cuando dormían cuando más se parecían a ti.

—¿Cómo…?

—Me dejaban drogarlas para que durmieran mientras yo me corría. Observaba su cara, tu cara, completamente relajada mientras me hundía dentro de ti. Me ayudaba a ahuyentar esa mirada de miedo que se me ha grabado para siempre en el cerebro desde aquella noche.

Levanta las cejas mientras sus se pupilas se dilatan.

—¿Mientras dormían? Owen, eres tremendamente pervertido. Nunca lo habría imaginado.

Suelto un suspiro de alivio al ver que tampoco se ha escandalizado con esta información. Esta nueva Daisy desde luego no es ninguna flor marchita.

—No sé si pervertido, pero… ¿creativo? Claro.

—¿Se corrieron mientras dormían?

Mi polla se tensa contra los pantalones mientras asiento con la cabeza.

—No puedo a menos que ellas lo hagan, ¿sabes? Me parecía raro quedarme con todo ese placer para mí y no darles nada a cambio, así que…

sí, me aseguraba de que ellas también lo disfrutaran.

Daisy se lame el labio inferior mientras alarga la mano y me acaricia la cara con una mano.

—Dios, eso suena emocionante.

—¿De verdad?

Ella asiente.

—¿Crees que te apetecería probarlo de verdad? No sé si podría seguir durmiendo sin un poco de ayuda, pero seguro que podemos arreglarlo. Quizá si me dejara cansar lo suficiente…

Mi polla late tan fuerte que tengo que bajar la mano y agarrarme. Ella se ríe y luego me besa con ganas. Le devuelvo el beso, tan ansioso por sumergirme en explorar su cuerpo que nada más importa en este momento. Me giro, buscando sus caderas para poder agarrarla y tirarla de espaldas al sofá, pero nuestra burbuja se rompe cuando Wyatt irrumpe en la habitación.

—¡Ahí estás, Daisy!

Daisy mira por encima del hombro, con su cuerpo tenso.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

Wyatt niega con la cabeza mientras se acerca corriendo y se deja caer a nuestro lado. Agarra a Daisy por la cintura y la tira hacia él.

—No, no pasa nada. Ya no. Es solo que… Me desperté de un sueño en el que te habías escapado, y cuando no te vi en la cama con King, me asusté un poco.

La sienta en su regazo y la besa con naturalidad. Al instante, me invade la envidia. Wyatt lo hace todo fácil. Hablar, reír, contar chistes… nunca le ha costado conectar con nadie.

Daisy se ríe mientras se aparta para mirarlo.

—Eres ridículo.

—Quizá un poco —le dedica una sonrisa—. Pero tú me haces ser así. Dios, ¿cómo es posible que hayas vuelto y estemos todos juntos de nuevo? Casi no me lo puedo creer.

Ella suspira.

—No diré que sea suerte o una bendición, pero *es* un milagro. —Se mueve, bajándose del regazo de Wyatt para sentarse entre nosotros. Nos

coge de las manos a los dos y, de repente, mi envidia desaparece.

—Sea lo que sea lo que nos ha reunido, te lo agradezco —le digo con seriedad.

—Para ser sincera, durante un tiempo intenté con todas mis fuerzas no imaginarme esto —admite en voz baja, mirándonos a los dos—. Llevaba *años* planeando cómo iba a llevar a cabo mi venganza, pero sabía los problemas que acarrearía a este pueblo, y a mí misma, si me pillaban. No podía pedirles eso. No quería pedírselos. Pero… —Se mueve, bajando la mirada hacia su regazo—. Los *echaba de menos*. Nunca nos despedimos como es debido. Estuve dudando si enviar otra carta. Casi no lo hago.

Contengo el aliento.

—¿No ibas a decirnos que volvías?

—No. —Su suave confesión hace que frunza el ceño. Wyatt palidece mientras la mira fijamente.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —le pregunto—. ¿El hecho de que sabías que al final nos enteraríamos de lo que estaba pasando aquí?

Daisy abre la boca, pero la cierra mientras frunce el ceño pensativa. La ira empieza a retorcerse en mis entrañas. ¿Cómo es posible que no sepa el tipo de esperanza, dolor y desesperación que despertó con esa primera carta? Después de cinco jodidos años de agonía, reapareció y desenterró todas las cosas horribles que nos pasaron tras su ausencia... ¿para luego no darnos ningún tipo de cierre? ¿*Otra vez*?

—No, aunque se me pasó por la cabeza un momento —admite tras un instante. Abre la boca para seguir hablando, pero Drake entra en la habitación, seguido de Kingston.

—Supongo que todos somos madrugadores —murmuro.

—Oh, bien, has llegado justo a tiempo. Daisy estaba a punto de contarnos por qué había planeado *no* decirnos que iba a volver para destruir Briar Glen —dice Wyatt con sarcasmo.

Drake se encoge de hombros y pasa junto a nosotros hacia la cocina.

—¿A quién demonios le importa? Lo hizo, así que da igual, ¿no?

Tiene razón. La tensión en mis hombros se alivia un poco cuando Kingston se acerca, se desliza junto a Wyatt y se agacha para darle un beso

a Daisy. Empiezo a retirar la mano cuando Kingston profundiza el beso, pero Daisy me agarra con más fuerza antes de separarse de King.

—*A mí tampoco me importa* —le dice él encogiéndose de hombros y luego se sienta en el sillón reclinable.

—Bueno, ya era un hecho que tú y yo nos volveríamos a ver —dice Daisy poniendo los ojos en blanco—. Hubiera sido bastante difícil sacarte de allí sin estar presente durante todo el proceso. Pero también te di la opción de irte, de empezar de cero en otro sitio. No iba a obligarte a quedarte. —Daisy me mira a mí, luego a Wyatt—. De la misma forma que les envié la carta y les di sus regalos. Quería que tuvieran la opción de quedarse donde estuvieran y que supieran que yo estaba ahí afuera haciendo lo que tenía que hacer. Pero también les di la opción de volver, si eso era lo que querían. Éramos niños cuando pasó todo eso. Por lo que yo sabía, todos se habían olvidado de mí. Pero, al final, nunca quise obligarlos a matar. Incluso cuando nos encontramos en ese claro, estaba segura de que todos habían venido solo a saludar antes de dar marcha atrás.

Me río. Es una risa amarga y hace que todos me miren. Bueno, todos menos Drake, que empieza a sacar comida y sartenes de diferentes armarios de la cocina.

—Daisy, no creo que entiendas lo mucho que significabas para todos nosotros en aquel entonces. Habría intentado matar a alguien por ti en aquel bosque la noche que intentaron sacrificarte si hubiera podido. —Niego con la cabeza antes de cruzar mi mirada con la suya—. ¿Soy un asesino nato? No. Pero no dudaré en hacer lo que tenga que hacer por ti.

Frunce el ceño, confundida.

—Pero...

—Resulta que sí lo soy, así que no tienes que preocuparte de que no haga mi trabajo mientras estés por aquí —dice Drake, interrumpiéndola—. Por eso dejé los marines. Era *demasiado* bueno en eso. Me preocupaba meterme en una situación en la que pudiera hacer daño a alguien inocente. —Deja de romper huevos en un bol y frunce el ceño—. En realidad, creo que me preocupaba más el hecho de que *no* me preocupara hacer daño a la gente—. De repente, se ríe entre dientes y niega con la cabeza, como si hubiera

contado un chiste. —Soy un cabrón desquiciado. Soy el hombre perfecto para estar en tu equipo, Daze.

Le aprieto la mano, aunque le lanzo una mirada preocupada a Drake.

—Sí, vale, bueno… eso no es problemático ni preocupante en absoluto —murmuro. A mi lado, Daisy se ríe. El sonido disipa cualquier tensión residual y le sonrío.

—Resulta que a mí tampoco me supone ningún problema —admite Wyatt —. Apuñalé a George como si fuera una barra de mantequilla. ¿Quién iba a decir que matar fuera tan fácil?

Kingston sonríe.

—*Anoche le arranqué la nariz a un hombre de un mordisco. El día anterior, descuartizamos a dos cazadores. Ha sido emocionante*.

Me quedo sin aliento, lo que solo hace que la sonrisa de Kingston se haga aún más amplia. La risa de Daisy resuena por toda la habitación.

—Supongo que no necesitamos que seas un asesino, solo el chico de la información, Owen —Wyatt me mira.

No me desagrada la idea, pero aun así… —Mataré si hay que hacerlo. De cualquier modo, hemos estado contigo hasta el final desde el principio, Daisy. Ahora, con Drake preparándonos el desayuno…

—... la verdad es que me vendría bien un poco de ayuda.

Wyatt se levanta de un salto y se dirige a la cocina para echar una mano.

Ignoro a Drake, ya que no sé cocinar nada más que gofres congelados.

—Quiero enseñarte algo. Hoy es un día tranquilo, ¿verdad?

Al ver que asiente con la cabeza, sonrío. A regañadientes, le suelto la mano para levantarme y acercarme a coger el mando que está junto al televisor de Wyatt. Tras unos minutos, he abierto un servicio de streaming, he introducido mis datos y he puesto un clásico.

—¡Owen! ¿Mary Poppins? —grita Daisy desde el sofá.

Se oye un gemido colectivo de todos los demás que nos hace reír a Daisy y a mí. La miro por encima del hombro.

—Hace tiempo que no la veo. ¿Quieres comprobar si todavía te encanta mientras desayunamos?

—Por supuesto.

OceanofPDF.com

Treinta



Drake y Wyatt se mueven al unísono en la cocina, como si llevaran toda la vida haciéndolo. No necesito desayunar, pero sé que decírselo será en vano. Me van a dar de comer, lo quiera o no. Al parecer, durante el tiempo que hemos estado separados, Drake se ha convertido en una especie de osa protectora, preocupándose por el bienestar de sus cachorros. Es adorable, aunque un poco molesto.

—Mira, antes de que empiece la película, voy a encargarme de reforzar la seguridad. —Owen me da una palmadita en las piernas y se levanta.

—¿Medidas de seguridad adicionales?

Drake gruñe desde la cocina.

—¿Además de poner cámaras fuera *y* dentro de la casa?

¿Dentro de la casa? Echo un vistazo a la habitación. Me lleva un momento encontrarla, pero lo consigo. Ahí, para mi sorpresa, en la esquina de la habitación hay una pequeña y discreta cámara.

—Ah, sí. —Owen se desliza a mi lado y se dirige hacia los pasillos—. Ahora mismo vuelvo.

—Hay cámaras *por todas partes*, así que si no quieres que alguien se entere de tus asuntos «y cuando digo alguien, me refiero a Owen» tenlo en cuenta —dice Drake una vez que se ha perdido de vista.

Ahora me lo dicen. Pienso en lo que Owen podría haber visto y frunzo el ceño. Debe de habernos visto a mí y a Wyatt mi primera noche aquí. Aunque no me molesta necesariamente que Owen viera eso, sí creo que sería una invasión de la privacidad si nos hubiera visto juntos a Kingston y a mí. Era su primera vez... por así decirlo. Echo un vistazo a Wyatt, que tiene las orejas un poco sonrosadas, pero por lo demás no parece inmutarse. Cuando miro a Kingston, este simplemente pone los ojos en blanco mientras se levanta del sillón reclinable y se une a mí en el sofá.

—*Podríamos divertirnos un poco con esta información* —dice antes de sentarme en su regazo.

Si a él no le molesta que Owen nos haya visto juntos, a mí tampoco me molestará. Le doy un beso rápido.

Cuando Owen entra en la habitación, con cara de bastante vergüenza, espero a que se vuelva a sentar a mi lado para comentarlo.

—¿Te has corrido viéndome divertirme con Wyatt y Kingston?

—¡Daisy! —exclama Wyatt desde la cocina. Lo ignoro.

Owen carraspea.

—Yo, eh…

—Lo pillé con su polla al aire la otra mañana —anuncia Drake, claramente divertido por lo que ha visto. Owen le lanza una mirada oscura antes de volver a centrar su atención en mí, con expresión de disculpa.

—No estaba intentando pillarte tonteando a propósito. Simplemente vi lo que vi y luego…

Niego con la cabeza.

—No, no, no quiero excusas. La próxima vez, si quieres mirar, entra y siéntate. Mientras a los demás les parezca bien, creo que sería muy excitante.

A Owen se le queda la boca abierta por la sorpresa antes de balbucear, avergonzado. Es entrañable. Wyatt se ríe, aunque es un poco forzado, y Drake solo niega con la cabeza. Kingston se inclina hacia delante para mordisquearme el lóbulo de la oreja, con el cuerpo temblando de risa.

—Mejor aún —bajo la voz, sonriendo ante la mirada desconcertada de Owen—. Podrías unirte, si quieres.

Los preciosos ojos marrones oscuros de Owen me escudriñan la cara, con las comisuras de la boca hacia abajo. ¿Cree que miento? ¿Que le estoy tomando el pelo? Mmm, eso no me vale.

Solo pensar en los ojos de Owen fijos en mí mientras me divierto con uno de los otros, sabiendo lo mucho que le gusta ver lo que pasa desde lejos… Me hierve la sangre. Inclinándome hacia delante en el regazo de Kingston, presiono mis labios contra los carnosos de Owen. Deslizo mi lengua en su boca cuando se abre de sorpresa, y profundizo el beso. Mentalmente, sonrío victoriosa cuando él deja escapar un gemido y me devuelve el beso con ganas.

Debajo de mí, noto cómo la polla de Kingston cobra vida. ¿A él también le gusta la idea de que alguien nos esté mirando? Con un suspiro, me aparto.

—Ahora que hemos aclarado eso, ¿qué nos has traído?

Bajo la mirada veo que su mano derecha contiene un puñado de dispositivos y unas pequeñas piezas rectangulares de plástico en su regazo.

—Yo, eh, cogí los teléfonos de todos y traje esto. —Levanta los cuadrados de plástico—. Son rastreadores. Se pueden comprar en cualquier tienda de electrónica o por internet, pero les he hecho algunas modificaciones. Así, todos podemos llevar uno y saber dónde está cada uno en todo momento. Podemos poner uno en nuestras mochilas, en los zapatos o donde sea. Anoche no se me ocurrió usarlos, pero después de que las cosas se pusieran un poco caóticas, puede que sea una buena idea.

—Son perfectos. —Le sonrío—. Vincent, nuestro próximo objetivo, tiene una mansión enorme. Tendremos que dispersarnos para vigilar su casa, así que tener algo que nos diga a todos dónde está cada uno nos vendrá muy bien.

Owen me sonríe de oreja a oreja.

—¿Y por qué tienes mi teléfono? —pregunta Wyatt.

—Voy a añadirle el programa que he creado para estos rastreadores. Y, de paso, los voy a proteger contra los piratas informáticos. Tus líneas estarán totalmente seguras. —Owen se recuesta contra el cojín del sofá, frunciendo el ceño mientras se pone manos a la obra para desbloquear el móvil de alguien.

Wyatt levanta la vista de lo que está haciendo.

—¿Necesitas mi contraseña?

Observo cómo Owen elude cualquier protección por contraseña que Wyatt tenga en su teléfono. Owen niega con la cabeza.

—Nop, ya estoy dentro.

Wyatt suelta una maldición entre dientes.

Drake se ríe de nuevo antes de murmurar lo suficientemente alto como para que lo oigamos:

—Espero que no tengas ningún desnudo que no quieras que vea nadie.

Inmediatamente, Owen niega que fuera a buscar algo así y Drake le llama la atención. Wyatt nos asegura que no hay nada en su teléfono y Kingston decide, dados los extraños fetiches de Wyatt, que no le cree. Pronto la habitación se llena de risas y bromas.

Y así, de repente, parece que volvemos a los viejos tiempos.



Al igual que el día anterior, me sirven demasiada comida cuando llega el desayuno.

Pero esta vez no me importa. Cojo el plato que me da Drake mientras se acurruca en el sofá. Tras unas pequeñas protestas de King y Owen, Drake me sienta en su regazo y se toma su tiempo para darme de comer con la mano mientras Owen le da play a nuestra película.

Bueno, *mi* película, a ellos les horroriza. O eso dicen. Pero en cuanto empieza, todos los ojos se clavan inmediatamente en la pantalla, igual que todas aquellas veces que la veíamos en el sótano de mis padres.

Todas las miradas, excepto la mía y la de Drake.

Normalmente, no me parecería sexy que me dieran de comer, pero ver cómo se le abren las pupilas a Drake mientras sus ojos siguen el camino de mis labios envolviendo su tenedor me hace algo. ¿Y con él poniéndose duro debajo de mí? Una oleada de poder y excitación recorre mis venas. Él *está disfrutando* de esto. Y yo estoy disfrutando de la versión endurecida de mi dulce y sensible chico, alimentando su deseo.

Cuando ya no puedo comer ni un bocado más, le quito el plato y el tenedor y los dejo en la mesita de centro que tenemos delante.

—¿*No te vas a comer eso*? —pregunta King.

—No, tómatelo tú.

Kingston apenas espera a que termine de hablar antes de agarrar el plato.

Mientras se devora el resto de mi desayuno, paso el brazo por detrás de Drake y cojo la manta. Apenas tiene tiempo de caer para cubrirnos a Drake y a mí antes de que mi mano se deslice por debajo para acariciar a Drake a través de sus vaqueros.

Drake se estremece una vez, sorprendido, creo, antes de quedarse quieto y recostarse en el sofá. Con un suspiro, me recuesto contra él, reajustando mi posición en su regazo para poder bajarle la cremallera en silencio y liberar su erección. Estoy ansiosa y segura de mí misma mientras lo toco, pero cuando mis manos envuelven ese miembro tan grueso, la sorpresa hace que me quede paralizada. ¿Qué demonios...?

Pequeños trozos de metal calentados por el cuerpo recubren la base de su polla. En total, cuento ocho, pero luego, mientras mi pulgar se desliza sobre la punta de la polla de Drake, encuentro un noveno. Este piercing es diferente. Mientras que los otros son barras, este es circular. Sobresale de la hendidura de su polla antes de dar una vuelta por debajo de la mitad de la cabeza y desaparecer.

Desconcertada e intrigada, mi mano se desliza por cada pieza de joyería. ¿Para qué sirven? ¿Son solo decoración? Mi cara está puesta en la película, pero mi mente divaga mientras acaricio y exploro la polla de Drake. ¿Cómo se sentirían estas dentro de mí, rodando contra mis paredes internas? La idea me hace apretar los muslos. Es difícil, dado que están estirados sobre los largos de Drake.

Mientras juego, el líquido preseminal se acumula en la punta de su polla, girando junto con la joya que sobresale de su glande. Intento no sonreír. Lentamente, recojo en mis dedos lo que su cuerpo ofrece tan generosamente, y cuando tengo suficiente, retiro la mano e inclino la cabeza lo justo para poder verle la cara mientras me lamo los dedos.

Las fosas nasales de Drake se dilatan y respira hondo.

Perezosamente, me desplaza, colocando su rodilla entre mis piernas. Se recuesta más contra el sofá y su otra mano, que ya me rodea, se desliza bajo la manta. A Drake le resulta muy fácil meterse en mis pantalones.

Me muerdo el labio inferior cuando sus dedos rozan mi clítoris. Lo rodea unas cuantas veces. Trago saliva con fuerza, ahogando el gemido en mi garganta. Presiono mi espalda con más fuerza contra su pecho, ya que empieza a sentirse demasiado bien. Para mi consternación, de repente se detiene. En lugar de seguir excitándome de esa manera, desliza sus dedos entre mis pliegues húmedos. Me ahogo con un gemido mientras recorre con los dedos de un lado a otro entre mi humedad.

Luego saca la mano de mis pantalones por completo. Drake no se aleja mucho. Se pasa los dedos húmedos por su polla y se masturba.

Oh… Mi coño se estremece, celoso de que sus manos puedan envolver su polla y no a mí.

Tras unos segundos, los dedos de Drake vuelven entre mis piernas para recoger más de mi excitación. Vuelve a provocar mi clítoris, haciendo que el placer y la tensión aumenten. Mis pezones se endurecen y me cuesta respirar. Pero Drake me deja con ganas mientras sigue recogiendo mi excitación y cubriéndose con ella.

Intento concentrarme en la película y respirar con calma, pero mis ojos no pueden evitar bajar para ver cómo se mueve la manta muy ligeramente mientras él se masturba. No sé por qué estamos intentando ocultar esto. ¿No le acababa de decir a Owen que no me importaría que nos miraran o que se uniera?

Aun así, intento no llamar la atención sobre el hombre que se está dando placer con mi excitación debajo de mí.

Al cabo de unos minutos, el cuerpo de Drake se tensa ligeramente. Su respiración no cambia, pero sus músculos se tensan y sé lo que está pasando. Siento cómo me suben los colores a las mejillas. Joder, se acaba de correr conmigo y yo apenas lo he tocado. En lugar de moverse para excusarse, Drake simplemente se relaja y se queda mirando la pantalla.

Sonriendo, me recuesto y disfruto del resto de la película.



—Pon esto en algo que lleves puesto o que lleves contigo todo el tiempo —dice Owen, metiéndome el cuadradito de plástico en la mano después de cenar—. Wyatt, Drake y yo tenemos la app que lo controlará. Tendremos que conseguirte un teléfono a ti y a Kingston pronto, pero por ahora, al menos, si nos separamos, lo haremos de forma que cualquiera de los dos esté con alguien que tenga un teléfono.

Cojo el objeto y me escabullo, conteniendo un suspiro de alivio.

No es que no me guste estar con todos, pero después de un día entero de contacto físico, charlas, comida y risas, estoy saturada.

Cuando llego al dormitorio de invitados, cierro la puerta detrás de mí y me apoyo contra ella. Aprieto los ojos con fuerza e intento calmar mi corazón acelerado. Esto es demasiado. ¿Cómo puede la gente interactuar con los demás todo el tiempo? Lo único que quiero es arrancarme la piel y esconderme en un rincón oscuro.

La culpa me invade como una tormenta que avanza lentamente.

¿Qué me pasa?

Quiero a mis chicos. A todos ellos. Entonces, ¿por qué quiero poner distancia entre nosotros? ¿Estoy tan jodida que ya no puedo *estar con gente*? Claro que puedo poner buena cara e interactuar como una persona normal durante ratos cortos. ¿Pero esto? ¿Todo el día? Me parece… imposible.

Las lágrimas irracionales se acumulan en mis ojos mientras me alejo de la puerta. No estoy bien, algo me *pasa*. Dejo que una lágrima resbale por mi mejilla antes de respirar hondo y atravesar la habitación. Cuando llego a mis botas y mi mochila, me agacho, abro la cremallera de la mochila y rebusco en ella hasta llegar al fondo. La empuñadura del revólver hace tiempo que perdió su eficacia para sacarme de golpe de mi ensimismamiento y devolverme a la realidad. Aun así, saco el viejo revólver; su peso me reconforta un poco. Esta mañana no me he pegado el cañón a la sien. No puedo dejar pasar otra.

Tengo que seguir con mi rutina. Mi rutina me ayuda a mantener el control. Sin ella, empezaré a caer en picada.

No puedo dejarme llevar por la desesperación. Todavía no. No hasta que haya terminado esto.

Después de comprobar rápidamente que el cargador sigue vacío, que no he metido una bala en la recámara sin darme cuenta, levanto la pistola y me la pongo en la sien.

¿Y si acabara con esto antes de que alguien saliera herido? ¿Alguien que no se mereciera acabar en la mira*?*

Esa idea me ayuda a apretar el gatillo. El clic y el sonido de la recámara girando resuenan en la habitación silenciosa. Me tranquiliza un poco. Mientras sigo aquí, saber que puedo cambiar esto si quisiera me ayuda a aclarar la mente. Aunque solo sea por un momento o dos.

Pero no me quita la culpa de estar aquí dentro, y no ahí fuera con los demás.

Con un suspiro, vuelvo a meter la pistola en la mochila, ya que ha cumplido su función. Justo cuando termino de meter el rastreador que me dio Owen entre los cordones y la lengüeta de mi bota, la puerta se entreabre. Absorta en mis propios pensamientos, los instintos se apoderan de mí antes de que mi mente pueda reaccionar. Todos mis músculos se tensan. Al darme la vuelta, deslizo la mano bajo la bota y agarro el cuchillo que hay escondido allí, y luego me giro rápidamente para enfrentarme a quienquiera que esté intentando acercarse sigilosamente a mí.

Kingston cierra la puerta tras de él, apoyando la espalda contra ella mientras me observa atentamente. Su expresión impenetrable no delata en absoluto lo que está pensando.

—*Oh*.

Intento soltar la tensión de mis hombros y aflojar el agarre del cuchillo. Mi cuerpo no responde de inmediato. Kingston se separa de la puerta. Se acerca a mí con la confianza de un hombre que sabe que no lo van a apuñalar.

O no le importa si lo hacen.

—Lo siento, no era mi intención, bueno, ya sabes. —¿Por qué me estoy disculpando? Está claro que fue un error. Me enderezo cuando Kingston se

detiene frente a mí. Se agacha y me agarra la muñeca de la mano que sostiene el cuchillo. Me la levanta y me hace presionar la punta de la hoja contra su garganta. La mantengo ahí mientras él se suelta.

—*Nunca te culparé por tus instintos de supervivencia.* —Presiona el cuello con más fuerza contra la hoja—. *Nunca te culparé, jamás, Daisy.*

Mi corazón se me infla con tanta fuerza que se me sube a la garganta y me ahoga. Alejo el cuchillo de su cuello y doy un paso atrás. Sin saber muy bien qué decir, simplemente me doy la vuelta y vuelvo a guardar el cuchillo en su escondite. Cuando vuelvo a girarme, veo que Kingston se ha acercado a la ventana. Corre la cortina y se asoma. Con un suspiro, deja caer la tela y vuelve a mirarme.

—*Creo que prefiero el nido en el bosque. Me gusta el aire fresco… y el espacio*.

Aparto la mirada de él, entendiendo perfectamente lo que quiere decir.

En un momento está junto a la ventana y al siguiente vuelve a estar a mi lado. Me rodea con los brazos para atraerme hacia él. Me apoyo en su pecho y le devuelvo el abrazo sin mucho entusiasmo.

—Probablemente también estemos más a salvo ahí fuera —admito contra su pecho—. No tardará mucho en estallar una revuelta en la ciudad contra los demás, pensando que ellos están detrás de todo esto. Pero, por ahora, tenemos acceso a comida, agua, un techo y televisión por cable.

Lo último hace que Kingston se ría. Su cuerpo tiembla y no puedo evitar sonreír.

Se aparta, dejando caer los brazos a regañadientes.

—*Y podemos estar con los demás*.

—Eso también. —¿Por qué mis palabras suenan tan forzadas?

Su gélidos ojos azules me miran a la cara. Cuando sus pupilas se estrechan y su boca se aprieta en una línea tensa, me derrumbo.

Con un suspiro que lleva consigo mi vergüenza, añado:

—Es que es mucho, ¿sabes? Estoy tan acostumbrada a tenerme a mí misma de compañía. Incluso entonces, puedo desconectar de todo. Poner el piloto automático. ¿Pero aquí? No puedo. Estar presente, obligada a sentir

cosas y a reconocerlo todo todo el tiempo… —No sé qué más decir, así que mis palabras se desvanecen.

Kingston me agarra por la camiseta y me empuja hacia la cama. Lo sigo sin dudarlo. Se sienta y me tiende las manos. Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras me acerco a él y me siento en su regazo con naturalidad.

—Sé lo que es que te bombardeen con tantas cosas después de haber estado tanto tiempo sin nada. Después de un año de aislamiento, volver a la población general fue... —Kingston niega con la cabeza.

Su rostro permanece totalmente impasible, pero sus ojos se vuelven más fríos. Los observo con curiosidad mientras él lidia con los pensamientos o sentimientos con los que está luchando. Una rabia venenosa envuelve mi corazón como alambre de púas. Estoy deseando ponerle las manos encima a Francis.

Tras un rato de silencio, Kingston continúa:

—Ayuda lanzarse así sin más. Al principio es mucho, pero te acostumbras rápido.

Asiento con la cabeza, bajando la mirada hacia mi regazo. Kingston se mueve. Sus labios rozan mis mejillas, con su mano acariciándome la nuca. Me inclino hacia él, dejándole que se apodere de mis labios. El beso de King es suave pero firme. Me apoyo en él, usándolo como mi ancla mientras me permito un momento para dejar todo a un lado y disfrutar de este momento con él.

¿Quién sabe cuántos momentos como este tendremos en el futuro?

Abro la boca, esperando que profundice el beso. En cambio, se aparta. Mi puchero no pasa desapercibido. King me lanza una sonrisa.

—No creas que no me di cuenta de tu pequeño numerito con Drake hace un rato.

Me quedo sin aliento.

—¿Por qué eres tan entrometido?

—Solo soy entrometido con las cosas que me importan, y lo único que me importa eres tú. Lo que significa que tienes toda mi atención —me asegura, sin una pizca de sarcasmo ni burla. Mis mejillas se sonrojan de sorpresa y alegría—. *Quizá si, entre los cuatro, conseguimos mantener ocupados tu boca y tu cuerpo, podamos hacer que tu transición sea más fácil.*

Fingo pensarlo un momento antes de dedicarle una sonrisa.
—Creo que eso podría funcionar.
Kingston imita la expresión de mi cara.
—Pensé que podría ser así.

OceanofPDF.com

Treinta y Uno



—Eres la Elegida de Zarzuz, pero también eres mi *Elegida, Daisy. Vas a ser mi vía de acceso. Mi salvación. Ya lo verás...*

El olor a whisky barato me quema la nariz. Las bigotes de Oliver me rozan la cara. Con los ojos vendados, no puedo verlo, pero sé que su polla está fuera. Siempre está fuera cuando estamos solos los dos. ¿Y cuando acaba de matar? Está aún más listo para jugar. Por suerte, estos momentos son más fáciles de manejar que cuando está sobrio. En esos casos, sus caricias pueden durar horas, a veces días, mientras se excita una y otra vez, demostrando lo bueno que es al resistirse a mi cuerpo.

A pesar de que ya no puedo ver, aprieto los ojos con fuerza.

—Por favor, no. —Las palabras no sirven de nada. Nunca antes lo han detenido, pero aun así, le suplicaré, le rogaré y lucharé cada vez que venga a mí. Intento acercar las extremidades hacia mi cuerpo, pero como cada una está atada a una esquina del colchón, no lo consigo. Unas manos acarician mis muslos. El líquido frío y espeso que los recubre se extiende por mi piel y me ahogo en un sollozo—. ¡Por favor, no!

La ha matado. A mi nueva amiga. Chelsea llevaba tres semanas encerrada en esta habitación conmigo, más tiempo que cualquiera de las demás. Era difícil *no* crear un vínculo con ella cuando solo nos teníamos la una a la otra. Pero ahora, su sangre está en mi piel, empapando mis poros. Puedo

sentir cómo me la unta por todas partes, recreando la runa que me ha grabado en la piel. Mi corazón lucha por latir con normalidad. Se ha roto y vuelto a romper tantas veces que estoy bastante segura de que solo se mantiene unido por pura fuerza de voluntad.

Una boca se aferra a mi pezón y chupa. Niego con la cabeza, luchando contra mis ataduras.

—No, no...

—Qué novia tan bonita vas a ser —me susurra Oliver.

—No me toques.

Oliver gime. El sonido de la piel chocando suavemente me dice que se lo está pasando bien.

—¿Quieres sentir sus labios contra tu piel? ¿Que ella también te adore?

Se me revuelve el estómago.

—¡No!

Oliver se ríe con dureza.

—Tenía unos labios tan bonitos. Me los quedé para que los pudiéramos disfrutar los dos.

La piel me roza el estómago, sube por el pecho y el cuello. Luego, un beso extraño y húmedo se presiona contra mi mejilla. Oliver se mueve, la cama se hunde mientras me roza la cara con lo que sé que es una parte de Chelsea, hacia mis labios. Su otra mano encuentra la unión entre mis piernas. Intento apartar la cabeza, retraer los labios.

—Oh, vamos, Elegida. Zarzuz no querrá una novia aburrida. —La mano ensangrentada de Oliver acaricia mi coño recién depilado, un trabajo que él mismo hizo hace solo unas horas—. Te haré sentir bien, como siempre. Siempre te cuido, ¿verdad? Le hablarás a Zarzuz de mí, ¿no?

Atrapada en mi sitio, no puedo detenerlo. Mientras los dedos cubiertos de la sangre de Chelsea se adentran en mí, grito entre dientes.

—¡Daisy! ¡Daisy, vamos, cariño, despierta!

Unas manos me tocan. Mi cuerpo tiembla mientras la rabia y la impotencia me invaden hasta que ya no puedo sentir nada más. Apretando los ojos con más fuerza, rezo por que todo acabe. No puedo seguir haciendo esto. ¡Mátame, mátame, *mátame!*

—¡DAISY!

El grito, atrapado tras mis labios apretados, se ahoga cuando abro los ojos. Mis miembros rígidos empiezan a moverse bruscamente al darme cuenta de que no estoy atada. Alguien suelta una maldición al mismo tiempo que algo se estrella y se rompe. Aspiro aire bruscamente, pero parece que no consigo llenar los pulmones. Mis ojos, momentáneamente cegados por la luz del sol, arden con las lágrimas.

—Por Dios —murmura alguien—. Que alguien le traiga agua.

—Ya voy.

No puedo respirar, no puedo ver. ¿Dónde estoy? ¿Dónde está Oliver? El sudor me resbala por el cuello, dándome una sensación inquietante, como si fueran dedos.

—¡Estás bien, Daisy! ¡Eh, somos nosotros! ¡Son tus demonios!

—Daisy, mírame. ¡Mírame, Daisy! —Unas manos se posan sobre mis hombros.

No soporto el contacto. Mi corazón se acelera. Incapaz de detenerlo, grito. De nuevo, alguien suelta una maldición. El tono de su voz me resulta familiar y, a medida que mi grito se apaga, la habitación se vuelve nítida. Kingston, Drake y Owen me han rodeado en la cama, todos en distintos momentos de intentar alcanzarme mientras yo me alejo de ellos a toda prisa.

—Espera, cuidado... —La advertencia de Owen llega demasiado tarde.

Extiendo la mano hacia atrás para alejarme un poco más, pero no encuentro nada a lo que agarrarme. Lo siguiente que sé es que me estoy cayendo por el borde de la cama. Mi espalda golpea el suelo y la mitad de las sábanas se desploman sobre mí. No me duele, pero me deja sin aliento.

—Mierda, Daisy, ¿estás bien? —Owen se agacha a mi lado antes de que pueda recuperar el aliento.

Le miro la cara, pero la habitación parece dar vueltas detrás de él. Se me revuelve el estómago. Me pongo a cuatro patas y le digo con voz ronca:

—Voy a vomitar.

—Te tengo —dice, y sin previo aviso, me levanta en brazos y me saca corriendo de la habitación.

Llegamos al baño justo a tiempo. Toda la comida que me comí ayer sale disparada mientras apoyo la cabeza en la taza de porcelana. Mientras vomito, se oyen palabras suaves justo al otro lado de la puerta abierta del baño. Owen se arrodilla detrás de mí y me frota la espalda, lo cual es un pequeño pero agradable consuelo.

Cuando ya no me queda nada más que vomitar, apoyo los brazos en el inodoro, pongo la frente sobre ellos e intento respirar hondo.

—Toma.

Alzo la vista y veo a Wyatt agachado a mi lado, tendiéndome un vaso de agua.

—Gracias. —Lo cojo con las manos temblorosas, lista para bebérmelo de un trago.

—Tranquila. A pequeños sorbos o se te volverá a subir —me advierte.

Asiento con la cabeza y hago lo que me dice. Cuando el vaso está vacío, suspiro y se lo devuelvo.

—¿Te sientes mejor? —me pregunta Owen. Al levantar la vista hacia él, veo la preocupación grabada en su rostro. Se me encoge el corazón al ver la misma expresión en la cara de Wyatt. Asiento con la cabeza.

—S-sí. Mejor.

—Drake y Kingston están preparando algo para desayunar, pero les va a llevar un rato. Mientras tanto, ¿quieres darte una ducha? —Wyatt mira a Owen—. ¿Puedes sacar las toallas limpias de la secadora?

—Sí, ahora mismo. —Owen sale corriendo de la habitación, dejándome un poco más de espacio para respirar.

—Oye, ¿estás bien? ¿De verdad? —pregunta Wyatt, levantándose de las rodillas y sentándose en el suelo para acercarse a mí—. Esa pesadilla parecía... intensa.

Niego con la cabeza.

—Estoy bien. Ya se ha acabado.

No me refiero solo a la pesadilla. El día que le partí la cabeza a Oliver con un mazo fue el día en que todo ese tormento terminó. Había sido la mejor decisión de mi vida.

Wyatt se inclina hacia delante y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Quieres hablar de ello?

—*No.* —La respuesta sale demasiado seca. Me doy cuenta en cuanto se me escapa de los labios. Haciendo un gesto de dolor, lo intento de nuevo—. Lo siento, es que... No quiero recordar esos momentos con Oliver, pero hay noches en las que mi mente no me deja olvidar. Desde luego, no quiero *volver a* revivir esa noche en concreto después de haberla revivido hace un momento.

—De acuerdo, si cambias de opinión, dímelo. —Hace una pausa antes de añadir—: Nos costó una eternidad despertarte. Owen vio a King en la cámara intentando despertarte y empezó a gritar. Pero cuando entramos todos e intentamos ayudar, era como si nada de lo que hiciéramos te llegara. ¿Hay algo que debamos hacer la próxima vez?

Me estremezco ante la idea de la *próxima* vez. Mis pesadillas son inevitables. Por mucho que intente dormir a la ligera, al final el agotamiento se apoderará de mí y me hundirá como lo hizo anoche. Al bajar la vista, veo que la camiseta que me han prestado está empapada de sudor.

—No, la verdad es que no. —Me paso la mano por la cara mientras intento borrar cualquier rastro que quede de los labios de Chelsea sobre mi piel—. Esta noche dormiré en el sofá o en el suelo, para no molestar a nadie.

—No seas ridícula —espeta Wyatt, sorprendiéndome. Cuando cruzo mi mirada con sus ojos verdes, me lanza una mirada fulminante—. Ninguno de nosotros va a pasar por el infierno solo nunca más. ¿Me entiendes, Daisy? Podrías estar envuelta en llamas, y yo me lanzaría a tus brazos para que no te quemaras sola. —Alza la mano y me acaricia las mejillas, con una expresión más suave—. Estoy aquí para ti.

Mi corazón cansado da un vuelco. Le dedico una media sonrisa y susurro:

—Estás loco.

Wyatt arquea las cejas, que casi desaparecen tras su espeso flequillo.

—Lo dice la que se ríe mientras apuñala a alguien.

De alguna manera, encuentro la capacidad de reír todavía a mi alcance. Aunque débil, le dibuja una sonrisa a Wyatt. Justo en ese momento, Owen vuelve a entrar en la habitación con una toalla blanca y mullida en la mano.

—Toma, Daisy. ¿Necesitas algo más?

—No, gracias, chicos. Se los agradezco mucho. —Y lo digo de todo corazón. Si supieran cuántas veces he pasado por esto sola... Despertar de esas pesadillas es agotador, tanto mental como emocionalmente—. Me voy a dar una ducha rápida y me uno a ustedes en un momento.

—No te apresures —me asegura Owen—. King le está dando la lata a Drake sobre qué te deberíamos dar de comer esta mañana, así que el desayuno no estará listo en un rato.

Pongo los ojos en blanco justo cuando su teléfono vibra. Owen se mete las manos en los bolsillos y lo saca.

—Mierda, Wy, tu amigo acaba de aparcar delante de la casa. Daisy, puede que tengas que dejar la ducha para más tarde y esconderte.

Wyatt y yo nos levantamos de un salto.

—Ve a mi dormitorio, escóndete en el vestidor —ordena Wyatt, saliendo rápidamente del baño.

Owen me agarra del brazo porque cree que no me muevo lo suficientemente rápido y me arrastra tras de él.

—Vete, yo me quedaré con los demás. Dará mala impresión si no estoy con Drake y Wyatt. Toma. —Me mete el móvil en la mano.

—Ayer le enseñé a Kingston cómo manejar las diferentes vistas. Podrás vernos y oírnos en el salón.

—Entendido. —Justo cuando termino de hablar, suena el timbre.

—¡Vete! —Me empuja por el pasillo justo cuando Kingston viene corriendo hacia nosotros.

Kingston me agarra de la mano y juntos nos colamos en el dormitorio de Wyatt, yendo directos a su armario. Dentro, nos metemos hasta el fondo, tirando de la ropa que tenemos delante y luego agachándonos. Abro la pantalla para que podamos ver cómo el ex de Wyatt entra en la casa.

OceanofPDF.com

Treinta y Dos



—¿Qué demonios está pasando, Wyatt?

El saludo de Brett al abrir la puerta me resulta molesto al instante. Al igual que la forma en que frunce el ceño por encima de mi hombro a Owen, que se dirige hacia la cocina detrás de mí. Conteniendo mi irritación ante su excesiva familiaridad y posesividad, intento actuar con normalidad.

Como si no supiera nada del lío que se ha montado aquí en Briar Glen.

—No sé de qué estás hablando, Brett. —Me hago a un lado, fingiendo una mirada de preocupación—. Pasa. Estamos preparando el desayuno.

—Odias el desayuno —señala, entrando en mi casa como si fuera suya.

Cierro la puerta lentamente, aprovechando cada segundo para calmar mis nervios, que ya están de las bridas. El ataque de pánico de Daisy sigue rondándome la cabeza. Sea lo que sea lo que haya soñado, debe de haber sido horrible. Nunca había visto a nadie con el cuerpo tan tenso. Sus músculos y tendones estaban tensos, marcados bajo la piel. Una vena gruesa en su frente latía con fuerza, las lágrimas se abrían paso a través de sus párpados cerrados y tenía la mandíbula tan apretada que temí que se rompiera un diente. Justo antes de dejarla para ir a abrir la puerta, todavía había sombras en sus ojos, como si aún no estuviera del todo presente.

—Sí, bueno, a mis invitados les gusta, y Drake se ha hecho cargo de la cocina, así que… —Dejo la frase en el aire mientras me encojo de hombros

—. Drake, asegúrate de poner un poco más para Brett.

Desde la cocina, Drake gruñe.

Brett se dirige a sentarse en el sillón reclinable, pero parece que se lo piensa mejor. Se da la vuelta para mirarme mientras yo estoy de pie junto a la puerta y me lanza una mirada fulminante.

—¿Sabes la mierda con la que he tenido que lidiar estos últimos días? —me pregunta—. Ha sido una jodida tormenta de mierda en Briar Glen.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Una tormenta de mierda, en serio? No hace falta que te pongas tan dramático, Brett.

—¡No lo soy!

Siempre ha sido un poco teatral. Pero no se lo digo.

—¿Qué, se han vuelto a escapar los cien gatos de Tina de su casa?

Brett niega con la cabeza, con su pelo oscuro inmóvil gracias a todo el gel que lo mantiene en su sitio.

—Esto no es una broma, Wyatt. Hay gente muriendo. Luego está el atentado, esos incendios, el manicomio... ¡Briar Glen está en el ojo del huracán, Wyatt!

Sí, y esa tormenta es Daisy Murray.

Intento no sonreír ante ese pensamiento.

—Seguro que solo son un puñado de niños intentando hacerse virales con los incendios... Espera, ¿qué quieres decir con que hay gente muriendo? ¿Quién?

Mentalmente, reviso mi expresión facial, esperando mostrar el nivel adecuado de sorpresa. Si se me nota aunque sea una pizca de diversión, Brett lo detectará. Es tremendamente observador.

Brett cruza los brazos sobre el pecho.

—George Herring y su hijo, aunque todavía estamos buscando el cuerpo de Jeff, y un tipo que estaba en la casa de George cuando lo encontramos.

Por lo que sé, Jeff sigue tirado en el altar donde lo dejamos, a menos que algún animal salvaje haya decidido arrastrarlo a algún sitio.

Sacudiéndome ese pensamiento, intento pensar en cómo reaccionaría normalmente ante esta información.

—Espera, estoy confundido. ¿Había un hombre en la casa de George? ¿Era él el asesino de George? ¿Podría haber sido el de Jeff? Espera —frunzo el ceño.

—¿Cómo sabes que Jeff está muerto sin un cadáver?

Brett frunce los labios mientras se le caen los hombros. Antes de que responda, es Owen quien habla desde la cocina.

—Este pueblo se ha ido a pique desde la última vez que estuve aquí. Menos mal que ya no vivo aquí.

—Esta ciudad ya era una mierda incluso cuando vivíamos aquí —refunfuña Drake, seguido del sonido de huevos que se baten.

—Entonces, ¿por qué han vuelto? —pregunta Brett con brusquedad, pasando de repente junto a mí hacia ellos dos—. ¿Por qué están aquí realmente?

Me giro y sigo a Brett con la mirada, frunciendo el ceño ante el tono de su voz. *Ese* no *es* el tono de un policía... es el de un exnovio celoso.

—No puedo tener amigos que vengan a quedarse...

—Tus amigos no han vuelto a Briar Glen en más de una década, y *nunca* te he oído hablar de ellos. Ahora aquí están los dos, de la nada, justo cuando el caos se desata por toda la ciudad —interrumpe Brett—. Según los rumores de aquella época, tus amigos no se cortaban a la hora de expresar su descontento con Francis Winslow por una razón u otra. Gran coincidencia que vuelvan y que su hijo esté de repente libre.

Drake se burla mientras yo frunzo el ceño.

—Yo también me quejé de la injusticia de Kingston —señalo, tragándome mi enfado.

Antes de que Brett pueda responder, Owen balbucea y frunce el ceño.

—¿Nos estás acusando de complicidad con un criminal y de incendio provocado? Porque eso es una mierda.

—No los estoy acusando de nada. Solo estoy señalando algunas coincidencias sospechosas —objeta Brett con frialdad. Se gira para mirarme mientras señala con el pulgar a Drake—: Se ha visto la camioneta de este dando vueltas a todas horas de la noche.

—Estoy aquí mismo. No hace falta que finjas que no estoy —dice Drake con tono holgazán—. ¿Y no se me permite dar una vuelta por la noche?

—¿Qué has estado haciendo afuera a esas horas? —replica Brett, volviendo a centrar su atención en él.

Drake se encoge de hombros.

—Cazando, bebiendo, tomando un poco de aire fresco para despejar la mente. La guerra te jode de verdad aquí. —Se da un golpecito en la sien.

—Estar quieto demasiado tiempo me hace darle demasiadas vueltas a la cabeza.

El escepticismo se refleja en el rostro de Brett mientras mira fijamente a Owen.

—¿Y tú? ¿Qué haces por las noches?

Puedo ver la mirada pícara en los ojos de Owen, pero no tengo oportunidad de impedir que abra esa maldita boca antes de que diga:

—Paso las noches con mi *buen* amigo, Wy. Ya hemos creado unos recuerdos geniales hasta ahora. Espero que toda esta locura en la ciudad no nos quite este tiempo especial que hemos pasado juntos.

Me quedo con la boca abierta mientras levanto las manos. *¿Por qué le das con el palo al oso que está claramente enfadado?* Me dan ganas de gritar.

La cara de Brett se pone de un tono de rojo alarmante. Doy un paso hacia él, preocupado por si le está dando un infarto.

—La ciudad se está preparando para celebrar otra elección en las próximas semanas, pero a este paso, *no* hay *nadie* interesado en presentarse. Sandra Mullens, la agente inmobiliaria que está en tu misma calle, ha estado recibiendo un número récord de llamadas de gente que quiere poner su casa a la venta. —Brett respira hondo para calmarse, aunque eso no ayuda a su color—. El departamento de policía está desbordado con todo el trabajo que nos han echado encima, y nos falta personal y estamos desbordados. Te juro que creo que Ronney está volviendo a beber en el trabajo. El tipo acababa de dejar de beber hace solo un año.

Entiendo su frustración, de verdad. Pero no soy capaz de sentirme culpable o mal por hacerle la vida un poco más difícil. Briar Glen no se merece ningún respiro del infierno que se ha desatado.

—Mira, Brett, sé que probablemente estés agotado con todo el trabajo que estás haciendo. No sé qué decirte, salvo que quizá, en lugar de gritarnos a mí y a mis amigos, deberías dormir un poco. Si podemos ayudarte en algo, dímelo. Si no, no sé qué más hacer.

Brett suspira profundamente, y la tensión abandona su cuerpo poco a poco. Se acerca a mí y me coge de la mano.

—¿Podemos hablar, solo nosotros dos? —pregunta en voz baja, con su mirada fija en mi rostro.

¿Podría ser Brett uno de los seguidores de Zarzuz? ¿O simplemente está atrapado entre el Sacerdote Bendito que dirige el departamento de policía y nuestra venganza?

Asiento con la cabeza y empujo a Brett hacia el pasillo. Una vez allí, se dispone a abrir la puerta del dormitorio de invitados, la misma habitación en la que se han estado quedando Daisy y King. Le tiro de la mano hacia atrás, deteniéndolo en seco. ¿Quién sabe qué habrán dejado Daisy y King por ahí que pueda delatar su presencia?

—Podemos hablar aquí, no nos molestarán —murmuro, acercando a Brett un poco más de lo normal desde que rompimos, con la esperanza de que no se dé cuenta de lo deliberadamente que lo he detenido.

Brett frunce el ceño, pero asiente. Abre la boca para decir algo, pero algo detrás de mí le llama la atención.

—¿Desde cuándo tienes cámaras dentro de la casa?

Miro por encima del hombro hacia la pequeña y discreta grabadora de vídeo que hay en la esquina al fondo del pasillo.

—Desde que empezó toda esta mierda en la ciudad. —Me encojo de hombros y vuelvo a mirarlo—. Nunca se es demasiado precavido.

Brett parece aceptar esta respuesta porque deja pasar el tema. Acorta la distancia entre nosotros y apoya su frente contra la mía. Todo en mí grita que retroceda. Con mucho esfuerzo, le concedo a Brett este momento íntimo.

—Mira, sé que puede ser difícil de creer, pero el pueblo está empezando a hablar. Creen que son esos dos de la otra habitación los que están provocando toda esta mierda, y, sinceramente... Aunque sé que tienes buen gusto para los chicos... —me dedica una sonrisa coqueta que dura poco—...

esos dos de la otra habitación son problemáticos. Lo noto. Wyatt, todo esto empezó cuando llegaron al pueblo. Probablemente ayudaron a su viejo amigo, Kingston, a escapar, y seguramente fueron los que provocaron el incendio en el centro.

Me aparto, incapaz de mantener el contacto.

—Vamos, Brett. Eso es exagerar. ¿Planearon toda una fuga para Kingston mientras estaban fuera del estado solo para montar un escándalo la primera noche que llegaron aquí? ¿Sin que yo me diera cuenta? A menos que estés insinuando que yo podría estar involucrada…?

—¡No, claro que no! —Brett niega con su cabeza, disgustado—. No hay ni un ápice de peligrosidad en ti… Bueno, excepto uno.

Se ríe suavemente, y la indignación se desvanece. Con una sonrisa, alarga la mano para acariciarme la cara. Todo mi cuerpo se retuerce de asco. Estoy harto de que me toque.

—Déjalo ya. —Doy otro paso atrás—. Entras como un torbellino en mi casa soltando mierda sobre asesinatos, lanzando acusaciones sin fundamento sobre mis amigos, y ahora no paras de coquetear. Brett, has ido demasiado lejos.

—Wy, solo estoy preocupado. La gente de este pueblo no se toma bien los problemas, y si piensan que estás involucrado de alguna manera en lo que ha estado pasando…?

Frunzo el ceño.

—Entonces haz tu trabajo y averigua quién es antes de que me linchen. Pero venir aquí en un ataque de celos es ridículo.

Brett al menos tiene la decencia de parecer avergonzado, aunque solo dure unos segundos antes de parecer un niño malcriado.

Justo cuando abro la boca, el sonido de una ventana rompiéndose me interrumpe. Brett y yo nos quedamos paralizados durante una fracción de segundo antes de entrar en acción. Al mismo tiempo, Owen empieza a gritar.

Entramos corriendo en el salón y vemos humo y un pequeño fuego mientras el sofá empieza a arder. Owen se apresura con un vaso de agua para apagarlo, pero se ve obligado a agacharse cuando algo en llamas sale disparado por la ventana rota.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Quién nos está atacando? —pregunto, dirigiéndome hacia la puerta.

—¡No! ¡Atrás! —Brett me agarra por la espalda de la camiseta y prácticamente me arranca de un tirón mientras me empuja detrás de él. De su cinturón de servicio saca su pistola y se lanza hacia la puerta.

—¡Espera! —Mi protesta no sirve de nada cuando abre la puerta de un tirón y desaparece fuera.

Lo sigo, con Owen justo detrás de mí. Brett se detiene en seco en medio de mi jardín delantero, con la pistola en alto y apuntando a una camioneta grande y elevada que da la vuelta en medio de la calle. Cinco chicos en la caja gritan y nos lanzan otro objeto en llamas. Brett se agacha, pero pasa de largo sin hacer daño y aterriza en mi césped.

—¡Maldita sea! Son los chicos de Truman —gruñe Brett—. Voy a pedir refuerzos. ¡Los atraparé, Wy!

—¿Sigues pensando que somos nosotros? —le grita Owen mientras Brett corre hacia su coche patrulla—. Idiotas.

Me giro para mirarlo con ira, pero por el rabillo del ojo veo que las llamas están quemando mi alfombra. Maldiciendo, corro de vuelta al interior. Drake llega antes que yo, tirando huevos batidos al suelo para apagar las llamas.

—¡Voy por más agua! —Owen corre hacia la cocina mientras yo me apresuro hacia el sofá.

Arranco el cojín y lo tiro al suelo antes de pisotearlo. Mientras intento apagarlo, de alguna manera se me prende fuego la parte de abajo de los pantalones. Sacudo la pierna para apagarlo, justo cuando Owen se acerca y echa un vaso de agua sobre el cojín.

El fuego se apaga, chisporroteando en señal de protesta antes de convertirse en solo humo.

—Ya está. —Da un paso atrás—. No se verá el agujero si le damos la vuelta al cojín...

—Eh, chicos.

Giro la cabeza rápidamente y veo a Daisy de pie en el umbral de la habitación. Su cara, sus manos y su camiseta están cubiertos de sangre. Nos

dedica una sonrisa maníaca que contrasta con las palabras que salen de su boca a continuación.

—Tenemos un problema.

OceanofPDF.com

Treinta y Tres



No hay nada como arrancarle las tripas a un paleto para que te suba la adrenalina o para ahuyentar viejas pesadillas.

Por suerte, Wyatt tenía su cuchillo en la mesita de noche y Kingston tenía el suyo a mano, o esto habría sido mucho más difícil.

Por desgracia, ahora tengo que ocuparme de los cadáveres. No, espera. Eso no está bien. Tenemos que ocuparnos de los cadáveres. Los cinco miramos a los cuatro paletos apilados en medio del dormitorio principal de Wyatt. Wyatt está demasiado ocupado boquiabierto, Drake está demasiado ocupado riéndose y Kingston está dibujando alegremente un corazón sangriento en la frente de uno de los cadáveres como para darse cuenta de que Owen se está tambaleando a mi lado.

Con la mayor naturalidad posible, le paso un brazo por su brazo para sujetarlo.

—Entraron por la ventana mientras tú te ocupabas de tu visitante —le digo a Wyatt.

—¿Y no podías haber dejado que se colaran por el resto de la casa mientras el *policía* estaba aquí para detenerlos? —pregunta Wyatt, con su voz tensa.

Supongo que podría haberlo hecho. Pero verlos intentar pasar desapercibidos mientras se movían por el patio trasero hacia la casa con las

armas en la mano me provocó una rabia asesina. La necesidad de defender a mis chicos pesó más que el sentido común. En el momento en que el primero se coló por la ventana en la habitación, eran hombres muertos.

—No es para tanto —dice Drake encogiéndose de hombros—. De todos modos, no deberían haber estado aquí.

Wyatt gira su cabeza de golpe para mirarlo con incredulidad.

—¿No es para tanto? ¡Hay cuatro *cadáveres* en mi casa!

Drake suspira.

—Sí, ya lo vemos. Pero no te pongas a alucinar, no es el momento.

Kingston se ríe en silencio. Echa la cabeza hacia atrás mientras sus hombros tiemblan de risa. Intento contener mi propia diversión, pero el balbuceo indignado de Wyatt es muy divertido. Intentando llevar la conversación por otro camino, sugiero:

—Si te preocupa la sangre, cambiaremos la moqueta. Veré unos vídeos y averiguaré cómo hacerlo. Nadie se dará cuenta.

—No es difícil... Ya lo he hecho antes en la cabaña —dice Drake distraídamente mientras da una patada a la pierna de uno de los chicos muertos.

—¡Esto no tiene nada que ver con la alfombra! —exclama Wyatt, llevándose las manos a la cabeza con frustración—. Da igual. No importa. De todos modos, no es que pensemos quedarnos aquí mucho tiempo.

—¿No? —interviene Owen por primera vez desde que entró en la habitación.

—Bueno, una vez que hayamos acabado de matar a todos los cabrones de la lista de Daisy, dudo que quedarnos en Briar Glen sea una buena idea. —Wyatt hace una pausa—. Quemaremos la casa, cobraré el seguro y luego desapareceremos.

Ese plan se le ocurrió rápidamente a él. ¿O no? Frunzo el ceño. ¿Ha estado Wyatt pensando mucho en esto estos últimos días?

—Daisy, ¿tienes algún plan para el futuro? —Owen me mira con curiosidad.

No es el único. De repente, todos me miran. Con la mayor naturalidad posible, dejo que mi mirada se desvíe hacia los cadáveres que yacen en el

suelo.

—No he pensado tan a largo plazo. —No es necesariamente una mentira. Sin embargo, el hecho de ocultar la verdad me revuelve el estómago. Saber que nadie se quedará solo después de esto alivia mi culpa—. Esto ha sido mi principal preocupación durante años.

Debe de parecer una excusa plausible, porque los chicos vuelven su atención al problema que tenemos entre manos. Drake se agacha para mirar al muerto más cercano.

—Esta noche haremos una hoguera y nos desharemos de ellos en el bosque.

El trago de saliva suave pero audible de Owen hace que se me tuerzan los labios. Luchando contra las ganas de sonreír, lo acerco a mí y lo dejo apoyarse en mí.

—O los tiramos al río y luego vamos por Vincent. Con la muerte de Tobias y ahora la de George, quedará claro a quién estamos eliminando. —Sonrío al pensarlo. Espero que estos hombres estén aterrorizados—. Owen, vaciaste la cuenta de la secta, ¿verdad?

Lo miro y veo que su piel morena está un poco pálida.

Asiente con un movimiento espasmódico.

—Ah, sí. Lo hice ayer después del desayuno. No dejé ni un solo céntimo. Ahora mismo está repartido en varias cuentas en el extranjero para cuando todo esto haya terminado.

Eso es mucho mejor que Wyatt esperando a que le llegue por correo el cheque del seguro.

Sonrío.

—Perfecto. Estoy segura de que Francis y sus Sacerdotes Benditos están sintiendo la presión ahora mismo. Vincent especialmente, ya que él era el encargado de los fondos. Los demás probablemente estén furiosos con él en este momento.

—Un hombre acorralado luchará con más fuerza. —Drake se pone de pie y me mira—. Tengo la sensación de que no caerá tan fácilmente como George.

—George fue una muerte aburrida, de todos modos. —Hago una pausa antes de añadir: —Pero tienes razón. Estoy segura de que Francis y el resto de sus Sacerdotes Benditos van a empezar a prepararse para los problemas. Tendremos que ser un poco más creativos.

Kingston se balancea sobre los talones.

—A mi padre no le va a gustar que alguien esté jugando con sus finanzas. El dinero es su mundo. —Kingston mira a Owen.

*—Te has asegurado de que no se pueda rastrear la actividad hasta nosotros, ¿verdad? Porque contratará a un e*quipo de gente para investigar esto... si es que ya no lo ha hecho.

—Nunca sabrá quién movió el dinero. —La voz de Owen se va debilitando.

Levantando la vista hacia él, le pregunto:

—¿Por qué no vas a guardar las imágenes de la cámara del ataque de la entrada? Prepáralas para entregárselas a la policía. Después, borra las imágenes de estos chicos merodeando por el patio trasero. Nosotros nos encargaremos de mover los cadáveres, arrancar la moqueta y limpiarlo todo.

No dice nada, pero me lanza una sonrisa de agradecimiento antes de salir prácticamente a toda velocidad de la habitación.

—El chico parecía un poco verde, ¿no? —pregunta Drake, tosiendo para disimular mal su risita.

Me encojo de hombros.

—Esto no es para todo el mundo. En fin, pongámonos en marcha. Seguro que el policía volverá para tomar declaración a todo el mundo.

Wyatt suelta una maldición.

—Sí, ahora volverá con sus colegas.

—No hay problema. Vamos por una lona.



Limpiar los cadáveres y sacarlos a los arbustos junto a la casa da mucho trabajo. Sobre todo porque no puedo salir a ayudar y arriesgarme a que me

vean, y porque, bueno, cargar con cadáveres no es mi fuerte. Sacar el cuerpo de Tobias por la ventana para que acabara colgado del cuello después de matarlo me llevó tiempo y mucho esfuerzo.

Justo cuando sacamos el último cadáver al patio trasero, vuelve el ex de Wyatt. Esta vez, viene acompañado de otros cinco policías. Mientras están aquí, Kingston y yo tenemos las manos atadas... lo que significa que la limpieza de la escena del crimen tiene que quedar temporalmente paralizada. Pero en cuanto se van, nos ponemos todos a cortar la alfombra manchada de sangre del dormitorio y a meterla en bolsas.

Por fin, al cabo de tanto tiempo, consigo meterme en la ducha de Wyatt y enjuagarme las pruebas de mi pesadilla y mis asesinatos.

Cuando estoy limpia y casi en carne viva de tanto frotarme, salgo del baño principal envuelta en una toalla y me encuentro a Drake sentado en la cama de Wyatt esperándome. En su regazo hay un plato con el desayuno.

—Tú y la comida. —Pongo los ojos en blanco, pero me acerco a él. Me había olvidado por completo de comer.

—Tú y lo de ignorar tu propia salud —replica él cuando me detengo a los pies de la cama.

Sonrío al ver cómo frunce el ceño con fuerza. Es un hombre realmente impresionante. De complexión y estatura casi vikingas, pero ese aspecto duro sin duda le da un aire aún más intenso. ¿Cómo sería si pudiera romper su coraza? La idea me hace hervir la sangre y no puedo evitar mirarlo de arriba abajo. Solo pensar en comer ahora mismo me revuelve el estómago. Aunque enfrentarme a Drake en esto podría ser una batalla perdida. A menos que... Apuesto a que podría distraerlo lo suficiente como para que la comida fuera lo último en lo que pensara.

Las pupilas de Drake se estrechan al mirarme.

—¿En qué estás pensando, Daisy?

Fingiendo indiferencia, me encojo de hombros.

—En nada.

—Mentirosa.

No puedo evitar que se me curve la boca cuando me pilla.

—Vale, bueno, al verte ahí sentado tan inocentemente en la cama, mi mente empezó a divagar.

La sospecha en el rostro de Drake no se desvanece. De hecho, se vuelve más intensa. Mi sonrisa se amplía mientras me acerco. Sin pensarlo dos veces, me quito la toalla. Hay que reconocerle algo a Drake: sus ojos permanecen fijos en mi rostro durante tres segundos completos antes de bajar y devorarme con la mirada. Siento un nudo en el estómago cuando se fija en el grueso tejido cicatricial que forma la runa en mi cuerpo. Cuando baja aún más la mirada, respiro un poco más aliviada. Lentamente, levanto una rodilla y la apoyo en el borde de la cama, justo a su lado.

—¿Te dolió, Dre, hacerte esos piercings? —Me aseguro de mantener la voz baja para que tenga que concentrarse en lo que digo.

Con una lentitud deliberada que hace que se me pongan duros los pezones, Drake vuelve a recorrer mi cuerpo con la mirada antes de encontrarse con la mía. Sus pupilas, que hace un momento estaban estrechas, ahora están muy dilatadas. Le tiembla la mandíbula y se le dilatan las fosas nasales. Por fin, me responde.

—Como una perra.

Ya me lo imaginaba. Levanto la otra rodilla para arrodillarme junto a Drake y me encuentro casi a la misma altura que él.

—¿Son para ti? ¿O más bien para tus parejas?

—Para los dos.

Levanto la mano y la poso sobre su hombro. Con la otra, me agacho, cojo el plato de comida de su regazo y lo aparto.

—¿Sí? —Me inclino y le beso en la mejilla.

Drake me sorprende cuando extiende el brazo, me rodea la cintura y me atrae hacia su pecho.

—¡Oh! —Pierdo el equilibrio y me veo obligada a agarrarme a sus hombros con ambas manos.

—Sé lo que estás haciendo, Daisy.

—No sé de qué estás hablando. —Me inclino hacia delante y rozo mis labios contra los suyos.

Gruñendo contra mis labios con tanta fuerza que puedo sentir las vibraciones a través de su pecho, dice:

—Voy a hacer que te comas hasta el último bocado de tu comida. Y si tengo que follarte hasta que tus extremidades estén demasiado débiles para resistirte, hasta que tu boca se abra mientras jadeas en busca de aire y tu coño siga ahogándose con mi polla, entonces lo haré.

Bueno… *joder*. Parpadeo sorprendida ante sus palabras y me aparto. Drake me sonríe, con un brillo malicioso en los ojos.

—¿Quieres jugar, Daisy? Bien, pero más vale que sepas en lo que te estás metiendo. No soy un amante tierno. No soy *amable*.

Tiemblo mientras la excitación me recorre la espalda y mi corazón se acelera.

—A ver qué tienes, Dre.

Con el guante lanzado, Drake responde de inmediato. Su boca se estrella contra la mía. Los dientes chocan mientras nuestras lenguas se lanzan, se encuentran y al instante empiezan a luchar por el dominio. Mis manos se dirigen a su pelo, tirando de sus mechones rubios para sacarlos del moño suelto que lleva en la nuca. Mientras mis dedos se entrelazan en su pelo, me aseguro de arañar su cuero cabelludo con las uñas.

Las manos de Drake me agarran por los muslos y me colocan a horcajadas sobre él. El bulto en sus pantalones es imposible de ignorar. Moviéndome con las caderas, froto mi clítoris contra él, disfrutando de la fricción que crea el movimiento. No me cuesta mucho mojarme. Después de ver cómo ayer había usado tan eficazmente mi propia excitación para correrse, mi cuerpo vibró de deseo todo el día. Aunque sabía que King habría estado encantado de saciar esa necesidad si yo hubiera dado el primer paso entre nosotros mientras nos dormíamos anoche, me parecía mal utilizarlo cuando estaba pensando en Drake.

Toda esa necesidad vuelve a invadirme, calentándome el cuerpo y haciendo que mi coño se apriete. Drake me deja frotarme contra él unos instantes más antes de moverse. Me empuja a un lado, más hacia el interior de la cama. Aterrizo de espaldas, dando un bote antes de detenerme. De repente, está entre mis piernas. Me agarra las piernas y me las levanta de un

tirón, elevando mi culo con ellas. Sin previo aviso, su boca está sobre mi clítoris.

Grito de sorpresa cuando su lengua se hunde en mi coño. Roza mi clítoris con la nariz y no puedo evitar el gemido embriagador que se me escapa. Drake es minucioso, usando su barba y su mandíbula para rozar mis labios vaginales a propósito mientras se deleita conmigo. Me arqueo hacia su boca, disfrutando de toda la estimulación.

Mi cuerpo empieza a temblar. A Drake no le cuesta mucho llevarme al orgasmo. Justo cuando estoy a punto de estallar, Drake aparta su boca.

—E-espera, estoy a punto —jadeo, intentando levantar las caderas para alcanzar su boca.

—Toma un bocado de tu desayuno.

Al principio no capto la orden, ya que mi cuerpo clama por liberarse.

—¿Qué? No, Drake, más tarde...

Me da la vuelta y me pone boca abajo tan rápido que me cuesta un momento procesar lo que ha pasado. Antes de que pueda decir otra palabra, una mano me da una fuerte palmada en el culo desnudo. Siseando, arqueo el cuerpo para alejarme de él.

—Intentémoslo de nuevo —dice con un tono irritantemente indiferente—. Dale un mordisco a la comida.

Miro con ira el plato ofensivo que está a unos centímetros delante de mí. Mi vacilación tiene consecuencias. Drake vuelve a darme una palmada, y el golpe resuena con fuerza. Aprieto los ojos con fuerza mientras aspiro aire bruscamente. Cuando el breve dolor se desvanece, alargo la mano temblorosa y cojo una uva. Me la meto en la boca sin protestar más.

Esta vez, me recompensan.

Drake me agarra por las caderas para ponerme de rodillas y me mete dos dedos gruesos en el coño. Su presencia me produce satisfacción, una intensa sensación de estiramiento y alivio.

—¡Oh! —Mi cuerpo succiona los dedos de Drake y él se ríe con malicia.

—Dios, estás jodidamente mojada, Daisy. Qué receptiva. —Mueve los dedos dentro y fuera con brusquedad. Me muerdo el labio inferior mientras mi cuerpo tiembla con más fuerza, tan cerca del orgasmo que casi puedo

saborearlo. Justo cuando se me curvan los dedos de los pies, Drake se detiene de nuevo.

—Cómete la tostada.

—¡Qué se joda la maldita tostada! —le espeto. Mis caderas se mueven, intentando usar los dedos de Drake que aún están dentro de mí para alcanzar el clímax. Drake los saca. Abro la boca para protestar, pero de repente me meten un dedo en el culo sin previo aviso.

Mi grito de sorpresa y dolor hace que Drake se ría. Aprieto la cara contra el colchón mientras mi cuerpo se adapta a la intrusión. Aparte del dedo de Wyatt, nunca he tenido nada ahí atrás y, Dios mío… no sé si podré con esto. Su dedo es mucho más grueso que el de Wyatt. La forma en que me dilata es extrema.

—¿Qué te había dicho? —pregunta Drake cuando se le acaba la risa.

Respirando con dificultad, levanto la cara y alargo la mano hacia la tostada. La agarro y me la meto en la boca a la fuerza. Cuando me la he comido hasta la mitad, Drake mueve el dedo. Sisea, pero él solo hace un «tsk».

—Si respiras y te relajas, puede que hasta lo disfrutes.

Sí, claro. Aun así, lo intento. Con una respiración profunda entre bocado y bocado, intento relajarme alrededor de su dedo mientras él empieza a meterlo y sacarlo de mi interior. Para cuando termino de tragarme el pan en seco, empiezo a ver el atractivo de los juegos anales.

—Ahí tienes —murmura Drake.

Para mi sorpresa, el placer empieza a extenderse por mis entrañas. Mi coño se contrae en torno a la nada mientras Drake me excita de una forma totalmente nueva. Mi gemido es suave, pero empujo hacia atrás contra su mano, y él murmura su aprobación.

—¿Crees que podrías tomar mi polla, hermosa Daisy?

Pienso en el grosor y en los piercings que adornan su polla. Es un chico bien dotado, y por mucha curiosidad que tenga por las joyas, no estoy segura de si viviré para disfrutarlas. Puede que me parta en dos si intenta penetrarme. Aunque la idea no me desagrada.

Drake no parece necesitar una respuesta. Simplemente sigue follando mi culo a fondo con los dedos. Me tiemblan las piernas porque ya no puedo

más.

—Mírate, chorreando para mí —gime Drake—. Me he imaginado follándote de mil maneras desde que supe que estabas viva, Daisy, pero la realidad es mucho mejor que cualquiera de mis fantasías. ¿Cuidar de mi chica mientras escucho sus gemidos y su respiración entrecortada? No me canso de esto.

Con naturalidad, Drake desliza su mano libre por debajo de mí y me acaricia el clítoris.

Así, sin más, el placer creciente en mi cuerpo que me tiene en sus garras se desata. Me corro con un grito débil. La ola de éxtasis es poderosa, impidiéndome respirar hondo para recomponerme. Pero Drake no parece dispuesto a dejarme bajar.

—Ahora, veamos si podemos comernos esas rodajas de manzana. —Retira su dedo para agarrarme por las caderas.

—No. —Niego con la cabeza, todavía jadeando—. No puedo...

Drake tira de mis caderas hacia atrás y, de repente, la punta de su polla está ahí, presionando contra mi entrada. Mi coño intenta tragárselo mientras su gorda punta me presiona.

—Claro que puedes. ¿No quieres saber qué se siente al meterte una polla llena de metal? —se burla, empujando solo un poco más, estirando mi entrada pero sin llegar lo suficiente como para estar realmente dentro de mí —. ¿No acababas de decir lo curiosa que estabas?

Intento empujar hacia atrás contra su cuerpo, pero Drake me sujeta las caderas para que no pueda ir más allá.

—Sí, pero...

Grito contra el colchón mientras Drake empuja hacia delante con un movimiento lento pero decidido. Dios mío, puede que haya mordido más de lo que puedo masticar. Siento dolor mientras mi cuerpo se estira para que Drake quepa dentro de mí, pero la forma en que las barras de metal rozan las paredes de mi coño crea una fricción alucinante que ahuyenta la incomodidad. Aun así, es demasiado.

—¡*Drake*! —Me ahogo, como si su polla estuviera en mi garganta en lugar de en mi coño. Mi cuerpo lo aprieta con fuerza.

Se oye una respiración entrecortada a mis espaldas y un gemido ahogado.

—Joder, estás tan jodidamente caliente y húmeda. Te encanta que te traten con rudeza, ¿verdad? No, no, no tienes que decir nada. Se nota por cómo tu coño babea pidiendo más de lo que te gusta.

Llega hasta el fondo dentro de mí y luego se queda quieto. Mi cuerpo se retuerce con ansia a su alrededor. Se siente de maravilla. Antes de que pueda abrir la boca para suplicarle que se mueva, una voz desde la puerta pregunta:

—Bueno, ¿qué tenemos aquí?

Giro la cabeza sobre el colchón y veo a Wyatt y a Kingston de pie en la puerta. Me arde la cara al ver que me han pillado con la polla de Drake metida hasta el fondo, pero el deseo en sus rostros hace que todo mi cuerpo tiemble de necesidad. Drake gruñe mientras mi cuerpo se aprieta a su alrededor.

—Intenté darle de comer, pero, joder, esta tarde tiene hambre de polla, no de comida. Verlos a los dos casi me hace correrme —gruñe Drake—. Entren aquí y ayúdenme a dar de comer a nuestra chica.

Me río sin aliento ante las palabras de Drake.

—Ya ha pasado la hora de comer hace rato. Podría haber esperado hasta la cena.

Mi respuesta me vale una fuerte palmada en el culo. Mientras grito, Wyatt y Kingston entran en la habitación para unirse a nosotros. Sus miradas no se apartan de mi cuerpo.

—Vaya, mírate, pareces una flor en pleno esplendor —murmura Wyatt mientras se sienta junto a mi cabeza.

Con un bufido, me apoyo en las manos y levanto la cabeza. Mi cuerpo se aprieta contra Drake mientras Wyatt se abalanza y toma mi boca con la suya. Intento desesperadamente mover las caderas, para disfrutar de la extrañeza de los piercings que tiene Drake, pero Drake me mantiene quieta. Wyatt rompe nuestro beso, dejándome con ganas de más mientras centra su atención en Kingston, que se está subiendo a la cama con nosotros.

—King, pásame el plato —ordena Wyatt—. Tenemos que alimentar a nuestra flor antes de que se marchite.

Resoplo.

—Va a hacer falta algo más que una comida perdida para...

Drake saca su polla casi por completo de dentro de mí y luego la entierra de nuevo con fuerza. Grito, con todo el cuerpo tenso. Esas barras giran lo justo para masajearme por dentro, y maldita sea, qué bien se siente.

—Cállate y come, Daisy —me espeta—. Te has vuelto una mocosa con la edad.

Mi risa se trunca cuando Wyatt me mete un trozo de manzana en la boca.

—Toma, come —me dice Wyatt con dulzura. Mientras mastico, Kingston se acerca más. Su mano baja para acariciarme la espalda. Arqueo la espalda hacia su tacto mientras Drake se retira y vuelve a penetrarme, esta vez más despacio y por placer, no por castigo.

—Sabes que te necesitamos en plena forma —dice Wyatt en tono conversacional, dándome otro trozo de manzana mientras Drake me folla. Lo mastico rápido, por miedo a atragantarme si no. La mano de Kingston recorre mi culo y luego se desliza por debajo de mí para jugar con mi clítoris.

Se me corta la respiración y cierro los ojos.

—Sigue así, King —gruñe Drake mientras se mueve—. Joder… Se siente tan bien.

—Sí, claro que sí —confirma Wyatt con orgullo—. ¿Pensabas que iba a ser de otra manera? Sabía que iba a ser como el paraíso. Eres así de especial, ¿lo sabes, Daisy? Lo estás haciendo muy bien, comiéndote estas manzanas sin protestar. Qué buena chica.

Por extraño que parezca, me sonrojo ante sus elogios, pero me quedo sin palabras cuando todas mis terminaciones nerviosas empiezan a temblar en señal de advertencia. Mi cuerpo se aprieta contra el de Drake.

—Vamos, termínate otra rodaja antes de correrte —me anima Wyatt—. Sé que puedes aguantar un poco más por mí.

Kingston niega con la cabeza, llamando mi atención hacia él.

—*No si puedo evitarlo*.

Se agacha y me pellizca el clítoris con fuerza. El destello de dolor me hace arquear la espalda y apretarme más fuerte contra la polla de Drake, lo que a su vez hace que esas barras me masajeen las paredes internas. Es todo lo que necesito para llegar al límite. Mi grito se ve recompensado con una

palmada en el culo mientras Drake suelta mis caderas para que pueda cabalgarlo hasta este orgasmo.

Cuando el placer remite, me derrumbo boca abajo, agotada.

—No te has terminado lo que tienes en el plato. —Drake saca su polla. En cuanto se libera, me siento despojada y débil—. Quizá los tres podamos darte una lección.

Wyatt me lleva un trozo de manzana a los labios y, automáticamente, abro la boca.

—Buena chica. —Levanta la vista hacia algo. Sigo su mirada, pero no veo nada.

—O podemos dar una lección a dos personas a la vez.

—¿Y si le enseñamos lo que se está perdiendo? ¿Y si nos quedamos todos con Daisy? —pregunta Kingston—. ¿Y hacemos sufrir a Owen desde la distancia?

Me quedo sin aliento.

La sonrisa de Kingston es casi salvaje mientras sus pupilas se dilatan y se agacha para arrancarse los pantalones. En un momento, está completamente desnudo, con la polla erguida y apuntando hacia mí. Su piel pálida es casi perfecta, salvo por la gruesa cicatriz rosada que rodea su garganta y que destaca cuando inclina la cabeza para mirarme. Se me seca la boca mientras lo miro fijamente.

—¿Crees que podrás con eso, florecita? —pregunta Wyatt mientras me pone las manos bajo los hombros para ayudarme a levantarme.

Una risita nerviosa se me escapa de los labios.

—Me encantaría intentarlo.

—Ella puede hacerlo. —La confianza que Drake tiene en mí me hace sentir humilde y me aterroriza—. Me quedo con tu culo virgen. La idea de llenarte de mi semen por ahí atrás me está volviendo loco.

OceanofPDF.com

Treinta y Cuatro



—*¿Qué?* ¡No! —Mi grito es recibido con risas por parte de los tres chicos, que empiezan a cambiar de postura mientras me reajustan las extremidades.

—¿Qué te dije cuando empezamos con esto? Si no tienes claro eso, entonces no he terminado contigo —me gruñe Drake al oído mientras me empuja la espalda contra su pecho. Su polla se posa entre mis nalgas a modo de advertencia.

Wyatt se desplaza por la cama matrimonial y se inclina hacia la mesita de noche. Cuando vuelve, le lanza algo a Drake, que lo atrapa con facilidad. Su cuerpo tiembla mientras se ríe.

—No debería usar esto. —Me acerca el frasquito a la altura de los ojos para que vea que es lubricante—. No debería hacer falta que los tres nos pongamos en ello para que comas.

Me encojo de hombros, más por bravuconería que por verdadera indiferencia.

—Bien, me da igual...

—Puedes follártela a pelo por el culo cuando no tengamos que ir a ningún sitio más tarde, o cuando ella ya no esté en una situación en la que tenga que correr para salvar la vida —espeta Wyatt, mirando con ira a Drake mientras este se desnuda.

—Oh, ella estará bien.

Mientras discuten, dirijo mi atención a Kingston, que está recostado contra el cabecero con las piernas abiertas delante de él, con la polla en su mano. Se la acaricia lentamente mientras me mira a los ojos. Me lamo los labios y le guiño un ojo. Con el pulgar, se limpia la gota espesa de líquido preseminal. Mi boca se curva en una sonrisa mientras me aparto de Drake, me pongo a cuatro patas y gateo hacia King. Abro la boca para Kingston, lista para saborearlo. En lugar de darme lo que quiero, Kingston me unta el líquido salado por los labios.

Persigo su pulgar con la lengua y veo cómo respira entrecortadamente.

—*Puedes ser la mocosa de Drake o la florecita de Wyatt* —me dice con señas—. *Pero siempre serás mi todo.*

Tiemblo ante la cruda intensidad que arde en sus ojos.

—Sí.

Se inclina y me besa con pasión. Cierro los ojos mientras me derrito en el momento. Su lengua se adentra en mi boca mientras sus manos se levantan para acunar mi rostro. Ignoro el sonido de una tapa al abrirse y una breve conversación mientras me deleito con la boca de Kingston. ¿Cómo he llegado hasta aquí y he acabado mereciendo todo esto? Nunca lo sabré, pero por ahora, no voy a cuestionarlo.

De todos modos, no es como si fuera a obtener una respuesta.

Alzo la mano y agarro a Kingston por el cuello. Puedo sentir cómo se le acelera el pulso. Un gemido embriagador se le escapa de la boca mientras ejerzo presión. Sonrío contra sus labios. Antes de que podamos ir más allá, Drake me agarra por las caderas y nos separa de un tirón mientras nos empuja a los dos hacia el cabecero.

Kingston se ríe mientras yo hago pucheros.

—No había terminado.

—Toma, métete esto en la boca en lugar del semen de Kingston —Wyatt me acerca un bocado de huevo a la boca con los dedos de su mano. Sin dudarlo, acepto el ofrecimiento. Los huevos ya están fríos, pero no me importa. Haré lo que quieran, siempre y cuando sigan tocándome.

Sentado junto a Kingston, Drake se recuesta para que su cuello quede apoyado en el cabecero y vuelve a llevar mis caderas hacia su erección. En

esta posición, le doy la espalda mientras miro fijamente a Wyatt. El deseo descarnado en el rostro de Wyatt hace que mi coño se apriete de excitación.

—¿Estás lista para esto, florecita? —pregunta Wyatt.

La polla de Drake me da un golpecito en el culo. El lubricante que la recubre es espeso y cálido.

—Estás lista, pequeña asesina —me susurra Drake al oído.

Mientras me empuja hacia su polla, más despacio de lo que me metió el dedo, creo sentir que realmente me parto por la mitad. Abro la boca para gritar cuando la punta de su polla irrumpe en mi cuerpo, pero no sale nada, ya que el estiramiento me deja incapaz de hacer nada más que *sentir*. Cierro los ojos, pero los de los demás, Wyatt y Kingston, están clavados en mi cuerpo, observando con intensidad.

—Mira cómo mi flor se alimenta de una polla bestial —murmura Wyatt, mientras la cama se hunde delante de mí—. Lo estás haciendo muy bien. Necesitabas esto. *Nos* necesitas, ¿verdad, florecita?

—Sí. —Mi confirmación es un gemido mientras siento que la primera y la segunda barra me penetran. Otra se desliza hacia fuera cuando apoyo la espalda contra Drake, lo que hace que él se adentre aún más en mí. Mi cuerpo tiembla por el esfuerzo, mi respiración no es más que jadeos agudos y rápidos. ¿En qué estaba pensando? No puedo hacer esto. Duele, Dios, cómo duele. Sí, hay placer, pero es demasiado.

Mis manos se clavan en los muslos de Drake. Tiene que parar, *tiene* que hacerlo. Sin embargo, solo la idea de decepcionar a todos los que están en la habitación me impide rendirme.

De repente, algo caliente y húmedo se enrosca alrededor de mi clítoris. Abro los ojos de golpe mientras el placer se impone al estiramiento. Al bajar la vista, veo a Wyatt entre mis piernas, chupando y lamiendo mi clítoris.

—Oh… —gimo mientras el placer que me está provocando de esta manera nubla el dolor que siento detrás de mí. La lengua de Wyatt se desliza por mis pliegues, lamiendo mi excitación como un hombre hambriento, antes de volver a mi clítoris. No parece importarle la polla de Drake, que está a menos de dos centímetros de su cara.

Kingston se acerca a mi lado. Alza la mano para girarme la cara y vuelve a tomar mi boca. Jadeo en su boca antes de gemir cuando su lengua se desliza en la mía. Sus manos van a mis pechos, pellizcando mis pezones y provocándolos. Tira y empuja, los hace rodar y los pellizca. Es demasiado. Todo esto es demasiado. Todas las sensaciones combinadas hacen que la tensión alcance nuevas alturas. Una de la que me da miedo caerme.

Pero caigo.

King se traga mi grito mientras mi cuerpo se sacude y se retuerce contra el pecho de Drake y la boca de Wyatt. Siento cómo mi excitación se desborda de mí de golpe, pero no tengo fuerzas para sentirme cohibida por ello. Y, por la forma en que la boca de Wyatt se aferra a mi centro para lamerme, a él no le importa.

Cuando mi orgasmo se calma, Drake se mueve lo justo para tumbarse del todo y me lleva con él. Wyatt me separa las piernas a ambos lados de su cintura mientras se arrastra hacia delante para colocarse sobre mí. Su piel está caliente y el vello de su bajo vientre me hace cosquillas en el estómago.

—¿Lista para recibirme, florecita? —pregunta Wy, sonriendo—. Sé que puedes hacerlo. Quieres que te llenemos con nuestras pollas, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, pero la duda es una nube gris en mi mente. Kingston se acerca, con su polla en la mano.

—Inclina la cabeza hacia atrás para Kingston, Daisy. Abre la boca —ordena Drake, levantando la mano para sujetarme por la parte delantera del cuello. Ejerce un poco de presión para mantenerme atrapada contra su pecho.

Wyatt se ríe con malicia mientras mira por encima del hombro hacia lo que le llamó la atención antes.

—Oye, Owen, puedes quedarte a ver cómo le llenamos todos los agujeros, o puedes unirte a nosotros. —Se vuelve para mirarme, sonriendo con picardía.

—Sea como sea, sonríe a la cámara, Daisy.

Mi débil risa se trunca cuando Kingston desliza su polla en mi boca. Empiezo a chupársela de inmediato, usando la lengua para acariciar la parte de abajo mientras se hunde más en mi boca.

—Bien, solo recuerda respirar —dice Wyatt, presionando su polla contra mi entrada.

Justo cuando empuja dentro de mí, la voz de Owen resuena en algún lugar de la casa:

—¡Espera!

Entra a toda velocidad en la habitación al segundo siguiente, con un trípode en una mano y un teléfono en la otra. Wyatt se queda paralizado y Kingston saca su polla de mi boca. Owen monta su equipo, trasteando con él hasta que lo tiene exactamente como quiere.

—¿En serio, Owen? —pregunta Drake con exasperación.

—¿Adivina quién podrá revivir este momento una y otra vez mientras ustedes solo tendrán que usar la cabeza? —dice Owen mientras se desnuda por completo y se apresura a acercarse. Su polla está gruesa y tensa, casi tan gruesa como la de Drake.

—King, ¿te importa si me quedo con su boca? —pregunta, saltando con entusiasmo a la cama.

—Si quieres, los dos podemos tomar su coño caliente, King. Solo ven detrás de mí, yo me haré un poco a un lado. Podemos hacerlo —se ofrece Wyatt justo cuando empieza a hundirse en mí. Juntos, los dos gemimos mientras mi cuerpo se estira más allá de lo imaginable. Estoy completamente a su merced y me encanta, incluso mientras me destrozan.

Mis párpados se cierran de golpe mientras intento simplemente respirar. Es una lucha. Mi coño palpita alrededor de la polla de Wyatt y mi cuerpo se aprieta contra la polla de Drake, que ya está enterrada profundamente dentro de mí. Las lágrimas me pican en los ojos, pero de repente siento unas manos en mis pezones y alguien juega con mi clítoris. Poco a poco, me voy excitando mientras alguien se mueve a mi alrededor.

Me levantan las piernas mientras Wyatt mueve su cuerpo, subiéndose y arrodillándose sobre mí.

—Por favor... —No sé qué estoy pidiendo, pero lo suplico de todos modos.

—Espera, Daisy —me susurra Owen. Una de sus manos se aparta de mi pecho para acariciarme la cara. Abro los ojos un poco para mirarlo—. Dios, eres jodidamente preciosa.

Se inclina para besarme.

—Estará aún más hermosa cuando le salga semen por todos los agujeros que tiene —dice Drake con voz ronca a mis espaldas. Su cuerpo está rígido como una tabla. Hay un ligero temblor que emana de él y que, al principio, pensé que era mío. Está claro que no soy la única que está luchando.

Kingston se coloca detrás de Wyatt, me agarra las piernas y las mantiene en el aire mientras inclina las caderas hacia delante.

—Está tan mojada, King —sisea Wyatt, hundiendo la cara en mi cuello antes de besarme allí, chupándome suavemente la piel mientras una de sus manos sigue jugando con mi clítoris—. No vas a necesitar lubricante para penetrarla.

Lo noto cuando la polla de Kingston presiona contra mi entrada, su miembro empujando contra el de Wyatt para abrirse paso. Todo mi cuerpo se tensa y todos sisean. Me giro y abro la boca, sabiendo que si no acepto a Owen ahora, me perderé todo lo que está pasando.

—¿Seguro que puedes con esto, Daisy? —pregunta Owen, con una breve expresión de preocupación en su rostro.

—Déjame saborearte —le suplico débilmente.

Él sonríe. Su polla se adelanta y me la meto en la boca. Lamo la parte de abajo de su polla antes de chupársela con fuerza. Owen suelta un gemido fuerte antes de mover las caderas hacia adelante y atrás.

Nos cuesta a todos asegurarnos de que quepan todos. La dilatación de mi coño es más de lo que puedo imaginar. Pero de alguna manera, los chicos se las arreglan. Wyatt me está hablando, con las manos por todo mi cuerpo. Creo que Drake y Owen también están diciendo algo. Pero tengo un zumbido en los oídos que ahoga sus palabras. Me estoy quemando por dentro. Todas las cosas horribles por las que he pasado no se pueden comparar con *lo bien* que se siente esto. Lo volvería a hacer todo si pudiera quedarme en este momento con nuestros cuerpos entrelazados. No puedo entender cómo se las arreglan Kingston y Wyatt, pero de alguna manera empiezan a moverse, encontrando un ritmo de embestidas cortas que me hacen subir y bajar sobre la polla de Drake. Se la chupo a Owen, metiéndomela hasta donde puedo.

Si alguien me hubiera dicho que sería capaz de encontrar suficiente placer como para llegar al clímax en este momento tan intenso, probablemente me habría reído. Pero el placer que se va acumulando no se parece a nada que haya sentido antes. Es como si alguien metiera cables con corriente en el agua, enviando descargas intensas a mi sistema nervioso. Me recorre la columna vertebral y llega hasta mi cabeza antes de volver a bajar hasta los dedos de los pies.

Justo antes de que llegue, Drake se corre. Su polla se contrae y puedo sentir el chorro caliente de semen llegando hasta lo más profundo de mi interior. Mi orgasmo le sigue, haciendo que mi cuerpo lo apriete a él y a los otros dos con tanta fuerza que todos se ven obligados a quedarse quietos mientras yo me desmorono. La habitación se vuelve negra. El sonido se silencia, y lo único que queda de mí en ese momento son moléculas vibrando con vida y éxtasis.

En algún lugar en el fondo de mi mente, puedo sentir que los demás alcanzan su propio clímax. Puedo sentirlo derramándose dentro de mí. Pero simplemente me deleito en el mar infinito de felicidad en el que estoy flotando. ¿Es esto el nirvana?

Estoy lo suficientemente consciente como para darme cuenta de cuando Owen se retira de mi boca. Mientras parpadeo y la habitación vuelve a cobrar vida, él se corre. Su semen caliente aterriza alrededor de mi cuello. Levanto la vista y lo veo mirándome con reverencia.

—Toma, un collar solo para ti —bromea.

Sonriendo, vuelvo a cerrar los ojos y me aferro al resplandor que se desvanece de mi orgasmo. El mundo fuera de estas paredes puede ser peligroso, pero ¿aquí? ¿Ahora mismo? Nunca me he sentido tan a salvo.

Ni tan amada.

OceanofPDF.com

Treinta y Cinco



—¿Listos? A la cuenta. ¡Uno, dos, tres!

Veo cómo Kingston y Drake lanzan al agua al primer paleto. Aquí, en este tramo del río, el agua es profunda y la corriente es fuerte. Se lleva el cadáver sin problemas.

Más tarde lo arrastrará a la orilla, pero para entonces, cualquier ADN que hayamos dejado habrá quedado alterado.

—Estos bastardos pesan un montón —gruñe Owen mientras él y Wyatt levantan al segundo chico. Suelta los pies del cadáver y da unos pasos atrás. A juzgar por su cara, podría vomitar en cualquier momento.

Con los dientes apretados, Wyatt resopla:

—Es como cargar con un montón de peso muerto.

—¿Bromas? ¿Ahora? —pregunta Drake, exasperado.

—¿Por qué ahora no?

Owen traga saliva antes de agacharse de nuevo para coger los pies otra vez.

—¡Tira el cuerpo al agua, Wy!

Los observo desde unos metros de distancia. Sus bromas me impiden sumergirme demasiado en los recuerdos de mi estancia en esa corriente fría. Pero no es suficiente para calmar por completo el terror silencioso. Me

muerdo nerviosamente el interior de la mejilla. Se me revuelve el estómago cuando Drake y King se disponen a recoger el tercer cadáver.

Ansiosa, doy un paso atrás para alejarme un poco más del agua. Ahora estoy a una distancia segura, pero nunca se puede estar demasiado seguro, ¿verdad? Un paso se convierte en dos, y luego en tres. No me doy cuenta de la distancia que he recorrido hasta que mi pie choca contra un árbol.

Doy un respingo, sobresaltada, y luego me río de mi propia estupidez. Apoyada contra el tronco del árbol, cierro los ojos e intento calmar mis nervios. Solo es agua.

Ya sobreviví a ese río antes y, si me cayera ahora, sé que podría sobrevivir otra vez. No estamos en un acantilado con unos treinta metros entre tierra firme y el agua. En todo caso, debería tener miedo a las alturas. Fue la caída lo que hizo que mi estancia en el agua fuera insoportable. Una clavícula rota, un tobillo roto y una cadera fracturada probablemente no serían una experiencia agradable en general. Pero el agua me había zarandeado, sacudiéndome de un lado a otro, multiplicando el dolor por diez.

El recuerdo del dolor me marea. Aspiro aire bruscamente.

—¿Daisy? —Abro los ojos de par en par y veo a Owen corriendo hacia mí —. ¿Estás bien?

—Sí. —Me enderezo mientras se acercan los demás.

El ceño fruncido de Owen me dice que no me cree.

—¿Quieres volver a casa de Wyatt? No hace falta que vayamos por Vincent esta noche.

Sí, en realidad sí que tenemos que hacerlo. Sin dinero, he dejado inactivos a los líderes de los Zarzuzians. Pero un perro acorralado no es un perro muerto. Si no actúo, Vincent, Ronney y Francis podrían encontrar la manera de atacar primero. Es mejor que eliminemos a otro líder antes de que puedan trazar una estrategia.

—No, solo estaba... —Suspiro mientras los demás se unen a nosotros—. Estar cerca del río me pone un poco nerviosa.

Drake me agarra de la mano y me aleja del árbol. Kingston me agarra la otra y me arrastra lejos de Drake para meterme bajo su hombro. Me río cuando Wyatt intenta robarme, pero Kingston me guía fuera de su alcance, sacando la lengua mientras lo hace.

—No te la puedes quedar toda para ti —refunfuña Drake mientras nos adentramos en el bosque en la dirección de la que veníamos.

King le lanza una sonrisa de satisfacción por encima de mi cabeza. Pero antes de que pueda responder, Owen carraspea.

—Hablando de reclamar lo que es tuyo, Daisy —Owen me mira nervioso —. Nosotros, eh, bueno, ninguno de nosotros usó protección antes. ¿Deberíamos parar mañana en una farmacia a comprar condones para futuras actividades o estás usando algún tipo de anticonceptivo?

Los chicos se quedan paralizados y sorprendidos. Abro la boca para responder, pero Wyatt suelta un grito ahogado que me interrumpe.

—¡Mierda! —Me lanza una mirada de pánico que me hace reír—. Daisy, qué egoísta por mi parte. Ni siquiera pensé...

—Wy, no pasa nada. No hay nada de qué preocuparse...

—No estoy preocupado —me interrumpe Drake mientras les lanza a los demás una sonrisa de satisfacción—. Estoy limpio y, si acabo dejando embarazada a nuestra chica, me reservo el derecho a ponerle nombre al pequeño demonio.

Me quedo boquiabierta ante su declaración. Espera, *¿qué*?

Kingston niega con la cabeza.

—*Si tengo que comerme tu semen de su coño solo para asegurarme de que soy el padre de un engendro demoníaco, lo haré.*

Giro la cabeza de golpe para poder mirar a King fijamente.

Él me ignora mientras Drake se burla:

—¿Seguro que puedes con esa tarea? Yo tengo corridas abundantes...

—¡Chicos! —les interrumpo con un chillido de sorpresa mezclado con un poco de horror. ¿Hijos? ¿*Hijos*? Me aparto de King y Wyatt para mirar a los cuatro hombres—. No necesitan condones. No voy a quedar embarazada.

Los cuatro hombres me miran claramente confundidos.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? —pregunta Owen—. Es un riesgo real, Daisy. Por si acaso...

—*No puedo* tener hijos —les interrumpo en voz baja pero con firmeza. Mi sorpresa y mi diversión se desvanecen—. Oliver… él se aseguró de eso.

Wyatt frunce el ceño.

—No lo entiendo.

El dolor punzante de lo que me arrebataron hace tantos años se ha atenuado considerablemente con el tiempo. Tener una familia era el sueño de la antigua Daisy. Hace tiempo que ya no soy esa Daisy.

—Cinco años es mucho tiempo para pasar por lo que pasé sin acabar embarazada. —Me muerdo el interior de la mejilla mientras bajo la mirada —. Ocurrió una vez. Oliver estaba encantado y yo… no. —Por decirlo suavemente.

La idea de traer una vida a un mundo tan oscuro y siniestro como el que Oliver había creado me torturaba más que cualquier otra cosa hasta ese momento.

¿Y saber que *esa cosa* era una extensión de *Oliver*? Se me sube la bilis por la garganta. Aunque hubiera escapado al día siguiente, nunca habría conservado esa monstruosidad.

—No duró mucho. Una semana más o menos después de enterarme, tuve un aborto espontáneo. Oliver se fue con esa… esa *cosa* diciendo que tenía que sacarme el tejido o que podría enfermarme y morir… —Me vienen imágenes fugases de sangre en mis muslos y en el colchón antes de que pueda reprimirlas. Luego estaba Oliver, hurgando dentro de mí—. Fue muy duro para mi cuerpo y me dejó todo revuelto por dentro. Después de eso, nunca volvió a pasar. Hace poco fui a una clínica y el médico me dijo que tenía demasiadas cicatrices. Que nunca volvería a poder quedarme embarazada.

Aunque la noticia habría devastado a muchas mujeres, el alivio que sentí me dejó aturdida durante días. Sobreviví a Oliver Grayman para quitar vidas, no para crearlas.

—Daze…—Owen me mira fijamente, con sus ojos desorbitados. Los demás muestran diversas expresiones de sorpresa y horror.

—No pasa nada. —Lo que Oliver me hizo definitivamente *no* estaba bien. Pero eso fue el pasado. Ahora estoy aquí y lo que pasé solo me ha hecho más fuerte. Esbozando una sonrisa forzada, sigo hacia el coche. Tras unos pasos, los demás me siguen. El brazo de Kingston vuelve a posarse sobre mis hombros y Wyatt vuelve a cogerme de la mano—. De todos modos, no,

no tenemos que preocuparnos por la protección. Ahora, alejémonos un poco de ese río. La última vez que estuve en él no lo pasé precisamente bien.

Hay una breve pausa. Sin mirar, sé que los chicos se están intercambiando miradas por encima de mi cabeza. Los ignoro.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el río? —dice Owen detrás de mí tras un momento de silencio—. Ya sabes, ¿después de caerte?

Una eternidad.

—Solo unos kilómetros. Pero me había roto algunos huesos y no paraba de golpearme contra las rocas….

Siento que Kingston se pone tenso a mi lado. Le rodeo la cintura con el brazo, pero alargo la mano hacia Wyatt, que camina a mi otro lado. Sus dedos se entrelazan con los míos sin dudar.

—Cuando me arrastró la corriente hasta la orilla y Oliver me encontró, me sentí tan aliviada. —Recuerdo aquella noche. Estaba semiconsciente cuando el agua me empujó hasta la orilla de guijarros. No recuerdo cuánto tiempo estuve allí tumbada, entrando y saliendo del estado de conciencia. Cuando un hombre se inclinó sobre mí, con los ojos llenos de sorpresa, estaba tan segura de que me habían salvado.

—¿Qué probabilidades había de que acabaras en manos del Carnicero de Briar Glen? —refunfuña Wyatt—. Como si lo que hubieras pasado no fuera suficiente.

Frunzo el ceño.

—Por terrible que suene, si Oliver no me hubiera encontrado, probablemente nunca habría podido hacer lo que estoy haciendo ahora. *Quiero* venganza. Todos los que conocía y en los que confiaba, aparte de ustedes cuatro, sabían lo que me iba a pasar y no les importó que sucediera. Incluidos mis padres. Gracias a Oliver, tengo el valor...

«y la dosis justa de locura»... para llevar esto a cabo.

Podría dejar la conversación ahí. Hasta ahora, he sido deliberadamente vaga sobre lo que pasó aquella noche y los años que siguieron. Pero mis hombres están dispuestos a matar por mí. Han movido cadáveres por mí. Siento que les debo más que las migajas de información que les he ido dando. Y después de admitir lo del aborto, lo demás debería ser pan comido de contar.

—El Carnicero de Briar Glen hizo cosas horribles. Me dejó hacerme amiga de sus víctimas y disfrutó de mi sufrimiento cuando me obligó a ver cómo las destrozaba, a veces durante días enteros. Lo vi probar todo tipo de métodos con esas mujeres, esas *chicas*. En algún momento, algo dentro de mí se rompió. —Me cuesta respirar mientras digo las palabras que hay que decir.

—Hacia el final, lo que hacía ya no me repugnaba. Me enfurecía, me hacía sentir impotente, pero destruyó esa parte de mí que veía la sangre y la muerte como algo de lo que apartar la mirada. Cuando se olvidó de atarme a la cama la noche de mi fuga, podría haber huido sin más. Pero no lo hice. Quería sentir su sangre cubriendo mis manos. Quería experimentar esa euforia que él sentía cuando mataba a esas mujeres. Él fue mi primera víctima, y probablemente la más satisfactoria hasta ahora.

Los chicos se quedan en silencio mientras escuchan. Me han cedido el protagonismo y esperan mi confesión más oscura. Me preparo para lo que tengo que decir a continuación. Aquí, en el bosque, bajo la luz de las estrellas, rodeada de la gente que amo, les contaré todo.

—Después de matar a Oliver, estuve perdida durante un año... atrapada en mi cabeza. El contacto físico me provocaba crisis la mayoría de las veces, al igual que el color rojo. Hice... hice muchas cosas horribles. —Niego con la cabeza para disipar los recuerdos borrosos.

Aunque todo lo que pasó durante ese tiempo puede que sea confuso, lo que sí sé es que estaba salvaje. La muerte llegó rápidamente a las personas desafortunadas que intentaron acercarse a mí. Las cosas que metí en mi cuerpo para sobrevivir y los lugares donde dormí… Asquerosos y peligrosos, estoy segura. Probablemente los animales rabiosos parecieran tímidos a mi lado. Ojalá pudiera decir que esa parte de mí se fue hace mucho, pero no es así. Es una entidad vil y maliciosa dentro de mí. Es lo que me pasa. Lo que me impide ser la antigua Daisy. Se ha fusionado con mi alma para que la lleve conmigo mientras viva.

—¿Y qué hay de la primera carta que nos enviaste? —pregunta Drake después de un rato—. Si estabas tan perdida, ¿cómo nos encontraste?

Frunzo el ceño mientras reflexiono sobre la respuesta.

—Sinceramente, no lo sé. Quizás, por muy perdida que estuviera en mi propia cabeza entonces, los echaba de menos a todos y pensé en ponerme en contacto con ustedes. ¿Es eso posible?

—Daze, todo es posible —me asegura Owen—. La mente es algo increíble.

—Creo que lo único que me mantuvo en pie fueron los recuerdos que tenía de ustedes cuatro. ¿Quizá eso se mantuvo una vez que me liberé? Los quería tanto a todos y me aferraba a los buenos momentos en los que Oliver solía...

Me ahogo con las emociones que brotan.

Kingston se inclina y roza con sus labios el lado de mi sien. Me inclino hacia él mientras absorbo la fuerza que Wyatt me envía al apretarme suavemente la mano.

—En fin, con el tiempo empecé a ser más yo misma. Cuando me di cuenta de lo mal que estaba, intenté arreglar esas partes de mí. Me metí de lleno en actividades en las que el contacto físico era habitual, al menos me pagaban por esas actividades, pinté de rojo mis hogares improvisados. —Las cajas de cartón o las paredes de los pasos subterráneos eran los sitios habituales donde encontraba refugio por aquel entonces—. Y al final, conseguí mi primer trabajo de verdad. No era gran cosa, pero servir mesas en ese antro de ese pequeño pueblo de Idaho me dio la oportunidad de aprender a relacionarme con la gente de nuevo. La rutina me ayudó a asentarme. Empecé a leer y a investigar.

—Y a planear tu venganza, supongo —murmura Wyatt pensativo.

Asiento con la cabeza.

—Sí. Tuve mucho tiempo para pensar en esto.

Los árboles empiezan a clarear a medida que nos acercamos a la carretera. Pronto nos dirigiremos a la casa de Vincent Callaway. A mi alrededor, mis hombres se apiñan cerca de mí. Ninguno de ellos parece desconcertado por el hecho de que ya no esté completa. Que la chica que conocían sea ahora, en parte, una fuerza salvaje e imparable de la naturaleza creada por un demonio.

No me molesto en reprimir la pequeña sonrisa que noto cómo me curva las comisuras de los labios hacia arriba. Me aman. Con la oscuridad y todo. Mi

confesión se quedará aquí, en el bosque, pero su amor me acompañará hasta el final de este viaje salvaje.

Mis pasos se sienten un poco más ligeros.

Cuando aparece el coche, Wyatt me tira de la mano, obligándome a parar. Se coloca delante de mí y me pone las manos en los hombros.

—Gracias por compartir eso con nosotros, Daze. —Su mirada recorre mi rostro mientras me dedica una suave sonrisa—. No ha habido un solo día en mi vida en el que yo tampoco haya pensado en ti.

—No seas cursi, Wy. —Owen nos rodea.

Wyatt no mira atrás a Owen mientras le hace un corte de mangas.

Sonrío.

—Venga, vamos a pasar un rato matando a la familia.

El cuerpo de Kingston se sacude mientras se ríe, y detrás de mí, Drake se ríe entre dientes.

OceanofPDF.com

Treinta y Seis



—¿Tienes el mapa que dibujó Daisy?

Miro por encima del hombro, hacia Owen, y veo que está mirando a su alrededor con ansiedad.

—No lo necesitamos.

Owen resopla y murmura algo entre dientes.

—¿Qué has dicho? —No puedo evitar sonreír. A Owen nunca le gustó hacer cosas al aire libre cuando éramos más jóvenes, y parece que eso no ha cambiado.

Menos mal *que yo* sí lo superé. La naturaleza es ahora mi refugio. Mi lugar está en el bosque. No me siento muy hombre mientras me muevo entre los árboles, pero ¿qué tiene de bueno sentirse así? La confusión emocional y el peso de la conciencia son un lastre. Aquí puedo deshacerme de todo ese peso para vivir el momento.

—¿Estás seguro de que vamos en la dirección correcta? Me parece que ya deberíamos haber llegado a la casa de Vincent.

Alzo la vista y compruebo la posición de las estrellas antes de responder.

—Vamos por buen camino.

El mapa rudimentario que Daisy dibujó de la propiedad de Vincent está perfectamente grabado en mi mente. Con puntos de referencia, indicadores de dirección e incluso el número de pasos entre ciertos puntos, fue muy minuciosa con su explicación y su dibujo.

Lleva mucho tiempo vigilando a Vincent.

La idea me inquieta. ¿Cuántas veces habrá merodeado por este bosque, sola y con intenciones asesinas? El hecho de que conozca el terreno tan a la perfección que pueda describirlo sin que quede ninguna duda sobre adónde tenemos que ir me dice que han sido muchas.

Debería habernos llamado antes. Especialmente a mí. Podría haberla ayudado a planear, e incluso a llevar a cabo su venganza antes, si tan solo me hubiera pedido ayuda.

—Daisy dijo que, desde donde nos separamos, su casa debería estar a la vista en una hora.

—¿Qué hora es?

—La una y cuarto de la madrugada.

Hago el cálculo rápidamente.

—Nos quedan cinco minutos más.

Owen suelta un leve gemido, pero se queda en silencio. Me sorprende que haya hablado. Desde que nos deshicimos de los cadáveres esta tarde, ha estado bastante callado.

Y pálido. Aunque ahora lleve puesta la máscara, sé que probablemente su cara aún no haya recuperado el color.

El estilo de vida de un asesino en serie no es para Owen. Estoy bastante seguro de que Daisy también se ha dado cuenta de eso y por eso ha emparejado a Owen conmigo. Al menos *uno* de nosotros será capaz de matar sin dudar.

O tal vez está callado porque está dándole vueltas a lo que Daisy nos contó. Yo tuve que dejar de pensar en ello. Mi corazón solo puede romperse hasta cierto punto antes de que me vuelva loco por el dolor.

Nuestro viaje llega a su fin exactamente cinco minutos después, cuando las luces de una casa aparecen a la vista. Dado que llegamos justo a la hora

que ella nos dijo, eso significa que ella, Wyatt y Kingston también deben de haber llegado ya a su puesto al otro lado de la casa.

—Joder, es buena —susurra Owen.

Abro la boca para decir que estoy de acuerdo, pero el crujido de una ramita me hace cerrarla y moverme rápido. Me doy la vuelta, agarro a Owen y lo empujo para que se agache conmigo. Los ojos de Owen se abren como platos, pero me pongo el dedo en los labios mientras busco el cuchillo que llevo en el cinturón. Un momento después se oye otro crujido de ramita, seguido del crujir de hojas.

Un hombre aparece justo detrás de nosotros, caminando ruidosamente por el bosque. Su equipo de camuflaje está viejo y gastado, pero el rifle que lleva colgado a la espalda parece mucho más nuevo. ¿Es esto seguridad? Daisy no dijo nada de que hubiera gente peinando el bosque. Debe de ser algo nuevo. Estoy seguro de que, si no, lo habría mencionado.

Si se trata de seguridad, su actitud despreocupada no salvará a Vincent. El hombre ni siquiera echa un vistazo completo a su alrededor antes de marcharse pisando fuerte. Está claro que la discreción no formaba parte de sus funciones. Como para confirmarlo, el hombre carraspea ruidosamente, escupe, resopla y luego da una calada profunda a su cigarrillo.

Definitivamente no es un profesional en absoluto.

Cuando se pierde de vista, me acerco a Owen y le susurro:

—Envía un mensaje a los demás diciendo que hay un equipo de seguridad por aquí.

Owen asiente y saca su móvil. Mientras les envía un mensaje, guardo mi cuchillo y me quedo mirando la mansión de tres pisos. Vincent Callaway, el dueño del único banco de la ciudad, está claramente forrado. Me pregunto si siquiera necesitó las donaciones de los feligreses de la secta para tener un lugar así. La casa de tejas de cedro tiene ventanas grandes, un porche delantero imponente y un tejado empinado. Sin casas cerca ni árboles que obstaculicen la vista, la casa se yergue orgullosa para que todos los visitantes la admiren.

En la entrada circular hay cuatro coches bonitos. Brillan bajo la tenue luz de las estrellas. ¿De quién son? ¿Son todos de Vincent, o algunos pertenecen a su personal?

Cuando Owen termina, se guarda el móvil en el bolsillo de su chaqueta y me mira.

—¿Qué hacemos ahora?

En el suelo, seguro que nos ven. Necesitamos un lugar mejor para escondernos. Las sombras no nos servirán esta vez.

—Tenemos que subir más arriba. —Miro a nuestro alrededor y veo un buen mirador—. Por ahí. ¿Puedes trepar a ese árbol y adentrarte unos metros entre el follaje más denso?

Owen sigue la dirección de mi dedo.

—Hace tiempo que no trepo a un árbol, pero creo que puedo hacerlo.

—Te daré un empujón si lo necesitas.

Aunque no puedo verlo, sé que Owen me está lanzando una mirada fulminante a través de su máscara mientras me burlo de él.

—Creo que no, estaré bien, Dre. ¿Dónde vas a estar tú?

Más le vale que esté bien.

—Cerca.

Después de asegurarnos de que no hay moros en la costa, nos ponemos en marcha. Observo cómo llega a su árbol y trepa. Está un poco oxidado, pero se las arregla para despegar del suelo y desaparecer de la vista rápidamente. Una vez que estoy seguro de que está bien por su cuenta, encuentro mi propio sitio a unos metros de distancia, con vistas a su árbol y a la casa.

Subir es fácil. En cuanto encuentro una rama resistente, me pongo cómodo y dirijo mi atención hacia la casa.

No me sorprende ver que todas las luces de la casa están encendidas a estas horas. Tras la espantosa muerte de otro de sus amigos y del hijo de este, estoy seguro de que Vincent dormirá con la luz encendida durante bastante tiempo.

Pero no está solo.

Un movimiento me llama la atención en el segundo piso. Una capa roja pasa por la ventana antes de que esta se cierre de repente, bloqueándome la vista. Mierda, ¿hay una reunión de la secta esta noche? ¿O es una reunión especial?

El tiempo pasa lentamente. A lo largo de la siguiente hora y media, tres jornaleros diferentes pasan por debajo de mi árbol. Otros tres se acercan a la casa. Ya no hay movimiento en el interior. No pasan sombras por las ventanas, ningún sonido cruza el vasto espacio de allí hasta aquí. Todo está completamente en silencio.

Pasa otra media hora.

Al final de ese tiempo, se abre la puerta principal. Cinco hombres armados, vestidos de camuflaje, salen con las armas desenfundadas. Detrás de ellos, aparecen cuatro personas. Desde esta distancia, no hay forma de identificarlas.

Cada uno se sube a su coche, con los guardias ayudándoles y mirando a su alrededor mientras protegen a sus clientes. Uno a uno, cada coche arranca y se aleja, bajando por el largo camino de entrada hasta desaparecer de la vista. Una vez que sus clientes se han ido, los guardias contratados se quedan merodeando por la puerta principal, hablando entre ellos.

Parte del ruido de sus bromas y risas llega hasta donde estoy, pero no es lo suficientemente alto como para adivinar de qué están hablando. Al cabo de unos minutos se dan la vuelta, listos para volver al interior.

Entonces se oye un disparo.

Todo mi cuerpo se paraliza, quedándome inmóvil por la sorpresa. Parecía que venía del otro lado de la casa, donde están Daisy y los demás. Incluso mi corazón se detiene, asegurándome de que sus latidos no me impidan oír mientras presto atención a cualquier otro sonido.

Los hombres que están junto a la puerta también se quedan paralizados, pero solo un momento, y pronto entiendo por qué.

El crepitar de una radio a pocos metros de mi árbol cobra vida y una voz dice por el sistema:

—Hombre abatido. Herida de arma blanca en el cuello. Estoy en el lado noreste de la casa. Voy a...

La voz se corta de repente.

—¿Dale? Dale, ¿estás ahí? ¿Me oyes? —pregunta el agente de seguridad que está debajo de mí por su walkie-talkie. Cuando Dale no responde, suelta una maldición.

En mi bolsillo, mi teléfono vibra. Tan despacio como puedo, meto la mano y lo saco.

Wyatt: Nos han descubierto. Acaba con todos los guardias.

Wyatt: Entramos cuando el camino esté despejado.

Sonriendo, me preparo para divertirme un rato.

OceanofPDF.com

Treinta y Siete



Los guardias que están junto a las puertas se ponen en marcha, bajan corriendo las escaleras de la entrada y se apresuran alrededor de la casa hacia donde se ha producido el disparo. Se me hace un nudo en el estómago mientras me giro para ver si hay algún peligro debajo de mí antes de empezar a bajar.

Un gruñido sordo que procede de algún lugar muy cerca de mí me hace detenerme. Me giro alrededor del tronco del árbol y veo a Drake ya en el suelo. Su cuchillo, chorreando sangre, cuelga de su mano, y el cuerpo de un hombre muerto yace a sus pies.

Sacudiendo la cabeza, bajo del árbol y me uno a él, quedándome a unos metros de distancia. El olor a sangre en el aire no me sienta bien. O tal vez sean los ojos sin vida. Sea como sea, mejor mantener la distancia si quiero conservar la cena en el estómago.

—Los demás van a necesitar nuestra ayuda. Esos guardias de ahí delante acaban de rodear la casa para ir tras ellos —le digo.

Drake asiente, pero en lugar de salir corriendo, se agacha y coge la radio que lleva el hombre muerto en el bolsillo. Se la lleva a la boca, tapada por su máscara.

—Dos hombres enmascarados en el lado suroeste de la propiedad tienen ametralladoras y bombas. ¡Necesitamos refuerzos, rápido!

Lo miro boquiabierto mientras se ríe y deja caer el walkie-talkie al levantarse.

—¡Vas a hacer que nos maten! —le siseo mientras pasa a mi lado y empieza a correr.

—No, estaremos bien. Vamos.

Resulta que no estamos tan bien como Drake había prometido. Apenas avanzamos cien metros antes de que las balas empiecen a rebotar a nuestro alrededor.

—¡Ahí! ¡Los veo!

Los dos nos tiramos al suelo mientras las balas llueven justo donde estábamos. Cuando dejan de disparar, alguien pregunta:

—¿Crees que les hemos dado?

—Vamos a averiguarlo. Nos pagan demasiado bien como para hacer un trabajo de mierda —susurra una segunda voz.

Están más cerca de lo que pensaba. ¿Cómo es que no los hemos visto? Intento no llamar demasiado la atención mientras me arrastro bajo un arbusto para estar más protegido. El sonido de unos pasos se acerca. Conteniendo la respiración, me agacho y agarro mi cuchillo.

Odio cómo me tiembla la mano al desabrochar la funda y agarrar el mango.

Unas piernas pasan junto a mi escondite. Luego, otro par. Me giro y los observo, sin saber si tengo tanta suerte o si están planeando algún tipo de ataque sorpresa. Para mi horror, veo cómo los dos hombres intercambian una mirada al detenerse de repente. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus rostros antes de que uno de ellos levante una pistola y apunte en la dirección donde Drake está escondido.

Se me revuelve el estómago al mismo tiempo que una determinación de acero me recorre el cuerpo. Un instante después ya estoy en pie. Aprieto con fuerza el mango de mi cuchillo y, cuando lo balanceo en el aire, mi puntería es certera. Veo cómo la hoja se hunde en el costado del cuello del hombre como si estuviera hecho de mantequilla caliente en lugar de carne y

huesos. La sangre brota de la herida, salpicando en todas direcciones. El ruido ahogado que hace llama la atención de su amigo.

Cuando el segundo guardia se gira para mirar por encima del hombro, arranco mi cuchillo y empujo el cuerpo del primer hombre hacia delante, contra él. Él maldice, girándose instintivamente para sujetar a su compañero. Su maldición se trunca cuando Drake se lanza desde el suelo, lo agarra por los hombros y lo hace girar, para luego apuñalarlo en el estómago una y otra vez. La hoja se mueve tan rápido que apenas la veo. En la última estocada, Drake arrastra la hoja por el abdomen del hombre antes de dar un paso atrás y dejarlo caer.

Mis ojos siguen el movimiento del cuerpo.

—Estoy orgulloso de ti, Owen. Hubiera jurado que no eras capaz de matar ni a una mosca, y mucho menos a una persona —dice Drake, acercándose a mí y dándome una palmada en el hombro—. Deberíamos irnos.

Pasa a mi lado y se dirige hacia los demás. Yo dudo, sin apartar la mirada del hombre al que acabo de matar. Santa mierda. De verdad lo he hecho. Hay un hombre muerto en el suelo y es por *mi culpa.* Incapaz de creerlo, le doy un golpecito con la punta del pie. Nada. Aunque tampoco esperaba que pasara nada. Su sangre brota de su cuello y se filtra en el suelo.

Espero a que la culpa me inunde. Matar no debería haber sido tan fácil. Esto sin duda va a pesar en mi conciencia. Pasan unos segundos, pero no pasa nada. No me siento avergonzado. No estoy horrorizado. Si acaso, estoy un poco cansado, pero eso podría tener mucho más que ver con la hora que es que con el cadáver en el suelo.

La verdad, lo único que me molesta ahora mismo es el olor a sangre que me llega a través de la máscara. Se me revuelve el estómago y noto cómo me brota el sudor en la frente. ¿Por qué tiene que oler tan mal la sangre? Doy un paso atrás y enfundo el cuchillo para poder limpiarme las manos en la chaqueta que me regaló Daisy.

Me daré una ducha cuando terminemos aquí, me digo a mí mismo mientras me doy la vuelta y corro tras Drake, que ya está bastante lejos.



Nos reunimos con Daisy, Wyatt y Kingston poco después. Rodeados de cadáveres y cubiertos de sangre, parecen como si se hubieran bañado en la muerte. Kingston se levanta su máscara y nos dedica una amplia sonrisa.

—¿Están bien, chicos? —pregunta Daisy, dando un paso al frente.

Extiendo los brazos y la atraigo hacia mí para abrazarla con fuerza.

—Estamos bien. ¿Y tú?

—Todo bien por aquí —me asegura, devolviéndome el abrazo.

Dios mío, ese olor a cobre en el aire… Bajo los brazos en cuanto Daisy intenta apartarse, contenta de respirar un poco de aire fresco. Ni siquiera el grosor de nuestras máscaras puede ocultar el perfume de la muerte.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Drake.

—Nos han visto —suspira Wyatt—. Bueno, *a mí* me vieron cuando intentaba acercarme a la casa. Hay un senador al que quería ver si podía llegar, pero no lo conseguí.

Kingston le lanza una mirada fulminante a Wyatt.

—*Te dije que no fueras*.

—¡No podíamos ver nada desde donde estábamos!

Me alegra ver que Wyatt ha conseguido desempolvar su lenguaje de señas. Aunque no creo que el dedo corazón que Kings le hace a Wyatt necesitara traducción alguna.

—Deberíamos ponernos en marcha. Estoy segura de que Vincent ha oído todo el ruido que hemos hecho y se está preparando para un problema —dice Daisy con tono severo.

Joder, *claro*…

—¿Cuál es el plan? —pregunto.

—Entramos allí y lo matamos. Está solo —dice Daisy como si estuviera hablando del tiempo—. La puerta trasera está abierta. Dos matones a sueldo salieron por ahí, y me di cuenta de que no se cerró con el pestillo cuando se abrió.

Asiento con la cabeza y saco mi navaja.

—Pues vamos.

Los cinco nos juntamos y nos dirigimos a la casa sin más preámbulos. Drake es el primero en llegar a la puerta trasera. Se abre sin problemas. El vestíbulo está a oscuras, pero casi todas las luces del resto de la casa están encendidas. Sin necesidad de hablarlo, nos quedamos en silencio y nos dividimos en nuestros grupos originales para registrar la casa.

Nos lleva unos quince minutos determinar que la planta baja está vacía.

Subimos al piso de arriba. Cada vez que asomo la cabeza por una habitación, estoy seguro de que me la va a volar. Que no pase no me tranquiliza. De hecho, para cuando nos arrastramos hasta el tercer piso, soy un manojo de nervios.

Aquí arriba solo hay dos puertas, una a cada extremo del pasillo. Ambas están cerradas, pero por debajo de cada puerta se ve el resplandor de una luz roja.

Eso no es nada inquietante, claro.

Tragando saliva, nos separamos de nuevo. Drake y yo nos dirigimos a la derecha, los demás a la izquierda. Aunque llevamos las armas desenfundadas, no me siento nada bien con esto. ¿Por qué no habría dejado Vincent a alguien de seguridad en la casa con él? Cuando llegamos a la puerta, los dos nos detenemos. Esta vez soy yo quien alcanza el pomo en lugar de Drake. Respiro hondo, lo giro y empujo.

Solo para descubrir que está cerrada con llave.

Al mismo tiempo, los demás abren la suya. El estruendo de un disparo detiene el tiempo. Una bala se clava en la puerta frente a la que estamos Drake y yo, a apenas unos centímetros de mi cara. Se oye un grito de rabia y otro disparo. Respiro hondo y me doy la vuelta justo a tiempo para ver a Kingston, Wyatt y Daisy entrar en la otra habitación.

Drake y yo nos movemos al unísono, corriendo de vuelta al pasillo. Llegamos a la puerta abierta justo cuando suena el disparo.

Delante de nosotros, Daisy, Wyatt y Kingston se dispersan para evitar que los alcancen. Otra bala silba junto a mi cabeza, demasiado cerca para mi gusto. No dejo de moverme, por miedo a que, si lo hago, me convierta en un blanco fácil.

—¡No se acerquen más! ¡Les voy a volar la cara, joder!

Sé que la advertencia debería llamar mi atención hacia el hombre que está en medio de la sala, relativamente vacía, pero al frenar en seco, mis ojos se posan en la enorme criatura que se cierne sobre nosotros.

La estatua, hecha de yeso, es una especie de ser con aspecto de toro, parecido a un minotauro, con gemas rojas a modo de ojos. Por encima hay una luz roja que tiñe el yeso blanco de rosa. Alrededor de la estatua arden velas. La luz se refleja en las profundidades de las gemas, haciendo que brillen. En las paredes que rodean a la bestia, y a nosotros, hay armas de todo tipo. Algunas las reconozco, como hachas, mazas, lanzas y espadas, pero otras me resultan desconocidas.

Cuando la pistola que Vincent tiene en la mano se gira hacia mí, vuelvo a centrarme en el verdadero peligro de la habitación. El hombre mayor, que debe de rondar los setenta años, parece estar en forma, es alto y está claramente cabreado. Su pálido rostro está enrojecido por la rabia y mechones de su pelo negro azabache, mal teñido, le caen sobre los ojos mientras respira con dificultad. Su camisa abotonada está empapada de sudor. La gran mancha en medio de su entrepierna parece menos sudor y más orina.

Intento ver las cosas desde su perspectiva. Un hombre solo frente a cinco personas con máscaras en las que aparecen mujeres desaparecidas, cuernos y salpicaduras de sangre. Seguro que damos mucho miedo.

Sin embargo, no consigo sentir nada más que asco y rabia. Este es el hombre que estaba dispuesto a sacrificar a Daisy a algún dios de mierda. También supervisó otros sacrificios a lo largo de los años, se llevó el dinero de los feligreses y fingió bendecir a quienes lo complacían a él y a Francis. Ha estado robando dinero y lucrándose con la muerte y la ingenuidad. Vincent Callaway es un pedazo de mierda asqueroso y se merece todo lo que le va a pasar.

—Bájala, *Vinny* —se burla Daisy desde detrás de su máscara.

—La policía ya está de camino —sisea Vincent—. Te vas a quedar donde estás hasta que lleguen.

Daisy da un paso hacia él, lo que hace que Vincent apunte el arma en su dirección.

—En realidad, lo que va a pasar es que tú te vas a encontrar con tu creador, y nosotros nos vamos a escabullir de aquí sin un rasguño.

—¿Tú crees? Quizá te convierta en un ejemplo —se burla Vincent.

¡No! El pánico hace que mi pie dé un paso hacia él, como si el cuchillo que tengo en la mano sirviera de algo contra la pistola que su mano empuña. Mi movimiento no pasa desapercibido y, de nuevo, me encuentro frente al cañón de una pistola.

—Si le disparas, haré que desees la muerte —promete Daisy. Alza la mano para echarse hacia atrás la capucha y subirse la máscara—. ¿Qué tal si apuntas eso hacia mí, ya que soy yo a quien quieres ver muerta?

Vincent sigue apuntándome con la pistola, pero mira hacia Daisy. Se queda sin aliento.

—¿Daisy Murray?

El cañón de la pistola baja unos centímetros, así que ya no me apunta a la cara. No sé si no prefiero eso a que me apunte a las partes.

—Viva y en persona. —La voz de Daisy suena extraña. La miro de reojo y veo una sonrisa retorcida en sus labios. Tiene los ojos clavados en Vincent y, de alguna manera, ambos irradian una locura caótica y están completamente vacíos al mismo tiempo.

—Francis previó el giro que darían las cosas. Zarzuz se lo dijo… —La voz de Vincent se apaga cuando, de repente, vuelve a apuntarle con la pistola.

Drake, que está a mi derecha, aprovecha para retroceder sutilmente más atrás de Vincent. Al otro lado de la habitación, Kingston imita el movimiento de Drake.

—¿Sabes cuántos jodidos problemas nos has causado? ¡Briar Glen se hunde por tu culpa! —ruge Vincent—. ¡Se suponía que ibas a *morir,* y nosotros íbamos a hacernos ricos!

Daisy se encoge de hombros.

—Tu situación financiera no es asunto mío.

—¿Qué situación financiera? ¡Ya no queda dinero! ¡Se ha esfumado! —Da un paso agresivo hacia ella—. ¿Has sido tú? ¿Me has robado el dinero?

Le salen salpicaduras de saliva mientras habla, y su cara pasa de roja a morada de rabia. El corazón me late a mil por hora y se me seca la boca.

Por favor, que no le pase nada…

Daisy se encoge de hombros.

—Quizá. Quizá no.

Vincent grita. El sonido resuena por toda la habitación.

—¿Sabes la *tormenta de mierda* que nos has traído encima? ¡Ahora no tenemos nada por tu culpa! ¡*Nada*! ¡Estaba tan cerca de jubilarme, tan cerca de una vida digna de un *rey*! Has sido una lacra para esta comunidad. Se suponía que tus padres te iban a entregar a nosotros, y a cambio, seríamos bendecidos por la eternidad. ¡Estábamos tan cerca! Entonces se desató el infierno.

Daisy pone los ojos en blanco.

—Qué *pena* que la vida no te haya salido como querías.

Vincent aprieta el dedo en el gatillo. Wyatt y yo damos un paso al frente al unísono. Vincent gruñe, apuntándonos con su arma antes de volverse hacia Daisy.

—Tus padres estaban fuera de sí, ¿sabes? Querían ver tu sangre correr tan rojo como nosotros. Les quitamos la vida en represalia. Yo mismo ayudé a matarlos. Sus jodidos gemidos y súplicas patéticas no fueron ni de lejos tan satisfactorios como lo fue su silencio.

Si está intentando sacar una reacción de Daisy, no le está funcionando. Su rostro no delata nada de lo que piensa. ¿Sabía que estaban muertos? ¿O creía que simplemente se habían largado? Seguro que ha visto el solar vacío donde antes estaba su casa. ¿Se lo habrá preguntado?

—¿No? ¿Nada por tus pobres padres, que te criaron para que fueras una *buena* esposa? ¿Una chica inteligente y de buenos modales para nuestro Zarzuz? Bueno, da igual. Ya lo discutirás con ellos en el infierno. —Vincent se acerca más a ella.

Se me sube el corazón a la garganta.

—Si la matas, ni siquiera me plantearé devolver el dinero —le grito, para distraerlo—. Te sugiero que apuntes el arma a otra parte.

Vincent se gira. Cuando nuestras miradas se cruzan, Kingston se mueve. Se abalanza sobre Vincent por detrás, y Drake le sigue. El hombre mayor grita y el arma vuelve a dispararse. La bala impacta en el techo. Para mi

sorpresa, Vincent no cae fácilmente. A pesar de su edad, se defiende de Drake y Kingston mientras intentan reducirlo. Preso del pánico, la mano de Vincent aprieta sin cesar el gatillo de su arma. Las balas hacen agujeros en la pared que nos rodea.

Mierda, alguien va a salir herido.

Me lanzo hacia delante y le agarro la muñeca, manteniéndome alejado del cañón del arma. Justo cuando consigo arrebatársela, aparece un puño que impacta en pleno pecho de Vincent, dejándolo sin aliento. Se desploma hacia delante. Mientras jadea, Kingston y Drake lo agarran de ambos brazos. Wyatt le da una patada a Vincent en las piernas, tirándolo de rodillas.

—¡Los arrestarán a todos! —jadea Vincent—. Los meterán en la cárcel, donde se pudrirán. Pero a ti, Daisy, te entregarán a nuestro dios. Ronney se encargará de ello. El Todopoderoso...

El puño de Wyatt golpea el lado de la cara de Vincent y su cabeza se desvía hacia un lado.

—Sí, ya he oído esto muchas veces —dice Daisy desde algún lugar detrás de mí.

¿Detrás de mí? ¿Qué demonios está tramando?

Me giro y la veo junto a la pared, intentando alcanzar un enorme hacha de batalla que cuelga como decoración entre el resto de armas. Esa cosa es casi tan grande como ella. La escena es tan absurda que me echo a reír, incrédulo. Corro a su lado, alargo el brazo y la quito de la pared. Sin embargo, cuando se la entrego, casi se le cae.

—Toma, déjame...

Daisy resopla y se las arregla para echarse el arma al hombro. Se da la vuelta y vuelve con paso pesado hacia los demás. Mientras se acerca a su última víctima, empieza a cantar.

—Solo una cucharada de azúcar hace que la medicina entre *mejor*...

La melodía suena siniestra mientras se acerca al hombre, arma en mano.

—Sé quiénes son. Todos ustedes —jadea Vincent, mirándonos con el ojo derecho hinchado.

—La medicina entra mejor.

—Wyatt Challahan, Drake Miller, Owen Woodlock, y déjame adivinar, uno de ustedes debe de ser Kingston.

—La medicina baja…

—Ronney ya sabe que son un problema. Solo está esperando, ganando tiempo. Los atrapará a todos. Están todos muertos.

Daisy se detiene frente a Vincent y lo mira fijamente. Él la mira con ira, luchando por escapar de los demás.

Drake y Kingston lo tiran de los brazos hacia los lados. Wyatt le agarra un puñado de pelo a Vincent para mantenerle la cabeza quieta. Yo me quedo al lado de Daisy, listo para ayudar en lo que pueda. Daisy gira la cadera hacia un lado, con el hacha colgando de su hombro. Aprieta con fuerza el mango mientras una sonrisa se dibuja en su rostro. Pero no le llega a los ojos, que ahora parecen muertos.

—Los chicos que conocías están muertos. Lo están desde hace bastante tiempo, Vinny. —Su risita suena casi infantil—. Las criaturas que tienes delante son mis demonios, un regalo de la encantadora Lilith.

—¿Lilith? —escupe Vincent—. Ese maldito demonio...

—Es mi mentora, mi madre y mi ángel de la guarda —la interrumpe Daisy —. Me está utilizando para enviar un mensaje. Uno que Briar Glen nunca olvidará. ¿Estás listo para escucharlo?

—La policía llegará en cualquier momento. Ronney sabe que lo grabo todo. Si me haces algo… —La voz de Vincent se apaga cuando ella levanta el arma por encima de su cabeza—. ¡No, por favor!

Los ojos de Vincent se abren como platos cuando el hacha cae.

Se me corta la respiración al ver cómo la hoja brilla bajo esa extraña luz roja mientras se precipita hacia abajo. Vincent se retuerce, pero los demás lo sujetan con fuerza. El hacha le corta el brazo izquierdo de un tajo, separándoselo de cuajo. Su grito resuena en la habitación mientras Drake deja caer el miembro y da un paso atrás. Me estremezco. Wyatt suelta el pelo de Vincent para levantar el miembro amputado. Se ríe mientras lo agita en el aire.

Se me revuelve el estómago.

—Eso era Lilith diciendo que Zarzuz nunca escapará —dice Daisy. Vuelve a levantar el hacha. Esta vez, cuando cae, le corta su brazo derecho. El

contenido de mi estómago se revuelve, ya no dispuesto a quedarse quieto mientras la sangre brota a borbotones de ambos muñones. Los gritos de Vincent no ayudan. Doy medio paso atrás, para poner distancia entre el líquido rojo y yo. Kingston agarra el brazo derecho.

—Oye, King —dice Wyatt levantando su mano.

King lo mira y se da cuenta enseguida. Con los hombros sacudiéndose en una risa silenciosa, levanta su brazo y chocan los cinco. Se me va la sangre de la cara. ¿Puede acabar esto pronto, por favor? La cena no va a quedarse en mi estómago mucho más tiempo.

Daisy ignora a los chicos, centrada únicamente en el hombre moribundo que tiene delante.

—Eso era ella diciendo «que te jodan». ¿Lo has entendido en la traducción? —gime Vincent. La baba le cuelga de los labios y pone los ojos en blanco. Daisy vuelve a levantar el hacha.

—¿Me haces un favor, Vinny?

Drake se inclina hacia delante, agarra un puñado de pelo de Vincent y tira de la cabeza del Sacerdote Bendito hacia atrás. Está claro que está en sintonía con los pensamientos de Daisy.

—Dile a Tobias y a George que les mando saludos.

Esta vez, en lugar de bajar el hacha en línea recta, Daisy la balancea. El horrible golpe va seguido de la hoja clavándose en el costado del cuello de Vincent. Lo miro a través de mi máscara y veo cómo se le abren los ojos de par en par mientras se le queda la boca abierta.

—Mmm. Eso no está bien. Ven, déjame intentarlo otra vez. —Daisy tira del hacha hasta que se suelta.

Hacen falta cinco golpes contundentes para cortarle la cabeza a Vincent. Me siento aliviado cuando termina el corte. El olor metálico que flota en el aire y el sonido de un cuerpo siendo descuartizado bastan para hacer que la habitación se tambalee.

La cabeza de Vincent se desprende de su cuerpo y rueda hacia Kingston, quien inmediatamente suelta el brazo que tiene en la mano y empieza a dar patadas a la cabeza de Vincent como si fuera un balón de fútbol.

—Tres menos, quedan dos más —declara Drake. Estoy bastante seguro de que hay orgullo en su voz.

—Owen, ¿las grabaciones? —dice Wyatt alegremente, señalándome con el brazo que tiene en su mano—. ¿Crees que puedes encargarte de ellas?

Asiento con la cabeza.

—Solo tengo que averiguar dónde guarda el dispositivo.

Drake señala con el pulgar hacia la estatua.

—Hay una puerta justo detrás de esta estúpida cosa. Dado que no vi ningún equipo de grabación cuando buscábamos a Vincent antes, tiene que estar aquí dentro.

Buena suposición. Lo sigo rodeando la estatua mientras Wyatt habla con Daisy. Drake abre la puerta y dentro hay una pequeña habitación, apenas más grande que un armario. Al entrar, encuentro cámaras de seguridad y señales de vídeo de cinco ángulos diferentes de la casa. Contento de darle a mi mente algo en qué pensar aparte de centrarme en el olor a sangre, me acerco a las pantallas y al equipo de escritorio.

—Borraré todo lo que hay aquí —murmuro, subiéndome la máscara antes de que mis dedos empiecen a moverse sobre el teclado—. Nuestra presencia ni siquiera aparecerá en su radar.

Drake tararea, pero no parece que esté de acuerdo. Lo confirma cuando dice:

—Estoy seguro de que estamos muy presentes en el radar de todo el mundo.

Hago una mueca.

—Bueno, sí, quizá.

Detrás de mí, se oye un suave grito ahogado. Drake y yo nos giramos y vemos a Daisy de pie en la puerta. Pero no nos está mirando a nosotros. Tiene la mirada clavada en algo justo a la derecha de la puerta. Sigo su mirada y gruño.

Allí, colocada sobre un maniquí, hay una capa roja. Parece muy gastada, pero el rojo intenso sigue siendo tan siniestro como siempre. Un escalofrío me recorre la espalda, dejando a su paso un dolor agudo de congelación y terror. La réplica de la capa de Wyatt se le parecía, pero te juro que esta irradia maldad. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Aparto la mirada y vuelvo a mirar a Daisy, que se ha quedado clavada en el sitio.

—¿Daze…? —la llamo.

Veo cómo su cuerpo se estremece como si le hubieran dado una descarga eléctrica antes de dar un solo paso fuera de la habitación.

—Respira hondo y controla el pánico —gruñe Drake, dando un paso hacia ella—. Con nosotros estás a salvo.

Daisy gira la cabeza de un lado a otro y da otro paso atrás mientras su respiración se convierte en jadeos.

—No. Huyas. Daisy.

Con un gemido de desesperación, Daisy se da la vuelta y sale disparada de la habitación. Drake respira hondo antes de dar un paso en su dirección.

—¡Espera, Drake! —sisea—. Vincent dijo que había llamado a la policía. Si decía la verdad, tenemos que salir de aquí antes de que lleguen.

Drake suelta una maldición.

—Voy por Daisy. Borra lo que puedas y nos vemos en el coche dentro de una hora.

—¡En ello!

Ya ha salido de la habitación antes de que mis dedos lleguen al teclado. Apenas he empezado cuando Wyatt grita desde la habitación:

—¿A dónde demonios se han ido esos dos?

—No lo sé. Daisy se asustó y se largó. Drake fue a ver si estaba bien. Viene la policía, así que prepárate para correr. Yo solo...

—¡Owen, mira!

Resoplo, pero me doy la vuelta. Justo en la puerta, Wyatt está de pie con su máscara subida. Está haciendo malabares con un par de… Se me revuelve tanto el estómago que me inclino y tengo náuseas.

—Vamos, ya sabes que esto es divertido —dice Wyatt—. Sería la estrella de un circo de fenómenos si esas cosas aún existieran.

Intento enderezarme, pero al ver el pie y la mano ensangrentados y desmembrados dando vueltas y vueltas, vuelvo a tener náuseas. ¿De dónde demonios han sacado ese pie? ¿Han estado troceando a Vincent en pedazos más pequeños? Wyatt se ríe entre dientes.

—¡Eh, King, ven aquí! Enséñale a Owen lo que tienes.

—Por favor… chicos, no tenemos tiempo para…—Me dan espasmos en la espalda mientras me inclino de nuevo y tengo unas náuseas intensas.

Wyatt se ríe a carcajadas. Al cabrón le está encantando esto. Mientras el sudor me gotea por la frente, Kingston entra en la habitación con una sonrisa tan amplia que prácticamente le parte la cara en dos. Gruño al ver los objetos que lleva en la mano. ¿Los dos ojos y la lengua? ¿Pero *por qué*?

—¿Qué les pasa a los dos? —jadeo.

—Rápido, vamos a enseñarle a Owen lo que sabemos hacer —insiste Wyatt, volviéndose hacia Kingston e ignorando la posibilidad muy real de que una tonelada de mi ADN pueda salir disparada de mí en cualquier momento.

Los dos se miran, sonriendo como idiotas, y empiezan a lanzarse partes del cuerpo el uno al otro. Juntos, montan un número de malabarismo a dos. Mientras hacen malabares, la sangre salpica por todas partes, cubriendo el suelo, el techo, a ellos…

Esta vez, cuando tengo náuseas, me arrodillo. Tengo arcadas y más arcadas, pero por suerte no sale nada. Mientras sufro, los demás se ríen.

—¿Qué te pasa, Owen? No te preocupes, no te dejaremos fuera. Si querías aprender a hacer malabares, solo tenías que decirlo. Ven, déjame enseñarte...

—Te juro por Dios que si traes algo de eso aquí, *te* voy a descuartizar —prometo débilmente—. Deshazte de eso y déjame un segundo de paz para limpiar estas cámaras de seguridad. Cuanto más tiempo estemos aquí, más probable es que nos pillen.

La risa de Wyatt ahoga la débil de Kingston.

—Joder, aguantaste la cena. Aposté con Kingston a que te haríamos vomitar.

No estoy seguro de que eso esté descartado del todo todavía. Ignorándolo, vuelvo a las cámaras y me pongo manos a la obra.

OceanofPDF.com

Treinta y Ocho



Vienen por mí.

La gente de las capas rojas. Los hombres y mujeres con los que crecí y en los que confiaba, vienen a matarme. No dejaré que me lleven, esta vez no. Moriré. Prefiero tirarme por otro acantilado, caer a las frías y embravecidas aguas con los huesos rotos y el corazón destrozado, todo para que no tengan la satisfacción de ganar.

Puedo oír cómo gritan mi nombre a cierta distancia detrás de mí.

Mis piernas se mueven con más fuerza. No sé dónde estoy, pero la oscuridad me ayuda a esconderme. Respiro entre jadeos mientras corro tan rápido como puedo. Árboles. Hay árboles a mi alrededor. Estoy de vuelta en el bosque. ¿Cómo he llegado aquí?

El pánico me oprime los pulmones y hace que mis zancadas vacilen. No voy lo suficientemente rápido. Me van a atrapar.

Los gritos se acercan. Los pasos retumban detrás de mí. El crujir de las hojas y el chasquido de las ramitas me indican lo cerca que están. ¡Mi cuchillo! Necesito mi cuchillo. Esta vez no estoy indefensa. Con pasos entrenados, levanto el pie un poco más alto en esta rotación, mi cuerpo se inclina hacia abajo y mi mano se extiende. Mis dedos agarran la empuñadura y sacan el cuchillo de mi bota.

El peso del arma no hace nada por calmar mi terror. De hecho, lo empeora. A pesar de todas las muertes que he causado, de todas las autolesiones que me he infligido con ella, de repente el arma me resulta extraña en la mano. Apretarla con más fuerza no me da la seguridad que suele darme.

Los pasos se acercan cada vez más.

¡No, no, no, no pueden volver a capturarme*!*

Algo que parece un camión me golpea por detrás y caigo estrepitosamente al suelo del bosque. No hay tiempo para jadear ni recuperar el aliento. Lo que sea que me haya golpeado aterriza encima de mí, impidiéndome respirar.

Pero el aire no es mi prioridad. Escapar sí lo es.

Mientras me arden los pulmones, giro el cuchillo que tengo en la mano y lo balanceo torpemente hacia atrás. Se hunde en la carne. La persona que está encima de mí gruñe. Arranco el cuchillo de un tirón e intento de nuevo. Esta vez, sin embargo, alguien me agarra la muñeca. Su agarre es fuerte. Siseo de dolor y suelto el cuchillo mientras el peso sobre mi espalda aumenta.

Intento retorcerme. Sin aire, no puedo gritar, pero no se la voy a poner fácil. No me importa que quien esté encima de mí sea del tamaño de una montaña. Lucharé hasta el final.

Por mucho que patee, arañe o me revuelva, nada parece surtir efecto. A medida que mi visión empieza a nublarse y mis movimientos se vuelven menos frenéticos, quienquiera que esté encima de mí me agarra ambos brazos y me los tira hacia atrás. Su peso se desplaza. Una rodilla se clava en el centro de mi espalda y el aliento caliente de alguien me golpea el pabellón auricular.

—¿Qué te dije sobre huir de mí, Daisy? —La voz grave retumba en mi cabeza, atravesando los recuerdos inquietantes de mi pasado. Mi forcejeo se va apagando poco a poco—. Estoy bastante seguro de que te advertí que no lo hicieras, o puede que no te gusten las consecuencias.

Esa voz. Conozco esa voz. Pero se mezcla con el caos dentro de mi cabeza, volviéndose ininteligible. Una mano baja y me agarra por la nuca, ejerciendo suficiente presión para impedir que mueva la cabeza.

—Ahora mira lo que has hecho. —La voz vuelve, más fuerte que las demás en mi cabeza. El peso presiona con más fuerza contra mi espalda, haciéndome gritar. Una nariz aparece junto a mi oreja y aspira profundamente—. Me has convertido en un depredador. ¿Y tú? Te has convertido en mi presa.

No puedo respirar con ese peso sobre mí. El mundo empieza a desvanecerse mientras la voz resuena en mi cabeza.

—¿Dre…?

—No —gruñe la voz que me domina—. No soy tu Dre, ni tu Drake, ni siquiera tu demonio, Daisy. Soy el puto diablo al que has sacado de su escondite. Una vez huiste de mí, hace tantos años, y escapaste. ¿Y esta vez? Te he atrapado y no tengo intención de dejarte libre. Eres *mía*.

La presión de su rodilla cede. Respiro hondo y mi visión vuelve a enfocarse. Pero Drake no me suelta. Su mano abandona mi cuello solo para agarrarme ambas manos y levantarlas por encima de mi cabeza. Las junta en una sola mano y las clava contra el suelo.

—Drake, ¿qué estás haciendo?

—Lo que te dije que iba a hacer —gruñe. Suena como si mirara por encima del hombro y le estuviera saliendo espuma por la boca. El aire prácticamente vibra con una energía peligrosa—. Te he atrapado, ahora eres mía para hacer lo que me plazca.

Una mano me baja los vaqueros con brusquedad, dejando mi culo al aire de la noche. Jadeo al darme cuenta de lo que está diciendo. El miedo y el asco deberían borrar mi sorpresa, pero al oír cómo Drake baja su cremallera, mi cuerpo tiembla de adrenalina y una excitación retorcida. Me aferro a esos sentimientos mientras queman el miedo a la gente de las capas rojas.

—Debería grabar mi nombre justo aquí. —Una bofetada aguda y punzante golpea mi culo desnudo, haciéndome gritar—. Que todo el mundo sepa que he capturado mi premio y que lo he reclamado como mío.

Drake cambia el peso de su cuerpo. Su enorme cuerpo cubre el mío, presionándome contra el suelo. Me parece gigantesco encima de mí. El peso que me aplasta me tranquiliza más de lo que mi cuchillo jamás lo ha hecho.

—Daisy, no puedo evitarlo —hace una pausa y respira hondo—. No estoy *bien*.

Mi cuerpo tiembla ligeramente mientras intento calmar mi pánico y concentrarme en sus palabras.

—¿De qué estás hablando?

—Me han destrozado y remodelado, mis piezas no encajan. Mis pensamientos son un lío. No. Estoy. *Bien*. Y la persona que sientes presionándote ahora es un hijo de puta peligroso —gruñe Drake, con sus caderas presionando mi culo. Puedo sentir su polla dura, adornada con esos fascinantes piercings, contra mis nalgas. Un escalofrío me recorre la espalda—. Las cosas horribles que quiero hacerte, que *necesito* hacerte, Daisy… Me rompiste cuando te fuiste. Ahora me toca a mí romperte. Luego cogeré todos tus pedazos y me los tragaré para que nadie más pueda tener lo que es mío.

La posesividad de su abrazo, la salvajería de sus palabras… Me están haciendo algo. Se me endurecen los pezones.

Drake frota su erección de un lado a otro a lo largo de la raja de mi culo.

—Estoy intentando luchar contra ello, Daisy, contra en lo que me he convertido, pero te dije que no huyeras.

La tensión en su voz me retuerce el corazón. Lo que da a entender está claro, y la amenaza en su voz es inquietante. Sin embargo, no consigo sentir miedo. En cambio, mi cuerpo se vuelve cálido y pesado. Siento cómo se acumula la humedad entre mis piernas.

—No quiero hacerte daño, pero... —Drake suelta un gemido profundo y dolorido que se convierte en una risa oscura—... lo que es de uno es de uno, ¿no? Y puedo hacer lo que quiera con lo que es *mío*.

De repente, sus dientes se hunden en mi hombro. Grito e intento zafarme de su agarre mientras el mordisco rompe la piel y me hace sangrar. Cuando cede, jadeo con fuerza apoyando la mejilla sobre las hojas secas y ásperas del suelo del bosque.

Mientras me recupero, me tira las caderas hacia atrás con una mano, mientras la otra sigue inmovilizándome las manos contra el suelo. Se me corta la respiración cuando la punta de su polla se posa en mi entrada.

—Drake...

—Mía —sisea.

Me penetra con una embestida larga y brusca y llega hasta el fondo dentro de mí. Mi grito se ahoga mientras mi espalda intenta arquearse para acomodar el enorme tamaño del hombre que tengo detrás. El dolor es explosivo. Mi gemido es recibido con una risa áspera.

—Shh… No, no, no grites. Apenas hemos empezado, *Daisy* —se burla Drake mientras se retira, con sus piercings rozando mis paredes internas que se contraen a su alrededor, creando una sensación extraña. Se siente bien, pero el dolor mientras mi cuerpo intenta adaptarse a la intrusión eclipsa el placer—. Yo guardaría tu voz para más tarde, cuando lleguemos a la parte buena.

Se retira por completo de nuevo solo para volver a penetrarme con fuerza. Mi aullido resuena a nuestro alrededor. Esta vez, Drake no se lo toma con calma al salir de mí. Echa las caderas hacia atrás y luego empuja de nuevo, y otra vez, y pronto se convierte en una follada constante, dura y castigadora.

Es demasiado.

Se me llenan los ojos de lágrimas y suelto un sollozo desgarrador. Intento liberar mis manos, pero Drake me supera en peso por al menos setenta kilos, y todo ese peso me aplasta, manteniéndome inmovilizada contra sus caderas y contra el suelo. Estoy atrapada bajo este hombre gigante, que se ha visto arrastrado a un lugar oscuro dentro de su mente y no puede escapar de sus propios demonios.

Las lágrimas me resbalan por la cara. Mi cuerpo se sacude bajo las duras embestidas de Drake.

Algo cambia dentro de mí. Una revelación se desata y la comprensión alivia el dolor. Mi chico, que antes era tan dulce y ahora se ha convertido en un demonio, necesita esto. ¿No acababa de decir que necesitaba reclamarme? Nunca me había dado cuenta de que quería que me poseyeran, pero la idea no me asusta. Drake me quiere. Me *necesita*. En su locura, está tomando lo que necesita para sobrevivir. Una euforia delirante me inunda.

Los movimientos de Drake se vuelven más bruscos, su agarre en mi cadera y mis muñecas se hace más fuerte.

—Puedo sentir cómo tu bonito coño se moja cada vez más. ¿Quién iba a decir que disfrutarías siendo castigada? Aunque, pensándolo bien, estás tan jodida de la cabeza como yo. —Se ríe con dureza—. Estamos hechos para estar locos juntos.

—Sí —susurro, mientras mi cuerpo empieza a disfrutar de cómo sus piercings se deslizan y masajean mi coño y de lo llena que me hace sentir.

Él gruñe.

—*Joder*, este ha sido el mejor premio que podría haber ganado.

Mi coño se contrae a su alrededor al oír sus palabras, e intento arquear las caderas mientras a la incomodidad se suma una necesidad desesperada de correrme. Mi intento es en vano. Drake me agarra las caderas con más fuerza, sin dejar que me mueva. Antes de que pueda abrir la boca para quejarme, Drake ruge. Sus caderas se estrellan contra mi culo y se queda quieto, liberándose dentro de mí.

Una pizca de decepción se retuerce en mi pecho. No estoy segura de a qué se debe ni por qué está ahí, pero Drake no me da tiempo de analizar la sensación. Se retira de mí cuando termina y me suelta las muñecas al mismo tiempo. Suspiro, desplomándome en el suelo mientras él se levanta. Mi coño tiembla ante la ausencia de su polla. Se ha avivado el fuego, pero necesito más.

Drake no me da mucho respiro. Antes de que pueda detenerlo, Drake me ha atado las muñecas con un intrincado nudo que parece hecho con cuerda de paracaídas.

—Ya sabes, estas ingeniosas pulseras de supervivencia se pueden usar en caso de emergencia —afirma Drake en tono coloquial—. Solo tienes que cortarla por un extremo y desenredarla. Entonces tendrás un montón de cuerda resistente a tu disposición.

—Drake, ¿qué estás haciendo?

Para mi sorpresa, me levanta de un tirón con el trozo de cuerda que sobra. Mi grito de sorpresa es recibido con un bufido. Da un paso adelante y me mira con ira.

—¿Pensabas que ya había terminado con tu castigo?

Parpadeo, sorprendida.

—¿No lo has terminado?

Su gruñido enfadado es mi única respuesta. Pero cuando se gira y lanza el trozo de cuerda hacia arriba, poco a poco empiezo a entender por qué. ¿Para qué malgastar palabras si va a mostrarme lo que viene a continuación? La cuerda se enrolla en una rama más gruesa y vuelve a caer. Drake agarra el extremo, me lanza una mirada sombría y luego tira de la cuerda con fuerza.

Grito mientras me levantan los brazos de un tirón. Mis muñecas y articulaciones de los hombros protestan conmigo mientras me levanta.

—¿Qué te dije sobre ahorrar aliento? —pregunta Drake mientras me tira más arriba hasta que mis pies cuelgan a treinta centímetros o más del suelo.

Las lágrimas me corren libremente por las mejillas, pero no le suplicaré que pare. Suplicar nunca me ha servido de nada. Jamás. De hecho, solo empeoraba mi tormento, ya que la gente que me tenía cautiva o intentaba sacrificarme se regodeaba con mi terror.

Además, Drake me advirtió lo que pasaría si huía de él, pero lo hice de todos modos. Va a castigarme, y yo simplemente tengo que aguantarlo. También confío en Drake. No va a matarme, solo me llevará hasta un límite que nunca había soñado alcanzar.

Puedo hacerlo.

Puedo dejar que mi demonio, que tiene tantas emociones reprimidas en su interior, explote y libere todos sus sentimientos acumulados. Superaré esta tormenta.

Drake ata el extremo de la cuerda a la base del árbol y luego da un paso atrás. Mis muñecas gritan de dolor mientras giro lentamente en círculos. No sé cuánto tiempo podré aguantar esto, pero he pasado por cosas peores.

Drake se acerca hasta que quedamos cara a cara y me agarra de la camiseta para impedir que dé otra vuelta. Su expresión es estoica y dura, pero sus ojos… Incluso a la luz de la luna, puedo ver que hay una locura oscura y agitada en ellos mientras permanecen clavados en mi rostro. Si Drake estaba cuerdo, ya no lo está.

Su mano libre se alza y me acaricia la cara.

—Mi preciosa Daisy, no te marchitarás por mí mientras te enseño esta lección, ¿verdad?

¿Lo haré? Sinceramente, no lo sé.

—Necesito que me escuches cuando te digo que haré *lo que sea* para que entiendas que no volverás a alejarte de mi lado jamás. Tus lágrimas no me impresionan. Tus súplicas de piedad no me harán cambiar de opinión. Lo único que podrás hacer es correr *hacia* mí, no alejarte. Nunca te alejarás. —Me agarra la barbilla con fuerza. Incluso colgado de un árbol, es más alto que yo, así que se ve obligado a agacharse para burlarse en mi cara—. Si tengo que prendernos fuego a los dos hasta que nuestras almas se fundan para que no puedas dejarme, lo haré, joder.

Madre mía. Eso parece un poco exagerado. Entonces, ¿por qué me encanta tanto cómo suena?

Sus palabras desatan mi propia depravación. El frío escalofrío de la depravación que se desliza desde mi corazón se encuentra con el ardiente deseo y la adoración absoluta que siento por Drake.

—Dame una lección, Drake. —Sostengo su ardiente mirada—. Demuéstrame cuánto me necesitas a tu lado.

Se ríe suavemente, soltándome al hacerlo. Se agacha y me arranca los pantalones, tirando de ellos por encima de mis botas. El aire fresco de la noche hace que mis pezones se pongan más duros. Drake tira los pantalones a un lado y suspira mientras sus ojos me recorren de arriba abajo.

De repente, se lanza hacia delante, agarrándome una pierna para pasarla por encima de su hombro y sujetándome la otra para evitar que me balancee hacia atrás. Entonces, dos de sus dedos se clavan profundamente en mi coño. La brusca intrusión me hace gritar. Mis caderas se sacuden, como para alejarme, pero Drake no me deja escapar. Sus dedos entran y salen con fuerza de mi interior. Respiro entre la intensidad, ahogándome con un gemido.

No tardo mucho en llegar al límite. Jadeo y mi cuerpo se tensa alrededor de los dedos de Drake. Justo cuando estoy a punto de correrme, retira su mano y da un paso atrás. Gimoteo mientras mi cuerpo gira sin su apoyo. Sin embargo, el gemido se convierte en un chillido cuando su mano golpea mi culo. El golpe es fuerte y me hace balancearme de un lado a otro. Hago una mueca de dolor en las muñecas y los brazos mientras la gravedad me empuja hacia abajo.

Drake me vuelve a dar la vuelta. De nuevo, me levanta la pierna por encima de su hombro y me mete los dedos dentro. Murmura de satisfacción al oír el sonido húmedo que hace mi cuerpo cuando me penetra.

—Flor lasciva —gruñe entre dientes apretados mientras me mira fijamente —. ¿Tantas ganas tienes de que te acaricien los pétalos que te has dejado humillar tan fácilmente?

—Drake. —Me atraganto con su nombre mientras sus dedos se curvan y rozan ese punto dulce dentro de mí. Mi coño tiembla alrededor de sus dedos. De nuevo, me lleva rápidamente al borde del clímax solo para sacar los dedos y dar un paso atrás. Al girarme, sé lo que me espera esta vez.

O eso creía.

Drake me agarra por las caderas y me da una palmada en el culo. No una vez, ni dos, sino diez veces seguidas. Todas son brutalmente duras y me envían una descarga de fuego por la columna vertebral, haciendo que mi coño se humedezca. Cuando termina, estoy jadeando por las sensaciones que me recorren el cuerpo. ¿Alguna vez me he sentido tan salvaje, tan dolorosamente excitada? Mi coño se agita con ansia mientras Drake me vuelve a girar.

—Mírate, cariño —ronronea Drake, con la mirada fija entre mis piernas —. Estás empapada.

—No puedo evitarlo —jadeo mientras intento respirar entre las intensas emociones que me ahogan—. Drake, te necesito.

—Lo que necesitas es una lección de obediencia. —Su mano vuelve a actuar, esta vez metiéndome tres dedos.

Aspiro aire bruscamente y lo expulso en un gemido igual de brusco mientras él me excita.

—Tu cuerpo está empapando mi mano. Eres una flor asquerosa y sucia. — Los labios de Drake rozan la parte interior de mi muslo, su barba me hace cosquillas. Me retuerzo. Esta vez, cuando se retira de mi cuerpo, sollozo con fuerza.

—¡Drake! —sisea mientras me giro—. ¡Por favor, por favor, por favor!

Me ayuda a girar el cuerpo, alejándome de él. Mientras lo hace, tararea pensativo.

—No sabía que las flores hicieran música, pero los sonidos que estás haciendo podrían hacer palidecer la obra de Beethoven.

Cuando me da unos azotes esta vez, recibo quince golpes fuertes exactamente en el mismo sitio donde me había golpeado antes. Arqueo la espalda, mis caderas intentan apartarse de los golpes. El resto de mi cuerpo está gritando para que esto termine porque *duele*. Las lágrimas me corren sin parar por la cara.

Ni siquiera puedo sollozar mientras intento jadear para respirar.

Drake me da la vuelta para que lo mire. Me observa desde arriba con esos ojos oscuros y salvajemente feroces.

—¿Qué? ¿Ya no suplicas más? ¿No acabo de decirte lo mucho que lo disfruté?

Lo único que puedo hacer es jadear y llorar. Lo miro a través de mis ojos llorosos mientras se acerca.

—¿Qué es lo que no volverás a hacer? —me pregunta.

Abro la boca, pero lo único que sale es un graznido.

—Vamos, Daisy, dímelo. Dime lo que quiero oír y te daré lo que tú quieres. —Levanta una ceja rubia con aire expectante. Trago saliva y lo intento de nuevo.

—No voy a huir —digo con voz ronca.

—¿No harás *qué*? Vamos, necesito oírlo. —Sonríe con malicia—. Si no lo haces, seguiré con esto. Usaré tu cuerpo como me plazca toda la noche. Ver cómo se te pone el culo rosado y esas lágrimas resbalando por tu cara me mantiene bien duro.

No me doy cuenta de que tiene una mano envuelta alrededor de su polla hasta que empieza a masturbarse, atrayendo mi atención hacia abajo. En la punta de su polla hay una gota de líquido preseminal. Drake ve que lo estoy mirando y se ríe entre dientes.

—¿Quieres que vuelva a meterla dentro de ti, Daisy? ¿De verdad? Sabes que tu cuerpo es mi santuario. Sabes lo mucho que lo deseo, pero no te daré mi polla hasta que me digas lo que quiero oír. —Se ríe—. Ahora, intentémoslo de nuevo, alto y claro esta vez, por favor.

Se suelta para agarrarme la pierna y volver a colocarla sobre su hombro. Sus dedos rozan mi coño hinchado, haciéndome estremecer.

—No... no voy a huir, Drake.

Drake chasquea la lengua.

—Eso no basta. ¿A dónde no vas a huir?

—Lejos. ¡Lejos de ti!

Su pulgar roza mi clítoris y mis caderas se sacuden hacia él mientras dejo escapar un gemido.

—Parece que has aprendido la lección, Daisy. ¿Quieres correrte ahora?

Asiento frenéticamente.

—¡Por favor, Drake, por favor!

Sin decir nada más, Drake vuelve a meterme los dedos. Mientras mi cuerpo los devora, Drake usa el pulgar para dar vueltas alrededor de mi clítoris. Con lo excitada que estoy, volver al clímax es fácil. *Dolorosamente* fácil. Mi cuerpo se tensa, apretando con tanta fuerza los dedos de Drake que él suelta una maldición entre dientes. Su pulgar ejerce un poco más de presión sobre mi clítoris y se acabó. Mi mundo estalla en una luz blanca. Mi orgasmo es tan intenso que todo mi cuerpo se sacude. Mi grito queda amortiguado por un zumbido en los oídos.

Cuando mi cuerpo por fin deja de temblar y mi visión se aclara. La sonrisa burlona de Drake me hace estremecer de nuevo.

—Te ha costado un poco, pero me alegro de ver que eres una alumna a la que vale la pena enseñar.

Un ruido a nuestro lado lo hace ponerse tenso. Tardo un poco en reaccionar, dado lo cansada que estoy, pero giro la cabeza para seguir la mirada de Drake y veo a Kingston salir de entre los arbustos, cubierto de sangre de pies a cabeza.

Mi coño se contrae con ansia al verlo.

—Kingston —saluda Drake—. Se supone que deberías estar con los demás.

King le dedica una rápida media sonrisa.

—*Sí, bueno, he venido a asegurarme de que mi chica está bien*.

—Ahora está bien, ¿verdad, Daisy? —La mueca de desprecio de Drake hace que mis pezones se pongan aún más duros y que mi coño vuelva a tener un espasmo.

En lugar de seguirle el juego a Drake, miro a Kingston.

—Se ha vuelto loco. Ayúdame.

La sonrisa de Kingston se vuelve salvaje mientras Drake se ríe entre dientes.

—Se ha vuelto loco, ¿eh? Por lo que parece, volverse loco es muy divertido. ¿Quizá me vuelva loca con él?

Me quedo sin aliento ante lo que eso implica. Al mismo tiempo, siento cómo la excitación me recorre las piernas al pensar en que ambos me utilicen.

—¿Wyatt y Owen? —pregunta Drake.

—Han salido y se dirigen al coche para esperarnos. Tenemos un rato antes de que empiecen a preocuparse. —Kingston da un paso adelante—. Podríamos hacer muchas cosas en poco tiempo.

—Claro que sí.

—¿*Qué te ha pasado en la pierna*? —Kingston inclina la cabeza hacia abajo. Mis ojos se dirigen al mismo lugar. Allí, en el costado del muslo de Drake, hay un agujero en los pantalones con sangre manchando los bordes. Me quedo sin aliento al mismo tiempo que Drake se ríe entre dientes.

—No sabía que las margaritas tuvieran espinas, pero resulta que esta sí las tiene.

Kingston se ríe. El sonido alegre me dibuja una sonrisa en los labios, aunque dura poco por el cansancio. King me mira, con su rostro retorcido en una sombría alegría.

—¿Te lo has pasado bien? ¿Sigues queriendo a esta bestia descomunal en toda su jodida gloria? —me pregunta.

La pregunta me pilla por sorpresa. Kingston me observa de cerca, al igual que Drake, que de repente se queda quieto. Una risita, en parte histérica y en parte divertida, se escapa de mis labios. ¿Cómo es posible que me pregunte algo así?

—¡Por supuesto que sí!

Kingston asiente, complacido, y la tensión se desvanece de los hombros de Drake. King lo mira.

—*Bueno, parece que tu venganza no ha surtido efecto. Debería estar aterrorizada ante un bruto como tú.*

—No ha sido la venganza lo que la tiene así de tensa —le corrige Drake —. Daisy se ha puesto ella misma en una situación propicia para aprender. No puedo evitar que a mí también me resulte divertido.

—*¿Te importa si me uno?* —Kingston se acerca a mí, agarrándome justo por encima de la rodilla para evitar que me balancee—. *Yo también tengo algo que me gustaría enseñarle.*

—Por supuesto. Está lista para recibir una buena educación.

Mi coño se contrae incluso mientras me preparo para los problemas.

OceanofPDF.com

Treinta y Nueve



Observé desde la distancia todo el tiempo que pude.

Primero, para asegurarme de que Daisy estaba de verdad de acuerdo con el castigo de Drake. Debe de ser brutal estar ahí colgada así. Pero una vez que supe que ella quería esto, que empezó a suplicar por más, solo quería ver la tensión en el rostro de Drake mientras se contenía para no correrse. A mí mismo me costaba mucho no follarme con la mano, viendo cómo Daisy se retorcía entre el placer y el dolor. Sabía que para él tenía que ser aún más difícil, infligiéndole el castigo. Incluso ahora, Drake se está agarrando la polla a mi lado.

Daisy me mira fijamente, con la mirada un poco vidriosa, sus mejillas manchadas de lágrimas y una pequeña sonrisa pegada a los labios.

—¿Qué quieres enseñarme, King? —pregunta ella, con la voz ronca. Se pasa su lengua por los labios secos. Sigo ese movimiento con la mirada. Cuando termina, vuelvo a mirarla.

—*Que pienso cuidar de ti desde ahora y hasta el fin de los días.* —La giro hacia mí, disfrutando de lo fácil que es hacer lo que quiera con ella así—. *Desde matar a tus enemigos hasta hacer que te corras hasta que estés completamente agotada. No tienes que preocuparte por nada.*

Daisy cierra los párpados mientras deja escapar un murmullo de satisfacción. Agarro la empuñadura de mi cuchillo, lo saco de la funda y se lo paso a Drake. Él lo coge sin dudar.

—*Cubre el mango con tu sangre*.

Drake arquea las cejas, sorprendido, antes de soltar una carcajada y ponerse manos a la obra. Daisy vuelve a abrir los ojos, ajena a la petición.

—¿Qué están tramando ustedes dos?

—*Ya lo verás* —le digo, acercándome.

Agarrándole ambas piernas, las levanto y las paso por encima de mis hombros, de modo que mi cara queda justo ahí, en la parte más alta de su cuerpo. Daisy gime de alivio y sé que es porque, en esta posición, su peso descansa sobre mí en lugar de recaer sobre sus muñecas. Me quedo mirando el desastre que hay entre sus piernas. Dios, es jodidamente perfecta. ¿Se da cuenta de lo increíble que es? ¿De cómo aguanta un castigo así de un bruto como Drake y aún así es capaz de amarlo? ¿Me amara igual cuando haya acabado con ella?

Inclino la cabeza hacia delante y paso la lengua desde su ano, pasando por el desorden entre sus piernas, hasta llegar a su clítoris. Daisy grita y se tensa, sorprendida.

—¡Kingston, espera! —Su cuerpo se retuerce mientras rodeo su clítoris con la lengua antes de chupar con fuerza el botón hinchado. Daisy chilla. Riendo, me aparto y la miro—. Drake… Su, ah, semen todavía está dentro de mí.

Arqueo una ceja. ¿Cree que no puedo saborearlo ahí? ¿Que me importa? Sin apartar la mirada de la suya, me inclino hacia delante de nuevo mientras le levanto las caderas y repito el movimiento. Todo su cuerpo se tensa de nuevo, y sus piernas se cierran alrededor de mi cara.

Soy minucioso mientras lamo la excitación y el semen que gotean de su cuerpo, y me centro en su clítoris. Mi polla se tensa contra los pantalones, doliéndome con fiereza, deseando poder hundirse en donde ahora mismo está mi cara. Lamo, chupo y la provoco hasta que Daisy se convierte en una bola temblorosa de nervios, con el orgasmo recorriéndola rápidamente. Su excitación gotea de su cuerpo, limpiando el resto de su coño para dejar

espacio a mi propio semen para llenarla. Aparto la cara mientras ella suspira profundamente.

Me giro y mi mirada se posa en Drake. Sus ojos están fijos en la cara de ella, pero cuando nota que lo estoy mirando, me echa un vistazo. Hago un gesto con la cabeza y le indico que se acerque. La media sonrisa de Drake lo dice todo. ¿Acaso puede leerme la mente? Debe de tener ese poder, porque se acerca tranquilamente por detrás de Daisy con el cuchillo en la mano.

Con las manos en su culo, me resulta fácil separarle las nalgas para él.

—¿Q-qué? ¿King? ¿Drake? —la voz ronca de Daisy tiembla.

Ninguno de los dos le hacemos caso. Lo noto en cuanto Drake le roza el ano con la empuñadura de su cuchillo. Ella jadea y se pone rígida de golpe.

—¡N-no! No puedo, no puedo hacer esto —grita.

—Sí que puedes, cariño. Puedes hacer cualquier cosa si te lo propones —objeta Drake—. Ahora respira tranquila, o esto te va a doler… Bueno, más de lo necesario.

Me río dentro del coño de Daisy antes de volver a hundir la cara allí. Esta vez, estoy trabajando el doble mientras Drake introduce la empuñadura del cuchillo en el cuerpo de Daisy. Sus gritos de dolor se convierten en gemidos embriagadores, y luego vuelven a ser jadeos agudos. Su excitación fluye libremente ahora, goteando sobre mis labios y mi barbilla. La lamo tan rápido como puedo, odiando que se desperdicie.

Daisy se corre justo cuando Drake da un paso atrás para admirar su obra. Sus caderas se frotan contra mi cara mientras su débil grito flota en el aire.

Con mi lengua bien metida en su coño apretado y húmedo, puedo sentir cómo su coño late a mi alrededor. Cuando se ha quedado sin fuerzas, aparto la cara y le bajo con cuidado las piernas de mis hombros.

Ella sisea cuando vuelve a sentir el peso sobre sus muñecas. Lentamente, levanta la cabeza para mirarme mientras yo doy un paso atrás y saco mi polla.

—*Sabes que te amo, ¿verdad?* —le digo mientras mi polla sale. La acaricio, usando el líquido preseminal para que el movimiento sea más suave.

Daisy asiente.

—*Bien. Porque estoy a punto de follarte como si no lo hiciera.* —Doy un paso adelante de nuevo, le agarro los muslos y se los abro. A esta altura, está en la posición perfecta para que se la meta de golpe.

Así que lo hago. Con fuerza.

Daisy se ahoga con un sollozo mientras me hundo profundamente dentro de ella. Su coño me envuelve y se contrae a mi alrededor, recibiéndome con más excitación. Está aún más apretada con el mango del cuchillo hundido profundamente en su culo. Joder. Por un segundo, no puedo respirar. Me está estrangulando, pero estoy más que feliz de asfixiarme de esta manera.

Respiro hondo para tranquilizarme, aprieto con fuerza sus muslos y empiezo a moverme. Mis caderas empujan con movimientos cortos y bruscos. Necesito permanecer profundamente dentro de su coño, donde puedo sentir constantemente los latidos de su corazón. Detrás de ella, Drake se acerca y noto cómo mueve la hoja al ritmo de mis embestidas.

—Mis demonios, mis demonios… —solloza Daisy en voz baja, casi delirante. Levanto la vista hacia su rostro y disfruto de la visión de las gruesas lágrimas que le resbalan por la cara. Se juntan en su barbilla y luego caen de su rostro. Dios, es impresionante—. No puedo hacer esto. Mierda, chicos… ¡Oh, *oh*!

Su cuerpo se me echa encima con tanta fuerza que, por un segundo, mi capacidad para moverme queda completamente bloqueada. Pero ya no necesito moverme, su cuerpo me exprime el orgasmo con un movimiento pulsante increíblemente delicioso. Mi semen se derrama en el cuerpo de Daisy, llenándola hasta el borde y más, mientras se derrama entre nosotros. Me cuesta respirar bien mientras echo la cabeza hacia atrás y empujo más profundo, haciendo que Daisy grite de nuevo.

Cuando mi polla deja de sacudirse al ritmo del coño palpitante de Daisy, me libero. Su cabeza cae hacia delante, con la barbilla golpeando su pecho. Drake se mueve a continuación, sacando el cuchillo del cuerpo de Daisy. Ella se retuerce, pero aparte de eso, no se mueve ni hace ningún ruido.

—Mmm… Sabes, a veces los amantes graban sus iniciales en los árboles —reflexiona Drake.

Alzo la mano para sujetar a Daisy y evitar que se retuerza, pero al mirar hacia él veo que Drake está fijándose en sus piernas, con la punta del

cuchillo presionada pensativamente contra sus labios.

—¿Quizá deberíamos mantener la tradición? —reflexiona Drake antes de levantar la vista hacia mí.

Mi corazón se acelera. ¿Marcar a Daisy? ¿Reclamarla de una forma totalmente nueva? Sonrío. Drake se ríe al ver mi diversión y dice:

—Sí, a mí también me gusta la idea. Un momento… —Se agacha y acerca el cuchillo a la piel de Daisy.

Su grito de dolor es débil, su cuerpo apenas capaz de retorcerse, y mucho menos de escapar de la hoja mientras esta atraviesa su piel. Drake termina bastante rápido. Se pone de pie y me entrega el cuchillo mientras coloca su mano sobre su otra cadera para evitar que se mueva mientras me acerco para ver su obra.

Al principio, no veo nada. No es hasta que me agacho cuando veo que en la parte interior del muslo derecho de Daisy hay un pequeño corazón sangrante y tosco con las iniciales D.M. grabadas debajo. No es muy profundo, joder, puede que ni siquiera deje mucha cicatriz, pero me gusta. Mucho. Riendo entre dientes, vuelvo a hacer el corazón en el otro muslo y añado mis propias iniciales. Cuando termino, me levanto y me coloco delante de nuestra chica.

Daisy nos mira, pero tengo la sensación de que en realidad no *nos* ve. Tiene la boca abierta y su cuerpo empieza a temblar visiblemente.

—Ya está, cariño. Te bajaremos —dice Drake desde su otro lado—. King, sujétale las caderas mientras yo la desato.

Lo hago de inmediato. Cuando la cuerda se afloja, Daisy se desploma en mis brazos. Joder, qué ligera está. Una pequeña punzada de inquietud me recorre el cuerpo mientras la coloco en mis brazos para poder llevarla con facilidad. Es *demasiado* pequeña. Sé que Drake la tiene comiendo más, pero tiene que haber alguna forma de ayudarla a ganar algo más de peso.

Drake se acerca y le corta la cuerda de las muñecas. Me fijo en la piel enrojecida, el ligero tono morado de sus manos y los moratones que afloran inmediatamente ahora que tienen espacio. Una vez quitada la cuerda, Drake ayuda a Daisy a volver a ponerse los pantalones. Apenas se mueve y no dice ni pío.

—Ven, vamos a reunirnos con los demás —dice Drake, acariciándole la cara con la mano. Daisy no dice nada, solo mira fijamente a los árboles, respirando con dificultad.

Me agacho y le doy un beso rápido a la boca.

Estamos contigo, Daisy.

OceanofPDF.com

Cuarenta



Anoche fue una locura.

Mientras recorro los pasillos del supermercado, echando cosas al azar en mi carrito, tengo que acordarme de no saltar ni silbar. Eso sería extraño. Aunque, bueno, ya me están mirando. Da igual. Su valoración de mi carácter no está equivocada. Es solo que no *saben* nada.

Problema. Embaucador. Asesino. Eso es lo que susurran detrás de sus manos, como si no pudiera oírlos. Por cada pasillo por el que paso, recibo miradas hostiles o acabo con alguien dándose la vuelta bruscamente para evitarme. Estoy seguro de que a Drake lo están tratando igual, esté donde esté.

—Toma.

Hablando del rey de Roma. Drake se acerca a mi lado y deja caer varios paquetes de pechugas de pollo en el carrito.

Se las ha arreglado para meter todos los grupos de alimentos imaginables y más. Fue una buena idea traerlo. Nunca se me ha dado muy bien cocinar, pero está claro que Drake compensa con creces mi incompetencia. Voy a tener que observarlo con atención si quiero ser de alguna ayuda para cuidar de Daisy en este aspecto.

Se agacha y coge la masa de galletas que he intentado esconder debajo de una caja de cereales.

—¿Qué es esto? Esto no es sano.

Se la arranco de las manos.

—¿A quién le importa estar sano?

—A mí. —Intenta quitármela, pero la aparto de su alcance.

—A algunos nos encantan los dulces. —Retrocedo tambaleándome cuando vuelve a intentar cogerla—. Atrás o me llevaré el bote entero.

Drake refunfuña entre dientes, pero se rinde. Sonriendo triunfante, lo sigo con el carrito.

—También tengo tortillas para tacos, pero si quieres puedes usar la lechuga que compré con la carne y los ingredientes para los tacos.

Nos dirigimos hacia la caja, donde una mujer mayor espera detrás de la caja registradora. Al acercarnos, me fijo en cómo nos mira con los ojos entrecerrados a través de sus gruesas gafas bifocales. Sus labios finos, recargados de maquillaje, se fruncen en señal de desaprobación. Me dan ganas de poner los ojos en blanco.

Drake y yo nos apresuramos a colocar los artículos de nuestro carrito en la cinta transportadora.

—¿Drake, cariño? ¿Eres tú?

Estoy tan concentrado en salir de esta tienda que ni siquiera oí que alguien se acercara por detrás. Doy un respingo de sorpresa y me giro al oír esa voz vagamente familiar. Allí, de pie detrás de nosotros, está Terra Miller. El parecido entre ella y su hijo era más pronunciado cuando él era más joven. Alta, con una figura rolliza, una cara perfectamente redonda en la que ahora se ven patas de gallo y arrugas alrededor de la boca, la señora Miller siempre fue una figura imponente. Sus épicas sesiones de regaños cuando éramos niños duraban horas. Nos avergonzaba a todos hasta que nos íbamos a casa llorando.

Era una auténtica zorra.

Pero su intimidación ha disminuido ahora que sé de lo que soy capaz. Yo soy un asesino, ella solo es una maldita lacaya de una siniestra secta. ¿Y después de lo que le hizo a Drake cuando murió Daisy? Debería ser la siguiente en nuestra lista negra.

La señora Miller mira más allá de mí, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Se le llenan de lágrimas mientras da un paso adelante.

—¡*Eres* tú! La gente ha estado hablando, pero yo no les creía. Es imposible que volvieras a Briar Glen y no saludaras a tu propia madre. —Su voz tiembla mientras rodea el carrito para acercarse a nosotros.

—Da un paso más hacia mí y acabarás con un ojo morado. —Las palabras de Drake son frías como el hielo y detienen a la señora Miller en seco.

Ella parpadea, claramente incapaz de asimilar la amenaza que ha salido de los labios de su hijo.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. Ahora lárgate de una puta vez.

Me dan ganas de reírme ante la mirada atónita de esta mujer cruel. Apuesto a que Drake *nunca* le contestaba de pequeño. Al menos, nunca lo hacía delante de nosotros. Bajaba la mirada, con lágrimas en los ojos o la cara enrojecida, y aguantaba cualquier regaño injustificado que le soltara su madre. El chico ha madurado de verdad. El orgullo me infla el pecho.

La actuación de madre sorprendida se desvanece cuando la indignación hace que la señora Miller infle el pecho y levante la barbilla.

—No le hables así a tu madre...

—Nunca has sido una madre para mí, así que puedes dejarte de mierdas —espeta Drake.

Ella abre la boca para hablar, pero doy un paso adelante y la interrumpo.

—Ya lo has oído. Ahora, si no te importa, estamos intentando irnos.

—¿Sabes lo que se dice en el pueblo sobre ustedes dos? —sisea—. Deberían estar buscando aliados en un momento como este.

Resoplo.

—¿Y *tú eres* esa aliada? Si es así, creo que pasaremos. Además, los rumores son una auténtica tontería. Ya sabes cómo se sueltan las lenguas por aquí cuando la gente huele a drama.

—Cállate, Wy. ¡Si tus padres aún estuvieran vivos, se avergonzarían de en qué te has convertido! ¿Acostándote con hombres? ¿Quizás provocando incendios por el pueblo? Y ahora estás metiendo a mi hijo en tus travesuras. Me das asco —espeta antes de dirigir su atención a su hijo—. ¡Soy tu

propia madre, Drake Micah Miller! No he sabido nada de ti en años, ¿y así es como me tratas? Qué descaro...

—Me encerraste en un armario debajo de las escaleras. ¿Quieres hablar de maltrato, o quieres que todo el mundo sepa la qué clase de madre de mierda eres? —exige Drake en voz alta.

Por si aún no lo habían hecho, todo el mundo en un radio de doce metros se detiene y nos mira.

Drake no ha terminado. Se coloca a mi lado, con los puños cerrados, y la mira con ira.

—¿Quieres hablar de respeto? ¿Por qué no te preocupas por mantener un poco para ti misma? Eres una zorra ambiciosa, que busca que la tomen en serio cuando lo único que haces es prostituirte. Sé que te acuestas con George Herring, pero ¿lo sabe la policía? ¿Cuándo fue la última vez *que* lo viste? ¿La noche del asesinato, quizá?

Alguien cerca de nosotros da un grito ahogado.

La señora Miller se pone roja como un tomate mientras mira a su alrededor nerviosa.

—Siempre has sido un chico insolente. Tus hermanas han salido mucho mejor que tú.

Sí, bueno, todos sabemos que Bethany y Caroline eran unas lameculos. De pequeñas, las hermanas de Drake eran unas santurronas insoportables que no tenían nada mejor que hacer que intentar meter a Drake en problemas. Sus espionajes y sus constantes regaños a Drake eran un reflejo del comportamiento de la señora Miller.

La madre de Drake se aleja, con el carrito en la mano, mirándonos a los dos con el ceño fruncido. Me río entre dientes mientras ella saca su carrito de la cola de la caja y se escabulle por un pasillo de comida. Al girarme, veo que Drake ya está sacando su cartera y pagando toda la compra.

Fuera, nos dirigimos directamente a mi coche. Rápidamente, metemos las bolsas de la compra en el maletero y nos subimos.

—Vaya, eso ha sido un auténtico desastre. —Miro por el retrovisor mientras salgo del aparcamiento—. Al menos el pueblo se lo tragará por un rato, en lugar de hablar de lo que está pasando.

La respuesta de Drake es solo un suspiro melancólico. Le lanzo una mirada curiosa.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Me ha sentado bien decirle lo que pensaba. Ojalá no hubiera esperado tanto.

Me río entre dientes.

—Parecía que se iba a desmayar.

—Al menos así se callaría.

Los dos nos reímos ante eso.

Estoy a punto de girar hacia Main Street, pero algo en el retrovisor me llama la atención. Las luces rojas y azules parpadean detrás de mí, seguidas de una sirena que me hiela el corazón. Drake mira por el retrovisor lateral y suelta una maldición.

El corazón me late a mil por hora.

—No tienen nada contra nosotros.

—Que nosotros sepamos —refunfuña Drake mientras se mete su mano en el bolsillo—. Pero será mejor que te detengas a ver qué quieren. Llamaré a los demás para avisarles de que podríamos tener problemas.

OceanofPDF.com

Cuarenta y Uno



—¡Por favor, no! ¡Mi hija me necesita! —grita Patty—. ¡Por favor, no lo hagas!

—Cállate o te amordazaré. No estoy de humor para escuchar tus gritos esta noche.

Oliver da vueltas por la habitación mientras recoge sus instrumentos de tortura, descolgándolos meticulosamente de las paredes. Atada a la mesa de operaciones, con las piernas en los estribos, Patty solloza. Yo sollozo con ella, pero la mordaza que tengo en la boca ahoga mis gemidos.

Ya he perdido el derecho a hablar y la noche ni siquiera ha empezado todavía.

Oliver coloca los alicates en la mesa rodante de acero junto a Patty y da una palmada.

—Bueno, deberíamos ponernos manos a la obra mientras la noche aún es joven, ¿no crees?

La sensación de pánico que sigue se ve interrumpida. En su lugar, una ola de calor recorre mi cuerpo. Es inesperado y, por un segundo, dejo de sollozar mientras intento averiguar de dónde viene. Antes de que pueda darle muchas vueltas, la sensación vuelve. Mis caderas se arquean sobre la cama mientras se me endurecen los pezones.

¿Qué está pasando?

No tengo tiempo para pensar. Cuando Oliver va a coger el cuchillo, otra agradable oleada de calor recorre mi cuerpo. En lugar de sollozar, gimo. La imagen de Oliver entre las piernas de Patty empieza a difuminarse mientras se me curvan los dedos de los pies y mi respiración se vuelve entrecortada. Atrapada en un colchón asqueroso con los brazos y las piernas estirados y atados a las esquinas, no puedo moverme, pero por una vez dejo de luchar tanto contra las ataduras. Otra oleada de placer se desliza por mi cuerpo y me deja sin aliento antes de desvanecerse, dejándome dolorida y con ganas de más. Saborear este fenómeno salvaje que ahuyenta mis horrores y hace que la tensión se acumule entre mis piernas es lo único que deseo en este momento.

El calor vuelve, esta vez más intenso que nunca. Cuando se vuelve demasiado, toda la habitación desaparece y el placer se dispara por mis extremidades atrapadas. Gimo mientras un orgasmo inesperado me recorre el cuerpo sobre el colchón de Oliver.

Mientras mi cuerpo desciende de su inesperado subidón, me dejo llevar por la oscuridad. Estoy soñando. Ahora lo sé, pero nunca antes había sido así. De alguna manera, he escapado de las pesadillas. Me hundo más profundamente en el oscuro abismo con un suspiro de gratitud.

Algo me da un golpecito. Siento presión entre las piernas. Por un segundo, me entra el pánico. ¿Oliver? Lo busco en la oscuridad, pero no veo nada. ¿Me ha vuelto a vendar los ojos?

—Sh, aquí estoy, Daze. Deja que tu demonio favorito ahuyente al diablo.

Una voz. Conozco esa voz. No es la de Oliver. El alivio da paso a una descarga eléctrica de placer a medida que la presión entre mis piernas se intensifica. Algo grueso, duro y cálido se hunde lentamente en lo más profundo de mi cuerpo, retirándose de vez en cuando solo para volver a hundirse más en mí. Mi cuerpo ya caliente se abre fácilmente a la intrusión. Siento la necesidad de moverme, de sentir y exigir más, pero por alguna razón mis extremidades parecen no funcionar. En lugar de entrar en pánico otra vez, simplemente renuncio al control, dejando que lo que sea que me esté pasando continúe.

Se siente jodidamente bien.

Unos colores tenues salpican mi visión. El estiramiento es glorioso, y la fricción hace que la tensión se acumule de nuevo poco a poco, esta vez enroscándose con más fuerza. Pero no es suficiente. Quiero gritar de frustración porque las embestidas pausadas que me están llevando al clímax no aumentan de ritmo. Siento que mi cuerpo se calienta. ¿Estoy ardiendo? Si es así, arder se siente magnífico. Poco a poco, los colores se vuelven más brillantes. Parece que no puedo respirar hondo.

La tensión dentro de mí se rompe de repente.

Abro los ojos de golpe mientras gimo profundamente en el cuello de la persona que está encima de mí, con su cuerpo cubriendo el mío. Automáticamente, mis caderas se mueven para recibir sus embestidas mientras mi coño se aprieta alrededor de la polla dura que tengo dentro. Todo mi cuerpo tiembla mientras me recupero del intenso orgasmo que sacude mi mundo, jadeo buscando aire.

La persona que está encima de mí me penetra una última vez antes de quedarse quieta, alcanzando el clímax con un suspiro de alivio. Con cada sacudida de su polla, mi coño se contrae en deliciosas pequeñas réplicas. Tras un momento o dos más, nuestros cuerpos se quedan quietos. Antes de que pueda parpadear para sacarme el sueño de los ojos, unos labios se posan sobre los míos.

Me río entre dientes contra ellos, sabiendo quién es mientras el sueño se desvanece cada vez más. Cuando Owen se separa del beso, me sonríe, con sus ojos brillando de alegría.

—Vaya. —Es todo lo que consigo decir, y ni siquiera eso es más que un susurro.

—Vaya, sí que lo es. —Me besa de nuevo, esta vez solo es un pequeño beso. Con cuidado, se retira de mí. Al instante detesto la sensación de vacío sin él entre mis piernas—. Espera, ahora vuelvo.

—No, vuelve. —Intento agarrarlo, pero él se ríe y se escapa fácilmente de mis manos.

—Seré rápido. —Dicho esto, Owen se baja de la cama.

Coge sus bóxers para ponérselos y sale disparado de la habitación. Me hundo en el colchón, sintiéndome extrañamente descansada incluso después de haber tenido una pesadilla. Normalmente, me dejan agotada.

Owen vuelve unos minutos más tarde con una toallita en la mano. Se sube de nuevo a la cama y me separa las piernas.

—Toma, déjame limpiarte. Luego podemos ir a comer algo.

—Creía que Wyatt había dicho que tenía que ir por más comida hoy —murmuro, mirándolo con los ojos entrecerrados mientras me limpia el desastre entre las piernas con una toallita húmeda y caliente.

—Él y Drake están ahora en la tienda de comestibles. Han salido temprano.

Cuando termina, se va con la toalla y vuelve sin ella para tumbarse a mi lado. Me acurruco contra él, pasando una pierna por encima de su cadera y acurrucándome contra su pecho.

—¿Estás bien? —me pregunta, frunciendo el ceño con preocupación.

Me río.

—Estoy más que *bien*.

—Dijiste que podía, y pensé… Bueno, Kingston está pegado a la tele, y con los demás fuera…

—Owen, ha sido increíble —le aseguro. Abre la boca, seguro para insistir en el tema, pero simplemente me inclino hacia delante y lo beso.

Él responde al instante, devolviéndome el beso con fervor. Su brazo rodea mi cintura para acercarme más a su cuerpo. Hundo mis caderas en las suyas y me dejo llevar por el momento.

Un golpe seco en la puerta me sobresalta y enseguida me pongo tensa, separándome de Owen. Al instante siguiente, me río de mi reacción y me relajo, sabiendo ya quién es.

—¿Qué tal, King? —pregunta Owen, apoyando el codo en el colchón y sosteniendo su cabeza con su mano para mirarme por encima del hombro —. Ah, gracias.

El brazo de Kingston aparece en mi campo de visión mientras le pasa el teléfono a Owen. Cuando Owen lo coge, alargo la mano y agarro la muñeca de Kingston antes de que pueda apartarse.

—Únete a nosotros. —Levanto la vista para ver su sonrisa antes de que se tumbe en el colchón detrás de mí.

Se tumba a mi otro lado, dejándome prácticamente en medio. Sus cuerpos cálidos son un consuelo que no sabía que alguna vez ansiaría, pero ahora que lo tengo, sé que estaría bien despertarme *así* cada mañana que pasemos juntos. La mano de Kingston se posa en mi cadera, pero enseguida se desliza hacia delante, entre mis piernas. Sus dedos encuentran mi clítoris y dejo escapar un suave gemido mientras juega con ese bulto hinchado de nervios. Empujo el culo contra sus caderas y noto que ya está medio duro. Giro la cabeza para mirar por encima del hombro y Kingston se inclina hacia delante y me saluda con un beso.

—Hola, Dre, ¿qué pasa...? —Owen deja de hablar para escuchar las palabras frenéticas al otro lado de la línea. Me pongo tensa al girarme y ver la cara de Owen desanimarse—. ¿*Qué*? Mierda. Sí, vale. Se lo diré. Si no sé nada de ti en una hora, iremos... oh, no, tienes razón. Iré yo a buscaros.

Me incorporo de un tirón. Owen cuelga con un suspiro y se incorpora conmigo.

—Acaban de parar a Wyatt y a Drake. Aún no saben por qué, pero más vale que te vistas. Si tienen alguna prueba de que alguno de los dos estuvo en la escena de alguno de los delitos...

—Intentarán conseguir una orden judicial y vendrán aquí a continuación —termino por él, ya atando cabos.

El calor del cuerpo de Kingston detrás del mío se desvanece cuando se desliza fuera de la cama.

Lo sigo, con el corazón calmándose a medida que el pánico se va a un rincón de mi mente. Enloquecer nunca me ha ayudado en el pasado y mi cuerpo se pone en el modo automático de siempre mientras me preparo para los problemas.

—Aparte de la sangre en nuestra ropa que no se quita ni con todo el lejía del mundo, ¿hay alguna otra prueba aquí que pueda meternos en problemas si llegan? —les pregunto a los dos chicos mientras empezamos a movernos. Recogeré la ropa, la meteré en bolsas y luego la meteré en mi mochila para llevárnosla.

—*Wyatt ha estado guardando partes de cuerpos en el congelador* —dice Kingston.

—¿*Perdón*? —la voz de Owen se dispara tres octavas, horrorizada—. Por favor, dime que estás bromeando, King. ¿Dónde guardamos la comida?

—*Ve a verlo por ti mismo.* —Kingston se ríe en silencio, moviendo los hombros arriba y abajo.

Owen lo mira con los ojos muy abiertos, incrédulo.

En cualquier otro momento, me habría parecido divertido. Por desgracia, podríamos estar metidos en una buena mierda. No me puedo permitir el lujo de reírme. Sin decir nada más, salgo de la habitación y me dirijo a la cocina. Abro de un tirón la puerta del congelador, aparto algunos objetos y, ¡oh, sorpresa!, ahí está una bolsa de basura negra. Cuando la saco y la abro, encuentro varios dedos de diferentes personas, una mano con todos los dedos, un dedo gordo y otro pequeño del pie, y una oreja.

Owen aparece a mi lado y mira dentro de la bolsa. Su suave gemido le acompaña mientras se aleja tambaleándose.

—*¡No!* ¡No, no, no! ¡Esto no está bien! ¡Oh vamos, ¿dónde está el sentido común? ¡Wyatt debería saber que no se traen recuerdos a casa! Es una estupidez. ¿Y por qué lo pondría al lado de nuestra *comida*? ¿Por qué profanarías el congelador así? ¡¿Qué demonios?!

Mientras Owen tiene una pequeña crisis nerviosa, repaso en mi cabeza un montón de situaciones diferentes sobre qué hacer con esto en el poco tiempo que tenemos y tomo una decisión rápida. Me doy la vuelta y me dirijo al fregadero. Saco las pequeñas partes del cuerpo y las tiro por el desagüe.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Owen.

Sin responderle, abro el grifo y luego acciono el interruptor del triturador de basura. No es la mejor forma de ocultar pruebas, pero servirá en un apuro de tiempo.

—Oh, no —la voz de Owen suena débil—. El fregadero de la cocina, no.

Mientras el triturador de basura hace su trabajo, lo miro por encima del hombro.

—Owen, coge tu portátil y abre un mapa. Tengo tres lugares diferentes a los que podemos ir si este sitio se ve comprometido.

Debería haberlo hablado con los demás antes, pero esperaba que pudiéramos quedarnos aquí un poco más.

Owen se acerca poco a poco al umbral entre la cocina y el salón. Aspira aire bruscamente y asiente.

—Ah, claro, voy a ello.

Cuando ya no queda ni un trozo del cuerpo, me dirijo a la puerta del garaje. Al salir al espacio húmedo, miro hacia la pared del fondo y encuentro una caja de herramientas. Perfecto. No tardo mucho en encontrar una sierra para cortar la mano congelada en pedazos antes de tirar las partes por el desagüe.

Justo cuando termino, aparecen Kingston y Owen. Kingston está vestido, listo para salir, con las botas puestas y todo. Deja nuestras dos mochilas en el sofá y luego se acerca a mí.

—*Tienes que vestirte* —me ordena—. *Y tenemos que alejarnos lo más posible de esta casa.*

—Lo haré.

—Puede que no sea nada, chicos —empieza Owen mientras se sienta junto a nuestras cosas, tecleando en su portátil—. Según sus localizadores, siguen en la carretera, fuera de la tienda de comestibles.

Puede que no sea nada. Sin embargo…

—Es mejor estar preparados para el peor de los casos.

Me lavo las manos, vuelvo al garaje y limpio la sierra de mano lo mejor que puedo con un trapo sucio que encuentro, y luego la vuelvo a dejar exactamente donde la encontré. Vuelvo a entrar, tiro el trapo a la lavadora, echo media botella de lejía en la máquina y la enciendo. Repito el proceso con la lejía en el fregadero de la cocina.

Cuando termino, me uno a Kingston y Owen en el sofá para mirar la vista satelital de Briar Glen en el portátil.

—Les voy a enseñar dónde está cada escondite. No serán las ubicaciones exactas, pero al menos sabrán qué buscar cuando lleguen a la zona. Iré en sentido contrario a las agujas del reloj, así que si alguna vez nos separamos y tenemos que reunirnos, empezamos en un escondite, pero pasamos al siguiente si ese está comprometido. Además, les mostraré dónde está escondido el coche extra. Lo tenía preparado para que lo usara King, pero ahora está ahí fuera, fuera de la vista —empiezo—. Me aseguraré de que Drake y Wyatt también lo sepan cuando vuelvan.

Si es que los dos vuelven. Se me revuelve el estómago al pensarlo. Si esta vez no los capturan, estoy segura de que no tardará mucho en que Ronney envíe a sus hombres tras nosotros. Es un tipo listo. No me cabe duda de que ya está tomando todas las precauciones necesarias para evitar ser mi próxima víctima. Incluido atacar primero.

Inclinándome hacia delante, con la mente dividida entre esto y en idear un plan para frustrar cualquier intento del sheriff de Briar Glen, señalo un lugar boscoso en la pantalla.

—Esto no es un escondite, pero por si algo sale mal y me pasa algo, tienen que saberlo.

—¿Por qué? ¿Qué es? —pregunta Owen con recelo.

Kingston me mira, frunciendo el ceño. Ignoro su recelo y me quedo mirando la pantalla.

—Por ahora, lo único que tienen que saber es que *este* es el plan B.

OceanofPDF.com

Cuarenta y Dos



—Bueno, tal y como pensaba, te pusieron un rastreador en el coche cuando lo registraron —dice Owen al entrar en casa—. Destruí la placa base que había dentro, pero dejé la carcasa para despistarlos por si intentan buscarlo.

Nadie le hace caso mientras el resto nos enfrentamos a nuestro dilema actual.

—La policía no sabe nada —protesta Wyatt—. Si simplemente abandonamos la casa, solo conseguiremos llamar aún más la atención.

Kingston niega con su cabeza.

—Parecerá que se han largado y la gente podría relajarse y bajar la guardia, pensando que la amenaza ha desaparecido.

—Yo digo que es demasiado sospechoso —espeta Wyatt.

—¿Sabes lo que es *realmente* sospechoso y llamará la atención sobre nosotros? —Owen le lanza una mirada de enfado—. Guardar *partes de cuerpos congelados* en la nevera. Había un filete en perfecto estado al lado de su bolsa de la muerte que has *estropeado*. ¡No se pone esa mierda cerca de la comida, Wyatt!

Wyatt pone los ojos en blanco.

—¿Y dónde se supone que lo guarde?

—¡NO AL LADO DE MI COMIDA!

Estoy de acuerdo con Owen en esto, pero nos estamos desviando del tema y esto es serio.

—Tenemos que largarnos de aquí. Las cosas se están complicando demasiado. Tuvimos suerte de que, cuando nos pararon, lo único que hicieran fuera poner un rastreador en el coche y no un dispositivo de grabación.

—*No es que nos vayamos de verdad, solo vamos a acampar cerca* —objeta Kingston—. *¿Dónde estamos más seguros? ¿En el bosque o rodeados de vecinos que vigilan cada uno de tus movimientos? Ya han intentado acercarse a escondidas antes. ¿Quién dice que no volverá a pasar?*

—Eh, sí, sobre eso —señala Owen—. Hay una alerta de personas desaparecidas por esos chicos. Me salió en el móvil mientras estaba fuera buscando el rastreador.

Kingston lo señala.

—*Ahora la gente sabe que están desaparecidos. El hecho de que vinieran aquí y luego desaparecieran no pinta nada bien para nosotros. Deberíamos irnos.*

Daisy y yo observamos su discusión desde la encimera de la cocina. Con la espalda apoyada en la encimera y Daisy sentada en uno de los taburetes a mi lado, me inclino hacia atrás y, distraídamente, le paso los dedos por su espesa melena. Cuando llego a su cuero cabelludo, le agarro un puñado de pelo por la raíz y tiro suavemente. Ella inclina la cabeza hacia mí con un suave suspiro.

El sonido hace que la tensión de mi cuerpo se alivie. Desde que llegamos a casa hace más de una hora, Daisy parece… *ausente*. Sonríe y participa en la conversación, las preocupaciones y los planes con nosotros, pero hay algo que no va bien. Es como si solo estuviera aquí a medias.

¿Es así como afronta el estrés? ¿Encerrándose en sí misma? ¿O hay algo que se me está escapando?

Wyatt niega con su cabeza.

—Te apuesto un millón de dólares a que todavía hay perros y gente peinando los bosques que rodean Briar Glen pensando que estás por ahí. No

estamos más a salvo ahí fuera que aquí.

Owen suspira y cruza los brazos sobre su pecho.

—No puedo creer que *sigamos* hablando de esto. Tenemos cámaras instaladas alrededor de la casa. Podremos ver si viene alguien.

—*Eso no impidió que la gente intentara atacarnos* —señala Kingston—. *Que yo sepa, eso acabó con cuatro cadáveres en la habitación de Wyatt.*

Owen levanta sus manos.

—¡Al menos los vimos venir! ¿Quizá podríamos colocar trampas explosivas para la próxima vez?

Wyatt y Kingston abren la boca para responder, pero Daisy los interrumpe a los dos.

—Nos vamos y punto. Pero tenemos que irnos pronto. Puede que no sea seguro para ustedes tres seguir llamando tanto la atención. —Le suelto el pelo mientras se endereza, solo para rodearle el cuello con la mano—. Pero no nos dirigimos a los escondites. Probablemente tendremos que usarlos pronto, pero esperemos todo lo que podamos. No son precisamente cómodos. Iremos a Chasm. Podemos conseguir una o dos habitaciones en un motel.

Tanto Kingston como Wyatt ponen cara de asco, claramente en desacuerdo con ese plan. Yo, por mi parte, lo apruebo.

—¿Cuándo fue la última vez que pasaron más de un día o dos a la intemperie? —les pregunto a cualquiera de los dos—. Esto no es acampar, es sobrevivir. Al menos podremos pasar desapercibidos, pero sin dejar de movernos, conseguir comida y tener un techo sobre nuestras cabezas. Puede que haya gente en Chasm que sepa de nosotros, pero no serán tan sanguinarios ni tan recelosos como la gente de Briar Glen.

La discusión los deja a ambos con profundos suspiros.

—Quizá sea más seguro para ti y para Kingston que se larguen cuanto antes —reflexiono en voz alta mientras miro a mi chica—. Si van a empezar a vigilarnos como halcones, cuanto antes se vayan, mejor.

Kingston frunce el ceño.

—*Podemos irnos esta noche. Cuando oscurezca*.

Daisy asiente, pero Owen niega con la cabeza.

—No, no deberíamos separarnos. Es mala idea.

—Es la forma más segura. ¿Y si nos hubieran parado mientras King y Daisy estaban en el coche? Podrían volver a intentar algo.

Owen niega con su cabeza, pero no tiene ningún argumento lógico contra mi punto de vista, así que deja que sean los demás quienes decidan.

—No sé qué pensar… —murmura Wyatt. Mira a Daisy—. Sé que estás acostumbrada a valerte por ti misma, y tendrás a este loco de aquí —señala con el pulgar a Kingston—, pero me parece mal dejarte ir sin todos nosotros.

Kingston pone los ojos en blanco, pero esboza una sonrisa fría.

—*No te olvides de que ella también está loca*.

—No creo que ninguno de nosotros vaya a olvidarlo tan pronto —le asegura Owen.

Daisy se encoge de hombros.

—King y yo estaremos bien.

Aunque lo sé, y estoy seguro de que los demás también, no me hace mucha gracia que nos separemos, a pesar de que fue idea mía.

—No nos quedaremos muy atrás. Si se van esta noche, podríamos reunirnos con ustedes mañana. Recogeremos provisiones extra, Wyatt podrá hacer lo que tenga que hacer antes de cerrar el lugar para siempre, y luego nos dirigiremos a Chasm. Cada uno tenemos un rastreador, les daremos uno de nuestros teléfonos para que puedan ver dónde estamos, y volveremos a estar juntos en un santiamén.

A mi lado, Daisy asiente y se desliza del taburete, obligándome a soltarla.

—Creo que es una buena idea. —Mira a Wyatt—. No me imagino cómo será dejar tu hogar, Wyatt. —Se gira para mirarme con el ceño fruncido y luego a Owen—. Cada uno tiene su propio hogar, pero no sé si estarán lo suficientemente a salvo como para volver a ellos durante un tiempo después de que todo esto haya terminado.

No es la primera vez que da a entender que no se unirá a nosotros. Ya sea a propósito o por accidente, no me hace ninguna gracia. No hay vuelta atrás a cómo eran las cosas. Daisy está aquí, en nuestras vidas, para quedarse.

—Me he dado cuenta de que te cuesta usar la palabra “nosotros”. Volveremos cuando sea seguro, y si nunca lo es para nosotros. —Me encojo de hombros—. Entonces construiremos un nuevo hogar en algún lugar que sea seguro.

—No te olvides de que tenemos todo ese dinero que les quitamos a los Zarzuzians. —La preocupación en el rostro de Owen se desvanece mientras mira a nuestro alrededor—. Podríamos comprar una bonita casa y empezar de cero en algún sitio bonito.

Daisy tiene el rostro impasible, pero asiente con la cabeza. La falta de confirmación por su parte sobre cualquier tipo de futuro me pone de los nervios.

—Ya se nos ocurrirá algo —gruño con los dientes apretados.

Daisy me lanza una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Voy a tumbarme un rato. Kingston y yo tendremos un largo camino hasta mi coche, ya que nos vamos de aquí a pie.

Ojalá pudiera ofrecerme a llevarlos en coche, pero ir a pie por ahí en plena noche será más seguro para ellos que ir en cualquiera de nuestros coches, teniendo en cuenta que nos están vigilando y todo eso.

Daisy sale del salón y, por un momento, todos nos quedamos en silencio. Perdidos en nuestros propios pensamientos.

OceanofPDF.com

Cuarenta y Tres



Golpeo la puerta con los nudillos.

Ya casi es hora de que Daisy y Kingston se vayan. Todos estamos tan preparados como podemos. He recogido la casa, sabiendo que probablemente no volveré nunca. La idea me pone un poco nervioso. No me importa especialmente dejar atrás la casa, mi futuro me atrae mucho más que cualquier cosa de aquí, pero aquí tengo una falsa sensación de seguridad.

Dejar que Daisy y Kingston se escapen a la oscuridad sabiendo que hay gente esperando la oportunidad de atraparlos me revuelve el estómago. Mi casa, al menos, supone una barrera entre la gente malvada de Briar Glen y mis seres queridos.

—No hace falta que llames —se oye la voz de Daisy a través de la puerta.

Agarro el pomo y empujo la puerta para abrirla. Dentro, encuentro a Daisy sentada, parpadeando lentamente para sacarse el sueño de los ojos.

—¿Ya es hora? —bosteza.

¿Sigue cansada? —Podemos posponerlo un día o dos. Si sigues cansada...

—Estoy bien, Wy. —Sonríe, pero es una sonrisa fría y distante—. Escaparme, esconderme en la oscuridad, sobrevivir... Es lo que mejor se me da.

—No va a seguir así por mucho más tiempo. Puedo prometértelo, ¿verdad?

Mis zancadas son largas y seguras, mucho más seguras de lo que me siento, mientras me acerco para sentarme a su lado en la cama. Me hundo en el colchón, justo al lado de Daisy, sentándome tan cerca que nos tocamos. Ella gira la cabeza para mirarme. Su pelo revuelto le cae sobre un hombro, pero inconscientemente se coloca un mechón detrás de la oreja.

—Vamos a vivir la aventura de nuestra vida después de esto, Daisy —le digo—. Ya no tendrás que esconderte en las sombras ni pasar apuros. Owen se ha asegurado de que tengamos la vida solucionada. Iremos a donde tú quieras... a la playa, a la montaña o a cualquier otro sitio.

Alzo la mano y paso los dedos por sus gruesos rizos, intentando peinarle el pelo revuelto.

Daisy me deja arreglarle el pelo en silencio. Inclina la cabeza y poco a poco voy desenredando el lío hasta que consigo hacer una trenza. Cuando termino, tiro de la gruesa trenza.

—Lo digo en serio, Daisy. Se acabó el simple sobrevivir. Podrás vivir de verdad.

El hielo se derrite en su rostro. Esta vez, cuando sonríe, la sonrisa le llega a los ojos.

—¿La playa? ¿En serio? ¿Te imaginas al pobre Kingston bajo el sol? Se va a freír.

Suspiro.

—Se broncea mejor que cualquiera de nosotros una vez que tiene una buena base.

—¿Y Drake? Ahuyentará a todos los demás bañistas con una sola mirada.

—Entonces tendremos la playa para nosotros solos.

Mi respuesta le arranca una breve carcajada a mi chica. Incapaz de contenerme, me inclino y la beso. Lo que es un beso rápido se convierte en un beso profundo cuando Daisy abre la boca y desliza su lengua en la mía. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras alzo la mano y le acaricio la cara.

La mano de Daisy se desliza bajo mi camiseta, subiendo por mi abdomen hasta posarse sobre mi corazón. ¿Puede sentir cómo late bajo su tacto? ¿O la fuerza del amor que irradia de él? Gimo. Si no puede, necesito que lo sepa.

Me muevo en la cama, empujándola hacia atrás sin romper nuestro beso. A horcajadas sobre su cintura, me agacho y agarro el dobladillo de su camiseta. Nos separamos solo para que pueda quitársela. Entonces mis labios se presionan contra los suyos una vez más. Mis manos encuentran su cintura y luego se deslizan hacia arriba. Me doy cuenta de que, en el poco tiempo que hemos pasado juntos, ha engordado un poco.

¿Cuánto tiempo estuvo sin comer para que unas pocas comidas hayan marcado la diferencia? Aparto ese pensamiento de mi mente. No volverá a pasar hambre. No mientras estemos nosotros cerca.

Subo las manos y le acaricio los pechos. Cuando mis pulgares le acarician los pezones, Daisy gime contra mi boca. Me separo de nuestro beso para susurrarle al oído:

—No más sombras, Daisy. Voy a arrastrarte hacia la luz. —Me inclino y me meto un pezón turgente en la boca mientras pellizco y masajeo el otro. El jadeo de Daisy es precioso mientras arquea su pecho hacia mí.

Juego con sus pezones y los chupo, yendo de uno a otro. Debajo de mí, Daisy empieza a retorcerse y a gemir. No es suficiente. El deseo de oírla gritar una y otra vez, hasta que me suplique que pare, me domina con fuerza. Daisy se merece una vida llena de amor y cariño. Ahora le daré una muestra de eso, para que suene como si fuera algo que esperar cuando todo esto termine.

Mis caricias se vuelven deliberadas. De succiones fuertes a caricias ligeras como plumas, le arranco el placer a mi chica de una forma totalmente nueva. Puedo sentir el cambio en el cuerpo de Daisy. Su respiración se entrecorta mientras sus dedos se hunden en mi pelo.

—Wyatt… Wy. Creo… creo que…

Me aparto y le soplo aire fresco en un pezón. Funciona.

El grito de sorpresa de Daisy va seguido de un temblor por todo el cuerpo y un gemido intenso. Vuelvo a capturar su pezón con la boca, lo chupo y lo provoco hasta que su cuerpo se derrumba debajo de mí.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta, sin aliento—. Apenas me has tocado.

Levanto la cabeza y sonrío.

—Un pequeño truco divertido que aprendí, mi florecita. Ahora, déjame ayudarte a quitártelas.

Me agacho y le arranco las braguitas.

—Necesito más de ti, mi preciosa Daisy —murmuro mientras me inclino y vuelvo a besar cada pecho antes de ir bajando con besos hasta su vientre.

—Lo que tú quieras, Wy —responde Daisy sin aliento.

—Un futuro. —Le beso el pubis, pero levanto la vista hacia su rostro. Sus ojos brillan y los secretos se desvanecen—. Quiero un futuro.

—Lo tendrás.

Le agarro las piernas y me las echo sobre mis hombros, luego me acerco sus caderas a la cara.

—Lo quiero para que lo tengamos.

Mi lengua rodea su clítoris antes de recorrer sus pliegues. Su cuerpo ya está empapado de excitación, así que lo lamo lentamente antes de deslizar mi lengua hacia abajo entre sus nalgas. Cuando le provoco el ano, Daisy se tensa. Sus caderas se apartan de mí, pero la sujeto con fuerza.

—Joder, Wy, se suponía que ibas a ayudar a Daisy a levantarse, no a follarla.

Me río mientras me aparto y miro por encima del hombro para ver a Owen entrar tranquilamente en la habitación.

—No me pude resistir.

El cuerpo de Daisy tiembla mientras se ríe:

—Y yo no iba a detenerlo.

Owen se acerca a la cómoda, donde se detiene y se sube para sentarse encima.

—¿Te importa si miro?

—Para nada. —Le lanzo una mirada a Daisy en busca de confirmación, pero veo que ya le está dedicando una sonrisa sensual.

—Podrías unirte a nosotros.

Owen niega con la cabeza, mientras saca su erección por la cremallera de sus pantalones:

—No, Daze. Quiero ver cómo te corres. Ya me tocará a mí cuando nos veamos mañana.

No le doy tiempo a Daisy para responder. Volviendo mi atención a la tarea que tengo entre manos, le lamo el ano una vez más. Daisy sisea mientras su cuerpo se tensa por la sorpresa. Mientras trabajo, su excitación se derrama, lubricando su estrecho culo y cubriendo mi lengua. Dios, no me canso de esto. Incapaz de resistirme, subo la lengua hasta la entrada de su coño húmedo y devoro toda la dulzura que su cuerpo ofrece generosamente. Inclinando la cabeza hacia delante, froto mi nariz contra su clítoris.

Daisy gime y sus piernas se cierran a ambos lados de mi cabeza. Mis dedos se clavan en sus muslos mientras los aparto, sabiendo que eso solo intensificará el orgasmo que se avecina. Cuando su cuerpo empieza a tensarse, la cama a nuestro lado se hunde. Levanto la vista y veo a Kingston tumbado de lado junto a Daisy, inclinándose para darle un beso.

King se traga su grito mientras su segundo orgasmo recorre su cuerpo. Puedo sentir su coño temblar bajo mis labios. Introduzco mi lengua en su cuerpo, necesitando sentirlo todo. Las caderas de Daisy se frotan contra mi cara y se corre con más fuerza. Su cuerpo inunda mi boca mientras sigue desmoronándose.

Cuando su cuerpo empieza a relajarse, me aparto, dejando que sus piernas caigan por el borde de la cama mientras me levanto.

Kingston aprovecha y se coloca encima de Daisy, alejándose de su boca para besarla por todas partes. Doy un paso atrás y veo cómo Kingston le agarra con avidez los pechos, amasándolos mientras su boca recorre su clavícula. Las piernas de Daisy se levantan y se envuelven alrededor de su cintura. Estoy casi seguro de que son solo los instintos naturales los que empujan a Kingston a frotarse contra ella casi desesperadamente.

Los dedos de Daisy se clavan en sus brazos y luego se deslizan hacia abajo, dejando marcas rojas a su paso. Kingston levanta la cabeza y, cuando vuelve a bajar para besarle los labios, ella le muerde el labio inferior, haciéndole sisear de dolor.

Y es como si el dolor lo excitara aún más, porque se frota con más fuerza contra Daisy.

Un movimiento en mi campo de visión me llama la atención. Me giro y veo a Owen mirándolos a los dos con un interés desenfrenado, acariciándose su polla gruesa con un control mesurado. Sonrío mientras me quito la camiseta y los pantalones.

—¿Crees que podrías correrte para mí unas cuantas veces más, hermosa Daisy? —le pregunto mientras me uno a los dos en la cama.

Kingston empuja a Daisy hacia mí. Ella se sube felizmente encima mientras él se aparta para quitarse su ropa.

—No lo sé —responde con sinceridad, rozándome la mandíbula con los labios—. Parece que ustedes conocen mi cuerpo mejor que yo.

Inclina las caderas y desliza sus pliegues sobre mi polla. El calor que irradia de su centro es insoportable, en el mejor sentido. La forma en que su excitación empapa mi polla de la punta a la base me dice que lo necesita tanto como yo. Tanto como *todos* nosotros. Casi me derrumbo, deseando hundirme hasta el fondo dentro de ella, sentir su cuerpo envolviéndome con fuerza. Pero entonces Kingston se acerca por detrás, completamente desnudo, y empieza a besarle los hombros, con las manos recorriendo su cuerpo con avidez.

Eso consolida lo que quiero.

—King, esta vez puedes quedarte con su coño bien mojado. Yo quiero su culo. Y quiero verlos follar el uno al otro. —Juntos, estos dos son una combinación peligrosa. Ambos retorcidos y moldeados por sus propios infiernos personales e igualmente atractivos, Kingston y Daisy son una fuerza a tener en cuenta.

Kingston rodea con un brazo la cintura de Daisy, la levanta de mi regazo y la deja caer sobre la cama a mi lado. Al instante, echo de menos el calor de su cuerpo. Conteniendo un gemido, los sigo a los dos. Mientras Kingston arrastra a Daisy encima de él, ella se inclina para agarrarlo por el cuello. Su agarre es mordaz. Abro la boca para corregir su agarre, sabiendo que si no tiene cuidado podría hacerle daño, pero entonces veo el destello de locura en los ojos de Kingston. Su sonrisa es casi un gruñido y su rostro se sonroja de excitación.

Saben lo que están haciendo. Esto no tiene que ver con la seguridad. Se trata de hasta dónde pueden llegar el uno con el otro. Si eso es lo que les gusta, ¿quién soy yo para detenerlos?

Mientras me acerco más al cuerpo de Daisy, la puerta golpea contra la pared detrás de nosotros, haciéndome dar un respingo.

—¿Qué demonios, chicos? —suspira Drake—. Esto es todo lo contrario a prepararse para irse.

—Cállate y ven aquí —ordena Owen, con su voz tensa.

El cuerpo de Daisy tiembla mientras se ríe. Su culo vibra contra mi polla tensa, y trago saliva ante la sensación. Con un gemido, le agarro las caderas. Cuando se incorpora, presiono la punta de mi polla contra su ano. Puede que su excitación sea suficiente para que esto resulte más cómodo, pero…

—Drake tiene razón, no tenemos mucho tiempo. Esto puede escocer...

Daisy me interrumpe mientras empuja hacia atrás contra mí y se empala en mi polla. Ambos jadeamos cuando su cuerpo me envuelve con fuerza. El suyo es una mezcla de dolor y placer. Respiro por los dos mientras empujo hacia delante, abriéndome paso poco a poco en su culo. Daisy arquea la espalda hacia mí, y Kingston observa desde debajo de nosotros. Sus pupilas están tan dilatadas que solo queda un destello de azul.

Cuando llego hasta el fondo, los dos nos quedamos quietos, respirando con dificultad.

—¿Estás bien, florecita? —le susurro al oído mientras me inclino hacia delante y le beso el cuello. Mis manos se deslizan desde su cintura hasta sus pechos, donde le pellizco y le acaricio los pezones. Daisy no responde de inmediato, solo sigue respirando con dificultad. Se mueve un poco antes de soltar un suave gemido, lo que me preocupa—. ¿Daisy?

—Mejor que bien, Wy —responde su voz, forzada—. ¿King…?

Kingston no necesita más indicaciones. Mueve las caderas debajo de las de ella, le agarra los muslos con su mano y luego se deja hundir dentro de su cuerpo.

—Oh, joder… —sisea mientras la polla de Kingston entra en su cuerpo, haciendo que el abrazo mortal que Daisy me da se apriete muchísimo. No hay forma de detener las ganas de moverme. Prácticamente veo las estrellas cuando Kingston llega hasta el fondo dentro de nuestra chica. Mis

embestidas son superficiales, sin embargo, para darle tiempo a Daisy de acostumbrarse a la dilatación.

En mis brazos está temblando, y sé que no puede ser solo por la excitación. Es tan *pequeña* que me sorprende que pueda tener sexo con cualquiera de nosotros sin romperse. ¿El hecho de que pueda relajarse lo suficiente para más de uno de nosotros a la vez? Joder, eso hace que la quiera aún más.

—Espera —ordena Drake mientras se une a nosotros en la cama.

—¿Que espere? Dre, ¿no ves lo que estoy haciendo ahora mismo? —pregunta Daisy sin aliento—. Si no empiezo a moverme, voy a explotar.

—Me gustaría ver cómo pasa eso alguna vez —susurra Owen desde el otro lado de la habitación.

Daisy le lanza una sonrisa mientras Kingston empieza a mover las caderas, mucho más agresivo de lo que yo me atrevo. Su cuerpo se tensa a nuestro alrededor antes de que ella se agache para darle una bofetada en la cara. Me quedo paralizado por la sorpresa, pero Kingston solo le dedica una sonrisa maliciosa.

Soltándole las muñecas, dice:

—*Juguemos, Daisy. Es culpa de Drake que haya entrado aquí al último. Ahora hazlo otra vez.*

Daisy se ríe con sarcasmo y le da una bofetada a Kingston en el otro lado de la cara, antes de inclinarse y morderle el pecho. Él le agarra la nuca y la tira hacia su boca para besarla apasionadamente. Observo con asombro cómo ella le mete los dedo en el pelo y le tira de la cabeza, casi como si estuviera forcejeando con él.

Al mismo tiempo, mueve las caderas. El movimiento nos arranca un gemido tanto a Kingston como a mí, mientras ella se da cuenta de que aquí tiene el control. Usa nuestras dos pollas, inclinando las caderas en lugar de empujar, para disfrutarnos desde diferentes ángulos.

Joder… La ayudo un poco, pero no puedo dejar de mirar mientras ella muerde y araña, pellizca y chupa a Kingston. A él le encanta. Mientras su piel se pone roja y él la cubre de besos por donde puede, yo me pongo más duro dentro de Daisy. Su salvaje y caótico lío de uñas y dientes es una maravilla. Nunca había visto una locura tan animal como esta.

El colchón se hunde a mi derecha, pero no le dedico ni una mirada a Drake mientras observo con asombro el forcejeo que hay debajo de mí.

—Mírame, Daisy —ordena Drake, acercándose a mí de rodillas con su polla perforada al aire.

Daisy separa la boca de Kingston para hacer lo que le dicen.

—Quiero que me tengas dentro de tu boca mientras estos dos se corren —le dice—. Deja que te follen bien y fuerte, mientras tú me metes hasta el fondo de tu garganta. ¿Me oyes, cariño?

¿Follarla bien y con fuerza? Detengo mis movimientos, sabiendo que si no paro, me correré demasiado pronto.

Daisy asiente con la cabeza y se inclina hacia delante, poniéndose a cuatro patas. Drake se acerca a la cara de Kingston, girándose un poco para que yo pueda seguir viendo a Kingston debajo de Daisy. Sin dudarlo, Daisy acerca los labios a Drake y se lo mete en la boca. La brusca inspiración de Drake encuentra eco en Owen, que está ahí sentado al margen. Dios, ver a Daisy siendo utilizada por todos sería muy excitante.

Quizá la próxima vez me quede al margen y mire.

En cuanto lo pienso, descarto la idea. A la mierda con eso.

—Te dije que me abrazaras, no que me la chuparas, Daze. Presta atención, sé que ahora mismo estás aturdida por las pollas, pero te dije lo que quería —espeta Drake mientras reprime lo que creo que es un gemido—. Esta vez no me voy a correr. Mañana saborearé ese placer.

Daisy tararea y Drake sisea.

Sonrío con aire burlón, sabiendo que lo ha hecho a propósito.

Con Drake en su sitio, vuelvo a moverme. Kingston nunca se detuvo, simplemente había bajado el ritmo, pero ahora los dos trabajamos juntos. Mis labios se deslizan sobre la piel de Daisy, que se humedece con el sudor, llegando a todos los lugares que puedo.

Debajo de mí, Kingston mira a Daisy como si ella fuera el sol. Sus manos la recorren por todas partes, sin ser ni de lejos tan brusco con ella como ella lo es con él. Los ojos de Daisy intentan mantener el contacto visual con Drake, pero se le vuelven hacia arriba y los aprieta con fuerza mientras su cuerpo empieza a tensarse y se abalanza sobre mí y sobre Kingston. La

baba le gotea de los labios y resbala por toda la longitud de Drake, que ella no puede tragarse.

Todo esto es demasiado.

Pero Daisy tiene que correrse primero.

Decidido a conseguirlo, alargo la mano y juego con su clítoris hinchado. Justo cuando pierdo la batalla y me corro dentro de ella, el cuerpo de Daisy se tensa de forma tan dramática que consigue retrasar mi orgasmo para que ella se corra primero.

Su grito alrededor de Drake es ahogado, pero no se puede ocultar su intensidad mientras me aprieta a mí y a Kingston. El líquido salpica alrededor de mi mano mientras sigo jugando con su clítoris. Apenas me doy cuenta de que mi propio orgasmo se precipita hacia adelante, incapaz de contenerme más a pesar del agarre mortal de su cuerpo sobre mí.

Me corro con fuerza dentro de su culo. Unas y otra vez, el semen recubre el interior de Daisy, dejándome sin aliento y paralizado en un estado de éxtasis. Justo cuando termino, llega el clímax de Kingston. Puedo sentir cómo su polla se hincha un poco más dentro de ella antes de que llegue su orgasmo. La delgada pared que separa nuestras pollas no sirve para amortiguar la sensación de su polla sacudiéndose dentro de ella.

Mientras todos nos recuperamos de ese momento intenso, yo me retiro primero.

—Tu boca es un horno, cariño —murmura Drake, sacando su polla de su boca.

Daisy jadea mientras se derrumba sobre el pecho de Kingston, con su cuerpo aún temblando.

—Espera —dice Owen rápidamente.

De repente está a mi otro lado, con la polla en la mano. El brazo libre de Owen rodea la cintura de Daisy y la levanta de encima de King. Deja de masturbarse el tiempo justo para tumbarla boca arriba y sentarse a horcajadas sobre ella. Mientras Owen se inclina para besarla en los labios, su otra mano vuelve a su polla.

Solo le hacen falta tres caricias para correrse. Su semen salpica por todo su coño desordenado. Ella jadea en su boca y su cuerpo tiembla de risa mientras se aparta y la mira.

—Ya está —gruñe mientras se incorpora y se echa hacia atrás para echar un vistazo a su obra. Daisy abre más las piernas para él—. Me encanta verte llena y cubierta de semen. Es jodidamente excitante.

Usa la mano para untar su semen por toda tu piel. Luego, sus dedos recogen un poco y lo usa para empujarlo profundamente dentro de tu coño.

—Nunca había visto a una mujer correrse así —murmura mientras se inclina para besarle los pechos, sin dejar de meter y sacar los dedos de ella.

Ah, ¿eso era ese líquido? Sonrío.

—Intentaremos que eso se convierta en algo habitual.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Wy —bromea Daisy con una sonrisa cansada mientras se relaja—. Sin duda, esta ha sido la primera vez.

Mi risa sacude la cama.

—Este es un reto al que sin duda quiero estar a la altura.

Con un suspiro, Drake se inclina y la besa rápidamente. Cuando se incorpora, dice:

—Si vamos a hacer esto esta noche, tú y Kingston tienen que prepararse para salir. Les prepararé algo rápido para comer mientras limpian esto.

Se levanta de la cama con el ceño fruncido. Su preocupación rompe la burbuja de felicidad que habíamos creado en la habitación. El pecho se me oprime de ansiedad una vez más.

—Esto no ha sido sexo de despedida. Nos volveremos a ver mañana. Tranquilo —le digo, con más necesidad de decirlo yo más que de tranquilizarlo a él.

Nos turnamos para besar a Daisy antes de separarnos. Cuando salgo de la habitación, no me siento mejor que antes de entrar.

Quizá sea porque Daisy no ha dicho nada sobre que tengamos un futuro juntos.

OceanofPDF.com

Cuarenta y Cuatro



—¿Seguro que eso no te pesa demasiado?

Miro la mochila de Daisy mientras se la echa al hombro. Está pensada para excursionistas, lo que significa que es profunda y tiene muchos bolsillos. Por lo que parece, Daisy le ha dado uso a cada uno de ellos y ha llenado por completo la parte principal de la mochila. Es casi tan grande como ella, y probablemente pese más.

—Esto no es nada comparado con lo que solía llevar. —Se abrocha la chaqueta negra, coge la máscara de la mesita de noche y me dedica una sonrisa que pretende ser tranquilizadora.

No me siento nada tranquilo.

Se me hace un nudo en el estómago al notar la dureza en su mirada. Se está cerrando en banda y alejando. Tiene que ser un mecanismo de protección interno. Había unos cuantos chicos en mi unidad de los marines que se ponían así cuando nos preparábamos para enfrentarnos a problemas. Aunque lo entiendo, no me gusta ver a Daisy hacerlo. La agarro de la muñeca y la tiro hacia mí. El movimiento hace que tropiece contra mi pecho con un suave jadeo. Soltándole la muñeca, alzo la mano, le pellizco la barbilla y se la levanto.

—Nos veremos pronto, ¿vale?

Daisy asiente.

—Mañana por la noche.

—Tienes el móvil de Wyatt, ¿verdad? ¿Está completamente cargado?

—Lo tiene Kingston, y sí, está a cargado. Nuestros dos rastreadores también están cargados y pegados en algún sitio de nuestro cuerpo. Estamos bien, Dre. —Espero quizá un gesto de incredulidad o un suspiro exasperado, pero ella sostiene mi mirada con una mirada firme—. Kingston y yo estaremos bien. Me preocupan más ustedes tres.

Me inclino hacia su cara y gruño:

—Ni el mismísimo Dios tiene el poder suficiente para impedir que llegue hasta ti.

Me inclino y le robo un beso, necesito saborearla antes de que se vaya. Para mi sorpresa, Daisy me muerde el labio con fuerza. Me echo hacia atrás para mirarla con ira y la veo sonriendo. Al igual que la mía, es una sonrisa más salvaje que amistosa.

—No hay beso de despedida.

Wyatt entra en la habitación de invitados y nos mira a los dos.

—Owen ha vuelto a revisar las cámaras de seguridad, no hay nada fuera de lo normal y nadie ha entrado ni salido de la calle en casi todo el día. Creo que no hay peligro.

Daisy da un paso atrás, solo para acabar en los brazos de Wyatt. Él le toma la cara y la besa rápidamente. Cuando se separa, por poco no se lleva un mordisco de Daisy.

—Lo sé, lo sé. Te oí decírselo a Drake, pero tengo que besarte ahora, o no lo haré en veinticuatro horas, y eso es simplemente demasiado tiempo. —Se ríe, pero el sonido alegre no dura mucho ni apaga la preocupación en sus ojos—. Intenté besar a King, pero me dio un puñetazo en el estómago.

Kingston asoma su cabeza y asiente con seriedad. No puedo evitarlo, me echo a reír.

—Vale, vamos a ponernos en marcha...

—Eh, Drake —llama Owen desde algún sitio—. Tu madre acaba de llegar y está aparcada delante de la casa.

Me lleva un momento asimilar su aviso. Cuando lo hago, Daisy, Wyatt, Kingston y yo intercambiamos miradas de sorpresa antes de que me dirija hacia la puerta.

—Es el momento de que se escabullan por la parte de atrás —les dice Wyatt a los otros dos.

Me detengo a mitad del pasillo para ver cómo Wyatt sigue a los dos hasta la puerta trasera. Antes de que lleguen, el timbre suena frenéticamente.

—¿Quieres que vaya yo, Dre? —pregunta Owen.

Apretando los dientes, me doy la vuelta, entro en el salón y voy directamente a la puerta.

—Parece muy alterada —murmura Owen, adelantándome para seguir a los otros tres.

Sin hacerle caso, abro la puerta de un tirón y veo a la mujer que detesto esperando en el umbral. Su rostro está manchado de lágrimas y su maquillaje corrido. Qué raro, no creo haberla visto llorar nunca. Aunque está visiblemente alterada, de alguna manera se las arregla para mirarme con ira.

—¡Drake! Tenemos que hablar —dice entre sollozos—. Odié cómo nos quedamos esta mañana y no puedo… No puedo dejarte ir sabiendo que podría haber hecho más para que supieras cuánto te amo. Que todo lo que he hecho ha sido por ti. ¿Por favor? ¿Podemos hablar en privado?

Por un momento, me quedo sin saber qué decir. ¿Su aparición repentina, las lágrimas, las palabras que salen de su boca? Todo parece tan… poco propio de ella. Mi madre es una mujer cruel. Toda espinas y más preocupada por su posición social que por el bienestar de su propia familia, Terra Miller es una zorra de primera.

—¡Drake, no te limites a mirarme así, *di* algo! —resopla antes de sorber por la nariz dramáticamente—. ¿No puedes dedicarle un momento a tu propia madre? Lo que sea que estés haciendo puede esperar unos minutos.

Tardo un momento más en recuperar la voz. Cuando lo hago, no tengo miedo de usarla.

—Lárgate de aquí con esa mierda, Terra.

Mi madre se pone rígida como si le hubiera dado un golpe. Sus lágrimas se detienen de golpe y se endereza hasta alcanzar su máxima estatura, que,

gracias a la pubertad, ya no se acerca ni de lejos a la mía.

—¿Cómo te *atreves*? —sisea—. ¿Tu madre viene llorando y tú la echas? ¿Dónde está el chico que yo conocía, el que haría cualquier cosa para evitar que alguien llorara?

Me encojo de hombros.

—Probablemente siga debajo de las escaleras, en ese maldito armario.

Dando un paso atrás, me dispongo a cerrarle la puerta en las narices. Mete su mano en el bolso que tiene al lado y saca una pistola, y luego me apunta con ella.

—Vas a escucharme hasta el final, *chico* —dice entre dientes, convirtiéndose en la mujer que recuerdo de hace años.

Excepto que entonces ella nunca tuvo una pistola. Miro fijamente el cañón, más divertido que preocupado.

—¿Me vas a meter una bala en la cabeza?

Su boca se tuerce en una mueca de desprecio perfecta.

—Yo no, pero él sí podría.

Antes de que pueda preguntar quién, el sonido de un seguro que se quita dentro de la casa me llama la atención. El cañón de una pistola se presiona contra mi nuca y alguien dice:

—De rodillas y las manos detrás de la espalda, estás detenido.

Maldita sea. Esto era una maldita trampa. Miro con ira a mi madre, que me lanza una sonrisa de satisfacción y apunta con su pistola al suelo, enfatizando la orden. Una parte de mí quiere luchar. Probablemente podría desarmar al tipo que tengo detrás, pero mi madre es una incógnita. No sé qué hará. A pesar de ser la mujer que me dio a luz, carece de cualquier instinto maternal real.

También está el hecho de que este chico que tengo detrás entró en la casa por otra parte. Lo que significa que hay una posibilidad muy real de que él, o quienquiera que lo acompañe, haya capturado a los demás antes de buscarme a mí. La idea me recorre un escalofrío intenso. Dejaré que me lleve donde quiera, siempre y cuando esté con los demás.

Lentamente, levanto las manos para colocarlas detrás de la cabeza y empiezo a arrodillarme.

—¿Te crees mejor que yo, Drake, cariño? Pues piénsalo de nuevo —dice mi madre, con la pistola firme en su mano—. Estoy a punto de conseguir todo lo que quería.

—¿Y qué es eso? —le pregunto.

—Dinero. Poder. —Se ríe—. Con George y Vincent fuera de juego, Zarzuz ayudará a Francis a elegir a los próximos líderes, y ¿adivina quién se ha sacrificado más que nadie?

Me encojo de hombros.

—Me importa una mierda.

Justo cuando me pongo de rodillas, se oyen dos disparos en algún lugar de la casa. Hay fuego de respuesta, seguido de gritos. La atención de mi madre se dirige a la persona que está detrás de mí, que suelta una maldición e intenta ponerme las esposas. Soy demasiado rápido. De vuelta en pie en un santiamén, le doy una patada. Mi pie se clava en el estómago de esa persona antes de que me gire y le arrebate la pistola de sus manos sorprendidas. Una bala le atraviesa el entrecejo antes de que el policía tenga tiempo de jadear. Con el mismo movimiento, me giro para apuntarle con la pistola a mi madre.

Se queda boquiabierta, horrorizada. Tropieza hacia atrás, no ve el pequeño escalón y se derrumba al suelo. Estoy encima de ella en dos zancadas. Cojo su pistola y le apunto con ambas armas a la cabeza.

—Deberías haberme disparado —gruño, sosteniendo su mirada atónita y asustada.

—¡Quieto!

Varias personas gritan la orden al unísono desde la calle. Levanto la vista justo a tiempo para ver a un puñado de policías inundando las calles, saliendo de las sombras de las casas vecinas. Tienen las armas desenfundadas, apuntándome.

En algún lugar detrás o dentro de la casa, se oyen más disparos antes de que todo se quede en silencio de repente.

—¡Tira las armas! —gritan tres policías al unísono—. ¡Tíralas ahora mismo o dispararemos!

En mi cabeza hago cálculos: ¿a cuántos podría eliminar antes de que me alcancen? ¿A cuatro? ¿Quizás a cinco? Antes de que pueda decidirme,

llegan más policías por la parte de atrás. Se me encoge el corazón al ver a Wyatt y a Owen a rastras, esposados. Ambos parecen haber pasado por una guerra, con las camisetas rasgadas, los labios ensangrentados y arañazos por todo el cuerpo y la cara. Dos policías caminan a cada lado de Wyatt, sujetándolo claramente mientras sus pies tropiezan y se arrastran. Está prácticamente inconsciente. Uno de los policías que lo sujeta es su ex, Brett.

Maldigo entre dientes con fuerza. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Y dónde están Daisy y Kingston? Vuelvo a evaluar la situación. Probablemente podría acabar con unos cuantos de estos bastardos, pero no los suficientes como para cambiar nada o darles a los demás una oportunidad de escapar. Gruñendo, quito el seguro de cada arma y las bajo lentamente al suelo mientras me pongo de rodillas.

En cuanto toco el suelo, me envuelven.

Mi madre se aparta a toda prisa mientras cinco policías diferentes se abalanzan sobre mí. Una vez esposado, me golpean con pies, puños y porras. El dolor me recorre los costados, la cara y toda la espalda. Me niego a emitir ningún sonido mientras me golpean. Ni siquiera cuando me empujan al suelo y me dan patadas en la cara. La paliza dura hasta que un silbido agudo rompe el caos. Casi todos se apartan, excepto dos que me agarran por los brazos y me levantan de un tirón.

Conteniendo un gemido, levanto la vista y veo acercarse a un hombre de piel morena, bigote gris y espeso, y gorra de ala ancha. Las insignias relucientes en su pecho, el aire arrogante con el que camina y el uniforme perfectamente planchado me dicen quién es incluso antes de que el hombre hable.

—Bueno, Drake Miller, tú y tus amigos nos han dado un buen susto a la buena gente de Briar Glen. La verdad es que sienta bien sacarte de las calles antes de que puedas hacer más daño. —El sheriff Ronney Maxwell arquea una ceja mientras sujeta su cinturón de servicio—. Espero que te haya gustado Briar Glen lo suficiente como para pudrirte aquí, porque estás a punto de ver de cerca cómo se ve todo desde dos metros bajo tierra.

—¿Qué ha pasado con lo de inocente hasta que se demuestre lo contrario? —pregunto con los dientes apretados.

Ronney se ríe entre dientes.

—Eso no se aplica a ti ni a tus amigos, chico. No cuando me lo has robado todo. —Su fría diversión se desvanece mientras da un paso adelante hasta quedar justo delante de mí.

—Por suerte para ti, tenía otro pequeño «huevo de Pascua» escondido.

Le sostengo la mirada. Ronney se cree que su mierda no huele mal, pero el hedor a corrupción y engaño es peor que el olor a estiércol.

—¡Eh, sheriff! ¡Tenemos a los otros dos a la vista!

Sin apartar la mirada, el sheriff Maxwell le grita:

—¡Recuerda, no los mates! Francis los quiere a los dos vivos.

Se me va la sangre de la cara. ¡Daisy! ¡Kingston!

—Bueno, chicos, metanlos a todos en la furgoneta. No hace falta llevar un montón de coches al cementerio. Con uno basta. —El sheriff me guiña un ojo—. La próxima vez que me veas, tendré una pala en la mano.

OceanofPDF.com

Cuarenta y Cinco



Nuestros pies apenas tocan el suelo mientras corremos a toda velocidad por los jardines, saltamos vallas y cruzamos calles. Puedo oír a los policías pisándonos los talones. Sus sirenas aúllan en la noche y sus luces aparecen en cada calle por la que intentamos girar.

—Vamos, por aquí. —Daisy nos lleva entre dos casas.

Aquí atrás hay árboles frondosos y arbustos crecidos entre los que nos metemos. Inmediatamente, cubro su cuerpo con el mío y la inmovilizo en el suelo mientras dos policías se asoman al patio trasero. Cuando desaparecen, no me muevo. Aprovechamos el momento para recuperar el aliento.

—King, tienes que irte —jadea Daisy—. Eres más rápido que yo, llegarás más lejos.

No gasto energía en reconocer su estupidez. Le echaré la culpa a la falta de oxígeno... llevamos un rato corriendo.

Me da un golpecito.

—En serio, soy demasiado lenta. Nos separaremos y nos encontraremos en uno de los escondites, ¿vale? —susurra, incorporándose y pegando la boca a mi oreja. Sus dedos intentan rodear mi bíceps, pero solo llegan hasta la mitad—. No puedo dejar que te atrapen, Kingston. Nos reagruparemos y pensaremos en cómo ayudar a los demás.

De nuevo, la ignoro. ¿Qué vamos a hacer? Briar Glen no ha cambiado mucho desde que me encerraron, pero hace tanto tiempo que no me muevo libremente por el pueblo que todo me resulta vagamente familiar. No estoy preparado para planear adónde ir o elegir una dirección. Lo mejor que puedo hacer es interponerme entre la gente de Briar Glen y Daisy.

La idea de que la atrapen me hiela la sangre, lo que, a su vez, me hace sentir un escalofrío que me recorre la espalda. Si la atrapan, no me cabe duda de que se la entregarán a mi padre, lo cual es un destino peor que la muerte.

Me inclino y agarro a Daisy por la nuca para sujetarla un momento, contento de que estemos a salvo por ahora. A los demás los han capturado. Ver cómo le daban un golpe con la porra en la cara a Wyatt me dio náuseas. ¿Y cuando cayó de rodillas? Nuestras miradas se cruzaron un instante y pude ver el miedo en sus ojos.

No era por él mismo. Ese miedo era por mí y por Daisy.

«*Vete*» articuló con los labios antes de desplomarse.

¿Qué les va a pasar? ¿Adónde se los llevan? ¿A la comisaría? No quería dejarlos, pero era elegir entre quedarme a librar una batalla perdida o poner a Daisy a salvo. La decisión era obvia.

Aun así, la culpa me revuelve las tripas.

—Los sacaremos de ahí —promete Daisy, como si pudiera leer mis pensamientos—. Sabes que no voy a dejar atrás a ninguno de ustedes.

—*Primero tenemos que ponerte a salvo* —le digo rápidamente con señas —. *Después ya veremos qué hacemos con eso*.

—King, puedo encontrar un lugar estrecho donde esconderme o crear una distracción para que puedas huir. Si te capturan, podrías acabar en otro manicomio.

Preferiría matarme antes de dejar que eso pasara. En lugar de decírselo, sacudo la cabeza.

—*No nos vamos a separar*.

—Pero...

El sonido de un suave zumbido sobre nuestras cabezas interrumpe lo que sea que ella tenga que decir. Ambos miramos hacia arriba mientras una luz

nos ilumina.

—¡Un dron! —sisea Daisy—. ¡Nos va a ver!

Como si el destino pudiera oírla, la voz de un policía grita:

—¡Por ahí! Detrás del cobertizo, entre los arbustos.

Las dos buscamos nuestros cuchillos al mismo tiempo.

—Mira, si corres hacia el centro, agáchate detrás de la vieja ferretería y luego dirígete hacia el norte, hacia la torre de agua; hay un montón de sombras donde esconderte.

La miro con ira.

A su suspiro de exasperación le sigue un asentimiento enérgico.

—Vale, vamos. Nos movemos juntos.

Nos ponemos en pie y echamos a correr justo cuando cinco policías irrumpen en el patio trasero con las armas desenfundadas.

—¡Quietos!

Ignoramos la orden y nos lanzamos hacia la valla metálica de metro y medio de altura que hay al fondo del patio y la saltamos. Dos policías ya nos están esperando a este lado. Daisy me agarra del brazo y me empuja hacia la izquierda. La valla de madera de dos metros que separa estas dos propiedades va a ser imposible de saltar, y treparla nos llevará tiempo. Nos atraparán antes de que lleguemos ni a la mitad. Ralentizo el paso, listo para dar media vuelta y atacar a los policías que nos siguen, para darle a Daisy una oportunidad de cruzar. Tenso los músculos y aprieto con fuerza mi arma.

—¡Vamos! —espeta, corriendo a toda velocidad hacia la valla.

Un segundo después entiendo por qué. Empuja dos tablas hacia delante y estas se levantan.

¿Cómo lo sabía…? No tengo tiempo para quedarme boquiabierto ni preguntármelo mientras la sigo, pero sí que sonrío, impresionado por su ingenio. En lugar de seguir cruzando el siguiente jardín, giramos y nos dirigimos hacia la parte delantera de la casa. Cruzamos la calle, damos varias vueltas y nos escondemos detrás de varios contenedores de basura. Cuando el camino está despejado, echamos a correr hacia el otro extremo de la calle.

Llegamos allí, solo para detenernos en seco. Dos coches patrulla frenan en seco, bloqueándonos el paso. Detrás de nosotros se oye el pisotear de pies y el traqueteo de objetos rebotando en los cinturones de servicio. Me pongo tenso, agarrando mi cuchillo con más fuerza mientras Daisy se agacha en posición de combate.

Un policía sale de uno de los coches patrulla, se queda detrás de la puerta y se lleva un megáfono a sus labios.

—Kingston Winslow y Daisy Murray, están rodeados. Tiren las armas y pónganse de rodillas.

El cuchillo de Daisy sale volando. Cuando el hombre baja el megáfono, la hoja le clava justo en la mejilla. El agente de policía se tambalea hacia atrás antes de desplomarse. Otros agentes empiezan a gritar indignados mientras algunos intentan abalanzarse sobre nosotros. Me giro, sabiendo que los que están detrás de nosotros están más cerca. Mi lanzamiento de cuchillo no es tan certero como el de Daisy, pero acaba clavándose en la garganta de una agente de policía, dejándola fuera de combate.

—Kingston, recuerda que te amo, ¿vale? —Las palabras de Daisy, un susurro justo detrás de mí, son más escalofriantes que el destino que nos espera. Antes de que pueda girarme para levantar a mi chica y prometerle que todo irá bien, se oye un fuerte estruendo.

Algo caliente me atraviesa la piel, el músculo y el cartílago del hombro antes de salir disparado. El dolor me hace tambalearme hacia delante y siento un zumbido en el oído. El grito de Daisy mientras caigo de rodillas me hace tensarme y concentrarme, incluso mientras el mundo se inclina sobre su eje.

Miro hacia mi hombro derecho, de donde emanan oleadas de agonía, y veo un agujero ensangrentado.

—¿King? —gime Daisy, cayendo de rodillas a mi lado.

La miro, atónito de que siga aquí.

—*¿Qué haces? ¡Vete, Daisy!*

El dolor hace que mis señas sea descuidada, y con solo una mano en condiciones, seguro que parece más el intento de un niño de escribir en cursiva que palabras de verdad.

—¡No te voy a dejar! —gruñe antes de volverse hacia la oleada de policías que se abalanza sobre nosotros—. ¡Tendrán que arrancarme las manos frías y muertas de su cuerpo!

Quiero decirle que se calle. Que corra con todas sus fuerzas para alejarse de aquí. Pero mis dedos están fríos y sin vida, colgando a los lados de mi cuerpo. La sangre se me va de la cara rápidamente. El estómago me da vueltas mientras mi visión se ve empañada por manchas.

Daisy me sujeta cuando me inclino hacia delante, asegurándose de que mi cara no golpee la acera. Lo último que veo antes de que la oscuridad me envuelva son cinco hombres abalanzándose sobre mi chica con los puños en alto.



Una mezcla ardiente de dolor cegador y rabia me saca de la oscuridad.

—Ah, ya estamos. Te has despertado.

Esa voz. Oh, Dios… Mi corazón se detiene por completo mientras intenta procesar la oleada impía de terror que estalla desde sus profundidades. Luego se lanza a una carrera por su vida. Parpadeo mientras mis ojos se adaptan a la luz, esforzándome por estar presente, por ver al diablo cuando me derribe por última vez. Algo se sacude dentro de la herida de bala en mi hombro, haciéndome hacer una mueca de dolor.

A medida que el mundo se va enfocando, me doy cuenta de que estoy atado a una silla. Tengo las manos atadas a la espalda, el torso sujeto al respaldo y los tobillos atados a las dos patas delanteras. Quienquiera que me haya atado se ha asegurado muy bien de que no pudiera escapar.

Con un gemido silencioso, levanto la cabeza, que se me caía hacia abajo.

Delante de mí está el hombre al que más detesto en el mundo. Sus ojos azules brillan de alegría, y su boca esboza una pequeña pero victoriosa sonrisa mientras lo miro con ira.

No sé qué esperaba mientras miro a mi padre. ¿Quizás cuernos? ¿Una señal de que está claramente más loco que yo? Pero lo único que veo es al

hombre que me crió. El hombre que mató a mi madre, me echó la culpa de su muerte y luego se aseguró de que dejara de contarle a la gente de Briar Glen lo que le había visto hacer en el bosque, tiene el aspecto tan normal como cualquier millonario de aspecto pulcro, corriente y tranquilo.

—Sabes, pensé que me alegraría mucho no volver a verte nunca más —reflexiona Francis, apartando la mano de mí. Saca un pañuelo del bolsillo trasero de sus bonitos pantalones caqui y se limpia la sangre del dedo, el que me había metido en la herida de bala—. Pero, para mi sorpresa, me equivoqué. Estoy *encantado* de tenerte de vuelta en casa, Kingston.

Que le den. Lo grito en mi cabeza, esperando que vea el odio que siento por él en mis ojos.

Lo ve y eso solo hace que su boca se curve en una sonrisa aún más amplia.

—¿Qué pasa? ¿No vas a contestarme o a soltar alguna palabrota vulgar? —Se ríe entre dientes, metiéndose el pañuelo de nuevo en su bolsillo—. ¿No? Bueno, supongo que es difícil cuando no tienes voz.

Francis suspira y se inclina a su lado para coger la silla plegable de metal. La arrastra hasta que queda justo delante de mí y se sienta. Sin prisas, cruza una pierna sobre la otra y se arregla la camisa abotonada. Mientras alarga esa sarta de mierda moralista que ha preparado para mí, echo un vistazo a la habitación.

Está claro que estamos en un sótano. Podría decir que está sin terminar, pero creo que los suelos de hormigón oscuro y brillante son a propósito, al igual que las paredes pintadas de rojo, el techo de baldosas y esas extrañas tiras de tela gris oscuro que cuelgan holgadamente del techo y bloquean ciertas partes del espacio. En la zona donde estoy sentado ahora mismo, solo estamos Francis y yo. No hay más muebles, ni ventanas, ni siquiera una puerta.

—Sí, es un poco diferente, ¿verdad?

Miro a mi padre, que me observa con interés. Debe de ver la confusión en mi cara, porque su sonrisa se amplía.

—El sótano, es diferente, ¿no? Como tenía la casa toda para mí, la renové. Ahora el sótano es exclusivamente para adorar a nuestro Señor Zarzuz.

¿*Este* es el sótano de la casa? Parpadeo y vuelvo a mirar a mi alrededor, sin creerle. ¿Dónde están los sofás? ¿Y la tele grande en la que los chicos,

Daisy y yo jugábamos a videojuegos durante horas? La mesa de futbolín también ha desaparecido. Al igual que las estanterías, los pósters de estrellas del fútbol y el retrato familiar. Incluso ha arrancado la mullida moqueta.

—Sabes, en parte me culpo a mí mismo por cómo se desarrollaron las cosas entre nosotros —dice Francis, volviendo a llamar mi atención hacia él —. Debería haberte hablado de Zarzuz desde el momento en que naciste. Así fue como me crió mi padre. Pero quería que tuvieras una infancia normal, algo que yo nunca tuve. Las sesiones de adoración nocturnas, las responsabilidades interminables… Odiaba a mi padre por impedirme experimentar gran parte del mundo que nos rodeaba. Tu madre también quería algo de normalidad. Así que te dejamos crecer de forma independiente y tomar tus propias decisiones. Te mandamos a un colegio público en lugar de educarte en casa, te hicimos practicar deportes y hacer amigos, todo con la intención de que te unieras a nuestro mundo cuando tuvieras la edad adecuada.

Suspira y se recuesta en su asiento, con el ceño fruncido en señal de reflexión.

—Es que nunca pensamos que te harías amigo de la Elegida. Tu madre y yo no sabíamos muy bien qué hacer al respecto, sabiendo que ella no estaría con nosotros por mucho tiempo. —Su ceño fruncido se transforma en una sonrisa—. Pero era una buena chica, incluso de tan joven, y disfrutábamos de tenerla cerca. Además, se convirtió en una joven encantadora. Inteligente, guapa y con mucho encanto. Sinceramente, si no hubiera sido la Elegida, habríamos arreglado que se casaran.

Me estremezco en mi asiento, sorprendido. El movimiento hace que el dolor se extienda por mi brazo, pero lo olvido casi de inmediato cuando Francis se ríe.

—Oh, no te sorprendas tanto. Como si fuéramos a dejar que te casaras con cualquiera que se encontrara por la calle. —Hace un gesto con la mano, como restándole importancia—. Tu madre y yo tuvimos un matrimonio concertado. Una unión perfecta, eso es lo que Zarzuz le dijo a mi padre cuando le informaron de con quién me iban a casar. Por desgracia, las palabras de nuestro Señor se malinterpretaron claramente.

Suspira mientras descruza las piernas. Se inclina hacia delante, apoya los codos en los muslos, junta las manos y descansa la barbilla sobre los nudillos.

—Pero, por desgracia, Daisy ya estaba prometida, y nada menos que a un dios. De hecho, todavía lo está. —Vuelve a sonreír, pero esta vez no con cariño. Se me revuelve el estómago.

¿Dónde está Daisy? ¿Consiguió escapar? Dudo mucho que mi padre se molestara en hablar conmigo si la tuviera. Me aferro a ese pensamiento, ya que me da un atisbo de esperanza.

—No te culpo por la locura que se ha desatado en Briar Glen. Sé que Daisy ha estado detrás de todo. Aunque, si supieras lo que te conviene, deberías haberla traído aquí. *Quizá* te habría recibido en casa con los brazos abiertos. Podría haber intentado perdonar tus pecados y defender tu caso ante el Señor Zarzuz.

Estoy harto de esta conversación. A mi padre siempre le ha encantado el sonido de su propia voz. Si tengo mala suerte, esto podría durar horas. Con un suspiro, dejo que mi cabeza caiga hacia abajo. Me concentro en el dolor de mi hombro y dejo que me consuma los pensamientos.

—Ella cree que está siendo lista, volviendo para vengar la vida que cree que le robamos. Pero esto siempre estuvo escrito. Yo no lo sabía, no al principio. Fue solo después de su caída por ese acantilado cuando Zarzuz me dijo que volvería más fuerte y más preparada para ser su novia. Si tan solo hubiera sabido lo *creativa* que sería, quizá entonces podría haber limitado el daño que nos ha causado a todos. En cualquier caso, la tengo de nuevo, y pronto, por fin, descansará en paz, al lado de nuestro Señor.

Siento que se me revuelve el estómago mientras se me para el corazón. Levanto la vista, buscando una mentira en su expresión. Él no la tiene. ¡*No puede* tenerla!

Francis sonríe.

—No te preocupes, la volverás a ver antes de su boda. Esta vez, te daré tiempo para despedirte y cerrar el capítulo. ¿Quizá eso era todo lo que necesitabas la última vez? Puedes dejarla ir sabiendo que será amada.

—*¡No!* —grito, aunque solo sale aire.

—Es inevitable. Las Hijas de Zarzuz la están preparando ahora mismo, mientras el resto del Consejo está ocupado avisando a los miembros de la congregación de la llegada de la Elegida. Al amanecer, todos sabrán que el equilibrio pronto se restablecerá. La maldición que arruina esta ciudad no será más que un sueño. Aquellos que siguieron creyendo en Zarzuz tras su desaparición serán recompensados inmensamente por nuestro misericordioso dios. ¿Y los que no creyeron en eso? Bueno, el sacrificio de Daisy acabará con las dudas sobre la palabra de Zarzuz, y las donaciones volverán a llover. ¿El dinero que Daisy robó? Volverá multiplicado por diez.

Lucho contra las ataduras mientras le grito a mi padre maldiciones ahogadas. El dolor en el hombro se intensifica, pero sigo adelante a pesar de todo. Esto no puede estar pasando. Otra vez no. Francis se limita a mirarme, con una sonrisa retorcida grabada en su rostro.

Al cabo de unos minutos, se aburre de mirarme y se levanta.

—Voy a buscar a alguien que te cure. No me gustaría verte desangrarte antes de la boda.

Se dirige hacia las cortinas. Las aparta y se marcha sin mirar atrás.

Lo miro fijamente mientras se aleja, con el corazón a punto de salirse por la boca. ¿Dónde está Daisy? ¿Quiénes son las Hijas de Zarzuz y cómo la están preparando?

No puedo creer que esto esté pasando otra vez. Fallarle a Daisy por segunda vez es imposible. Luchar contra la cuerda es inútil, pero sigo intentándolo de todos modos, sin importarme cuánta sangre brota de mi herida o cuánto me repugna el dolor. No puedo quedarme sin hacer nada. Si hay alguna posibilidad de aflojar la cuerda lo suficiente como para escapar, voy a aprovecharla. Tiene que haber una forma de salir de aquí. Si esta es mi casa, conozco la distribución. Si consigo liberarme, podría empezar a derribar puertas en su búsqueda.

En mi cabeza, grito.

OceanofPDF.com

Cuarenta y Seis



Estoy bastante seguro de que tengo una o dos costillas rotas. La señal reveladora es que me duele respirar. La hinchazón de la nariz no ayuda mucho, pero no creo que esté rota. Solo un poco magullada.

No es lo único que está magullado.

Mientras a Drake, a Wyatt y a mí nos zarandean en la parte trasera de una furgoneta policial, esposados y sujetos a ganchos metálicos que nos mantienen en nuestro sitio, toda esperanza de un futuro se desvanece. No hay nadie que nos saque de aquí como hizo Kingston con Daisy. Estamos solos, y estamos a punto de morir a manos de un sheriff corrupto.

Y por si fuera poco, todos hemos oído por la radio que han capturado a los demás. Solo fue un breve «los tenemos» pero no me cabe duda de quiénes son «ellos». La secta tiene a Daisy otra vez, y no hay nada que podamos hacer al respecto. Va a morir. ¿Y Kingston? ¿Cuál será su destino? ¿La muerte, como quería Francis al principio? ¿O su padre lo volverá a meter en un psiquiátrico y dejará que se pudra allí otra vez? Ambos finales parecen un destino terrible.

Debería haberle dicho a Daisy que la amaba más. Limitarme a confesárselo y dejarlo ahí fue una estupidez. Cada mañana, debería haberla despertado con un beso, mirarla a los ojos y decirle lo mucho que

significaba para mí. ¿Matar por su amor? ¿Hackear sistemas de seguridad y cuentas bancarias? Eso era solo una pequeña parte de lo que habría hecho por ella. ¿Lo sabe ella? Debería haberle dicho que no había límites en lo que haría por ella.

Las lágrimas me nublan la vista mientras agacho la cabeza y miro fijamente el suelo de la furgoneta.

Lo único bueno de todo esto es que toda la información que he recopilado sobre esta secta desde que llegamos está en un archivo de mi ordenador programado con un temporizador. Si no vuelvo al ordenador e introduzco un código, se envía directamente al FBI. Aunque el sheriff haga que sus chicos registren la casa y destruyan el ordenador, todo está en la nube, listo para enviarse. Puede que muramos, pero con suerte la secta no tardará en seguirnos.

El aire de la furgoneta está viciado. Como si alguien hubiera vomitado y hubieran hecho un intento perezoso de limpiarlo no hace mucho, pero lo que quedó se ha estado macerando por la falta de aire acondicionado. No sé si el aire acondicionado está dañado o si esto es una forma de tortura. Eso, junto con el traqueteo incesante que viene de la delgada rejilla metálica que nos separa de los policías en los asientos del conductor y del copiloto, está empeorando todo mil veces más. He dejado de mirar con rabia la esquina a la que le falta un tornillo.

¿Cuánto tiempo nos queda hasta que nos maten? El sheriff Ronney mencionó enterrarnos vivos mientras nos encerraba aquí, pero ¿es eso lo que realmente va a pasar? ¿O nos llevan a algún lugar desconocido donde simplemente nos dispararán? Espero que sea lo segundo. Morir asfixiados bajo un montón de tierra suena realmente desagradable. Si nos dirigimos al cementerio, probablemente aún nos quede media hora.

Es media hora para recordar todos los buenos momentos que pasé con la gente que amo. Y para sumirme en la desesperanza.

A mi lado, Drake gruñe. El sonido es extrañamente amenazador y lleno de ira. Le sigue un chasquido inquietante y un gruñido de dolor. La curiosidad supera mi desánimo. Al levantar la vista, veo a Drake liberando su muñeca de las esposas.

Me quedo boquiabierto. ¿Cómo demonios ha...?

La respuesta queda clara cuando veo su pulgar roto. Y no solo eso, sino que el grillete ya no está sujeto a la pared de la furgoneta. Donde habría estado el gancho, ahora hay dos agujeros que dan al exterior. Santa mierda, ¿se ha arrancado de la pared cuando no miraba?

Nota mental: en mi próxima vida, tengo que empezar a hacer ejercicio.

Con su mano libre, Drake mete la mano en el bolsillo y saca una moneda de diez centavos. Parpadeo, confundido. ¿Qué cree que va a hacer con una moneda de diez centavos? Con discreción, Drake se acerca a la rejilla metálica y alcanza la esquina que aún está sujeta a la furgoneta. Usando el borde de la moneda, empieza a aflojar el otro tornillo. Me quedo mirando incrédulo mientras su plan funciona.

Un pequeño globo de esperanza se infla en mi pecho. Apartando la mirada de Drake, miro al otro lado del espacio, hacia el otro banco donde está sentado Wyatt, de espaldas a nosotros. No ha dicho ni una palabra ni se ha movido desde que cayó en su patio trasero.

Solo pensar en lo rápido que aparecieron los policías mientras sacábamos a Daisy y a Kingston… Nos estaban esperando. Quizá no sabían que nos íbamos a separar, pero sabían que estábamos todos en la casa. Simplemente habían estado esperando, fuera del alcance de las cámaras que había instalado. No tengo ninguna duda de que fue Brett quien le dijo a Ronney lo de las cámaras. Le oí mencionarlas cuando vino a visitarnos el otro día.

Seguro que Wyatt ya se lo ha imaginado. No hace falta que se lo diga.

Con la punta de mis pies, enfundados en calcetines, le doy un golpecito en la pierna a Wyatt.

Wyatt no me hace caso. ¿Sigue inconsciente? Frunciendo el ceño, lo intento de nuevo, esta vez con un poco más de fuerza. Cuando eso no funciona, dejo de ser delicado y le doy una patada en la espinilla. Gime, pero levanta la cabeza para mirarnos. Intento no hacer mueca. La hinchazón de su cara tiene muy mala aspecto. Puede que tenga su mejilla rota. Uno de los ojos ya está tan hinchado y morado que me da miedo que lo pierda.

Inclino la cabeza hacia Drake en cuanto cruzo la mirada con su rostro.

La atención de Wyatt se desplaza hacia el grandote que está a mi lado y observa cómo Drake termina. El bruto atrapa el tornillo antes de que caiga al suelo y se lo guarda en el bolsillo. Mira a Wyatt, luego a mí. Está

intentando enviarme un mensaje con la mirada, pero como no tengo poderes telepáticos, lo que sea que intente decir se pierde.

Pero sea lo que sea lo que necesite, se lo daré. Asiento con la cabeza. Drake mira a Wyatt, que se limita a quedarse mirando. Me pregunto si está siquiera con nosotros o si está demasiado sumido en su dolor como para darse cuenta de lo que está pasando. Sin esperar su confirmación, Drake se pone de pie y agarra la parte superior de la rejilla metálica. La arranca del chasis del vehículo y empieza a doblarla hacia nosotros.

—¡Oye! —grita el conductor mientras la furgoneta da un bandazo.

—¿Qué estás haciendo? ¡Para eso! ¡Siéntate! —grita el policía del asiento del copiloto, girándose en su asiento.

Mientras él forcejea para sacar su arma, Drake dobla la rejilla aún más hacia atrás. El metal cruje bajo la presión. Cuando hay suficiente espacio, Drake se inclina hacia delante, agarra la cabeza del policía que está en el asiento del copiloto y le rompe el cuello como si nada.

—¡No, para! ¡Déjame en paz! —grita el conductor, girando el volante de izquierda y derecha mientras Drake se abalanza sobre él.

A Wyatt y a mí nos zarandea de un lado a otro. Lo único que me mantiene en mi asiento son las esposas sujetas a la furgoneta. Mientras mi peso tira del metal, mis muñecas gritan de dolor.

El puño carnoso de Drake se estrella contra el cráneo del conductor, girándolo bruscamente hacia la izquierda, donde se golpea contra la ventanilla. La furgoneta da un bandazo aún más fuerte antes de salirse completamente de la carretera. Grito una advertencia mientras la parte delantera del vehículo se hunde de cabeza en una espesura de árboles.

Chocamos de lleno contra uno.

Mi cuerpo sale disparado hacia arriba. Me golpeo con fuerza contra el techo de la furgoneta, doy una vuelta en el aire, lo que me provoca un dolor insoportable en el hombro, y luego caigo. Me golpeo primero contra el duro asiento y luego contra el suelo.

Jadeo, intentando respirar a pesar del dolor. Me duele *todo el cuerpo.* ¿Cómo es posible que me duela tanto y siga vivo? Siento el sabor de la sangre en la boca. ¿Y creía que antes me dolían las costillas? Pues eso no es nada comparado con cómo las siento ahora.

En algún lugar de la furgoneta, alguien gime.

Joder, ¿quién está vivo? Por favor, que sea Wyatt o Drake y no uno de los polis. Abro los ojos y levanto la cabeza lentamente, y veo a Wyatt poniéndose de pie. Sigue con las manos esposadas, pero las esposas ya no están sujetas a la furgoneta. Lo veo arrastrar los pies hacia delante y asomarse por la rejilla. Un segundo después, vuelve a sentarse con una pistola en el regazo y un juego de llaves en la boca. Se lleva las muñecas a la boca, pero las llaves que cuelgan de sus labios caen antes de que pueda liberarse.

Con la mejilla rota, no me imagino que sostener algo entre los labios pueda ser muy agradable.

Me levanto a duras penas, haciendo una mueca de dolor, y me coloco de rodillas. No siento ninguna satisfacción al darme cuenta de que ya no estoy atado a la furgoneta. Me duele demasiado como para que me importe. Al mismo tiempo, Wyatt recoge las llaves del suelo y me mira.

—Primero te liberaré —dice con los dientes apretados. Se levanta y me quita las esposas de las muñecas. Le quito las llaves y hago lo mismo con él.

—¿Dónde está Drake? —Miro hacia la parte delantera de la furgoneta y veo su cuerpo tendido sobre el capó abollado del coche, inmóvil. El parabrisas está completamente destrozado. Lo que queda de él son láminas ensangrentadas de cristales rotos. Puedo adivinar de quién es esa sangre. Se me hace un nudo en la garganta.

Wyatt jadea.

—¡Drake!

Los dos nos movemos al mismo tiempo. Pasamos por encima de la rejilla que cuelga y de los dos cadáveres atados a sus asientos y nos afanamos en abrir las puertas. Empujo con el hombro la puerta del copiloto y al final consigo abrirla al mismo tiempo que Wyatt abre la del conductor. Mis pies apenas tocan el suelo cuando el sonido de un arma amartillándose me hace quedarme paralizado.

—¡Baja el arma, Wyatt! —grita alguien al otro lado de la furgoneta—. ¡No quiero hacerte daño!

Reconozco esta voz. Tardo un segundo en identificarla, pero cuando caigo en la cuenta, pongo los ojos en blanco. *Por supuesto* que va a ser el ex de Wyatt quien nos detenga.

—¿No quieres que *hacerme daño?* ¡Mírame! —le grita Wyatt—. ¡Estabas dejando que me llevaran a la *muerte*!

—¡No habría dejado que te pasara nada! Una vez que hubiéramos llegado al cementerio, te habría alejado de los demás. Tienes que creerme, te amo. ¡Siempre te he amado!

Desesperado, miro a mi alrededor en busca de un arma. Encuentro una sujeta al cinturón de servicio del policía muerto que está en el asiento del copiloto. ¡Joder, sí! Saco con cuidado la pistola de la funda y me arrastro hasta la parte trasera de la furgoneta, donde debe de estar Brett. Desde aquí puedo ver su coche patrulla en la carretera. Las luces están parpadeando y la puerta del conductor está abierta. No estamos muy lejos, así que debe de estar justo al otro lado de donde estoy yo.

—¡Y una mierda! Formas parte de una secta. ¡Lo único que te importa es tu dios de locos!

—¡El amor de Zarzuz se extiende incluso a los no creyentes! Puedo amarte a ti *y* a él sin que las cosas se compliquen. ¡Llevo haciéndolo todo este tiempo! Sé de tu pasado y sabía que no te interesaría unirte, así que pensé que podría mantener las cosas separadas —le grita Brett—. Wyatt, tienes que bajar el arma. Tú y yo, podemos salir de aquí. Nos daremos a la fuga. Puedo adorar a Zar...

Ya estoy harto de esta locura. Quito el seguro y rodeo la parte trasera de la furgoneta con mi arma apuntando directamente al perfil de Brett. Me ve por el rabillo del ojo. Rápidamente, gira el arma que tiene extendida delante de él hacia mí.

Aprieto el gatillo.

El cuerpo de Brett se sacude hacia atrás antes de caer al suelo. El corazón me late con fuerza contra el pecho mientras miro el cadáver. Acabo de matar a otro hombre. Es la segunda vez que le quito la vida a alguien. Espero un segundo, preguntándome si es *ahora* cuando me invadirán la culpa y el horror.

Pero no es así.

Vale, pues ya está. Soy un psicópata como los demás. Al menos esta forma de matar es mucho más fácil que con un cuchillo. ¿Teniendo en cuenta que no tengo experiencia con las armas y aun así he conseguido dar en el blanco? Puede que se convierta en mi arma preferida.

Wyatt se acerca y se detiene frente a su exnovio muerto. No consigo descifrar la expresión de su rostro, pero no dice nada durante un buen rato.

—Oye, Wy.

Wyatt levanta la vista, con su rostro impasible.

—No me caía muy bien tu ex.

Wyatt parpadea una vez, pero luego se le dibuja una pequeña sonrisa.

—Sí, bueno, a mí tampoco. ¿Te parece raro que me parezca más guapo sin vida en los ojos?

—Por supuesto que sí. —Hago una mueca mientras la sonrisa de Wyatt se amplía poco a poco mientras se burla de mí. Sin embargo, desaparece cuando mira por encima del hombro.

—Ven, vamos por Drake.

Mi corazón, que late a mil, no se calma mientras los dos nos dirigimos hacia la parte delantera del coche. Para mi alivio, al acercarnos, Drake gruñe y se incorpora.

—¿Cómo demonios has sobrevivido a salir disparado de un coche y estrellarte contra un árbol? —le pregunto.

Drake se tambalea. La sangre le gotea en los ojos y tiene la ropa manchada. Pero no veo nada que ponga en peligro su vida. Probablemente tenga un montón de hemorragias internas. ¿Qué se puede hacer al respecto? No podemos llevarlo al hospital…

—No voy a morir hasta saber que Daisy está a salvo —refunfuña.

Le dedico una sonrisa débil.

—Qué conveniente, gracias. Y gracias por todo esto. —Hago un gesto con la mano hacia los restos del accidente.

—No hay de qué. —Drake respira hondo y se dispone a saltar.

Wyatt y yo nos apresuramos a ayudarlo a bajar. Tropieza y tenemos que echarle una mano los dos para mantener a Drake en pie. Cuando recupera el equilibrio, se endereza.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Wyatt—. ¿Cómo vamos a encontrar a Kingston y a Daisy? Será como buscar dos agujas en un pajar. Y como estoy seguro de que los demás de la secta no tardarán en darse cuenta de que nunca llegamos a nuestro destino, probablemente nos metamos en más problemas pronto.

Drake suspira profundamente.

—Yo nos saqué del vehículo. Ahora le toca a otro pensar en un plan.

Me apoyo contra la furgoneta y sopeso nuestras opciones. No hay muchas. Podríamos dar vueltas por ahí y esperar encontrar el lugar donde la secta esconde a los demás, rezando para que no nos pillen. También podríamos largarnos de aquí y pedir refuerzos. Seguro que el FBI nos ayudaría en un apuro como este, ¿no? Pero eso podría llevar demasiado tiempo. Quién sabe cuánto tiempo les queda a Daisy y a Kingston antes de que la secta acabe con ellos.

Tenemos que encontrarlos primero. Pero, ¿cómo?

—Si tuviera acceso a nuestros teléfonos o al menos a un ordenador, podría abrir el programa que creé y encontrarlos usando los rastreadores. Incluso si la secta los ha encontrado y se ha deshecho de ellos, podré rastrear dónde han estado hasta que los destruyeran o los tiraran.

Wyatt asiente lentamente. Su único ojo bueno se desliza hacia el coche patrulla.

—Hay un portátil en el coche de Brett.

—¿Brett? —Drake lo mira confundido.

—Ahora mismo no es el problema —le digo a su vez, y luego le hago un gesto de negación a Wyatt—. No, intentar romper el cortafuegos de la policía para poder subir mis propios archivos llevaría demasiado tiempo.

Drake suspira.

—Vamos a ver qué hay en el coche patrulla que podamos usar como armas. Si vamos a estar en apuros un rato, necesitamos ir mejor armados.

Asintiendo con la cabeza, caminamos hacia la carretera. Rápidamente, Wyatt se coloca al lado del conductor y abre el maletero. Drake y yo nos acercamos a la parte trasera mientras se abre de golpe. Cuando mis ojos se posan en las grandes bolsas transparentes que lo llenan, me echo a reír. La

reacción hace que me duela el costado, pero la histeria me ha dado la capacidad de ignorarlo.

—¡No jodas! —consigo decir después de haberme controlado.

Drake se inclina hacia delante, abre una bolsa de un tirón y saca una chaqueta negra con cremallera de alguien. Al tirar la bolsa al suelo, un cuchillo enfundado cae de nuevo en el maletero. Los dos nos quedamos mirándolo antes de que yo vuelva a echarme a reír. En una bolsa justo debajo de la que él cogió hay tres máscaras manchadas de sangre.

Nos quitaron nuestras cosas como pruebas, pero ahora las tenemos de vuelta. ¿Qué probabilidades hay de que sea precisamente Brett quien vaya por ahí con las cosas que se llevaron de nuestra casa? Esto tiene que ser pura suerte. Dios sabe que la necesitamos ahora mismo.

—Por favor, dime que nuestros teléfonos están ahí dentro. —No espero a que Drake vaya a buscar. Mis manos se lanzan a las bolsas, abriéndolas una por una.

Para cuando termino, Wyatt se ha unido a nosotros.

—No hay teléfonos ni rastro de mi ordenador, pero tenemos armas y nuestra ropa, así que no estamos completamente indefensos. —Los miro a los dos—. Ahora, si pudiéramos encontrar un ordenador, estaríamos a salvo.

Drake gruñe, antes de soltar un suspiro.

—¿Cualquier ordenador viejo?

—Sí, un ordenador de sobremesa, el portátil de un niño, lo que sea.

—De acuerdo —asiente—. Sé dónde ir por uno.

Wyatt coge lo que debe de ser su chaqueta y se la pone. Antes de que pueda coger la máscara que le corresponde, me agacho con cuidado, la recojo y se la paso.

—Vámonos de aquí de una vez —dice Wyatt con aire sombrío—. Si tengo que matar a cada maldito habitante de Briar Glen para encontrar a Daisy y a King, lo juro por Dios, lo haré.

OceanofPDF.com

Cuarenta y Siete



Me duele la piel. De hecho, parece que me arde.

Después de que me hicieran un enema, un grupo de mujeres vestidas como unas monjas de aspecto extraño me frotaron meticulosamente con lejía pura, así que no me sorprende que me duela. Ahora no es tan grave, ya que me lo han limpiado del cuerpo y el olor casi ha desaparecido después de que me mantuvieran sumergida en una bañera llena de jabón de romero muy perfumado. Aun así, me arde la piel.

Me concentro en eso en lugar de en lo desnuda y expuesta que estoy, de pie en la esquina del dormitorio de Francis Winslow, con las muñecas y el cuello atrapados en un potro que cuelga del techo. Los agujeros están acolchados pero son estrechos, lo que me dificulta respirar. Además, está pensado para alguien más alto que yo, lo que me obliga a mantener el equilibrio sobre las puntas de los pies o acabar estrangulándome. Con los pies esposados juntos, la tarea es aún más difícil.

Solo puedo imaginar por qué Francis tendría este artilugio aquí, para empezar.

Su habitación no ha cambiado mucho. Lo sé porque una vez, cuando estábamos en el colegio, Kingston me trajo aquí para enseñarme la lujosa colección de navajas de su padre. La pesada cama con dosel es la misma, los muebles de la habitación no se han movido y las paredes están cubiertas

con un aburrido papel pintado de gente trabajando en algún tipo de campo. Este cepo, sin embargo, es algo nuevo.

A pesar de la sensación de ardor, mi cuerpo tiembla por el aire frío. Como me acaban de afeitar por todas partes, incluso entre las piernas, noto hasta la más leve brisa por todo el cuerpo.

Me estoy quemando. Me estoy quemando. Repito el mantra en mi cabeza para no entrar en pánico.

Entrar en pánico solo traerá más problemas. El hecho de que esté desnuda y a merced de otro loco más no significa que deba sucumbir a la histeria. Aprieto los ojos con fuerza, pero en la oscuridad detrás de mis párpados puedo ver a Oliver acercándose a mí con la polla en la mano.

Abro los ojos de golpe.

La habitación está relativamente a oscuras, pero la luz de la mañana intenta colarse a través de las persianas de madera. Hay un rayo de luz, de no más de dos centímetros y medio de ancho, que incide directamente sobre la puerta. Así que, cuando se abre, el sheriff Ronney Maxwell aparece bañado por un haz de luz casi angelical. Enciende la luz, dejándome momentáneamente cegada.

—Bueno, señorita Murray, esto se ha hecho esperar mucho, ¿no? —pregunta, cerrando la puerta tras de él. Se quita la gorra y la lanza a la cama mientras me mira de arriba abajo—. Sabes, estamos organizando una fiesta para ti. A estas alturas, todos los Zarzuzians se están despertando con una invitación formal en su bandeja de entrada para tu boda con Zarzuz, que tendrá lugar dentro de dos días. No creo que haya ni una sola persona que se pierda este evento. Serás la comidilla de la ciudad.

Normalmente, cuando el Carnicero de Briar Glen venía a regodearse o a asustarme, no le daba la satisfacción de responderle. Le volvía loco no poder hacerme gritar. Pero esta es una situación diferente y la información podría ser la clave para salir de aquí o idear un plan.

—Una boda me parece un poco extraña, teniendo en cuenta cómo va a acabar.

—Es como siempre se supuso que fuera. Tu muerte inspirará a la buena gente de Briar Glen a renovar su fe en Zarzuz. —Se detiene a unos metros delante de mí, mirándome fijamente—. Una vez que te hayas ido, me

retiraré. Colgaré el viejo cinturón y la gorra y me lo tomaré con calma. He dedicado muchos años a este puesto.

—Vaya, debe de haber sido duro ser un policía corrupto. —Pongo los ojos en blanco.

En lugar de enfadarse, Ronney se ríe entre dientes.

—No tienes ni idea. Destruir pruebas, esconder los cadáveres de los que querían delatarnos y mantener a la gente de la congregación alejada de los problemas era un montón de trabajo. Y eso sin contar mis obligaciones normales... Estaba muy ocupado.

—Claro.

—Tú no sabrías lo difícil que es mantener un trabajo, ¿verdad? Es bastante complicado ser una persona en el mundo sin ningún tipo de identificación o prueba de existencia. Ayudé a George con eso, ¿sabes? Sin ADN en el sistema, sin fichas dentales, nada. —Mientras habla, los ojos de Ronney se apartan de los míos para recorrer el resto de mi cuerpo—. ¿Qué hiciste para ganarte la vida todos estos años? ¿Vendiste este bonito cuerpecito tuyo? ¿O la gente se sentía demasiado repugnada por esta mutilación? Oliver te dejó bien dañada, ¿verdad? Mira estas cicatrices.

Concéntrate en el ardor. Estás ardiendo. Tu piel está en llamas… Estoy ardiendo. Estoy *ardiendo…*

—Estaba perfeccionando el arte de matar a hombres como tú. —Mi voz suena firme. Joder, incluso mi corazón sigue tranquilo mientras él se acerca.

Su mano se extiende y traza la runa con la yema de un dedo. Cuando termina, me pellizca el pezón. No me inmuto. Lo está esperando, esperando una pelea. Lo veo en la forma en que sus ojos encuentran los míos y sonríe.

—Ya te borré una vez, Daisy. Lo volveré a hacer después de tu boda. —Me acaricia el pecho, amasándolo mientras habla—. No debería ser tan difícil, ya que nadie más que nosotros sabe que sigues viva. Ahora no eres más una amenaza de lo que lo eras hace tantos años. Joder, llevo preparándome para tu llegada desde que mataste a Oliver hace cinco años. Ni siquiera te habrías acercado a clavarme el cuchillo.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Sabías que Oliver estaba muerto? ¿Y aun así dejaste su cuerpo allí pudriéndose en su cabaña? ¿Por qué?

¿Por qué no le contaste al mundo lo de todas esas mujeres de las que tenía fotos en la pared? La ira me invade. La única razón por la que quemé el bosque que rodeaba la casa de Oliver fue para que nadie pudiera ignorar lo que había dentro de esa casa ni restar importancia a las vidas que se cobraron bajo ese techo.

Ronney sonríe.

—Jeff entró a trompicones y encontró el cadáver del Carnicero de Briar Glen junto a Tobias. Presos del pánico, los dos me llamaron y me lo contaron todo. Fui hasta allí y decidí que nadie echaría de menos a ese cabrón, así que lo dejé allí. No había nada que ocultar si yo nunca encontraba el lugar, ¿verdad? Fuimos a buscarte, por supuesto, pero tu rastro se enfrió. Así que me preparé para ti, por si acaso se te ocurría alguna locura. No se me ocurrió contárselo a los demás hasta que la mierda empezó a ponerse fea por aquí. Francis sospechaba que eras tú, Zarzuz ya se lo había susurrado al oído. ¿Pero Vincent? Él se mostraba escéptico. Por desgracia, no llegué a decírselo a George, Jeff ni a Tobias.

La mano de Ronney abandona mi pecho para que sus dedos puedan deslizarse por mi vientre y sumergirse entre mis piernas. Mi labio inferior tiembla mientras mi mente empieza a desconectarse. No puedo entrar en pánico en modo piloto automático ni cuando estoy atrapada en los recovecos de mi propia mente. Tampoco puedo sentir ni estar presente de ninguna manera.

—No soy un hombre que suele gustarle el aspecto de los coños recién depilados, pero... —Sacude la cabeza, sin apartar la mirada de donde tiene su mano—. El tuyo tiene muy buena pinta.

Juega con mi clítoris. Lo acaricia en círculos y lo pellizca suavemente, observando mi cara con atención. Siento que se me sube la bilis por la garganta y aprieto las piernas todo lo que puedo.

Me estoy quemando. Me estoy quemando. Mi piel está en llamas, me estoy quemando.

—Ver cómo te convertías en mujer, Daisy, fue emocionante —me dice en voz baja—. Cuando descubrí lo que Oliver te había estado haciendo durante años, lo admito, me dio un poco de envidia.

—Eres repugnante.

Él gruñe y le sigue el sonido de una cremallera que se abre.

—No lo soy, pero quiero hacerte cosas repugnantes, señorita Murray.

¡No, no, no! Esto no, por favor. Quiero suplicar. Las palabras están en la punta de mi lengua. Pero me contengo. Él quiere oírme suplicar. No voy a ceder.

Ronney se acerca. Su mano desaparece de entre mis piernas solo para poder agarrarme por las caderas y acercarme más a él. Siento la punta de su polla presionando contra mi clítoris. Siento cómo intenta mover las caderas en una especie de movimiento circular para simular la sensación de sus dedos.

—Se supone que debes ser virgen cuando Zarzuz te reciba —me dice, cayendo de repente de rodillas. Su aliento golpea mi coño mientras sigue hablando desde esta nueva posición—. Dudo que lo sigas siendo, pero estoy más que seguro de que no voy a arriesgarme a su ira metiéndote la polla ahora. Estoy seguro de que destruirá a cualquiera que te haya tocado, a su novia virgen. Pero eso no significa que no pueda *saborearte*.

Sus labios recorren mis muslos. Se apartan solo un segundo antes de que sus dientes se claven en mi piel. El dolor apenas se nota mientras mi mente sigue apagándose. Siento que me alejo cada vez más, lejos de la realidad. Repite esto una y otra vez en cada pierna, pero estoy demasiado ausente como para darme cuenta.

Justo cuando su boca se cierra sobre mi clítoris, la puerta se abre de golpe. Apresuradamente, Ronney se levanta y se mete la polla dentro mientras Francis entra en la habitación. No siento ningún alivio al desaparecer la boca del sheriff. No con el padre de Kingston, vestido con su túnica roja, ahí de pie.

¡*La túnica no*! Se me eriza la piel y me recorre un escalofrío por los brazos mientras se me va la sangre de la cara. Me retuerzo, pero estoy atrapada en el cepo. ¡*La túnica no*!

Me invaden recuerdos de aquella noche, de hombres inclinados sobre mí, cantando.

—Lárgate. De. Una. Vez —ordena Francis, escupiendo cada palabra entre dientes.

Apenas lo oigo, mientras mis propios gritos internos se repiten desde la noche de mi sacrificio fallido.

—Sí, señor. —Ronney se apresura hacia la cama, agarra su gorra y sale disparado de la habitación.

No es hasta que se cierra la puerta cuando Francis se dirige hacia mí. Sus ojos se clavan en los míos mientras se acerca.

—Te ves mucho mejor sin todos esos piercings. —Se detiene frente a mí, con sus ojos entrecerrados—. Parece que eres una tentación incluso para los más devotos. Te vigilaré muy de cerca. Nadie más que yo te tocará hasta que te encuentres con tu creador, te lo prometo.

El miedo me impide hablar. Me limito a mirar fijamente al líder de la secta Zarzuzians mientras mi mente se bloquea.

Los ojos de Francis bajan hacia mi cuerpo.

—Oliver hizo un trabajo bastante decente con la runa, pero la quiero nueva. Eso vendrá más tarde, creo. Por ahora, es hora de tu bendición y de purificarte de tus pecados. Puede que fueras pura la primera vez, pero tengo la sensación de que ya no eres una mujer inocente.

Bueno, eso desde luego no suena como si esto me fuera a gustar mucho. En lugar de suplicar clemencia, respiro hondo y le digo:

—Sabes que le entregué mi alma a Lilith, ¿verdad?

La expresión impasible de Francis se resquebraja. Aprieta su mandíbula y una pequeña vena le sobresale de la frente.

—Tu alma no le pertenece.

—Sí que le pertenece. Le he dado a Lilith todo lo que me pidió, y ella me ha aceptado con los brazos abiertos. —Mi corazón se acelera, sabiendo que solo voy a empeorar lo que sea que Francis tenga planeado para mí. Si va a hacerme daño, quiero asegurarme de que pierda los estribos. Si puedo desmayarme del dolor… Bueno, al menos no sentiré nada—. Ella ha guiado mi mano desde que escapé de la casa de Oliver, y me ha dado la fuerza para destruir a los seguidores de Zarzuz.

—¿Ah, sí? —Su voz es poco más que un susurro mientras se le enrojece la cara—. Bueno, veamos si ella interviene para ayudarte ahora.

Se acerca a una pequeña cómoda de madera y abre el cajón de arriba. Saca un libro que se parece sospechosamente a la Biblia. El siguiente cajón que abre es más profundo y tiene que rebuscar entre los objetos que hay dentro antes de sacar el siguiente.

Cuando lo hace, se me revuelve aún más el estómago. El látigo se desenreda de la pulcra espiral en la que está enrollado y la cola cae al suelo.

—Esto puede doler un poco, pero confía en mí cuando te digo que te sentirás mucho mejor cuando haya terminado —me asegura—. Y después, te llevaré a Kingston.

OceanofPDF.com

Cuarenta y Ocho



Normalmente, no soy de los que aprueban hacer daño a las mujeres, ni secuestrarlas, ni atarlas (a menos que sea de mutuo acuerdo), pero cuando se trata de Terra Miller, estoy dispuesto a todo. Cuando Drake se detuvo frente a su antigua casa en el coche patrulla de Brett mientras salía el sol, sacó su pistola y derribó la puerta principal de una patada, yo estaba totalmente de acuerdo.

Reducir a Terra fue bastante fácil. Sus gritos se acallaron con un puñetazo en el estómago y Drake consiguió inmovilizarla con una cuerda del garaje.

Sin embargo, cuando se trató de hacer lo mismo con sus hermanas pequeñas, me sentí un poco más reacio. Quiero decir, no son *tan pequeñas.* Bethany tiene veintidós años y Caroline veinte. Pero las conozco desde que eran pequeñas. Ver a Drake derribar a una, y luego a la otra, sin siquiera sudar, no me sentó bien.

Eso fue hasta que empezaron a soltar tonterías sobre ir a una maldita boda que el pueblo estaba organizando para Daisy y lo mucho que les apetecía ver cómo su vestido blanco se ponía rojo. De repente, Bethany y Caroline eran tan repugnantes como Terra.

—Bien, me apunto —dice Owen desde la mesa de la cocina mientras usa el portátil de Caroline, la hermana menor de Drake.

No aparto la vista de las tres mujeres atadas y apretujadas contra la pared del fondo. Todas sollozan a través de sus mordazas y luchan por liberarse, pero Drake se ha asegurado de que las Miller no vayan a ninguna parte.

Me quito los guisantes congelados de la cara, agradecido de que la hinchazón haya empezado a bajar.

—¿Has averiguado dónde están?

—El programa los está buscando ahora mismo. Tardará unos minutos. —Owen se recuesta en su silla, haciendo una mueca de dolor. Se lleva un brazo al pecho mientras respira con dificultad—. Los encontraré muy pronto. Mientras tanto, he encontrado un correo en las bandejas de entrada de las tres. Van a sacrificar a Daisy durante una especie de despedida parecida a una boda dentro de dos días.

Cierro los ojos de golpe mientras el corazón se me encoge. ¿Qué les puede pasar a Daisy y a Kingston en dos días?

—Oye. —Abro los ojos y veo a Owen mirándome, con su rostro magullado y el ceño fruncido por la preocupación—. Vamos a encontrarlos. No va a haber ninguna boda.

—Puede que sí, pero ella no se va a casar con un puto dios de pacotilla —declara Drake mientras vuelve a entrar en la habitación, con aspecto renovado tras la ducha. La ropa limpia le queda ajustada; probablemente sea de su padre, a juzgar por lo anticuada que es.

Tiene moratones que le suben por los brazos, junto con cortes y rasguños, y cojea ligeramente de la pierna derecha, pero, en general, salió de ese accidente relativamente ileso. Estoy casi seguro de que la mayoría de sus heridas son de cuando los polis nos detuvieron en mi casa. Es un cabrón con suerte.

—¿Estás diciendo que vas a pedirle matrimonio? —Me río ante la idea de ver a este cabrón taciturno arrodillándose.

Drake se encoge de hombros.

—No es descabellado después de todo esto.

—No si me adelanto a ti —murmura Owen desde su asiento.

Drake lo mira de arriba abajo.

—Ya lo veremos. ¿Quieres apostar?

—¿En qué estás pensando?

—Mmm. —Drake cruza los brazos sobre el pecho y reflexiona sobre la pregunta—. ¿Qué tal si quien se lo pida primero, el otro tiene que ser el hombre que lo acompaña en la boda?

Owen le dedica una media sonrisa.

—Trato hecho.

—Eso *si* llegamos al lugar antes de que la secta la mate —señalo—. Ahora, si ya hemos terminado con esta mierda, ¿podemos volver a la situación que nos ocupa?

Drake baja los brazos del pecho y rebusca en el bolsillo del pantalón. Saca un pequeño frasco naranja de pastillas.

—Las encontré en el botiquín de Terra. Un poco de oxicodona para aliviar los dolores.

Me las tiende, pero yo niego con la cabeza.

—Solo estoy un poco magullado. En cuanto baje la hinchazón, creo que estaré bien.

—Dámelas. —Owen levanta una mano y Drake se las lanza a Owen—. Gracias.

—¿Te has roto alguna costilla? —le pregunta Drake.

Owen hace una mueca de dolor mientras se toma una pastilla.

—Sí, creo que sí.

—Te las vendaré en cuanto termines. Te resultará más fácil respirar y dormir un poco cuando lo haga. —Drake abre la nevera y echa un vistazo dentro.

Miro a su familia, sentada allí llorando.

—¿Qué hacemos con ellas?

—Por ahora, nada. Se quedarán ahí hasta que terminemos en Briar Glen. —Drake no las mira mientras habla desde el frigorífico—. Si se mueven o hacen alguna tontería, les dispararé en la maldita cabeza sin dudarlo.

Sus hermanas chillan aterrorizadas mientras Terra se queda flácida, fingiendo desmayarse.

Se me revuelve el estómago y me late la cabeza.

—Owen, ¿cuánto falta para que tengamos una ubicación?

—Tardaremos un poco más. La conexión a Internet es lenta aquí.

Asiento con la cabeza.

—Vale, llámame cuando tengas algo. Me voy a dar una ducha.

Con un profundo suspiro, salgo de la cocina y subo las escaleras. Encuentro la ducha del dormitorio de invitados y abro el grifo. Me quito la ropa sucia y no dudo en meterme bajo la ducha caliente. Siseo antes de que pueda contenerlo. El agua caliente me quema todas las heridas abiertas. Al cabo de un momento, me relajo.

Bueno, lo mejor que puedo.

Mi corazón parece no querer relajarse. No con la idea de que Daisy y Kingston estén en peligro.

¿Cómo se ha desmoronado mi mundo tan rápido? Se suponía que estaríamos a salvo al separarnos. Ahora que estamos separados, corremos más peligro que antes. Extiendo los brazos y apoyo las manos contra la pared de la ducha. El aliento que se me atasca en la garganta suena sospechosamente a sollozo.

Joder… Estábamos tan cerca. Solo nos quedaban Ronney y Francis por matar, y luego podríamos haber desaparecido. ¿Y qué si no teníamos un plan para nuestro futuro? Mientras los cinco volviéramos a estar juntos, eso era todo lo que quería. Podríamos haber comprado una autocaravana y simplemente recorrer el continente. Ayer, mientras Daisy dormía la siesta, Owen había sugerido comprar una casa con el dinero que robamos. Drake y Kingston se habían burlado, ¿pero yo?

Me lo tomé muy en serio.

Era solo una sugerencia, pero bien podría haber sido una semilla de esperanza plantada en mi pecho. ¿Una vida con la gente que amo, todos bajo el mismo techo? ¿Quién no querría eso? Habría sido precioso. Ya he vislumbrado esa vida bajo mi propio techo. Las risas, las discusiones, los abrazos…

El amor.

Joder. Lo perdí todo.

Dejo que las lágrimas corran libremente por mi rostro. Mezclándose con el agua caliente, caen y se escurren. Tras un largo rato, me aparto de la pared y empiezo a asearme. Mientras me froto con la pastilla de jabón, recuerdo cuando lavé a Daisy aquella primera noche que se quedó en mi casa. La mirada perdida y vacía de sus ojos cuando entré en el baño casi me rompió el corazón.

¿Y cuando me suplicó que la tocara? Todas las grietas causadas por su desánimo se cerraron de golpe. ¿Una forma de quitarle el dolor, el miedo, y de demostrarle que la amaba? Dios, no había podido parar una vez que empecé, aunque hubiera querido.

Debería haber hecho más. En lugar de dar largas al asunto, debería haber aceptado que nos fuéramos todos de mi casa ayer por la mañana. Y cuando la policía irrumpió en mi jardín, debería haber luchado con más fuerza. Puede que fueran cuatro contra uno, pero eso no importaba. Quizás podría haber puesto más energía en cada puñetazo.

Al final, Daisy y Kingston cayeron en manos del enemigo porque les fallé. Jodí mi segunda oportunidad con Daisy y es muy probable que no tenga una tercera.

Se oye un golpe en la puerta del baño, lo que me saca de mis pensamientos en espiral.

—¡Los hemos encontrado! —grita Drake—. Date prisa.

OceanofPDF.com

Cuarenta y Nueve



El débil sonido de unos pasos pesados bajando las escaleras a cierta distancia pone fin a mi lucha. Mi piel, en carne viva por las quemaduras de la cuerda, palpita mientras me esfuerzo por escuchar.

Las enfermeras han ido y venido, haciendo lo que podían para coserme mientras yo me resistía, mordiendo a quien pudiera. Luego me dejaron sola durante horas. *Horas*. La mañana sin duda ha pasado, y la tarde también. A estas alturas debe de estar acercándose la noche. No he sabido nada de Daisy, y mi padre nunca regresó. Los pasos lejanos de la gente en la planta baja van y vienen. A veces, el sonido de las risas se filtra a través de las tablas hasta aquí abajo, pero la mayor parte del tiempo reina el silencio.

Me han dejado solo con mis pensamientos, y estos se agitan. Ya he pasado por esto antes. Mi mente es mi peor enemiga. Las travesuras que puede hacer, los recuerdos que desentierran y ponen en bucle... Aprendí durante un año de aislamiento que puedo torturarme mejor que nadie.

O eso creía.

Un momento después, se corren las cortinas y salen dos hombres. No me resulta familiares, pero a juzgar por el aspecto de su piel curtida y sus arrugas, se puede decir con seguridad que no nos movíamos en los mismos círculos cuando yo era joven.

No me dedican ni una mirada mientras se acercan y yo no les echo más que un vistazo rápido antes de que mis ojos se posen en Daisy, que yace inerte, desnuda y cubierta de largos moratones rojos en los brazos del hombre más corpulento.

Mi corazón da un vuelco, se detiene y luego se pone a latir a toda velocidad. *¿Qué demonios le ha pasado? ¿Quién le ha hecho esto?* Se me corta la respiración. Lo que me pase a mí no es nada comparado con ver a Daisy así. *Esto* es una auténtica tortura. No pude evitar que la capturaran y ahora parece que no puedo protegerla del peligro.

—Pon la silla aquí. No muy cerca —ordena el que lleva a Daisy.

Ni siquiera me había fijado en la silla, ni en la cuerda que llevaba el segundo tipo al hombro, hasta ahora. Él hace lo que le dicen y, juntos, sientan a Daisy, con un cuidado extraño para no sacudirla demasiado, y la atan de forma parecida a como estoy yo. Su cabeza se inclina hacia delante y se queda así mientras dan un paso atrás para comprobar su trabajo.

El tipo más grande, el que bajó a mi chica, me mira.

—Eres afortunado, ¿sabes? Estar en presencia de la Elegida es un honor. Tu padre debe de haberte perdonado por lo que le hiciste a tu madre para concederte esta oportunidad.

Vuelve a mirar a Daisy, sonriéndole con cariño. —Ha sido purificada de sus pecados. Ahora está como nueva, y Zarzuz la aceptará con los brazos abiertos.

—*¡Que te jodan a ti y a tu estúpido y patético dios de pacotilla!* —les grito.

No me oyen porque en realidad no sale ninguna palabra de mis labios. Me ignoran, imperturbables ante mi silencioso arrebato. Asienten en mi dirección y nos dejan, desapareciendo tras la cortina antes de volver arriba. En cuanto se pierden de vista, Daisy acapara toda mi atención.

Su pelo, mojado y limpio, lo tiene trenzado y recogido en un moño en lo alto de la cabeza. El resto de su cuerpo tiene un tono ligeramente rosado. No sé si es por las marcas que le han hecho por todo el cuerpo o por otra cosa. Las marcas que se entrecruzan sobre la piel de Daisy están enrojecidas y abultadas. En varios lugares, la piel se ha abierto por donde la han

golpeado más de una vez en el mismo sitio. En esos puntos concretos, alguien se tomó la molestia de coser la piel para volver a unirla.

Mis ojos se posan en sus piernas. Con los tobillos atados a las patas de las sillas, igual que los míos, está expuesta a cualquiera que entre en la habitación. La idea inunda mi mente de una furia asesina, pero lo que realmente me hace perder los estribos son las marcas de dientes en la parte interna de sus muslos.

Mi cuerpo se sacude hacia delante lo mejor que puede mientras mi estómago se revuelve. Respirar tras la reacción inicial es una tarea ardua. La rabia, tan caliente y pegajosa como el alquitrán hirviendo, envuelve mi corazón y luego se extiende a mis otros órganos vitales. Me oprime los pulmones, lastrándolos y provocándome manchas en los ojos.

Mataré a todos los que estén en esta jodida casa antes de morir, juro mientras miro la horrible evidencia del abuso que ha sufrido Daisy.

Necesito estar cerca de ella, así que intento acercarme. Me retuerzo, sacudiendo el cuerpo de un lado a otro. El chirrido de las patas contra el cemento es fuerte, pero nadie viene a investigar ni siquiera después de unos cinco minutos. En ese tiempo, avanzo unos dos centímetros y medio. Todavía hay más de un metro de distancia entre nosotros. Daisy no se mueve ni habla, ni siquiera con todo este alboroto.

En su lugar, pruebo una táctica diferente.

Respiro lenta y profundamente, frunzo los labios y silbo. Es solo un silbido suave, nada que alerte a nadie de arriba o de cerca, si es que hay alguien, pero lo suficientemente alto como para que ella pueda oírme.

Nada.

Lo intento de nuevo, pero obtengo los mismos resultados. Decidido a llegar a ella, silbo nuestra señal de reconocimiento. Me lleva tres estrofas de *A Spoonful of Sugar* pero *finalmente* el cuerpo de Daisy se estremece. Su suave y dolorido gemido es como un cuchillo clavado en mi pecho. Sigo silbando hasta que Daisy levanta la cabeza. No es mucho, pero una minúscula tensión se relaja en mi pecho cuando gira su cabeza en mi dirección.

Su mirada brillante y desenfocada se posa en mi rostro.

—¿King? —Su voz suena forzada y ronca, sin duda por haber gritado.

Quiero decirle lo mucho que lo siento, o lo que les haré a los de esta casa si alguna vez conseguimos liberarnos. Y lo más importante, necesito decirle cuánto la amo y que, si todo esto sale mal, mi alma no descansará hasta encontrar su alma en algún lugar del más allá. Que ni siquiera la muerte la separará de mí esta vez.

Incapaz de decir nada de eso, simplemente mantengo su mirada, esperando que pueda leer toda la desesperación y la rabia con solo una mirada.

Ella me devuelve la mirada durante unos cinco segundos antes de que sus párpados se cierren y su cabeza caiga hacia el pecho.

¡Joder*!*

OceanofPDF.com

Cincuenta



—Ni de puta broma podremos pasar toda esa seguridad —dice Wyatt, mirando las fotos que había sacado con el móvil de Caroline después de robar el coche de Terra y pasar por la calle de Francis para vigilar la residencia de los Winslow.

Había más de veinte policías merodeando por su calle y rodeando su casa. Y para colmo, el resto de la policía estaba patrullando las calles de Briar Glen buscándonos.

—Tienes razón. —Odio dar la razón, pero armados solo con tres cuchillos y una pistola de la policía, estamos en clara desventaja numérica—. Sigue desplazándote, verás fotos de algunos vecinos que ya están decorando.

Owen y Wyatt se quedan mirando la pantalla, con expresiones de confusión y horror.

—¿Van a celebrar esto justo en el centro del pueblo? —pregunta Wyatt sacudiendo su cabeza—. ¿Cómo van a explicar un sacrificio humano a los no miembros que asistirán? ¿Son estúpidos?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, no me importa. De todas formas, no vamos a dejar que se celebre esa maldita boda, así que a estas alturas es una cuestión irrelevante.

Contra la pared, Terra me lanza una mirada fulminante mientras mis dos hermanas duermen. Puedo sentir esa mirada clavándose en mi piel cada vez que entro y salgo de la habitación. Ha sido más fácil ignorarla de lo que esperaba. La cinta adhesiva sobre la boca realmente hace que sea más agradable tenerla cerca. Le dedico un segundo de mi atención, sonriéndole con frialdad.

—Si pudiéramos crear una distracción, quizá tendríamos la oportunidad de entrar en la casa de los Winslow —murmura Owen lentamente, devolviendo mi atención hacia él. Parece estar un poco mejor. Los analgésicos y el vendaje en las costillas parecen estar ayudándole un poco.

—Estoy seguro de que a estas alturas Ronney está esperando algo alocado —dice Wyatt sacudiendo su cabeza—. No hay ninguna distracción lo suficientemente grande como para desviar toda esa atención de la casa de Francis.

De nuevo, estoy de acuerdo. Francis tiene su tesoro más preciado consigo y no va a arriesgar nada para que eso cambie. Lo que nos deja sin ideas para el rescate. Se nos acaba el tiempo y no estamos ni un pelo más cerca de salvar a Kingston y a Daisy. Aprieto los puños mientras mi frustración crece.

—Uno pensaría que, con todo el plan que Daisy ha urdido para acabar con esos bastardos, tendría algún tipo de plan B —gruño antes de descargar toda mi energía acumulada. La pared es la víctima de mi puño. El yeso se desmorona bajo la fuerza del golpe. Retiro el puño del agujero y respiro con dificultad.

—¡DIOS MÍO! —exclama Owen de repente—. ¡Lo *tiene*! ¡Daisy me lo contó! Bueno, más o menos.

Me doy la vuelta para mirarlo y veo que Wyatt también lo está mirando con incredulidad.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Wyatt.

—¡Cuando nos estaba enseñando a Kingston y a mí sus escondites, también me enseñó dónde estaba su Plan B! —Se dirige con paso rígido hacia la mesa. Aparta a un lado lo que queda de la pizza congelada que nos hemos zampado para cenar y abre su portátil—. No me dijo exactamente en

qué consiste su Plan B, pero me dio una ubicación y me dijo que, si las cosas se torcían o le pasaba algo, debíamos venir aquí.

Me trago una serie de maldiciones y gruño:

—¿Por qué nos lo cuentas *ahora*?

—Porque con todo lo que ha pasado, se me había olvidado por completo. Mira —Owen gira el portátil hacia Wyatt y hacia mí—. Aquí es donde Daisy dijo que fuéramos. Se le debe de haber olvidado decíroslo después de repasar dónde nos encontraríamos si nos separábamos.

Me acerco con paso firme a la pantalla y la miro fijamente.

—Eso está a unos veinte minutos a las afueras de la ciudad.

Wyatt se dirige pesadamente hacia la puerta de la cocina, cogiendo las llaves de la encimera mientras camina.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Vamos a ver cuál es el plan B de Daisy.



Cuando llegamos al lugar, ya está completamente oscuro. O al menos, a la zona más o menos donde debería estar.

—Vale, el GPS dice que debería estar justo aquí —murmura Wyatt y luego señala el arcén de la carretera que se acerca. Aparco a un lado y apago el coche.

—¿Y ahora qué? —Abro la puerta del coche y miro a mi alrededor. Aquí no hay nada más que bosque.

—Dijo que a metro y medio de la carretera habría una cuerda roja a la altura de los ojos, enrollada alrededor del tronco de un cedro. Hay algo enterrado a solo treinta centímetros de profundidad.

Wyatt imita mi suspiro de exasperación y luego pregunta:

—Primero, ¿cómo se supone que vamos a ver algo con lo oscuro que está aquí fuera? Y segundo, ¿a la altura de *nuestros* ojos o de los suyos? ¡Eso es una diferencia enorme!

—Solo mantén los ojos bien abiertos. —Lo adelanto y me adentro en el bosque. Calculando al ojo unos cinco pies, me detengo unos minutos más

tarde y miro a mi alrededor.

Owen se detiene a unos metros de distancia.

—No sé cómo es un cedro en comparación con cualquier otro árbol.

—Solo busca una maldita cuerda roja y cállate. Se me está acabando la paciencia contigo —le espeto.

—Ya les he pedido perdón, chicos —resopla Owen—. No pueden seguir enfadados conmigo.

En lugar de decirle a Owen que claro que puedo estarlo, me acerco a un árbol, buscando una cuerda. Los tres nos separamos, palpando y escudriñando cada maldito árbol de los alrededores. ¿Dónde está esta estúpida...

—¡La encontré! —grita Wyatt.

Corro hacia él y veo a Wyatt agachándose para acariciar el cordón.

—Resulta que se refiere a la altura de sus ojos —murmura antes de caer de rodillas. Hago lo mismo que él. Juntos, los dos empezamos a cavar con las manos desnudas.

Detrás de nosotros, Owen cambia el peso de un pie a otro. Tardamos unos minutos en remover la tierra, pero *al final* mis dedos tocan algo.

—Aquí. —Se lo enseño a Wyatt y él me ayuda a apartar la tierra lo suficiente como para descubrir una caja de zapatos. La arranco del suelo y le quito la tapa de un tirón mientras me levanto.

Apenas me he enderezado cuando mi cuerpo se paraliza de sorpresa. Solo hay dos objetos dentro de la caja. Uno es un mando a distancia de un televisor antiguo. El segundo es un mapa. Por separado, los objetos no parecen nada amenazantes. Pero son las palabras escritas en el pequeño mapa de Briar Glen las que me hielan la sangre.

Wyatt se acerca y coge el mapa. Sé que en cuanto ve las palabras escritas con la letra de Daisy se queda sin aliento.

—Bueno, ¿qué pasa? —pregunta Owen, intentando abrirse paso entre nosotros.

Wyatt le entrega el mapa mientras yo vuelvo a mirar el mando a distancia que hay en la caja. Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Es nuestra forma de salvar a Kingston y a Daisy. Mañana volveremos a estar todos juntos.

—O estaremos muertos —señala Wyatt con aire sombrío.

Riendo con amargura, asiento con la cabeza:

—O morimos.

OceanofPDF.com

Cincuenta y Uno



Normalmente, me cuesta un rato volver a la realidad después de escapar a los recovecos de mi propia mente. Esta vez es diferente. Mi cuerpo se inclina hacia delante al sentir el aroma de algo sabroso que me llega a la cara. Pero, aunque se me hace la boca agua y el estómago gruñe, mi hambre se ve superada por el escozor de los azotes de *la purificación* de Francis. Por suerte, estuve entrando y saliendo del desmayo durante el proceso de su tratamiento, así que no recuerdo gran cosa. Por desgracia, las secuelas son difíciles de ignorar. El dolor me llega hasta los huesos. Mi cuerpo se tensa como si me hubieran electrocutado. Jadeo al abrir los ojos.

Inmediatamente, me doy cuenta de que ya no estoy haciendo equilibrio sobre los dedos de los pies. Tengo las manos, las piernas y el pecho atados y sigo desnuda, pero esto es mucho mejor. Ese pequeño alivio se esfuma cuando la persona sentada justo delante de mí entra en mi campo de visión. La piel alrededor de los cálidos ojos marrones que me miran se arruga mientras la mujer a la que una vez adoré me sonríe.

—Ah, ahí estás. Sabía que lo único que necesitabas era un poco de ánimo —me saluda la señora Joanna. La dueña de Ma Diner levanta el cuenco que tiene en la mano y sonríe—. Debes de estar muerta de hambre. Con todo el ajetreo de tu boda, supongo que se olvidaron de cuidar de la novia.

Vestida con un hábito como el de las monjas que me bañaban, no se parece en nada a la camarera y dueña de un restaurante. Un collar cuelga de su cuello mientras se inclina hacia delante. Mis ojos se fijan en el símbolo dorado y me doy cuenta de que es la runa de Zarzuz.

Echo un vistazo al cuenco que tiene en su mano. De ahí es de donde proviene ese aroma tan apetecible. Parece un sustancioso estofado de ternera con trozos gruesos de zanahoria y apio. Mi estómago vuelve a rugir.

—Toma, déjame darte de comer, y luego me ocuparé de Kingston. Se rumorea que va a ser tu dama de honor… O supongo que se le llamaría hombre de honor. —Inclina la cabeza para pensar en el título y luego lanza una mirada curiosa a alguien a mi derecha—. Supongo que tendrás que decirle a uno de nosotros cómo presentarte. Nadie quiere ser políticamente incorrecto hoy en día.

Sigo su mirada y veo a Kingston atado a una silla a unos metros de distancia. Le está lanzando miradas asesinas a la señora Joanna, pero a ella o bien no le importa o no se da cuenta, porque le sonríe con la misma calidez con la que solía sonreírnos a todos cuando éramos niños. Un resentimiento amargo se acumula en mi corazón. Cuando vuelve a mirarme, me aseguro de que sienta cada gramo de mi odio a través de mi propia mirada.

—Toma, ya debería estar lo suficientemente frío como para comerlo. —Me lleva una cucharada de estofado a los labios.

Aunque mi estómago vuelve a rugir, mantengo su mirada y aprieto los labios.

—Vamos, cariño. Sé que estás nerviosa por lo que se avecina, pero, en serio, deberías estar emocionada. Necesitas el estómago lleno. —La señora Joanna me pasa la cuchara por los labios, dejando que el guiso los cubra—. Te he traído tu postre favorito. No creas que me he olvidado. Arriba hay un batido de plátano y fresa con tu nombre, pero no te lo daré hasta que comas.

Mi cuerpo tiembla por el dolor que lo recorre, pero ese temblor se ve seguido por otro, ¿y este? Está lleno de ira. Esta mujer fue solo una de las muchas que me vieron crecer, me recibieron con los brazos abiertos y me mimaron a sabiendas de que nunca llegaría a crecer, a hacerme mayor ni a tener una vida. Lo *sabía* y, aun así, fingía preocuparse por mí.

Abro la boca, sin apartar la mirada de su rostro.

—¡Así se hace! —Claramente complacida por mi disposición, vierte el contenido de su cuchara en mi boca, con cuidado de no derramar nada.

Está delicioso. Cálido, pero no caliente, el guiso es uno de los mejores que he probado nunca. La mezcla de especias para evitar que el guiso resulte soso combina a la perfección. Mi estómago gruñe de emoción.

Cuando la señora Joanna se aparta, se lo escupo todo en la cara.

—¡Oh! —Se queda paralizada, con los ojos como platos y su boca boquiabierta.

Lentamente, la señora Joanna se limpia la cara con la manga de su camisa. Cuando termina, respira hondo y se levanta de la silla plegable que tiene delante de mí.

—Solo intentaba ser amable.

No me molesto en responder. Mi mirada sigue clavada en su cara mientras ella mira a Kingston.

—¿Supongo que no vas a ser más receptivo a la amabilidad?

Por el rabillo del ojo, veo a Kingston negando con su cabeza. La dueña de Ma Diner asiente antes de darse la vuelta y marcharse. Aparta unas cortinas gruesas y desaparece. Antes de que pueda girarme hacia Kingston para asegurarme de que está bien, el estruendo de unos pesados pasos bajando por unas escaleras me llama la atención. Un momento después, la cortina se abre de golpe y aparece el sheriff Ronney Maxwell, con la cara roja. Se abalanza hacia mí mientras me señala con el dedo a la cara.

—¿Dónde están? —me gruñe.

—Tendrás que ser más específico sobre a quién te refieres.

Mi comentario me vale un golpe en la cara con el dorso de su mano. Me golpea tan fuerte que mi cabeza se desvía hacia un lado y veo estrellas. Jadeando en busca de aire, vuelvo a mirarlo lentamente.

—Tus amigos. Sé que les dijiste adónde ir en caso de que las cosas se torcieran —espeta—. Lo has planeado todo hasta el más mínimo detalle, así que no me vengas con mierdas de que no sabes dónde pueden estar.

Frunzo el ceño, confundida, mientras mi corazón da un salto de esperanza.

—¿Mis amigos? ¿Te refieres a Wyatt, Drake y Owen? La última vez que los vi, se suponía que estaban bajo *tu* custodia. ¿Cómo se supone que voy a...?

Ronney saca su pistola de la funda del cinturón con un gruñido.

—Vale, si quieres jugar a este puto juego, jugaremos.

Se acerca pisando fuerte a Kingston y le apunta con el cañón de la pistola justo entre los ojos. Se me para el corazón. Dentro de mi cabeza, hay gritos. No es un solo grito. Es el sonido de muchas voces gritando. Pertenecen a todas las mujeres que se convirtieron en víctimas de Oliver. ¿Sus gritos de negación, agonía y horror? Ahora son todos míos, mientras Ronney apunta con la pistola a uno de los hombres a los que amo.

—*Él* no tiene nada que ver con todo esto. —Ronney me sonríe con frialdad —. Así que, si no quieres tener de compañía un cadáver aquí abajo contigo, te sugiero que empieces a hablar. Se escaparon poco después de que los arrestáramos hace treinta y seis horas. Eso les da tiempo de sobra para huir y encontrar refugio. *Un* refugio que probablemente preparaste para ti o para ellos. Así que dime, ¿dónde carajos están? No voy a dejar que arruinen esta noche.

El alivio que me produce saber que han escapado se ve eclipsado por el terror que me provoca mi situación actual. La mano de Ronney no vacila. Presiona el cañón contra la frente de Kingston y espera.

—Te voy a matar. —Las palabras son una promesa mientras mantengo la mirada fija en Ronney.

Él sonríe.

—Claro que sí. —Quita el seguro.

—Ahora, tus amigos. ¿Dónde están?

Kingston me mira, con la mandíbula apretada y el ceño fruncido. Solo una vez, niega con la cabeza. Está dispuesto a morir para mantener a salvo a los demás. Mi frágil corazón se infla. Su lealtad es inquebrantable, y lo amo tanto por eso.

—No puedo darte una dirección. —Me humedezco los labios secos mientras mi mirada se eleva hacia el rostro de Ronney—. Pero puedo darte las coordenadas.

—Bien. —Aparta la pistola de la cabeza de Kingston y la guarda en la funda. Un segundo después, tiene un bloc de papel en su mano y un lápiz pequeño. Rápidamente, le doy las coordenadas, y cuando termino, se guarda la información en el bolsillo trasero—. Si esto no me lleva hasta ellos, mataré a Kingston sin dudarlo.

Asiento con la cabeza, con el corazón a mil. Dicho esto, Ronney se aleja a toda prisa. Cuando el sonido de sus pasos desaparece subiendo las escaleras, miro a Kingston, cuyo rostro está deformado por la confusión y la preocupación.

—Eso debería darnos unos veinte minutos. Cuando se dé cuenta de que esas coordenadas llevan a la tumba de su mujer, se va a cabrear aún más.

Kingston parpadea antes de que su rostro se ilumine con una amplia sonrisa. Me alegro de que pueda sonreír en un momento como este. Con solo veinte minutos a nuestro favor y sin una forma clara de escapar de nuestras ataduras, bien podría ser un hombre muerto.



Llegan los veinte minutos.

Y se van.

Ronney no regresa. Lo que sea que haya pasado para impedir que cumpliera su amenaza es un pequeño milagro para nosotros. Durante este tiempo, hago todo lo posible por liberarme. Las ataduras que cubren mi cuerpo gritan de dolor mientras muevo los brazos hacia arriba por el respaldo de la silla a la que estoy atada. Me lleva tiempo, un montón de quemaduras por la cuerda y algunos puntos de sutura rotos, pero *finalmente* consigo pasar los brazos por encima del respaldo y colocarlos entre el asiento y yo.

Me doy un momento de descanso para pensar qué hacer a continuación. Siempre está la opción de volcar la silla y esperar que se rompa. Dada la solidez de esta silla, tengo la sensación de que ese plan no saldrá como yo quiero.

Mientras intento pensar en otro plan, un alboroto de actividad junto a las escaleras, que están en algún lugar fuera de mi vista, me hace detenerme.

Unos segundos después, Kingston y yo descubrimos a qué se debe el alboroto. Aparece Francis, junto con cinco mujeres y cuatro hombres. Ver a las cinco mujeres vestidas con sus hábitos me inquieta más que ver al padre de Kingston. Entre todos, sostienen una tela blanca arrugada en los brazos, cuidando de que no toque el suelo. Se alinean a mi lado mientras dos de los cuatro hombres se acercan por detrás. Los otros dos se quedan junto a la cortina mientras Francis se acerca a mí.

Coge la silla plegable en la que estaba sentada la señora Joanna, la retira unos metros y se sienta. Hace un gesto ostentoso de arreglarse la camisa y alisar arrugas imaginarias de sus pantalones planchados. Cuando termina, Francis se recuesta en el asiento y cruza una pierna sobre la otra rodilla.

—Es hora de la prueba, Daisy —me dice—. Estarás preciosa para tu boda de esta noche.

Podría malgastar mis palabras, lanzándole maldiciones o amenazas. Supongo que me haría sentir un poco mejor, aunque no serviría de nada. Lo hice con Oliver durante el primer año, y nada de lo que dije le impidió completar la horrible actividad que viniera a realizar a la habitación. No sería descabellado pensar que a Francis tampoco le afectaría. Así que, en lugar de decir algo, no digo nada en absoluto.

—Las Hijas de Zarzuz te han traído tu vestido. Te tomarán las medidas para hacer algunos ajustes, y te portarás bien con ellas, ¿verdad? —Levanta una ceja oscura—. Creo que ya te he sacado toda la maldad de encima, pero si no he hecho un buen trabajo, estaré más que encantado de repetir el proceso.

Ante esto, no puedo evitar sonreír. ¿De verdad creía que unos cuantos azotes servirían para asegurar mi cooperación? Oliver lo hizo, *y* mucho peor.

Mi sonrisa es una burla que no le afecta a Francis. Simplemente asiente como si hubiera confirmado mi obediencia y continúa:

—Ronney me ha informado de que no ha conseguido capturar a tus amigos. Te digo esto no para darte esperanzas de que te rescaten como la última vez, sino para que sepas que toda la policía está buscándolos.

Estarán en cada esquina, en cada rincón, y rodeando esta casa. Si los ven, Ronney les ha dado permiso para disparar sin pensárselo dos veces.

Me habría dado igual que me hubiera dado una patada en el estómago.

—Así que esperemos que se hayan dado cuenta de su error y hayan salido a la carrera. —Aplaude y suspira—. Ahora, después de esto, renovaremos la marca de Zarzuz en tu carne, para que él sepa que eres suya. En lugar de cortar tu carne —la comisura del labio superior de Francis se curva con asco—, te grabaremos su escudo en pleno pecho para que todos lo vean.

Mantengo la sonrisa aunque todo mi ser se paraliza. Ya lo mencionó antes, brevemente, cuando estaba en su habitación, pero en ese momento no le di importancia. Ahora, sin embargo, el miedo me sube por la garganta, estrangulándome.

A mi lado, Kingston se retuerce en su asiento. Su padre mira en su dirección.

—Quizá también te purifique con la marca de Zarzuz. —Francis da una palmada y los hombres que tengo detrás me agarran de los brazos y empiezan a desatarme mientras las monjas se apresuran hacia mí, con la tela en la mano.

OceanofPDF.com

Cincuenta y Dos



—... casi en la cima —gruño, con el teléfono apretado entre el hombro y la oreja.

—Pues date prisa, quiero sacar a esos dos de ahí —sisea Wyatt al otro lado de la línea.

¿No es lo que todos queremos? En lugar de señalarlo, sigo subiendo la escalera de la vieja torre de agua hasta llegar a la cima. Está oscureciendo y las celebraciones acaban de empezar. Según la invitación digital que recibió la familia Miller, la boda está prevista para medianoche. Tenemos que darnos prisa. Con los demás en sus puestos, escondidos fuera de la vista no muy lejos de la casa de Francis, estamos casi listos para poner en marcha el plan infalible de Daisy.

El corazón me late a mil y el sudor me resbala por la frente. Una parte de mí sigue sin poder creer que Daisy haya conseguido llevar esto a cabo. Realmente pensó en todo. No entiendo cómo pensó que podría llevar a cabo *este* plan en particular ella sola si las cosas se ponían demasiado mal como para seguir con su plan original de destrucción. Habría sido una sentencia de muerte para ella.

Y aún podría serlo, teniendo en cuenta cómo lo ha montado todo.

¿Pero quizá ese sea el punto? La inquietud se apodera de mí. Todo lo que Daisy ha hecho ha sido al extremo. ¿Hasta dónde pensaba llegar para conseguir su venganza? ¿Moriría para asegurarse de que fuera completa?

La idea me produce náuseas, así que la aparto de mi mente.

Cuando llego a lo alto de la torre y subo a la pasarela, suspiro aliviado. Echo un vistazo rápido al pueblo de Briar Glen. Casi puedo oír la música desde aquí. Unos cuantos globos se escapan y se elevan hacia el cielo estrellado. Si estuviera más cerca, seguro que podría oler el cerdo desmenuzado y los buñuelos.

Las festividades que se están celebrando facilitan el movimiento. Hay policías por todas partes, pero con tanta gente, es fácil conducir y colarse entre la multitud. Esta noche van a sacrificar a Daisy, y aunque la mayoría del pueblo sabe lo que va a pasar, hay una buena parte que cree que solo se trata de una celebración improvisada. Una noche divertida en medio de una época oscura en Briar Glen.

—Bien, ya estoy aquí arriba. —Me quito la mochila y la dejo con cuidado a mis pies.

En mi oído, oigo a Wyatt decirle a Drake que estoy en posición. Me da envidia el papel que tienen en nuestro plan. Dado el estado de mis costillas, no voy a ser de ninguna ayuda para rescatar a Kingston o a Daisy. Al menos puedo hacer esto, y una vez que haya terminado, podré reunirme con todos.

Dios, espero que esto funcione.

Daisy ha llevado su fabricación de bombas al siguiente nivel y ha aumentado el peligro. Ha cogido sus artilugios caseros y los ha pegado con cinta adhesiva al interior de la tapa de un bidón lleno de gasolina; realmente se ha esforzado al máximo para asegurarse de que Briar Glen quede borrado del mapa. Están repartidos por toda la ciudad, ocultos casi a plena vista o enterrados en diferentes propiedades. Se ha asegurado de que no haya ningún lugar que se salve. ¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta de su presencia en todos estos años?

—Muy bien, estamos listos —responde Wyatt al cabo de un momento—. ¿Alguna pregunta antes de hacerlo?

Agachándome con cuidado, siseando por el dolor en las costillas, abro la cremallera de mi mochila y saco la caja de zapatos. Al abrirla, cojo el

mando de la tele con cuidado y cojo el mapa. Al levantarme, mis ojos vuelven a la ciudad que se extiende abajo.

La gente va a salir herida. Algunos podrían morir. Habrá gente inocente en medio…

—¿Estamos seguros de que queremos hacer esto? —Mi pregunta sale en voz baja, más para mí mismo que para Wyatt o Drake—. Sé que lo que hemos hecho hasta ahora con Daisy ha sido… cuestionable. ¿Pero esto? Esto es un nivel de locura totalmente nuevo.

Hay una pausa. Juraría que oigo el suspiro exasperado de Drake al otro lado, aunque no puedo estar seguro.

—Hay que hacerlo, Owen —responde Wyatt con solemnidad—. La mayoría de esta gente se lo *merece*. Además, Daisy no es mala. Ha dejado un margen de tiempo entre las primeras explosiones para que la gente tenga la oportunidad de huir.

Asiento con la cabeza. Él no puede verlo, pero el gesto fue más para mí mismo que para él, de todos modos. Haré lo que sea para ayudar a Daisy, aunque eso signifique convertirme en un terrorista doméstico.

Apoyando una mano en la barandilla, dejo que el pulgar de la otra mano se cebe sobre el botón de encendido.

—De acuerdo. —Trago saliva—. A tu señal, Wyatt.

Puedo oír cómo respira hondo para tranquilizarse. Mientras se toma ese momento, miro el mapa. Hay quince X marcadas estratégicamente por todo Briar Glen, con un pequeño número escrito encima de cada una. Las tres primeras de la secuencia están separadas por diez minutos entre sí; a partir de ahí, el tiempo entre ellas se va acortando cada vez más. La última X está justo encima de la casa de los Winslow, no muy lejos de donde están Wyatt y Drake. Habíamos hablado de eso, lo habíamos planeado lo mejor que pudimos, pero ¿ponerlo en práctica?

Esto es aterrador.

Con solo pulsar un botón, Daisy y Kingston podrían acabar achicharrados. Sin otras opciones ni tiempo, es un riesgo que tenemos que correr. Un *gran* riesgo. Y si algo sale mal por parte de Drake y Wyatt... ellos también podrían morir. Yo soy el único relativamente a salvo, y eso no me da ninguna sensación de alivio.

—Tres —dice Wyatt de repente, rompiendo el silencio al otro lado de la línea—. Dos.

—Uno —digo con él.

Pulso el botón.

OceanofPDF.com

Cincuenta y Tres



—¡No le pegues en la cara! ¡Ya tiene un moratón que tenemos que tapar! —gruñe Francis mientras yo me retuerzo.

Mis pies se despegan del suelo mientras empujo de un puntapié al hombre del hierro candente para alejarlo de mí. Los dos hombres que me sujetan por los brazos luchan por no rompérmelos mientras yo me resisto a su agarre.

—¡Daisy Murray! —grita Francis enfadado—. ¡Siéntate, joder!

No hago tal cosa. Si acaso, lucho con más fuerza. Mi mano derecha se libera de la persona que me sujeta. Cierro el puño y le doy un puñetazo en la nariz al otro. Él suelta una maldición y me suelta el otro brazo para agarrarse la cara. Me agacho cuando alguien se abalanza sobre mí, y me giro cuando el otro se recupera e intenta agarrarme el pelo que se me ha salido del moño.

No hay ningún sitio adonde ir. Con cuatro hombres más Francis bloqueando la salida de este espacio acordonado, estoy prácticamente atrapada. Pero no me voy a quedar aquí sentada esperando a que me marquen y luego me sacrifiquen.

Tengo que encontrar a Kingston y salir de aquí.

Se lo llevaron hace una hora, mientras me probaban el traje. Se resistió a patadas y mordiscos, pero los tipos que lo agarraron eran aún más fornidos

que los cuatro que ahora están delante de mí. Cuando Francis no quiso decirme adónde se llevaban a King, perdí los estribos.

Bueno, quizá ya había perdido los estribos mucho antes, pero la poca cordura que me quedaba se ha esfumado. Mordí, di patadas y apuñalé a una Hija con una aguja que conseguí pillar cuando tuve la mano libre mientras me medían las mangas. Les costó un montón de esfuerzo conseguir los números que necesitaban, pero al final las Hijas se largaron a toda prisa.

Y cuando se fueron, aparecieron estos tipos.

El hombre con el soplete en una mano y el hierro para marcar en la otra me mira fijamente. Le sostengo la mirada.

—¿Qué crees que va a pasar aquí, Daisy? —pregunta Francis, recuperando la compostura e intentando sonar razonable—. Siéntate y esto acabará rápido.

—¡Hazlo tú! —insisto, sin mirarlo ni de reojo.

Francis se ríe.

—Ya lo he hecho. Todos lo hemos hecho. Marty, enséñaselo.

Uno de los tipos, Marty, se levanta la camiseta y me muestra una runa del tamaño de una moneda de veinticinco centavos grabada a fuego en la piel, justo encima del corazón.

—Gran muestra de devoción. —Pongo los ojos en blanco mientras se baja la camiseta—. Pero yo ya tengo su runa grabada en mí, como puedes ver.

Sin nada más que mi propia piel, es imposible *no* darse cuenta.

—Se me está acabando la paciencia, Daisy. —Francis da un paso adelante.

—¿Adónde te has llevado a Kingston?

Francis pone los ojos en blanco.

—A su propia prueba de trajes. Estará ahí a tu lado esta noche, observando.

Una pequeña y cruel sonrisa se dibuja en sus labios.

Y *me* llaman loca…

—¡Sumo Sacerdote! —grita alguien desde algún lugar al otro lado de la cortina—. ¡Tenemos un problema!

Francis suspira, y su sonrisa se desvanece. Se vuelve hacia Marty.

—Ve a ver qué está pasando. —Marty asiente y se dirige detrás de la cortina. El padre de Kingston me hace un gesto con la mano.

—Atrápala. No me importa si tienes que romperle una pierna para someterla. Caminará por el pasillo cojeando.

Los dos hombres se abalanzan sobre mí. No es una pelea justa, y con energía renovada me inmovilizan en el suelo en solo unos minutos. Respiro con dificultad mientras sigo librando una batalla perdida. El hombre del soplete lo enciende y vuelve a calentar el hierro para marcarme.

Las lágrimas de rabia se acumulan en mis ojos, pero no me frenan mientras me retuerzo. Cuando el hierro está al rojo vivo y brillando, el marcador da un paso adelante y me sonríe. Es casi una sonrisa amistosa.

—¡No, no, no! —grito mientras lo acerca a mi cabeza.

Justo cuando empieza a bajar, la casa tiembla. Cae polvo del techo y algo al otro lado de la cortina se hace añicos. Todo el mundo se queda paralizado.

—¿Qué demonios ha sido...? —Las palabras de Francis se truncan cuando la casa vuelve a temblar, esta vez con más fuerza.

—¡Sumo Sacerdote! ¡Tenemos que sacarte a ti y a la Elegida de aquí! —grita alguien desde algún lugar fuera de mi vista, y el estruendo de pasos bajando las escaleras me indica que estoy a punto de tener más compañía.

Cuando aparecen al menos media docena de hombres, la casa vuelve a temblar. Incluso con más fuerza que las dos primeras veces.

—¡Todo el pueblo está bajo ataque! Están explotando bombas por todas partes y todo está en llamas. ¡Es un caos! —grita uno de ellos.

—Ronney se ha visto obligado a controlar a la multitud y se ha llevado a la mitad de los chicos fuera con él, pero subiendo por la calle...

—... ¡TODAS LAS CASAS DE ESTA MANZANA ESTÁN EN LLAMAS! —termina de decir otro mientras la casa sigue temblando.

Francis se da la vuelta para mirarme, gruñendo mientras se dirige hacia mí.

—¡¿Qué has hecho?!

Miro fijamente su figura que se acerca con la boca abierta de asombro.

Lo han conseguido. Mis chicos han encontrado el Plan B. El alivio que me inunda el pecho, apartando todo el miedo y la ira, no viene de pensar que quizá me salve. El hecho de que pueda sentir las sacudidas de las explosiones cercanas me dice que ya es demasiado tarde para eso.

No, este alivio es sencillo, y surge de saber que todo mi sufrimiento está a punto de terminar. Hay una sensación general de pérdida mezclada con ello, pero siempre supe que no había futuro después de Briar Glen. Duele saber que Kingston estará aquí cuando llegue el final, pero quizá su sufrimiento se detenga de golpe junto al mío. No estará solo en su muerte.

Quizá en la próxima vida, estaremos todos juntos.

Antes de que Francis llegue hasta mí, me estoy riendo. A carcajadas. Se me revuelve el estómago y se me llenan los ojos de lágrimas. En mi pecho, mi corazón late a un ritmo que hará que se me pare si no lo controlo. Pero ahora mismo no controlo nada.

Así que lo único que puedo hacer es reírme.

La casa cruje mientras el sonido de otra explosión atraviesa los cimientos hasta llegar hasta donde estamos. Las bombas que estallan se acercan cada vez más, y el tiempo entre cada una es cada vez más corto. El efecto dominó está en pleno apogeo.

Debe de ser una vista preciosa desde fuera.

—¡Cójanla y vámonos! —ruge.

Me levantan del suelo de un tirón y sigo riéndome. Ahora las lágrimas me resbalan por las mejillas, y lo único que puedo hacer es jadear desesperadamente en busca de aire. Me estoy riendo tanto que me duele el estómago. El rugido de las explosiones se acerca mientras las cortinas se apartan de un empujón. No me sorprende ver que el resto del sótano tiene las paredes pintadas con las runas de Zarzuz, ni la estatua, parecida a la de Vincent, al fondo, junto a la puerta.

—¡Por ahí atrás! —grita Francis mientras corre delante de nosotros.

Mierda. ¿Quiere salir por ahí? Me dan retortijones en el estómago mientras me río aún más fuerte. Francis se va a arrepentir muchísimo de esto...

Estamos a mitad de camino de la puerta cuando todo el sótano queda envuelto en llamas. El mundo se convierte en calor, humo y escombros.

Mientras me veo envuelta en una ola de destrucción, cierro los ojos, sonrío y espero el dulce abrazo de la muerte.

Por fin.

OceanofPDF.com

Cincuenta y Cuatro



Desde la ventana de mi antigua habitación, veía las columnas de fuego y humo en forma de seta a medida que cada explosión se acercaba. Todas las demás propiedades se salvaban mientras la destrucción se abalanzaba sobre nosotros. Las llamas naranjas y amarillas, rojas y azules eran magníficas.

De verdad, una obra de arte.

Los Hijos de Zarzuz también las vieron y, cuando cundió el pánico, se olvidaron por completo de mí. Conseguí llegar a la planta baja sin problemas justo cuando la casa se desmoronaba.

Me levantó del suelo y me lanzó hacia atrás junto con los escombros de la casa en cuestión de segundos. Apenas tuve tiempo de procesar lo que estaba pasando. Pero cuando mi cuerpo golpeó el suelo junto con el resto de los escombros, un dolor desconcertante aniquiló todos mis pensamientos y sentimientos. Ahora tengo un zumbido en los oídos. El humo me obstruye los pulmones y me quema los ojos. Siento como si todo mi cuerpo vibrara, ¿y el dolor en la pierna derecha? Increíble. Tanto que me roba el poco aire que consigo aspirar.

Se oyen gritos en algún lugar cercano. Una mujer que sufre, suplicando ayuda. También hay gemidos suaves que salpican el área a mi alrededor, pero se desvanecen bastante rápido.

Levanto la cabeza lentamente, tratando de orientarme. Con tanto humo en el aire, no veo casi nada. Intento moverme, pero no consigo nada. Apoyándome en los antebrazos, me incorporo a medias y descubro que la parte inferior de mi cuerpo está cubierta de escombros, algunos de los cuales están en llamas.

Maldiciendo, respiro con dificultad e intento darme la vuelta, pero hay demasiado peso encima de mí como para moverme.

Lo intento de nuevo, pero en lugar de darme la vuelta, esta vez intento arrastrarme hacia fuera. Avanzo unos centímetros antes de verme obligado a parar o arriesgarme a perder la pierna por completo. Jadeando con fuerza, miro a mi alrededor en busca de algo que me ayude, pero lo único que veo es fuego y escombros.

Espera, ¿dónde está la puerta del sótano? ¿Dónde está Daisy?

Una fría sensación de pánico y terror me aplasta como una trampa para osos. Grito el nombre de Daisy. Pero solo consigo un ataque de tos. La desesperación reaviva mi necesidad de salir de debajo de estos escombros en llamas. Tiro y tiro de mi pierna, ignorando el dolor para liberarme.

—*¡DAISY!* —Mi boca se mueve, pero mi grito no es más que un soplo de aire mientras repito su nombre una y otra vez. Mi corazón late tan frenéticamente como el resto de mi cuerpo, intentando salir a rastras de mi pecho y arrastrarse hasta ella.

Entre el rugido de las llamas, los gritos de agonía y las continuas explosiones que se producen fuera, llega un sonido. Al principio no lo proceso. Demasiado ocupado intentando escapar, no me doy cuenta. No es hasta que tengo que parar para recuperar el aliento cuando lo oigo. Con la mejilla apoyada en el suelo de madera caliente, mi canción favorita de todo el maldito mundo flota en el aire.

Solo una cucharada de azúcar hace que la medicina baje… La medicina baje. La medicina baje.

Levanto la cabeza de golpe y miro a mi alrededor. Aparecen dos figuras oscuras, moviéndose entre el polvo como sombras. Una silba mientras se arrastran. Me siento tan aliviado que podría llorar. Junto los labios e intento silbar mientras agito un brazo en el aire.

No sale nada. Tengo la boca demasiado seca, y el humo y el polvo son demasiado espesos. No se dan cuenta de que estoy aquí. Me aclaro la garganta y me humedezco los labios, lo intento de nuevo. Esta vez sale un pequeño sonido. No es mucho, pero es algo. Pero no lo suficiente para llamar su atención. Se cuelan en la otra habitación mientras apartan escombros de una patada mientras registran el caos. Me aclaro la garganta, decidido a llamar su atención.

Esta vez, cuando silbo, el sonido es alto y claro.

Justo antes de que me dé un ataque de tos.

El sonido de pasos se acerca y, de repente, dos hombres enmascarados con chaquetas negras se agachan a mi lado.

—Joder, King, te sacaremos de aquí. —Es la voz de Wyatt.

Juntos, él y el que parece ser Drake empiezan a quitar los escombros de mi parte inferior. En cuanto me quitan suficiente peso, me arrastro para liberarme y me pongo de pie. Me tambaleo, pero Drake me agarra del codo para estabilizarme.

—Mierda, tu pierna. —Wyatt se agacha y se levanta su máscara.

Ni siquiera me molesto en echar un vistazo. El dolor me dice que probablemente esté mal, pero no tiene importancia. Ya me ocuparé de ello más tarde. Tras un rápido examen, compruebo que al menos puedo apoyar un poco el peso sobre ella.

Me vuelvo hacia Drake y le digo:

—*Tenemos que ir por Daisy.*

—¿Dónde está? —pregunta, con una voz que no es más que un gruñido tras esa máscara demoníaca.

—*Estaba en el sótano...*

—¡*Joder*! —suelta Drake mientras Wyatt se pone en pie.

—¿Qué? ¿Dónde está? —exige.

—King dice que estaba en el sótano.

Wyatt gruñe.

Se me encoge el corazón al oírlo.

—*¿Qué? Dímelo.*

Wyatt me lanza una mirada de dolor antes de subir su máscara.

—La bomba explotó justo junto a la salida del sótano. Ha destrozado los cimientos de la casa. Se ha derrumbado casi por completo.

Todo se inclina hacia un lado mientras el aire sale de mis pulmones con un silbido.

—Vamos a encontrarla —espeta Drake, agarrándome del brazo y arrastrándome hacia donde debería estar la puerta principal—. Viva o muerta, no me voy a ir sin su cuerpo en mis brazos.

Wyatt nos sigue.

—Buscaremos una forma de bajar ahí, King.

Asiento con la cabeza mientras recojo en silencio los pedazos de mi corazón que intentan salirse de mi pecho.

Esta vez no habrá ninguna duda sobre lo que le pasó a Daisy Murray. O murió mientras se vengaba, o sobrevivió para contarlo.

OceanofPDF.com

Cincuenta y Cinco



Estoy bastante segura de que, sea quien sea el Creador Todopoderoso, me odia.

¿Por qué si no seguiría viva? Las quemaduras me destrozan la piel y el humo amenaza con asfixiarme, pero, por ahora, sigo aquí.

Maldita sea.

Con un gemido, me arrastro para salir de debajo de dos pesadas losas de hormigón que se ciernen sobre mí, lo justo para evitar que cualquiera de ellas me aplaste. A mi alrededor, las tuberías cuelgan desordenadamente de lo que queda del techo y las paredes. Los cables eléctricos se agitan por todas partes, y pequeños incendios empiezan a propagarse por cosas que no se quemaron en la primera oleada.

Lo que queda de la casa pronto se convertirá en cenizas.

En mis ensoñaciones, en las que imaginaba *este* desenlace, pensaba que me estaría riendo desde el infierno. La casa de Francis quedaría reducida a cenizas, el pueblo en el que crecí estaría en ruinas y la idea de Zarzuz habría desaparecido. Yo habría ganado.

Lástima que las cosas no hayan salido así.

Soy muy consciente de lo viva que estoy, y desde luego no me estoy riendo, ¿y Kingston? ¿Qué le habrá pasado? La idea de que esté quemado, enterrado o en algún punto intermedio es demasiado dolorosa de considerar.

Apartando ese pensamiento, miro hacia donde creo que estarían las escaleras.

Si había escaleras en esa dirección, ahora ya no están. En su lugar hay escombros.

Tengo que salir de aquí y encontrarlo. Quizá no sea el Todopoderoso, sino Lilith quien me da fuerzas para llegar hasta él. Organicé un sacrificio en su nombre. ¿Es ella quien me presta algo de fuerza para ayudar a mi amigo? Quizá si consigo llevar a Kingston con los demás, o al menos sacarlo de estos escombros, podré dormir por fin.

Y no volver a despertarme nunca.

Moverme me duele. No hay ni un solo punto de mi cuerpo que no grite de dolor mientras gateo sobre trozos de yeso y me abro paso entre cables con corriente. Lo más difícil es levantarme y trepar por los escombros, me falta toda fuerza física. Es sobre todo la determinación la que impulsa cada uno de mis movimientos. Me arden los pulmones al inhalar y expulsar humo. El polvo se me pega a la lengua y me quema los ojos.

Aun así, sigo adelante.

Alguien jadea. Cuando una pequeña brisa me aleja el humo de la cara, uno de los Hijos de Zarzuz aparece ante mis ojos. Un trozo de barra de metal le sobresale de la pelvis. Sus ojos miran hacia arriba, sin ver nada. Desde donde estoy, puedo ver cómo su pecho lucha por subir y bajar. Me arrastro hacia él, con cuidado de dónde apoyo el peso.

Sus gemidos de agonía hacen que mis labios se curven hacia arriba. Cuando llego a su lado, lo miro. No me mira, pero debe de sentir que hay alguien cerca porque levanta una mano temblorosa.

—Por favor… ayúdame…

—Muérete de una vez, joder.

En lugar de ayudarlo, me agacho y le quito la camisa. La camisa de botones está rasgada y un poco chamuscada en algunos sitios, pero al menos es algo. Grita suavemente mientras lo zarandeo sin cuidado. Ignorando sus gemidos, me pongo la camisa y me la abrocho. Dejo al hombre y me dirijo hacia donde viene la ligera brisa.

Arrastrarme por debajo y por encima de cosas requiere una energía que no tengo. Mi cuerpo tiembla de cansancio y de los dolores que lo acosan...

Puedo sentir cada uno de ellos. Me detengo para recuperar el aliento. Lo único que quiero es tumbarme y dormir. Podría cerrar los ojos solo unos segundos, ¿no?

No. Tengo que seguir adelante.

Empiezo a moverme de nuevo, más lento que antes. Unos minutos más tarde, me golpea una brisa más fuerte. Despeja el humo una vez más, ¡y ahí está! A unos metros de distancia hay un pequeño agujero que da al exterior. Mi corazón no es capaz de emocionarse. Hasta que no sepa que todos mis hombres están a salvo, no me sentiré bien, pero esta es mi oportunidad de encontrarlos. Avanzo más rápido, sin hacer caso de cómo se me cortan los pies y me sangran las palmas al arrastrarlas por superficies rugosas.

Justo cuando llego al agujero, los cimientos tiemblan.

Me detengo, alerta ante el peligro inminente que me rodea. Es la decisión correcta. Justo donde pensaba ponerme, caen escombros, bloqueando de hecho mi oportunidad de escapar. Me subo la camiseta hasta la cara mientras toso por el polvo extra que ahora flota por todas partes. Cuando la tos se calma, miro fijamente el lugar oscuro donde antes estaba el agujero. Ahora no hay ni una brizna de aire. No hay forma de salir. Al menos no por aquí. Me muerdo el interior de la mejilla, luchando contra las ganas de llorar. No puedo rendirme todavía. Me queda un poco más que dar.

Pero necesito un momento. Estoy tan cansada…

Apoyo las caderas contra unos escombros y dejo caer la cabeza. ¿Qué voy a hacer? Supongo que podría arrastrarme por donde he venido y buscar una forma de subir al primer piso derruido. La idea de gastar toda esa energía me abruma. Mis hombros se hunden aún más mientras mi cabeza se inclina.

—¡Daisy!

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. Al instante me arrepiento, ya que mi cuerpo dolorido protesta por el movimiento brusco. Levanto la cabeza de golpe.

—¡Daisy! ¡*Jodida* Daisy Murray! ¡Más te vale estar viva!

Un sollozo se me escapa mientras las lágrimas que he estado conteniendo resbalan por mis mejillas. Reconozco esa voz, y la otra también. Empujándome con fuerza contra los escombros, me pongo de pie.

—¡Daisy!

Una melodía silbada atraviesa el aire; mi canción favorita me atrae hacia mis personas favoritas, que me esperan al otro lado de este infierno en llamas. Un sollozo profundo me oprime el pecho.

—¡Daisy! ¡Por favor, cariño, di algo! ¡Lo que sea!

Sus voces se alejan cada vez más. *¡No, no!* ¡*Por favor, no me dejen*!

—¡Aquí! ¡Estoy aquí! —Sollozo de nuevo, pero lo interrumpo para volver a gritar—. ¡Estoy aquí! ¡Drake! ¡Wyatt! ¡Estoy aquí!

Hay una breve pausa. ¿Me habrán oído? ¿O habrán seguido adelante...?

—¡DAISY! —gritan al unísono. Casi puedo imaginarme cómo se habrán mirado el uno al otro antes de gritar mi nombre.

La imagen me hace reír, lo que solo me provoca un ataque de tos. Cuando recupero el aliento, les respondo:

—Estoy aquí. ¡Estoy atrapada!

—¡Ya vamos, aguanta! —grita Wyatt.

Oigo el ruido de los escombros moviéndose mientras se abren paso para llegar hasta mí. Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras vuelvo a sollozar. Ni siquiera sé por qué estoy llorando ahora. Parece que han pasado años antes de que una brisa me envuelva, despejando el polvo y el humo que rodean mi cara. A continuación, la luz se cuela en el estrecho espacio en el que me encuentro.

—¿Daisy? ¿Puedes alcanzarnos? —grita Drake desde arriba.

Me arrastro hacia la luz y al sonido de su voz con pasos cautelosos. Cuando llego, levanto la vista. A unos treinta centímetros de distancia están Wyatt, Drake y Kingston, con cara de alivio y mirándome fijamente. Se me corta la respiración.

Kingston está vivo.

Una nueva oleada de lágrimas se desborda y vuelvo a sollozar.

—Joder, Daisy… —dice Wyatt con voz entrecortada mientras me mira con los ojos muy abiertos—. Joder, bien, aguanta. Te tenemos, florecita.

Tanto él como Drake se tumban boca abajo sobre el trozo de hormigón en el que están y cada uno extiende un brazo hacia abajo. Yo alargo los míos. Nuestras yemas se rozan, pero soy demasiado bajita.

—Aguanta —gruñe Drake, deslizándose hacia delante para que la parte superior de su cuerpo se incline más hacia el agujero.

Esta vez, cuando intento alcanzarlo, salto todo lo que puedo. Él consigue agarrarme de la muñeca y levantarme lo suficiente para que Wyatt me agarre. Juntos, me sacan del agujero. Hago una mueca de dolor mientras mi cuerpo protesta por los tirones. Una vez fuera, dos pares de brazos me envuelven. Un fuerte sollozo sacude mi cuerpo, pero se funde con los suyos mientras me abrazan. Estoy a salvo. Libre…

Mis ojos se encuentran con los de Kingston, que está a pocos pasos de distancia. Su mirada está empañada y su mandíbula apretada. Sus cejas oscuras están fruncidas, y bajo todo ese hollín parece más pálido de lo habitual.

—*¿Mi padre?* —pregunta, con sus manos temblando ligeramente.

Mis hombros se levantan y luego vuelven a caer antes de apuntar con la cabeza hacia el agujero del que me sacaron. Francis debería estar muerto. Al fin y al cabo, era el que estaba más cerca de la explosión.

Pero yo sobreviví cuando no debería haberlo hecho.

¿Podría haber salido Francis de alguna manera? La idea de que esto quizá no haya terminado, de que esta pesadilla *aún* no haya acabado incluso después de todo esto, es un peso aplastante sobre mis hombros. Si Francis no está muerto, lo mataré. También está Ronney con quien lidiar. Está por ahí dando vueltas por Briar Glen, haciendo solo Dios sabe qué. Me encargaré de él y de todo lo demás, pero por ahora estoy con la mayoría de mis hombres.

Libero un brazo y tiendo la mano hacia King. Sin dudarlo, Kingston da un paso adelante con su mano levantada y entrelaza sus dedos con los míos.

—*Te amo* —me dice con los labios, con una expresión de angustia.

Asiento con la cabeza, sabiendo que es verdad con todo el corazón.

—¿Estás bien? ¿Dónde te duele? —pregunta Wyatt, dando un paso atrás sin soltarme del todo.

Drake resopla y, por fin, también da un paso atrás.

—¿Qué preguntas más estúpidas son esas? ¡Mírala! Probablemente le duela todo el cuerpo, joder. Vamos, salgamos de aquí.

Al fijarme en sus cortes y moratones, no parecen estar mucho mejor que yo. ¿Qué ha pasado? Abro la boca para preguntar, pero otra pregunta tiene prioridad:

—¿Dónde está Owen?

Un disparo rasga el aire. El cuerpo de Drake se aparta de mí de un respingo mientras gruñe. Suena otro disparo cuando me giro hacia el ruido. Esta vez Drake cae de espaldas, con fuerza. La conmoción me ahoga mientras tropiezo y me coloco a horcajadas sobre el cuerpo de Drake para protegerlo. Antes de que mis ojos puedan fijarse en el tirador, tanto Kingston como Wyatt se dirigen hacia la amenaza.

—¡Atrás! —grita Ronney mientras dispara dos veces, una a cada chico.

Intento gritar de horror, pero tengo la garganta tan irritada que solo sale un chillido ahogado. Por suerte, ambas balas fallan. Kingston y Wyatt se detienen en seco mientras el sheriff nos gruñe a todos, con su arma apuntando a Kingston.

—¡Lo has echado todo a perder, zorra estúpida! —ruge, clavándome la mirada.

De pie en medio del jardín delantero chamuscado y en llamas de la propiedad de los Winslow, cubierto de ceniza y temblando de furia, Ronney tiene un aspecto asesino. Su uniforme está empapado de sudor y su pecho se agita. Está solo. Los cadáveres que salpican el jardín, sus secuaces, no se mueven.

En la calle, hay algunas personas gritando y vociferando. Los coches intentan zigzaguear entre los escombros de la carretera y las sirenas de los vehículos de emergencia aúllan inútilmente en la distancia. Esto es incontrolable. Briar Glen está acabada. Cualquiera que se quede después de un desastre como este se va a quedar sin nada.

—Años, Daisy Murray. ¡Llevamos *años* haciendo esto! He sido capaz de frustrar cada jodido intento de acabar con nosotros. ¡Todos y cada uno de ellos, y me derrota una maldita mocosa malcriada! —Niega con la cabeza lentamente—. Ahora el pueblo está prácticamente acabado. La policía de todos los malditos condados viene hacia acá, y apuesto a que el FBI se ha enterado de esta mierda. Se acabó. ¡Todo *se acabó* por tu culpa!

¿Yo? ¿Por *mi* culpa? Me quedo boquiabierta, mirándolo con incredulidad. Pero mi estupor no dura mucho. Me río, con un sonido seco y frío. Es solo un «ja» aislado, pero basta para que me apunte con la pistola a la cara.

—Te lo has buscado tú mismo. —Doy un paso hacia él, ignorando el arma que tiene en la mano—. Y para que lo sepas, si *no* me matas, te pasarás el resto de tu vida mirando por encima del hombro.

Voy a matarlo, joder. Con una pistola apuntándome a la cara, no puedo arriesgarme a mirar a Drake, pero oigo su gemido, así que sé que está vivo. Por ahora.

Ronney se ríe mientras se oye el chirrido de unos neumáticos y el rugido de un motor cerca.

—Eres muy arrogante dada las circunstancias —se burla—. No tendré que preocuparme por ti después de esto. De hecho, me aseguraré de ser yo quien te entierre.

Antes de que pueda apretar el gatillo, como está claro que quiere hacer, un coche se precipita por el camino de entrada de los Winslow. Mis ojos se desplazan del sheriff desquiciado al vehículo que se acerca a toda velocidad hacia nosotros. Ronney también lo oye y se gira.

Ni siquiera ha dado media vuelta cuando el coche entra en el jardín y atropella a Ronney. Me quedo boquiabierta mientras el cuerpo de Ronney sale volando tres metros antes de desplomarse en el suelo de una forma antinatural. El coche que lo atropelló derrapa hasta detenerse, dejando huellas de neumáticos en el jardín. Sin saber qué esperar, me preparo para proteger a Drake, que está empezando a incorporarse.

La puerta del conductor se abre de golpe y Owen sale del coche. Nos dedica una sonrisa.

—Resulta que disparar a la gente y atropellarla con mi coche son mis métodos preferidos para matar.

Wyatt se ríe, aunque el sonido es un poco forzado. Kingston también, con el hombro temblando mientras se agarra el estómago y se dobla por la mitad. A mí me falta la capacidad de encontrarle la gracia al momento. En lugar de sentirme aliviada, mi corazón se acelera cuando me doy la vuelta. Drake está sentado con la espalda recta y una mano cubriéndole el brazo. Me agacho junto a él hasta que estamos prácticamente nariz con nariz.

—Drake...

—Estoy bien, Daisy. —Me mira a los ojos y mantiene la mirada—. Solo un rasguño en el brazo y otro en el muslo. Nada más que unos arañazos.

—Uno en el brazo, ¿eh? Tendrás una cicatriz a juego con la de Daisy —bromea Wyatt mientras se acerca corriendo hacia nosotros—. Me da un poco de envidia.

Hago una mueca.

—Prefiero hacerme un tatuaje a juego.

—Eso se puede arreglar —promete Drake, esbozando una pequeña sonrisa. Tengo la sensación de que, si no tuviera barba, se le verían los hoyuelos.

—Vamos, tenemos que largarnos de Briar Glen —grita Owen desde el coche—. No quiero que nadie nos señale y traiga a otras autoridades a nuestro caso.

Me aparto para que Kingston y Wyatt puedan ayudar a Drake a levantarse. Dando un paso atrás, veo cómo se pasan los brazos de Drake por los hombros y le ayudan a cojear hacia el coche. Owen dice algo mientras se acercan, y los cuatro se ríen. Se me llena el corazón.

Lo hemos conseguido.

Me doy la vuelta y le echo un último vistazo a la casa de los Winslow. La que una vez fue una casa majestuosa está medio derruida. El otro lado está en llamas. Pronto, todo habrá desaparecido.

Empiezo a dar media vuelta hacia los demás, pero me detengo cuando un movimiento junto a la hilera de árboles del patio trasero me llama la atención. Mis ojos lo siguen. El humo me impide ver con claridad qué es exactamente, pero cuando el viento se levanta un poco, mi vista se aclara y veo quién se escabulle entre los árboles en llamas.

La incredulidad me deja clavada en el sitio. Mi mente se queda en blanco mientras aspiro aire con un grito ahogado.

Como si un poder divino hubiera estado esperando la oportunidad de poseerme, ataca mientras yo me quedo allí de pie, atónita. La fuerza se acumula en mis músculos y un fuego más ardiente que cualquier otro en Briar Glen se enciende en mi corazón. Me encuentro moviéndome. Primero para agacharme y agarrar una barra de acero, y luego para correr. Ni

siquiera me doy cuenta de lo que hago hasta que me acerco a la entrada del bosque. ¿Desde cuándo tengo energía para correr a toda velocidad? Hace solo unos instantes estaba agotada.

No me lo cuestiono más allá de eso, dejando que una alegría demoníaca se extienda y empañe lo que queda de mi alma.

Mientras me adentro en el bosque, oigo a los demás gritar mi nombre. Sus voces se desvanecen mientras las llamas y las sombras me envuelven.

Mis pies ensangrentados pisan rocas afiladas y ramitas. Los pocos puntos que tengo por todo el cuerpo se rompen y la sangre empapa la camisa que robé. Nada de eso importa. No cuando *él está* justo delante de mí.

Francis debe de oír que me acerco. Su cojera se acelera un poco. Pero mientras él acelera el paso, yo lo reduzco hasta que acabo caminando.

—Sé que estás ahí —gruñe sin mirar atrás.

Los árboles se abren ante nosotros y un pequeño claro me ofrece una vista completa de su última víctima. Se detiene en medio, bajando la cabeza y los hombros en señal de derrota.

—No se suponía que fuera así. —Francis se da la vuelta para mirarme, pero yo sigo acechando entre los árboles y no me ve—. Has destruido Briar Glen, los seguidores de Zarzuz… *me persiguen*—. Su voz tiembla mientras gira la cabeza rápidamente en mi búsqueda.

Salgo de entre los árboles.

La mirada de Francis me encuentra. Su labio superior se curva mientras gruñe:

—No eres nada.

—¿Nada? No estoy de acuerdo. Me han *elegido*... ¿no es eso lo que has estado pregonando? —digo con una sonrisa. El trozo de metal que tengo en la mano me resulta pesado, y siento cómo la adrenalina se me va poco a poco. Esto tiene que ser rápido—. Por desgracia para ti, no me ha elegido *tu* dios.

Francis me estudia un momento antes de que una sonrisa retorcida se dibuje en los labios de su rostro.

—No tienes la fuerza para matarme. ¿Acaso puedes siquiera levantarlo?

La idea de levantar mi arma me parece imposible. Mi cuerpo tiembla como una hoja en un huracán y, Dios, estoy tan cansada. Incluso mantener los ojos abiertos me cuesta un gran esfuerzo. Pero no dejaré que la debilidad me detenga. Me preparo, dispuesta a acabar con esto de una vez por todas.

—No necesita matarte cuando *nos* tiene *a nosotros* para acabar con sus pesadillas —dice una voz a mis espaldas.

Veo cómo los ojos de Francis se abren de par en par, consternados, justo antes de mirar por encima del hombro. Emergiendo de la oscuridad uno a uno para colocarse hombro con hombro, aparecen Wyatt, Drake, Owen y Kingston. Los dos primeros llevan sus máscaras y sostienen sus cuchillos en las manos. Owen lleva una pistola. ¿Es de Ronney?

Mi corazón se acelera tanto al verlos que me duele.

La fría mirada de Kingston se clava en su padre, pero me lanza un rápido guiño y una sonrisa pícara. En ese momento, sé que no debería ser yo quien mate a Francis Winslow. Puede que haya sido el líder de la secta, la fuerza impulsora detrás de la muerte de muchas personas, pero todo eso palidece ante su verdadero crimen. Hizo todo lo posible por destruir la única vida que debería haber protegido y apreciado más que a nada en el mundo.

Le paso a Kingston mi arma improvisada.

Él la coge, y la sonrisa burlona se desvanece de su rostro. Le hago un gesto con la cabeza y luego me vuelvo hacia Francis. Se ha echado hacia atrás, alejándose de nosotros.

—¿Por qué te molestas siquiera conmigo? —pregunta Francis.

Los chicos me rodean y se acercan a él al unísono.

—Estás malgastando tu tiempo y tu energía. ¡Vete ya! Vete y no vuelvas nunca más. Te dejaré en paz siempre y cuando...

Owen le dispara en la pierna buena. Francis se derrumba a sus pies con un grito de dolor. Los cuatro forman un semicírculo a su alrededor. Owen, Drake y Wyatt agarran a Francis por diferentes partes del cuerpo y lo inmovilizan. Kingston da un paso al frente, bloqueándome la vista de su padre. No suelta ningún discurso de despedida grandilocuente, ni vacila. Kingston simplemente levanta la barra de hierro y la clava de un golpe.

Cuando da un paso atrás, veo que el trozo de metal ha atravesado el hueco del cuello de Francis, ha salido por el otro lado, y se ha clavado en el suelo, manteniendo el cuerpo del hombre inclinado hacia atrás en posición de rodillas

Todos guardamos silencio mientras lo miramos.

Espero el murmullo de satisfacción, el cálido abrazo de la libertad, o que mi corazón vuelva a recomponerse tras una década de estar destrozada. El tiempo pasa, pero nada cambia. El fuego que devora los árboles a nuestro alrededor sigue ardiendo. Las sirenas en la distancia siguen aullando. ¿Y yo? Sigo sintiéndome… mal. Ese monstruo moldeado por Oliver, alimentado por la venganza y oculto a plena vista sigue siendo una parte muy importante de mí.

Mis hombros se hunden. Una fatiga que me duele en el alma me envuelve y el pesado lastre de la resignación se va metiendo poco a poco en mi corazón. Nunca me libraré del mal en el que me he convertido. El Carnicero de Briar Glen y los Zarzuzians me han marcado tan profundamente que no hay forma de volver a meter a este monstruo en una caja.

Con un suspiro, Owen suelta a Francis y le da un abrazo a Kingston. Le susurra algo al oído a King, luego baja los brazos y se acerca a mí. Su abrazo es más cálido que lo que siento por dentro. Entierro la cara en el pecho de Owen y respiro su aroma.

Se oye una conversación en voz baja detrás de Owen, pero la ignoro mientras le devuelvo el abrazo. De repente, tres pares de brazos más me envuelven. Las lágrimas de agotamiento me corren por las mejillas. El peso combinado de los cuatro cuerpos me aplasta. Me tiemblan las piernas mientras lucho por mantenerme erguida, y me duele el cuerpo de una forma tremenda. No importa. Absorbo el amor que emana de ellos en oleadas, dejando que la sensación de desequilibrio y de que algo no va bien se calme.

Puede que nunca vuelva a estar completa, y que la oscuridad de mi alma se vuelva más negra con el paso de los años, pero tengo a mis demonios a mi lado, y es su amor el que me guiará el resto del camino a lo largo de esta vida.

Y quizá algún día, encuentre algo de paz.

OceanofPDF.com

Epílogo



CUATRO AÑOS DESPUÉS

Sentado en el tejado de la casa, puedo ver kilómetros y kilómetros en casi todas las direcciones. A mi derecha, hay nieve hasta donde alcanza la vista. En algún lugar debajo hay un lago helado. La pequeña cabaña de pesca de Drake es lo único que rompe la monotonía del paisaje. A mi izquierda hay un bosque lleno de vida salvaje que ahora está en silencio al caer la noche. Los árboles están cubiertos de nieve recién caída y crujen muy ligeramente bajo su peso. El sonido resuena por aquí. Es inquietante y de una belleza misteriosa. Delante de mí se alzan montañas que se extienden hacia el cielo, apuntando hacia la aurora boreal.

De todos los lugares a los que hemos viajado y en los que nos hemos quedado, este es quizás uno de mis favoritos. Por extraño que parezca, la soledad no es opresiva aquí. En una gran ciudad, rodeado de gente, me doy cuenta de que me siento más solo y extraño. Aquí, soy uno con todo. Puedo respirar sin sentirme asfixiado, y no es que estemos completamente aislados. El pueblo está a solo diez millas en quad o camioneta, lo que nos da cosas que hacer sin aburrirnos. No es que sienta la necesidad de ir a menudo. Es la naturaleza la que me llama de alguna manera. He empezado a apreciar su belleza este último año.

Pero esta noche mi atención no está puesta en lo que me rodea.

Se ha fijado en la persona envuelta en mantas y tumbada en medio de su ángel de nieve.

Daisy se ha vuelto a encerrar en sí misma.

Era solo cuestión de tiempo que se cerrara en banda y se alejara. Le pasa cada dos años más o menos. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez, así que ya le tocaba tener un episodio depresivo. Cuando se pone así, tenemos que vigilarla aún más de cerca de lo normal. Si Drake no la obligara a comer, perdería el peso que ha ganado. O no duerme nada, o tiene pesadillas que la despiertan a ella y a nosotros. Su tendencia a autolesionarse también aumenta.

Ahora está en su fase silenciosa. Durante el último mes apenas ha dicho más que unas pocas palabras. En este momento tampoco hay vida en sus ojos.

Con las manos, le quito la cáscara a un pistacho. La cáscara cae en la nieve y me meto el resto en la boca.

Los demás están preocupados. Han hablado de darle algún medicamento, al menos hasta que se sienta mejor. Es una conversación que hemos tenido una y otra vez, con o sin Daisy en la habitación. Entiendo su miedo. A estas alturas, Daisy es más un peligro para sí misma que para los demás. Todos queremos rescatar a nuestra chica de sí misma. Pero esto no funciona así.

Lo sé porque yo mismo lucho con lo mismo.

Aunque menos frecuentes y graves, yo también sufro episodios depresivos. Levantarme de la cama, ducharme, comer o incluso ver la televisión puede parecer una tarea titánica. Entiendo su sufrimiento mejor que los demás, por eso fingí dejarla salir de casa, pensando que nadie se daría cuenta de su partida, y por eso no he interrumpido su momento de consuelo aquí fuera, en la oscuridad.

Pero hace demasiado frío para seguir fuera, incluso con varias capas de ropa y un abrigo de invierno.

Con un suspiro, me levanto y me dirijo al balcón del segundo piso. En lugar de atravesar la casa a paso pesado, molestando a todo el mundo, me subo al borde de la barandilla, me quedo colgado ahí un segundo y luego

me dejo caer. Sin la nieve, no me habría arriesgado a caer. Pero con casi medio metro de colchón, estoy a salvo.

No hay forma de caminar en silencio por este paraíso invernal. El crujir de la nieve bajo mis botas se oye a lo lejos, y estoy seguro de que Daisy me oye acercarme. Cuando llego a su lado, me detengo y la miro fijamente. Los ojos de Daisy reflejan las estrellas del cielo mientras las contempla. El reflejo ilumina un poco su rostro. Las ojeras y las mejillas hundidas le dan un aspecto demacrado. Parece que, a pesar de los esfuerzos de Drake, sigue perdiendo peso.

Daisy no se da cuenta de mi presencia de inmediato. No me sorprende.

En lugar de obligarla a levantarse, me doy la vuelta, abro los brazos y me tiro de espaldas a la nieve. Soplo los copos de nieve que se levantan y tratan de posarse en su cara. Una vez hecho esto, muevo las piernas y los brazos. Con la profundidad de la nieve, hacer un ángel lleva tiempo, pero al final termino el mío. Miro hacia Daisy.

Para mi sorpresa, la veo mirándome a mí en lugar de al cielo.

—Hola. —Su susurro me llega a mí y luego se pierde más allá, en el paisaje salvaje.

Sonriendo, me acerco un poco más a ella y le tiendo la mano. Ella viene a mi encuentro, y su mano enguantada envuelve la mía. Con un profundo suspiro, gira la cabeza y vuelve a mirar al cielo. Rindiéndome a ese momento de silencio, yo también levanto la vista y me quedo mirándolos. Los ríos de verde y blanco que componen un hermoso espectáculo de luces se mueven, como el agua ondulando. No creo que esto pierda belleza por mucho tiempo que estemos aquí. Aunque estaría bien que el tiempo cálido durara más, esta parte de Canadá es agradable.

—¿King? ¿Daisy? ¿Están por aquí? —La voz de Owen nos llega flotando.

Levanto la mano y le hago un gesto de «sí» con el pulgar.

—¿Necesitas ayuda?

Pulgar hacia abajo.

Hay una larga pausa antes de que oiga el sonido de la puerta corredera de cristal cerrándose. Pero no sigue el silencio. Lo que sigue es el crujir de la nieve. Mucha nieve. De repente, aparecen Drake, Wyatt y Owen. Cada uno lleva una taza con algo humeante en las manos. De hecho, Wyatt y Drake

llevan dos tazas cada uno. Me incorporo mientras los demás nos rodean y se dejan caer para unirse a nosotros. Drake me entrega una taza. Miro hacia abajo y veo malvaviscos flotando sobre una taza humeante de chocolate caliente. Wyatt le da su segunda taza a Daisy, que me suelta la mano y también se incorpora.

¿Hablar? ¿Estar consciente? Son buenas señales.

—Drake hablaba de hacer una hoguera y cenar fuera esta noche. ¿Qué te parece? —me pregunta Owen.

Me encojo de hombros. Me da igual lo que quieran hacer para cenar. Doy un sorbo al chocolate caliente y disfruto de cómo me calienta por dentro.

—Hoy he comprado mejores condimentos en el pueblo —dice Drake—. Así que el venado quizá esté más rico.

Wyatt pone los ojos en blanco.

—Cualquier cosa es más apetecible que un trozo de carne sin sabor.

—Bueno, quizá si la hubieras cocinado mejor...

—Ah, claro, échame la culpa a mí por una cena de mierda que se suponía que tenías que cocinar *tú*, Dre. Genial, muy genial.

La discusión entre Drake y Wyatt se detiene cuando Daisy se ríe. El sonido es suave y un poco áspero por falta de uso, pero hermoso de todos modos. Todos la miramos sorprendidos y ella sonríe, solo un poco, antes de bajar la cabeza con un suspiro.

—Me ha gustado el venado.

Los cuatro intercambiamos miradas y sonrisas. Si Daisy está volviendo con nosotros. ¿Significará eso unos cuantos asesinatos más que encubrir? ¿Quizá vernos obligados a mudarnos una vez más? Claro. Pero vale la pena. Todo esto es para verla feliz de nuevo.

—Entonces lo prepararemos igual que antes —declara Owen.

—Bueno… quizá la mitad pueda estar sazonada —añade Wyatt con cautela.

Drake asiente.

—Y quizá un poco menos seco.

Daisy nos mira por debajo de sus pestañas, con otra sonrisa en los labios.

—Suena como un plan.

OceanofPDF.com

Escena extra



UN AÑO DESPUÉS

—¡Daisy! ¿Dónde estás?

La humedad en Manaus, Brasil, es jodidamente insoportable. El sudor me resbala por la cara, me cubre los brazos desnudos y empapa la camiseta sin mangas que me he puesto. Se me pega a la espalda y me cuesta respirar. Los mosquitos salen en masa, sobre todo al caer la noche. Se me pegan a la piel cuando los espanto.

Odio a los mosquitos, joder.

No entiendo por qué dejé que Owen nos convenciera de que *este* fuera nuestro próximo destino. La próxima vez, nos vamos a algún sitio más frío. Dado que la próxima vez será pronto gracias al último asesinato de Daisy, estoy deseando ponerme en marcha.

—Vamos, cariño. Sé que estás ahí fuera. No me hagas ir a buscarte.

El jardín ha sido el lugar favorito de Daisy para pasar el rato. Desde que nos mudamos a esta bonita casa de una sola planta a las afueras de la gran ciudad hace nueve meses, aquí es donde ha pasado la mayor parte del tiempo. Casi pensé que bastaría para calmar sus tendencias justicieras. Ha estado muy tranquila, supongo que solo estaba tramando algo.

Mis ojos recorren los rosales, donde hay un banco con cojines florales. A continuación, miro la hamaca que queda oculta tras las hortensias. No, tampoco está ahí. Resoplo mientras camino con paso firme alrededor de la fuente hacia la pérgola.

El ligero temblor de los arbustos cercanos frena mi paso. Es un error. Un cuchillo pasa rozando mi brazo, dejándome un corte al pasar.

—¡Maldita sea, Daisy! —Miro el corte.

Se oye una risita.

—Más te vale correr si no quieres que vuelva a pasar.

Me doy la vuelta, dirigiéndome hacia el sonido de su voz. El cambio de rumbo me cuesta una pequeña navaja clavada en la parte superior del muslo.

—Maldita sea... —gruño, mirando el arma del delito. Es tan pequeña que no me hará daño, pero ¡maldita sea, es doloroso!

—¿Te acuerdas de cuando una vez me llamaste tu presa? —la voz de Daisy flota a mi alrededor mientras arranco la hoja.

Recuerdo aquella noche en que me la folle en el suelo del bosque de Briar Glen y luego la colgué de un árbol para volver a follarla. Mi polla se pone dura.

—Vaya cómo se han invertido los papeles —continúa con una voz empalagosa—. Si no empiezas a correr, seguirás sangrando.

Vaya, está eufórica por su presa. Va a dar problemas en los próximos días, ya lo presiento.

Me encanta así.

Sonriendo, doy un paso atrás. Su risita hace que mi polla se ponga dura al instante. ¿Así que quiere jugar? Supongo que puedo complacerla un poco. La idea de que me persiga me pone al cien al instante.

—¿Sabes lo que te haré cuando te atrape, Dre?

Me lo puedo imaginar.

Pero no me quedo esperando a oír sus burlas. Me doy la vuelta y me dirijo hacia la casa, con la esperanza de atraerla a un lugar seguro y fuera de la vista de los vecinos. Por lo ensangrentado que llegó Wyatt a casa, ella probablemente no esté mucho mejor.

Kingston y Wyatt siempre están alimentando su locura en lugar de intentar que estos momentos se limiten a un lugar o una persona concretos. Teniendo en cuenta que esta noche tenía a dos violadores en el punto de mira, estoy seguro de que los dos se volvieron completamente locos. Esto de tirar una moneda al aire para ver quién va con ella ya está pasando de moda. Necesitamos una nueva estrategia.

Daisy tendrá que darse una ducha y nosotros tenemos que hacer las maletas. Quizá, entre actividad y actividad, pueda follarme su coño mojado con la boca y luego con la polla. O quizá...

Una cuerda que cruza los adoquines, pegada al suelo y casi invisible con esta luz, me engancha por los tobillos y me derriba. Aterrizo de rodillas y con las manos en el suelo. Maldiciendo, intento levantarme con un movimiento pero Daisy, con sus 45 kilos, me golpea de lado.

—Parece que me he hecho con un hombre guapo. Hm... —Daisy se sienta a horcajadas sobre mí mientras yo ruedo sobre mi espalda, y sonríe. Tiene la cara y las manos salpicadas de sangre. Sus ojos captan las guirnaldas de luces que hay sobre nosotros. Hacen que sus ojos marrones brillen con alegría y locura—. Ya no vas a necesitar esto, Dre.

Se estira hacia atrás y saca su gran cuchillo. Su cuchillo *asesino*.

—Daisy, deberíamos entrar.

Me ignora. Agarrando con fuerza el bajo de mis pantalones, usa su cuchillo para cortar un trozo rectangular de tela. Al tirar a un lado lo que antes era mi cremallera, mi polla queda al aire.

La miro con ira.

—Me gustaban estos pantalones.

—Y a mí me gusta esta polla —dice encogiéndose de hombros. Inclinándose, Daisy toma mis labios con los suyos. Le devuelvo el beso con avidez. Nuestras lenguas se entrelazan y su gemido embriagador hace que mi polla se estremezca contra ella. Se aparta con una risa ronca—. Quédate.

Se pone de pie y se quita rápidamente la ropa ensangrentada. Mis ojos recorren su cuerpo. Aparte de la gruesa runa grabada en su piel y la cicatriz que le dejó la herida de bala, su cuerpo se ha curado perfectamente. Ha ganado peso gracias a una dieta estricta, y no se le marcan los huesos

cuando se mueve. Los músculos se le marcan y sus pechos se balancean maravillosamente mientras vuelve a sentarse a horcajadas sobre mí.

Sin preámbulos, coge mi polla y se hunde sobre mí con un movimiento rápido. Está tan mojada que el movimiento es *casi* suave. Con mis piercings, nunca es fácil para su cuerpo, pero se mete mi polla como si estuviera hecha para mí. Gemimos juntos.

—Joder —siseo, llevando mis manos a sus caderas.

—Más fuerte, Drake. Quiero que los vecinos te oigan aullar y piensen que se han mudado lobos a la zona —exige mientras empieza a cabalgarme. Su cuerpo se aprieta a mi alrededor y yo jadeo.

Daisy se mueve rápido, claramente lista para correrse fuerte y rápido. La ayudo, moviendo sus caderas arriba y abajo por mi miembro. Su respiración se acelera. Ver su cara mientras frunce el ceño y abre los labios es como ver cómo ocurre la magia. Mis pelotas se tensan. Ninguno de los dos va a aguantar mucho más. No así.

—Vamos, Drake. Córrete conmigo —gime mientras echa su cabeza hacia atrás.

Mis caderas se elevan y juntos encontramos un ritmo que es simplemente perfecto. Su cuerpo se aprieta contra el mío con tanta fuerza que no puedo moverme más que unos centímetros. Pero es suficiente para que, mientras ella grita y su cuerpo se retuerce a mi alrededor, yo me corra con ella. No reprimo mis gemidos, sin que me importe una mierda que los vecinos puedan oírnos, o si los chicos nos están mirando desde la puerta acristalada del patio. Probablemente Owen lo haya visto todo desde su despacho. Joder, probablemente incluso se esté pajeando mientras yo derramo todo lo que tengo dentro de ella.

Cuando los dos nos calmamos, Daisy se derrumba sobre mi pecho, respirando con dificultad. Levanta la cabeza con un suspiro para darme un beso justo encima del corazón. ¿Podrá sentir cómo late a mil por hora? Trago saliva con dificultad mientras su mirada se posa en mi rostro.

Sonríe antes de susurrar:

—Te amo.

Un escalofrío me recorre el pecho. Cuando me muevo, lo hago rápido. Daisy no tiene tiempo de reaccionar mientras la inmovilizo contra el suelo.

Con mis brazos enmarcando su cara, la tengo atrapada debajo de mí.

—Lo sé. Tú también sabes que te amo, ¿verdad?

Daisy se ríe.

—Me lo imaginaba, ya que no pareces muy enfadado por haberte tirado un cuchillo… y luego haberte apuñalado de verdad.

—Mmm… —Acerco mi cara para que mi barba le haga cosquillas en la nariz—. Sobre eso…

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com